



SAM BARONE  
LA  
FUERZA  
DE UN  
IMPERIO

Una historia épica en el alba de la civilización

Lectulandia

Entre el Tigris y el Éufrates se encuentran los territorios más deseados por los bárbaros, entre ellos la ahora pacífica ciudad de Akkad.

Han pasado ya seis semanas desde que los bárbaros de Alur Meriki fueran derrotados a las afueras de la nueva muralla de Orak, y la ciudad ha sido rebautizada como Akkad. Eskkar y Trella son ahora sus gobernantes, aunque las dificultades aparecen casi por sí solas. Después de que acabara el desesperado y escalofriante asedio, todo el mundo pensaba que la paz y la prosperidad volverían pronto. Pero las viejas costumbres tardan en desaparecer, y además nuevos problemas plagan la ciudad y a sus nuevos dirigentes.

Fuera de los muros el campo sigue siendo asolado por bandidos, la comida escasea y el comercio es prácticamente inexistente. Es por ello que mientras Trella se queda reinando en la ciudad, Eskkar tiene que adentrarse en el campo para organizar su pacificación. Es la oportunidad perfecta para Korthac, líder egipcio, de hacerse con la ciudad más grande entre el Tigris y el Éufrates. Para ello cuenta con un grupo de soldados bien entrenados y leales, que intentarán ayudarlo en la batalla definitiva por el poder del estratégico lugar.

**Lectulandia**

Sam Barone

# **La fuerza de un imperio**

**Eskkar 2**

ePub r1.0

xelenio 30.10.13

Título original: *Empire rising*  
Sam Barone, 2007  
Traducción: Carlos Schroeder Martínez

Editor digital: xelenio  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

*Año 3157 a. C., en el extremo este del gran desierto al sur de  
Mesopotamia*

Con la cabeza caída, el rostro a escasos centímetros de los recalentados terrones de tierra endurecida, Korthac trepaba por la escarpa con dificultad. Tenía la piel de manos y rodillas llena de arañazos debido al largo ascenso, y mientras pugnaba por dar otro paso cuesta arriba, cada roce con las piedras abrasadas por el sol le quemaba la carne. *Cierra los ojos, aunque sólo sea un momento.* Sufrió otro mareo, y entonces las voces que resonaban en su interior se hicieron más insistentes y seductoras. *¡Descansa! Que otro encabece la marcha..*

Apretando los dientes, siguió a gatas, luchando contra aquellas voces tanto como contra la escarpada colina y el sol inmisericorde. Korthac no podía mostrarse débil delante de sus hombres. El desierto podría matarlo, pero no lo derrotaría. Encontraría agua en la cima, y viviría. Aferrándose a esa idea, continuó arrastrándose hacia la cumbre.

*Agua.* Sobre todo luchaba contra la necesidad de beber, obligándose a hacer caso omiso de su lengua hinchada y su garganta reseca. *Agua.* Korthac se imaginaba arroyos de agua clara y burbujeante a la sombra de umbríos sicómoros y sauces. Se esforzó por apartar aquella imagen de sus pensamientos y se concentró en arrastrarse cuesta arriba la largura de un brazo. La visión y las voces no dejaban de venirle a la mente. Tenía que encontrar agua o el desierto lo derrotaría y los reclamaría a él y a todos sus seguidores. Y eso no podía ser.

Poco más arriba, la cima del risco lo llamaba. Korthac se movía con precaución, asegurándose de que sus piernas temblorosas no lo traicionaran. En dos ocasiones durante la última hora había oído los gritos agónicos de los hombres que se habían precipitado hasta el suelo del desierto. Si perdía su posición y comenzaba a deslizarse cuesta abajo, no sabía si le quedarían fuerzas para detener la caída.

La sed lo empujaba a seguir. La fortuna les había salvado a él y a sus partidarios varias veces en los últimos dos meses, pero ni siquiera los dioses podían mantener a un hombre con vida en el desierto sin agua. Se negaba a creer que el destino lo llevara a morir de aquella manera, perseguido y congregado en aquella tierra desolada como un miserable esclavo, enloquecido por la sed antes de que los dioses de la muerte le reclamaran el cuerpo.

La noche anterior, pocas horas después de la caída del sol, Korthac y sus hombres alcanzaron la base de la meseta que habían avistado por primera vez tres días antes.

Los restos de su ejército otrora poderoso cayeron de bruces y durmieron hasta el amanecer. Cuando se despertaron por la mañana, dos hombres no pudieron ponerse de pie.

Korthac desoyó sus súplicas. «Matadlos». Había dado la misma orden casi todas las mañanas durante las últimas dos semanas. Los que estaban más cerca desenvainaron sus cuchillos y los hundieron en el pecho de los indefensos hombres. Los demás no necesitaron de otro acicate. Se agolparon en torno a los dos hombres agonizantes y cortaron a las víctimas en pedazos, abriéndose paso a empujones para hacerse con un trozo de carne fresca, valiosa tanto para calmar la sed con la sangre como para nutrirse. Cuando terminó el feroz ritual, sólo los huesos partidos, chupada la médula, quedaron sobre la arena manchada de rojo. Incluso los cráneos habían sido partidos y extraídos los cerebros. Después, menos de ochenta hombres comenzaron a escalar la empinada y traicionera pendiente.

Korthac comió con los demás, de rodillas y metiéndose la carne ensangrentada en la boca todo lo rápido que podía. Ese hecho ya no les impresionaba ni a él ni a sus hombres. Los fuertes se alimentaban de los débiles para conseguir el sustento de un día más. Pero ni siquiera un cadáver reciente poseía tanta agua como para mantener a tantos hombres en el desierto. Llevaban tres días sin agua, desde que una breve tormenta había salpicado las arenas y llenado algunos huecos en las rocas con su precioso líquido. Si no encontraban agua en la cima de la meseta, todos estarían muertos a la caída del sol.

Su mano estirada no halló donde agarrarse, y Korthac se dio cuenta de que había llegado al final de su ascenso. Impulsándose hasta la cumbre, rodó sobre su espalda, respirando con dificultad, indiferente al sol cegador. Cuando oyó el sonido que hacían sus seguidores al avanzar restregándose por la tierra, se obligó a ponerse primero de rodillas, y luego de pie. Sus hombres no lo verían arrastrándose por el suelo.

Haciendo visera con la mano, miró a su alrededor. El paisaje había cambiado. Por primera vez en varias semanas, vio que una pedregosa mezcla de tierra y arcilla, con malezas y arbustos moteando el terreno, reemplazaba las infinitas arenas. Hacia el este, sus ojos encontraron lo que esperaban hallar, una línea verde a unas dos millas de distancia que sólo podían ser árboles. Y donde crecían los árboles, corría el agua. Los dioses lo habían favorecido una vez más. Sobreviviría para ir en busca de su destino.

Korthac se volvió al borde del risco y con voz ronca dio las nuevas a sus hombres. Al hacerlo, posó la vista en el desierto, sorprendido de verlo tan distante. Habían escalado más de seis mil metros para llegar a la cima de aquella elevación.

Con la mano sobre la daga, se aseguró de que los primeros cuatro hombres que alcanzaron la cumbre llevaran consigo sus bultos, pequeños sacos atados a la espalda. Sólo entonces se tranquilizó, contando y evaluando a cada uno de sus guerreros, para

ver si alguno de ellos estaba demasiado débil para seguir. Pero la visión en la lejanía de la línea de árboles había proporcionado a los hombres un renovado vigor. Sucios, manchados de sangre y arena, la piel quemada, casi negra, después de semanas bajo el sol implacable, más que hombres parecían demonios.

Cuando el último de ellos llegó a la cima, Korthac terminó el recuento. Setenta y cuatro hombres habían sobrevivido a la travesía por el desierto, menos de la mitad de los que habían sobrevivido a la batalla y escapado con su líder hacia aquella desolación. Ahora nada podría detenerlos. Korthac encabezó la marcha, con sus hombres dando traspiés a sus espaldas. Se dirigieron hacia el este, la misma dirección hacia la que habían corrido, caminado y se habían arrastrado durante los últimos dos meses.

A medio camino de los árboles, Korthac vislumbró una villa y cambió de rumbo. Al llegar a los límites del pequeño grupo de chozas de barro, el terreno dio lugar a un campo de cebada que ofrecía su denso aroma al viento. Abriendo un sendero a través de los altos sembrados, alcanzó a distinguir el embarrado canal que llevaba el agua hasta los cultivos.

Korthac se echó a correr y sus hombres fueron detrás de él como buenamente pudieron. Llegó al borde de la acequia y se lanzó a ella para dar grandes tragos de agua de la turbia corriente. Sus hombres cayeron a su alrededor salpicando, arrastrándose y empujando hasta que también ellos sumieron la cara en el agua. Korthac bebió hasta que no tuvo más remedio que tomar aire, luego volvió a hundir el rostro en las oscuras aguas. Sólo se detuvo cuando su estómago protestó.

Disgustado consigo mismo por mostrar tamaña debilidad, Korthac se puso de pie, observó el flujo del agua y se apartó de sus hombres hasta llegar a una parte del canal aún no contaminada por sus seguidores. Se arrodilló y volvió a beber, pero sólo unos tragos, capaz ya de controlarse. Después se lavó la cara y las manos, y se echó agua fresca sobre el cuerpo, limpiándose la mayor parte de la tierra y la sangre que lo habían cubierto durante días.

Cuando Korthac se puso de pie, se sintió refrescado, incluso sin hambre, merced a tener el estómago lleno. Él y sus hombres se aprovisionarían de todo lo necesario en la villa y descansarían allí hasta que recuperaran sus fuerzas.

Bajó por la orilla del canal, dando órdenes a sus lugartenientes, obligando a todos a salir del agua antes de que algún idiota bebiera hasta morir. Chapoteando por el dique, Korthac se dirigió a las chozas. Le parecía extraño que nadie hubiera advertido su acercamiento, que ningún granjero estuviera trabajando en el campo. Justo antes de llegar a la primera de las estructuras de barro, oyó un grito, un agudo grito de agonía que se elevó por encima de un fondo de risas; la mezcla de sonidos venía de un poco más adelante. Entrando a la villa, contó alrededor de una docena de chozas y tiendas desperdigadas. Seguramente menos de cincuenta personas, todas

esforzándose por mantenerse con vida en aquel lugar pedregoso al borde del gran desierto.

Los gritos, que guiaban sus pasos, aumentaron en intensidad. En el corazón de la aldea halló a una multitud congregada, con la atención dirigida hacia algo que no podía ver. Un muchacho que bailaba con excitación reparó en la llegada de Korthac y dio un grito al tiempo que señalaba con el brazo. Todos se dieron la vuelta, y Korthac vio el miedo y la sorpresa en sus rostros mientras observaban cómo los hoscos guerreros se les acercaban con las manos en las armas. Cuando vieron a aquel grupo de harapientos, se elevó un murmullo, y la multitud les abrió paso. Korthac caminó entre ellos, hasta llegar al centro; entonces se detuvo, con sus hombres agolpándose a sus espaldas.

Cinco hombres yacían estacados en el suelo, desnudos sobre la tierra. Dos habían muerto, tenían sangre acumulada en el cuello; su agonía terminó cuando les cortaron la garganta. Media docena de hombres y mujeres se arrodillaban alrededor de los que seguían con vida, con palos, piedras o cuchillos en las manos. Korthac observó que uno de los presos, un hombre de gran tamaño, cabellos oscuros y barba entrecana, sólo tenía rasguños y magulladuras en el rostro y en el pecho. Korthac pensó que sería el jefe: reservado para el final, de modo que viera morir a sus partidarios y apreciar mejor el tormento que se le avecinaba.

—¿Qué lugar es éste? —silenció a la multitud la voz ronca de Korthac. Apenas había alzado la voz, pero todos reconocieron la autoridad en su tono—. ¿Qué lugar es éste?

Uno de los hombres arrodillados se puso de pie y dijo algo, pero Korthac no pudo sacar nada en claro de lo que balbuceaba. Korthac volvió a intentarlo en todos los idiomas que conocía, pero con el mismo resultado.

—Se llama Magabad.

Korthac apenas comprendió las palabras, y miró a su alrededor para ver quién había hablado. Para su sorpresa, las palabras provenían del hombre barbado extendido en la tierra, el líder de los prisioneros. Alzando la cabeza ensangrentada y empapada en sudor, el hombre trató de mirar a Korthac a los ojos.

—¿Entiendes el idioma de Egipto?

—Unas pocas palabras, señor..., que aprendí de los hombres que estaban a mi mando.

—¿Y tú quién eres? —Korthac se esforzaba por comprender lo que el hombre decía.

—Mi nombre es Ariamus. Yo era... —La voz del hombre se quebró, y no pudo seguir hablando.

Korthac se volvió hacia sus lugartenientes.

—Soltadlo.



Como ninguno de los pobladores entendía el idioma extranjero, permanecieron de pie, silenciosos, durante el intercambio de palabras. Pero cuando los hombres de Korthac se abrieron paso y comenzaron a liberar a Ariamus, la multitud protestó con un griterío de sonidos ininteligibles que nada significaban para Korthac. Uno de los granjeros se colocó frente a Korthac, alzando la voz y gesticulando. El rostro del campesino se veía furioso a la vez que movía agitadamente las manos, y el resto se unió en apoyo de su portavoz, gritando todos a la vez.

Korthac extrajo el cuchillo del cinto a la velocidad del rayo y se lo hundió al campesino en el estómago. Casi tan rápidamente, lo sacó y luego empujó al hombre al suelo con la otra mano. El hombre, agonizante, se apretó el vientre y se desangró en la tierra, mostrando en su rostro tanto sorpresa como dolor.

Los guerreros de Korthac se movieron entre la multitud, ahora silenciosa, apartándola a empujones. La docena, poco más o menos, de hombres adultos, rodeados de sus mujeres y niños, no tenían la más mínima oportunidad contra los más de setenta hombres de Korthac, aun cuando estuvieran debilitados por la terrible experiencia en la árida tierra baldía. Los pocos cuchillos que les quedaban a sus hombres hicieron que la multitud se echara hacia atrás. Ninguno de los hombres de Korthac tenía espada. Incluso él se había deshecho de la suya semanas atrás, pues su peso parecía haber aumentado con el calor del desierto.

Unos cuantos pobladores se volvieron y se dieron a la fuga. Korthac frunció el entrecejo. Si seguían corriendo, escaparían. A sus hombres ya no les quedaban fuerzas para perseguirlos.

El lugarteniente terminó de liberar a Ariamus, y luego le obligó a arrodillarse a los pies de Korthac.

—Agua, señor —musitó Ariamus, bajando la frente hasta tocar el suelo.

—¿Por qué debería darte agua? ¿Eres tú el jefe de estos cautivos?

—Sí, señor. Por favor, señor, no hemos comido ni bebido nada desde ayer.

Korthac pensó en el hambre que él tenía y en el riguroso camino que habían recorrido.

—¿Me servirás..., Ariamus? Si te perdono la vida, ¿obedeceréis mis órdenes tú y tus hombres? —Su voz resonó por la villa y Korthac sintió que el poder y la determinación volvían a él—. Sírreme con fidelidad o muere.

—Lo que digas..., señor. Pero dame agua.

Korthac miró a quienes lo rodeaban. Los rostros de aquellos hombres sólo mostraban miedo y sumisión, eran los primeros en aquella nueva tierra sometidos a su dominio. Se volvió a sus lugartenientes:

—Reunid a los pobladores. Que traigan comida y agua. —Caminó hacia la mayor de las chozas cercanas, incapaz de resistirse ni un instante más a su sombreado interior—. Y traedme a ése —dijo señalando a Ariamus, todavía arrodillado en tierra

—. Tenemos mucho que discutir.

\*\*\*

Quince días después, el horror de la marcha por el desierto casi se había borrado de la memoria. Korthac había recuperado mucho del peso perdido y casi todas sus fuerzas. Las sangrantes heridas de sus manos y rodillas se habían cerrado y luego cicatrizado. Del cinturón que le ceñía la cintura colgaba una espada de bronce de buena hechura, tomada de uno de los campesinos, quien a su vez se la había quitado a Ariamus. La oscura melena de Korthac, recortada y peinada con esmero por una de las mujeres del pueblo, le caía hasta los hombros.

Delgado pero con la fuerte musculatura y la resistencia de un atleta, Korthac sabía que tenía que mantenerse en forma y ser más fuerte y más hábil con todas las armas que los hombres a su mando. Ellos debían temer su cólera tanto como respetar su inteligencia. Y así había de ser siempre.

El día siguiente a su llegada a la aldea, Korthac se impuso un régimen de vida. Cada mañana se entrenaba con las espadas de madera que los resentidos pobladores tallaron para él y sus hombres. Luego pasaba tres horas junto a Ariamus, aprendiendo los dialectos principales de la Tierra Entre los Ríos, como llamaban los habitantes a los territorios que ocupaban.

Después, Korthac cabalgaba durante dos horas, fortaleciendo sus muslos y su espalda mientras obligaba al único caballo de la villa a subir y bajar por las empinadas y rocosas laderas hasta que recuperó el dominio del animal. Mientras él cabalgaba, sus lugartenientes mantenían a Ariamus ocupado; se encargaban del nuevo recluta, apremiándolo a aprender el dialecto del norte de Egipto. Sus espadas de madera tenían otra función: asegurarse de que el alumno estudiara con diligencia.

Cuando caía la oscuridad, Korthac volvía a sus lecciones de idioma con Ariamus. Hablaban largo y tendido hasta entrada la noche. Korthac aprendió no sólo el idioma y sus sutilezas, sino también las costumbres y creencias de las gentes de aquella nueva tierra. Esa noche, una hora antes de la caída del sol, Korthac se sentó a descansar en una pequeña estera bajo un álamo, apoyando la espalda en el delgado tronco. Ariamus se sentaba, a escasos dos metros, cruzado de piernas sobre la tierra. Dos de los hombres de Korthac estaban en cuclillas unos pasos detrás de Ariamus.

Korthac había aprendido mucho de Ariamus, mucho más de lo que tenía intención de revelar. No le había llevado mucho tiempo descubrir sus debilidades: su sed de oro, mujeres y poder. Pero Korthac no confiaba en nadie, y por eso sus hombres permanecían cerca. No le agradaba la idea de que Ariamus cambiara repentinamente de opinión, al menos mientras no le hubiera entregado toda la información útil que poseía.

—Bueno, Ariamus, cuéntame más cosas de esa gran villa de Orak.

—Ya te he dicho todo lo que sé, señor. Me duele la cabeza de intentar recordar qué más podría contarte. —Miró a Korthac, observó el entrecejo fruncido, y rápidamente continuó hablando—: Señor, Orak está a unos trescientos cincuenta kilómetros de este lugar, después de cruzar tanto el Éufrates como el Tigris. Hace unas semanas repelieron a una tremenda horda de bárbaros. Orak es ahora la villa más poderosa de la tierra. Dicen que pronto todas las villas de la comarca se someterán a Orak.

—¿Y su jefe?, ¿ese tal Eskkar?

—Un bárbaro ignorante, señor. Un idiota expulsado por su propia gente, sin duda con buenos motivos. Apenas sabía hablar el idioma cuando llegó a Orak, y se bebía su paga en cuanto la recibía. Era el menor de mis lugartenientes cuando yo estaba a cargo de la guardia de Orak. Si no hubiera sido por su habilidad con los caballos, no habría sido más que un simple soldado.

—Y sin embargo ahora me dices que está al mando de tres mil personas en Orak, mientras que tú casi mueres aquí en el barro. ¿Acaso eso no te parece... extraño?

Ariamus torció el gesto y apretó el puño, incómodo por que se le recordara lo bajo que había caído.

—Eskkar tomó a una bruja por esposa. Una esclava joven del sur que pertenecía a una de las principales familias de Orak. Ella lo embrujó. Dicen que ella gobierna en Orak a través de él.

Korthac no creía en encantamientos, pero la mayoría de sus hombres sí, así que dejó pasar el comentario. Cuando estuvo en Egipto, las supersticiones de allí le fueron de gran ayuda, y con cualesquiera que fueran las tontas creencias que tuvieran en aquellas tierras sucedería lo mismo.

—¿Lanzó también un hechizo a los hombres de Orak para convertirlos en guerreros? ¿O tal vez esos bárbaros que tú temías tanto eran unos luchadores tan enclenques que se dejaron vencer por una aldea de agricultores y tenderos?

—Los bárbaros son feroces guerreros, señor, y nadie se les enfrenta. Pero los pobladores construyeron una muralla de barro alrededor de Orak, y los bárbaros no pudieron cruzarla. La muralla los salvó, no Eskkar.

Korthac observó cómo enrojecía Ariamus cuando mencionaba a los bárbaros; al parecer eran tribus salvajes de jinetes nómadas provenientes de las remotas estepas. Aunque Korthac le había sonsacado toda la historia hacía más de una semana, seguía hurgando en la memoria de Ariamus, en busca de más detalles o de cualquier conato de engaño. Cada nueva versión proporcionaba a Korthac nuevos datos sobre los que reflexionar.

Una vez más, Ariamus contó cómo un pequeño grupo de estos jinetes nómadas les habían tendido una emboscada a él y a su banda, matando a la mayoría y

llevándose el botín que habían acumulado y los caballos. Ariamus y un puñado de hombres se las habían ingeniado para escapar a pie, dirigiéndose hacia el oeste. Habían corrido y caminado durante más de una semana hasta que llegaron a este miserable conjunto de chozas llamado Magabad. Ariamus había tomado el control de la villa, pero no contaba con hombres suficientes, y después de dos días de indignidades, los aldeanos se sublevaron durante la noche. Mataron a dos de sus opresores mientras dormían y capturaron al resto, para someterlos a torturas. Si Korthac hubiera llegado una hora más tarde, Ariamus habría muerto bajo el cuchillo, junto con todos sus hombres.

—Tú dices que ese Eskkar fue uno de esos fieros bárbaros tan odiados por la gente de Orak. Y pese a todo, aunque dices que él no hizo nada, los habitantes de Orak lo nombraron su soberano. Vuestras costumbres para elegir a los líderes son muy diferentes de las de Egipto.

Ante ese sarcasmo, Ariamus se mordió el labio, sin duda tentado de responder con algún exabrupto.

—No, señor, no es que no hiciera nada. Eskkar sabe pelear, y tiene alguna habilidad con la espada.

Korthac se preguntó qué otras habilidades poseía el tal Eskkar. Tampoco importaba mucho.

—Puesto que tú lo conoces tan bien, vuelve a describirlo, Ariamus. Déjame verlo a través de tus palabras, antes de que lo conozca en persona.

Dejando su copa de vino vacía, Ariamus se pasó la lengua por los labios.

—Es un vulgar bárbaro, señor, uno del pueblo de los jinetes. Suelen ser más altos y más fuertes que quienes crecimos en estas tierras. El cabalgar todo el día mantiene a cualquier hombre en forma. Eskkar es más alto incluso que la mayoría de su gente, a mí me saca al menos una cuarta, y es casi igual de fuerte.

Para los egipcios la fortaleza de Ariamus sería notoria, así que Eskkar debía de ser de una estatura considerable, lo que lo convertiría en un guerrero excepcional, al menos para aquella gente.

—Continúa. Muéstrame su rostro.

Ariamus cerró los ojos un momento.

—Tiene el pelo desgreñado, de un castaño oscuro, casi negro, que casi nunca se recoge. Esconde el rostro la mayor parte del tiempo. Ojos marrones y apenas barba. Una delgada cicatriz, probablemente de cuchillo, le cruza la mejilla izquierda, comenzando debajo del ojo. Todavía tiene todos los dientes, o al menos los tenía la última vez que lo vi. Habla despacio y con un fuerte acento. Cuando lo conocí, creí que era corto de entendederas. —Ariamus se encogió de hombros—. Un bárbaro vulgar y corriente, señor. Todavía no puedo creer que haya sobrevivido al ataque de los bárbaros.

A pesar de las despectivas palabras de Ariamus, Korthac sabía que no podía ser de aquel modo. Hacía falta algo más que una espada para estar al mando, y los hombres corrientes no son líderes de grandes poblaciones.

—Pero ahora esos bárbaros se han marchado, los campos están devastados y los bandidos como tú recorren la campiña.

Korthac sonrió a Ariamus. Una vez que aprendiera cuál era su lugar, Ariamus sería un excelente sirviente. Más importante aún, sus torpes habilidades y sus brutales deseos se ajustaban perfectamente a las necesidades de Korthac. Había llegado el momento de decirle a aquel hombre el papel que iba a desempeñar en el plan de Korthac.

—Tú eres un guerrero experimentado, Ariamus, y yo necesito a alguien que, como tú, conozca esta tierra y sus gentes. Tú puedes ayudarme a mí y a la vez vengarte de Orak. Y conseguir mucho oro, así como un lugar de honor en mi ciudad. —Korthac se fijó en el brillo de interés que agrandó las pupilas de los ojos de Ariamus ante la mención del oro.

Ariamus parecía confundido.

—¿Tu ciudad, señor?

—Sí, mi ciudad. Orak será mi ciudad cuando me haga cargo de ella. Mis hombres son fuertes y experimentados soldados. Han peleado en muchas batallas y sobrevivido el cruce del gran desierto. Primero gobernaré Orak, y después todas estas tierras, de la misma manera que reiné sobre las ciudades y villas de Egipto. Tú me ayudarás y, como sirviente mío que eres, tendrás más poder del que nunca has soñado. ¿O acaso ya has olvidado tu juramento de lealtad a mi persona?

Ariamus echó una ojeada al par de hombres que, cerca de él, miraban y escuchaban en silencio.

—No tienes suficientes hombres para conquistar Orak.

—No subestimes a mis guerreros del desierto. Son los más fuertes de quienes pelearon para mí en Egipto, y cada uno de ellos vale por dos o tres de los tuyos.

—Así y todo, Orak cuenta con cientos de hombres para defenderla, señor —dijo Ariamus, sacudiendo la cabeza—. Tú no tienes suficientes hombres.

—No, todavía no. Pero tú los encontrarás para mí, y me ayudarás a dirigirlos. Esos hombres preferirán seguir a uno de los suyos, por lo menos al principio. Por eso necesito a alguien de estas tierras que sepa pelear y capitanear hombres. El tesoro que acarree por el desierto servirá para pagar a mis nuevos guerreros, hasta que toda la riqueza de Orak me pertenezca. Si en estas tierras hay tantos conflictos y tanto caos como aseguras, pronto tendremos hombres más que suficientes.

En el desierto, los partidarios de Korthac se habían turnado para llevar los cuatro sacos toscos que contenían amatista, cornalina, jade, ónice, cristal de cuarzo, esmeraldas y otras piedras sagradas robadas a ricos mercaderes o en los templos de

los dioses egipcios. Sus hombres se habían desprendido de sus armas, de su oro, incluso de su ropa, pero Korthac no permitió que abandonaran lo que quedaba de los tesoros capturados. Le rogaron que les dejara enterrarlo, pero Korthac mató a uno que se había negado a llevar la carga y después todos le obedecieron. Sabía que lo necesitaría si conseguían cruzar el desierto.

Korthac reconoció la duda en el rostro de Ariamus.

—No creas que cargaré contra los muros de Orak como esos bárbaros ignorantes. No, yo tomaré Orak desde dentro. Una noche de sangre me dará el poder. Y tú me ayudarás.

—¿Qué puedo hacer yo, señor? —Ariamus se inclinó hacia delante; la ambición y el deseo de venganza contra Orak competían con su habitual cautela—. Quiero decir..., señor..., ¿cómo puedo yo...?

—Podrás y harás como yo te ordene, Ariamus. Me ayudarás a alcanzar mi destino, que es regir estas tierras. Si la villa es tan rica y próspera como tú dices, sus recursos alcanzarán para mí y para mis hombres con todo lo que necesitamos. Pronto todas las otras villas corriente arriba y abajo de los dos ríos caerán bajo mi dominio. Construiré un gran imperio, comenzando por Orak.

Quedaba suficiente luz para que Korthac pudiera ver un resto de duda en los ojos del hombre. Sonrió al más nuevo de sus seguidores.

—Y tú, Ariamus, tú tendrás más riquezas y poder como mi lugarteniente de lo que jamás pudieras haber obtenido tú solo. En mi nombre, estarás al mando de cientos de guerreros y disfrutarás de las mujeres más selectas de Orak y alrededores. ¿O acaso no te interesa lo que te ofrezco?

—Me interesa, señor —respondió Ariamus—. Seré tu lugarteniente.

Korthac sonrió. Tal como esperaba, la codicia de Ariamus se había sobrepuesto a cualquier duda. Por riquezas y poder, ese hombre haría cualquier cosa.

A diferencia de la mayoría de los hombres, a Korthac no le interesaban ni el oro ni las piedras preciosas, meras herramientas para subyugar a los hombres. Sólo el poder, el poder de dominar, de mandar sobre sus vidas o sus muertes, significaba algo para Korthac. Ese destino lo había guiado incluso antes de convertirse en adulto, y no iba a rechazarlo ahora.

—Mañana dejaremos este lugar y comenzaremos nuestra marcha hacia el este. Llevaremos a algunos aldeanos como esclavos, para que carguen con la comida y el agua. Permitiré que tú y tus hombres matéis al resto, como venganza por haberte capturado. Además, es mejor que nadie sepa de dónde hemos venido. En el viaje te explicaré lo que voy a hacer para apoderarme de Orak. —Korthac cambió de tema con un gesto de su mano—. Pero ahora cuéntame más sobre Eskkar, ese vagabundo convertido en líder poderoso. Debo conocer cómo es mi enemigo.

—Señor, te he dicho todo lo que alcanzo a recordar.

—Estoy seguro de que recuerdas mucho más, Ariamus. ¿O acaso necesitas algún aliciente? —Korthac sonrió nuevamente y se reclinó una vez más contra el árbol—. Tómame tu tiempo y comienza por el principio. Cuéntame cómo llegaste a Orak, qué hacías y cómo te convertiste en capitán de la guardia.

Korthac ya había escuchado la historia varias veces, pero cada repetición agregaba alguna cosa, algún detalle más que lo ayudaba a entender mejor aquella tierra y a sus gentes. Pidió que le trajeran cerveza, la única bebida alcohólica que aquella aldea miserable podía ofrecer. Una mujer apareció con una jarra y dos copas de madera. Arrodillándose, llenó su copa, y luego hizo lo mismo con Ariamus antes de regresar a las sombras.

Observó cómo Ariamus se quedaba mirando su copa. El hombre quería beber, pero había aprendido modales y cuál era su sitio durante las últimas semanas. Sólo después de que su nuevo amo hubiera tomado un trago, bebería el hombre de su copa. Korthac bebió un trago del amargo licor de cebada, y luego esperó a que Ariamus bebiera, tragando ruidosamente hasta que bajó la copa vacía.

—Ahora, Ariamus, háblame otra vez de ese bárbaro y de la joven esclava que lo embrujó. Ellos están en mi camino..., en nuestro camino ahora. Así que cuéntamelo todo, cada pequeña historia que recuerdes, sobre Eskkar y su esposa-bruja.

# CAPÍTULO 1

*Año 3157 a. C. en la ciudad de Akkad (Orak), en la ribera oriental del río Tigris*

**E**l señor Eskkar de Akkad tiró con fuerza de las riendas de su inquieto caballo, tan impaciente como su amo por comenzar la largamente esperada campaña. Había planeado estar en camino poco después de la salida del sol. Sin embargo, un caballo perdido, luego las ataduras rotas de unos fardos y finalmente dos soldados aún demasiado mareados tras una noche de haber bebido demasiado le habían impedido salir temprano. Finalmente sus avergonzados lugartenientes dieron señales de estar listos.

Eskkar apretó los dientes mientras tiraba del freno, hacía girar al animal y daba los primeros pasos para reclamar los alrededores de las bandas de forajidos. Se oyeron unos cuantos vítores provenientes del pequeño grupo de acadios que se tomaron la molestia de contemplar su marcha, pero la mayoría lo hizo en silencio. Hacía menos de dos meses que cada uno de ellos había elevado su nombre a los dioses, aclamándolo como soberano de Akkad por haber salvado sus vidas y sus hogares. Pero muchos estaban ya molestos por las restricciones que había establecido para protegerlos.

Mientras guiaba a sus soldados por las puertas de la ciudad y hacia la llanura, Eskkar supo que, en aquel momento, le importaba más irse de Akkad que pacificar la campiña circundante. Con cada paso que se alejaba de la ciudad sentía disminuir sus responsabilidades y ansiaba poner su caballo al galope. Eso hubiera sido injusto con los setenta soldados, de los cuales sólo veinte iban montados, que marchaban detrás de él. Eskkar se contuvo tanto a sí mismo como a su ansioso caballo hasta que llegó a la primera de las bajas colinas aproximadamente a una milla de distancia de Akkad.

Apartó a su montura del camino y urgió al animal a trepar por la parte más escarpada de la ladera. En la cima, el caballo resopló por el esfuerzo y luego pateó la tierra, como si quisiera decir que deseaba correr por los suaves prados, y no escalar pedregosas y resbaladizas laderas. Eskkar primero examinó la irregular columna de soldados que avanzaban por debajo de él. Una pequeña fuerza para lo que había que hacer, pero era de cuanto disponía para expulsar a los merodeadores y bandidos que habían asolado la zona desde hacía casi un año, prosperando en el caos causado por la invasión bárbara. Los temidos jinetes de Alur Meriki habían seguido su marcha, pero el desorden y la anarquía marcaban su paso por toda la comarca.

Eskkar desvió la mirada hacia el río, a sólo unos cientos de pasos. El sol de media



mañana se reflejaba en las lentas aguas del Tigris, confiriendo al ancho curso un raro color azul claro. Respiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire limpio que soplaba por encima de las aguas, feliz de deshacerse del olor de la ciudad, de muchos hombres y animales viviendo en estrecha proximidad. Eskkar miró en dirección a Akkad, al abrigo de la gran curva del río. Las altas puertas de madera permanecían abiertas y, elevándose por encima de una de las torres que la custodiaban, un gran estandarte ondeaba al viento. Eskkar casi no podía distinguir el león rampante bordado en él. El espíritu del león protegía ahora a la nueva ciudad, ciudad que lo había transformado de mero soldado en capitán de la guardia, en líder guerrero, proceso en el que estuvo a punto de morir.

Otro caballo se acercó a la cima de la colina y su guardaespaldas se detuvo a su lado.

—¿Ya la echa de menos, capitán? —Su lugarteniente Grond utilizó el antiguo título para dirigirse a él.

—¿Akkad? ¿Que si echo de menos el olor y el ruido? ¿Los lamentos y las quejas? No, por mí ese lugar puede venirse abajo. Pero aún no me he alejado siquiera una milla y ya estoy preocupado por Trella.

—La señora Trella estará bien protegida por los soldados —dijo Grond, pacientemente.

—Supongo que estará a salvo alrededor de un mes. —Todo eso ya lo habían discutido muchas veces en los últimos días. Gatus, su número dos y el más viejo de sus soldados, cuidaba de Trella como si fuera su propia hija. Oficialmente, Gatus estaría al mando mientras durara la ausencia de Eskkar, pero todos sabían que la verdadera autoridad de Akkad sería la señora Trella. Gatus, ocupado como siempre con el entrenamiento de los nuevos reclutas, no haría nada sin su aprobación.

Sin embargo, Eskkar se quedó mirando la ciudad, con sus muros apresuradamente contruidos que habían resistido los brutales ataques y que todavía mostraban las cicatrices del reciente conflicto. La colina en la que estaban había servido como puesto de observación para los cinco mil bárbaros que habían sitiado Akkad durante casi dos meses. A unos pocos cientos de pasos detrás de él se encontraban los restos del campamento de los sitiadores. Él y sus hombres lo cruzarían en su jornada hacia el norte.

Con un tirón de las riendas, el caballo de Eskkar giró hacia el norte. Había visto los restos de la carnicería, todavía visibles a su alrededor, lo suficiente durante las últimas semanas. Círculos ennegrecidos de piedras en torno al fuego todavía contenían las cenizas que marcaban los restos de cientos de hogueras. Había huesos de animales por todas partes, movidos y desparramados por perros, pájaros y animales de carroña. Los animales se habían alimentado durante muchas semanas con los muertos en la batalla.

A esas alturas habían desaparecido los bocados más tiernos, los huesos estaban completamente limpios. Los restos humanos y animales proporcionarían bocados menos sabrosos durante unas semanas más, o hasta que llegaran las lluvias. Los habitantes de la ciudad se habían apoderado semanas atrás de todo lo que tenía algún valor. Habían rebuscado entre todo lo que los bárbaros habían abandonado, en busca de cualquier cosa que pudiera utilizarse o venderse. Más de una docena de grandes montículos marcaban las tumbas de los enemigos muertos. Las fosas comunes contenían a quienes habían sobrevivido a las batallas pero muerto a causa de las heridas, o a los muertos considerados lo suficientemente importantes como para ser llevados de regreso al campamento bárbaro y enterrados en una tumba común antes de ser cubiertos adecuadamente.

Los bárbaros que habían muerto en el asalto a la muralla sufrieron la última de las ignominias: fueron abandonados por su clan y arrojados al río por sus enemigos, para ser arrastrados adondequiera que decidiera el capricho de los dioses, recibiendo por ello un amargo destino en la eternidad. Todos sabían que, sin un entierro adecuado, los espíritus de los muertos sin sepultura vagarían bajo la tierra durante toda la eternidad, víctimas de las sombras y los demonios que vivirían de sus almas atormentadas.

—¿Cuántos años tendrán que pasar para que desaparezca todo esto?, ¿para que la hierba lo cubra todo? —preguntó Grond.

El eco de la pregunta de su guardaespaldas resonó en los pensamientos de Eskkar.

—Probablemente dos años, tal vez tres —respondió—. Los granjeros seguirán desenterrando cosas durante más tiempo aún. No se libran semejantes batallas sin dejar rastros por todas partes.

Eskkar volvió la mirada hacia la ciudad. Su ciudad. Podía distinguir las cicatrices dejadas por miles de flechas lanzadas contra las murallas. Casi dos meses después de la marcha de los bárbaros, los hombres seguían trabajando en las reparaciones de Akkad. Mucho había sido destruido, pero la ciudad y su gente habían sobrevivido. «La mayoría de ellos», pensó Eskkar con seriedad. Muchos hombres buenos y valientes habían muerto en su defensa. Encontró consuelo en saber que los cuerpos de sus soldados habían recibido las exequias pertinentes y que sus fantasmas no estarían condenados a vagar en la oscuridad.

Eskkar apartó de su mente aquellos negros pensamientos. Mejor pensar en el futuro que en el pasado.

—Será mejor que sigamos nuestro camino, Grond. Ha transcurrido la mitad del día y todavía queda mucho por recorrer.

Obligaron a sus caballos a girar en dirección contraria a Akkad y cabalgaron colina abajo. Los caballos querían estirar las patas tanto como sus amos, y ambos hombres alcanzaron pronto la retaguardia de sus soldados. Una vez allí, sin embargo,

Eskkar puso su montura al paso, para ir detrás de la columna en vez de hacerlo a la cabeza, como era la costumbre habitual. Desde la retaguardia, podía observar a los hombres, ver cómo marchaban e incluso alentarlos si fuera menester. Una lección que Eskkar había aprendido muy bien en el último año de entrenamiento y pelea era que necesitaba de la lealtad de sus soldados tanto como de su habilidad.

Conscientes de que los miraba, los soldados de la retaguardia de la columna enderezaron sus espaldas y aceleraron el paso. Eskkar sabía que los nuevos reclutas lo consideraban una leyenda, el fiero guerrero que había derrotado al poderoso Alur Meriki. Los veteranos conocían la verdadera historia. Sabían exactamente cuán cerca habían estado de ser derrotados por los bárbaros. Los nuevos reclutas necesitaban dominar el oficio de soldado. «Más vale que aprendan pronto», pensó Eskkar. En el plazo de una o dos semanas podrían estar peleando para salvar la vida.

—¿Qué piensas de los hombres? —preguntó Eskkar, mirando a su compañero.

Grond había sido esclavo en una tierra lejana, hacia el oeste, antes de llegar a Akkad. Había peleado bien durante el asedio y obtenido el rango de lugarteniente, pero ahora desempeñaba el papel de guardaespaldas y amigo de Eskkar. Grande, casi tan alto como su capitán, Grond era de espaldas aún más anchas que aquél, con brazos enormes que, no hacía mucho, habían llevado a Eskkar a lugar seguro con la misma facilidad que quien carga con un niño. En los últimos meses, el antiguo esclavo había salvado la vida de Eskkar más de una vez.

Grond se tomó su tiempo antes de responder.

—Servirán, supongo. Pero debería haber traído más veteranos, capitán. Setenta no van a ser suficientes para recuperar ciento cincuenta millas de territorio rebelde, y menos con casi la mitad de los hombres recién entrenados.

Eskkar no quería empezar de nuevo la discusión, especialmente cuando él había insistido en que se quedaran los suficientes hombres con experiencia para custodiar las murallas y patrullar los territorios hacia el sur. No creía que la horda bárbara que había atacado Akkad fuera a volver, pero Eskkar respetaba mucho su habilidad guerrera y su odio por la derrota como para arriesgarse.

—Lo único que haremos será perseguir bandidos y ladrones aislados, Grond. No es como si fuéramos a enfrentarnos a guerreros endurecidos en un campo de batalla. Además, los reclutas necesitan experiencia en la batalla, y ésta es la mejor manera de que la adquieran.

Además de los soldados, la columna incluía una docena de muchachos que hacían de asistentes para quienes pudieran costearse su alimentación. Cinco cuidadores se encargaban de los quince animales de carga y de los veinte caballos y tres jóvenes, hijos de los principales comerciantes de Akkad, representaban los intereses comerciales de sus padres. Ayudaría a restablecer el comercio local en donde fuera posible. El conde regente de Akkad también había designado a dos escribientes para

ayudar a Eskkar. Ellos tomarían nota de todo lo que fuera de interés y tomarían nota de cualquier mercadería o botín que Eskkar y sus hombres adquirieran.

Él no había querido llevar escribientes, pero los ancianos habían insistido. ¿De qué otro modo, habían preguntado, podía darse cuenta de todo? Eskkar había mirado a Trella, sentada al otro extremo de la mesa, la vio asentir con la cabeza y, entonces, accedió. Ahora se preguntaba si contaba con suficientes soldados. Parecía una fuerza muy pequeña para restablecer el control en todas las villas y granjas al norte de Akkad.

—¿Alguna otra noticia sobre Dilgarth? —preguntó Grond, cambiando de tema.

—Ayer, antes de la caída del sol, llegó otro mercader —dijo Eskkar—. Aseguró que había visto cómo asaltaban a otros viajeros cerca de la villa. Puede que haya varias bandas de ladrones atacando y robando a los viajeros en el camino que va de aquí a Dilgarth.

La pequeña villa de Dilgarth se encontraba a más de cuarenta millas al norte de Akkad. Eskkar planeaba pasar por el lugar, camino a Bisitun, una villa mucho más grande que era su objetivo principal. Intentaría limpiar de bandidos y merodeadores el área entre Akkad y Bisitun, para proteger a los cientos de granjeros y pastores que producían la comida de la que dependían Akkad y sus comerciantes.

—Bueno, deberíamos ser capaces de acabar con un puñado de ladrones con facilidad —dijo Grond.

—Sí, después de pelear contra los bárbaros, unos pocos bandidos no deberían ser ningún problema —replicó Eskkar—. Y una vez que hayamos controlado las tierras en torno a Bisitun, la campaña debería comenzar a tranquilizarse.

—Espero que hagan buena cerveza en Bisitun —dijo Grond—. Ya tengo sed.

—La hacen —respondió Eskkar con una carcajada—. Pero no intentes tomártela toda.

Los soldados marcharon a buen paso ese primer día, contentos los hombres de estirar las piernas fuera de la ciudad y al aire libre que ya dejaba sentir el frescor del próximo que se avecinaba. Para cuando establecieron su primer campamento, Eskkar se tranquilizó lo suficiente como para sonreír y bromear con sus hombres, disfrutando de la libertad de la marcha y dejando a sus espaldas los pensamientos e intrigas de Akkad.

En el fondo, se sentía feliz de estar lejos, libre para ser él mismo sin tener que preocuparse de lo que algún mercader o comerciante pensara de él. En los últimos meses se había enfrentado a su cambio de papel. Ya no era un simple soldado defendiendo la villa, Eskkar tenía ahora que gobernar a casi tres mil personas, y todas ellas demandaban atención inmediata a sus problemas particulares. Nada, en los años de vagabundeo, lo había preparado para semejante responsabilidad. Incluso con la ayuda de Trella, el peso de tener que tomar decisiones constantemente le agotaba la

paciencia. A diferencia de las preparaciones para el asedio, para el que simplemente tenía que tomar decisiones militares, ahora cada reclamo conflictivo parecía requerir infinitas horas de discusión, que invariablemente terminaban en peleas y quejas que no dejaban a ninguna de las partes satisfecha.

Eskkar pensaba que sabría desenvolverse en su nueva posición, pero en las últimas semanas había empezado a dudar y estaba cada vez más irritable e impaciente. Y eso, ahora se daba cuenta, hacía que el trato con los demás fuera más difícil. Así pues, estaba feliz de verse libre de aquella carga, aunque sólo fuera por un tiempo, y lidiar con algo a lo que estaba habituado, como limpiar la tierra de ladrones y asesinos.

Allí, en la campiña, entre sus hombres, él podía volver a ser un soldado. Esa satisfacción, combinada con el aire fresco, la comida sencilla y el cansancio de caminar y cabalgar todo el día, le permitió disfrutar de una noche de buen dormir por primera vez en semanas.

A la mañana siguiente Eskkar se despertó antes del alba, feliz de que su cuerpo recordara los viejos hábitos. Exigió que sus soldados estuvieran listos para la marcha una hora después de la salida del sol, y amenazó con dejar atrás a cualquier cosa o persona que no estuviera lista. Los hombres apenas habían tenido tiempo de comer algo, preparar los animales y guardar sus cosas antes de reemprender la marcha. Casi inmediatamente, comenzaron a oírse quejas por los pies cansados y los músculos agotados, mientras continuaban su marcha al norte, todavía siguiendo la ribera oriental del gran río Tigris.

Ese día, Eskkar se adelantó al grupo principal, acompañado por Grond y seis de sus jinetes. Se dirigieron más hacia el este, lejos del río y hacia los campos. Eskkar quería observar por sí mismo la devastación causada por los bárbaros. En todas partes las casas y los campos estaban abandonados, quemadas las cosechas. Volvía a crecer la hierba, que primero había sido quemada por los granjeros para que el enemigo que se aproximaba careciera de alimentos, y cuyos nuevos brotes sirvieron después de pasto a los rebaños de los bárbaros. Ese invierno la cosecha sería magra. Así y todo, los granjeros se consideraban afortunados. Al menos tendrían la oportunidad de sembrar a tiempo para la próxima estación las preciadas y celosamente guardadas semillas.

Mientras continuaban su cabalgata hacia el noreste, las granjas eran cada vez más pequeñas y aisladas, y se encontraban con menos gente. Muchos huían al verlos. Otros se quedaban donde estaban, con las manos apretando nerviosamente toscas armas o herramientas. Cuando se enteraban de quién era Eskkar y de que no buscaba hacerles daño, bajaban la guardia. Por esos granjeros supo que la pequeña villa de Dilgarth, apenas a doce millas de distancia, había sido, de hecho, capturada por bandidos hacía más de una semana. Los relatos del saqueo de Dilgarth empeoraban a

medida que el grupo de Eskkar se cruzaba con más habitantes deambulando por los campos arrasados. Volvió a ensombrecérsele la expresión.

Envió a un jinete de vuelta a la columna principal con la orden de que les hiciera apretar el paso. Eskkar y sus hombres avanzaron tan velozmente como pudieron azuzar a sus caballos, alternando entre el paso veloz y el trote, hacia la villa de Dilgarth. El sol había pasado el mediodía cuando rodearon una curva del río y vieron la villa a menos de una milla de distancia. Mientras dejaban descansar a los caballos, un grupo de hombres armados salió sin prisas de la villa, en dirección norte.

—Parece que estaban al tanto de nuestra venida —comentó Grond—. ¿Los perseguimos?

Eskkar se puso de pie sobre los estribos y contó los lejanos jinetes, moviendo los labios en silencio. Eran doce hombres, casi el doble que ellos, y con caballos frescos.

—No, esperaremos hasta que lleguen los demás hombres. —Ahora podía decirlo sin problemas, sin tener que preocuparse de que alguien pensara que tenía miedo de pelear. Nadie dudaba de su coraje. Y daría una mejor impresión a los habitantes de Dilgarth si entraba con la tropa completa.

Pasaron otras tres horas hasta que llegaron los demás soldados, respirando agitados y quejándose de la apresurada marcha. Eskkar no les dio descanso. Entró en la villa a la cabeza de sus hombres una hora antes de la puesta del sol.

Dilgarth era una población pequeña, con menos de cuarenta chozas de barro y juncos, ninguna de ellas con piso superior. Eskkar la había visitado muchas veces en los últimos años, persiguiendo esclavos fugitivos o ladrones. Antes de la llegada de los bárbaros, más de ciento cincuenta personas vivían allí. Todos habían abandonado sus casas; la mayoría se había dirigido a Akkad, entonces conocida como Orak, aunque muchos cruzaron el río o continuaron hacia el sur. Algunos de los habitantes originales podrían haber regresado, pero la mayoría había abandonado su hogar para siempre.

Eskkar comprendía la importancia de Dilgarth. Último lugar de relevancia antes de llegar a Akkad, los campos que rodeaban Dilgarth brindaban múltiples cosechas y la tierra era casi tan fértil como la que rodeaba a Akkad. Tal vez igualmente importante, los habitantes de Dilgarth habían aprendido a trabajar su cosecha principal, el lino, una planta que se cultivaba no para alimento, sino por sus fibras delgadas y duraderas, que podían ser transformadas en telas y otros materiales.

Antes de la invasión, los granjeros y pobladores locales habían seleccionado las mejores fibras y las habían tejido en telas de buena calidad. Los mercaderes de Akkad querían saber cuándo se restablecería el abastecimiento de lino. La incursión bárbara había generado una escasez de trabajadores cualificados que pudieran transformar el lino en finas túnicas, vestidos o faldas. Dilgarth había prosperado durante años antes de que los bárbaros arrasaran la tierra. No había motivos para que no volviera a ser

próspera.

Al entrar Eskkar con sus soldados, menos de una docena de hombres silenciosos los vieron llegar. Ninguno los saludó. Los pocos que miraron a Eskkar a los ojos parecían amargados o recelosos. Todos tenían sucia y deshilachada la ropa, que apenas cubría unos cuerpos delgados por la escasez de comida. Muchos tenían magulladuras en la cara y el cuerpo. Eskkar no vio ni mujeres ni niños.

Eskkar avanzó por la angosta calle hasta llegar al pequeño mercado, ubicado al otro extremo de la villa. No vio carretas con mercancías a la venta, ni fuegos para cocer acompañados del aroma de la carne asada, ni siquiera perros corriendo y ladrando incesantemente y mordisqueando los tobillos de los caballos de sus hombres. Tiempo ha, los pobladores de Dilgarth habían vivido felices y contentos. Ahora, sus escasos habitantes tenían poco más que unos andrajos para vestir sus cuerpos maltrechos. Aquellos que tenían algo más lo habían perdido, ya fuera en la masacre llevada a cabo por los bárbaros o a manos de los bandidos que acababan de marcharse.

Sin esperanzas para el futuro, estos pobladores podrían abandonar sus hogares y echarse a los caminos, tal vez dirigirse hacia Akkad. Su ciudad necesitaba mercaderes y artesanos, además de un flujo constante de lino, no más refugiados.

Pensó en todo esto mientras su caballo llegaba al pozo de la villa. Permaneció montado hasta que sus hombres, los caballos y los animales de carga ocuparon la mayor parte de la plaza. El centro de la villa apenas contaba con espacio suficiente para todos ellos, pero sus hombres esperaron pacientemente la orden que les diera permiso para dejar su carga. Espontáneamente, las palabras de Trella acudieron a su mente: «Así como te has ganado el corazón de tus soldados, deberás ganar el de aquellos a quienes quieras gobernar».

Eskkar se volvió a Sisuthros, su lugarteniente, que estaba de pie delante de los hombres, esperando órdenes.

—Sisuthros, que los hombres descansen aquí, hasta que les encuentres un lugar donde dormir. Mantén aquella parte de la plaza despejada. —Sus ojos se volvieron a Grond—. Reúne a todos los pobladores y tráelos ante mí. Quiero oír lo que les ha sucedido desde que regresaron a Dilgarth. No los alarmes, sólo hazles venir.

La orden de descanso para los soldados, en vez de enviarlos a dormir, significaba que podían descargar su equipaje y sentarse en el suelo, pero poco más. Eskkar no los quería dando vueltas, metiéndose en las casas de la gente, asustando a los habitantes más de lo que ya estaban, hasta saber exactamente qué nueva calamidad había tenido lugar en Dilgarth.

Se bajó de su montura y le dio las riendas a uno de los escuderos, mientras Sisuthros comenzó a repartir órdenes. Algunos de los soldados rompieron filas y se llevaron los caballos al toscorral para que comieran y bebieran. Sisuthros dio más

órdenes, y la mayoría de los soldados, junto con los animales y las vituallas, se acomodó a los lados de la plaza, dejando el centro vacío.

Eskkar se acercó al pozo de piedra en el centro de la plaza y quedó allí de pie, esperando. En su mente trató de comprender lo que había sucedido allí. Excepción en el campo de batalla, en donde confiaba en su instinto, ya no tomaba decisiones apresuradas. Había aprendido a usar el tiempo disponible para pensar en cada situación. Eso incluía entender qué era lo que quería lograr y qué palabras debía utilizar para conseguir su objetivo. Así que mientras esperaba de pie, imaginándose lo que había sucedido en la villa, utilizaba el tiempo para prepararse y para anticipar lo que haría después de escuchar el relato.

Para cuando Grond y unos pocos soldados terminaron de buscar en las chozas y de agrupar a todos los habitantes, Eskkar ya había ordenado sus ideas. Grond escoltó a los últimos rezagados hacia el mercado justo cuando Eskkar terminaba de contarlos. Treinta y seis personas estaban de pie frente a él. Catorce eran hombres o jovencitos en edad de trabajar la tierra. Muchas de las mujeres temblaban de miedo mientras miraban a los soldados que las rodeaban. Otras tenían un aspecto desamparado en sus rostros alicaídos. Eskkar observó con facilidad las señales de repetidas violaciones y palizas. No vio lágrimas. Días o semanas de llorar habían secado sus ojos. Las mujeres habían llegado a un punto en el que incluso la muerte podía parecer preferible.

—¿Quién habla en nombre de la villa? —preguntó, manteniendo la voz calmada. El silencio recibió sus palabras, y repitió la pregunta.

—Quienes hablaban por la villa están todos muertos, noble. —Las palabras pertenecían a una mujer mayor, de cabellos grises y encorvada de trabajar la tierra, casi invisible en medio de la multitud. Una niña de tres o cuatro estaciones le agarraba temerosa la mano.

—¿Hay algún anciano en la villa, entonces?

—Todos muertos también, noble. —Su voz sonaba cansada, sin emoción, pero le miraba directamente a los ojos sin temor.

Eskkar escudriñó al grupo, pero todos los rostros miraban al suelo; nadie estaba dispuesto a decir nada. Sentía que se le acababa la paciencia, pero mantuvo la calma mientras caminaba hacia ellos. Ellos se apartaron de su paso hasta que estuvo frente a la vieja.

—¿Y cómo te llamas, anciana? —Eskkar mantuvo la voz baja y el tono cortés.

—Me llamo Nisaba, noble. En cuanto a estos otros, todos tienen miedo de hablar contigo, por miedo a que los maten los bandidos cuando regresen. Dijeron que volverían en cuanto tú te marcharas.

—¿Pero tú no tienes miedo, Nisaba?

—Ya han matado a mis dos hijos. Mi vida ha terminado y soy demasiado vieja



para que se entretengan conmigo. Lo más que pueden hacer es matarme.

—Nadie va a matarte, Nisaba. Yo te lo prometo. Ahora estás bajo mi protección. —Le tomó la mano libre y la condujo hacia el pozo. La niña los siguió con los ojos despavoridos y apretando con fuerza la mano de la vieja—. Siéntate, anciana. —Se descolgó la espada que llevaba a la espalda y se unió a la mujer en el suelo, sentándose en la tierra frente a ella y colocando la funda sobre sus rodillas—. ¿Sabes quién soy?

Ella se tomó su tiempo para responderle, mientras se colocaba lo que quedaba de su vestido.

—Tú eres el noble Eskkar y, por ahora, el líder de Orak.

No pudo evitar una sonrisa al oírle decir «por ahora». En los últimos meses había, con frecuencia, pensado lo mismo.

—Ya no se llama Orak, Nisaba. Ahora es la ciudad de Akkad.

—Orak..., Akkad..., no hay diferencia, noble. Se llamaba Orak cuando yo era una niña y no veo la necesidad de cambiarle el nombre a las cosas.

Eskkar se atusó la delgada barba de su mentón. Trella había sugerido el cambio de nombre, de Orak a Akkad, para ayudar a que la gente se identificara con Eskkar y con un nuevo comienzo. Eskkar le había advertido que el cambio no sería tan aceptado en la campiña como lo había sido dentro de los muros de Akkad.

—Bien, anciana, ya hablaremos de eso después. Por ahora, tú eres la anciana de la villa de Dilgarth y tú hablarás en su nombre. —Alzó los ojos por encima de su cabeza para observar la reacción de los pobladores—. ¿Hay alguna otra persona que crea que deba ser anciano de la villa?

Nadie desafió su decisión.

—Nisaba, Dilgarth está bajo la protección de la ciudad de Akkad, y aquí todos obedecerán las leyes de Akkad de ahora en adelante. —Eskkar alzó la voz y se dirigió a los habitantes de Dilgarth—: Los soldados de Akkad pronto limpiarán la tierra de bandidos, y vosotros y vuestras familias estaréis a salvo en vuestras tiendas y granjas. El comercio de lino y de otras mercancías volverá a establecerse con Akkad y, como antes, se os pagará con justicia por vuestros productos. Si tenéis quejas, comunicádselas a la anciana de vuestra villa —dijo señalando a Nisaba— y ella las presentará a los soldados aquí apostados o las llevará a Akkad. Si fuera necesario, yo tomaré la decisión final. Las costumbres de Akkad se aplicarán a todos por igual y Nisaba y los soldados se ocuparán de que sean aplicadas de manera ecuánime.

Eskkar se sintió aliviado de haber dado cuenta de semejante formalidad, aunque dudaba de que muchos entendieran qué era lo que verdaderamente había dicho. Tampoco tenía demasiada importancia. En los próximos meses, todos en Dilgarth podrían apreciar la estabilidad y seguridad que Akkad podía proporcionarles. Volvió su mirada a la nueva anciana de la villa.

—Ahora, háblame de los bandidos que huyeron cuando llegamos nosotros.

La historia brotó con lentitud, mientras los lugartenientes de Eskkar se congregaban en torno a su jefe, ansiosos por escucharla. El resto de los soldados se esforzaba por escuchar las bajas palabras de Nisaba y, durante un buen rato, el único sonido que se dejó oír fue el ocasional movimiento de uno de los caballos apretujados en la plaza.

Dos meses atrás, los pobladores habían comenzado a regresar a Dilgarth después de que la migración bárbara se hubiera marchado, volviendo a sus casas de uno en uno o de dos en dos mientras comenzaban a reconstruir sus hogares y a atender sus cosechas y animales. Se alegraron cuando les llegaron nuevas sobre la derrota de los invasores y su expulsión de Akkad, y entonces regresaron más granjeros y artesanos.

Pero hacía menos de dos semanas, mientras Eskkar y sus hombres permanecían detrás de los muros de la ciudad, todavía temerosos de aventurarse al exterior, hasta que los bárbaros estuvieran a una distancia prudencial de la ciudad, una banda de unos veinte bandidos entró al galope en Dilgarth en mitad de la noche, derribando la pequeña empalizada y matando a quienes se opusieron. Por la mañana, ya habían tomado a cuantas mujeres quisieron y saqueado la villa.

Nisaba pensó que se marcharían después de unos días de placer, pero los bandoleros parecían encantados de tener a los aldeanos recolectando y preparándoles la comida mientras disfrutaban de sus mujeres e hijas. Los bandidos permanecieron en la villa; de vez en cuando algunos salían en pequeños grupos para robar a cualquier granjero que estuviera trabajando sus tierras o en busca de viajeros débiles o aislados de camino a Akkad.

Los intrusos habían sido lo suficientemente hábiles como para matar a todo aquel que hubiera intentado escapar hacia Akkad, y por eso sólo llegaban a la ciudad rumores sobre su actividad, aunque muchos viajeros habían sido asaltados y atacados en los caminos. Los bandidos se habían hecho con todos los alimentos mientras los pobladores pasaban hambre. Esa mañana, poco antes del amanecer, un jinete había llevado noticias de la llegada de Eskkar. Se habían tomado su tiempo antes de partir, esperando insolentes hasta que los soldados de Akkad hubieran sido avistados a menos de una milla de la villa.

Cuando Nisaba concluyó, la multitud permaneció en silencio. Eskkar sabía que todos, soldados y pobladores por igual, esperaban a ver qué iba a hacer. No habían pasado ni dos días desde su marcha de Akkad y ya tenía un problema. Dilgarth era un lugar insignificante, una mera estación de paso en el camino hacia Akkad, y nadie, ni soldado ni poblador, se sorprendería si la abandonara a su suerte. Eskkar tenía asuntos urgentes más al norte, en Bisitun, y mal podía permitirse el lujo de recorrer los alrededores en busca de un pequeño grupo de bandidos bien montados y armados o de preocuparse por el destino de unos patéticos campesinos. Al final, los bandidos

dejarían la zona cuando hubieran agotado la comida o se hubieran cansado de sus mujeres. O cuando Eskkar estableciera el control sobre el área hacia el norte. Así que, en cuestión de días o semanas, el problema estaría solucionado aunque no hiciera nada.

Sin embargo, aquellos aldeanos estaban ahora bajo su protección. Si Eskkar no podía cuidar a estos desventurados eliminando a unos pocos maleantes, entonces su autoridad sería apenas superior a la de cualquier bandolero.

Pero en tanto permaneciera en el lugar, los bandidos no volverían, y él no podía quedarse mucho tiempo. Tampoco podía dejar una cantidad de hombres para proteger Dilgarth de forma adecuada. Necesitaba de todos sus soldados en el norte. Si continuaba su cabalgata, los bandidos volverían tan pronto como se hubiera marchado. Sin hombres suficientes y, más aún, sin suficientes caballos, no podía tampoco dar caza a los bandidos. Además, Eskkar no sabía cuántos hombres tenían y pronto podría encontrarse enfrentando una fuerza igual o mayor a la de sus veinte jinetes. Así que tenía un problema de compleja solución, pero que necesitaba resolverse, y pronto.

Eskkar miró a Nisaba y pudo ver casi idénticos pensamientos en su mente.

—Anciana, dedicaré un tiempo a pensar en esto. Tú y los demás tenéis que comer. Mis hombres compartirán su comida con vosotros. —Miró a Sisuthros, sentado a unos pasos de distancia, para asegurarse de que su lugarteniente entendía su petición —. Después hablaremos, Nisaba.

Se puso de pie, y sus hombres comenzaron a moverse. Oyó a Sisuthros dar las órdenes para montar el campamento, apostar a los centinelas y alimentar a los pobladores. Los jefes de decena asignaron a sus hombres lugares para dormir mientras que otros se encargaron de los animales de carga. Mientras se desarrollaba toda esta actividad, Eskkar entró en el edificio más grande de la villa, la casa que el cabecilla de los bandidos había utilizado como cuartel general.

Dentro, Eskkar encontró el suelo cubierto de huesos y restos de comida y carne cruda desperdigada entre cazuelas y muebles rotos. Abundaban las moscas, que se alimentaban de la basura. Un rincón había hecho las veces de improvisada letrina. Manchas de sangre cubrían una pared y el suelo de tierra en un rincón estaba teñido de rojo, ya fuera de vino o de sangre. Había un olor a algo podrido en el aire superponiéndose incluso al olor a orines.

Haciendo caso omiso de todo, Eskkar halló un taburete caído, lo cogió y se sentó mirando hacia la entrada. No alzó la vista cuando Grond y otros dos soldados entraron y comenzaron a limpiar el lugar. Uno de los hombres había encontrado una escoba y el otro llevaba un cubo con arena limpia para echar sobre la tierra empapada de orines. Todos trabajaban en silencio, evitando molestar a su jefe. Para cuando terminaron, Sisuthros entró, seguido de uno de los escuderos y de dos mujeres de la

villa, llevando platos con un poco de carne seca, pan y dátiles, así como una tosca copa tallada que contenía vino. La comida y el vino provenían de Akkad; los bandidos, al partir, se habían llevado la poca comida que quedaba en Dilgarth.

Eskkar alzó la vista mientras una de las mujeres colocaba los alimentos frente a él.

—A esos bandidos los quiero muertos, Sisuthros.

—Probablemente ya estén lejos, capitán —respondió cauto Sisuthros. Había escuchado ya antes ese tono de voz y sabía lo que significaba—. No tienen motivos para seguir aquí, han arramblado con todo. Ni siquiera queda comida. Y las mujeres... —dijo, encogiéndose de hombros.

El segundo al mando de Eskkar era un fuerte joven de veintitrés estaciones, siete menos que su capitán, pero había peleado en la extensa campaña contra Alur Meriki y obtenido el respeto de sus hombres. Y lo que era más importante, Sisuthros tenía una buena cabeza sobre los hombros. Eskkar planeaba dejarlo a cargo cuando llegara a destino, en el norte, en la villa de Bisitun.

—Regresarán —dijo quedo Eskkar—. Todavía hay algunas verduras en los campos y se querrán llevar a algunos pobladores como esclavos, ya sea para usarlos o para venderlos, antes de abandonar este lugar. Se fueron sólo minutos antes de que llegáramos. Ni siquiera se llevaron a ninguna de las mujeres.

—Parecen estar bastante al tanto de nuestros planes —dijo Sisuthros—. Probablemente adivinaron que no queremos quedarnos aquí. Podríamos dejar suficientes hombres para proteger la villa, al menos por un tiempo.

—Si dejamos algunos hombres, tendremos también que dejar algunos caballos —arguyó Grond—. Y tal como están las cosas no tenemos suficientes animales.

La escasez de carne de caballo había acuciado a Eskkar incluso desde antes del comienzo del asedio a Akkad.

—Ni sabemos cuántos hombres dejar. —Eskkar tomó un sorbo de la copa de vino—. Si dejamos demasiado pocos, podrían ser derrotados. —Sacudió la cabeza—. No, no quiero perder tiempo y hombres defendiendo Dilgarth. Quiero eliminar a estos bandidos cuando vuelvan por el este.

—¿Por qué el este, capitán? —preguntó Grond—. ¿Por qué no el norte, o el sur?

—No pueden cruzar el río por aquí, y menos sin botes. Es demasiado ancho. Tampoco pueden entrar en Akkad. Gatus interceptaría a cualquier grupo de hombres montados, armados y con botín, así que no irán hacia el sur. Y nosotros nos dirigimos al norte, así que no querrán que les siga un gran contingente. Eso sólo les deja el este, la tierra que arrasaron los bárbaros. Si van en esa dirección, aunque sea durante unos días, necesitarán toda la comida, botín y esclavos que puedan cargar.

Ninguno de los hombres dijo nada, lo que sencillamente significaba que no veían error alguno en su lógica. Eskkar había establecido ciertas reglas de mando, y una de

ellas insistía en que sus lugartenientes hablaran con libertad en relación a sus planes e ideas. Era otra de las dolorosas lecciones que Eskkar había aprendido en los últimos seis meses: que era más importante enterarse de las ideas y comentarios de todos que tomar las decisiones por sí solo.

—Eso quiere decir que probablemente están espionando el lugar —dijo Grond—. Esperarán hasta que nos marchemos, asegurándose de nuestra partida, y luego volverán a tomar tantos pobladores, comida y cualquier otra cosa que quieran, para a continuación marcharse.

—¿Por qué no se han llevado hoy lo que querían? —preguntó Sisuthros.

—Porque no tienen suficientes caballos para los esclavos y las mercaderías —respondió Eskkar, satisfecho de haberse hecho él la misma pregunta—. Y no estaban seguros de si los perseguiríamos o no. Si se hubieran ido cargados con esclavos y botín, los podríamos haber atrapado con facilidad. No, volverán. Uno tonto incluso se lo dijo a Nisaba.

Eskkar miró hacia la entrada, asegurándose de que el centinela estuviese apostado en su lugar antes de continuar. No quería que ningún poblador escuchara sus palabras. Así y todo bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro.

—Esto es lo que haremos.

Como todos los planes de Eskkar, parecía bastante simple. Y como la mayoría de sus planes, muchas cosas podrían salir mal. Sisuthros intentó primero disuadirlo y después se ofreció a tomar su lugar, pero Eskkar no quiso saber nada de ello.

—Sé que lo que dices tiene sentido, Sisuthros —dijo Eskkar, poniendo fin a la discusión—. Pero estaré lo suficientemente protegido. Y esto es algo de lo que quiero ocuparme en persona.

Sisuthros hizo un último intento:

—Antes de partir, la señora Trella me pidió que me asegurara de que no corriera riesgos innecesarios. —Cuando comprobó que ni siquiera la mención de Trella iba a cambiar la opinión de su capitán, empleó otra táctica—: Al menos deja que Grond se quede aquí contigo. Por todos los dioses, Eskkar, puede que cuenten con más hombres que tú.

Antaño, Eskkar habría gritado y exigido obediencia. En aquel momento puso fin a la discusión con voz firme.

—Si lo hacemos bien, no esperarán encontrarse con problemas, y yo cuento con hombres entrenados que deberán ser capaces de ocuparse con facilidad de una docena o poco más de bandidos.

Grond y Sisuthros comenzaron a protestar, pero Eskkar alzó la mano.

—Basta de discusiones. Comamos en paz —continuó Eskkar—, después elegiremos a los hombres y organizaremos los preparativos. Cuando estemos listos, hablaré con Nisaba. Ella y los demás habitantes también tienen una función que

cumplir.

Los dos lugartenientes se miraron. Habían presentado sus objeciones y escuchado la decisión de Eskkar. Ahora, la tarea que tenían por delante consistía en asegurarse de que su capitán tuviera éxito. Asintieron resignados, y cada uno empezó a pensar en su parte en el plan.

## CAPÍTULO 2

Una hora después del amanecer, los acadios se marcharon de Dilgarth. Los pobladores se quedaron por allí, taciturnos, viéndolos partir y esperando hasta que los soldados estuvieran lejos para volver a sus tareas. Algunos hombres fueron hacia los sembrados, otros, hacia el río. Las mujeres pronto siguieron a los hombres por la destruida entrada, arrodillándose en el barro para reparar las vitales acequias que llevaban la preciosa agua del río hasta los sembrados siempre sedientos. Una delgada columna de humo se elevó desde el taller del herrero, y el martillo del carpintero se dejó oír mientras otro día de trabajo en la reconstrucción de la villa daba comienzo. Al igual que los bandidos, los soldados habían llegado y se habían marchado. Sin otra opción, los pobladores volverían a intentar recomenzar sus vidas.

La mañana pasó sin sobresaltos. Llegó el mediodía y los pobladores regresaron a sus hogares, a comer una escasa ración y a descansar brevemente antes de volver a sus labores. A media tarde, a pesar de que el sol todavía estaba alto en el cielo, comenzaron a volver a la villa, llevando sus fardos o herramientas, caminando lentamente, las cabezas gachas, los ojos exhaustos fijos en el polvo.

Cuando el último de ellos cruzó la entrada, Eskkar se alejó del borde de la plaza. Desde allí podía ver la entrada de la villa. Volvió hasta la casa de la anciana de la villa y abrió la puerta. Durante la mayor parte del día había montado guardia sobre la casa y sus dieciocho ocupantes, la mayoría niños, o demasiado viejos o enfermos para trabajar, asegurándose de que sólo sus soldados hubieran salido a los campos. Eskkar no quería arriesgarse en modo alguno a que los pobladores lo traicionaran, ya fuera voluntariamente o con un cuchillo en la garganta. Sus hombres se habían mantenido cerca de las mujeres que se llevaron consigo a los sembrados. Únicamente aquellos de quienes Nisaba daba garantías recibían permiso para partir, y eso sólo en compañía de los hombres de Eskkar.

Los demás hombres de Dilgarth, vestidos con ropa de soldado, habían marchado con el resto de las fuerzas de Eskkar aquella mañana. El soldado más alto de la columna vestía la túnica de Eskkar y montaba el caballo del capitán. Ese soldado había avanzado a la cabeza de la columna, entre Grond y Sisuthros, cuando los acadios salieron de la villa y continuaron su marcha hacia el norte. Si los bandidos habían dejado a un espía, éste informaría de que Eskkar, personalmente, encabezaba la columna.

Si el espía podía contar, también podría declarar que todos los soldados habían partido hacia el norte. Al menos Eskkar confiaba en que su partida fuera relatada en esos términos. Entretanto, los soldados marcharían hacia el norte hasta levantar

campamento al atardecer. Entonces, los veinte jinetes darían media vuelta y comenzarían su regreso volviendo sobre sus pasos hacia la villa. Con suerte, llegarían antes de medianoche, aunque Eskkar esperaba que todo hubiera concluido para entonces.

Eskkar se había quedado junto con diez hombres, el único número que podía igualar al de hombres capaces en Dilgarth. Pero había seleccionado a algunos de los mejores guerreros y arqueros de su tropa, todos ansiosos de probarse junto a Eskkar, para hacerse dignos del clan del Halcón.

En el ascenso de Eskkar al poder, muchas de las antiguas costumbres se habían dejado de lado y se habían creado otras nuevas. Después de una de las primeras batallas, Eskkar había establecido un nuevo tipo de clan, un clan no de sangre o lugar, sino de hermanos de batalla. Desde entonces, cada miembro del clan del Halcón había hecho un juramento de lealtad, primero a Eskkar y luego a sus hermanos.

En las subsiguientes batallas contra los bárbaros, el clan del Halcón había crecido en número, aunque muchos murieron en el asalto final. Sólo aquellos que habían demostrado su habilidad en el campo de batalla podían ser propuestos como candidatos a ingresar en el clan del Halcón. De ser aceptados, su pasado, su tierra natal, su antiguo clan carecerían de importancia. Ahora, hombres de los cuatro rincones de la tierra, muchos sin hogar y sin amigos, tenían un clan propio, una nueva familia, en donde todos eran iguales en el honor. El símbolo del halcón se convirtió en una marca de valor y prestigio y cualquier soldado digno de su espada ansiaba llevar el emblema del halcón. Aunque su número no llegaba a los treinta, estos soldados de élite constituían la base de los lugartenientes y guardaespaldas de Eskkar, el corazón de los guerreros que sostenían a Eskkar en el poder.

Cada miembro del clan del Halcón llevaba con orgullo su emblema en el hombro izquierdo, para que todos pudieran ver la marca de bravura y distinción. Cualquiera de los soldados de Eskkar saltaría ante a la oportunidad de demostrar su coraje y valor, y qué mejor modo que hacerlo peleando junto a Eskkar. Cinco de los diez soldados que se quedaron con Eskkar pertenecían al clan del Halcón. Los demás confiaban en obtener dicho honor en alguna batalla futura.

Sin modo de saber si la villa había permanecido bajo la mirada de los bandidos, Eskkar ordenó a sus hombres que regresaran temprano de los campos. No quería que los bandidos irrumpieran mientras sus escasos soldados se encontraban desperdigados en el campo, o regresando a la villa, y los mataran o capturasen de uno en uno. Además, sus hombres necesitarían tiempo para descansar, preparar sus armas y ocupar sus puestos. Eskkar confiaba en que los bandidos, de estar observando, no sospecharan que su temprano regreso tuviera la más mínima importancia.

Hamati, el único soldado mayor del grupo, caminó junto a su capitán. Hamati se había detenido sólo para tomar un largo trago de agua en el pozo y para limpiarse el



barro y la suciedad de las manos y el rostro.

—Que todas las maldiciones de Marduk caigan sobre estos granjeros, capitán, y su apestoso estilo de vida. Hacía años que no trabajaba tan duro.

La leyenda contaba que Marduk, señor de los cielos y padre de los dioses, había creado al primer granjero con barro del río para que arara la tierra. Los granjeros le pedían su bendición para las cosechas, aunque lo maldecían por haber hecho de la labranza una tarea tan agotadora.

—Estás blando por la vida regalada que llevas, Hamati —dijo Eskkar con una carcajada—. No has pasado ni un día entero en el campo y ya te quejas. Da las gracias por no tener que hacerlo todos los días. ¿Algún problema con las mujeres?

—No, pero no hacían más que mirar por encima del hombro en dirección a las colinas. La mitad quería regresar a la carrera a la villa y la otra mitad quería esconderse en los sembrados o a lo largo de la ribera.

Unas cuantas mujeres nerviosas no levantarían sospechas. Después de lo que Dilgarth había sufrido, era natural que se mantuvieran ojo avizor en busca de señales de bandidos o ladrones.

—Asegúrate de que tus hombres estén alimentados y listos, Hamati. Si yo fuera un bandido, estaría aquí una o dos horas antes del atardecer. Eso les daría tiempo suficiente antes de la oscuridad para juntar lo que necesiten y marcharse.

O puede que no volvieran. Eskkar se preocupaba ante la posibilidad de que pudieran estar ya lejos o planeando regresar dentro de varios días, o una semana. Había intentado ponerse en su lugar y esperaba que ellos hicieran lo que él habría hecho. Si no estaba en lo cierto, si habían seguido su marcha..., a tres días de haber partido de Akkad, aparecería como un tonto ante sus hombres, burlado por unos pocos bandidos perezosos. Apartó con fuerza esas ideas. El sol de la tarde prometía varias horas más de luz. Si no regresaban hoy, sus jinetes volverían esa noche y él podría salir en su busca al día siguiente.

Si Hamati tenía alguna duda, no lo hizo saber. En cambio, se dirigió a ocuparse de los otros soldados.

Eskkar se volvió y se encontró a Nisaba de pie frente a él. Ella, como Hamati, estaba cubierta de la tierra de los sembrados. Las mujeres habían reconstruido una acequia a unos cientos de pasos de la villa. Incluso en los mejores tiempos, los canales necesitaban de reparaciones constantes mientras llevaban el agua dadora de vida a los sembrados.

—¿Qué es lo que necesitas, anciana?

—Nada, noble. Ya he ofrecido oraciones para que triunfes en la batalla. Máталos a todos, noble. Venga a mis hijos.

Eskkar le sonrió.

—Llévate a las mujeres más valientes y ponlas a trabajar cerca de la entrada de la

villa, anciana. A los bandidos les podría parecer extraño no ver a nadie fuera de la villa. A la primera señal de alarma, regresa a esta casa y atranca la puerta.

En el mismo momento en que aquellas palabras sin sentido salieron de sus labios, quiso retirarlas. Si él y sus hombres fracasaban, un palo de madera trabando una puerta no detendría a bandido alguno.

Ella hizo una reverencia y partió. Él cruzó rápidamente la pequeña plaza, asegurándose de que los hombres estuvieran listos y que todos comprendieran el plan. Eso le valió una mirada de reproche de Hamati, pues acababa de hacer exactamente lo mismo. Sin embargo, Eskkar no quería correr ningún riesgo, y su preocupación le mostraba a cada hombre lo importantes que eran sus órdenes.

En sus triunfos contra Alur Meriki, Eskkar había aprendido que ningún detalle era nimio para dejarlo al azar, así como ninguna orden tan sencilla como para que algún tonto no la olvidara en la excitación de la batalla. Sólo cuando estuvo seguro de que todos estaban preparados y en su sitio se dirigió a su propio puesto cerca de la entrada principal. Le había asignado los mejores arqueros a Hamati. Aunque Eskkar podía lanzar una flecha con bastante precisión, nunca había sido capaz de alcanzar el rápido lanzamiento de sus mejores hombres. Mejor apostarse a la entrada, donde su espada podría ser de utilidad.

En el pasado había allí una tosca puerta para cerrar el paso, más para mantener a los animales domésticos dentro y a los salvajes fuera por la noche, pero los bandidos no querían que hubiera nada que les impidiera entrar o salir rápidamente de la villa. Así que la habían derribado y habían usado la madera como leña.

Después de unos momentos de espera, Eskkar se dio cuenta de que no tenía paciencia para esperar allí, donde no podía ver casi nada. Maldiciendo por lo bajo, volvió a la casa de la anciana, entró y trepó por la escalera de madera que llevaba al tejado.

Mitrac, el más joven de los arqueros de Eskkar, levantó la mirada al ver llegar a su capitán. El joven estaba reclinado sobre su arco, observando los alrededores de la villa, con una manta bajo su cuerpo y su arco y dos aljabas con flechas a su lado. Una larga daga, casi tan larga como las espadas cortas que llevaban los soldados, descansaba sobre la manta. Su poderoso arco era unos treinta centímetros más largo que cualquiera de los que llevaban los soldados, y las flechas de Mitrac no sólo eran tres pulgadas más largas, sino algo más gruesas, todas marcadas de rojo cerca de las plumas.

El rostro del muchacho parecía más joven de lo que era y Eskkar tuvo que recordarse que nadie que hubiera matado a un enemigo en el campo de batalla podía ser considerado un niño, y mucho menos alguien que hubiera matado tantos como Mitrac.

—¿Sucede algo, capitán? —preguntó Mitrac, sorprendido por la intempestiva

visita de Eskkar—. Creí que estaría en la entrada.

Eskkar se sentó al borde del tejado.

—No, Mitrac, sólo quería ver lo que pasa, y no podía ver nada desde la puerta. —Mirando por encima de la endeble empalizada, Eskkar vio a media docena de mujeres trabajando en uno de los canales de riego más próximos. Parte de los laterales había caído, ya fuera por sí solo o porque algunos bandidos habían pasado con sus cabalgaduras por encima de él.

Tres mujeres estaban de pie en el canal, con las aguas pardas hasta las rodillas, mientras sacaban barro del canal y lo depositaban a un lado. Sólo una tenía una pala. Las otras usaban pedazos de arcilla o incluso las manos para sacar el barro y ponerlo en su lugar. Mientras Eskkar observaba, Nisaba se puso a la vista, de pie al borde del canal. Estaría intentando dar aliento a las mujeres y mantenerlas ocupadas. La villa tenía que parecerles a los bandidos tan normal como fuera posible.

—Las mujeres están asustadas, capitán —comentó Mitrac—. No dejan de mirar a las colinas.

—Bueno, las han violado y golpeado suficientes veces. —Se volvió al joven arquero—. ¿Tú también estás nervioso, Mitrac?

—No, capitán, no mientras usted esté aquí. A donde vaya, yo lo seguiré. Usted siempre sabe qué hay que hacer.

Eskkar sonrió ante la confianza del muchacho. Mitrac y su arco habían acabado, probablemente, con más bárbaros que cualquier otro en Akkad. Eskkar esperaba que la confianza del joven en su jefe no hubiera sido mal depositada.

—Esperemos que la suerte nos acompañe, Mitrac. —Parte de la reputación de Eskkar consistía en su habilidad para anticiparse a sus enemigos. La suerte lo había favorecido más de una vez en los últimos meses. Trella había sugerido la idea de intentar pensar como sus enemigos, ponerse en el lugar de ellos e intentar anticiparse a sus acciones. Sin duda, esos esfuerzos habían ayudado a que los dioses pusieran la buena suerte sobre él y sus seguidores. Ahora que Eskkar pensaba en el asunto, su joven esposa había resultado ser la pieza de mayor fortuna de toda su vida.

Los agudos chillidos de las mujeres hicieron que girara la cabeza hacia la campiña, por donde las vio corriendo hacia la entrada. Le llevó un instante distinguir a la banda de jinetes. Los bandidos estaban acercándose más desde el sur que desde el este, de donde Eskkar había anticipado que vendrían. Los miró acercarse a la villa con un trote calmo, cortando por los campos en ángulo hacia el sendero que conducía al poblado.

Estarían en el camino en unos momentos, y luego estarían a sólo unos quinientos pasos de la entrada de la villa. Cabalgaban al estilo bárbaro, lanzando sus gritos de guerra mientras galopaban, intentando asustar y aterrorizar a los campesinos todo lo posible. Eskkar permaneció inmóvil lo suficiente para contar el número exacto de

jinetes.

—¡Malditos sean los dioses! He contado dieciocho. Buena caza, Mitrac.

Sin levantarse, Eskkar se deslizó por la escalera y corrió hacia la entrada principal. Sus diez hombres iban a ser superados en número. Ese día iba a necesitar toda la suerte que los impredecibles dioses pudieran dispensar. Eskkar llegó a la puerta en el momento en que la última de las mujeres, respirando con agitación, entraba tambaleándose en la aldea.

Después llegó Nisaba caminando, secándose las manos en el vestido. Le hizo un gesto de asentimiento al pasar, para comunicarle que todas las mujeres habían regresado. Eskkar tomó un arco e hizo un gesto a los dos soldados al otro lado de la entrada. Uno de ellos tenía un arco en las manos, con una flecha ya preparada, mientras que el otro estaba inclinado sobre un carro bajo, de los que los granjeros utilizaban para presentar sus frutas y verduras en el mercado. Eskkar se arrodilló detrás de un carro similar, apoyando un hombro contra los maderos sin pulir de la empalizada, y espió a través de una hendidura que había entre los troncos. Bajó la cabeza y puso una flecha en su arco. Los bandidos estaban a punto de llegar. La excitación de la batalla le provocó un cosquilleo, y sintió que se le aceleraba el corazón, como sucedía siempre antes de una pelea.

Con un agudo grito de guerra, el primer jinete se abrió paso por la puerta a trote veloz, blandiendo la espada con facilidad. Eskkar permaneció agachado, contando los caballos mientras entraban en la villa. Los jinetes aflojaron el paso de sus agitadas monturas a medida que entraban en Dilgarth. No esperaban ninguna resistencia y los gritos de pánico de las mujeres ya se habían desvanecido. Finalmente, el último caballo entró apenas al trote, su jinete aparentemente más preocupado por las riendas de su animal que por el entorno.

En cuanto el último jinete cruzó la entrada, Eskkar se puso de pie y tensó el arco. Al mismo tiempo que disparaba la flecha hacia la espalda del hombre, un gran griterío se escuchó al fondo de la villa, seguido por los relinchos de caballos asustados y heridos. El blanco de Eskkar estaba a menos de veinte pasos, pero el caballo se encabritó con los ruidos, por lo que el proyectil fue a dar en la parte baja de la espalda del jinete en vez de entre sus omóplatos. Sin embargo, a aquella distancia, el dardo penetró con la suficiente fuerza como para derribar al bandido de su caballo.

En el instante mismo en que dejó escapar la flecha, Eskkar se giró y, con el arco en la mano izquierda, empujó con fuerza el carromato que lo había ocultado hasta colocarlo en el espacio delante de la entrada. Del otro lado, el segundo carro fue empujado contra el suyo, bloqueando la salida de la villa.

Dos carros de poca altura no constituían una gran barricada. Un buen caballo y su jinete podían incluso saltar semejante obstáculo, pero Eskkar estaba decidido a no darle a ningún bandido la oportunidad de probar su habilidad como jinete.

Para cuando Eskkar tuvo preparada otra flecha, el segundo arquero ya había lanzado cuatro veces hacia los jinetes distantes, apuntando y despidiendo las flechas con una velocidad que Eskkar no tenía esperanza alguna de emular. Pero dar en un blanco que se movía y se retorció era otro asunto. El polvo se levantaba por doquier en el camino. Al fondo del pueblo, los sorprendidos bandidos se habían encontrado con Hamati y seis de sus hombres al entrar en la plaza. Los soldados continuaron lanzando sus flechas sobre los confundidos blancos tan rápidamente como podían.

Eskkar sabía que el jefe de los bandidos contaba con apenas un instante para tomar una decisión. Si desmontaba y urgía a sus hombres a avanzar, a atacar a los arqueros de Hamati, la situación se tornaría muy sangrienta. Pero los guerreros que iban a caballo rara vez querían pelear a pie, y el atacar a un número indeterminado de hombres detrás de una barricada de carros y maderas no era muy tentador.

Un grupo de caballos desbocados apareció por entre la polvareda en dirección a la entrada. Por el ruido de los cascos de los caballos, Eskkar supo que el jefe de los bandidos había decidido huir, no luchar. Eskkar se concentró en el cabecilla, agachado sobre el cuello de su animal, gritándoles a sus hombres y obligando a su cabalgadura a volver hacia la entrada del poblado.

Mitrac, de pie, sobre el borde del tejado, causaba estragos con casi todas las flechas que lanzaba. Sólo tres jinetes permanecieron en sus monturas mientras volvían hacia la puerta principal. Desentendiéndose de los otros dos, Eskkar apuntó al jefe y lanzó su flecha contra el caballo, un blanco fácil contra el que ni siquiera Eskkar podía errar a tan corta distancia. El animal relinchó y se revolvió sobre sí antes de detenerse abruptamente, y su jinete, abrazado al cuello de la bestia, no pudo sostenerse y cayó al suelo. Un segundo bandido cayó también, pero el último jinete enfiló su caballo directamente hacia los carros, y el animal se elevó por encima. Caballo y jinete pasaron por encima de los carromatos y aterrizaron limpiamente al otro lado de la empalizada. Entonces, una de las pesadas flechas de Mitrac se hundió en el hombro de aquel hombre, y el bandido cayó de su montura en el mismo momento que el caballo volvía a tocar el suelo.

—Detened a ese hombre —gritó Eskkar—. Que no huya. —Eskkar desenvainó su espada. El jefe de los bandidos se había golpeado al caer, pero ya estaba en pie, espada en mano, decidido a correr hacia la entrada. Los caballos sin jinete daban media vuelta al toparse con los carros, y las torpes bestias se volvían corriendo por donde habían llegado. Por el momento, la zona de la entrada estaba libre. Viendo el caballo a unos pasos fuera de la entrada, el jefe de los bandidos se lanzó hacia la puerta.

Eskkar bloqueaba el paso.

—¡Baja tu espada!

El jefe de los bandidos demostró ser un verdadero guerrero y se lanzó contra

Eskkar con toda la velocidad y fuerza de que fue capaz, blandiendo la espada hacia su cabeza. Atrapado, el hombre sabía que podría tener una oportunidad de escapar si lograba salir de la villa.

La espada de Eskkar, hecha del más fino bronce, brilló al elevarse para bloquear el golpe, y el fuerte ruido de las armas al entrec chocar se sobrepuso al resto de los ruidos de la batalla. En el mismo instante, antes de que el hombre pudiera recobrase, Eskkar bajó su hombro y se lanzó contra el pecho del jefe de los bandidos.

Los dos hombres chocaron entre sí. El bandido, moviéndose deprisa, cobró velocidad, pero Eskkar era más grande y puso toda la fuerza de su cuerpo detrás del golpe. Boqueando a la vez que el aire se le escapaba de los pulmones, el bandido cayó, y antes de poder levantarse, uno de los soldados de la puerta saltó a su lado, atrapando el brazo en el que sostenía la espada hasta que Eskkar pudo pisar la hoja con su sandalia, a la altura de la empuñadura. El hombre dejó escapar el arma ahora inútil y buscó un cuchillo en su cinto, pero Eskkar le puso la punta de la espada en el cuello. El hombre dejó de moverse, aunque dirigía la mirada alternativamente de Eskkar a la espada.

Antes de que el prisionero pudiera cambiar de idea, el soldado de Eskkar arrancó el cuchillo del cinto del prisionero, y luego usó el pomo para golpearle con fuerza en la frente. Esto aturdió al bandido por unos momentos y, antes de que pudiera resistirse, el soldado cortó las tiras de las sandalias del bandido, las hizo girar sobre su estómago y comenzó a atarle las manos a la espalda. Eskkar mantuvo la espada contra el cuello del bandido hasta que sus manos estuvieron atadas.

—¡Capitán! Por aquí.

Eskkar se volvió para ver al otro soldado que había ayudado a defender la puerta. Había pasado por encima de los carros y tenía al bandido herido de pie, la flecha sobresaliendo por el hombro del prisionero. Éste hacía un gesto de dolor, ya fuera por la flecha o por el hecho de que el centinela le había retorcido el otro brazo por la espalda y le había puesto un cuchillo al cuello.

Eskkar empujó uno de los carros fuera del camino, para que ambos pudieran entrar.

Entonces llegó Hamati, arco en mano, con una flecha tensada, el paso firme como si caminara por el campo de entrenamiento de Akkad. Una amplia sonrisa le cruzaba el rostro.

—Vi cómo quiso asestarte un sablazo, capitán —dijo—. Pocos hombres habrían podido parar semejante golpe.

Eskkar echó una mirada al arma que sostenía en su mano, y luego la alzó hacia Hamati. Una pequeña muesca en el metal se veía allí donde los dos filos se habían encontrado, pero sin consecuencias, aunque Eskkar sabía que una espada corriente podría haberse roto bajo el impacto de un golpe tan feroz.

—El regalo de Trella me mantiene a salvo.

La gran espada, dificultosamente construida con el bronce más resistente por los mejores artesanos de Akkad, había tardado meses en forjarse. Trella la había encargado especialmente para él, y le había salvado la vida una vez más.

—¿Cómo fueron las cosas, Hamati? —preguntó Eskkar.

—Tal como esperábamos. En cuanto entraron en el mercado, clavamos siete flechas en sus caballos. Eso hizo que les entrara pánico. Las pobres bestias comenzaron a encabritarse y caracolear, y dos de los hombres cayeron de sus monturas. Mis hombres continuaron disparando. Cada uno lanzó al menos cinco flechas. Eso les quitó las ganas de pelear.

Eskkar no era particularmente adepto a los cálculos, pero algunos números le venían con más facilidad que otros. Caballos, hombres, flechas, esa clase de cosas las podía contar con la suficiente rapidez. Treinta y cinco flechas de Hamati y sus seis hombres, en unos doce o quince segundos. En esos mismos quince segundos, Mitrac, de pie sobre el tejado, había lanzado por lo menos siete flechas, puesto que era mucho más veloz que los demás. Casi cuarenta y cinco flechas en un grupo de dieciséis bandidos, puesto que unos pocos no habían alcanzado a llegar a la plaza antes de que comenzara la emboscada.

—¿Hemos perdido a alguien?

Hamati gruñó disgustado.

—Uno de los bandidos finalmente consiguió llevar una flecha a su arco y Markas la recibió en su brazo. Pero fue mal disparada y ni siquiera le atravesó el brazo. Las mujeres lo están atendiendo. Estará bien en unos días.

Ajustar la flecha al arco mientras simultáneamente se intentaba controlar un caballo desbocado a veces significaba que uno no podía tensar el arco todo lo que quería. Con los arcos más pequeños que usaban los jinetes, eso podía dar como resultado una flecha débil. Los arcos que los hombres de Eskkar utilizaban eran mucho más grandes, armas más poderosas, que lanzaban flechas más pesadas, y eran útiles tanto para cazar animales como hombres. Su punto débil consistía en que eran demasiado grandes para ser utilizados desde un caballo. Esa desventaja no preocupaba a Eskkar, puesto que no contaba con muchos caballos, ni con hombres que supieran combatir con ellos.

El jefe de los bandidos, tendido en el suelo, se quejó y Hamati lo pateó en las costillas con aire despreocupado, pero no con la fuerza suficiente como para romperle nada.

—Capitán, salvo por un bandido que cayó inconsciente en la plaza cuando su caballo fue muerto, estos dos son los únicos que quedan con vida. Los demás están muertos o agonizando allá atrás.

El otro prisionero fue empujado al suelo, junto al hombre con quien Eskkar se

había enfrentado. El hombre herido quedó sin aliento por el dolor debido al impacto. Un pedazo de la flecha que le salía por la espalda había rozado el suelo, retorciendo la punta dentro del hombro y causándole, sin duda, una oleada de dolor en todo el cuerpo.

—Será mejor que se la saques —ordenó Eskkar, mirando la herida.

La flecha de Mitrac había impactado en el hombro derecho del hombre, pero parecía una herida lo bastante profunda para resultar mortal. Lo más probable era que el hombre muriera, pero viviría lo suficiente para responder a algunas preguntas.

—Tráelos a ambos a la plaza y veremos qué podemos obtener de ellos. —Eskkar alzó la vista al sol y vio que apenas se había movido. Toda la escaramuza había durado unos momentos.

Hamati, entretanto, se acercó al prisionero herido. Antes de que éste se diera cuenta de lo que estaba a punto de suceder, Hamati agarró la flecha y se la arrancó del hombro. El herido profirió un penetrante grito; después se desmayó a causa del dolor y la conmoción.

Eskkar volvió a la plaza. Contó nueve cuerpos, muchos con múltiples flechas que les brotaban del pecho y el cuello. El resto de los animales, algunos de ellos heridos, desorbitados todavía los ojos por el miedo y los nervios ante el olor de la sangre, habían sido rodeados y llevados al mismo corral de cuerdas que había albergado a los animales de los soldados la noche anterior. Se elevaba el hedor a sangre, orines y excrementos de hombres y bestias. A Eskkar no le molestaba ese olor familiar. Sabía que uno tenía que estar vivo para notarlo.

Jinete desde que tenía edad para sentarse en una montura, Eskkar detestaba la idea de matar tan buenos caballos. Pero, a pesar del familiar momento de dolor por sus muertes, sabía que, en la batalla, uno hacía lo que debía hacer. Los hombres recordaban su entrenamiento: disparar primero al caballo. Cuando uno le dispara al caballo, aunque éste esté sólo herido, el animal se asusta y el jinete no puede controlarlo. Cuando el caballo cae, el jinete suele estar atontado o herido por la caída. Primero se detiene la carga, luego se mata al jinete desmontado. Los veteranos de Hamati habían peleado todos durante el asedio de Akkad y habían aprendido muy bien esa lección. Esa noche habría abundante carne fresca para todos y Eskkar se había ganado otras ocho o nueve cabalgaduras para sus hombres.

El otro espectáculo no era tan agradable. Una mujer, con el rostro y los brazos salpicados de sangre, sollozaba mientras se arrodillaba contra el muro de la casa de la anciana. Nisaba y otra mujer la atendían, abrazándola, intentando consolarla. El bandido capturado en la plaza estaba muerto; aquella mujer, aún temblorosa, le había cortado el pescuezo. Ella había esperado a que los hombres, después de atar al prisionero, salieran para atrapar los caballos sueltos.

La sangre aún le brotaba al hombre por los ojos y la nariz, así como por el cuello



y el pecho. Eskkar supuso que ella había apuñalado al hombre una docena de veces antes de que alguien la apartara del cuerpo. La víctima debió de causarle algún daño a ella o a alguno de los suyos. Eskkar no podía hacer nada al respecto. Se volvió a Hamati, pero el soldado, después de sacudir la cabeza en señal de disgusto hacia el descuido de sus hombres, ya había dado órdenes de que cuidaran de los dos prisioneros restantes.

Eskkar fue hasta el pozo y sacó un cubo de agua fresca, bebió hasta saciarse y se arrojó el resto en el rostro. Una vez más, se sorprendió de encontrarse tan sediento después de una pelea, incluso una tan breve como aquélla. «Así era con la mayoría de las batallas —pensó—, una repentina e intensa explosión de actividad sin tiempo para pensar o temer».

Después recordó las largas batallas por los muros de Akkad. Esas batallas le parecieron interminables y los hombres terminaron completamente exhaustos al final. Recordaba a hombres de rodillas, intentando recuperar el aliento, algunos con lágrimas corriéndoles por el rostro, repentinamente incapaces de controlar sus emociones o siquiera de alzar los brazos. Eskkar apartó de sí visión tan sombría, volvió a llenar el cubo y bebió una vez más. Satisfecha la sed, entró de nuevo en la casa, cogió el mismo taburete que había usado la noche anterior y lo llevó afuera.

Se sentó bajo un pequeño árbol apenas lo bastante grande para proporcionar un poco de sombra. Los hombres de Hamati arrastraron a los dos prisioneros ante Eskkar. Ambos sangraban y estaban cubiertos de polvo. Les obligaron a ponerse de rodillas, con el implacable sol dándoles directamente en el rostro. Sin duda estaban aún más sedientos que Eskkar. Habían dado un buen rodeo para regresar a Dilgarth, en donde encontraron a la muerte aguardándolos, en vez de agua y comida.

—¿Cómo os llamáis? —pregunto Eskkar con seriedad.

El hombre herido contestó de inmediato:

—Me llamo Utu, noble. —Su voz se quebró al hablar, y se movía un poco de lado a lado. La pérdida de sangre le había demudado el rostro—. Agua, noble, ¿podría tomar un...?

—¡Silencio, maldito cobarde! —Su jefe había escupido las palabras, aunque su voz se oía igualmente quebrada. Antes de que nadie pudiera detenerlo, el jefe de los bandidos golpeó con el hombro el cuerpo de Utu, tirándolo al suelo y arrancando otro largo quejido de dolor del hombre herido, que yacía retorciéndose en el polvo.

Esta vez Hamati pateó al jefe enemigo con fuerza, usando el talón de su sandalia. Una vez. Dos veces. Y una tercera vez hasta que el hombre lanzó un quejido por entre sus dientes apretados.

—Lleva a Utu a la casa, Hamati, y dale un poco de agua. Trátalo bien. Que el otro se quede aquí y ¡que se calle! —Eskkar se puso de pie, cogió el taburete y lo llevó de regreso a la casa.

Dentro, los muros de barro y el techo servían de refugio contra el calor del día. Eskkar se sentó nuevamente mientras Hamati y uno de sus hombres llevaba a Utu al interior y luego acercaba a sus labios un cucharón con agua. Eskkar estudió al hombre mientras bebía. Su rostro se había puesto tan pálido como pan sin leva, y su herida todavía sangraba, aunque no tanto como antes. El hombre había perdido mucha sangre y Eskkar estimó que no le quedaba mucho tiempo. Utu terminó el agua y pidió más. Eskkar asintió y luego esperó a que el herido vaciara el segundo cucharón.

—Utu, estás sufriendo, y probablemente estés muerto en menos de una hora. Quiero que me hables de tu jefe y de lo que habéis estado haciendo en las últimas semanas. Si lo haces, tendrás abundante vino y agua para sufrir menos. Si no, te torturaremos. Puedo incluso entregarte a las mujeres de ahí fuera y dejar que se entretengan contigo. Esta vez no tendrán prisa.

El hombre emitió un sollozo y brotaron lágrimas de sus ojos.

—Entonces, ¿voy a morir? —Susurró esas palabras con voz temblorosa.

—*Te estás muriendo*, Utu. La flecha penetró hondo. Nada puede salvarte, ni siquiera los dioses. Sólo puedes elegir el modo de morir. —Eskkar habló con la certeza de quien ha visto morir a muchos. Después esperó, sin decir nada. El agonizante necesitaba algo de tiempo para comprender su situación.

A Utu le llevó sólo unos instantes decidirse.

—¡Vino, noble! Para el dolor.

—Desatadle las manos y ponedle algo bajo la cabeza —ordenó Eskkar. Había hecho esto muchas veces con anterioridad. Decirles la verdad, que se estaban muriendo o que serían ejecutados. No importaba cuál. En semejante estado de ánimo, la mayoría de los heridos apreciaría cualquier comodidad. Hamati desató al hombre, luego lo acomodó sobre el suelo de tierra, la cabeza elevada con una colcha doblada. Hamati reunió el vino que les quedaba a los soldados y acercó la bota a los labios de Utu, dejando que el hombre bebiera hasta toser y escupir algo del áspero líquido.

—Ahora dime, Utu —preguntó Eskkar—, ¿cómo se llama tu jefe y cuántos más han estado atacando estas tierras?

—Shulat, noble. Se llama Shulat. —Utu volvió a toser, pero se aclaró la garganta y tragó saliva. Giró los ojos en dirección a Hamati.

Eskkar volvió a hacer un gesto con la cabeza y Hamati escanció más vino en la boca del hombre.

—¿Cuántos más, Utu? —repitió Eskkar.

Utu tragó dos veces antes de poder hablar, e incluso entonces apenas pudo alzar la voz por encima de un susurro.

—Hay otra banda de hombres al norte, en Bisitun. Hay muchos hombres allí... Shulat es el hermano de su líder, Ninazu. Él es el líder de Bisitun. —La voz de Utu se

quebró y miró lastimeramente a Hamati, quien le dio otro trago de vino—. Ninazu..., Ninazu quería conocer las tierras del sur y Shulat quería atacar las granjas, así que vinimos aquí hace unas semanas. —El hombre hizo una pausa para tomar aliento, con esfuerzo, y cerró los ojos durante un largo instante.

—Dale más vino —dijo Eskkar, mientras utilizaba el tiempo para pensar. Bisitun era una villa mucho más grande, a unos cinco o seis días de marcha, al norte de Dilgarth. Bisitun estaba ubicada en el límite norte de las tierras que bordeaban Akkad, justo donde el Tigris dobla bruscamente hacia el norte. Marcaba los límites exteriores de las tierras que Eskkar intentaba tener bajo su dominio.

Pensaba dejar a Sisuthros al frente de Bisitun, después de terminar de recorrer los alrededores para deshacerse de bandidos y merodeadores. Con Akkad y Bisitun trabajando coordinadamente, más de la mitad de las mejores tierras a este lado del Tigris estarían bajo control de Eskkar. El plan de Eskkar, elaborado junto con los ancianos de Akkad, dependía de conseguir el control de Bisitun.

—¿Cuántos hombres tiene ese Ninazu en Bisitun? —El hombre se quejó, pero no dijo nada. Eskkar puso las manos sobre el hombro sano de Utu y lo sacudió levemente, sabiendo que incluso el más leve movimiento provocaría una oleada de dolor que mantendría al hombre consciente—. ¿Cuántos hombres, Utu? —Habló con severidad, para asegurarse de que sus palabras penetraran la debilitada mente de Utu—. ¡Dímelo! ¡O no habrá más vino!

Utu volvió los ojos hacia Eskkar; en su rostro había una mezcla de miedo y dolor. Pero el moribundo quería el vino, quería cualquier cosa que le aliviara el dolor y el temor a la muerte.

—Setenta u ochenta..., tal vez noventa..., no lo sé..., tal vez más. —Se le fue apagando la voz.

—¿Planean quedarse allí o continuar su marcha?

Los ojos de Utu volvieron a cerrarse y no respondió. Eskkar miró a Hamati, que dejó caer con cuidado una gota más de vino en la boca del hombre. Otro espasmo de tos sacudió a Utu y se atragantó con el vino. Tardó un poco en normalizársele la respiración y en poder hablar otra vez.

Eskkar esperó paciente.

—Utu, ¿piensan quedarse allí o continuar la marcha? —Eskkar tenía que acercarse para oír las palabras del hombre.

—Ninazu tiene intención de... quedarse en Bisitun. Dice que la villa es ahora suya. Desde allí... controla los alrededores.

Eskkar apretó furioso los dientes. Había surgido otro reyezuelo. Con ochenta o noventa hombres decididos y bien armados, habría sido sencillo controlar Bisitun, ya devastado tras el paso de Alur Meriki. Una vez en el poder, las fuerzas de Ninazu crecerían cada día más, mientras hombres desesperados se le unieran, ya fuera por

codicia o simplemente como una forma de conseguir alimento. De nuevo, Eskkar maldijo en silencio a los bárbaros y su invasión. Por dondequiera que pasaran sólo dejaban caos tras ellos. Esperaba encontrarse con problemas en y alrededor de Bisitun, pero no un poblado repleto de guerreros que superaban a los suyos en número.

Eskkar tenía más preguntas, pero la mente de Utu divagaba, débil la voz por el esfuerzo de respirar. Las vagas respuestas eran cada vez más lentas. La sangre manchaba la tierra que el hombre tenía debajo. El rostro de Utu estaba aún más blanco que antes y sus labios empezaban a verse azulados. Finalmente, la única palabra que Eskkar pudo sonsacarle fue «vino».

Hamati, que aún sostenía la bota, miró a Eskkar, quien al verla casi vacía negó con la cabeza.

—No, puede que necesitemos el vino con el otro. Dale agua. No notará la diferencia.

Eskkar se puso de pie, cogió el taburete y salió. El sol seguía brillante en el cielo de la tarde, y tuvo que hacerse sombra con la mano cuando dejó la casa.

La plaza rebosaba de actividad. Drakis, uno de los hombres de Hamati, estaba sentado en tierra junto al prisionero, asegurándose de que permaneciera vivo y callado. Antes de que Eskkar pudiera hablar, Drakis comenzó.

—He puesto un centinela en la entrada principal, capitán, y Mitrac mantiene su puesto en el tejado —dijo, indicando la casa que Eskkar había dejado—. Los cadáveres están siendo llevados a un carro y serán arrojados al río. El resto de los hombres está ayudando a las mujeres a cortar los caballos muertos o a buscar leña. Tendremos carne en abundancia para los próximos días.

Mientras Eskkar observaba, dos soldados alzaron el último cuerpo desnudo y lo echaron al carro. Ya les habían quitado a los muertos toda la ropa y cualquier artículo de valor que llevaran. Se apartó un poco más de la casa y miró hacia el tejado.

—¡Mitrac! —llamó—. ¿Ves algo?

El joven arquero se dejó ver.

—Nada, capitán. Los campos están desiertos. Ni siquiera hay viajeros en los caminos.

Era demasiado tarde para los pocos viajeros que se atrevían a viajar.

—Vale. Mantente alerta, Mitrac —dijo Eskkar. Caminó de regreso a la sombra del árbol, acomodó el taburete y se sentó, con los pies casi tocando el cuerpo de Shulat.

—Bien, Shulat, ¿tienes sed? —El hombre tenía un golpe reciente en el rostro, sin duda un recordatorio de Drakis para que se mantuviera en silencio—. Es hora de que tú y yo hablemos de tu hermano.

—No te diré nada, Eskkar. No tengo miedo a morir.

—Como le dije a Utu, tu muerte está decidida. Sólo queda por decidir el modo en

que morirás.

Hamati salió de la casa, llevando la bota de vino en la mano, y se quedó de pie al lado de Eskkar.

—El otro ha muerto, capitán.

—Ya ves, Shulat, tu hombre, Utu, está muerto —dijo Eskkar—. Al menos ha muerto lleno de vino, para calmar el dolor. ¿Me vas a hablar de tu hermano?

—Tendré mi venganza cuando mi hermano te corte la cabeza —dijo Shulat escupiendo las palabras como una maldición—. A él le gusta matar a granjeros tontos y comerciantes.

Eskkar sonrió ante las palabras del hombre, pero detectó los primeros atisbos de miedo detrás de sus bravuconadas.

—Yo también soy bárbaro, Shulat. Y mis tontos granjeros capturaron a tus hombres con facilidad. Así que no estés tan seguro de tu venganza. —Eskkar se volvió a su lugarteniente—. Hamati, este hombre necesita cambiar de actitud. Átalo a unos postes aquí en el patio. Dejaremos que las mujeres pasen un rato con él.

Alzando la vista, Eskkar vio a Nisaba de pie en las sombras, observándolo. Las mujeres ya habían despojado el cuerpo de Utu. Ahora la carreta estaba allí, aguardando solamente el cuerpo de Shulat. Cerca, las demás mujeres, ansiosas por un bocado de carne, se acercaron algo más deprisa y trabajaron con habilidad para construir fogones para los caballos despedazados. Eskkar se acercó a Nisaba.

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí, noble. —Sus manos jugueteaban con un pequeño puñal con forma de hoja que había cogido de uno de los muertos. La sangre salpicaba el opaco filo de cobre.

Eskkar vio el gesto.

—Sin cuchillos, Nisaba. Y de momento sólo las manos y los pies. ¿Entiendes? —El ocuparse sólo de las manos y los pies ayudaría a prevenir una muerte prematura.

—Sí, noble, entiendo. —Ella miró hacia el grupo de mujeres y luego a Shulat—. Shulat mató al marido de Nitari delante de ella y de sus hijos y luego la forzó. Y después...

—Basta, Nisaba —la interrumpió Eskkar. Sin duda el hombre había forzado a todas las mujeres de la villa—. Sólo tú y otras dos mujeres, para empezar. No tiene que morir, sólo sentir dolor. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, noble. —Su mano apretó con fuerza el cuchillo que tenía en ella.

—Lo digo en serio, Nisaba. Si una de las mujeres se deja llevar... No quiero que muera todavía. Puedes vengarte de él una vez que hable. Asegúrate de que lo entiendan, Nisaba.

Se encaminó hacia Hamati, que vigilaba mientras sus hombres ataban al prisionero. Le cortaron las ropas y luego lo ataron con las piernas y los brazos abiertos en el suelo. Un martillo y unas estacas de madera provenientes de la herrería,

y los hombres enterraron los postes donde atarían las sogas con las que lo inmovilizarían.

Eskkar se puso de pie por encima de él.

—Asegúrate de que las sogas estén apretadas, Hamati. No quiero que se retuerza. —Si el hombre podía moverse, aunque sólo fuera un poco, podía ocurrir una muerte accidental. Eso le recordó a Eskkar otra cosa—. Y primero rómpele los pulgares. —Eskkar había visto una vez a un hombre atado como Shulat agarrar la mano de una mujer y quebrarle la muñeca. No tenía sentido correr riesgos. Con los pulgares rotos, no podría agarrar nada—. No pierdas de vista a las mujeres. No quiero que muera.

—Sí, capitán —respondió Hamati con paciencia. Esperó hasta que sus hombres tuvieron a Shulat atado con firmeza y luego se arrodilló sobre la muñeca derecha de Shulat, apresando la mano del prisionero con su rodilla contra el suelo. Shulat apretó el puño con fuerza, pero otro soldado agregó su peso y entre ambos forzaron la mano de Shulat, haciendo caso omiso de sus maldiciones y forcejeos. Requirió algo de esfuerzo, pero Hamati pudo finalmente coger el pulgar del hombre. Un giro rápido, acompañado de un ruido como el de una botella al destaparse, y estaba hecho. El dolor obligó al hombre a emitir un quejido bajo, a la vez que disminuía su resistencia. El otro pulgar costó mucho menos.

Eskkar miró a Shulat. Eskkar sabía que su presencia le daría al hombre motivos para resistir, así que volvió a entrar a la casa y trepó por la escalera hasta el tejado. Allí arriba soplaba una suave brisa y el aire parecía libre del olor a sangre y orines que flotaba por abajo. Mitrac se volvió al oír llegar a Eskkar.

—Nada que ver, capitán. ¿Hay más bandidos en las colinas?

—No lo creo, pero hay un grupo numeroso en Bisitun y no sé qué es lo que tramán. Quiero volver con nuestros hombres tan pronto como sea posible. —Miró hacia las colinas, tomándose su tiempo, recorriendo lentamente con la mirada cada punto del horizonte y observando con detenimiento el paisaje. Eskkar sabía bien cómo buscar enemigos en tierra. Todo parecía en calma. Pensó que no había nada más que se pudiera hacer. Sus veinte jinetes llegarían esa noche, más tarde, y al día siguiente se juntarían con Sisuthros y el resto de los soldados—. Quédate y vigila hasta que esté demasiado oscuro, Mitrac. Con suerte, nuestros hombres regresarán poco después.

Mitrac asintió y Eskkar descendió las escaleras. Una de las mujeres de Dilgarth había limpiado el cuarto y las señales de la muerte de Utu habían desaparecido. Volviendo a entrar en la plaza, Eskkar escuchó el primer grito de dolor de Shulat. Dos mujeres trabajaban sus pies, cada una sentada sobre una de las piernas de Shulat. Las mujeres sostenían piedras en las manos, y habían comenzado a aplastarle los dedos haciendo chocar las rocas entre sí. Nisaba estaba inclinada sobre la muñeca derecha de Shulat, haciendo lo mismo con los dedos de la mano. Eskkar observó que las

manos de Nisaba parecían tan fuertes como las de las dos mujeres jóvenes.

Con todos los huesecillos de los dedos de los pies y de las manos rotos, el dolor de cada golpe subsiguiente aumentaría, y pronto las extremidades del hombre le provocarían oleadas de dolor por todo el cuerpo. Eskkar se quedó sólo el tiempo suficiente para asegurarse de que las mujeres no se dejaban llevar y de que Hamati se mantenía vigilante.

Eskkar abandonó la plaza y volvió caminando a la entrada principal. Allí un soldado montaba guardia, sentado en uno de los carros, con el arco en el regazo y mirando desde la puerta hacia el horizonte. Todos sus guerreros parecían cansados. Habían dormido poco la noche anterior mientras se preparaban para la emboscada. Después habían tenido que trabajar en el campo durante el día para concluir con una ardua batalla por la tarde. No sería necesaria una gran distracción para que se relajaran o se quedaran dormidos en sus puestos.

Sin embargo, el centinela parecía alerta. Eskkar habló con él, recordándole que siguiera vigilando. Eskkar sabía que cuanto más tiempo pasara con cada hombre, cuanto más mostrara su confianza en ellos, más probable sería que cada soldado cumpliera adecuadamente su cometido.

Incluso antes de que Eskkar volviera a la plaza, pudo oír los gritos de Shulat. Otras cinco mujeres de la villa permanecían de pie a unos pasos, sólo mirando o tal vez esperando su turno. Las mujeres habían terminado con los dedos de pies y manos de Shulat y habían avanzado hasta las rodillas y muñecas. Habían adquirido un ritmo. Primero una lo golpeaba con las piedras, luego hacía una pausa para que el dolor le recorriera el cuerpo. Después la segunda mujer lo golpeaba, luego la tercera, para volver otra vez a la primera. Pronto llegarían a los genitales y, para entonces, Eskkar esperaba que Shulat comenzara a hablar.

Eskkar se paró junto a la cabeza del hombre y observó durante un momento. Había visto cómo torturaban a muchos hombres. Cinco años atrás, en los tiempos en los que él era un bárbaro, podría haber sido uno de los estacados y torturados. Eskkar hizo un gesto a Hamati y se apartó unos pasos, para que Shulat no pudiera oírlo.

Hamati se le acercó.

—Es duro, capitán. Pero creo que hablará.

—No dejes que las mujeres pierdan la cabeza. Estará esperando que ellas lo maten.

—Nisaba entiende lo que quieres. Shulat violó a ambas mujeres y mató al marido de una de ellas. Nisaba está manteniendo a las mujeres bajo control. Yo permaneceré atento.

—Ambos lo haremos —dijo Eskkar. Regresó caminando hacia el prisionero, cruzó los brazos y se detuvo. No le daba placer alguno el sufrimiento del hombre. Pero tenía que hacerse. Shulat poseía información que Eskkar necesitaba, y había que

obtenerla. La parte difícil sería separar la verdad de las mentiras que diría cuando hablara.

El hombre resistió como el que más, hasta que empezó a pedir piedad. Para entonces sus manos, pies y rodillas estaban destrozados, hinchados y sangrantes. Nisaba ahora trabajaba sola, arrodillada entre las piernas abiertas del hombre, sosteniendo los testículos en sus manos. Dos veces había cerrado su puño, arrancando cada vez un largo grito de agonía de su víctima mientras se retorció inútilmente contra las ataduras. Ahora ella miró a Hamati y a Eskkar y esperó.

Eskkar cogió el taburete y se sentó cerca de la cabeza de Shulat.

—¿Estás listo para hablarme de tu hermano? —Antes de que pudiera responderle, Eskkar continuó—: ¿Quieres un poco de vino, Shulat?

Hamati ya estaba arrodillado al otro lado con la bota en las manos, que sacudió sobre la nariz del prisionero por un instante. Los ojos de Shulat permanecían abiertos por el dolor y el odio, pero sus ojos siguieron la bota cuando Hamati la retiró.

—El vino hará que el dolor se vaya —sugirió gentilmente Eskkar—. Tomar un poco de vino no te hará ningún daño, ¿verdad? ¿O debo decir a las mujeres que continúen? —Los ojos del hombre se movieron, pero no dijo nada. Eskkar se volvió a Nisaba y asintió. La mujer volvió a apretar la mano.

Otro grito cortó el aire mientras el cuerpo del hombre se arqueaba, retorciéndose y temblando inútilmente en su lucha contra las cuerdas. Eskkar lo dejó, esperando con tranquilidad a que el hombre se rindiera. No llevó mucho tiempo. Shulat comenzó a gritar que hablaría. Eskkar llamó a Nisaba, y ella abrió la mano. Esta vez vio sangre en la palma y en los dedos de Nisaba.

Eskkar esperó hasta que el dolor disminuyera y el hombre pudiera hablar otra vez.

—Si me mientes, aunque sea una vez, Shulat, sufrirás largo tiempo. Responderás a mis preguntas al instante o habrá más dolor. ¿Entiendes?

—Sí... sí. ¡Vino!..., ¡dame vino!

Hamati comenzó a mover la bota de vino hacia la boca del hombre, pero Eskkar lo retuvo.

—Recuerda, Shulat. Si mientes, o dudas, lo lamentarás.

Hamati dejó que el vino cayera lentamente en la boca del hombre. Eskkar le dejó beber todo lo que pudo. A aquellas alturas, el vino le soltaría la lengua a la vez que le calmaría el dolor. Cuando el hombre comenzó a toser por el vino, Hamati apartó la bota de sus labios y Shulat empezó a hablar.

A Eskkar le llevó un tiempo enterarse de todo. Sólo una vez consideró necesario llamar a Nisaba para que ella volviera a cerrar el puño. Para entonces, Hamati había vaciado la bota y Shulat apenas estaba consciente. El vino, combinado con el dolor y el agotamiento, lo había debilitado completamente, y ahora perdía y recuperaba el conocimiento de forma intermitente.



—Creo que es todo lo que va a conseguir, capitán —dijo Hamati, mientras los dos hombres se encaminaban hacia la casa.

—Sí, ha terminado. Cuánto de todo eso es cierto, pronto lo sabremos. —Eskkar estaba pensativo, su rostro adusto. La noche había caído y las llamas de los fogones ya estaban encendidas, y el olor de la carne de caballo asada tapaba incluso el olor a muerte. Sin nada más que hacer, la mayoría de los soldados y pobladores estaban allí de pie, fascinados, mirando cómo Shulat era torturado, disfrutando del espectáculo, sin duda preguntándose qué harían en su lugar.

—¿Qué hago con él? —preguntó Hamati.

Eskkar lanzó una mirada por encima del hombro. Nisaba estaba arrodillada entre las piernas del hombre, esperando que le permitieran continuar. Una de las mujeres había encendido una antorcha, para que todos pudieran ver.

—Nada, Hamati. —Eskkar respiró hondo y dejó escapar el aire—. Entrégaselo a las mujeres. Se han ganado su venganza. Cuando terminen, cárgalo en la carreta con los otros y tíralos al río.

Se alejó caminando y entró en la casa, y luego subió la escalera hasta el tejado. Mitrac había permanecido allí, aunque la oscuridad hacía difícil que pudiera ver nada. Eskkar le dijo que bajara y comiera algo. En el momento en que Mitrac empezó a descender, el primero de una larga serie de gritos de Shulat atravesó la noche cuando las mujeres comenzaron a desatar su furia sobre él.

Eskkar se quedó solo en el tejado, sentado con la espada sobre las rodillas, mirando hacia el norte, aclarando las ideas. Las palabras de Shulat le habían dado mucho de lo que preocuparse y debía pensar largamente sobre los pasos a seguir. Eskkar debía considerar varias posibilidades. Podía volver a Akkad y esperar hasta contar con más hombres. Podía incluso permanecer donde estaba durante un tiempo y explorar los territorios hacia el norte y el este. O podía continuar hacia Bisitun.

Ir a Bisitun ahora significaba casi con certeza una contienda, no sólo unas escaramuzas persiguiendo a unos mal equipados y peor dirigidos bandoleros. Una batalla por la villa le costaría hombres y contaba con muy pocos. Los arqueros veteranos de Eskkar habían tenido meses de entrenamiento, una enorme inversión en tiempo y esfuerzo, y él no quería perder a ninguno, ciertamente no sin alguna certeza de triunfo. Pero regresar dejaría a los habitantes de Bisitun a merced de sus ocupantes, y por cada día que se demorara, más fuerte sería la posición de su enemigo. Le llevaría semanas o incluso un mes reclutar y entrenar a más hombres y, para entonces, Bisitun podría estar fuera de su alcance.

Las consecuencias para Akkad podían ser igualmente serias. Sin una campaña pacificada produciendo cosechas y rebaños, el crecimiento de la ciudad podía paralizarse y la construcción de la gran muralla podría verse demorada o incluso interrumpida. Eso sería el fin de los planes de Trella. Durante la mayor parte de su

vida, Eskkar se había preocupado de sí y de sus problemas; ahora tenía que pensar y planificar para toda una ciudad, incluso para toda una comarca. Miles de personas podrían verse afectadas por lo que él decidiera, y la decisión equivocada podía lanzar nuevamente a la región al caos o a la guerra, tan devastadora para Akkad como una invasión de Alur Meriki.

Eskkar no se consideraba un hombre de pensamiento veloz, y Trella le había advertido que se tomara su tiempo, para así tener en cuenta todas las posibilidades. Ahora tenía muchas opciones y cada opción llevaba a su vez más posibilidades, todas con sus riesgos y beneficios. Tenía que revisarlas una y otra vez, sopesando las consecuencias y considerando todas las cosas que podían salir mal. Finalmente tomó una decisión. Con ella tomada, comenzó a trazar los planes, pensando cómo se desarrollaría toda la campaña. Cuando terminó, sabía lo que iba a necesitar y cómo proceder.

Finalmente, Eskkar se sintió satisfecho. Puede que no fuera la mejor estrategia, pero sólo el tiempo respondería a ese interrogante. Nunca había querido ese tipo de responsabilidades, nunca soñó que un día sus decisiones afectarían a las vidas de tanta gente. O que incluso les acarrearía la muerte. Sin embargo, Trella creía en él, y él no quería decepcionarla. Eskkar apartó de su mente los oscuros pensamientos. Equivocado o no, continuaría el camino que había elegido.

Se puso de pie y estiró los músculos agarrotados por la inmovilidad, mirando hacia el cielo estrellado. Los pequeños puntos luminosos que cruzaban el cielo nocturno lo habían fascinado desde que tenía memoria; su padre le había enseñado el nombre de las estrellas y cómo utilizarlas para viajar por la noche. La luna había salido, brindando su pálido brillo a la tierra. Por primera vez, se percató del silencio de la noche. Los gritos de Shulat habían terminado hacía ya mucho. Sin duda las mujeres de Dilgarth lamentaban que la venganza hubiera terminado tan pronto. La caída del bandido había sido la primera de esta campaña. Eskkar sabía que habría muchos más gritos de muerte en las próximas semanas. Cuántos dependería del plan que había elegido.

## CAPÍTULO 3

Y entonces, señora Trella —dijo Drakis, concluyendo su informe—, el señor Eskkar me envió en uno de los caballos capturados de regreso a Akkad, para que os contara a ti y a Gatus lo que sucedió.

Trella se removi6 ligeramente en la silla mientras escuchaba el relato del soldado. La reuni6n duraba ya un buen rato, y su embarazo haba llegado a un punto en el que se senta inc6moda si permanecia sentada mucho tiempo. Se encontraba en el s6ptimo mes y estaba deseando que naciera la criatura. Su cuerpo la distraa continuamente con una cosa u otra, y le resultaba difc6l concentrarse en la tarea que tena entre manos. Nadie en la sala se daba cuenta. Trella se haba vuelto muy h6bil en mantener sus emociones y pensamientos bajo control.

En mitad de su decimoquinta estaci6n, la figura de Trella habr6a sido m6s esbelta de no ser por la criatura que llevaba en el vientre. Algo m6s alta que la media, su cabello era su mejor atributo; muy oscuro y tupido, le llegaba por debajo de los hombros. Una delgada cinta de plata manten6a los mechones apartados de su rostro, dejando las mejillas y el cuello al descubierto. Alrededor de 6ste, una fina cinta de cuero sosten6a una pequea moneda de oro, oculta entre sus pechos, regalo de Eskkar por haberle salvado la vida. Aparte de la diadema y el collar, no llevaba joyas, aunque los comerciantes de Akkad hac6an algunos de los m6s finos brazaletes, anillos y aretes vendidos a la vera del r6o. Los extranjeros tend6an a fijarse primero en sus ojos, de un marr6n oscuro y separados, que parec6an no perder detalle, como si pudieran ver directamente en la mente de los dem6s. Curtidos soldados que le doblaban la edad se sent6an, frecuentemente, turbados en su presencia.

Y no porque sus ojos revelaran el poder de su mente. Su padre la haba entrenado bien, enseando a su preciosa hija a escuchar, observar y pensar. Su aguda inteligencia hizo el resto. Cuando alguien hablaba, ella escuchaba con atenci6n mientras le observaba el rostro, las manos, el movimiento de los pies, para analizar mejor sus palabras. Percib6a muchas cosas no s6lo por fijarse en lo que los hombres dec6an, sino por la manera en que lo dec6an y por lo que omit6an. Pocos pod6an ocultarle la verdad.

Muchos hombres subestimaban, inicialmente, sus habilidades, al ver en ella s6lo a una joven mujer. Los que la conoc6an, no. Trella posea una presencia de autoridad, un aura de dominio. El clan b6rbaro con el que Eskkar haba establecido lazos amistosos la llamaba «la bendecida», t6rmino que designaba a una mujer sealada por los dioses, a quien se le permit6a incluso hablar en los fuegos conciliares.

En Akkad, muchos pensaban que la diosa Ishtar la haba bendecido con una

perspicacia especial, hecho continuamente reforzado por el sacerdote de Ishtar incluso cuando éste cogió el oro de Trella. Otros juraban que ella había aprendido el arte de los hechizos, con el poder de realizar encantamientos y controlar el alma de los hombres. Trella sonreía cuando oía esas ideas y no hacía nada por disiparlas. Pero sí sacaba partido de ellas.

—¿Y piensas regresar inmediatamente con mi esposo, Drakis?

—Sí, señora Trella, en cuanto recoja lo que me encargó. Debo volver con él antes de que llegue a Bisitun.

Gatus se inclinó sobre la mesa.

—¿Cuántos hombres has dicho que dejó en Dilgarth? —Sentado a la diestra de Trella, Gatus, el nuevo capitán de la guardia, comandaba a los soldados de la guarnición durante las ausencias de Eskkar. Hombre viejo, de más de cincuenta estaciones, Gatus había adiestrado prácticamente a todos los soldados de Akkad.

—Dijo que iba a dejar a tres hombres —respondió Drakis—. El herido y dos más. El señor Eskkar pidió que usted enviara más soldados a Dilgarth tan pronto como pueda, así como artesanos o a quien considere mejor para ayudar en la reconstrucción de la villa.

—¿Y no dijo para qué quiere las sogas y el aceite? —continuó Gatus.

—No —respondió Drakis—. Sólo me dijo que llevara diez vueltas de soga y tanto aceite negro como pueda cargar en un caballo, aparte del mío.

—Espero que no esté planeando quemar Bisitun hasta los cimientos. —Corio, miembro de una de las familias nobles que ayudaban a regir Akkad, lo dijo más en serio que en broma.

Trella se giró hacia su izquierda. Cada día, por lo menos un miembro de las familias regentes de la ciudad se sentaba con Gatus y Trella para revisar cualquier asunto importante. Ese día Corio representaba a las familias nobles en el concejo. Akkad contaba ahora con siete de esas familias y el salón del concejo apenas tenía espacio para contenerlos a todos, aunque raramente venían en su conjunto.

Corio, hábil artesano, había diseñado y construido la muralla de Akkad, muralla que permitió a Eskkar y a sus soldados derrotar a los bárbaros. Esa tarea había cambiado su estatus y había pasado a pertenecer a las familias nobles. Trella sabía que muchos en Akkad, especialmente los críticos insatisfechos con Eskkar, consideraban a Corio y su muralla los verdaderos salvadores de la ciudad.

—Estoy segura de que no es ésa su intención —dijo Trella, sonriendo ante las palabras de Corio—. Si lo fuera, lo habría dicho.

Corio asintió. Quienes trabajaban cerca de Eskkar sabían que no era un hombre sutil.

—Y el aceite tendrá que ir en botas de vino —añadió Corio—. Es demasiado sencillo romper jarras transportándolas a caballo, aunque estén bien envueltas.

—Esto no me gusta nada —dijo Gatus, sacudiendo la cabeza—. Podría haber más hombres en Bisitun de los que Eskkar lleve consigo, y esta vez serán ellos los que estén detrás de una empalizada. Tal vez deberíamos decirle que regrese a Akkad. Bisitun puede esperar hasta que tengamos más hombres.

—Eskkar conoce la situación, Gatus —dijo Trella con calma, aunque a ella tampoco le gustaba.

Había esperado que Eskkar se toparía con pequeñas y aisladas bandas de asaltantes y ladrones, bandidos que escaparían al ver una fuerza organizada de guerreros. No habían previsto una villa repleta de hombres armados. Así y todo, Trella había aprendido a no cuestionar las decisiones de su marido en asuntos militares. Eskkar había luchado en una u otra batalla la mayor parte de sus treinta y pico estaciones y veía con frecuencia, en el campo de batalla, cosas que a otro se le escaparían. Y algo le decía que iba a necesitar sogas y aceite en Bisitun. Eso significaba que pensaba que podía capturar Bisitun sin excesiva pérdida de vidas.

—Drakis —comenzó Trella—, ¿dices que después de que Shulat reveló la información, Eskkar permaneció en el tejado durante una hora?

—Sí, señora Trella. Había caído la noche y la carne de caballo estaba bien cocida antes de que él bajara y se nos uniera. Cuando terminó de comer, me dio instrucciones y me ordenó partir al alba.

Una lección que Eskkar había aprendido bien era que necesitaba pensar y diseñar sus campañas por adelantado. Trella sabía que si Eskkar había pensado tanto tiempo en Bisitun, entonces contaba con un plan, y que habría sopesado todas las alternativas. Suspiró para sí y reacomodó su peso una vez más. Salvo por una petición urgente de que regresara, Eskkar haría exactamente lo que había decidido. Correría muchos riesgos, pero eso era propio de él.

—¿Atenderás a las necesidades de Drakis, Gatus? —Si el hombre debía partir con las primeras luces del día siguiente, razonó Trella, y los caballos resistían, Drakis se reuniría con Eskkar justo cuando éste llegara a Bisitun.

—Sí, señora Trella. —Gatus ablandaba su tono áspero cuando hablaba con Trella—. Me aseguraré de que tenga los dos mejores caballos que quedan en Akkad, y uno o dos hombres más para Dilgarth. Y creo que enviaré a otro hombre con Drakis, para asegurarme de que no se caiga de su caballo o se desvíe de su camino y se emborrache.

Todos sonrieron. Miembro del clan del Halcón, Drakis había demostrado ser más firme que muchos.

—Asegúrate de llevarte abundante comida, Drakis —dijo Trella—. Pero esta noche comerás y dormirás en nuestra casa. Necesitas descansar. Llevas cabalgando sin tregua por lo menos durante cuatro días. —Ella sabía que sus palabras no eran necesarias, que el hombre cumpliría con su obligación sin vacilar, pero el efecto

conseguido era el que ella deseaba.

La idea de que la líder de Akkad se preocupara de su cena y del lugar en donde dormiría hizo que Drakis se sonrojara de vergüenza. Se puso de pie e hizo una reverencia.

—Gracias, señora Trella. Será un honor para mí. —Volvió a hacer una reverencia, esta vez a Gatus, y salió del cuarto.

Trella, Gatus y Corio permanecieron sentados en la mesa de la casa que ahora se conocía como casa del concejo, una casa de buen tamaño, de una planta, ubicada a unas docenas de pasos del mercado de Akkad. Eskkar y las familias nobles se reunían en la casa del concejo para gobernar la ciudad, que crecía rápidamente, y hacerse cargo de sus asuntos. La estructura contenía sólo dos habitaciones grandes: una cámara interior, donde se reunían los jefes, y una exterior que funcionaba como sala de espera para quienes tenían que tratar con el concejo. Allí trabajaban tres secretarios, para llevar la memoria de las decisiones del concejo y para confeccionar una lista de quienes buscaban hablar con el concejo. Dos guardias vigilaban a cada visitante, asegurándose de que nadie introdujera un arma en la cámara interior. Otros dos soldados del clan del Halcón, la guardia habitual de Trella, también esperaban allí. Otro soldado montaba guardia fuera de la casa.

Trella se reclinó en su silla mientras sentía cómo la criatura se movía en su vientre. Al menos los asuntos del día estaban casi terminados.

—¿Cómo van los planes para la nueva muralla, Corio? ¿Te falta poco para completar tu diseño? —Trella sabía que se había estado reuniendo a diario durante un mes con todos los maestros constructores y artesanos de Akkad.

Corio se levantó, luego se acercó al otro lado de la mesa, para poder verlos con más facilidad. Hombre alto, de manos grandes, prefería hablar estando de pie.

—Discutimos todo el día y toda la noche el asunto, hasta que no quedó aceite para las lámparas. —Sacudió la cabeza al recordarlo—. Nadie está del todo satisfecho. Pero basándonos en las necesidades de todos y en cuánto se espera que crezca Akkad en las próximas estaciones..., finalmente hemos acordado comenzar.

—¿Y dónde se ubicará esta nueva gran muralla? —preguntó Gatus, comenzando a alzar su voz. Además de suministrar los soldados para mantener el orden durante la etapa de construcción, tendría que desarrollar y entrenar más hombres para defender la creciente ciudad en el caso de un nuevo ataque.

Corio sacudió la cabeza con pena.

—No te va a gustar, Gatus. El nuevo muro hacia el este se ubicará a ochocientos pasos del actual. Los muros norte y oeste permanecerán donde están, pero el del sur también deberá reubicarse. El área rodeada por la extensión de las murallas será más de tres veces el tamaño actual de Akkad.

—¿Y cuánto tiempo llevará construir tan maravillosa muralla? Apuesto a que

Trella será abuela antes de que esté terminada.

Trella sonrió ante las palabras del viejo soldado. Éste pensaba en ella casi como en una hija, y se consideraba a sí mismo como uno de los pocos en Akkad que no necesitaba usar de ningún tratamiento cuando le hablaba, aunque en ocasiones formales se dirigía a ella con propiedad.

—Los nuevos muros tendrán unos diez metros de altura —dijo Corio—, pero tres se encontrarán bajo tierra. Con tantas torres como tú y Eskkar habéis exigido, nos llevará por lo menos tres años construirlos. —El valor de las torres que se proyectaban más arriba y por encima de las murallas era incuestionable; habían aprendido esa dura lección durante el asedio de Alur Meriki.

Trella no se mostró sorprendida, aunque para sus adentros pensaba que llevaría alrededor de cinco años completar el trabajo. Había participado en muchas de las discusiones, y sabía que Akkad necesitaría mucho espacio. Sería un proyecto colosal y llevaría muchos años y a ella le preocupaba más saber de dónde vendrían el oro, los soldados y los trabajadores. Con el nuevo muro en su lugar, Akkad sería la ciudad más grande y fuerte del mundo, y su hijo estaría a salvo dentro de sus imponentes muros.

Gatus golpeó disgustado la mesa con la palma de su mano.

—¡Tres años! Eso es si podemos encontrar soldados y trabajadores en abundancia para hacerlo. Lo más probable es que lleve dos veces ese plazo, si quieres saber mi opinión. Dudo que viva el tiempo suficiente para verla terminada.

Trella puso su mano sobre la de Gatus y sonrió.

—La verás, Gatus, al igual que todos nosotros. Corio construirá una gran ciudad para nosotros. Debemos tener paciencia. —Ella respetaba al soldado tanto como él a ella, aunque por distintos motivos. Los soldados honraban su experiencia y sus años. No había muchos guerreros que sobrevivieran más allá de su cuadragésima estación. Para Trella, Gatus había demostrado su lealtad hacia ella y Eskkar en más de una ocasión.

Se volvió hacia Corio.

—Me alegra que todos os hayáis puesto de acuerdo en lo que hace falta. Como siempre, lo has hecho bien, maestro constructor. —Se puso de pie, agradecida por la oportunidad de descansar su espalda y ya deseando regresar a su hogar.

Una sombra cruzó la puerta abierta y apareció uno de los escribientes en funciones, un hombre joven con el rostro pálido de quien rara vez ve el sol. Tenía una barba fina y una voz aguda.

—Señora Trella..., capitán Gatus, hay otra persona esperando para veros, un extranjero del lejano oeste. El mensajero del noble Eskkar entró antes que él. ¿Le digo que regrese mañana?

Trella se sintió tentada de hacer exactamente eso, pero el lejano oeste significaba

que el extranjero provenía de las tierras más allá del otro gran río. Rara vez veían viajeros de la región al oeste del Éufrates. Ella vio la misma curiosidad en el rostro de Corio y cambió de opinión.

—No, lo veremos ahora. Hazlo entrar, por favor.

Para cuando ella y Corio volvieron a tomar asiento, el extranjero ya se encontraba de pie frente a ellos. Trella supuso que estaría cerca de su trigésimo año, aunque su rostro terso y sin marcas lo hacía parecer más joven. No mucho más alto que ella, el hombre era de complexión delgada, aunque parecía lo suficientemente fuerte. Sus ropas estaban gastadas, pero bien hechas; sus facciones eran finas y regulares. Excepto por sus ojos grises y su tez más oscura, nada lo distinguía de cualquier otro comerciante local. Hizo una reverencia educada, volviendo su rostro a cada uno de ellos al hacerla.

—Te agradezco que me hayas recibido, capitán Gatus. —Korthac hablaba en voz baja, con una voz agradable y, aunque tenía un fuerte acento, sus palabras eran claras—. Mi nombre es Korthac. Me doy cuenta de que ya es tarde, y veo que la llegada del mensajero del noble Eskkar ha sido imprevista. Puedo volver mañana, si así lo deseas.

Gatus se volvió hacia Trella, pero ella no hizo señal alguna, sólo observó al extranjero. El viejo soldado asintió formalmente al visitante.

—No, podemos hablar ahora. Y no hay necesidad de permanecer de pie. —Gatus esperó a que Korthac tomara asiento frente a él, al otro lado de la mesa—. Éste es Corio, nuestro maestro artesano, y ella es la señora Trella, esposa de Eskkar, nuestro líder. ¿Dices que eres de las tierras al oeste del Éufrates?

—Sí, capitán. Más allá del gran desierto. Llegué ayer con una pequeña caravana. Soy comerciante y me gustaría establecer una casa aquí en Orak..., quiero decir, en Akkad. —Sonrió por el error cometido. Todos parecían tener dificultades en acostumbrarse al nuevo nombre de la ciudad.

—¿Qué tipo de comercio? —Corio se inclinó sobre la mesa. La pregunta era más que simple curiosidad. Cada comerciante tenía sus propios contactos y secretos profesionales, y si este hombre en verdad provenía del otro lado del desierto, podía traer nuevos vínculos comerciales a la ciudad.

—Noble Corio, yo comercio con piedras preciosas y otros artículos que pueden venderse ventajosamente. Tengo la intención de traer tales bienes a través del gran desierto y vender esmeraldas, ónice, cuarzo rosado, peridotita, amatista y cuentas de vidrio. Para obtener una ganancia después de recorrer tales distancias, los artículos deben ser pequeños y de fácil transporte, como seguramente comprenderás.

—Las joyas hechas con cuentas de vidrio son muy raras aquí —musitó Corio—. Son muy valoradas por su belleza y sus propiedades curativas. Y la peridotita también es escasa, puesto que tiene el poder de disolver los hechizos.



—Entonces tal vez me vaya bien en Akkad —dijo Korthac educadamente; su sonrisa mostraba unos dientes blancos y regulares—. Si se me permite abrir una casa propia, noble.

—Hay un impuesto que debe pagarse antes de que puedas establecer una casa de comercio —dijo Corio, mirando de reojo a Trella antes de responder—. Entenderás, Korthac, que acabamos de derrotar una invasión bárbara, y eso ha tenido un gran costo para nosotros, podría añadir. Los recién llegados deben pagar para poder hacer negocios bajo la protección de Akkad. También hay otros impuestos y reglamentaciones.

El rostro de Korthac se ensombreció por un momento.

—Espero que tales tarifas no sean excesivas, nobles. La larga travesía ha sido muy dura y he tenido muchos gastos.

Trella lo interrumpió con suavidad.

—Tal vez puedas contarnos algo sobre las tierras al oeste. ¿Cómo son? ¿Vive mucha gente en ellas?

—Una vez que uno cruza el gran desierto, hasta la tierra llamada Egipto, hay muchas villas y un gran número de gentes —respondió Korthac.

—¿Villas tan grandes como Akkad? —Gatus tenía algo más que un matiz de duda en la voz—. Las tierras lejanas siempre son mágicas o imponentes, da la impresión, pero he viajado mucho en mi juventud y nunca encontré una ciudad con tanta gente como Akkad.

—Ah, no, ninguna tan grande como Akkad —dijo Korthac—. Akkad es una fantástica...

—Por favor, discúlpame, Korthac —interrumpió Trella—, pero aquí puedes hablar sinceramente. —Ella sabía que se esperaba que el visitante cantara loas a Akkad, para halagar a sus regentes y ciudadanos importantes—. Deseamos escuchar la verdad respecto a las tierras del oeste. Los pocos que vienen a nosotros desde lejos suelen ser hombres perdidos o vagabundos del desierto, que comprenden poco sobre la vida en las villas y en las granjas. Tales personas poco pueden decirnos.

Korthac miró a Trella con cautela antes de continuar.

—La verdad, señora Trella, Egipto es una tierra enorme y fértil, con muchas villas, algunas de ellas más grandes que Akkad. Egipto tiene mucho oro y plata así como grandes rebaños de ganado y otros animales. El número de sus gentes está más allá de todo cálculo.

—¿Tienen sus poblados murallas alrededor? —preguntó Corio, poco convencido.

—Muchos las tienen, noble Corio —respondió con calma el extranjero—. No todos, pero algunos han alzado muros tales como los vuestros para protegerse, para mantener fuera a bandidos o invasores.

—Akkad es la primera villa en estas tierras que construye un muro fortificado

para protegerse —agregó Corio, con cierto escepticismo en la voz—. Una fuerte muralla no es algo sencillo de edificar.

—Sólo puedo decirte lo que he visto, noble Corio —dijo Korthac, alzando las manos levemente, en gesto apaciguador—. La señora Trella me pidió que dijera la verdad, y es lo que he hecho.

—Entonces tenemos que agradecerte tu sinceridad, Korthac —dijo Trella, hablando, una vez más, antes de que Corio pudiera replicar—. Pero ahora se hace tarde y el concejo todavía tiene asuntos pendientes. ¿Podrías volver a vernos mañana, digamos a la hora anterior al mediodía? Entonces tendremos tiempo de hablar contigo largo y tendido, y podrás contarnos mucho más sobre lo que has visto en tus viajes y en esa tierra llamada Egipto.

Korthac aceptó la despedida cortésmente. Se puso de pie e hizo una respetuosa reverencia.

—Por supuesto, señora Trella, entiendo. Regresaré a esa hora.

Trella se había puesto de pie cuando él lo hizo y, al igual que él, hizo una reverencia, obsequiando a Korthac con una sonrisa agradable mientras éste se retiraba. Esperó a que se hubiera alejado antes de volverse a Corio y a Gatus.

—Este extranjero ha corrido un gran riesgo cruzando el desierto con mercaderías tan valiosas, y sólo con la esperanza de establecer una casa aquí en Akkad.

—Cualesquiera que sean sus razones —respondió Corio—, está aquí con sus mercaderías. Cada mercader contribuye a las riquezas de Akkad. Dejémosle establecer su casa de comercio, si es que puede pagar el impuesto de veinte monedas de oro.

—No, Corio —dijo Trella con firmeza—. Creo que no. Mañana le diremos que debe pagar cuarenta monedas de oro si quiere hacer negocios aquí.

—Por los ojos de Ishtar, Trella —juró Gatus—, Mantar se quejó durante días cuando tuvo que pagar veinte. Aseguró que se vería obligado a mendigar por las calles. Y eso fue hace apenas un mes.

—Así y todo, Mantar pagó el impuesto —dijo Trella—. Y recuerda, Korthac es un extranjero. Mantar vivió aquí toda su vida.

Mantar comerciaba con animales, sobre todo cabras y ovejas, que suministraban leche y queso. Se había quejado amargamente por el importe del impuesto, pero fue de los que abandonaron la ciudad antes de la llegada de los bárbaros, y ahora debía pagar para restablecer su comercio. Trella no tenía simpatía por quienes habían rechazado defender Akkad.

—Y dudo que Korthac se lamente tanto como lo hizo Mantar —dijo Trella—. Creo que es importante investigar todo lo posible sobre Korthac. —Se volvió a Gatus—. ¿Cuántos hombres hay en su caravana, cuántos esclavos, cuántos animales? ¿Qué clase de gente ha traído consigo? Averigua dónde se alberga y habla con el

hospedero. Veamos de qué podemos enterarnos y nos volveremos a encontrar aquí a media mañana. Podremos conversar antes de volver a ver a Korthac. Me aseguraré de que Nicar también esté presente. Él ve mucho en los hombres que tal vez a nosotros se nos escape.

El noble Nicar había sido el líder de la ciudad antes de la invasión y él había confiado la defensa de la ciudad a Eskkar. Nicar también le había regalado a Eskkar una jovencita esclava de nombre Trella.

—¿Qué tiene Korthac que te preocupa tanto, señora Trella? —Corio parecía sorprendido ante su reparo—. Parece lo suficientemente educado.

Trella se encogió de hombros.

—Nada me preocupa todavía, Corio. Pero podemos permitirnos el lujo de ser cautos. ¿Y no es extraño que un mercader cruce el gran desierto, corriendo riesgos, sin asegurarse antes de qué es lo que lo aguardaba aquí? ¿Acaso no sabía que Alur Meriki estaba cruzando estas tierras, matando a todo aquel que encontrara? ¿Por qué no envió un emisario por adelantado?

Corio abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla. En los últimos meses, había aprendido a no dejar de lado las ideas de Trella.

—Piensa en ello, Corio —continuó Trella—. Y tú también, Gatus. Averigüemos todo lo que podamos. Y ahora, si me disculpáis, mi cuerpo insiste en que me ocupe de él.

Ella pasó a la primera sala; los dos guardias se pusieron en pie al verla entrar. Su amiga y compañera Annok-sur también la esperaba, y se levantó cuando Trella entró en la habitación. Las dos mujeres se encaminaron una al lado de la otra hacia la plaza y emprendieron el regreso a casa de Eskkar. Un guardia caminaba delante de ellas; el otro, detrás. Ambos hombres mantenían sus manos en las empuñaduras de las espadas y la mirada atenta.

Sólo unos meses antes uno de los enemigos de Eskkar había atacado a Trella en plena calle y casi la mató. Los hombres que intentaron asesinarla habían muerto bajo tormentos. En un ataque de furia verdaderamente bárbaro, Eskkar había amenazado con quemar la ciudad entera y matar a todos sus habitantes si eso volvía a suceder. Nadie dudaba de su palabra. Y por eso los guardias permanecían atentos y suspicaces, exactamente como habían sido instruidos por Eskkar y Gatus. No querían enfrentarse a la ira de Eskkar o a su propia vergüenza si se produjera otro atentado contra la vida de Trella.

Annok-sur, tan alerta como cualquiera de los guardias, permanecía al lado de Trella. Esposa de uno de los lugartenientes de Eskkar, Annok-sur casi doblaba en estaciones a Trella. Su esposo, Bantor, y un grupo de soldados habían dejado Akkar unos días antes de que Eskkar marchara hacia el norte. A esas alturas, las fuerzas de Bantor se habrían desplegado hacia el sur de Akkad, observando cuidadosamente el

progreso de la migración bárbara en retirada y asegurándose de que no volvieran sobre sus pasos para atacar nuevamente Akkad. Los bárbaros habían sido rechazados, pero todavía contaban con muchos guerreros, y los rumores de su presencia, aun en la creciente distancia, seguían asustando a los habitantes de Akkad.

—¿Hay algo que te preocupe, Trella?

—Sí, Annok-sur, pero hablaremos de ello cuando estemos en casa.

\*\*\*

Korthac regresó a la modesta posada que había elegido para sí y para sus hombres. Avanzando por las callejuelas, no prestó atención a las miradas atónitas de los pobladores. Aunque su ropa y la de su guardaespaldas provenían de aquellas tierras, el tono oscuro de la piel, intensificado aún más por los meses bajo el sol, los señalaba como forasteros y, peor aún, como extranjeros. Sin embargo, Korthac sonreía amablemente a todos los que le sostenían la mirada, ofreciendo saludos y gentiles inclinaciones de cabeza. Necesitaba ganarse a aquella gente sencilla. Ya habría tiempo de enseñarles el respeto adecuado más adelante. Entonces se arrodillarían en tierra cuando él pasara, temerosos de mirarle a los ojos, a riesgo de perder la cabeza.

Había transcurrido más de un mes desde que dejara Magabad. Había entrado en Akkad con sólo dieciséis hombres, elegidos cuidadosamente para asegurarse de que parecieran sirvientes y trabajadores más que guerreros. El resto de sus fuerzas permanecía lejos, hacia el oeste, esperando sus órdenes, mientras Ariamus recorría la comarca en busca de hombres dispuestos a pelear por oro, incluso con extranjeros a su lado.

A Korthac le había sonreído la fortuna al poner a Ariamus en su camino. Korthac no podía imaginar mejor instrumento. Ariamus conocía la ciudad y sus alrededores, conocía a la gente y sabía cómo hacerse obedecer por la chusma que pronto elevaría a Korthac al poder. Su ansia de poder y riqueza hacía que fuera fácil controlarlo. Mientras Ariamus fuera obediente y leal, continuaría siendo útil. Korthac recordó la sorpresa en los ojos de Ariamus cuando vio las bolsas con las gemas. La codicia del hombre sería un par de riendas en las firmes manos de Korthac.

Korthac había traído consigo dos bolsas con joyas, más que suficientes para establecerse en Akkad. En el plazo de unos días o de una semana pagaría a regañadientes la insignificante cantidad que le pidieran los acadios. Después de eso, se compraría una casa y establecería su base de operaciones. Iría trayendo a más de sus hombres a Akkad, de uno en uno o de dos en dos, incrementando el número mientras establecía un inocente comercio de piedras preciosas con los mercaderes locales. Sería un negocio lucrativo para los acadios, puesto que Korthac no pensaba ser muy astuto en sus negociaciones. De esa manera se granjearía muchos amigos, a

la vez que establecería su reputación de mal comerciante. Y haría también otros obsequios, con los que se ganaría aún más simpatizantes.

Al mismo tiempo, Ariamus continuaría reclutando hombres. Durante las primeras conversaciones después de haberle salvado la vida a Ariamus, Korthac no estaba seguro de que su recientemente adquirido sirviente y aliado fuera capaz de conseguir el número de guerreros que había prometido. Pero a medida que viajaba acercándose a Akkad, Korthac vio por sí mismo la devastación de la campiña y la cantidad de hombres sin amo que deambulaban sin rumbo. Muchos se habían apresurado a unirse a Ariamus y a sus hombres, y su nuevo lugarteniente prometía reclutar aún más. Cuando Korthac contara con suficientes seguidores, una noche de batalla bastaría para hacerse con la ciudad.

Mañana iniciaría la campaña. Ya había comenzado por enterarse de quiénes eran los comerciantes y los mercaderes importantes, y pronto empezaría a comprar su apoyo con juiciosos y discretos sobornos. A Korthac no le importaba cuántas gemas le costaría; se aseguraría de recuperar la mayoría una vez que se hubiera apoderado de la ciudad.

A pesar de lo que le había dicho a Trella, Akkad lo había impresionado. La ciudad rebosaba de actividad. Korthac veía nuevas edificaciones o reconstrucciones en todas las calles, mientras que las nuevas cosechas florecían en los campos aledaños. Los habitantes parecían saludables, contentos y bien alimentados, con escasos indicios de enfermedades. Incluso los esclavos parecían notablemente satisfechos con su suerte. Egipto podía tener una o dos ciudades más grandes, pero ninguna igualaba a aquel lugar en energía. No, Akkad serviría perfectamente a sus propósitos. Tal vez un día contaría con un ejército lo suficientemente grande como para regresar a Egipto y aniquilar a sus enemigos.

Apartó ese pensamiento de su mente. Le llevaría años explotar Akkad completamente, y en aquel momento necesitaba concentrarse en la tarea inmediata. Había hablado con el posadero y otras personas, y se había enterado de que Eskkar había viajado hacia el norte a la vez que había enviado a otros soldados hacia el sur. Korthac apenas podía creer en su suerte. El tonto de Eskkar había dividido sus fuerzas y dejado la ciudad a cargo de su joven esclava embarazada.

Si Ariamus reclutaba a los hombres lo bastante deprisa, Korthac podría tener más que suficientes seguidores para apoderarse del control de Akkad. Podía llevarle apenas unas semanas en lugar de los meses que había previsto. Mientras que el idiota de Eskkar perseguía bandidos por toda la comarca, debilitando así sus fuerzas, Korthac protegería y aumentaría sus propias fuerzas.

Korthac llegó a la posada y entró. Saludó cortésmente al posadero y se sentó a una mesa. A excepción del dueño y su familia, sólo Korthac y sus hombres estaban hospedados allí. El posadero había invitado a los demás huéspedes a que buscaran

refugio en otra parte, gracias a un generoso obsequio de Korthac. La pequeña posada no podía, en circunstancias normales, albergar a tantos viajeros, pero sus hombres podían tolerar la incomodidad de dormir hombro con hombro directamente en la tierra; después de las brutales semanas viajando por el desierto, el suelo de la posada parecía casi un lujo.

Aunque Korthac había seleccionado a sus hombres con cuidado, éstos todavía tenían dificultades para actuar como meros guardaespaldas en lugar de como guerreros adiestrados. Sólo les permitía llevar dagas de acuerdo con su cargo, y guardaba las espadas recientemente adquiridas en su cuarto. Había prometido matar al primer hombre que se peleara con cualquiera de los habitantes. Hasta el momento, se habían mostrado comedidos, sabiendo que los días de robo y saqueo llegarían pronto.

El posadero se apresuró a llegar a la mesa llevando una jarra de vino y copas, mientras su obsequiosa esposa aparecía con un cuenco de dátiles y un plato desportillado con un poco de pan fresco. Korthac se lo agradeció a los dos con una sonrisa, tratando de no fijarse en las manos mugrientas de ambos ni en los sucios utensilios. El posadero, sin duda, imaginaba que iba a conseguir una suculenta ganancia de su huésped extranjero. A Korthac, la idea de que algún día recuperaría todo lo que le daba a aquel hombre le abrió el apetito. El parvo vino olía a vinagre, pero él lo bebió agradecido, mientras mordisqueaba el pan ya algo rancio.

El encuentro del día con Trella había transcurrido mejor de lo que jamás habría soñado posible. A lo mejor el imbécil señor de Akkad conseguía que lo mataran, solucionándole así otro problema. Este Eskkar ni siquiera contaba con un heredero, aunque Korthac dudaba que muchos fueran a apoyar al hijo de un bárbaro recién llegado. Korthac sabía que se requerían años de confianza, años de obediencia a un líder antes de que la gente aceptara sin cuestionarlo el paso de la autoridad de padre a hijo.

Gatus, el gobernador provisional de la ciudad, parecía y actuaba como un simple soldado, con escasa imaginación. Y Corio no era más que un artesano a quien recientemente se le había permitido acceder a la compañía de lo que los locales llamaban los nobles. No, estos humildes pobladores no se habían reunido en torno a Eskkar por elección, sino por necesidad.

Eskkar había dejado la ciudad, llevando consigo a casi una cuarta parte de sus soldados. Aproximadamente otros sesenta se habían dirigido al sur, lo que dejaba alrededor de un centenar de hombres en Akkad, apenas suficientes para defender adecuadamente las murallas, y menos sin el apoyo de los pobladores. Si se pudiera eliminar a los soldados de la ciudad, las otras dos fuerzas, aunque se unieran, serían demasiado débiles para reconquistar la ciudad, sobre todo después de que Korthac convenciera a los pobladores para que pelearan de su lado. Bastaría con unos cuantos

habitantes resentidos y deseosos de mejorar su posición en la ciudad. Al tomar un trago de vino, hizo una mueca de asco. Sabía cómo ganarse al resto de los pobladores. Despedazando a unos cuantos en el mercado resolvería el problema.

Después sólo tendría que vérselas con Trella. Ella sentiría curiosidad, e incluso puede que recelo, pero un extranjero con una docena de hombres no tendría por qué preocupar ni a ella ni a los demás. A lo mejor hasta podría ganársela, mantenerla ocupada y entretenida con historias sobre Egipto, mientras Ariamus continuaba reclutando hombres. Unas pocas joyas quizá dieran resultado.

Ariamus no había averiguado mucho sobre Trella, pero el posadero abundaba en historias sobre ella. Parecía inteligente, pero no era más que una muchacha embarazada, demasiado joven para comprender verdaderamente cómo tratar a los hombres o gobernar una ciudad. Y lo que era más importante, carecía de experiencia en la guerra, especialmente en el tipo de guerra que Korthac había llevado a cabo en Egipto. No, ella y ese Eskkar habían conseguido su posición gracias a haber sufrido una invasión bárbara, y en la confusión del momento se hicieron con la ciudad más grande de la ribera del Tigris. Korthac tendría que andar con cuidado con ella, pero se aseguraría de que Trella sólo se enterara de lo que a él le convenía. Hasta que fuera demasiado tarde. Entonces ella también se arrodillaría a sus pies.

Probó algunos dátiles y volvió a añorar las frutas de los árboles del pueblo donde transcurrió su juventud. Por alguna razón, la comida de aquel lugar no parecía tan satisfactoria como la de Egipto. Dio por hecho que se acostumbraría a ella, especialmente cuando le fuera servida en plato de oro por sus nuevos esclavos. Tomando otro trago de vino para enjuagarse la boca, pensó en Trella. No era muy hermosa, sobre todo con el cuerpo deformado por el niño que esperaba.

Tenía presencia, una cierta aura de poder, algo que Korthac disfrutaría destruyendo. Había contemplado cómo los otros le daban prioridad, aunque podía ser simplemente por miedo al bárbaro Eskkar. Tal vez ella fuera una buena esclava para el placer. Ya había sido esclava en el pasado, así que le parecía justo que volviera a su verdadero lugar en el mundo. Se la figuraba de rodillas y desnuda a sus pies, suplicando por la oportunidad de complacerlo. Sí, eso era algo que le agradaba imaginar. Casi tan agradable como la perspectiva de la ciudad entera sometándose a su autoridad, ansiosa por satisfacer todas sus órdenes.

Por la mañana se reuniría con el concejo, presentaría su caso y comenzaría las negociaciones para satisfacer los menesterosos impuestos que le exigieran. Mañana sería el primer día de su nueva campaña. No sería una campaña prolongada, pero cuando terminase sería el líder del lugar, y luego de toda la campiña circundante. Eskkar estaría muerto y su mujer sería esclava de Korthac, por tanto tiempo como él quisiera. O, si no, ella también moriría.

## CAPÍTULO 4

Aunque Trella vivía a pocas calles de la casa del concejo, el trayecto de regreso a casa siempre llevaba mucho más tiempo del esperado. Los tenderos y pobladores llenaban las calles y el que Trella fuera rodeada de guardianes hacía imposible que pasara desapercibida. Todos querían intercambiar algunas palabras con ella o, por lo menos, saludarla.

Ella y Annok-sur se tomaban su tiempo, haciendo frecuentes pausas para charlar con quienes encontraban. Pocos meses atrás, Trella recorría la ciudad casi a diario. Pero ahora, entre su embarazo y su nuevo papel como representante de Eskkar, tenía menos tiempo para deambular y conocer a sus habitantes. Sin embargo, Trella quería permanecer próxima a la gente de Akkad, y por eso aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentase para hablar con ellos.

A aquellas horas de la tarde, las mujeres, que ya habían terminado las tareas diarias, constituían la mayor parte de la multitud. Faltaba más de una hora para que comenzaran a preparar la cena para la familia. Pocas podían resistir la oportunidad de hablar con la señora Trella, la mujer del líder de Akkad. Las jóvenes madres les mostraban a sus hijos, las matronas señalaban a sus hijas casaderas y las mujeres mayores o las jóvenes viudas se presentaban por sí mismas. Muchas de estas mujeres buscaban asistencia de Trella para conseguir esposo, tarea que ella había asumido durante el asedio, cuando las bajas aumentaban tanto entre los pobladores como entre los soldados.

La guerra contra los bárbaros había mejorado el estatus de quienes servían como soldados de Akkad, y Eskkar aumentó su paga lo suficiente como para que los oficiales superiores pudieran permitirse tener esposa. Como a cualquier otra tarea que Trella emprendía, sin importar cuán trivial fuese, ella le dedicaba toda su atención. Gracias a su insistencia, Eskkar convocó a los soldados más experimentados y Trella se reunió con cada uno de ellos, tomándose el tiempo para averiguar qué clase de maridos serían y qué mujer sería la mejor para ellos.

Ella contaba con un buen número de matrimonios en su haber. Como había ayudado a preparar las uniones, los maridos trataban a sus nuevas esposas correctamente y las esposas cumplían con sus menesteres. Ni el señor de Akkad ni su esposa querían oír hablar de problemas matrimoniales. Cada recién llegado a Akkad aprendía prontamente a sacar provecho del conocimiento de la señora Trella y de sus servicios, no sólo como casamentera, sino también como sincera consejera frente a cualquier situación.

Para cuando Annok-sur y Trella llegaron a la residencia de Eskkar, ella había



prometido a dos mujeres que les encontraría marido. Dos soldados custodiaban la entrada, y uno sostuvo la puerta abierta para que entrara la dueña de la casa. Pasaron al patio, en donde el aroma a jazmines flotaba en el aire y los tulipanes, en macetas, se encontraban a lo largo de las paredes interiores, ofreciendo un toque de color para romper la monotonía de los muros de adobe.

Cuando Eskkar se convirtió en capitán de la guardia, ocupó aquella casa de dos pisos, con jardín privado y aposento separado para los sirvientes. La construcción, en su momento la más grande de Akkad, había pertenecido a un comerciante que valoraba la intimidad tanto como la seguridad. La residencia de Eskkar se encontraba a la izquierda, y la segunda planta se alzaba en la parte de atrás del edificio. Los cuartos de los sirvientes, tan grandes como el edificio principal, daban al considerable espacio abierto, y esas dependencias formaban dos lados del patio central. Muros de la altura de un hombre rodeaban el resto.

Durante el asedio, más de cuarenta hombres se habían apretujado en los cuartos de los sirvientes, pero ahora apenas albergaba a veinte soldados, la mayoría del clan del Halcón. Alexar, uno de los lugartenientes de Eskkar, vivía allí con su mujer e hijos. Otro cuarto permanecía reservado para invitados o viajeros.

Una larga mesa de listones de madera con media docena de bancos con capacidad para treinta personas descansaba a medio camino entre las dos casas. En los días más calurosos del verano, amo, sirvientes y guardias recibían allí su alimento. Habitualmente, se podía encontrar a algunos soldados del clan del Halcón descansando alrededor de la mesa, especialmente por la noche.

Estos guerreros ofrecían seguridad constante a la casa y sus habitantes. De día y de noche, dos centinelas custodiaban la puerta principal, mientras que otro vigilaba el pequeño jardín al fondo de la construcción principal, con su alta ventana que se abría al dormitorio en el segundo piso de Eskkar y Trella. Por la noche, dos guardias se apostaban dentro de la casa principal, para custodiar la escalera que conducía a las habitaciones de Eskkar y Trella.

Annok-sur y su esposo, Bantor, también vivían allí. Cuando Eskkar se convirtió en capitán de la guardia, Bantor y su esposa eran demasiado pobres para encontrar una vivienda decente. Eskkar, con espacio más que suficiente en su nuevo hogar, le ofreció al más necesitado de sus lugartenientes una de las habitaciones extra de la casa principal.

El número de habitantes de la casa creció rápidamente, a medida que soldados y sirvientes ocupaban las habitaciones de ambas construcciones. Cuando necesitó ayuda, Trella pidió la asistencia de Annok-sur, y pronto se dio cuenta de que la esposa de Bantor podía hacerse cargo de ambas casas de manera eficiente. Una vez que las dos mujeres establecieron sus residencias, Annok-sur se ocupó de las actividades diarias, supervisando la compra y preparación de alimentos, limpiando la

casa y lavando la ropa de los hombres en el río. Pronto Annok-sur tuvo a su cargo media docena de sirvientes y esposas de soldados dentro de la casa. Con las necesidades de la casa cubiertas, Trella asistió a Eskkar en la organización de la defensa de la villa, siempre su tarea principal.

Durante varias semanas Trella ayudó a organizar el sistema requerido para armar y asistir a pobladores y soldados. Una vez que Eskkar asumió esa función, Trella se concentró en ayudar con el adiestramiento de los pobladores para que estuvieran preparados ante el inminente asedio. Durante los meses de preparativos, en secreto, se ocupó de su verdadero objetivo, el esfuerzo de ganar para sí los corazones y las mentes de la gente corriente.

Había comenzado con las mujeres, ansiosas de conversar con cualquiera que las tratara con un mínimo de consideración. Trella pronto se ganó el respeto de los hombres e incluso de los curtidos soldados, que la trataban más como a una hermana que como a la esposa de Eskkar. Entretanto, y mediante un cuidadoso uso del recientemente adquirido oro de Eskkar, Trella estableció de forma gradual una pequeña red de espías e informantes, en su mayoría mujeres y esclavos, que la mantenían al tanto de cualquier complot contra Eskkar y su nueva función.

Por toda la ciudad, y en los alrededores, los hombres hablaban abiertamente delante de las mujeres, ya fueran esclavas o libres, tratándolas con frecuencia como si fueran muebles, algo sin importancia. Pero muchas mujeres eran más inteligentes que los hombres, aunque la mayoría había aprendido a mantener semejante herejía para sí mismas. Estas mujeres pronto supieron que podían ganar una o dos monedas de cobre si informaban de cualquier cosa de interés a Trella, quien no sólo pagaba por la información, sino que también buscaba activamente la ayuda de quienes se la daban, pidiéndoles su opinión y consejo. Ella había sido educada por su padre, consejero de un noble dirigente en una gran villa del lejano sur, y éste le había enseñado a hacer uso de su inteligencia. Sus días de esclava, que empezaron con la muerte de su padre y terminaron con el ascenso al poder de Eskkar, la habían vuelto aún más astuta. La información que los espías de Trella compilaban ayudó a Eskkar a sobrevivir a las tentativas de los nobles de sustituirlo cuando terminó el asedio.

El asedio había concluido hacía apenas un par de meses. Ese día, Eskkar y Trella se situaron sobre la pared manchada de sangre, vencedores sobre nobles y bárbaros. La gente, delirante de alegría por haber sido salvados de la muerte o la esclavitud, aclamó a Eskkar como su señor y líder. Al mismo tiempo, aclamaron también a Trella, deseosos de su sabiduría y guía. Entendían y respetaban al soldado que había salvado sus vidas y sus posesiones, pero en última instancia confiaban en Trella para que ella cuidara de su bienestar tanto como en Eskkar.

Incluso los nobles habían finalmente comprendido las ventajas de un líder fuerte, aunque jamás hubieran elegido al poco sutil y bárbaro Eskkar. Para ellos, Trella

facilitaba las cosas, su inteligencia y honestidad les aseguraba que sus negocios estarían protegidos y podrían desarrollarse. Con alimentos en la mesa de nuevo, la gente de Akkad daba la bienvenida al retorno del bienestar. Si los bandidos y los ladrones que merodeaban por los alrededores podían ser expulsados y la tierra cultivada, la tranquilidad y la riqueza pronto superarían los niveles de antaño.

Entretanto, la reconstrucción y expansión de Akkad continuaba; era una tarea colosal, pero Trella se sentía capaz de llevarla a cabo. Al no ser comerciante, ni mercader, ni granjera, no tenía intereses privados que defender. Los nobles y los principales mercaderes veían todo en función de su propia riqueza, hacían todo para acumular más oro, tener más poder y aumentar su prestigio a costa de los demás.

Trella podía concentrarse en la seguridad de la ciudad, algo que incluso el más humilde de los labriegos no sólo entendía, sino que deseaba. En tanto ella tratara a todos con justicia y no favoreciera a un noble o a un comerciante en particular, la gente los apoyaría a ella y a Eskkar. Podían quejarse de los impuestos y de algunas de las nuevas leyes, pero todos habían reconocido el valor de los soldados que los protegían. Así como también sabían que los bárbaros volverían algún día en busca de venganza.

Lo que más deseaba Trella era tiempo, tiempo para asegurar su posición y poder. En unos pocos años, Akkad sería fuerte, una ciudad fortificada, y ella y su hijo estarían a salvo detrás de sus muros, rodeados y protegidos por los soldados de Eskkar. Ese día estaba por llegar. La muralla de Akkad, construida apresuradamente, necesitaba ser aumentada y reforzada, y hacía falta reclutar y entrenar a más soldados para defenderla. Hasta entonces ella no desatendería nada, no pasaría nada por alto que pudiera poner en peligro sus planes, nada, ni siquiera algo tan insignificante como un viajero extranjero, de tierras lejanas.

Trella y Annok-sur entraron en la casa principal, en la habitación común que contenía otra gran mesa en donde se servían las comidas. Unas escaleras de madera en la pared opuesta llevaban al segundo nivel. Las subieron y llegaron hasta un pequeño descansillo, en donde una robusta puerta de madera se abría al primero de los dos cuartos que constituían los aposentos privados de Eskkar.

En la primera habitación, que Eskkar denominaba cuarto de trabajo, había una mesa de buen tamaño y media docena de sillas y bancos. Un gabinete alto, que servía tanto de alacena como de estantería, se ubicaba contra una pared, y dos cofres ofrecían espacio para guardar cosas. Tres ventanas anchas, rectangulares, que cortaban los muros casi a la altura del techo y eran demasiado pequeñas para que siquiera un niño entrara por ellas, proporcionaban luz y aire. En la pared opuesta a la entrada, había una segunda puerta, tan maciza como la primera, que conducía al dormitorio de Eskkar y Trella.

Trella pasó rápidamente del cuarto de trabajo a la recámara. Aunque no tan

grande como la primera, el dormitorio era bastante espacioso, especialmente si se comparaba con los pequeños cuartos que ocupaban la mayoría de los acadios. Muchos de ellos se asombrarían ante la idea de tener un cuarto aparte sólo para dormir. Trella sabía que una familia de seis o más personas viviría, trabajaría y dormiría en un espacio como ése, y se darían por bendecidos por los dioses simplemente por contar con paredes a su alrededor y un techo sobre sus cabezas.

Sólo este cuarto interior contaba con una verdadera ventana, aunque pequeña, que se abría hacia un jardín privado en la parte trasera de la casa. Una gruesa celosía de madera enmarcaba esa abertura, con dos fuertes trabas de madera para asegurarla. Un cuenco decorado, de arcilla y boca ancha, a los pies de la ventana, contenía una soga enrollada y anudada, para escapar en caso de incendio. Al igual que en el cuarto de trabajo, la ventilación provenía de tres pequeñas aberturas en cada pared, situadas en lo alto para permitir que el calor de la habitación saliera con más facilidad. A diferencia de la mayoría de las casas de la ciudad, el arquitecto no había provisto de un acceso al techo, donde los pobres dormían con frecuencia en las noches en las que querían escapar del calor del verano.

Eskkar y Trella se beneficiaban ahora del lujoso alojamiento. Una lisa capa de estuco cubría los muros interiores. El piso sólido, realizado con tablas de madera pulidas, bloqueaba la mayoría de los ruidos, y los soldados de Eskkar cuidaban la ventana desde el jardín inferior.

Todo el complejo, con sus anchas y altas paredes de barro, proporcionaba una base segura en una ciudad turbulenta. El dueño original había diseñado esos cuartos para proteger su oro y a sí mismo y mantener en secreto sus vicios.

Para los nuevos ocupantes, estos cuartos ofrecían una de las ventajas más infrecuentes y valiosas en Akkad: privacidad. Detrás de las macizas puertas del dormitorio o del cuarto de trabajo, podían discutirse los asuntos importantes sin riesgo a ser oídos.

Trella fue directamente al baño. Cuando terminó, se desató las sandalias y se recostó en la cama, agradecida por la oportunidad de descansar los pies y la espalda por unos momentos.

—¿Cansada, Trella? —Annok-sur estaba sentada en un pequeño taburete al lado de la cama.

—Sí, aunque me parece extraño. Me canso con tanta facilidad aunque no haya hecho nada salvo estar sentada hablando todo el día.

—Una vez que llegue la criatura, volverás a ser tú misma. Descansa un rato. Yo me ocuparé de los sirvientes y te traeré algo de comer y de beber.

Trella cerró los ojos y cruzó las manos sobre su vientre. Ya se sentía mejor y, mientras descansaba, sintió cómo el bebé pateaba suavemente dentro de su vientre.

Un parte de ella se preocupaba por el nacimiento. Muchas mujeres morían al dar a

luz, especialmente en el primer parto. Ella aceptaba los riesgos. Todas las mujeres lo hacían. El papel más importante de una esposa era dar hijos, herederos para el esposo, continuidad a la familia. El parto podía ser peligroso, pero los soldados aceptaban el riesgo de la muerte en el campo de batalla e incluso los granjeros se lesionaban con frecuencia en el campo.

Así y todo, la idea del parto le preocupaba cada vez más a medida que se acercaba la fecha del evento. Hacía un mes que Annok-sur había llevado a la partera más experimentada que pudo encontrar para que viera a Trella. La mujer no vivía en Akkad, sino en una granja a un día de camino al sur de la ciudad. Para sorpresa de Trella, la partera resultó ser una mujer de aproximadamente la misma edad de Annok-sur, y no la anciana que Trella esperaba. Su nombre era Drusala y había ayudado al nacimiento de bebés desde su infancia.

Trella permaneció de pie, desnuda, sobre dos bloques de madera, los pies separados y las manos en la nuca, mientras Drusala y Annok-sur examinaban cada centímetro del cuerpo de Trella, palpándola y apretándola, en busca de bultos o algún punto frágil. Después, Annok-sur había sostenido abiertos los labios vaginales de Trella, para que Drusala, de rodillas frente a la jovencita y tanteando con sus dedos, pudiera examinar el canal vaginal.

—Las caderas no son demasiado anchas, me temo —afirmó la partera cuando terminó con el examen—. Pero ella es muy fuerte, aunque no trabaje en el campo. No creo que tenga problemas con el parto, señora Trella, pero volveré a Akkad cuando se acerque el momento. Debe caminar por lo menos una hora al día. Eso ayudará a que la criatura salga sin mucho dolor.

Trella recordó el consejo y lo llevó a la práctica. Cada mañana, después de desayunar, ella caminaba de un lado a otro del patio durante una hora o más. Trella hubiera preferido caminar por la ciudad, como hacía cuando terminó el asedio, pero habría sufrido tantas interrupciones que nunca habría terminado su caminata. Además, esos largos paseos habrían sido peligrosos. Un asesino ya había atacado a Trella en las calles, y quienes estaban celosos de su creciente poder podían verse tentados de atacarla nuevamente. Tendría que contentarse con sus excursiones por el patio, al menos de momento.

La criatura volvió a moverse en el vientre, y esta vez el movimiento dibujó una sonrisa en el rostro de Trella. Cerró los ojos y se puso a fantasear, pensando en el futuro y en el heredero que daría a Eskkar.

Esperaba que Eskkar no cometiera ninguna tontería. Mucho dependía de Eskkar. Sin él, su influencia y su autoridad desaparecerían. Los ciudadanos de Akkad jamás aceptarían órdenes de una mujer, por mucho que les gustara o la respetaran, y mucho menos de una forastera y, para colmo, antigua esclava.

Trella no quería que Eskkar se marchara, pero había que pacificar y controlar la

campiña. Y aunque detestaba los riesgos, sabía que Eskkar era la persona más adecuada para la tarea. Con Bisitun bajo el control y la autoridad de Akkad, la situación sería diferente, y entonces ella insistiría en que él permaneciera en la ciudad. Él odiaba la inactividad y las pequeñas disputas que le llegaban a diario, pero tendría que aceptarlas. Ella necesitaba que Eskkar estuviera a su lado, y pronto su hijo necesitaría también de su protección.

Trella consideró buscarle otra muchacha para que se mantuviera ocupado. Mientras estaba embarazada, o criando al bebé, tendría menos tiempo para complacerlo. Ella seleccionaría a la muchacha con cuidado, obviamente. Tendría que ser alguien capaz de complacerlo, pero sin que despertara demasiado su interés.

Trella suspiró ante ese pensamiento. No le gustaba la idea de compartir a su esposo con otra mujer. Hasta ese momento no había parecido un problema. Su amor por ella seguía siendo ardiente. Pero un hombre fuerte necesita más de una mujer, al menos de vez en cuando. Si ella no le proporcionaba una, los ancianos de la villa podían convencer a Eskkar de la necesidad de tomar una segunda esposa, aunque sólo fuera para debilitar la influencia de Trella. No, sería mejor si lo organizaba ella, una tarea más de la que ocuparse. Afortunadamente, no tenía que hacerlo ese día. Cuando él volviera del norte, hablarían sobre el asunto.

En aquel momento estaba preocupada por los peligros a los que Eskkar se enfrentaba. Detestaba estar inactiva mientras su marido se preparaba para la batalla en algún lugar en el norte. Y ese día había llegado un extraño de tierras de Egipto que la intrigaba. Trella volvió a cerrar los ojos y se preocupó por el niño que iba a nacer.

\*\*\*

Annok-sur se deslizó silenciosamente por el dormitorio, pensando que Trella estaba dormida. Pero la muchacha se movió cuando Annok-sur puso la bandeja con dátiles, vino y agua sobre una mesa redonda apenas más grande que los dos taburetes que había a cada lado de la misma. Annok-sur se sentó en el que estaba más cerca de la cama y se pasó los dedos por sus cabellos castaños, veteados ya de gris pese a que le faltaba un año para alcanzar su trigésima estación.

—Debería levantarme —dijo Trella, con un susurro de voz.

—No, quédate en la cama —le aconsejó Annok-sur—, falta por lo menos una hora para la cena. —Acercó la mesa a la cama—. Come algo. El niño debe de estar hambriento. —Annok-sur sabía que Trella no permitiría que el embarazo interfiriera en su trabajo.

Trella entrelazó sus manos por detrás de la cabeza.

—Hay un extranjero en la ciudad, Annok-sur. Un mercader de las tierras del lejano oeste, la tierra llamada Egipto. O eso afirma él. Dice que allí la tierra tiene

muchas ciudades y villas, algunas con paredes de ladrillos tan altas como la nuestra. Este hombre quiere hacer negocios con gemas aquí, en Akkad.

Annok-sur había oído hablar de las míticas tierras de Egipto a través de su marido, Bantor.

—¡Así que la tierra de Egipto existe! Se dice que la comida cae de las ramas de los árboles y que el oro y la plata se encuentran apenas excavando en cualquier parte—dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Qué significa eso para Akkad?

—Nada, estoy segura. Está muy lejos y el gran desierto hace que el viaje sea casi imposible. Ni siquiera los bandidos pueden cruzar semejante extensión. Eso es lo que me interesa de este mercader. Quiere abrir una casa mercantil aquí y comerciar con Egipto.

Al igual que Trella, Annok-sur mantuvo baja la voz, más por hábito que por necesidad. Los sirvientes habían resultado ser de confianza y no había extranjeros ni invitados en la casa principal. Sin embargo, fuera de aquellas habitaciones, los espías estaban por todas partes, buscando vender cualquier rumor o secreto que oyeran a un mercader u otro. Las mujeres, si eran astutas, aprendían desde muy pequeñas a susurrar entre sí; cuanto menos supieran los hombres acerca de los asuntos de sus esposas e hijas, tanto mejor.

—Bantor me dijo que las tierras hacia el oeste del Tigris son salvajes, llenas únicamente de gente primitiva que puede tolerar el calor del desierto. Él viajó durante tres días por esas tierras estériles, persiguiendo a un asesino, antes de volverse con las manos vacías.

—Sí, las tierras son desiertos peligrosos —concordó Trella—. Ni siquiera Eskkar ha ido nunca muy lejos hacia el oeste del otro río. Así que el comercio a través del desierto debe de suponer un gran riesgo.

—Ese mercader... ¿cómo se llama?

—Korthac. Lo viste salir de la casa del conejo. Tiene facciones delicadas, casi como las de una mujer. Sus ojos son vivaces y nada se les escapa.

—Ah, sí, recuerdo haberlo visto. Así que ese Korthac se dedicará a la venta de piedras preciosas. —Annok-sur pensó por un momento—. Siempre hay mucha demanda por tales bienes. Puede vender todo lo que desee en Akkad, ahora que los botes vuelven a circular por el río.

Levantándose de su lecho, Trella se sentó en la otra banqueta. Sirvió un poco de vino y agua para ambas, cuidando de servirse poco licor en su copa, ya que no le gustaba el sabor del vino; ni siquiera el de la cerveza local.

—Sí, un flujo constante de piedras preciosas, tan escasas, atraería incluso a más mercaderes a Akkad, lo que beneficiaría a todos. —Trella bebió un pequeño sorbo antes de coger un dátil del plato—. Pero me pregunto qué va a enviar a cambio Korthac a Egipto. Los mercaderes deben comerciar en ambas direcciones para tener

éxito.

La pregunta parecía hecha al desgaire, pero Annok-sur sabía que Trella no desperdiciaba sus pensamientos en asuntos triviales.

—Bueno, tendrá oro en abundancia —respondió Annok-sur—. Podría comerciar con lino o con bronce, o tal vez... —Su voz se perdió por un momento, mientras consideraba las opciones.

—Cuando los mercaderes vienen a Akkad —continuó Trella, mientras elegía otro dátil—, cambian cobre y metales por comida y ropa. O madera por herramientas, o ganado por pieles o armas. —Miró a Annok-sur—. Si fueras mercader, ¿qué llevarías a esos ricos territorios llamados Egipto?

Annok-sur meditó la pregunta. Oro, por supuesto. Pero el oro tenía sus límites. Uno no podía comérselo ni construir nada con él y su peso hacía que fuera difícil transportarlo. E importante era también que, como cada mercader rico acuñaba sus propias monedas y decidía el precio, su valor estaba con frecuencia entredicho. Así que los mercaderes utilizaban el oro principalmente para ajustar las diferencias de valor entre mercaderías o para representar un valor que podía transportarse más fácilmente que abultadas mercaderías.

A través de una distancia tan grande y peligrosa, ¿qué podía acarrear uno? ¿Qué valdría el esfuerzo de semejante viaje? La comida y el grano se estropearían durante el trayecto. Las herramientas y las armas pesaban demasiado en relación a su costo. Además, si la tierra de Egipto tenía tantas riquezas como aseguraba la gente, ya tendría todas estas cosas en abundancia.

—Entiendo lo que quieres decir, Trella. Pero debe de haber algo en Akkad de lo que ellos carezcan. O tal vez intente comerciar sólo en Akkad. Puede que no tenga planes de comerciar con su tierra natal. —Sacudió la cabeza—. Pronto nos enteraremos, ¿verdad?

—Sí, pronto veremos qué es lo que este extranjero compra con el oro que obtiene de sus gemas —respondió Trella—. Pero él dijo que deseaba comerciar con Egipto. Así que pienso que debemos averiguar todo lo posible sobre él. —Terminó de beber su vino aguado, y luego se sirvió una copa sólo de agua—. Korthac necesitará muebles para su casa, sirvientes para atenderlo y comida para su cocina. Y él y sus hombres necesitarán mujeres, sobre todo después de una jornada tan larga y peligrosa.

Annok-sur sonrió.

—Sí, estoy segura de que podremos aprender mucho de Korthac y sus planes en las próximas semanas.

—Sé discreta —dijo Trella—. No quiero que sepa que lo estamos espiondo.

—Como extranjero que es, contará con que lo espíen. Pero tendré cuidado.

Annok-sur se levantó y, colocándose detrás de Trella, se puso a masajearle los



hombros. Sus dedos trabajaban con firmeza, y en algunos momentos Annok-sur notó que su ama se relajaba. Trella mordisqueó otro dátil, separando el carozo de la carne con sus delgados dedos. El cabello le caía sobre las mejillas y sus largas pestañas le resaltaban los ojos. Incluso cuando hacía algo tan simple como alimentarse, Trella mostraba una presencia que aumentaba su belleza. No era de sorprender que los hombres de Akkad la miraran con ojos ardientes cuando caminaba por las calles.

—Deberías tomar un poco más de vino, Trella.

—No, ahora que estoy embarazada me sabe incluso peor. Además, mi padre me previno de que las bebidas fuertes embotan los sentidos y debilitan la inteligencia. Él nunca bebía vino, sólo una copa de cerveza con la cena.

La mayoría de los nobles, incluyendo las mujeres, bebían tanto vino como podían permitirse. Annok-sur nunca había visto a Trella con los ojos vidriosos o la pronunciación pastosa que daba cuenta de los efectos de demasiado vino o incluso cerveza, la cual casi todos consumían en grandes cantidades. En el pasado, en los días anteriores a Trella, a menudo Eskkar caía dormido después de beber gran cantidad de cerveza. Pero Eskkar había dejado de beber en abundancia el día que conoció a Trella, limitándose a unas pocas copas de vino bien aguado o de cerveza al día. Incluso Bantor, a pesar del hecho de que su esposo ahora podía comprar todo el vino que quisiera, bebía sólo lo suficiente para acompañar la cena.

Trella apartó su plato.

—Hasta los dátiles tienen otro sabor. No creo que al niño le gusten.

—Debes descansar, duerme un poco antes de la cena.

—Lo haré. —Suspiró—. Eskkar ha partido no hace todavía una semana y ya lo echo de menos.

—Estará ausente por lo menos un mes. Y ya la gente acepta tu mando. Se sienten tan seguros contigo como con Eskkar. —Annok-sur dejó de masajearla—. Ahora descansa, por el bien del niño, si no lo quieres hacer por ti.

Trella regresó al lecho, y se tumbó sobre él.

—Te preocupas demasiado por mí, Annok-sur.

—Cuando tengas uno o dos niños, ya aprenderás a descansar cada vez que tengas la oportunidad. —Desde su casamiento con Bantor, Annok-sur había tenido tres niños. El primero había nacido muerto; el segundo, de fiebres antes de cumplir un año. Sólo la tercera, su hija Ningal, nacida cinco años después del matrimonio, había sobrevivido; pero después de un largo y doloroso parto, Annok-sur no había vuelto a quedarse embarazada.

Trella cruzó las manos sobre su vientre.

—Incluso ahora, se mueve dentro de mí. ¿Lo notas?

Annok-sur se sentó a su lado en la cama y puso su mano al lado de la de Trella.

—Sólo seis meses de embarazo y el niño ya parece fuerte. Será un varón, estoy

segura de ello.

—Eskkar es un hombre fuerte. Me dará muchos hijos.

—Sí, ama, tendrás muchos hijos. Y pronto te ayudaré a cuidar de todos ellos. Ahora procura dormir, mientras pienso en ese Korthac. Me quedaré aquí a tu lado.

—Eres como la hermana mayor que nunca he tenido. —Trella cerró los ojos y, apenas unos momentos después, se quedó dormida.

Annok-sur miró a su ama, observando el movimiento de su pecho al respirar. En verdad pensaba en Trella como en una hermana. De niña, Annok-sur a menudo había deseado tener una hermana menor. Creció con tres hermanos en una pequeña granja de las afueras de Akkad, y sus padres la habían reprendido por su infantil petición de una hermanita. En cambio, dieron gracias a Ishtar por sus hermanos, que podían ayudar en los trabajos de la granja.

Sus padres pronto enviaron a su única hija a vender verduras al mercado de Akkad. Allí, Annok-sur, una simple pero robusta niña, iniciada pocos meses antes en los misterios femeninos, se fijó por primera vez en un joven granjero que la miraba boquiabierto. Algo en sus ojos pardos hizo que Annok-sur le sonriera. Sin embargo, a Bantor le llevó tres días hacer acopio de coraje para hablar con ella. Pocas semanas después, Bantor, sólo uno o dos años mayor que ella, se presentó ante sus padres.

—Honorable padre, tengo cinco monedas de cobre para una esposa. Me gustaría dároselas a cambio de Annok-sur.

Su padre había pedido el doble, pero Bantor negó con la cabeza.

—Cinco es un buen precio para una novia joven —respondió secamente—. Y es todo lo que tengo.

A Annok-sur se le encogió el corazón cuando Bantor dio media vuelta, dispuesto a marcharse. Pero su padre accedió. Las monedas cambiaron de mano y en unos momentos su futuro esposo la condujo lejos de su familia, mientras ella apretaba sus escasas pertenencias contra el pecho. Ese día, de pie, a su lado, frente a la imagen de Ishtar, se convirtió en la esposa de Bantor.

Juntos trabajaron en la granja de su suegro durante seis años, arando la dura tierra desde el amanecer hasta el atardecer, pero el cuerpo de Annok-sur se hizo fuerte por los años de labranza. Estaba embarazada por tercera vez cuando murió el padre de Bantor. Su hermano mayor tomó posesión de la granja y, como era costumbre en el heredero, ordenó a Bantor que se marchara. Ella y su marido no poseían nada salvo la ropa puesta y dos cuencos para la comida. Desesperados, se mudaron a Akkad, donde Bantor buscó trabajo como jornalero, ansioso por conseguir cualquier empleo. El nacimiento de su hija trajo consigo más dificultades. Durante la crianza de Ningal, los tres vivían con otra familia, que les cobraba alquiler por ocupar un rincón en la choza. Annok-sur amasaba pan, trabajaba en el mercado y se unía a los granjeros durante la cosecha, realizando cualquier tarea con la que complementar los esfuerzos de su

esposo.

Los primeros dos años en Akkad, apenas tenían para comer, y Annok-sur observaba cómo su marido se volvía cada vez más irritable y amargado, mientras aquella vida de penuria les secaba el espíritu. Cuando ya no les quedó dinero para comprar comida, ella recurrió a vender su cuerpo a lo largo de la ribera junto con otras prostitutas. En esas ocasiones, Bantor apartaba la vista, avergonzado de su fracaso como sostén de la familia. Incluso Ningal resultó ser una decepción, pues era una niña frívola que se quejaba con frecuencia.

Pasó otro año antes de que Bantor encontrara trabajo como soldado en la guardia de Akkad. Odiaba los largos días de guardia, las pesadas tareas sólo se veían interrumpidas por otras igual de agotadoras. La asignación ocasional de rastrear la pista de esclavos fugitivos le resultaba más apetecible, pues le brindaba oportunidad de alejarse de la multitudinaria villa y de respirar otra vez el aire limpio de la campiña.

El mundo de Annok-sur también había comenzado a constreñirse a medida que el peso de la vida se volvía cada vez más difícil de llevar. En una ocasión, mientras Bantor había ido en busca de unos esclavos, el capitán de la guardia la convocó para que lo complaciera durante una tarde. Ese acto de humillación la había torturado durante meses, pero ella tenía que obedecer, a riesgo de que Ariamus expulsara a su esposo. Annok-sur nunca hacía referencia a ese incidente, pero intuía que, de alguna manera, Bantor lo sabía. Cualquiera que fuera el motivo, Bantor se hundió en una apatía tan profunda que rara vez sonreía y ni siquiera hablaba.

Annok-sur casi ni se enteró de la llegada de Eskkar a Akkad. El alto bárbaro pronto se hizo cargo de los caballos y de la mayoría de las persecuciones de esclavos. Eskkar y Bantor trabajaron juntos con frecuencia en los años siguientes, pero hablaban poco y no mostraban señales de ser especialmente amigos. Después Ariamus huyó cuando se corrió la voz de la invasión bárbara que se aproximaba.

—Eskkar, el bárbaro, será el nuevo capitán de la guardia —le dijo Bantor, con un brillo excitado en la mirada—. Me ha pedido que sea uno de sus lugartenientes.

Sorprendida, escuchó a su esposo explicar sus nuevas tareas. La noche anterior, Bantor le había dicho que tenían que huir de la ciudad; como refugiados, su desesperante situación sólo podía empeorar. Ahora pensaba quedarse a pelear. Por un instante, pensó en el peligro que se aproximaba, pero una mirada a su esposo la convenció; hacía años que su rostro no mostraba tanta excitación ni vehemencia.

—Entonces deberás hacer todo lo posible para ayudar a Eskkar —le había respondido ella, poniéndole las manos encima de los hombros—. Si consigue derrotar a los bárbaros, tú serás uno de sus lugartenientes y él recordará tu lealtad.

La primera prueba de coraje y lealtad para Bantor llegó no contra el bárbaro Alur Meriki, sino contra uno de los nobles regentes, que quería quitar de en medio a

Eskkar. Pero lo que ocurrió fue que el rico mercader murió, y Eskkar tomó posesión de su casa. Consciente de la difícil situación de Bantor, Eskkar invitó a su lugarteniente a mudarse a su espaciosa vivienda. Annok-sur recordaba las lágrimas que le brotaron cuando vio el cuarto, por primera vez tendrían un espacio para ellos solos, todo un lujo.

Después conoció a Trella, la nueva esclava de Eskkar. A Annok-sur le llevó poco tiempo darse cuenta de cuán inteligente era Trella, con qué cuidado consideraba las palabras de todos y con qué profundidad veía en los corazones de la gente. Seguramente los dioses habían dispuesto la unión de Eskkar y Trella. Entre ambos, salvarían a Akkad del pillaje y la ruina.

Annok-sur pronto se ocupó de administrar la vivienda, dejando a la joven esclava tiempo suficiente para trabajar con Eskkar y prepararse para el asedio. Ella y Trella trabajaron codo con codo durante el ataque, admirada de cada tarea que Trella emprendía, y más aún de que consiguiera sus objetivos. Ambas arriesgaron la vida durante aquellos días crueles, ayudando a defender la muralla durante los ataques y atendiendo después a los heridos. Incluso antes de que Eskkar expulsara a los bárbaros, Trella se había abocado a una nueva tarea: asegurarse de que ella y su esposo rigieran Akkad hasta el fin de sus días. A tal fin, seguía trabajando Trella, presionando a los hombres en los concejos de la nueva ciudad para que hicieran su voluntad.

Annok-sur se había sumado a la aventura con todo su corazón y todas sus fuerzas, decidida a asegurar el éxito de Trella. Incluso Bantor había cambiado bajo la influencia de Eskkar y Trella. Ahora pensaba más antes de actuar y, siguiendo el ejemplo de su capitán, había aprendido a escuchar lo que Annok-sur le decía.

—Debemos seguirlos adondequiera que se dirijan —le había dicho a Bantor—. Algún día gobernarán esta ciudad, y Eskkar recordará quién estuvo a su lado. Una oportunidad así tal vez no vuelva a presentarse.

Bantor escuchó su consejo, y a medida que aumentaban sus responsabilidades y oportunidades, de alguna manera volvió a ser como cuando era joven, suavizando sus palabras y sus gestos para con Annok-sur, y por eso ella todas las noches le daba las gracias a Ishtar. Sólo la gran diosa madre podía haberle enviado a Trella. Las dos mujeres se habían vuelto más íntimas que hermanas en muchos sentidos, trabajando y planificando juntas para asegurar el mando de Eskkar sobre la ciudad.

Apartando de la mente las imágenes del pasado, Annok-sur volvió sus pensamientos a Korthac. Ella tenía muchas tareas a las que dar comienzo. Las mujeres de Akkad estarían observando cada movimiento del egipcio e informando a través de la red de espías e informantes que Trella y Annok-sur habían establecido. Pronto, estaba segura, sabrían todo acerca de ese Korthac.

El futuro de ambas mujeres dependía de muchas cosas que estaban fuera de su

control. Hacía apenas unos momentos que Annok-sur había observado la larga cicatriz que se extendía desde la axila izquierda hasta la cadera de Trella. Un asesino estuvo en un tris de matarla, y cualquiera en Akkad con unas pocas monedas en el bolsillo podía contratar a un asesino para deshacerse de alguien. Annok-sur se preocupaba cada vez que Trella caminaba por las calles, aunque dos guardaespaldas alertas la acompañaran. Y ahora Eskkar cabalgaba por la comarca, arriesgando su vida para tener la oportunidad de hacer de guerrero como cualquier bárbaro. Una flecha por la espalda o un cuchillo entre las costillas y todo aquello por lo que Trella había trabajado tan duro se desmoronaría a su alrededor.

Bueno, Annok-sur no podía hacer nada respecto a Eskkar. Ese hombre se preocupaba tan poco de su propia vida como de la de Trella. Sin embargo, Trella necesitaba a Eskkar, lo necesitaba para protegerla no sólo a ella y al niño que estaba en camino, sino también a Annok-sur y a su esposo, Bantor. Ambas mujeres se daban cuenta de lo peligrosa que era su posición en Akkad. Un desliz, un error, y podían desaparecer. Durante el asedio, todos habían clamado a Eskkar y a Trella para que los salvaran. Ahora, si Eskkar moría, la autoridad de Trella se esfumaría. Todos recordarían sus días de esclava, y el control de Trella sobre los nobles y los soldados desaparecería como la niebla de la mañana sobre el río.

En un año, incluso en tan sólo seis meses, Annok-sur sabía que la situación cambiaría. Eskkar y Trella pronto tendrían un heredero, y para entonces la gente estaría habituada a su mando. Las riquezas fluirían hacia Akkad y serían compartidas por todos sus habitantes. La gente estaría feliz y contenta; la gratitud y la alabanza se elevarían a los gobernantes de Akkad.

Annok-sur suspiró y se puso de pie. Cogió el cepillo de Trella de la mesa y se arregló el cabello, después salió del dormitorio y cerró silenciosamente la puerta. Todavía contaba con una hora antes de la caída de la noche para hacer correr la voz sobre Korthac. Para el día siguiente, la mitad de las mujeres de Akkad estarían observando sus movimientos. El tiempo los salvaría a todos, si había suficiente tiempo. Hasta entonces, nadie podía hacerle daño a su ama. Nadie.

## CAPÍTULO 5

El sol les daba de lleno en la cabeza cuando Eskkar y sus hombres llegaron a la cima de una baja colina y vieron la villa de Bisitun a lo lejos, a una hora de marcha, aproximadamente. Al igual que Akkad, se agrupaba junto a la ribera este del Tigris. En Akkad, sin embargo, el gran río daba media vuelta alrededor de la ciudad. Allí el río discurría en línea recta. Una milla más al noreste el Tigris empezaría a curvarse abruptamente hacia el norte, continuando su larga jornada desde las montañas de su nacimiento.

También como Akkad, Bisitun ofrecía acceso fácil al gran río. El Tigris se ensanchaba de orilla a orilla y las aguas fluían más despacio y era algo menos profundo que en Akkad. Una angosta y arenosa isla dividía la corriente de agua en dos y permitía a los viajeros descansar en medio del río. Durante el final de la estación de verano, cuando las aguas corrían aún menos profundas, un hombre fuerte podía caminar y nadar hasta la otra orilla, aunque la distancia llegara casi al cuarto de milla. Habitualmente, hombres, vituallas e incluso caballos pasaban de uno a otro lado en pequeños botes de juncos. Con la llegada de la estación otoñal, el río era más profundo y caudaloso, y su fuerza continuaría incrementándose hasta mediados del verano.

Eskkar dio la señal de detenerse y los soldados acadios se tomaron un descanso, agradecidos de haber llegado al final de su jornada. Les había llevado cinco días de marcha desde Dilgarth, largos días de penoso viaje interrumpido con frecuencia por ejercicios de entrenamiento especiales. Esto había sorprendido a los hombres, pero Eskkar, desoyendo sus preguntas, los enardecía todavía más. A las puertas de un conflicto casi seguro, quería la férrea disciplina que había salvado Akkad, y Eskkar exigía que cada orden fuera obedecida de inmediato, sin preguntas ni discusiones.

Los soldados no tenían respiro del entrenamiento ni siquiera con la caída de la noche, pues a menudo el descanso y la comida se veían interrumpidos por los lugartenientes, que vociferaban órdenes para preparar una línea de batalla o los formaban para el ataque. Todas las noches, al menos una vez, los altos mandos despertaban por sorpresa a sus hombres al grito de «¡Ataque enemigo!» y les ordenaban que se dirigieran con las armas a sus puestos de combate.

Hacia la mitad del segundo día, una orden los transformaba rápidamente en un tosco escuadrón, con los animales de carga y las vituallas en el centro, rodeados de arqueros dispuestos. Entrenados como estaban, no se verían sorprendidos por ningún ataque enemigo. Más aún, confiaban en sí mismos y en sus camaradas, sabedores de que cada hombre conocía su lugar y su tarea.

Incluso los escuderos, los escribientes y los mercaderes recibieron tareas extras, y, aunque no eran combatientes, se les adiestró con el mismo rigor que a los soldados y se les encargó del bagaje de los hombres o de que hubiera suficientes flechas de repuesto y agua. Aquella noche, algunos hombres estaban tan agotados que se quejaron, pero eso sólo sucedió una vez. Hamati golpeó a uno de ellos con tanta fuerza que el hombre estuvo inconsciente durante casi una hora.

Para cuando llegaron a Bisitun, los hombres de Eskkar habían adquirido la disposición que éste deseaba. Cansados hasta la extenuación y con los pies doloridos, habían transferido su furia a los hombres de Bisitun, a los bandidos que les habían reventado las piernas e interrumpido el sueño.

Los acadios echaron una mirada a su alrededor con sombrío interés, sabiendo que, a partir de ese día, se acabaría la instrucción. Si los hombres estaban preocupados por lo que sucedería ahora que habían llegado a Bisitun, estaban demasiado cansados para demostrarlo. La escena que tenían ante ellos era de lo más pacífica. Las típicas granjas aparecían desperdigadas por el paisaje, entrecruzadas por los siempre presentes canales de riego y alguna que otra vivienda de adobe. Un solo sendero de tierra, muy transitado, continuaba hasta la villa. Todo parecía en calma, y se veía casi del mismo modo que durante la última visita de Eskkar, casi dos años atrás.

—Bien, capitán —dijo Sisuthros, mientras se adelantaba hasta la cabeza de la columna, donde Eskkar y Grond habían detenido sus caballos—, ¿acampamos aquí o seguimos avanzando?

—Quedémonos aquí al menos una hora —respondió Eskkar—. No tenemos prisa.

—No vendrán a desafiarnos —dijo Grond—. Eso sería demasiado sencillo. Ni siquiera los bandidos son tan estúpidos.

—No, supongo que no —respondió Eskkar—. Pero de todas maneras los hombres necesitan un descanso, y a partir de ahora tenemos que convencer a Ninazu de nuestro plan.

Eskkar vio el cruce de miradas entre Sisuthros y Grond, pero ninguno de los hombres dijo nada. El tiempo de las discusiones había terminado y los próximos días resolverían las dudas de todos.

Así pues, los hombres descansaron mientras vigilaban la villa durante una hora, antes de reanudar la marcha. Se movían despacio, los soldados caminaban muy cerca unos de otros, rodeados a buena distancia por los veinte jinetes a caballo. Durante los últimos cuatro días, Eskkar había adiestrado a los hombres contra un eventual ataque de un grupo numeroso de hombres a caballo. Los soldados habían aprendido a formar rápidamente, tensar sus arcos y preparar sus armas y a disponerse para un ataque por cualquiera de sus flancos.

No obstante, los soldados se movían con precaución, todos ellos en alerta, y les llevó otra hora llegar a destino. Eskkar dio la orden de detenerse a unos cincuenta

pasos del alcance de un tiro de arco desde la empalizada de la villa.

Eskkar hizo un gesto a Sisuthros. Su lugarteniente dio media vuelta y comenzó a gritar órdenes a sus soldados. Primero cruzaron el camino que conducía a la villa y dejaron caer sus petates y equipamiento. Sin estorbos, se pusieron a trabajar de inmediato, aunque los hombres mantuvieron sus armas cerca de sí. Mientras veinte hombres hacían guardia con los arcos tensados, el resto comenzó a cavar una trinchera cortando el camino. Tenían gran cantidad de palas y herramientas, la mayoría adquiridas en los últimos cuatro días mientras los jinetes registraban las granjas por las que pasaban en busca de utensilios para excavar, y por las que pagaban con monedas de cobre a los granjeros más que ávidos de vendérselas. El resto de los hombres hacía uso de sus manos, de palos o de cualquier cosa que pudieran encontrar. Afortunadamente, el suelo arenoso hacía que el trabajo procediera veloz.

Eskkar se apartó un poco, con Grond a su lado, y estudió la villa que tenían delante. A su paso, Alur Meriki debió de destruir buena parte de la empalizada, y Eskkar podía ver dónde había sido reconstruida. Sin duda, los bárbaros habían derribado muchas casas durante el asalto, pero las casas de barro se reemplazaban fácilmente y la choza de un campesino podía reconstruirse con unos pocos días de trabajo. Probablemente Bisitun no hubiera cambiado mucho en los últimos años. Allí solían vivir más de quinientas personas; ahora ese número podía ser aún mayor, con todos los granjeros de los alrededores expulsados de su tierra, sus cosechas y casas destruidas. Algunos puede que hubieran partido desde la llegada de Ninazu, pero otros se acercarían, buscando algún lugar comunal seguro, aunque fuera un pueblo controlado por bandidos.

Los arreglos recientes de la entrada principal eran evidentes; sin duda Alur Meriki había destrozado la anterior y la había utilizado para leña. Todas las casas de barro a tiro de flecha de la empalizada habían sido derribadas, y los escombros desparramados por el área, para impedir el avance de cualquier atacante. La empalizada era más alta de lo que Eskkar recordaba y parecía haber sido reforzada con troncos o tablas. La nueva puerta parecía maciza, aunque no se podía comparar con la solidez de la entrada principal de Akkad.

Eskkar podía ver a los defensores de pie detrás de la empalizada, algunos aún corriendo en busca de sus puestos. La mayoría llevaba arcos, sin duda con hachas y espadas al alcance de la mano. Desde el punto más alto de la muralla, justo a un lado de la entrada, un pequeño grupo de hombres se mantenía apartado y miraba a los soldados de Akkad y su excavación.

—Apuesto a que ése es Ninazu —comentó Grond—. Se parece un poco a su hermano. El alto con brazaletes de plata en el brazo.

Eskkar vio al hombre, pero sus ojos no detectaron ningún parecido a aquella



distancia, sólo la plata pulida brillando al sol. Por un momento eso lo irritó. Diez estaciones atrás, habrían sido sus ojos los primeros en detectar semejantes detalles. Aunque tampoco podía quejarse; su suerte lo había mantenido con vida. Pocos guerreros pasaban la trigésima estación, y Eskkar había sobrevivido más batallas de las que era capaz de recordar. Así y todo, sabía que era mejor dejar el trabajo de luchar y ser soldado a hombres con la vigésima estación recién cumplida.

—Pronto sabremos si es él —gruñó Eskkar—. Pero síguele los pasos. Necesitamos identificar a los jefes para más adelante.

—¿Crees que saldrán a luchar? Se diría que están preparados.

—No, no si su jefe es inteligente. Todavía no, al menos. Este Ninazu seguramente espera un ataque inmediato contra la villa, si no hoy, entonces mañana. Dejemos que mire cómo cavan nuestros hombres..., eso le dará tiempo suficiente para preguntarse qué estamos tramando.

—¿Damos una vuelta para examinar el perímetro?

—Cuando hayamos cavado. Habrá tiempo suficiente mañana. Intentemos contar con cuántos guerreros nos estamos enfrentando.

Eskkar permaneció en la misma posición un rato largo, mirando hacia la empalizada, tratando de colocarse en el lugar del jefe de los bandidos. El asedio de Akkad le había dado mucha experiencia en la defensa de una villa. Los soldados y los pobladores habían pasado casi cinco meses preparándose contra el asedio de Akkad, aprendiendo e incluso inventando nuevas defensas y soportando luego más de un mes de dura lucha contra todo el clan de Alur Meriki. Al final, Eskkar y sus soldados habían obligado a los bárbaros a marcharse, derrotándolos tanto por haberles cortado el suministro de alimentos como por su resistencia en la muralla.

Con dicha experiencia, Eskkar observó Bisitun y su empalizada de madera. Ahora sería *él* el atacante, el que estaría fuera de la muralla. «Ponte en la cabeza de tu enemigo», le recordaba Trella. Este Ninazu tenía la villa y la empalizada para protegerlo, y Ninazu tenía más hombres que sus sitiadores.

Pero sólo porque un hombre llevara espada no se volvía un guerrero experimentado. Los hombres de Akkad estaban entrenados y habían practicado durante más de cinco meses. Y lo que era más importante, muchos de ellos se habían enfrentado a guerreros decididos y con mucha experiencia y los habían derrotado. Ningún grupo de bandoleros zarrapastrosos, unido apenas por el amor al oro y el miedo a su jefe, aguantaría mucho tiempo a los hombres de Eskkar en combate abierto. Ninazu debía de saberlo. Así que no habría ningún ataque repentino desde la villa, para sorprender y sobreponerse a los atacantes.

Ninazu tendría otras cosas de qué preocuparse. Eskkar no había tenido que hablar con los granjeros de la zona para saber cómo habían sido tratados. Y por mucho que los reacios habitantes de Bisitun se colocaran con decisión detrás de la muralla, no

lucharían hasta la muerte por Ninazu, quien había dispuesto de sus mujeres e hijas, así como de sus cosechas y bienes, a su antojo y por la fuerza. No, Ninazu no podría confiar durante mucho tiempo en los pobladores.

Y si el bandido se aventuraba a salir y sufría una derrota, muchos de sus hombres comenzarían a pensar en tomar lo ganado y deslizarse a una zona segura al otro lado del río. Ninazu necesitaba una victoria rápida. Si Eskkar atacaba y era rechazado, la posición y la fuerza de Ninazu aumentarían. Cuanto más durara el asedio, más confianza tendrían los hombres de Ninazu. Pero el tiempo, que parecía estar del lado de Ninazu, pronto trabajaría a favor de Eskkar.

—Este Ninazu tiene muchos hombres —dijo Eskkar—, dispuestos y menos dispuestos. Hasta donde alcanzo a ver, cuento por lo menos noventa o cien. Sin duda hay más esperando detrás de la empalizada. Más que suficientes para atacarnos. Pero él esperará unos días, para ver qué es lo que hacemos.

—Entonces tendremos que demostrarle de lo que somos capaces, capitán —respondió Grond—. Le espera una sorpresa.

—Tú asegúrate de que no seamos nosotros los sorprendidos.

Las ideas preliminares que Eskkar había desarrollado cuando estuvieron en Dilgarth y que habían sido reelaboradas durante la marcha hacia el norte seguían teniendo validez, y el terreno que rodeaba la villa parecía favorable. Ahora que podía estudiar las defensas de la villa, necesitaba pensar en algunos detalles, pero seguía teniendo un plan. Esa noche y la siguiente le brindarían más información a la vez que ponía en marcha la primera parte de su plan.

Aunque no era por naturaleza un hombre paciente, Eskkar podía darse el lujo de tomarse su tiempo. Quería conquistar la villa sin perder demasiados hombres. Los soldados que él y Gatus habían entrenado eran demasiado valiosos para desperdiciarlos en un ataque frontal, aunque confiaba en poder franquear la empalizada, utilizando a sus arqueros para rechazar a los hombres de Ninazu de la muralla. Pero muchos morirían, y Eskkar necesitaba a todos los hombres con los que contaba, no sólo aquí, sino también en Akkad. No, seguiría con su plan original. Su decisión estaba tomada, por lo que Eskkar y Grond hicieron regresar a sus caballos dirigiéndose al nuevo campamento.

Para cuando cayó la noche, la defensa básica del campamento estaba casi concluida. Una angosta trincherera rodeaba a los hombres en tres direcciones, dejando sólo la retaguardia expuesta. Para el día siguiente, incluso esa abertura sería cerrada. La tierra de la trincherera había sido apilada hacia adentro del campamento para formar un parapeto, y los hombres, incluso en aquel momento, trabajaban en su construcción. Esa pared de tierra detendría una flecha tanto como una de madera, mientras que la trincherera sería un obstáculo tanto para hombres como para caballos, si es que los hombres de Bisitun intentaban atacar a los acadios.

La idea de un campamento fortificado había sido de Gatus. Él y Eskkar habían argüido durante muchas noches y cervezas sobre su utilidad. El viejo soldado tenía un modo particular de adiestrar a los hombres y parecía obsesionado con la idea de las fortificaciones. Hasta ese momento, Eskkar se había mostrado escéptico, pero ahora, observando cómo progresaba el trabajo, se dio cuenta de que el viejo guerrero tenía razón.

Sisuthros apostó a los centinelas y recorrió el campamento para asegurarse de que permanecían alerta. Pero Eskkar dependería más de los tres hombres que se habían ido del campamento en cuanto los últimos rayos del sol desaparecieron del cielo. Se acercarían todo lo posible a la empalizada para mantener la vigilancia. Si los defensores decidieran salir a atacar, los tres centinelas darían la alarma.

Dentro del campamento, Sisuthros mantuvo a los setenta acadios ocupados durante unas dos horas, antes de permitirles descansar, aunque un tercio de los hombres permanecería despierto y alerta durante la noche. Los soldados, agotados, cayeron dormidos enseguida, roncando en agradecido reposo, haciendo suficiente ruido como para despertar a los demonios o a los muertos. Sólo cuando todo pareció seguro, Grond, Hamati y Sisuthros se sentaron con Eskkar en torno a una pequeña fogata a discutir los próximos pasos.

—Por lo que hemos podido ver en la empalizada —comenzó Eskkar—, parece que Ninazu tiene por lo menos un centenar de guerreros, y probablemente treinta o cuarenta más que mantiene ocultos. El resto son pobladores y granjeros de la zona, sin duda con espadas a sus espaldas además de las que tienen en las manos.

—¿Qué pasaría si intentaran atacar esta noche? —preguntó Hamati. Él estaba a cargo del primer grupo de veinticinco hombres que permanecerían despiertos y listos durante la noche.

—No creo que lo hagan —respondió Eskkar—. Él sabe que tiene más hombres que nosotros. ¿Por qué dejaría su posición de fuerza para atacar la nuestra? No, esperará, creyendo que nosotros atacaremos mañana.

—Podríamos intentar algo nosotros esta noche —sugirió Sisuthros.

—No tenemos suficientes hombres. Seguiremos con el plan, por lo menos durante los próximos días. —Eskkar se puso de pie—. Despiértame cuando cambies la guardia, Hamati. Quiero hablar con los hombres. Ahora, descansemos.

Eskkar se despertó antes del alba. Había dormido bien durante la noche, a pesar de despertar dos veces cuando los veinticinco centinelas fueron reemplazados. En cada ocasión, recorrió el campamento con los nuevos hombres, revisándolos, hablando con ellos y recordándoles que se mantuvieran alertas.

A su alrededor los hombres se quejaban y se estiraban, con los músculos agarrotados por el trabajo del día anterior. Eskkar sonrió. Esos músculos pronto se aflojarían. Hoy volverían a cavar. Mucho más. Los hombres deberían estar

agradecidos. Por lo menos no tenían que marchar a ninguna parte.

Antes de que el sol se elevara del horizonte, Eskkar se puso de pie sobre el parapeto mirando en dirección a la villa. La empalizada estaba repleta de hombres, una señal de disciplina por parte de su enemigo. Sin duda, Ninazu esperaba un ataque temprano por la mañana, o incluso algo durante la noche. Con el sol a su espalda, Eskkar avistó al hombre de brazaletes plateados en ambos brazos. Si ese hombre resultaba ser Ninazu, sería un blanco fácil, especialmente para Mitrac y su arco.

Eskkar examinó la empalizada sólo el tiempo suficiente como para asegurarse de que los defensores no pensaban realizar un ataque durante la mañana. Cuando se volvió, media docena de flechas cruzaron el cielo, intentando alcanzarlo. Todas cayeron en tierra, la más cercana por lo menos a sesenta pasos de su blanco. Sonriendo, Eskkar saludó al jefe de los bandidos, y luego entró en su campamento.

Después de una rápida comida de pan correoso y queso duro, Eskkar observó cómo Sisuthros daba las órdenes de la mañana. Su lugarteniente envió a diez exploradores a caballo, para asegurarse de que nadie sorprendiera a los acadios por la retaguardia o los flancos. Habiendo partido los exploradores, Sisuthros envió a los escuderos y a los escribientes a buscar agua fresca del río y puso al resto de los hombres a trabajar. Primero terminarían la trinchera en torno al campamento. Luego profundizarían la trinchera y elevarían aún más el parapeto, más alto de lo que en verdad necesitaban. Eskkar quería que el campamento estuviera asegurado para cuando terminara el día —y sus hombres, ocultos de los defensores—, de modo de poder preparar sus sorpresas.

Los hombres se afanaban sin pausa: cuando una mitad trabajaba, la otra montaba guardia o descansaba. Para el mediodía, un escarpado parapeto de tierra bien apisonada rodeaba el campamento. Sólo quedaba una apertura de unos seis pasos de ancho en la retaguardia. Los exploradores de Sisuthros regresaron, con dos carretas que podían usar para bloquear la entrada, de ser necesario. Con la fortificación básica concluida, los hombres se dedicaron a profundizar la trinchera y alzar aún más el parapeto. Eskkar recorrió el perímetro del campamento una vez más, como lo había hecho ya una docena de veces, conversando con sus hombres, alentándolos, asegurándoles que podrían descansar cuando la trinchera estuviera terminada.

Un grito le hizo levantar la vista. Uno de los exploradores de Sisuthros regresaba, cabalgando hacia el campamento, desde el sur. Su trote tranquilo le hizo saber que no traía noticias urgentes, por lo que Eskkar caminó con calma hacia la retaguardia del campamento. Grond, Hamati y Sisuthros se le unieron al mismo tiempo que desmontaba el jinete.

—¿Qué pasa, Tuvar? —preguntó Sisuthros poniéndole al hombre la mano en el hombro—. ¿Qué es lo que has visto?

—Justo lo que usted esperaba. —Tuvar entregó su caballo a uno de los otros

hombres. Después se enfrentó a Eskkar—. Capitán, nos encontramos con cinco granjeros en los alrededores. Estaban atemorizados, pero de todos modos se acercaron a nosotros.

—Bien. ¿Dónde los encontrasteis? —Eskkar necesitaba a los granjeros locales. Constituirían una parte importante de su plan.

—A unas pocas millas detrás de nosotros, capitán. Estábamos fuera de la vista de la villa. Les dije que habíamos venido para liberar a la villa de Ninazu y sus ladrones y que les compraríamos tanta madera, comida y vino como pudieran vendernos.

—Y tú les dijiste... —Eskkar no pudo evitar la sonrisa que le cruzó el rostro.

—Les dije que lo trajeran aquí. No les gustó. Tienen miedo de que les cojamos la comida y nos quedemos con el dinero. —Tuvar sonrió recordando el incidente—. Les dije que, si tenían miedo, lo fueran trayendo poco a poco y que les pagaríamos cada entrega. Tal como usted dijo que sucedería, capitán. Vendrán, estoy seguro.

—Puesto que te conocen, vuelve a donde los encontraste y espéralos allí. Puedes acompañarlos hasta aquí. Recuerda, somos sus amigos, deseosos de ayudarlos a deshacerse de Ninazu. Esto es importante, Tuvar. Cuida de ellos y trátalos cortésmente.

—Entiendo, capitán. No se preocupe. Los traeré. —Hizo un gesto de asentimiento a Sisuthros antes de volver a montar su caballo y partir al trote.

Eskkar se volvió a Sisuthros.

—Que estén listos algunos hombres para recibirlos. Tú también, Grond. Asegúrate de detenerte a hablar con ellos. Diles que quieres comprar los mejores vinos y comidas para mí.

—Sí, capitán. —Los dos hombres continuaron conversando. Habían discutido todo eso la noche anterior y nuevamente esa mañana. Pero Sisuthros conocía bien a su capitán. Eskkar repasaría las órdenes una y otra vez, tanto para asegurarse de no haber olvidado nada como para ver si Sisuthros u otro de los lugartenientes las recordaban.

Otro grito hizo que todos alzaran la vista. Un par de jinetes se asomaban sobre una de las colinas bajas hacia el sur, cada uno, además, con un animal de carga. Tanto hombres como bestias parecían haber viajado sin pausa. Eskkar miró a ambos jinetes, uno de los cuales le resultaba familiar.

—Es Drakis —dijo Grond, identificando él primero al hombre—. Debería haber llegado ayer por la noche.

—¿Quién viene con él? —preguntó Sisuthros.

Esa pregunta la respondió enseguida el mismo Drakis, en cuanto desmontó y bebió media bota de agua. Los cuatro jefes lo llevaron a un lado, todos ansiosos por saber las nuevas que traía.

—Capitán Eskkar —comenzó Drakis, secándose el agua del mentón con el dorso

de la mano—, la señora Trella envía saludos y le desea éxito en Bisitun.

—¿Trella está bien? —Casi diez días habían pasado desde la última vez que Eskkar la viera.

—Muy bien, capitán. Me pidió que le recordara a Grond que lo mantuviera a salvo y lejos de los problemas.

—Intentaré cuidarme por mí mismo, Drakis —respondió secamente Eskkar. De alguna manera, su preocupación lo enorgullecía, no lo avergonzaba—. ¿Qué más dijo?

—Sólo que deseaba que regresara pronto. Y sugirió que Gatus enviara a otro hombre conmigo, con un segundo caballo de carga. Así trajimos doce botas de aceite, tres bolsas de algodón y tanta sogas como pudimos. La carga extra nos demoró, si no habríamos llegado ayer.

Eskkar no esperaba tanto. Era típico de Trella asegurarse de que él recibiera el doble de lo pedido. Y él debería haber pensado en enviar a dos hombres. Si uno de los caballos se lastimaba, eso hubiera significado una demora en obtener lo que necesitaba.

—¿Y todo está bien en Akkad?

—Sí, y también en Dilgarth —dijo Drakis, anticipando la siguiente pregunta de Eskkar—. No hay señales de ningún bandido en el área circundante y la villa parece estar recuperándose. Corio y Nicar van a enviar más hombres, y Gatus ha enviado a unos pocos soldados para protegerla. Sin duda ya deben de haber llegado. Con los hombres extra, Dilgarth debe estar reconstruyendo la empalizada y los canales de riego y ayudando a los tejedores a recomenzar. Nicar dice que hay una gran escasez de lino en Akkad.

—Bien. Muy bien —dijo Eskkar, complacido de saber que Dilgarth permanecía segura y a salvo. Se dirigió a Sisuthros—: Podemos comenzar con la siguiente etapa de nuestro plan.

Grond se volvió a Drakis.

—¿Y qué me dices de ese hombre? ¿Quién es?

—¿Rukor? Es uno de los nuevos hombres que Gatus está entrenando. —Drakis pareció sorprendido frente al repentino interés—. Es bueno con los caballos. Nos habríamos demorado aún más si no hubiera sido por él.

Eskkar miró hacia los animales de carga, donde Rukor y alguno de los escuderos del campamento ya habían desembarazado a los cansados animales de sus cargas y comenzado a asearlos. Eskkar no conocía al hombre y no quería correr riesgo alguno. —Tendremos que deshacernos de él. ¡Rukor! ¡Ven aquí! —El grito hizo que Rukor se volviera a ellos y se acercara al trote hacia donde estaban sus jefes.

—Sí, señor Eskkar —dijo haciendo una reverencia. Hombre mayor, Rukor parecía tener más de treinta estaciones. Nunca había hablado antes con Eskkar y sabía

muy poco del líder de Akkad.

—Rukor, Drakis me ha dicho que has cumplido tu tarea —dijo Eskkar—, pero ahora quiero que vuelvas a montar a caballo y regreses a Akkad. Tengo un mensaje urgente para mi esposa. Le dirás que..., le dirás que estamos acampados fuera de Bisitun y esperando.

Rukor parecía confuso y decepcionado. Sin duda esperaba contar con algunos días de descanso antes de volver a montar. Y ese mensaje no parecía ni particularmente urgente ni importante.

Eskkar se volvió a Grond.

—Dale a Rukor dos monedas de plata como recompensa. —El pago de una semana haría que el hombre no se sintiera tan mal. Mientras Grond buscaba en su cinto las monedas, Eskkar continuó—: Rukor, Drakis dice que puedo confiar en ti, por lo que te pido que partas al instante. Hazte con una montura fresca y coge lo que necesites. Y no le repitas a nadie el mensaje que llevas. ¿Has entendido?

Grond puso las monedas en la mano de Rukor antes de que éste pudiera responder nada.

—Ven conmigo, Rukor. —Le pasó el brazo por el hombro al confuso soldado y comenzó a apartarlo—. Me aseguraré de que te den un buen caballo y comida en abundancia.

Cuando los dos hombres partieron, Eskkar se volvió a Drakis.

—Ahora necesito que hagas algo importante, Drakis. Escucha con cuidado. Tú vas a darme el resto del mensaje que Gatus me envió. El mensaje es que Gatus junto con ciento veinte hombres llegará en cuatro o cinco días. ¿Entiendes?

Drakis se quedó boquiabierto. No había habido ningún otro mensaje.

—Pero capitán, Gatus no...

—Escúchame, Drakis —repitió Eskkar paciente, manteniendo la voz baja—. Esto es muy importante. Gatus te dijo que estaría aquí junto a ciento veinte hombres en cuatro o cinco días. Eso es lo que él te pidió que me transmitieras. —Eskkar aguardó un momento, para que le quedara claro a Drakis—. Ahora, Drakis, dime, ¿qué mensaje te dio Gatus para mí?

Drakis miró a Eskkar y a Sisuthros, quien sonreía frente a la confusión del soldado.

—Dile a Eskkar lo que Gatus te dijo, Drakis —lo alentó Sisuthros—. Vamos, dale el mensaje de Gatus.

Ahora tanto Eskkar como Sisuthros estaban a la espera, con el rostro sonriente. Drakis se volvió a Eskkar.

—Eh, capitán..., Gatus me dijo... que él, junto con ciento veinte hombres, llegaría en cuatro o cinco días.

—Muy bien, Drakis —dijo Eskkar—. Ahora recuerda lo que Gatus te dijo. Debes

creer esas palabras y repetirlas como si fueran ciertas. Cuando te juntes con los hombres, alguno te preguntará por el mensaje que traías. Tú le dirás entonces lo que Gatus te dijo, tal como me lo dijiste a mí. Quiero que nuestros hombres creen que hay más soldados por llegar. Tú también debes creerlo, para que ellos te crean a ti. ¿Puedes hacerlo, Drakis? Si no puedes, entonces tendrás que partir a caballo con Rukor. Los hombres tienen que estar convencidos de que llegarán refuerzos.

—Puedo hacerlo, capitán —respondió decidido Drakis—. No estoy seguro de lo que significan esas palabras, pero puedo hacerlo.

—La comprensión no es necesaria, Drakis —dijo Eskkar, disminuyendo la severidad del comentario con una sonrisa—. Simplemente obedece las órdenes. Si crees en el mensaje, no tendrás problemas en convencer a ninguno de los hombres. Ahora, repasémoslo.

Eskkar hizo que Drakis repitiera el mensaje media docena de veces, hasta que las palabras fluyeron sin problemas. Finalmente Eskkar despidió a Drakis, dejando que se reuniera con los hombres para que pudiera comer algo. Los otros hombres le pedirían noticias de Akkad, y más tarde o más temprano Drakis «confirmaría» el mensaje de Gatus. Rukor ya se había marchado de regreso a Akkad, llevando consigo un mensaje inútil que haría que Trella enarcara las cejas y que Gatus pensara que su capitán había perdido la cabeza.

—Bien, capitán —dijo Sisuthros—, sucederá tal como dijo. Los hombres creerán a Drakis. Y espero que los granjeros de la zona vengan pronto. Ellos saben que hemos llegado y que necesitaremos comida.

—Tú ocúpate de ellos personalmente cuando lleguen, Sisuthros. Son parte importante del plan. Recuerda pagarles lo justo por lo que traigan, pero no de más. Si comenzamos a pagarles demasiado... —Eskkar miró en torno al campamento—. Ya es hora de que Grond y yo demos una vueltecilla por la villa, mientras tú te ocupas de tu parte.

Momentos después, una vez que Eskkar hubo montado en su caballo, se elevaron unos vítores entre sus hombres. Sisuthros acababa de informar a los soldados de que Gatus y más hombres estaban en camino, para incrementar su número. Y si alguien preguntaba a Drakis, éste confirmaría que en verdad ése era el mensaje que había traído. En Bisitun, los hombres comenzarían a preguntarse por la gritería. Eskkar asintió satisfecho.

Con diez soldados detrás de él, Eskkar comenzó a circundar la villa. Primero avanzó lentamente hacia el oeste, deteniéndose con frecuencia a examinar la tierra, siempre manteniéndose por lo menos a un cuarto de milla de la villa. Cuando llegaron al río, hicieron una pausa de por lo menos media hora mientras Eskkar examinaba el terreno, el río y el acercamiento desde el suroeste a la villa antes de comenzar a volver sobre sus pasos. Después aceleraron la marcha mientras pasaban por detrás de



su propio campamento para volver a reducirla después y examinar a sus anchas los alrededores al noreste de Bisitun hasta que volvieron a llegar al río. Al igual que antes, Eskkar se tomó su tiempo, estudiando el terreno antes de volver lentamente hacia el campamento.

Habían estado ausentes alrededor de dos horas y durante ese tiempo los muros de Bisitun estuvieron repletos de hombres, no sólo soldados sino también pobladores, todos nerviosos y curiosos sobre lo que planeaban los hombres de Akkad. Levantando la mano para protegerse los ojos, Grond pudo observar cómo el hombre de los brazaletes de plata en los brazos los seguía a lo largo de la empalizada de uno a otro lado de la villa.

—Bueno, hemos llamado su atención, capitán —dijo Grond, mientras desmontaban y entregaban sus caballos—. Y Sisuthros está avanzando en la construcción de la trinchera. Ya parece estar terminada.

—Demos una vuelta por el campamento, para ver qué aspecto tiene.

Caminaron lentamente en torno al campamento, pero no encontraron defectos ni en la trinchera ni en el parapeto. Aunque un buen jinete con un caballo fuerte podía saltar los seis pies de ancho de la trinchera, el animal caería directamente sobre el montículo de tierra y con seguridad se enterraría hasta los hombros en la tierra blanda. La trinchera y el parapeto de tierra demorarían el avance de los hombres a pie aún más. Tendrían que saltar a la trinchera, después trepar el parapeto y enfrentarse con el filo de los arcos y espadas de los defensores. Satisfecho porque su posición no podía ser conquistada, Eskkar regresó al interior del campamento, pensando que si Gatus estuviera allí también estaría satisfecho.

Eskkar repitió la inspección desde detrás del parapeto, tomándose su tiempo en el recorrido por el campamento. Los soldados se encontraban satisfechos, sabiendo demorada la posibilidad de una batalla. Tendrían unos días de descanso antes de que Gatus llegara con sus hombres. Con un centenar de hombres más, sabían que podían tomar la villa con facilidad.

Eskkar habló con muchos de ellos, siempre preguntándoles si entendían sus órdenes y sabían cuáles eran sus puestos en caso de emergencia, siempre intentando recordar sus nombres tanto como le era posible. Quería que supieran que él dependía de ellos. Y que aquel no era momento de que ellos se relajaran o descuidaran la vigilancia.

Había terminado de pasar lista a la tropa cuando Sisuthros se aproximó.

—Capitán, aquí llegan los primeros granjeros.

Acercándose lentamente por el camino, Eskkar vio tres pequeñas carretas, cada una empujada o tirada por dos granjeros. O estos granjeros no tenían animales de carga o temían que los soldados se los confiscaran, lo que era posible con los hombres de Ninazu.

—Bueno, al menos tendremos comida fresca esta noche.

—¿Quieres hablar con ellos?

—No. Dejemos que se habitúen a tratar contigo, tanto ahora como en el futuro. Diles que estoy demasiado ocupado para lidiar con granjeros. No olvides decirles que necesitaremos mucha más comida en unos pocos días.

—¿Crees que habrá espías en este grupo, capitán?

—No, no en este grupo —dijo Eskkar, tomándose un momento para considerar la pregunta—. Tal vez tampoco en el siguiente. Pero cuando llegue el tercer grupo..., entonces creo que tendremos espías o granjeros que reciben dinero de Ninazu.

Eskkar se alejó de la entrada de retaguardia y observó a distancia cómo los nerviosos granjeros se acercaban al campamento. Sisuthros los hizo detenerse detrás del parapeto, y después pasó media hora negociando con ellos. Los vecinos parecían atemorizados, temerosos de que les confiscaran las mercaderías o de que los capturaran para hacerlos esclavos o sirvientes. Pero como los hombres de Ninazu se llevaban lo que querían sin pagarlo, estos granjeros necesitaban las monedas de cobre, y la necesidad los había empujado a correr el riesgo. Hasta aquel momento, ninguno de los extranjeros de Akkad había atacado a nadie ni robado en las granjas, así que tal vez, después de todo, pudieran negociar honradamente.

Esa noche Eskkar disfrutó de buen vino con la comida, a la par que nueces y pan fresco. Los granjeros se habían marchado, incapaces casi de disimular su dicha. Habían recibido una suma decente por sus mercaderías y prometieron hacer correr la voz y que llevarían más alimentos para la mañana siguiente.

Una vez más, Eskkar dio las gracias a los dioses por los consejos de Trella. Ella le había dado una buena provisión de la preciosa plata para ganarse la buena voluntad de los granjeros locales. En el pasado simplemente les habría quitado lo que necesitaba, sin duda, del mismo modo en que lo había hecho Ninazu. Ahora Eskkar comprendía de qué modo alienaría eso a los granjeros y cómo se le volvería en su contra a largo plazo. En los días siguientes, él necesitaba su asistencia, aunque la suministraran sin saberlo.

Los hombres de Sisuthros mantuvieron una estrecha vigilancia toda la noche, los soldados en alerta ante cualquier ataque desde la villa. Pero, como había esperado Eskkar, no sucedió nada. El sol matinal encontró el terreno desierto a su alrededor, pero no se había elevado mucho por encima del horizonte cuando una sinuosa columna de carretillas, carros e individuos, cargando con todo lo que podían, apareció en el camino, desde el sur. Las ventas del día comenzarían temprano. Eskkar resistió el impulso de unirse a Sisuthros. Su lugarteniente sabía lo que había que hacer.

Después del desayuno, Eskkar fue con Grond, Mitrac, Hamati y media docena de soldados experimentados a un rincón del campamento para planear el siguiente paso. La reunión no duró mucho. En cuanto concluyó, Hamati puso a trabajar a una

veintena de hombres, diez a cada lado del campamento. Comenzaron a cavar dos nuevas trincheras. Éstas se extenderían a ambos lados del campamento, a lo largo de las líneas que Eskkar había trazado el día anterior.

A los hombres les dijeron que Eskkar quería extender la trinchera para hacer sitio a los refuerzos que traería Gatus, y para guardar la comida extra y los caballos. Les dijo poco más, excepto que podían tomarse su tiempo y que serían relevados cada dos horas. Con el campamento principal establecido, Eskkar consideraba que las nuevas trincheras generarían innumerables preguntas dentro de Bisitun.

Sisuthros pasó la mañana con los granjeros a medida que llegaban. Al principio, como había sucedido el día anterior, los mantuvo fuera del campamento. Pero pronto el número de granjeros ansiosos se multiplicó, todos discutían y regateaban con él y con los escribientes, y Sisuthros se hizo cada vez más descuidado. Algunos granjeros entraron con sus mercaderías en el campamento, en busca de compradores. Otros, habiendo terminado sus negocios, entraron a ver, para satisfacer su curiosidad sobre Eskkar y los acadios.

Sólo el vino y la cerveza permanecieron fuera del campamento, lejos de los soldados, salvo para los afortunados escribientes, que debían probar las mercaderías a fin de determinar la calidad y el precio. Eskkar había dado instrucciones precisas al respecto. Sisuthros había asignado a sus hombres de más confianza el cuidado del vino. Si los hombres tenían acceso al alcohol, la mitad de ellos estarían borrachos en menos de una hora e inútiles para el resto del día.

El sol había trepado a lo alto del cielo matinal antes de que Sisuthros pudiera deshacerse del último de los granjeros y fuera a reunirse con su capitán.

—¡Por todos los dioses, capitán, detesto tratar con mercaderes y granjeros! Cada uno de ellos quería discutir el precio, cada uno aseguraba que su hogaza de pan o su gallina valían el doble de lo que ofrecíamos.

—Te dije que sería más difícil de lo que pensabas. Así y todo, más te vale que te vayas acostumbrando. ¿Van a volver?

—Sí, regresarán esta tarde. Pero todo salió bien, creo.

—Bien. Ahora, dime qué es lo que has averiguado sobre Ninazu.

—Grond tenía razón, Eskkar. Es el de los brazaletes de plata. Le tienen miedo, eso es obvio. Ha matado a todos los que se le han opuesto. Estarían felices si lo expulsáramos.

Eskkar asintió serio.

—Sí, eso placería a todos. Ahora, dime qué más has averiguado.

Parte de comprar y vender era conversar. Los granjeros tenían curiosidad sobre los soldados y la nueva ciudad de Akkad y parecían dispuestos a brindar información sobre Ninazu. A su vez, Sisuthros les había contado lo maravillosa que se había vuelto la vida en Akkad, ahora que los bárbaros habían sido expulsados, para no

volver, y la prosperidad había regresado bajo el reinado inteligente y justo de Eskkar. Sisuthros contó la historia de la derrota de los bárbaros tres veces, cada versión más detallada que la anterior. Algunos granjeros parecían escépticos, pero los soldados, una vez que comenzaron a tratar con los granjeros, ayudaron a terminar de convencerlos.

En cuanto a Ninazu, ninguno de ellos sabía a ciencia cierta, pero después de mucho preguntar, por parte de Sisuthros y los escribientes, parecía que Ninazu contaba por lo menos con ciento veinte guerreros. Según decía el relato, el jefe bandido había esperado hasta que la villa empezó a restablecerse después del paso de los bárbaros. Cuando los pobladores comenzaron a regresar a sus casas y granjas, Ninazu envió a algunos de sus hombres a Bisitun para que espieran a sus habitantes.

Entonces, sólo un mes atrás, él, junto a cincuenta hombres, entró de improviso a la villa. Mató a los dos ancianos que habían retornado a sus hogares, y luego ejecutó a unas pocas almas valientes que habían resistido o hablado en su contra. Al principio, los hombres de Ninazu cogieron lo que querían, pero en las últimas dos semanas había comenzado a controlar a sus seguidores intentando acercarse a los pobladores y ganar su apoyo. A pesar del duro tratamiento a los pobladores, Ninazu contaba ahora con muchos hombres, muchos de los cuales habían sido reclutados en los alrededores, mientras que otros habían llegado desde el oeste, deseosos de unirse a ellos y seducidos por los relatos de conquistas fáciles.

Eskkar conocía la vieja historia; él la había experimentado no hacía mucho tiempo, aunque cuanto menos se supiera sobre su pasado, mejor. No estaba arrepentido de lo que había hecho. Se sentía, en cambio, avergonzado por el hecho de que sus hombres, medio borrachos y todavía sufriendo la resaca del exceso de cerveza, hubieran sido sorprendidos. Una banda de guerreros bárbaros los había espiado en secreto mientras capturaban la villa y la saqueaban durante dos días, antes de caer sobre ellos, reduciéndolos en instantes.

Su suerte lo había salvado una vez más. Había escapado, aferrado a su caballo y huyendo para salvar la vida, mientras que la mayoría de sus hombres murieron o fueron atrapados y el resto, desperdigado a los cuatro vientos. Apartó ese desagradable recuerdo de su memoria.

—Buen trabajo, Sisuthros. Tú asegúrate de no facilitarles demasiado la tarea. Deja que obtengan migajas de información de los hombres.

—Hemos sido muy cuidadosos, capitán. Los escribientes están hablando libremente, aunque siguen tomando nota de cada venta, del precio que pagamos.

Eskkar frunció el ceño ante la noticia. No podía quitarse de en medio a los sempiternos escribientes, quienes se pasaban la vida contando y tomando nota, no sólo hombres y animales, sino también bolsas de grano, hogazas de pan, el número de espadas y el de arcos. Uno de los animales de carga se quejaba bajo el peso de las

pequeñas tabletas de arcilla.

—Tendrás que tratar con los escribientes. Recuerda, Trella y Nicar van a controlar cada artículo. Así que ten cuidado o descontarán cualquier pérdida de nuestra paga.

Este comentario hizo sonreír a ambos hombres. Eskkar no tenía hoy más monedas en su bolsillo que las que tenía cuando entró por primera vez en Akkad. Y la única paga que Sisuthros recibiría permanecía dentro de Bisitun, esperando ser conseguida. La villa primero debería ser tomada, para luego hacerla prosperar, antes de que Sisuthros viera algo de oro para sí. Pero sería su regidor, en nombre de Eskkar, y ambos hombres comprendían que, con el tiempo, el oro habría de llegar.

Sisuthros se quedó con Eskkar hasta mediada la tarde, cuando el siguiente grupo de granjeros zaparrastrosos apareció por el camino. Este grupo, unos veinticinco hombres y diez mujeres, era más numeroso que el de la mañana. Muchos de los mismos granjeros habían vuelto, con los carros otra vez repletos de panes, frutas, vegetales, una o dos gallinas escuálidas e incluso un par de botas de vino fuerte. Algunas de las mujeres llevaban muy poco consigo, y Eskkar supuso que lo que iban a vender no era necesariamente lo que llevaban en sus canastas. Bueno, un poco de esa clase de negocios no lastimaría a sus hombres, salvo en sus monederos.

Sisuthros repitió el procedimiento de la mañana. Al principio retuvo a los granjeros fuera del campamento, hasta que la urgencia de los negocios y el tiempo aflojaron la disciplina y les permitió entregar las mercaderías dentro del campamento. Allí se mezclaron con los soldados, todos todavía curiosos unos de otros. Esta vez Eskkar notó que uno o dos de los extranjeros lo miraban con algo más que mera curiosidad.

La compraventa de la tarde duró casi dos horas, antes de que Sisuthros sacara por fin al último de ellos del campamento. Algunas de las mujeres querían volver, y Sisuthros tuvo que hacer formar a sus hombres para asegurarse de que todas hubieran partido. Después tuvo que tratar con los escribientes durante unos momentos antes de sumarse a Grond y a Eskkar.

—¡Por todos los dioses, si tengo que hacer esto a diario, prefiero dejarme caer sobre mi espada! —exclamó Sisuthros—. Estoy comenzando a odiar a comerciantes y mercaderes. ¡Y a las putas! Gracias a dios que no regresarán mañana.

Les habían dicho a los granjeros que no retornaran sino hasta dentro de dos días. Los hombres de Akkad contaban con suficientes provisiones para unas cuantas jornadas.

—No te va a ir muy bien si gobiernas Bisitun con semejante actitud —comentó Eskkar—. ¿Alguna cosa fuera de lo normal?

—Sí, capitán. Había dos o tres que tenían un aspecto diferente. Uno tenía las manos suaves y parecía como si no hubiera trabajado en una granja desde hacía tiempo. Anduvo mirándolo todo y haciendo numerosas preguntas a los escribientes.

—Me di cuenta de que estaba paseando por el campamento y hablando con los hombres. —Eskkar sabía que les llevaría a los espías varias horas regresar a Bisitun, ahora que los hombres de Eskkar bloqueaban el camino principal. Los informantes tenían que ir un trecho río arriba y después acercarse a la ribera hasta llegar a la villa. O si tenían un bote listo, podían dejarse llevar hasta Bisitun. En todo caso, para la noche Ninazu tendría su informe. Sabría que el campamento de su oponente era fuerte y seguro, que los hombres estaban confiados y relajados y que un gran grupo de refuerzos llegaría pronto a unírseles. Ahora Eskkar se preguntaba qué es lo que haría Ninazu con dicha información.

Las opciones de Ninazu eran limitadas. Podía intentar hacer tiempo en la villa, confiando en que la empalizada detendría a los acadios. El problema con ese plan era que si Eskkar verdaderamente contaba con casi doscientos hombres y la habilidad para hacer uso de ellos de forma efectiva, Ninazu no iba a ser capaz de detenerlos. Y una vez que sus seguidores se enteraran de que los refuerzos se acercaban, el espíritu de lucha abandonaría a muchos de ellos. No se habían unido a Ninazu para enfrentarse con espadas en una batalla desesperada por Bisitun. No, ellos buscaban un botín fácil, no una pelea a muerte.

La otra opción para Ninazu sería escapar por el río. Eso siempre sería una posibilidad. Pero Ninazu no iba a dejar una villa grande y vigilada, que de inmediato sería fortificada en su contra. Se vería en la posición de intentar mantener a un revoltoso grupo de bandoleros en tierras ya arrasadas, sin una base segura de operaciones. Los acadios comenzarían a perseguirlos a los pocos días, mientras que sus hombres codiciarían el botín personal de Ninazu. Esa opción tampoco le parecería muy atractiva a Ninazu.

Tal y como Eskkar veía las cosas, eso le dejaba a Ninazu un sola posibilidad: atacar a los acadios antes de que llegaran los refuerzos, aplastarlos y tomar sus armas. Enfrentados con semejante derrota, los supuestos refuerzos se darían media vuelta. Por lo menos, Ninazu no estaría peor que en ese momento. Una victoria podía incluso aportar a sus hombres el coraje y la resolución para resistir a otro grupo de sitiadores.

El jinete había llegado de Akkad el día anterior, y sería de noche antes de que las noticias de los «refuerzos» llegara a Bisitun. No era probable que Ninazu pudiera tener a sus hombres listos en tan poco tiempo para intentar nada esa noche. Eskkar quería mantener la presión sobre Ninazu, continuar obligándolo a reaccionar como Eskkar quería. El próximo paso del plan daría comienzo esa noche, el que ajustaría la soga alrededor del cuello de Ninazu aún más.

## CAPÍTULO 6

**A**l caer la tarde, Eskkar se reunió con sus lugartenientes y con los quince hombres elegidos para el ataque inicial. Habían tenido que esperar hasta que todos los granjeros se retiraran del campamento. Los soldados, cuidadosamente seleccionados, recibieron sus instrucciones y Eskkar utilizó las pocas horas antes de la caída del sol para asegurarse de que Sisuthros y los hombres supieran exactamente lo que tenían que hacer. Sólo después de que Eskkar estuvo satisfecho se reunieron en torno al fuego para la comida nocturna. Sin embargo, Eskkar continuó revisando los detalles del ataque durante la cena, hablando con cada hombre, asegurándose de que cada uno supiera su función. Finalmente, incluso Eskkar no pudo hallar falta en nada. Se retiró para tratar de dormir un poco, dejando dicho que lo despertaran cuando los hombres estuvieran listos.

El sueño llegó lentamente. Eskkar nunca había enviado a sus hombres a un ataque, nunca había delegado esa orden en otros. Siempre había conducido él esas incursiones. Enviar a otros a afrontar riesgos mientras él permanecía a salvo en el campamento le parecía poco varonil. Pero sabía que no podía arriesgar su propia vida en un ataque tan pequeño, así como sabía también que Sisuthros podía dirigir fácilmente a los hombres.

A medianoche, Grond despertó a Eskkar de un sueño inquieto. Sisuthros y sus hombres estaban preparados, cada uno de pie junto a su caballo. Eskkar tomó a Sisuthros por el hombro y luego se hizo a un lado mientras su lugarteniente dirigió a los primeros dos hombres fuera del campamento. El resto de los hombres se fue alejando, de dos en dos, después de contar lentamente hasta cien, para que los caballos no se pusieran nerviosos en la oscuridad y no comenzaran a relinchar o a hacer ruidos que pudieran alertar a cualquier oído atento en Bisitun. Eskkar sabía que los caballos hacían cosas extrañas de noche, que se asustaban por una sombra, la luna o incluso la brisa.

Cada hombre caminaría junto a su caballo media milla antes de montar y esperar a los demás hombres. Cuando todos los jinetes estuvieran reunidos, irían al paso con sus monturas durante otra milla antes de torcer hacia el norte.

El último de ellos desapareció en la noche, y nada le quedó a Eskkar por hacer, salvo esperar. No creía que Ninazu fuera a lanzar un ataque esa noche, pero Eskkar quería que sus hombres permanecieran alertas y preparados, por si acaso.

La luna había salido tarde y progresaba en su paso por el cielo estrellado. Los exploradores estacionados entre el campamento y la villa llegaban a intervalos regulares, todos informando de que no había actividad alguna por parte de los

defensores de Bisitun. Eskkar caminaba de un lado a otro, controlando a sus hombres al pasar, urgiéndolos a permanecer vigilantes. El tiempo parecía demorar el paso de la luna por la noche, y él pensó que la mañana no llegaría nunca.

Unos momentos antes del amanecer, se escuchó el sonido de los cascos de unos caballos, provenientes del sur. Aunque se los esperaba, los centinelas dieron la voz. Sisuthros se anunció en voz alta, y los caballos comenzaron a avanzar despacio hasta quedarse a unos cien pasos del campamento. Eskkar dio la orden y los soldados encendieron antorchas que revelaron a un sonriente Sisuthros conduciendo a su caballo de regreso al campamento.

Cuando Sisuthros y los demás entraron, Eskkar lo cogió por el brazo y se lo llevó a un aparte.

—¿Ha salido todo bien? Desde aquí no hemos oído nada.

La sonrisa de Sisuthros se convirtió en carcajada.

—Sí, capitán, todo ha salido bien. No se han enterado de nada. Si hubiéramos tenido más hombres, podríamos haber entrado por la fuerza desde el río. Apuesto a que no se darán cuenta de nada hasta que salga el sol.

—¿Quieres decir que no han visto nada? ¿Y los hombres? ¿Ha salido todo de acuerdo a lo planeado? —En esos momentos, todos rodeaban ya a Sisuthros y a los suyos, que se acercaron riendo y pavoneándose, satisfechos de sí mismos y de la sencillez de su misión—. Cuéntanos qué ha sucedido.

—Hemos ido a pie con los caballos hasta quedar fuera del alcance de su oído, y entonces hemos cabalgado hacia la parte norte del río. —Los hombres se empujaban unos a otros para poder escuchar las palabras de Sisuthros, todos ansiosos por ser los primeros en enterarse de la primera acción contra Bisitun—. He enviado al resto de los jinetes, con todos los caballos, río abajo, al otro lado de la villa, y les he dicho que pasaran lejos del campamento. Mis hombres y yo nos hemos subido a los botes sin problemas.

Los exploradores habían encontrado una granja, pocas millas río arriba, que contaba con dos botes, probablemente utilizados para pescar, pero cada uno lo suficientemente grande como para llevar varios hombres. Sin duda, en ese momento el sorprendido granjero se preguntaría quién le había robado sus embarcaciones.

—Hemos dejado que los botes se fueran río abajo —continuó Sisuthros—. Justo antes de llegar a Bisitun, cuatro hombres de cada bote se han deslizado al agua y se han aferrado a sus bordes.

Sisuthros había elegido sólo nadadores fuertes para esa escaramuza, hombres capaces de mantenerse contra la fuerte corriente del río y ponerse a resguardo, si hubiera necesidad.

—Nos hemos deslizado entre los botes hasta la parte posterior de la villa —continuó Sisuthros—. Hemos desatado o cortado las sogas que amarraban todos los



botes y los hemos empujado hasta la corriente. No nos ha llevado mucho tiempo, y nosotros nos hemos quedado en los botes para huir con los hombres, en caso de que alguien diera la voz de alarma.

—No hemos oído ningún grito, Sisuthros —dijo Eskkar.

—Nadie ha dado la alarma. Podíamos ver a los centinelas recorriendo la empalizada, pero no han visto nada y nadie ha dado la voz de alarma. El ruido de la corriente debe de haber amortiguado nuestros ruidos.

—¿Tan descuidados eran los centinelas? —Eskkar no podía creerlo—. ¿De verdad que no os han visto?

—No. Nos hemos asegurado de que la corriente se llevara todos los botes río abajo. Entonces, con nuestros hombres una vez más agarrados a los bordes, los hemos seguido, cerciorándonos de que ninguna de las embarcaciones quedara varada. Una milla río abajo, hemos encontrado a nuestros hombres y caballos esperando, y hemos emprendido la vuelta.

—¡Bien hecho, Sisuthros! ¿Estás seguro de que os habéis deshecho de todos los botes?

—Completamente. ¡Hemos dado gracias al dios del río, en nombre de los dioses y granjeros afortunados que viven río abajo!

Todos rieron. Sisuthros tuvo que repetir su historia más pormenorizadamente, y sus hombres añadieron más detalles. Para cuando hubo terminado, las antorchas se habían apagado y el sol se elevaba sobre el horizonte. Eskkar, con una sonrisa en el rostro por primera vez en muchas horas, ordenó a sus hombres que comieran algo y descansaran, mientras él se sentaba sobre el parapeto y observaba la villa.

Hasta ahora, el plan que había diseñado en Dilgarth continuaba progresando sin obstáculos. Cuando se enteró del tamaño de las fuerzas de Ninazu, supo que, aunque pudiera tomar la villa en un asalto frontal, perdería demasiados hombres en la batalla. No, sabía que necesitaba capturar Bisitun rápidamente y con un mínimo de bajas de sus valiosos hombres. Además, necesitaba la villa y a sus habitantes tan intactos como fuera posible. Ahora, en menos de dos días y gracias al sabotaje bien ejecutado de Sisuthros, Eskkar había dejado a los hombres de Ninazu atrapados en la villa.

Ahora daría comienzo la siguiente parte del plan. Ninazu y sus hombres tendrían mucho de qué preocuparse. Habían visto de primera mano una fuerza disciplinada, verdaderos soldados que podían levantar un campamento fortificado en menos de un día. La amenaza de refuerzos pronto conseguiría que algunos de ellos empezaran a pensar en emprender la huida.

Sin los botes, el rápido escape por el río se le había reducido a Ninazu grandemente. En esta época del año, un caballo fuerte y un buen jinete que pudiera nadar si fuera menester podían cruzar el río. Pero el jinete no podría llevar demasiado peso, y Eskkar estaba dispuesto a apostar que si diez hombres fuertes se animaban,

tres o cuatro de ellos se ahogarían.

Así que Ninazu tendría que pelear o huir, antes de que sus hombres comenzaran a escapar. Eskkar tampoco quería que huyeran. Él no quería que se dedicaran a saquear arriba y abajo del río durante las próximas semanas, ni que los acadios perdieran el tiempo en su persecución. Quería que la mayoría de los bandidos muriera y convertir en esclavos a los que quedaran para reconstruir Bisitun.

La villa brillaba bajo la luz matinal, mientras el sol se elevaba en el cielo, y Eskkar creyó ver menos defensores en la muralla que el día anterior. Todos en Bisitun se habrían enterado ya de la pérdida de los botes, y la preocupación, si no el miedo o pánico, comenzaría a cobrarse lo suyo. Algunos estarían pensando en la huida. Cuanto más pensarán en escapar, menos dispuestos estarían a luchar. Eskkar decidió presionar un poco más.

Volvió al campamento y se encontró a Grond esperando a unos pasos detrás de él.

—Grond, ordena a los hombres que monten. Envía a diez jinetes y a diez arqueros a cada lado del campamento. Si cualquiera en la villa intenta escapar, asegúrate de que tenga que pelear para conseguirlo. No quiero que nadie entre ni salga de Bisitun.

Grond transmitió las órdenes a Hamati y a los otros hombres. Les llevó sólo unos minutos a los cuarenta hombres comer algo y partir. Cuando alcanzaran sus puestos, cada grupo bloquearía cualquier intento de escape de cualquiera, a pie o montado, por la puerta trasera de Bisitun, en busca de la seguridad del río.

Por supuesto, si los defensores salían al ataque por alguno de los flancos, entonces cambiaría la situación. Pero ya habían hablado sobre esa posibilidad. Era posible que las fuerzas de los bandidos pudieran avasallar a veinte hombres, pero les llevaría un rato y, con tiempo suficiente, el resto de los acadios del campamento principal podría alcanzarlos y acorralarlos contra el río.

Eskkar pensaba que lo más probable era que los cien hombres salieran juntos por la puerta principal e intentaran abrirse paso a través del campamento o rodeándolo. Ahora contaba con treinta y dos guerreros solamente, además de los escribientes, los muchachos y los escuderos que permanecían defendiendo el campamento. Eskkar había extendido sus tropas hasta el límite, pero necesitaba actuar como si llevara ventaja. En cuanto los hombres del campamento terminaron de comer, se dirigieron a sus puestos con sus armas. Con los hombres en su sitio, volvió hasta el parapeto a observar la empalizada.

Una vez más, el hombre de los brazaletes de plata se encontraba en ella, de pie, observando a los acadios y, lo más seguro, trazando sus planes. Sin duda, la pérdida de los botes había cambiado la situación para Ninazu y, ahora, el terreno frente a la empalizada, con sus casas derruidas, era una ventaja para Eskkar. Los hombres a caballo sólo tendrían un paso directo a través del camino principal, lo que los enviaría directos a su campamento, o a lo largo de la orilla del río, donde encontrarían

arqueros y jinetes. Ninazu vería todo eso, al igual que sus hombres, y comenzaría a preocuparse.

Durante días, Ninazu les había asegurado a sus hombres que podían derrotar fácilmente a los hombres de Eskkar desde detrás de la empalizada. En cambio, los bandidos podían prever una dura batalla si intentaban escapar. Más aún, la peor de las preocupaciones sería saber que, en dos o tres días más, un fuerte contingente reforzaría a los sitiadores.

Grond volvió a su lado.

—Todos los hombres están en sus puestos, capitán. Sisuthros y Hamati están durmiendo un poco, pero el resto de los hombres están descansando en sus puestos.

—Vigila las murallas, Grond. Si deciden salir todos, los guardias de los muros serán lentamente reemplazados por pobladores. Estarán nerviosos y asustados. Eso tal vez nos ponga sobre aviso.

—¿Piensas que intentarán huir?

Eskkar pensó en ello.

—Su hermano era bastante valiente. No creo que Ninazu entregue Bisitun sin presentar batalla. Además, nos va a dividir nuestras fuerzas, y eso le hará preguntarse qué hacer cuando caiga la noche. Si piensa que hemos debilitado nuestras fuerzas aquí, tal vez caiga en nuestra trampa. —Una vez más, Eskkar revisó sus ideas—. Todavía creo que atacará esta noche, con un gran grupo, nuestro campamento.

Miró a su guardaespaldas, que continuaba de pie con la duda escrita en el rostro.

—Ya lo sé, Grond, yo también tengo mis dudas. Pero si no hace nada y aparecen cien hombres más, estará atrapado. Sus hombres escaparán si él no hace nada. —Eskkar se encogió de hombros—. Bueno, eso es lo que yo haría. Pero no soy él, así que tendremos que esperar a ver qué sucede.

—¿Estás seguro de que podremos resistirlos aquí si envía a todos en contra nuestra?

—Son bandidos, Grond, no guerreros de Alur Meriki. No tienen un clan ni una familia por los que pelear, ni un código de honor al que atenerse. Están juntos sólo por su codicia. Si treinta de nosotros no podemos vencerlos... —Sacudió la cabeza y se encaminó hacia la retaguardia del campamento.

Las horas del día se alargaban, una tras otra, mientras Eskkar caminaba de un lado a otro. Los hombres realizaban sus guardias, las fogatas elevaban los humos a los cielos y cualquiera que no estuviera de guardia estaba descansando contra el parapeto, observando la villa.

Los destacamentos a cada lado de Bisitun presentaron su informe, pero dijeron no haber visto a nadie intentando cruzar el río o escapar por sus orillas. Sisuthros, después de su descanso, declaró que ésa era una buena señal: si no estaban intentando escapar, entonces estarían preparándose para luchar.

A medida que avanzaba la tarde, Eskkar, Sisuthros, Hamati y Grond volvieron a reunirse y comenzaron a preparar el trabajo de esa noche. Revisaron todo durante unas dos horas, pensando en lo que podría salir mal, qué circunstancia maligna podía entorpecer sus planes, qué es lo que harían si el plan fracasaba e incluso qué harían en caso de ser derrotados.

Los soldados comenzaron los fuegos nocturnos y se prepararon la comida antes de que Eskkar y sus lugartenientes hubieran terminado. Al menos los hombres continuaban alimentándose bien, gracias a su generosidad con los granjeros locales. Con la cena terminada, Eskkar y sus lugartenientes se reunieron con los otros oficiales. Los treinta hombres que se quedaran en el campamento serían los que correrían mayor riesgo, y Eskkar quería que supieran qué era lo que él esperaba de cada uno de ellos. Todos los lugartenientes repasaron el plan, esta vez junto a sus hombres.

Eskkar los miró, en busca de señales de confusión, pero no vio más que confianza. Nadie mostró miedo ni dudó de su habilidad para rechazar un ataque. Los hombres creían en él, creían en su suerte, si no en otra cosa. Finalmente, llegó el momento de partir.

—Ten cuidado, Sisuthros. Y buena caza para todos.

Grond había realizado todos los preparativos y, junto con Eskkar, salió del campamento. Se tomaron su tiempo avanzando por el paisaje a oscuras, dando una gran vuelta por detrás, para evitar que cualquier reflejo accidental de la luz de la luna los descubriera frente a los ojos afilados de los centinelas de la empalizada. Eskkar no quería tropezarse y torcerse un tobillo en la oscuridad. Finalmente, se sumaron a los hombres que custodiaban el lado sur del río.

El pequeño campamento contaba con una sola fogata, que iluminaba la oscuridad entre el lugar y la villa. Los hombres se sentaban bien apartados de la fogata, esperando la llegada de Eskkar. Habían pasado la tarde practicando con sus arcos, lo que habían estado haciendo a diario desde antes y durante el asedio de Akkad, y hablando sobre con qué situaciones podrían encontrarse y cómo las resolverían. Cada uno de los arqueros podía apuntar y lanzar una flecha a un blanco cada tres segundos. Y algunos eran todavía más veloces. Ahora esperaban, confiados en su destreza y en sus jefes.

Grond los había arengado horas antes, pero en cuanto se les sumó Eskkar volvieron a repasar los preparativos. Estos hombres estaban deseosos, ansiosos por pasar a la ofensiva, y dispuestos a afrontar riesgos. Cinco de ellos ya pertenecían al clan del Halcón y los otros siete, en su mayoría guerreros con experiencia, querían demostrar que eran dignos de semejante honor. Mitrac esperaba, recostado sobre su arco, junto a dos hombres a quienes consideraba sus mejores arqueros, hombres que habían peleado junto a Hamati en Dilgarth. Incluso Eskkar se sintió satisfecho al ver

que todos sabían cuál era su papel.

La medianoche había pasado sin novedad. Eskkar no podía hacer nada para que el tiempo pasara más rápido, ni podía ponerse a dar vueltas. Si el ataque de Ninazu tenía lugar, entonces sería probable que aconteciera cuando la luna comenzara a ocultarse, unas dos horas antes del alba. Demasiado excitados y nerviosos para descansar o dormir, Eskkar y sus hombres simplemente esperaban. La mayoría estaban tumbados boca arriba y contemplaban el astro plateado en su paso por el cielo nocturno. Finalmente la luna comenzó a ponerse. Había llegado la hora.

Eskkar se sentó en el suelo, tamborileando sus dedos contra la pierna, un mal hábito adquirido durante el asedio de Akkad. No le gustaba que nadie supiera que estaba nervioso, y detuvo el tamborileo en cuanto se dio cuenta de que lo estaba haciendo. Excepto por el leve crujido de las llamas, Eskkar no oía nada. Pasó otra hora, y aún no había indicios de actividad. Quería comenzar a moverse, pero no se animaba a correr el riesgo. Cualquier ruido inusual podía detener el ataque de Ninazu. Si Ninazu en verdad planeaba atacar esa noche tendría que estar comenzando.

Sus dudas aumentaban a cada instante, y Eskkar estaba pensando que se había equivocado cuando un grito se elevó desde el campamento de los acadios. Un momento después alguien lanzó una antorcha hacia lo alto, la señal de Sisuthros para indicar que había comenzado el ataque. Los gritos se escuchaban a lo largo del oscuro terreno.

Sin tener que dar órdenes, Eskkar comenzó a avanzar con sus hombres, intentando hacer el menor ruido posible. Dieron un rodeo para evitar la fogata. En una única fila, se movieron rápidamente hacia el extremo sur de la villa, cada hombre siguiendo al que tenía delante. Mitrac abría la marcha. Había estudiado el terreno durante el día, y ahora Eskkar y los demás lo seguían. Detrás de Mitrac iban sus dos arqueros, seguidos de Eskkar, Grond y el resto de los hombres.

El tiempo pasaba veloz, y pronto estuvieron cerca de la villa, en donde ésta estaba más próxima al río. Cuando Mitrac se detuvo, menos de cien pasos los separaban de la empalizada. Se habían acuclillado entre los escombros, y esperaban que nadie estuviera mirando atentamente hacia ese lado de la villa. Mitrac y sus arqueros escogidos desaparecieron en la oscuridad.

Se seguían escuchando ruidos provenientes del frente de la villa, aunque Eskkar no podía discernir qué significaban. Una de dos, o sus hombres en el campamento habían sido derrotados y muertos o ya habían rechazado a los hombres de Ninazu. Fuera cual fuese el resultado, Eskkar ya se la había jugado, y no tenían demasiado tiempo. Esperaba que cualquier centinela que custodiara este lado de la villa estuviera distraído, con la atención puesta en los eventos que tenían lugar al otro extremo, junto a la puerta principal.

Pasaron preciosos momentos sin movimiento o actividad alguna por parte de

Mitrac. Eskkar no pudo controlar su paciencia. Detestaba tener que contenerse cuando todos sus instintos le urgían a atacar. Comenzó a avanzar y en ese momento uno de los hombres de Mitrac llegó a su lado.

—¡Vamos! —susurró—. Mitrac ha matado al centinela.

Eskkar y el resto siguieron avanzando. Agachados, se acercaron hasta la base de la empalizada, a la que llegaron en unos instantes. A diferencia de Akkad, Bisitun no contaba con un foso que añadiera altura a la empalizada de madera. Nadie había dado la voz de alarma, pero podían ser descubiertos en cualquier momento.

Alcanzaron la base de la empalizada, y se arrimaron contra los toscos maderos. Grond y otro hombre sacaron las sogas que cargaban enrolladas, en bandolera. Cada extremo de la soga había sido atado a un pequeño bloque de madera, lo suficientemente ancho para asegurar la cuerda en el extremo superior de la empalizada. Mitrac ya la había escalado, ayudado por su compañero, y ahora estaba de pie en la cima de la barrera.

Grond lanzó las dos sogas y Mitrac ajustó los bloques de madera entre las planchas. Los dos arqueros comenzaron a trepar; los troncos crujían bajo su peso, aunque esperaban que no lo bastante como para llamar la atención.

Eskkar casi no podía contenerse. Los ruidos de la lucha habían aumentado en dirección a la puerta principal. O tal vez los defensores estuvieran vitoreando su triunfo. De uno u otro modo, Eskkar ya no podía aguantar sin hacer nada. Si Sisuthros no había resistido en el campamento, si no había rechazado a los hombres de Ninazu...; no, era demasiado tarde para preocuparse de todo eso.

En el instante en que los dos arqueros desaparecieron en lo alto, Eskkar tomó una de las sogas y comenzó a trepar. Grond lo empujaba desde abajo y la áspera madera de la empalizada le permitía no resbalar, los troncos verticales crujían algo más fuerte bajo su mayor peso. Alcanzó el tope y uno de los arqueros que aguardaban allí lo ayudó a pasar.

Eskkar puso una rodilla en tierra y miró a su alrededor, hasta que vio a Mitrac arrodillado sobre la valla, a unos metros de distancia. Los cuerpos de dos hombres yacían frente a él, pero ya las flechas habían sido arrancadas o cortadas de los cuerpos. La silueta de una flecha brotando de un cadáver era muy sencilla de identificar, incluso de noche. Eskkar se acercó al arquero.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Eskkar en voz baja.

—Dos centinelas más adelante, pero miran hacia la entrada de la villa —susurró Mitrac. Sostenía su arco en ángulo, con una flecha lista en la cuerda—. Miran hacia la puerta principal.

Mientras Eskkar miraba en esa dirección, vio unas llamas elevarse a lo alto. Agachado, no podía distinguir el frente de la villa. De pronto, una flecha llameante cruzó el cielo y cayó por encima de la muralla. Gruñó de satisfacción frente a la

señal. Sisuthros y sus hombres no sólo habían defendido el campamento, sino que habían rechazado a los atacantes y comenzado un contraataque con flechas incendiarias.

Usando el negro aceite que Drakis había traído de Akkad, los hombres de Sisuthros habían preparado un centenar de flechas incendiarias envolviendo trozos de algodón alrededor de las flechas, atándolos con hilos de lino y empapándolo todo en aceite. Cuando las acercaban al fuego, el algodón estallaba en llamas, una llama tan feroz que ni siquiera el vuelo de la flecha a través del aire podía extinguirla.

La empalizada que quedaba ahora a sus espaldas crujió nuevamente, y Eskkar se volvió para ver a Grond pasando por encima de la muralla, el último en realizar el ascenso. Eskkar miró hacia la villa que tenía a sus pies. La muralla interior se elevaba a sólo diez pies del suelo, e incluso con la escasa luz de las estrellas podía ver una callejuela que parecía dirigirse hacia el frente de la villa. Le llegó un olor a matadero y pudo ver los corrales para los animales. Algunas casas estaban edificadas apoyadas contra la empalizada.

La villa permanecía casi oculta por la oscuridad, iluminada aquí y allá por antorchas o fuegos de vigilancia, pero el alba se acercaba y ya el cielo al este parecía algo menos oscuro. Mientras observaba, los pobladores comenzaron a salir de sus casas, despertados por el ruido, hablando excitados y todos mirando en dirección a la puerta principal.

Eso podía cambiar en cualquier momento, y Eskkar tenía que retirar a sus soldados de encima de la empalizada. Se volvió hacia Grond.

—Que bajen los hombres. —Moviéndose mientras hablaba, Eskkar se agarró al borde del camino de ronda que discurría a lo largo de la parte alta de la empalizada y se dejó caer al suelo. Sus hombres lo siguieron, todos excepto Mitrac, quien llamó en voz baja a sus dos arqueros. Eskkar hizo una breve pausa para ver cómo los tres arqueros se ponían de pie, tensaban sus arcos y lanzaban sus flechas hacia los centinelas que custodiaban más adelante la empalizada.

Escuchó un breve quejido, seguido por el ruido de un cuerpo estrellándose contra el suelo, pero nada más, ni grito ni alarma. Mitrac, seguido de sus dos hombres, se desplazaba lentamente por el camino de ronda. Cualquiera que echara una mirada casual los tomaría por centinelas. Ignorando la empalizada por el momento, Eskkar comenzó a avanzar, moviéndose con autoridad, seguido por Grond y otros once hombres más. En unos pocos metros, ya tendrían que abrirse paso entre los primeros pobladores confusos.

Nada los distinguía de los hombres de Ninazu. En la oscuridad parecían un grupo más de seguidores de Ninazu dirigiéndose a la puerta principal. Eskkar vio que uno de los hombres abría la boca sorprendido mientras se apartaba de ellos, pero éste no dijo nada, y en un momento ya todos se habían adelantado. La calleja se dividía en

dos y Eskkar no sabía qué dirección tomar, así que agarró al primer poblador que encontró, un hombre viejo cuyos cabellos blancos brillaban bajo la pálida luz.

Cuando la mano de Eskkar apretó el brazo del viejo, éste se quedó rígido, indefenso, tanto por el miedo repentino frente a estos hombres como por la fuerza de Eskkar.

—¿Cuál es el camino más rápido a la puerta principal?

El hombre abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Eskkar repitió la pregunta, sacudiendo al hombre al hacerlo.

—¿Cuál es el camino?

El hombre señaló hacia la izquierda y Eskkar siguió agarrando al hombre a la vez que continuaba su marcha, arrastrando consigo al involuntario guía. La calleja giró hacia la izquierda y volvió a dividirse, pero esta vez Eskkar sólo tuvo que mirar al hombre y éste les señaló el camino. Unos pasos más y Eskkar pudo ver su destino. Aflojó un poco la tensión sobre el brazo del hombre.

—Vuelve a tu casa y mantente en silencio o te cortaré el cuello. —Empujó al hombre a un lado y aceleró su marcha.

El fuego se elevaba desde el exterior de la empalizada, y vio además dos fogatas encendidas a cada lado de la puerta. Las flechas de Sisuthros habrían comenzado incendios en diferentes lugares, y ahora sus hombres, disparando desde la oscuridad, estarían haciendo blanco en los defensores que intentaran apagar las llamas.

Los hombres de Ninazu se habían recuperado de la sorpresa. Los hombres corrían hacia las murallas y se escuchaban gritos pidiendo agua por doquier. Una docena de pobladores, obligados a trabajar, cargaban baldes de agua desde un pozo para apagar las flechas clavadas en la puerta.

Eskkar no prestó atención a nada de eso, escudriñando con la vista hasta hallar lo que quería. Una casa con techo bajo, orientada hacia el espacio abierto de detrás de la puerta. El paso hacia la casa permanecía bloqueado, pero cuando Eskkar se acercaba, preparado para forzar la entrada si llegaba el caso, la puerta se abrió. Una mujer mayor, vestida apenas con una túnica, se chocó con él; obviamente intentaba ver a qué se debía esa conmoción. En cambio, Eskkar la empujó hacia dentro, cerrándole la boca con la mano para mantenerla en silencio, aunque ella parecía demasiado asustada como para gritar.

Dentro, dos mujeres más y algunos niños se habían despertado, asustados por los ruidos del combate, que ahora se escuchaban en toda la villa. Grond los llevó a todos a un rincón de la choza.

—Mantened la boca cerrada si queréis seguir vivos —les ordenó.

Entretanto, Eskkar remontó la débil escalera que subía hacia el tejado. Las antorchas y la valla incendiada iluminaban la escena que tenía delante. Se arrodilló, observando toda la situación.



La empalizada exterior ardía por tres lugares y, si no había agua cerca, el fuego pronto sería imposible de detener. Los pobladores corrían con baldes de agua y los vaciaban sobre la empalizada. En el suelo, caídos junto a la puerta principal, había una docena de hombres, dos de ellos con flechas todavía clavadas en el cuerpo. Los hombres de Ninazu se esforzaban por combatir el fuego y a los atacantes simultáneamente, mientras que otros buscaban a más pobladores para traer agua.

Eskkar vio que muchos hombres llevaban armas y andaban por allí discutiendo y haciendo gestos de frustración. Obviamente, Ninazu no había perdido muchos hombres en su ataque al campamento. Eskkar sospechó que la mayoría de los bandidos habían dado media vuelta y regresado en cuanto se dieron cuenta de que sus enemigos los estaban esperando. Trató de identificar a los jefes, aquellos que intentaban volver a poner orden entre la masa de hombres confusos y asustados.

Grond le tocó el hombro. Todos los soldados habían trepado al tejado y estaban de rodillas detrás de él, incluyendo a Mitrac y a sus dos hombres. Cada acadio tenía un arco, excepto Eskkar y Grond, que sólo tenían espada. Eskkar se volvió hacia Mitrac.

—Allí, fíjate, a la derecha de la puerta. Y aquel en el pozo, y aquellos dos en la muralla.

Mitrac asintió mientras Eskkar le señalaba los primeros blancos. Entonces se hizo cargo de la situación, poniéndose delante de Eskkar y acercándose todavía más al borde del tejado. Eskkar se retiró un poco más y bloqueó con una madera el agujero de acceso al tejado. No quería que nadie subiera a sus espaldas. Se oyó el sonido de las flechas al rozar en la madera cuando los doce arqueros de Eskkar se pusieron de pie, tensos los arcos, y la voz baja de Mitrac preparó a sus hombres para la primera descarga. A continuación, Mitrac se acercó una flecha al oído y disparó.

Incluso después de todos estos meses, Eskkar seguía maravillado ante la habilidad de Mitrac. Parecía que apenas apuntaba, pero la flecha que desaparecía en la oscuridad lo hacía para encontrarse con su blanco, mientras que otra flecha parecía saltar del carcaj a la cuerda del arco. Los otros hombres también tiraban con destreza e inmediatamente comenzaron a oírse los gritos. A los defensores les llevaría unos instantes darse cuenta de que estaban siendo atacados y para entonces muchos de sus jefes habrían caído antes de que pudieran volverse para ubicar a sus atacantes.

Los hombres que Mitrac había elegido para este ataque habían demostrado ser los mejores arqueros de la tropa, y ahora, a pesar de estar muy juntos unos a otros, lanzaban sus flechas contra sus enemigos a una velocidad que los hacía parecer el doble en número.

El tejado otorgaba a los hombres de Eskkar blancos fáciles, y los fuegos que ardían junto a la puerta brindaban luz en abundancia para sus disparos. Para los defensores, las flechas parecían provenir de la oscuridad, y a una distancia tan corta,

poco más de cuarenta pasos, las pesadas flechas de punta de bronce en forma de hoja daban en el blanco con mortal precisión.

Antes de que un hombre pudiera contar hasta cincuenta, los arqueros acadios habían eliminado a los defensores de la zona delantera; los defensores bajaban de las murallas con dificultad y tropezando, algunos se deshacían de sus arcos y de los cubos. Por el rabillo del ojo, Eskkar tomaba nota de cada vez que el arquero más cercano disparaba. El hombre había tirado su décima flecha antes de que nadie lo avistara, y otras cuatro rondas fueron lanzadas antes de que nadie volviera un arco contra los suyos.

Eskkar no podía contar tan rápidamente, pero estimó que habían tirado unas doscientas flechas, suficientes para destrozarse un pequeño grupo de hombres, por no hablar de los que estaban recuperándose de su derrota en el campamento de Sisuthros. Los bandidos escaparon en desbandada, decididos a huir de la zona de peligro.

Los defensores huían y Eskkar llamó a Grond, quien se llevó una pequeña trompeta a los labios y la hizo sonar hasta que el eco rebotó contra las murallas en medio de la oscuridad. Eskkar escuchó el sonido de respuesta por parte de los acadios del otro lado de la puerta. Sisuthros y sus hombres ahora enviaban más soldados a atacar de lleno; la trompeta era un anuncio de que la mayoría de los defensores habían abandonado los muros. Gritaron y aullaron como locos mientras cargaban, todos gritando a voz en cuello, tal y como se les había ordenado. Llevaban consigo el resto de las sogas, y pronto estarían sobre la empalizada y dentro de la villa, aunque la puerta estuviera firmemente cerrada.

Eskkar mantuvo la mirada atenta y finalmente vio lo que andaba buscando. Un relámpago de plata entre las llamas, y distinguió al líder de los defensores avanzando. Eskkar maldijo la mala suerte de que el hombre hubiera sobrevivido a las flechas de sus arqueros. Ahora tendrían que cazar y matar a Ninazu antes de que pudiera escapar por encima de la muralla en la oscuridad de la noche. No, incluso ahora, la oscuridad había comenzado a dar lugar al alba y los primeros rayos del sol ya habían comenzado a alzarse en el cielo.

—¡Grond! ¡Mitrac! ¡Venid conmigo!

Eskkar corrió hacia un lateral del tejado y se dejó caer al suelo. Grond, Mitrac y sus dos arqueros lo siguieron. Ninazu y un grupo de sus hombres avanzaban por una de las calles de la villa, ya fuera de su vista, y sin duda se dirigían hacia la puerta que daba al río. Los caballos de los bandidos estarían allí, cerca de la puerta trasera y del río.

Ninazu había decidido escapar. El jefe de los bandidos no tenía ni idea de cuántos soldados habían entrado en Bisitun, pero eso no cambiaba nada. Con todas las bajas que sus hombres habían sufrido, los acadios ahora los superaban. Y lo que era más

importante, los hombres de Ninazu habían perdido la voluntad de combatir. Los bandidos sólo pensaban en escapar de la villa y salvar el pellejo. Quedarse significaba la muerte. En unas horas, los pobladores los entregarían o denunciarían a cualquiera de los hombres de Ninazu que aún estuviera en Bisitun. Sólo la huida podía salvarlos.

A Eskkar no le preocupaba que una docena de bandidos sin jefes escapara, pero un hombre como Ninazu, que podía organizar y liderar a otros, sólo le causaría más problemas si seguía suelto. Ninazu debía ser detenido antes de que escapara.

En su juventud, Eskkar creía que su fuerza y su habilidad con la espada habían hecho que los hombres lo siguieran. Ahora había aprendido. Como decía Trella, esas habilidades podían ser útiles, pero no conseguían convertir a un hombre en un verdadero líder. «Un buen líder —le había dicho— puede pensar con unos meses de antelación mientras somete a los hombres a su voluntad. Un gran líder —agregó— puede pensar con años de adelanto».

Eskkar no se consideraba un gran líder, pero sabía que no quería andar cazando a Ninazu por la campiña en los próximos meses. Así que ahora él y sus hombres corrían por la calleja, sin prestar atención a los asustados pobladores que gritaban y aullaban, aterrorizados por el fuego que encendía el cielo y temerosos de que la villa entera fuera consumida por las llamas.

Por primera vez aquella noche, Eskkar desenvainó la espada, y la alzó por encima de su cabeza mientras bajaba un hombro para despejar el camino cuando algún poblador asustado le bloqueaba el paso. Pero antes de haber avanzado mucho, Grond adelantó a Eskkar, blandiendo su espada por encima de su cabeza, mientras despejaba el camino para su capitán.

De pronto la callejuela se ensanchó al converger con otra y se encontraron de frente con Ninazu y sus seguidores. Los bandidos habían llevado la delantera, pero también habían recorrido más distancia, y allí se juntaban ambas calles. Eskkar calculó que Ninazu tenía de doce a quince hombres consigo, al menos tres veces el número de los de Eskkar. Pero estos hombres sólo tenían en mente huir. La mitad de ellos continuó corriendo, gritando aterrados, mientras los demás se volvieron, alzando sus espadas, más sorprendidos que otra cosa.

Grond derribó a los dos primeros con dos golpes rápidos. Eskkar atacó a otro. El hombre detuvo el golpe, pero la fuerza del mismo le quitó todo deseo de lucha, dio media vuelta y huyó. Eskkar y Grond continuaron corriendo, apenas disminuyendo el paso en persecución de Ninazu y sus hombres.

Esta vez las calles angostas y los pobladores eran una ventaja para Eskkar. Los asustados vecinos entorpecían el avance de Ninazu. Uno de ellos tropezó y Grond lo hirió mientras pasaba corriendo, abriendo una herida en el hombro del bandido. Otro hombre trató de meterse en una casa, pero una mujer se asomó a la puerta y se chocaron. Eskkar golpeó al hombre en la espalda, y otra vez un grito se elevó en la

noche, mientras el hombre herido se tambaleaba hacia el portal. Eskkar y Grond ignoraron a sus víctimas. Los bandidos heridos serían más fáciles de capturar después.

Junto con Grond, llegaron a un área abierta en donde se juntaban dos calles. Eskkar sintió el olor del establo aun antes de escuchar a los animales relinchar asustados por los gritos y el olor del fuego. Alguien había intentado reunir a los bandidos en el corral. Tres de los hombres de Ninazu dieron media vuelta para enfrentarse a sus perseguidores, pero otros se abrieron paso hasta el corral, lanzándose a través de las delgadas maderas de la valla.

Tres o una docena de hombres no significaban nada para Eskkar. Con Grond atacaron como posesos, cada uno gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Se lanzaron contra los bandidos. Uno alzó su espada y murió cuando el arma de Eskkar lo golpeó dos veces, la primera para apartar el arma del enemigo y la segunda, una estocada mortal antes de que el hombre pudiera recuperarse. Los otros bandidos cambiaron de idea antes de que Grond los alcanzara, uno de ellos dejó caer su espada y se lanzó de cabeza al corral.

Los gritos de los caballos hendían la noche y uno se encabritó, rompiendo el corral. El peso del caballo había aflojado los maderos y el asustado animal se había abierto camino por el espacio libre. Otro caballo sin jinete lo siguió. Después, salían otros dos animales, con jinetes aferrados a sus cuellos, cuando Eskkar llegó hasta el corral. Uno de los jinetes dirigió la espada a la cabeza de Eskkar.

Éste se echó a un lado y se agachó al tiempo que hundía la espada en la pata trasera del caballo. El caballo relinchó de miedo y dolor y luego dio media vuelta al vencerse la pata, tropezando contra el segundo caballo y enviando a ambos jinetes al suelo. Un tercer bandido intentó cabalgar entre el espacio que quedaba libre, pero una flecha le dio justo en el pecho, y el hombre cayó del caballo hacia atrás. Eskkar volvió la cabeza un segundo. Mitrac había alcanzado a su jefe y ahora estaba a su lado en la calleja, apuntando con una nueva flecha.

Todos los caballos del establo estaban aterrados, apartándose de la entrada del corral. Una vez que se amontonaron contra el fondo, se volvieron al unísono y avanzaron. No sería sencillo montar aquellos animales aterrorizados. Eskkar intentó ver más allá de los animales. La oscuridad de la noche se había vuelto gris; en pocos instantes saldría el sol. Volvió a maldecir. No dejaría que Ninazu se escapara.

—¡Grond! ¡Mitrac! ¡Matad a los caballos! —Con estas palabras, Eskkar se puso de pie, blandió la espada por encima de la cabeza y golpeó a un caballo que, de repente, venía hacia él. El animal se apartó de Eskkar, lo suficiente para que éste se quitara de su camino a la vez que lo hería en la cabeza. El animal emitió un grito agónico y con el hombro empujó a Eskkar al suelo. Se alejó rodando, pero incluso antes de que Eskkar se hubiera puesto de pie, el caballo había recibido una flecha en

el cuello, y las dos heridas habían provocado que se desbocara completamente. Cayó otro caballo, después un tercero, sus gritos casi humanos mezclándose con los ruidos de pánico de las otras bestias. Los caballos restantes dieron media vuelta dirigiéndose otra vez hacia el fondo del corral. Un animal, sin jinete, saltó la verja perimetral, asustado, rompiendo con sus pezuñas la parte superior.

Eskkar volvió a mirar hacia el corral. Con los primeros rayos de la mañana, había suficiente luz para distinguir dos siluetas, ambas intentando sostenerse en sus monturas. Otro hombre yacía inconsciente en el suelo, mientras que un cuarto se alzaba del barro, intentando ponerse de rodillas. Una de las flechas de Mitrac lo derribó, y cayó boca abajo sin emitir ningún sonido.

Otros tres hombres de Akkad llegaron gritando, espada en mano, hasta donde se encontraba Eskkar. En ese momento, entre los animales muertos o agonizantes y los hombres de Eskkar, cualquier oportunidad de escapar del corral había desaparecido.

—¡Vivo! —gritó Eskkar—. ¡Atrapadlo vivo! —Quería a Ninazu de una pieza, de ser posible, para mostrarles a los pobladores el poder de Akkad. Grond también gritó algo y la voz del joven Mitrac se alzó, recordándoles a los arqueros que apuntaran a los caballos.

El jefe de los bandidos todavía no se había dado por vencido. Junto a su compañero, cada uno aferrando las riendas de un caballo, empujaban contra el fondo del corral. En unos instantes, habían derribado dos de las barras de madera. Inmediatamente los caballos, asustados, aprovecharon la oportunidad y escaparon por la abertura. Ninazu y el último de sus seguidores se subieron a sus monturas, aferrados a los cuellos de los animales mientras azuzaban a sus bestias a través de la abertura. Pero este nuevo pasaje conducía nuevamente a una calleja estrecha, que obligaba a los caballos a doblar en ángulo agudo. Se generó más caos cuando los animales quedaron atrapados por un momento. Mitrac y sus arqueros se acercaron y dejaron volar sus flechas.

Una de las flechas, ya fuera intencional o por error, dio a uno de los fugitivos en la espalda. Las otras dos dieron en los flancos del caballo de Ninazu y el animal relinchó en agonía, se encabritó y se estrelló contra la pared de una casa. Los débiles muros de barro se derrumbaron y tanto el hombre como la bestia cayeron en la habitación entre un torbellino de polvo y barro. Para entonces, Eskkar había avanzado entre los restos del corral, esquivado a un caballo que se encabritó al verlo y empujado a otro, hasta que junto con Grond llegó a la calle lateral.

—¡Por el tejado, Grond! ¡No dejes que escape!

Grond retrocedió, envainó su espada y saltó hacia el tejado de la casa, desapareciendo pronto de la vista. Eskkar se abrió paso junto a otro caballo asustado hasta llegar a los restos de la casa semiderruida, donde el agónico caballo seguía luchando por ponerse en pie. Detrás de Eskkar, los otros enloquecidos caballos

finalmente escaparon, resonando sus cascos mientras huían del olor a sangre y muerte que llenaba el corral.

Allí vio a Ninazu, de rodillas, apenas una sombra en la oscuridad, hacia el fondo de la casa, pero con el débil brillo de una espada a su lado. El bandido no tenía adónde ir, incluso en ese momento el arma de Grond brillaba en la parte superior de la escalera, la única otra salida de la casilla. Ninazu estaba atrapado.

Mitrac se acercó, al igual que otros hombres de Eskkar.

—¿Acabo con él, capitán? —Tenía una flecha en su arco.

Eskkar negó con la cabeza, pero mantuvo sus ojos en el hombre acorralado.

—Baja tu espada, Ninazu —le ordenó Eskkar—. No tienes adónde ir.

Por respuesta, Ninazu se puso de pie y se lanzó hacia la salida. Eskkar vio a Mitrac comenzar a tensar su arco y supo que no tendría tiempo. Eskkar empujó a Mitrac a un lado, a la vez que saltaba hacia el otro hombre. El arma de Ninazu brilló entre ambos. Eskkar golpeó la espada de Ninazu, pero éste se recuperó, y atacó con su arma.

La espada de Eskkar detuvo el golpe, aunque tuvo que retroceder medio paso ante la fuerza del impacto. Ninazu alzó su arma para volver a golpear, gritando al lanzarse hacia delante. Después retrocedió, perdiendo el equilibrio y agitando su espada. Grond se lanzó desde el techo hacia el suelo y cayó sobre Ninazu por la espalda; entonces le tiró del pelo con una mano mientras le agarraba el brazo armado con la otra.

Eskkar entró por la dentada abertura, apuntándole con la espada. Mientras Ninazu forcejeaba con Grond, Eskkar golpeó al bandido en el rostro con el pomo de la espada; le estrelló en la nariz la gruesa bola de bronce, dejándolo atontado. Grond arrancó la espada de los dedos flojos de Ninazu y lo volvió a golpear con su mano libre en un lado de la cabeza. Ninazu cayó como un saco de grano, inconsciente antes de tocar tierra. La lucha por Bisitun había terminado.

## CAPÍTULO 7

La misma aurora que recibió la victoria de Eskkar halló a Trella en su lecho, despierta y pensando en Korthac. La reunión del concejo de la tarde anterior había aceptado la petición de Korthac, y su oro, para establecer una casa de comercio en Akkad. Aunque se había quejado enérgicamente la semana anterior, cuando le comunicaron las condiciones, había entregado las cuarenta monedas sin apenas rechistar. Para sorpresa de todos, ofreció algo más que las monedas, presentándose con un gran cristal de peridotita para cada uno de los cinco miembros del concejo. «Un pequeño presente», explicó, para expresar su gratitud, mostrar el valor de su mercadería y alentar futuras compras de su amplio surtido.

Todas y cada una de las gemas brillaban incluso en la poco iluminada habitación del concejo, los oscuros cristales verdes ligeramente veteados de amarillo. La peridotita de Trella se destacaba en calidad de las otras piedras, mucho más grande y de un tono verde más oscuro, resaltado por la bien pulida superficie.

Trella hubiera preferido no aceptar el costoso soborno. Pero ni siquiera ella pudo contra las miradas y las palabras de los otros miembros del concejo, quienes rápidamente cogieron sus regalos y dieron las gracias a Korthac. El suyo, por supuesto, sería vendido para costear los gastos de Eskkar.

Los regalos a los miembros del concejo no eran nada nuevo, pero como todos contaban con bienes propios, poca necesidad había para el soborno. No, Trella reconoció este sutil ofrecimiento. Korthac quería amigos en lugares de poder, amigos influyentes que pudieran ayudarlo en el futuro, de un modo que ella todavía no alcanzaba a entender.

La noche de sueño no había ayudado, y esa mañana el rompecabezas continuaba sin estar resuelto. Eso quería decir que deberían emprender pasos más positivos para desvelar el misterio. Después del desayuno, esperó el regreso de Annok-sur. Cada mañana, Annok-sur recorría la villa, dando a quienes tenían información una oportunidad para encontrarse con ella lejos de sus casas o lugares de trabajo. Algunas mujeres no se atrevían a alejarse de la vista de sus esposos. Pero yendo de un lado a otro, Annok-sur ofrecía a estas mujeres, libres o esclavas, la oportunidad de pasarle la información sobre lo que sus esposos habían dicho o hecho la noche anterior. Más de una vez, Trella había recibido información útil a través de esta informal red. Cuando Annok-sur regresó, ya había transcurrido la mitad de la mañana.

Sola en su cuarto de trabajo, Trella jugueteaba con la moneda de oro que pendía de su cuello mientras miraba a Annok-sur, sentada al otro lado de la mesa.

—¿Hemos averiguado alguna otra cosa, algo nuevo, sobre Korthac?

—Sólo que, hoy o mañana, va a comprar un lugar para vivir. Ha visto algunas casas, pero todavía está en la posada y...

—¿Nada de sus hombres, nada de las mujeres con las que han hablado, gente con la que han tenido trato?

—No, nada de eso. Sus hombres se mantienen apartados y cerca de la posada. Él ha llevado mujeres un par de veces, durante unas horas, para entretener a los suyos, pero no he encontrado a ninguna mujer que admita haberlo complacido. —Annok-sur se encogió de hombros—. Tal vez prefiera hombres o muchachos, aunque tampoco he oído nada al respecto.

—Han pasado más de diez días y todavía sabemos muy poco sobre él, excepto que posee una notable fortuna y que paga bien. —Trella se estiró y tocó la peridotita, que descansaba sobre la mesa, entre ambas—. Necesitamos averiguar más.

—¿Todavía crees que hay algo raro respecto a él, algo en su pasado?

—No es su pasado lo que me preocupa, Annok-sur. Son sus planes para el futuro. Oculta algo, estoy segura de ello. He estado pensando que tal vez Tammuz pueda descubrir de qué se trata. ¿Podrías convocarlo para esta noche?

Tammuz, apenas en su decimosexta estación, había cabalgado como escudero de Eskkar al comienzo de la campaña contra Alur Meriki. Su primera y única batalla le había destrozado el brazo y estuvo a punto de morir a consecuencia de sus heridas. Ese combate también había acabado con sus sueños de convertirse en soldado. Antes de sumarse a los guerreros de Eskkar, Tammuz había sobrevivido como ladronzuelo, pero incluso esa vida le estaba negada. Con poco o nada que esperar del futuro excepto mendigar, el joven estaba desolado.

Trella, siempre en busca de amigos y aliados sin importarle su posición social, trazó un plan para él. Cuatro meses atrás, junto con Eskkar, le dieron a Tammuz suficiente plata para establecer una pequeña taberna en la peor parte de Akkad, que atendiera a sus peores y más desesperados habitantes. Actuando a cubierto de su antigua profesión, Tammuz se sumó a la red de espías de Trella, manteniendo los oídos y los ojos abiertos para cualquier complot contra la casa de Eskkar. Gatus le proporcionó un viejo veterano, herido mientras se entrenaba para el asedio, para que ayudara a Tammuz a administrar el establecimiento, el cual se convirtió muy pronto más en una guarida de ladronzuelos que en una taberna. El negocio de Tammuz floreció más allá de lo que Trella había esperado, y ya le había suministrado alguna información de poca importancia pero útil.

—Lo acompañaré hasta donde están los guardias —dijo Annok-sur—. También querrás que esté Gatus, en caso de que Tammuz necesite algo de su parte. La medianoche sería la mejor hora.

Además de Eskkar, Gatus y Annok-sur, nadie sabía el nuevo papel de Tammuz. Incluso los soldados fundadores del clan del Halcón habían olvidado al joven lisiado;



los guerreros eran parte del clan del Halcón, y ninguno de ellos esperaba que Eskkar recordara la promesa hecha junto al fogón a un insignificante muchacho. Desde el día en que abandonó la residencia de Eskkar, Tammuz había regresado sólo una vez, en la noche y con el rostro oculto por un manto. Sólo Gatus o Annok-sur podían dejar entrar a un desconocido más allá de donde estaban apostados los centinelas.

—No, dos horas antes de medianoche —dijo Trella—. Quiero que traigas a Zenobia aquí a medianoche.

—Ah, ¿entonces ha llegado el momento de ayudarla a establecer una casa?  
Trella suspiró.

—Ya va siendo hora, me parece. Me gustaría haber podido ayudarla antes, pero no hubo tiempo. Ahora tendremos que apresurarnos.

Annok-sur se rió.

—No hará falta mucho tiempo para que Zenobia sea conocida.

Trella también rió.

—Esperemos que no.

\*\*\*

Esa noche, Gatus acompañó a Tammuz y a Annok-sur hasta el cuarto de trabajo, donde ardían dos lámparas, un derroche que daba más peso a la importancia del encuentro. Trella siempre se fijaba mucho en los rostros de la gente cuando hablaba, y si eso hacía necesario usar aceite de más, ella no lo consideraba una pérdida. Se puso de pie e hizo una respetuosa reverencia al joven, recordándose no contar sus estaciones, aunque él era de la misma edad que ella. Como le había dicho Eskkar, uno no trata como a un niño a alguien que ha matado a un enemigo en combate.

—Saludos, Tammuz —dijo—. Gracias por haber venido.

Tammuz se retiró la capucha que le cubría el rostro, usada más para ocultar su identidad que para abrigarse del frío nocturno, y respondió con otra reverencia. Enderezándose, se apartó el cabello castaño claro de su rostro, revelando una amplia sonrisa.

—Gracias a ti, señora Trella. Me alegra volver a verte.

Trella devolvió la sonrisa, recordando cómo Eskkar había salvado la vida a Tammuz y luego lo había dejado a su cuidado. Cuando Tammuz sonreía, parecía un jovencito inocente, aunque ella advirtió su creciente madurez.

—Vamos —le dijo—, siéntate y cuéntame qué has estado haciendo. Pero primero déjame ver tu brazo.

El brazo izquierdo se le había quebrado por dos sitios, pero, en el campo de batalla, ninguno de los hombres de Eskkar supo cómo tratar adecuadamente las fracturas. El regreso a Akkad casi mata al muchacho. Tammuz había perdido casi

completamente el uso de su mano izquierda, y ahora el brazo mismo parecía encogido, doblado y colgando en un ángulo extraño. Pero el joven había sobrevivido y Trella sabía que la vida, aun como lisiado, era preferible a la muerte.

Ella ignoró la vergüenza de Tammuz cuando se aproximó alrededor de la mesa y lo ayudó a quitarse el manto antes de cogerle la mano.

—Déjame ver cómo mueves los dedos —le dijo—. ¿Has seguido los consejos del sanador?

—Lo he hecho, señora Trella, aunque no creo que cambie demasiado. Él dice..., él dice que nunca volveré a tener el brazo izquierdo, y que no hay nada más que pueda hacer. Si no fuera por ti y por el capitán Eskkar... —Su voz se perdió a la vez que bajaba la cabeza—. No hay trabajo para un hombre con un solo brazo.

Trella no sólo lo había ayudado a recuperar la salud y se había asegurado de que los curanderos hicieran el mejor trabajo posible, sino que también le había dado un motivo para vivir. Más aún, ella le mostró un modo diferente de luchar, un modo diferente de la guerra que transcurría a diario, entre las sombras, en donde los hombres susurraban entre jarras de cerveza.

—No olvides que eres del clan del Halcón, Tammuz. Estamos orgullosos de ti, y a ti nunca te faltarán amigos. —Trella alzó su mano incluyendo a Gatus y Annok-sur, sentados en silencio en la otra mesa—. Además, lo que tú haces es más importante que ser un mero soldado, recuérdalo.

—Trato de recordarlo, señora Trella, aunque a veces es difícil.

—Al igual que tu trabajo. Tú eres nuestros ojos y oídos entre los pobres, los ladrones, las prostitutas y los asesinos. Con Akkad creciendo día a día, hay muchos hombres desesperados, hombres que robarán, estafarán y asesinarán. Muchos más llegarán en los meses venideros. Necesitamos a alguien que pueda mezclarse entre esa gente y averiguar lo que Eskkar necesita conocer. ¿Cuentas con suficiente plata? ¿Necesitas más?

—No, señora Trella, todavía no. Cobro un porcentaje de lo que roban mis clientes a cambio de permitir que se oculten con su botín en mi cantina. Y yo revendo algunos de esos objetos, en su mayor parte cosas pequeñas que no pueden rastrearse hasta mi persona. A veces algunos clientes desaparecen, dejando sus pertenencias. Es suficiente para la comida y para mantener los jarros de cerveza llenos.

Parte del arreglo con Eskkar y Trella era que Tammuz sólo tenía que informar de las cosas concernientes a la casa de Eskkar. A Trella no le interesaban los pequeños delitos ni los carteristas. Sin embargo, todos sabían que cuando los poderosos querían arreglar un asesinato buscaban con frecuencia a hombres desesperados y los contrataban, hombres como los que frecuentaban el establecimiento de Tammuz.

—Si necesitas más plata, házmelo saber a través de Annok-sur o Gatus. —Le devolvió el manto, colocándose en el brazo, y volvió a su silla. Inclínándose hacia

delante, concentró su atención en Tammuz. Junto con sus respuestas, ella examinaría cada expresión, cada gesto, incluso su modo de sentarse. Muy poco escapaba a sus ojos y oídos, y ella sabía cómo sacar provecho de lo que había escuchado y observado—. Y ahora tengo que pedirte algo diferente. Puede ser peligroso.

Tammuz se encogió de hombros.

—He aprendido mucho acerca del peligro en los últimos meses.

—Así y todo, quiero que tengas especial cuidado en esto. ¿Has oído hablar de Korthac, el egipcio?

—Todos han oído hablar de él.

—Quiero averiguar más sobre él, en especial sobre sus hombres. Es posible que puedas enterarte de algo, escuchar algo, darte cuenta de algo. —Trella le contó lo que había averiguado sobre Korthac y lo que sospechaba—. No lo subestimes, Tammuz. Es inteligente y sabe conducir a sus hombres. Puede que haya sido soldado en Egipto, tal vez un líder con soldados a su cargo. Nuestros espías no han averiguado nada sobre él, sus hombres o sus planes, así que no creas que será sencillo. No debes dejar que se entere de nuestro interés. Cualquier cosa que descubras, cualquier pequeño detalle o chisme, puede ser útil. Éste es un desafío a la altura del clan del Halcón.

—Cuando veo al clan del Halcón caminando por las calles, con la cabeza en alto..., a veces, señora Trella, no me siento uno de ellos.

—Tú *eres* del clan del Halcón, Tammuz. Sé que todos jurasteis ayudaros mutuamente, y luchar hasta morir, de ser necesario.

Eskkar le había descrito el horrible juramento, y el pacto que los supervivientes habían abrazado; él le había repetido el juramento, descrito la ceremonia, el viento soplando entre las dunas y el fuego arrojando su luz en el rostro de cada hombre mientras se juramentaban unos a otros. Ningún hombre podía hacer semejante juramento y pensar en romper su palabra mientras viviera.

—Tú, por supuesto, estabas inconsciente o delirando la mayor parte del tiempo, pero juraron también por ti. Y recuerda, Tammuz, algún día habrá mucho más para el clan del Halcón que simplemente pelear. En los próximos años, habrá que librar algo más que simples batallas.

En su último encuentro, Eskkar le había recordado a Tammuz que el juramento se extendía en ambas direcciones. Él siempre sería del clan del Halcón, un verdadero guerrero de Eskkar y su clan.

—Ahora tenemos que hablar de otras cosas. ¿Has pensado en tener esposa?

Tammuz se quedó boquiabierto, sorprendido ante tan extraña pregunta.

—Una esposa..., ¿por qué...?, ¿quién iba a querer a un lisiado?

—Ya tienes edad y eres dueño de una taberna —dijo Trella ignorando la pregunta—. Eso te convierte en un hombre de fortuna. Annok-sur piensa que deberías tener alguna ayuda, alguien en quien pudieras confiar, y Gatus está de acuerdo. He elegido

a una esclava para ti. Ella es apenas una o dos estaciones mayor que tú. Si ella demuestra ser cortés y obediente, podemos liberarla para que se case. Si no estás satisfecho con ella por cualquier motivo, entonces puedes devolvérmela.

Gatus, mirando y escuchando desde un taburete ubicado contra la pared, no pudo reprimir una risita.

—Tendrías que verte la cara, Tammuz. Una mujer no es lo peor del mundo. Al menos no todo el tiempo.

Tammuz miró a Gatus, y luego otra vez a Trella.

—No sé qué decir...

—Entonces compláceme en esto y dale una oportunidad. En-hedu será buena para ti, Tammuz, y es inteligente. Es lo suficientemente fuerte para trabajar duro y dejarte tiempo libre para tus otras tareas. Necesita que la traten bien; su dueño anterior bebía demasiado vino y la castigaba con frecuencia. Tienes que ser gentil con ella, y paciente, hasta que se olvide de su amo anterior. No es hermosa, pero creo que será leal, especialmente si la tratas con respeto. He estado con ella varias veces y le he hablado de ti.

Trella se reclinó en su silla, sintiendo a la criatura moverse en su vientre.

—¿Considerarías tomar a la muchacha?

—Señora Trella, si crees que es lo mejor, pero... nunca he estado con una mujer, y ella podría pensar que con mi brazo...

—Tráela, Annok-sur —dijo Trella—. No le digas nada del clan del Halcón, Tammuz. Eso debe seguir siendo nuestro secreto, al menos por ahora. Aparte de eso, puedes contarle lo que quieras. Y no te preocupes por lo que sabes o no sabes. Ella te guiará por los misterios de Ishtar.

A los pocos momentos la puerta crujió y Annok-sur condujo a una joven mujer, fuerte y alta, vestida con una modesta y remendada túnica, al cuarto de trabajo. El cabello castaño enmarcaba un rostro sencillo pero agradable, salvo por la nariz, que se la habían roto y no había sido enderezada. Una vez más Trella se puso de pie, una señal de respeto especialmente importante frente a una esclava, y Tammuz siguió su ejemplo.

—En-hedu, éste es Tammuz, tu nuevo amo. Le obedecerás como si fuera tu esposo. Necesita tu ayuda, así que te pido que hagas todo lo posible para asistirlo.

La muchacha miró a Tammuz tímidamente, mostrando una cierta aprehensión al conocer a su nuevo amo. Hizo una torpe reverencia y luego bajó la vista al suelo. Tammuz parecía no saber qué decir.

Aquella escena le trajo a Trella a la memoria uno de sus más vívidos momentos. Recordó la noche, no muy lejana, en que fue entregada, todavía llorando, a su nuevo amo. Tenía miedo, miedo a lo desconocido. Ésa era la emoción que un esclavo sentía con más frecuencia, miedo al extraño que tiene poder de vida y muerte sobre uno.

Trella caminó hasta En-hedu, le tomó la mano y se la puso sobre la mano sana de Tammuz.

—Sé bueno con En-hedu, Tammuz. —Trella miró a Gatus, que asintió y le pasó a Tammuz el brazo por los hombros.

—Es hora de que Trella descanse —dijo Gatus con un bostezo—. Te llevaré de vuelta a la taberna.

\*\*\*

Para cuando Trella terminó con el orinal, se acercaba ya la medianoche, y sólo tuvo que esperar unos momentos antes de que Annok-sur abriera la puerta e invitara a Zenobia a entrar en la habitación. Trella se puso de pie al acercarse Zenobia a la mesa. Una vez más, el sencillo gesto cobró su efecto. Quitándose la capucha, Zenobia hizo una profunda reverencia, mientras Annok-sur cerraba la puerta a sus espaldas. Ahora podían hablar en privado, tres mujeres discutiendo asuntos que los hombres jamás deberían oír.

—Te agradezco que hayas venido, Zenobia —dijo Trella—. ¿Todo bien?

Zenobia tenía unas veinticinco estaciones, el pelo muy negro, grandes ojos pardos y un rostro redondo de facciones finas y delicadas. Trella recordó el aspecto de Zenobia unos meses atrás, con una tosca túnica con las puntas manchadas de tierra cubriéndole el rostro. Asustada y con señales de haber sido maltratada, Zenobia había hecho todo lo posible para parecer poco atractiva. Una mujer indefensa y hermosa sería rápidamente llevada a la casa de algún hombre, para no volver a salir nunca más. Zenobia necesitaba un benefactor, alguien que la protegiera y se asegurara de que no volvería a ser esclavizada. Trella le había suministrado dicha protección.

Zenobia provenía de una tierra del extremo este y había viajado muchas semanas antes de llegar a la villa. No llevaba mucho tiempo en la ciudad cuando empezó el asedio de Akkad. Al poco de su llegada, conoció a Trella, por casualidad, durante uno de sus paseos. La historia que Zenobia había relatado era triste y desafortunada, pero generaba una nueva oportunidad para Trella.

Educada como esclava sexual desde la infancia, Zenobia había desarrollado la habilidad de satisfacer a los hombres. Tanto había satisfecho a uno de sus clientes que éste la compró y le dio la libertad. A pesar de sus sentimientos por Zenobia, el cliente vio una oportunidad para tener ganancias y decidió establecer su propia casa de placer en las ricas tierras del oeste. Con la ayuda de Zenobia, compró tres jóvenes esclavas para iniciar su negocio, contrató una pequeña caravana de guardias y animales y emprendió el camino de Akkad.

Viajaron durante más de un mes, cruzando las montañas del este, y deberían haber llegado a Akkad en pocos días más. Sin embargo, el hombre se había emborrachado

demasiadas veces e insultado a sus guardias. Éstos, cansados del maltrato, urdieron un complot con uno de los bandidos de por allí. Juntos atacaron la caravana y mataron al patrón y a sus sirvientes antes de volver su atención a los animales y a disfrutar de las mujeres.

Para entonces Zenobia se había escapado hacia lo oscuro, corriendo para salvar la vida, dejando a las otras jóvenes a merced del destino. La mañana la encontró a millas de distancia, habiendo perdido todas sus posesiones, salvo unas pocas monedas de plata cosidas a su vestido. Le había llevado tres días llegar a Akkad, evitando los caminos durante los primeros dos días, temerosa de encontrarse con los asesinos u otros bandidos. Una mujer sola, especialmente una mujer atractiva, estaría a merced de quien la encontrara.

Llegó a salvo a Akkad. Sin un protector, Zenobia encontró trabajo en una de las tabernas, limpiando mesas y proporcionando sexo a los clientes y dividiendo su tarifa con el tabernero. Al encontrarse con Trella una tarde en el mercado, Zenobia le relató, de forma impulsiva, su historia, y la esclava del capitán intuyó de inmediato que no podía dejar pasar la oportunidad.

Trella le dio a Zenobia algunas monedas de cobre y le dijo que buscara una posada decente en donde pudiera dormir a salvo por las noches. No le había costado mucho a Trella darse cuenta de cómo Zenobia podía convertirse en aliada, suponiendo que ambas sobrevivieran a los bárbaros que sitiaban la ciudad. De cuando en cuando, ella enviaba a Annok-sur para que le diera más cobre a Zenobia y le dijera que tuviera un poquito más de paciencia.

El asedio había terminado hacía más de dos meses. Ahora era el momento.

—Zenobia —comenzó Trella—, he estado pensando mucho sobre ti y en tu situación. Se me ocurre que podemos sernos mutuamente de gran ayuda. Para ayudar a mi esposo, necesito a alguien que pueda reunir información sobre los ricos y poderosos de Akkad. Con tu experiencia y habilidad, muchos hombres te susurrarán sus secretos. Si estás dispuesta, puedo darte protección y ayudarte a abrir una casa de placer aquí en Akkad.

Zenobia abrió desmesuradamente los ojos ante la idea a la vez que las dudas le afloraban a los labios.

—Señora Trella..., ¿es eso posible? Montar una casa de placer con mujeres experimentadas costaría mucho oro, y haría falta un hombre poderoso para supervisar el establecimiento. Ya hay otros burdeles y tabernas con las que competir.

—No me refiero a un burdel más, Zenobia. Ni habrá competencia. Yo quiero que establezcas la más sofisticada casa de placer de la zona, y que la llenes con las mejores mujeres y los mejores adornos. Tengo un poderoso protector en mente, y él puede proporcionar hombres para que custodien la casa y a tus mujeres.

—¿Quién sería ese protector, señora Trella?

—Gatus, el capitán de la guardia, sería el dueño oficial de la casa, Zenobia. Él suministraría uno o dos soldados para mantener el orden, así como un escriba para llevar cuenta de las ganancias y los gastos. Él se llevará un décimo de las ganancias y yo me llevaré cuatro décimos. —Vio cómo se le abrían aún más los ojos a Zenobia—. El resto sería todo para ti. Ningún hombre se quedará con tu parte.

—Pero, señora, se necesita mucho oro para empezar un negocio así. Habrá que buscar una casa grande. Habrá que buscar muchachas y entrenarlas, comprar muebles. Tiene que haber vino fino y comida exótica. Hay tanto que...

—Me alegra que entiendas las dificultades del caso, Zenobia. Pero ya he considerado todos esos asuntos. Para empezar, te prestaré veinte monedas de oro, más que suficiente para comprar una casa de buen tamaño y amueblarla adecuadamente. Con seguridad, necesitarás unas diez monedas más antes de estar establecida por completo, en especial si buscas muchachas en el mercado de esclavas. Estoy segura de que hay muchas mujeres en Akkad dispuestas a trabajar para ti al principio..., y por muy poco.

Trella hizo una pausa, para asegurarse de que Zenobia entendiera sus palabras.

—Si hiciera falta más oro, y todo estuviera funcionando correctamente, te lo prestaría. De aquí a seis meses, empezarías a pagarme el oro que te prestaré a razón de tres monedas de oro mensuales. Eso además de nuestras ganancias regulares. Tendrás que trabajar mucho para asegurarte el éxito y además hay otras condiciones. ¿Te interesa, Zenobia?

La mujer, emocionada, asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto, señora, claro que me interesa. ¿Qué más debo pagar?

—No tienes que pagar nada más. Si trabajas duro y la casa es un éxito, deberás poder pagar el préstamo en dos años. No te cobraremos intereses por el crédito, Zenobia. —Una vez más hizo una pausa para que ella comprendiera lo que le decía—. Tendrás que entrenar a las muchachas, enseñarles las artes amatorias y asegurarte de que aprendan a complacer a sus clientes. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí, señora Trella, a mí me prepararon muy bien y yo he preparado a otras muchachas durante muchos años.

—Hay algo más, Zenobia, y es muy importante. —Trella cambió de posición en la silla para mirar directamente a los ojos de la mujer—. Tu establecimiento debe ser la mejor casa de placer en Akkad. Debe ser el lugar adonde vayan los hombres ricos y poderosos a entretenerse. Irán allí por tus mujeres, beberán demasiado vino y hablarán de muchas cosas. Tú instruirás a tus muchachas para que te informen sólo a ti de todo lo que oigan, y tú nos transmitirás esa información a Annok-sur o a mí. Y tienes que hacer algo más aparte de escuchar. Tú y dos o tres de tus mujeres de mayor confianza debéis aprender a extraer tantos secretos como sea posible. Recompensarás a esas muchachas de acuerdo con la información que consigan.

Zenobia abrió la boca, pero Trella continuó, su voz, ahora, más dura.

—Es por eso por lo que hacemos esto, para recolectar información, no porque queramos una ganancia en un arreglo comercial. Tienes que asegurarte de que nadie se entere de esto. Nadie. Sólo Gatus y nosotras tres. Si alguna de tus muchachas se niega a obedecerte, darás los pasos necesarios para asegurarte de que obedezca.

—Yo..., entiendo, señora. Será como usted dice.

—Asegúrate muy bien de que me entiendes, Zenobia. No le dirás a nadie lo que haces con la información y mantendrás silencio respecto a mi persona. Además, me garantizarás que ninguna de tus muchachas se lo dirá a nadie, y menos a los clientes. Tienen que entender cuál será el castigo por las conversaciones descuidadas. Igual que el tuyo: si fracasas, se te apartará. Puesto que oficialmente no serás dueña de ningún aspecto del negocio, sencillamente desaparecerás. Eso será todo un incentivo para que seas leal y fiel.

Zenobia tragó saliva, nerviosa, pero no dudó. Había vivido en la villa el tiempo suficiente para entender lo que le decía Trella. «Desaparecer» en Akkad significaba un chapuzón en el río, en mitad de la noche.

—Seré leal, señora. Nadie sabrá de nuestro acuerdo.

Trella le sonrió, luego alargó la mano y tomó la suya gentilmente. Cuando habló, su voz volvió a ser dulce y agradable.

—Me alegra, Zenobia. Si haces esto, en pocos años serás rica y respetada. Mañana te reunirás con Annok-sur para empezar los planes. Sólo nos informarás a Annok-sur o a mí. Cuando tengas una lista de todo lo que necesites y una idea de los costes, comenzaremos a adquirir lo que haga falta.

—Sí, señora. Gracias, señora Trella.

—Una cosa más, Zenobia. Si oyes algo sobre Korthac o sus hombres, cualquier cosa, deberás traernos esa información al instante.

—¿El egipcio? Sí, por supuesto.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo Trella apartando la silla y poniéndose de pie—. Comenzarás mañana. Si todo sale bien, en unas semanas tendrás la mejor casa de placer de Akkad.

Zenobia también se puso de pie e hizo una reverencia, esta vez tan profunda que su cabello rozó la mesa.

—Como usted diga, señora Trella. Aprenderé los secretos de los hombres para usted. Se lo prometo.

—Entonces ambas prosperaremos, Zenobia.

Annok-sur también se puso de pie.

—Zenobia, es demasiado tarde para andar por las calles —dijo Annok-sur—. Pasa la noche aquí. Yo te acompañaré a tu casa mañana. —Tomando a Zenobia de la mano, la condujo del cuarto de trabajo a uno de los cuartos inferiores.



En unos momentos Annok-sur volvió a presentarse ante Trella.

—Saldremos de la casa antes del amanecer. Cubierta con la capucha, nadie sabrá quién es.

—Gracias, Annok-sur.

—Creo que servirá, Trella. Llevará meses, tal vez años, pero Zenobia nos brindará importante información. Le hablaste con autoridad, con voz de alguien que tuviera el doble de tu edad. Conoces los caminos del poder y cómo someter a hombres y mujeres a tu voluntad.

—Sí, he aprendido mucho en estos últimos meses —respondió Trella, con un matiz de amargura en la voz—. Cuando me vendieron como esclava, me dijeron que una esclava tenía que aprender rápidamente. Y siempre estoy aprendiendo. De Nicar, de Eskkar y de la gente de la villa, incluso de ti, Annok-sur. Tengo que ser más fuerte y más sabia que una persona de mi edad y debo ocultar mis dudas, si Eskkar ha de tener éxito. —Sacudió la cabeza para apartar los pensamientos oscuros—. ¿Necesitas ayuda para buscar una casa o muebles?

—No, sé lo que hace falta —respondió Annok-sur—. Pero debemos reunirnos con Gatus por la mañana, para asegurarnos de que esté listo y comprenda su parte en esta nueva empresa.

—Creo que Gatus encontrará la tarea de su gusto. Tal vez Zenobia haga que sus muchachas practiquen sus artes con él.

Ambas sonrieron ante la idea del viejo soldado reclinado en una cama, bebiendo vino fino y rodeado de mujeres solícitas mientras cuenta sus ganancias.

—Siempre que reúnan secretos —dijo Trella—. Me gustaría que Zenobia hubiera empezado ya. Korthac y sus hombres seguramente la visitarían.

Trella suspiró. El reticente egipcio parecía estar en todos sus pensamientos. Pronto, pensó, se resolvería el enigma.

\*\*\*

Tammuz y su nueva esclava siguieron a Gatus de regreso a la taberna, donde les gruñó las buenas noches sin detenerse. Tammuz vio al veterano soldado desaparecer en la oscuridad de la calle, con la mano en la espada. Mientras que cualquiera caminando en la noche podía esperar ser blanco de ladrones, sólo a alguien completamente borracho o muy desesperado podía ocurrírsele atacar al capitán de la guardia.

Tammuz golpeó tres veces la puerta.

—Soy Tammuz, Kuri. Abre.

Tammuz esperó, mirando hacia ambos lados de la estrecha calleja. En-hedu aún iba agarrada de su mano izquierda, una sensación nada familiar que encontraba

sorprendentemente agradable. Él la había cogido de la mano al salir de casa de Trella, cuando recordó que necesitaba mantener su mano derecha libre y cerca del cuchillo que llevaba en la cintura. Entonces cambió de mano, pero descubrió que su brazo herido no podía sostenerla adecuadamente mientras caminaban. Pero antes de que pudiera sentirse frustrado, En-hedu gentilmente retiró la mano y le asió la mano izquierda, sosteniéndola con suavidad, hasta llegar a la taberna.

La puerta finalmente crujió y Kuri apareció de pie, medio dormido, pero con la espada de cobre en la mano. Un olor rancio salió de la taberna; el viejo olía a cerveza de cebada, en su aliento y en sus ropas. Sus ojos se abrieron sorprendidos al ver a la muchacha.

—Asegura la puerta, Kuri. —Tammuz entró, seguido de la joven. Incluso en el mejor de los vecindarios, uno no se quedaba con la puerta abierta una vez caída la noche—. No tiene que entrar nadie más esta noche.

Dentro, condujo a su nueva esclava con cuidado por la oscuridad del cuarto principal, intentando ignorar el olor a cerveza, sudor y cosas peores. Su nueva esclava estaría sin duda disgustada en semejante lugar, sobre todo después de haber vivido en casa de Trella. Media docena de hombres roncando, acurrucados en el suelo, dormían el sueño pesado de quienes han bebido demasiado cerveza y pernoctado hasta tarde. Ninguno se despertó cuando Tammuz pasó entre ellos hacia el cuarto privado al fondo de la taberna.

Tras cerrar la puerta, Tammuz puso un madero para trabar la entrada. El pequeño cuarto, mucho más pequeño que el cuarto de trabajo de Trella, no tenía ventanas, pero se filtraba un tenue rayo de luna en la pieza por la abertura que había en el tejado. Como en casi todas las viviendas humildes de Akkad, los habitantes dormían en el tejado durante la época más calurosa del verano. Tammuz se quitó el cinturón y lo dejó sobre la mesa junto con su cuchillo; luego forcejeó para quitarse el poco familiar capote, una prenda que rara vez usaba.

En-hedu alargó la mano.

—Permíteme que te ayude, amo.

Ella le desató el capote, luego lo dobló cuidadosamente y lo dejó sobre la mesa. Él se quedó de pie, avergonzado de necesitar que alguien lo ayudara a quitarse una prenda.

—La señora Trella me ha hablado mucho sobre ti, amo. —En-hedu hablaba en voz baja, asegurándose de que sus palabras no pudieran oírse al otro lado de la puerta—. Ella me ha dicho que trabajas al servicio del señor Eskkar.

Así que ella sabía de sus tareas, pero ignoraba que formaba parte del clan del Halcón.

—Es muy poco lo que hago para la señora Trella —dijo.

—Ella es una gran señora. Sin su ayuda, yo estaría muerta, a manos de mi amo, o

por mi propia mano.

Tammuz se sentía ahora completamente despierto, a pesar de lo tarde que era, y las palabras de ella le removieron la curiosidad. Guió a En-hedu a uno de los dos taburetes enfrentados a cada lado de la mesa, el único mobiliario además de la angosta cama, un pequeño cofre y la escalera que daba acceso al tejado. La oscuridad los protegía a ambos y hacía que la conversación fuera algo más sencilla.

—Siéntate. ¿Quieres un poco de cerveza? O vino. Tengo...

—No, nada, amo. Ya es tarde. Debería dormir, descansar.

—No puedo dormir ahora. Háblame de ti. ¿Cómo conociste a la señora Trella?

Hablaron durante casi una hora. Tammuz se enteró de que los padres de En-hedu la habían vendido en el mercado de esclavos a los pocos días de convertirse en mujer. Acababa de cumplir su decimotercera estación, y sus padres se hicieron con diez monedas de plata a cambio de su hija virgen. Su nuevo amo, un talabartero dueño de su negocio, trabajaba largas horas y se aseguró de que su nueva esclava trabajara aún más duro.

Cuando su amo terminaba el trabajo a la caída del sol, el de En-hedu continuaba. Éste esperaba ser alimentado y satisfecho durante la noche. La más mínima falta de su parte traía como consecuencia una paliza, habitualmente seguida de una dolorosa violación. Ella lo soportó durante tres años, hasta que un día logró dominar el miedo y respondió con un golpe para defenderse. Fue entonces cuando él le rompió la nariz. Los vecinos oyeron sus gritos y consiguieron detenerlo antes de que la matara a golpes.

Las brutales palizas continuaron durante los meses siguientes, dos o tres veces por semana. Había días en los que apenas podía tenerse en pie, mucho menos trabajar en la curtiduría. Una vecina buscó a Trella y le contó la historia y la envergadura de las palizas.

Trella y Annok-sur llegaron al día siguiente, acompañadas de los soldados del clan del Halcón, y le ofrecieron al talabartero cinco monedas de plata por su esclava. El hombre las rechazó.

—Muy bien —respondió Trella—. Entonces te ofrezco cuatro monedas. Si no las coges ahora mismo, mañana verás que nadie compra tu cuero, que nadie te vende pieles, que nadie te vende pan ni te ayudará a apagar tus ganas de tomar cerveza. Pronto nadie te dirigirá la palabra. Tendrás que marcharte de Akkad. Tú eliges.

Tammuz se rió cuando En-hedu le contó esa parte de la historia, imitando el modo de hablar de Trella.

—Sí, recuerdo cómo ella ordenaba a los sirvientes e incluso a los soldados en casa de Eskkar. Valiente ha de ser el hombre que se le enfrente.

—Recuerdo cada palabra que dijo —respondió En-hedu—. Estaba de rodillas en un rincón de su choza, donde él ordenó que me quedara, temerosa de alzar la vista. La

señora Trella aguardó, y como mi amo no respondía, dejó caer las cuatro monedas al suelo, me llamó por mi nombre y me dijo que la siguiera. Después dio media vuelta y se marchó. Yo creí que me había salvado una diosa. No podía dejar de llorar.

Él extendió la mano por encima de la mesa y tocó la de ella.

—Aquí no habrá palizas, En-hedu. Nunca había tenido una esclava y no estoy seguro de cómo podrás ayudarme. Este lugar te parecerá aún peor por la mañana, nada que ver con la hermosa casa de la señora Trella. Si lo deseas, puedes volver a su servicio. Estoy seguro de que ella podrá encontrar a alguien..., alguien mejor para ti.

Ella pensó un momento en lo que le había dicho.

—No. La señora Trella dijo que yo podría ayudarte, y que tu tarea es importante para el señor Eskkar y para ella. Me quedaré contigo. Ella dijo que necesitabas que una mujer se ocupara de ti. Yo soy fuerte y trabajo duro. No me eches.

Antes de que pudiera contestar, En-hedu se puso de pie.

—Es hora de dormir. Vamos a la cama, amo.

Tammuz oyó el susurro de su vestido cuando ella se lo quitaba por encima de su cabeza. Después le cogió la mano y lo guió hasta la cama. Sin preguntarle, ella lo ayudó a quitarse la túnica y luego se subió a la cama, del lado de la pared. Cuando él se subió a la cama, ella cubrió a ambos con una colcha.

Él sintió el cuerpo desnudo de ella contra el suyo y no pudo resistir alargar la mano. Ella se encogió cuando la tocó, pero se quedó quieta, sometiéndose a su caricia. Tammuz, con el miembro dolorosamente erecto, dudó. Recordó las palabras de Trella. «Sé paciente», le había dicho. Respirando hondo, tomó la mano de En-hedu en la suya y le dijo que durmiera. Esperó un buen rato, mirando la oscuridad, hasta que su respiración se hizo pausada y él supo que estaba dormida. Para su sorpresa, encontraba solaz en su presencia.

Y distracción. Sintió su tibieza bajo la colcha y su erección se negó a disminuir. Para alguien que nunca había tenido una mujer, tener ahora una muchacha en su cama parecía un sueño hecho realidad. Para distraerse de En-hedu, comenzó a pensar en Korthac.

Como muchos otros en Akkad, Tammuz se había quedado boquiabierto la primera vez que vio al egipcio caminando por las calles, con frecuencia con un solo guardaespaldas. Pero después de unos días pasó la novedad, y Tammuz, como la mayoría en Akkad, se olvidó de aquel hombre. Sin embargo, la señora Trella presentía algo extraño, algo peligroso respecto a Korthac, y ella rara vez se equivocaba en tales asuntos. Tammuz intentó recordar todo lo que había oído respecto al extranjero.

Korthac pasaba la mayor parte del día en la posada que había elegido como hogar. Sus hombres permanecían cerca, nunca se alejaban solos ni bebían en las tabernas ni hacían mucho de nada, quedándose dentro incluso durante el día. Tammuz se dio

cuenta de lo extraño que resultaba aquello. Los sirvientes, ya fueran guardaespaldas o porteros o esclavos de las casas, siempre estaban dando vueltas, intentando evitar a sus amos y al trabajo.

Tammuz conocía todos los pequeños robos que cometían los sirvientes y esclavos, ya fuera contra sus amos o contra los vecinos. Las ropas desaparecían, sandalias, chucherías, docenas de pequeñas cosas con frecuencia se esfumaban y reaparecían en las tabernas locales, a veces para ser cambiadas por una sola jarra de cerveza. Muchos traían esas cosas a su establecimiento para venderlas, o a quienes en el mercado no hacían preguntas. Pero, hasta donde sabía, ninguno de los hombres de Korthac había entrado jamás en su taberna ni en ninguna otra en Akkad.

Se preguntó si Trella se había percatado del hecho. No, lo habría mencionado. Algo así sería un detalle demasiado insignificante para los espías de Trella, y debería serlo, pero no lo era. Tammuz se preguntó si se habría dado cuenta de un pequeño detalle que se le escapó a Trella y..., y qué podía significar. Apartó ese pensamiento por un momento. La señora Trella, él lo sabía, tenía un profundo interés por los detalles nimios, siempre requiriendo más y más información. Tammuz hizo una nota mental para preguntarle a ella al respecto.

Al día siguiente echaría un vistazo más cuidadoso a la posada donde residía Korthac. Tammuz podía pedir a uno de sus clientes que se acercara a los hombres de Korthac, en busca de algo para comprar. Si podía conseguir que alguno de los egipcios le vendiera algo, podría tal vez aprender algo sobre su amo.

Todo este asunto podría quedar en nada, sólo vana curiosidad por parte de la señora Trella. Así y todo, ella lo había convocado a su casa y le había pedido ayuda. Ni ella, ni nadie, si vamos al caso, le había pedido nunca nada. Él había hecho llegar la poca información que recibía de los hombres que protestaban cuando bebían, pero nada importante había llegado nunca a sus oídos. Este Korthac podía ser, tal vez, un peligro real para Akkad. Tammuz se decidió a resolver el enigma, aunque sólo fuera porque la señora Trella se lo había pedido.

Una vez resuelto, se quedó dormido, pensando de nuevo en la tibieza del cuerpo de En-hedu, que rozó el suyo al darse la vuelta. Sería difícil contenerse. Pero si Tammuz había aprendido algo desde que le aplastaron el brazo era cómo ser paciente.

\*\*\*

Se despertaron juntos al amanecer, abrazados los cuerpos. Tammuz no había compartido una cama con nadie, mucho menos con una mujer, durante meses. Desde el día en que él y Kuri se mudaron a la taberna, él había dormido solo en el cuarto trasero, disfrutando el lujo de una intimidad que nunca antes había experimentado.

Sin embargo, a pesar de la cama compartida y la noche breve, Tammuz durmió

profundamente. Girando en dirección a En-hedu, vio que ella se había destapado durante la noche, descubriendo sus pechos a la luz de la mañana. Dicha visión hizo que se le endureciera el miembro.

En-hedu, consciente de ser mirada, cerró los ojos y se dio la vuelta. No trató de cubrirse. No dijo nada, simplemente se quedó allí, esperando que él la tomara. *Sé paciente*. Como si fuera eco, el consejo de Trella resonó en la mente de Tammuz. Se levantó de la cama y se vistió antes de decir nada.

—El orinal está allí. Tengo que despertar a los clientes. Kuri nunca es de mucha ayuda por las mañanas.

Ella se sentó en la cama y otra vez Tammuz se encontró mirándole el cuerpo. A la luz del día podía ver las cicatrices y magulladuras de su antiguo amo. Debía de haber disfrutado lastimándola. Nadie debería ser golpeado de ese modo. Tantas magulladuras..., su antiguo amo debía de ser un salvaje, mucho peor que cualquier bárbaro.

Tammuz recordó las incontables palizas que había recibido cuando era pequeño. Como todos los niños, él también contaba con que lo golpearan, y no sólo su padre. Los niños mayores se aprovechaban de los pequeños, del mismo modo que el más fuerte se aprovechaba del más débil. Había aprendido lo dura que era la vida desde su más tierna infancia. Cuando fue lo bastante mayor para robar, recibió algunas palizas más, esta vez de sus víctimas, hasta que aprendió a no dejarse atrapar.

Pero el peor de estos castigos le dejaba cicatrices en el cuerpo, era más un castigo que el placer de infligir dolor. Después se unió a los hombres de Eskkar como ayudante del establo. Había trabajado con caballos con anterioridad, sabía cómo se comportaban, y era útil a los soldados. Unas pocas semanas después, Tammuz le había rogado al capitán de la guardia que le permitiera participar en la primera expedición contra Alur Meriki. Tammuz recordaba cuán excitado estaba cuando Eskkar le preguntó si quería cuidar los caballos.

Ya era un hombre y, lisiado o no, nadie volvería a golpearlo. Para asegurarse de ello llevaba siempre consigo un cuchillo. Cuando Kuri lo vio jugueteando torpemente con el arma, el antiguo soldado le enseñó cómo utilizarlo. Cómo sostenerlo, cómo moverse con él, cómo golpear y contraatacar, cómo retirarse, y las partes del cuerpo en las cuales una herida causaría el mayor daño. Sobre todo, Kuri le enseñó a leer los ojos de su oponente y a esperar el momento oportuno para atacar. *Sé paciente*. Al parecer, Trella y Kuri compartían las mismas creencias.

Como le explicó Kuri, una pelea con cuchillos solía convertirse en un asunto sangriento para ambos combatientes, e incluso el vencedor podía morir desangrado. «Practica mucho ahora —le aconsejó el viejo— y mantente vivo después». Desde que se habían hecho cargo de la taberna, Tammuz pasaba una hora o más al día practicando, sosteniendo el cuchillo, moviéndose y entrenando ataques con él. Se dio

cuenta de que tenía que trabajar aún más duro para compensar su casi inútil brazo izquierdo.

Los clientes le ayudaron en la instrucción. Algunos tenían amplia experiencia en el manejo del cuchillo, y sus hábiles manos y pies se movían con mayor rapidez de lo que el avejentado Kuri podría moverse nunca. Tammuz sintió que la fuerza y la coordinación de su brazo derecho aumentaban día tras día y que la velocidad de sus pies pronto compensaba la debilidad de su brazo izquierdo. Los que frecuentaban la taberna tomaron nota de su creciente habilidad. Nadie lo consideraba ya un niño.

Dejando de lado tales ideas, destrabó la puerta del dormitorio. Tammuz se abrió paso por el otro cuarto de la taberna, utilizando el pie para despertar a quienes seguían durmiendo. Kuri, roncando fuertemente, dormía contra la puerta, con la espada a su lado. Cada mañana Tammuz tenía que despertar al viejo soldado. Dependiendo de lo que Kuri hubiera bebido la noche anterior, despertarlo podía ser todo un trabajo.

—Levántate, Kuri. Ya ha amanecido.

Para cuando el viejo se puso de pie, los clientes ya habían alcanzado la puerta y salido a la calle, murmurando y tropezando, protegiéndose los ojos del ya brillante sol matinal, para vaciar sus vejigas contra las paredes linderas. Tammuz se volvió y encontró a En-hedu de pie a su lado, mirando a su alrededor.

—¿Hay comida aquí para tu desayuno, amo?

Podría haberla, pero nada que él pudiera ofrecerle a ella. Sacudió la cabeza, y buscó en su bolsillo.

—Ve con esto al mercado y compra comida para nosotros tres —le dijo, dándole unas pocas monedas de cobre—. Kuri, acompáñala y cuida de ella. Asegúrate de que todos sepan quién es.

Una vez que los que vivían y trabajaban en los alrededores supieran que ella le pertenecía, estaría bastante segura. En un día o dos, podría salir sola.

Mientras se ausentaban, Tammuz habló con dos hombres que permanecieron dentro, hombres que preferían no ser vistos durante el día, hombres perseguidos por sus víctimas o por los soldados del capitán de la guardia. Afortunadamente, la mayoría de los guardias sabían que Kuri había sido soldado junto a Gatus. Esa amistad servía con frecuencia para mantener a cualquier miembro de la patrulla fuera, aunque una vez, mientras buscaban a un asesino, se abrieron paso hasta el interior. Por suerte para Tammuz, el asesino ya se había marchado. El jefe de los guardias había examinado el magro interior, escupido en el piso y se había marchado.

Tammuz les dijo a los dos hombres lo que le debían por la comida, la cerveza y el uso del suelo para dormir. Uno, que contaba con unas monedas, le pagó; el otro partió para ganárselas por cualquier medio posible. Él sabía que le convenía mucho más que regresar con las manos vacías. Si los hombres desesperados necesitaban un lugar

donde quedarse, tenían que pagar por él, y el modo de obtener el dinero era algo que no preocupaba a Tammuz.

Sin embargo, todos sus clientes habían recibido una advertencia: no se permitían los asesinatos. Los asesinos no serían protegidos. Ni siquiera Tammuz podía arriesgarse a albergar a un asesino, exponiéndose así a la ira de los pobladores frente a alguien que hubiera violado las costumbres locales al ocultar al criminal.

Cumplida la tarea, Tammuz inspeccionó la cerveza restante, primero para asegurarse de que sus clientes no habían visitado los grandes cántaros de arcilla durante la noche, y después para ver cuánta más tenía que comprar. Necesitaba reabastecerse con frecuencia. Eso significaba un viaje al mercado esa mañana para buscar por lo menos dos cántaros.

En-hedu regresó con una canasta que olía a pan fresco, con Kuri renqueando detrás. Los tres se dirigieron al cuarto de Tammuz y desayunaron con pan y salchichas y bebieron cerveza aguada en tazas toscamente talladas. Cuando terminaron, Tammuz le dio a Kuri unas piezas de plata y le indicó que fuera a comprar más cerveza.

Kuri partió, llevándose consigo a dos clientes para que lo acompañaran y cargaran de regreso los cántaros llenos. Una jarra de cerveza gratis pagaría sus esfuerzos.

En-hedu limpió las migas de la mesa, echándolas en la canasta, y luego se sentó enfrente de Tammuz, del otro lado de la mesa.

—¿Qué tengo que hacer, amo?

Una buena pregunta sobre la que había que discutir, pero de la que no podía hablar allí, y menos con la puerta abierta y los hombres escuchando.

—Ven, salgamos a caminar.

Afortunadamente, por las mañanas poco o nada solía suceder en la taberna y Kuri podía ocuparse de los pocos clientes que llegaban. Al atardecer, estarían más ocupados, y Tammuz sabía que En-hedu sería útil para atender a los clientes.

Una vez en la calle, ella se movió hacia su lado izquierdo y le tomó la mano sin decir una palabra. Él la condujo por la callejuela. Le afectaba que ella lo tocara, y la imagen de sus pechos desnudos le pasó por la cabeza. Para cuando apartó la idea de su cabeza, ya habían cruzado dos calles y llegado a la calle en donde residía Korthac.

Tammuz aminoró el paso.

—Aquí es donde vive Korthac —dijo, señalando hacia la posada, una docena de pasos más adelante. En la puerta había un centinela aburrido, con una espada en la cintura—. El egipcio no se quedará mucho más tiempo en este lugar. Se mudará a una buena casa, lejos de la gente corriente.

—La señora Trella dijo que sólo los hombres de Korthac viven ahí dentro, además del posadero —observó En-hedu.

El centinela ni siquiera levantó la vista cuando pasaron. Continuaron y pronto



llegaron a la puerta del río. Volviendo hacia el sur, caminaron en silencio hasta que la muralla de Akkad quedó a sus espaldas y el aire fresco de las granjas les limpió los pulmones. Una piedra plana cerca del río les proporcionó un lugar para sentarse.

—¿Quieres averiguar algo sobre ese Korthac?

En-hedu se apretó las rodillas con sus brazos.

—Sí. La señora Trella quiere saber qué está planeando. —Tammuz le dijo todo lo que sabía sobre Korthac, su severo control sobre sus hombres, el modo en que los mantenía apartados de todos los demás en Akkad.

—Deberíamos averiguar dónde tendrá su nueva casa —dijo ella—. Tal vez eso pueda ayudar. Sería bueno mantener vigilada la nueva casa, ¿verdad?

—Sí, pero pronto notarían a quien estuviera todo el día deambulando por allí.

—Sí..., pero si vendiera alguna cosa, como cualquier otro vendedor callejero, nadie me prestaría atención.

Él la miró. Una mujer no solía hacer sugerencias a un hombre, mucho menos una esclava a su amo. Pero ella no era una mera esclava. Trella lo había urgido a que la escuchara, lo que significaba que Trella confiaba en su inteligencia.

—Y si monto mi carro antes de que ellos se muden, nadie sospechará nada. —Ella se acomodó en la roca, mirándolo a los ojos—. Eso es algo que puedo hacer, Tammuz. Una esclava tiene que ganarse el pan. Es lo que cualquier sirviente haría por su amo.

—Y por la noche podrías volver a la taberna —musitó— para ayudar con los clientes. Una vez que oscurezca, yo podría vigilar la casa de Korthac desde cualquiera de los tejados vecinos. —Le tocó la mano—. ¿Harías eso?

—Para ayudarte, para ayudar a la señora Trella..., eso no es nada, amo. Trabajaba desde el alba hasta el atardecer para mi antiguo amo tiñendo cueros. Mira qué brazos. —Y los alzó.

Sus brazos parecían tan fuertes como los de cualquier granjera que se pasara el día en el campo. Pero los ojos de él sólo se fijaron en los brazos de ella por un momento, antes de verse atraídos por sus pechos. Apartó la vista cuando ella bajó los brazos.

—Amo, no necesitas apartar la vista. Puedes tomarme cuando quieras. Me han tomado muchas veces.

Tammuz apretó los dientes pensando en su antiguo amo.

—En-hedu, nunca he estado con una mujer. Cuando esté con alguna, quiero que ella desee... estar conmigo. —Las palabras habían salido sin pensar, pero lo que le sorprendió fue que recordaba haber escuchado esas palabras con anterioridad: en el campamento unos días antes del regreso de Eskkar a Akkad. Alguien le había preguntado al capitán de la guardia sobre su esclava, Trella. Y Eskkar había respondido que él ya no deseaba tomar a las mujeres contra su voluntad, que le

resultaba más satisfactorio recibir su placer cuando la otra persona también lo quería.

—Tammuz, no estoy segura de que quiera volver a estar con un hombre. Lo único que tengo en la memoria es dolor. Dolor y humillación.

Su antiguo amo, otra vez. Ese hombre debería morir. *¿Y por qué no?*

—En-hedu, la señora Trella te entregó a mí para que pudieras ayudarme. —Se puso de pie y le alargó la mano—. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente. Pero por ahora hagamos nuestros planes con respecto a Korthac, antes de que tengamos que regresar. De lo contrario, Kuri se beberá toda la cerveza fresca.

Ella le cogió la mano y él sintió el placer de su tacto recorriéndole el cuerpo. «Sé paciente», pensó. Después pensó en el antiguo amo de la muchacha. «Seré paciente también con él» —decidió—, «paciente hasta que le clave el cuchillo entre las costillas».

## CAPÍTULO 8

El sol de mediodía cayó sobre Bisitun antes de que Eskkar pudiera sentarse por primera vez. Estiró sus agotadas piernas y se relajó por un momento. Desde el amanecer de la captura de Ninazu, Eskkar y sus hombres habían recorrido toda la villa sin apenas hacer una pausa para tomar una jarra de agua o comer un bocado de pan. El caos duró toda la mañana, con un centenar de tareas que demandaban su atención.

Mientras Sisuthros trabajaba en la protección de la villa, Eskkar recogió todos los caballos que encontró y los puso bajo vigilancia. Los acadios, a caballo, custodiaban la empalizada para asegurarse de que ninguno de los bandidos escapara. Los centinelas mantenían la guardia en ambas puertas, mientras que el resto de los hombres de Eskkar custodiaban a los prisioneros.

Eskkar había escoltado a Ninazu, con los brazos atados firmemente a los costados, de vuelta a su propia casa. La imagen del jefe de los bandidos por las calles ayudó a devolver el orden a la villa. Una vez allí, Eskkar ordenó que le rompieran una pierna a Ninazu, para evitar que tratara de escapar.

Entretanto, Hamati, con un escuadrón de hombres, registró una por una todas las casas y chozas, en busca de bandidos que intentaran ocultarse entre los edificios o en los tejados. Eso le llevó la mayor parte de la mañana. Cuando terminaron, habían descubierto y capturado a casi una docena de los hombres de Ninazu desperdigados por todo Bisitun, escondidos en rincones o bajo mantas. Al tratar de escapar, uno de los bandidos había matado a un poblador. Mitrac mató al bandido de un flechazo cuando éste rehusó rendirse.

Mediada la mañana, Eskkar se sintió satisfecho de que sus soldados hubieran capturado o matado a todos los hombres de Ninazu. Gradualmente, una sensación de alivio se extendió sobre la villa. Las mujeres dejaron de gritar; los hombres, de maldecir. Pese a todo, la mayoría de los asustados habitantes de Bisitun permaneció en sus chozas, preguntándose qué nuevas desgracias traerían esos acadios del sur.

Eskkar envió a varios de sus hombres a localizar y reunir a los ancianos de la villa y a los principales comerciantes, aunque pocos de ellos quedaban. Al mismo tiempo, tres mensajeros, en caballos capturados, partieron hacia los alrededores para correr la voz de la derrota de Ninazu y traer a los granjeros más importantes, para que todos pudieran ver lo que los nuevos gobernadores de Bisitun habían logrado.

A medida que la población se daba cuenta de que no sería robada ni violada, hicieron acopio de valor y se dirigieron a la zona del mercado, vacía salvo por los hombres de Eskkar y algunos pocos caballos. En épocas de prosperidad, estaría llena

de carros con toda clase de hortalizas, animales y mercaderías para vender, pero durante la mayor parte de la mañana no pudo verse ni un carro, ni un vendedor, ni siquiera un mendigo.

Al mercado, un rectángulo irregular limitado por edificios de toda forma y altura, se accedía por media docena de retorcidas callejas. Esto dejaba mucho sitio para los habitantes, y pronto más de cien personas llenaron la plaza. A los ojos de Eskkar, no tenían mejor aspecto que los pobladores de Dilgarth. Aunque rodeados de granjas frutales, la comida era escasa en Bisitun, puesto que los hombres de Ninazu se llevaban la mayoría de lo que los granjeros cosechaban. Muchos pobladores mostraban golpes en sus delgados cuerpos, marcas del brutal tratamiento de los bandidos. La mayoría vestía túnicas sencillas a las que les hacía falta un lavado. Sólo unos pocos poseían sandalias, aunque Eskkar recordó que casi todos los hombres de Ninazu tenían.

Se alzaron las exigencias de venganza contra Ninazu y sus seguidores, siendo las mujeres de la villa las que más alto gritaban. Docenas de ellas, violadas por los bandidos, asesinados sus maridos o ambas cosas, pedían la muerte de Ninazu. Esos gritos sólo se detuvieron cuando Eskkar les aseguró que pronto recibiría su castigo. Después los pobladores clamaban por alimentos. Ninazu no se había molestado en buscar suficientes provisiones para el asedio, y la mayor parte de lo que habían almacenado fue para sus hombres, por lo que poco quedó para Bisitun. Afortunadamente, el puñado de caballos muertos proporcionaría al menos una comida decente para la mayoría. Eskkar envió a más jinetes a la campiña, para hacer saber a los granjeros que podían volver a traer sus cosechas con seguridad y que recibirían un precio justo.

Al mediodía, los hombres de Eskkar patrullaban calles y callejas, las puertas permanecían cerradas y custodiadas y los pobladores se esforzaban por reparar la sección incendiada de la empalizada. Cincuenta y siete seguidores de Ninazu habían muerto, y cuarenta y siete habían sido hechos prisioneros. Algunos de ellos, los menos violentos y más fáciles de controlar, serían esclavizados. Con la marca de Akkad en la frente, pasarían el resto de la vida trabajando en los campos y en los canales. Los demás serían ejecutados.

Nadie, incluyendo a Eskkar, tenía la más mínima simpatía por ninguno de ellos. Habían elegido vivir por la espada a costa de sus vecinos. Los bandidos capturados merecían una sentencia de esclavitud, aunque sólo fuera para que pagaran por sus crímenes.

Unos treinta o más bandidos se habían escurrido en la confusión. Los hombres de Eskkar informaron de haber escuchado chapuzones en el río, por lo que, sin duda, muchos se habían arriesgado a huir a nado. Aquellos que lograran cruzar el río no supondrían ninguna amenaza para Bisitun durante mucho tiempo. Era posible que

aún quedaran uno o dos escondidos en la villa, pero los hombres de Eskkar pronto los descubrirían.

Sorprendentemente, Eskkar sólo había perdido a seis hombres durante la lucha. Dos, de los que habían trepado la empalizada con Eskkar. Sisuthros había perdido a los demás rechazando el ataque de Ninazu en el campamento y durante el ataque a la puerta. Ocho más habían resultado heridos, pero, con suerte, sobrevivirían. Para los soldados de Akkad, esto parecía un logro increíble. Superados en número, y con mínimas pérdidas, habían derrotado a un enemigo fortificado y enérgico en el espacio de unas pocas horas. La reputación de Eskkar entre los soldados como líder astuto que se preocupaba por sus hombres se incrementó aún más.

Los habitantes de Bisitun estaban igualmente impresionados. Ninazu les había mentido, les había dicho que los acadios matarían a todos los pobladores, así como les había asegurado que la villa no podía ser conquistada.

Eskkar y Sisuthros tenían mucho trabajo por delante. Los escribientes llegaron desde el campamento y se pusieron a hacer listas de los pobladores muertos o robados por Ninazu y sus hombres. Eskkar envió un jinete a Akkad para informar a Trella y a Gatus de que Bisitun había sido liberada. Habló con más de una docena de hombres hechos prisioneros por Ninazu y los liberó a todos. Usando a uno de sus escribientes, Eskkar hizo una lista del botín hallado en casa de Ninazu. El jefe de los bandidos había ocupado el edificio más grande de Bisitun como residencia, y Eskkar no vio motivo para desperdiciarla, por lo que la convirtió en su cuartel general.

Los pobladores, organizados en pequeños grupos, comenzaron a enterrar a los muertos y a reparar el daño causado por la batalla. Sin embargo, no fue sino hasta el mediodía cuando Eskkar se sintió lo bastante confiado como para ordenarles a todos que se dirigieran a la plaza del mercado a oír sus palabras. Si no hubieran muerto o huido tantos pobladores, la plaza jamás habría podido albergarlos a todos. Incluso los tejados parecían tan abarrotados como las calles.

Eskkar detestaba dar discursos, pero la gente de Bisitun necesitaba oírlo y verlo. Ellos, como los pobladores de Dilgarth, tenían que saber quién era, por qué había venido y cuál sería su papel en el futuro. Cuando observó a la multitud, vio el pavor y el miedo que todavía atenazaban a muchos de ellos. La multitud se aquietó cuando él se subió a un carro y alzó la mano, mientras los soldados recorrían la plaza pidiendo a todos que se callaran. Esperó imperturbable hasta que el parloteo se convirtió en murmullo y éste en silencio.

En voz alta, Eskkar anunció que Bisitun estaba ahora bajo el poder y la protección de Akkad, y que desde ese día Sisuthros gobernaría en nombre de Akkad. Se establecería un nuevo concejo, que incluiría a artesanos y granjeros así como a mercaderes, para tratar los asuntos locales, sin olvidar la justicia con los bandidos y sus víctimas. Las mismas costumbres que gobernaban Akkad tendrían allí vigencia y

se aplicarían a todos por igual, de la misma forma que se hacía en Akkad.

—¿Cuáles son esas nuevas costumbres? —preguntó una voz entre la multitud.

—El concejo —dijo Eskkar, alzando la voz para pedir silencio— establecerá los precios de los granos y otras mercaderías. El concejo también establecerá los castigos para los delitos, desde el robo hasta el asesinato. El concejo decidirá cuáles son las leyes que necesita la gente de Bisitun, y esas leyes se aplicarán a todos en la villa y granjas aledañas, incluyendo a los miembros del concejo. Quien se sienta tratado injustamente puede apelar primero al concejo y después a Sisuthros. Él decidirá cualquier asunto importante o, si lo considera necesario, Sisuthros podrá referirme el asunto a mí y al concejo en Akkad para una decisión final. Seréis gobernados de manera justa y equitativa.

Los pobladores se miraron entre sí, sin duda preguntándose qué significaba todo aquello, pero unos cuantos vitorearon el anuncio de Eskkar.

—Las nuevas costumbres —añadió Eskkar— también se aplican a mis soldados. Ellos han recibido estrictas instrucciones de no tomarse libertades con los residentes. Comenzando en este instante, Sisuthros proveerá al lugar de soldados no sólo para la protección de la villa, sino también para formar patrullas regulares en las granjas de la zona. Más soldados y artesanos llegarán desde Akkad en los próximos meses, para reforzar la empalizada y brindar más seguridad. Tendrán prioridad la entrega de las granjas a sus legítimos dueños y la ayuda con los canales y la irrigación. Los impuestos, en forma de mercaderías, serán enviados a Akkad de manera regular para pagar por la protección y la seguridad que Akkad proporcionará.

Eskkar no habló durante mucho tiempo, sino que amplió el mismo discurso que había dado en Dilgarth hacía apenas unos días. Dejó a la multitud en manos de Sisuthros, para que éste se hiciera cargo de las preguntas de los habitantes. Pasaron las horas. Sisuthros explicó las nuevas costumbres de Akkad en detalle, interrumpido constantemente para que respondiera una pregunta tras otra. Al principio tuvo problemas para mantener a la multitud controlada, pero cuando todos se dieron cuenta de que serían oídos, se tranquilizaron un poco y aprendieron a levantar la mano cuando deseaban que se les escuchara.

Sisuthros consultó con los vecinos y los mercaderes, así como con los pocos granjeros que se habían refugiado en Bisitun. Tomó nota de los candidatos presentados para el concejo y prometió comenzar la distribución de las tierras y bienes robados a la mañana siguiente. Cuando finalizó, dispersó a los aldeanos y les dijo que volvieran a sus casas y granjas. Después, haciendo caso omiso de las peticiones y preguntas aún pendientes, reunió a quienes constituirían el concejo de ancianos y partió hacia una de las casas cercanas a la plaza.

Eskkar exhaló un suspiro de alivio al verlos partir, con la mayoría de la gente siguiendo a Sisuthros. Junto con Grond, entró en la antigua casa de Ninazu. Alguien

había servido la mesa con comida y bebidas y los dos hombres vaciaron sus copas de agua aun antes de sentarse. Hasta ese momento, poco tiempo había habido para comer o descansar desde que comenzó el ataque la noche anterior.

—¡Por todos los dioses, me alegra que haya terminado! —dijo Grond mientras dejaba de un golpe la copa en la mesa—. Pensé que las preguntas no terminarían nunca.

Eskkar rió.

—No terminarán. Al menos durante algunas semanas. —Volvió a llenar su copa con la jarra—. A poco que se parezcan a las gentes de Akkad, terminarán volviendo loco a Sisuthros con sus quejas y sus peleas.

—Aún no puedo creer con qué rapidez se vinieron abajo los hombres de Ninazu —dijo Grond, sacudiendo la cabeza y bostezando—. Harán falta uno o dos días para que todo se tranquilice.

—Algo más —replicó Eskkar, apoyando los pies en la mesa—. Recuerda, tenemos que apaciguar los alrededores de la villa. Necesitamos que empiecen a plantar sus cosechas lo antes posible.

En los últimos meses Eskkar había aprendido muchas cosas sobre los misterios de la agricultura. Ahora comprendía que la verdadera riqueza provenía de las cosechas, el oro era un mero medio para transferir esa riqueza de una a otra persona. Cuando las granjas produjeran en abundancia, el oro fluiría hacia Bisitun y Akkad. Sin embargo, sin las granjas de nada serviría el oro, el comercio sería escaso y la prosperidad, nula.

La conversación se agotó al tiempo que ambos hombres tomaban comida de la mesa. Había vino y pan, además de queso, dátiles y miel. Ninazu había abastecido bien su casa, con lujos ausentes desde hacía tiempo de las mesas de los aldeanos. Eskkar mezcló un poco de vino con agua. La larga noche lo había agotado más de lo que quería reconocer, y prefería no arriesgarse a tomar bebidas fuertes.

Levantó la vista cuando dos mujeres entraron en la sala después de que el guardia del clan del Halcón que estaba en la puerta las dejara pasar. Una llevaba un gran plato de madera con media docena de tajadas de carne de caballo asada. La otra tenía un pequeño plato en el que se apilaban tortas dulces. Las mujeres se parecían mucho, y Eskkar supuso que serían hermanas.

La mayor de las dos puso un pedazo de carne de caballo en cada plato y luego dejó la bandeja en el centro de la mesa. Cogió las tortas de manos de su hermana y las colocó en los platos, examinando con cuidado la reacción de Eskkar mientras hacía todo aquello. Luego hizo una reverencia, miró a Grond y ambas mujeres salieron del cuarto.

Grond se aclaró la garganta.

—Capitán, olvidé decirte que, cuando registramos esta casa, encontramos aquí a seis mujeres. Mujeres de Ninazu. Cuatro fueron devueltas a sus casas o a sus familias.

Pero estas dos... —se encogió de hombros— dicen que no tienen adónde ir.

Eskkar sacudió la cabeza. Le llevaría meses ocuparse de todos los asuntos heredados de Ninazu. Hasta el botín del bandido se había convertido en un problema. Habían encontrado una pequeña habitación sin ventanas en la vivienda que contenía cuatro sacos repletos de oro, joyas y otros bienes, la parte de Ninazu del botín. Muchas de las monedas tenían las marcas de villas del norte y el oeste, es decir, el bandido había acumulado un importante botín incluso antes de llegar a Bisitun.

Ninazu estaba junto a su botín, aunque obviamente en aquellos momentos le producía menos placer, sentado sobre él, con la pierna rota. No obstante, un soldado del clan del Halcón mantenía vigilancia constante sobre Ninazu y su oro. El jefe bandido parecía demasiado hábil y con recursos, y Eskkar no quería arriesgarse a que se escapara.

Pero hasta entonces Eskkar no había tenido noticias de ninguna mujer, aunque el hallazgo no le sorprendió. Incluso un bandido necesitaba alguien que le llevara la casa, así como mujeres para el placer. Seis mujeres parecía un número elevado para un solo hombre. La opinión que Eskkar tenía de Ninazu subió.

—Bueno, tienen que haber venido de alguna parte. —Eskkar cogió su cuchillo y cortó un pedazo de carne tibia y se la llevó a la boca. Después de la escabechina de la noche anterior en el corral, habría carne de caballo en abundancia para los próximos días. La carne humeante sabía bien, y fue entonces cuando se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Cortaba el grueso pedazo de carne, alternaba los bocados con pan recién hecho y lo bajaba todo con vino aguado.

—Ninazu trajo a estas dos mujeres cuando llegó a Bisitun —continuó Grond, mientras daba cuenta de su comida—. Sisuthros me pidió que me encargara de ellas. Se ofrecieron a cuidar tu casa si les permitías quedarse. Les dije que hablaría contigo.

Eskkar miró sorprendido a su guardaespaldas, pero éste centraba toda su atención en el plato. Grond nunca se había ofrecido para interceder a favor de otros ante su jefe, aunque más de uno en Akkad lo había pretendido y había intentado aprovecharse de su amistad con Eskkar.

—Hablaré con ellas más tarde, entonces —dijo Eskkar, mientras terminaba la carne y elegía algunos higos para completar la comida. Nunca le habían gustado las tortas dulces que los pobladores devoraban en cuanto se les presentaba la oportunidad, porque de alguna manera las consideraba impropias de un guerrero, idea que provenía de sus épocas bárbaras. Trella había sonreído cuando se lo dijo, pero ella sólo las comía en contadas ocasiones.

Cuando terminó de comer, bebió otra copa de agua, y luego se puso de pie y se estiró. La pesada comida agotó la fuerza que le restaba y se quedó exhausto. Había pasado más de un día desde la última vez que había dormido, e incluso aquel sueño había sido interrumpido. Sintió pesadez en las piernas y maldijo su debilidad.



—Grond, voy a dormir. Tú ve también a descansar. Probablemente esta noche permanezcamos despiertos hasta tarde, con todos esos aldeanos detrás de nosotros. Dile al guardia que me despierte dentro de tres horas.

Eskkar había examinado la casa con anterioridad. Tenía cinco cuartos. El cuarto común era del largo de la casa y ocupaba la mitad del edificio. En un extremo había un hogar y una mesa de trabajo para preparar las comidas; en el otro, la gran mesa en donde el dueño anterior se servía sus alimentos. Cuatro cuartos, de distinto tamaño, constituían el resto de la construcción; se accedía a todos desde el cuarto principal.

El dormitorio principal ocupaba un rincón de la casa, con una sólida puerta a unos pasos de la mesa. Dentro, Eskkar encontró una cama grande, de apariencia confortable. Había una pesada barra de madera apoyada contra el muro que él usó para asegurar la puerta, sabiendo que dormiría mejor con la puerta trancada. Oyó a Grond dar instrucciones a uno de los soldados para que montara guardia, más con el fin de mantener alejado a cualquiera que pudiera molestar a su jefe que por precaución. Deteniéndose apenas a quitarse la espada, se dejó caer agradecido sobre la cama, se colocó un brazo en los ojos para bloquear la luz y se quedó dormido al instante.

Los golpes en la puerta sacudieron los paneles de madera, y cuando Eskkar se obligó a abrir los ojos, se dio cuenta de que hacía rato que sonaban. La voz de Grond lo llamaba desde el otro lado, pero le costó despejar la cabeza y obligarse a sentarse. Una mirada a la ventana le dijo que habían pasado varias horas. Le gritó a Grond que dejara de golpear la puerta, se levantó y la abrió.

Grond ya se había ido, reemplazado por las dos mujeres que habían servido anteriormente la mesa. Una llevaba una gran jarra con agua en ambas manos, mientras que la otra sostenía un gran bol de arcilla. Ambas llevaban toallas en los brazos. Entraron mientras él permanecía de pie, inmóvil, intentando comprender su presencia, y dejaron las cosas en la pequeña mesa cerca de la cama. La mayor se volvió hacia él, haciendo una reverencia.

—Señor Eskkar, me llamo Lani. Ésta es mi hermana, Tippu —añadió, señalando a la más joven, quien hizo una reverencia aún más profunda que su hermana—. Grond nos ha pedido que le atendiéramos cuando despertase. —Al no responderle, ella continuó—: ¿Un poco de agua, señor?

Todavía no del todo despierto, Eskkar trató de despejar la mente. El ofrecimiento del agua hizo que se diera cuenta de que estaba sediento, así que asintió. La más joven tomó una copa finamente tallada de la mesa y le sirvió agua. Él la vació antes de devolvérsela a Tippu.

—Señor, ¿nos permitiría que le ayudásemos con el... baño? —preguntó Lani—. Tiene la túnica manchada de sangre y suciedad, al igual que las manos. Debería lavarse y ponerse ropa limpia antes de volver a aparecer ante los pobladores.

Por primera vez se percató del hedor a sangre y el sudor en su cuerpo.

—¿Hay algún pozo por aquí? —preguntó Eskkar, ya saciada su sed. Ciertamente no tenía intención de dejar que dos extrañas lo asearan. Sus pensamientos volvieron a Trella, y a la primera vez que ella había aseado su cuerpo desnudo, la primera vez que una mujer había hecho algo así. Fue de lo más erótico, e incluso en aquel momento el recuerdo hizo que su hombría se estremeciera de placer.

—Sí, señor, hay uno al otro lado de la plaza, pero en este momento está rodeado de pobladores cotilleando sobre los hombres de Akkad.

Completamente despierto ya, Eskkar se percató de lo alta y atractiva que era Lani, con aquella figura llenita y graciosa y el cabello castaño. Se había pintado los ojos pardos con un poco de ocre, lo que les daba un intrigante tono rojizo. Muchas de las mujeres de los mercaderes acaudalados en Akkad hacían lo mismo, para aumentar su belleza, aunque Trella nunca lo hacía. La profunda voz de Lani sonaba placentera a sus oídos, y ella vestía una prenda de buena calidad, sin duda robada a alguien por su antiguo amo. Ahora que tenía tiempo de examinarla, calculó que rondaría las veinticinco estaciones.

Ella notó su mirada y bajó los ojos.

—Perdone, señor, pero ignoramos lo que desea. Denos instrucciones, por favor.

Ya fuera por sus palabras o por su tono, el caso es que se excitó aún más, así que se dirigió hasta la cama y se sentó. Se observó y vio que realmente su túnica estaba manchada de sangre y suciedad y que el escaso tiempo pasado en el pozo aquella mañana no había quitado toda la sangre de sus manos. Observando ahora la cama sucia, pensó que Lani tenía razón. Consideró dirigirse al río, pero eso implicaba una larga caminata desde la casa de Ninazu y sin duda sería molestado a cada paso por los pobladores. Eskkar tendría que usar los paños y el bol de agua después de todo. Lo podría hacer por sí solo, pero...

—¿Hay alguna túnica limpia que pueda ponerme, Lani?

Ella apretó los labios por un momento.

—Es usted mucho más alto que Ninazu, pero tal vez encontremos algo en la casa. —Lani se volvió hacia su hermana—. Mira a ver lo que tenemos. Si no hay nada que le sirva, tendremos que ir a por algo al mercado.

Tippu dejó los paños para secarlo, miró nerviosa a Eskkar y abandonó el cuarto.

Eskkar se puso de pie y se quitó la túnica por encima de la cabeza, y luego dejó caer la prenda sucia al suelo.

—Tu hermana no habla demasiado.

—Ella ha sufrido mucho y tiene miedo, señor Eskkar —respondió Lani con calma, mientras vertía agua de la jarra en el bol—. Al igual que yo. A ambas nos preocupa qué va a ser de nosotras.

Eskkar observó sus movimientos mientras empapaba uno de los paños en el agua

y luego lo escurría. Sus manos eran rápidas y seguras.

—No tenéis nada que temer, Lani. Nadie va a haceros daño ahora.

Ella se volvió a mirarlo a los ojos.

—Debería quitarse todas las prendas, señor Eskkar. Me temo que hace falta cambiarlas. —Ella frunció la nariz al hablar, pero no dijo nada más.

Eskkar dudó unos instantes. Maldita fuera aquella mujer por tratarlo como a un niño. Estaba de pie, por lo que aflojó la prenda y la dejó caer al suelo.

Ella la echó a un lado con el pie, luego tomó el paño mojado y comenzó a asearlo. Comenzó por su rostro, refregando con fuerza para quitar toda la tierra y limpiarle también la barba. Después continuó por el cuello y los hombros, enjuagando nuevamente el lienzo, haciéndolo girar para lavarle la espalda.

Desnudo ante aquella mujer, sintió que se excitaba. Ella hizo como que no veía su creciente erección mientras enjuagaba una y otra vez el lienzo, descendiendo hasta arrodillarse frente a él, con el rostro a escasos centímetros de su ahora enhiesta hombría. Pero ella no le prestó atención, excepto para limpiarla gentilmente con el lienzo, antes de continuar, vigorosamente, con sus piernas.

—Por favor, siéntese, señor Eskkar, para que pueda lavarle los pies —dijo Lani, levantándose para volver a enjuagar el lienzo. Se arrodilló y comenzó a limpiarle los pies.

Tippu regresó con una túnica. Si le pareció extraño ver a su hermana arrodillada frente a un hombre desnudo con su pene erecto, no dijo nada, ni siquiera miró a Eskkar a los ojos.

Lani se volvió hacia ella.

—El señor Eskkar necesitará también ropa interior limpia. Trae una prenda. — Tippu volvió a salir sin decir una palabra.

Aparentemente no había escasez de ropa interior en la casa, pensó Eskkar.

Cuando Lani terminó con sus pies, le pidió que se pusiera de pie, y le secó el cuerpo con un lienzo limpio, frotando gentilmente su rostro, luego rápidamente el pecho y los hombros y luego con gentileza en torno a su hombría aún enhiesta. Nuevamente, le pidió que se sentara y le secó los pies.

—Listo, mi señor, al menos ahora está lo suficientemente limpio como para presentarse ante sus súbditos. —De pronto alargó la mano y acarició su pene con los dedos—. Si mi señor quiere una mujer, a mi hermana o a mí nos agradecerá satisfacerlo. —Esta vez lo miró a los ojos, esperando una respuesta.

Eskkar notó un leve cambio en su voz, algo que hacía que la oferta fuera más que un deber. Para su propia sorpresa, la deseaba, y no sólo por una necesidad física. Algo en ella lo excitaba.

—Me has visto desnudo, Lani. Ahora, deja que te vea yo a ti. Quítate el vestido.

Ella se secó las manos rápidamente en el lienzo, se quitó el vestido por encima de

la cabeza y lo dejó caer a los pies de la cama. Se soltó el cabello y se quedó de pie.

Por primera vez él la vio como a una mujer hermosa. Su hombría se hinchó mientras admiraba su bello cuerpo, todo curvas y suavidad.

Una vez más volvió a abrirse la puerta, y Tippu entró al cuarto, cerrando la puerta a sus espaldas. Apenas alzó los ojos para observarlos a ambos.

—Trae la ropa, Tippu —dijo Eskkar, sin dejar de mirar a Lani—. Vístete, Lani.

Él tomo su calzón de manos de Tippu y se lo puso, gruñendo un poco mientras forzaba su pene todavía erecto dentro de la prenda, antes de ajustarla a la cintura. Tippu le entregó la túnica limpia, y él se la puso por encima de la cabeza. Observó su calidad, una prenda fina más apta para un rico mercader que para un soldado. Sin embargo, le quedaba bastante bien, aunque algo más estrecha de lo que a él le gustaba, y le llegaba sólo a la mitad de los muslos. Para entonces Lani ya se había puesto su vestido, y estaba otra vez arrodillada a sus pies, esta vez para abrocharle las sandalias. Él la ayudó con las cintas, y ella alzó la mirada, a la vez que sus manos se tocaron.

Un golpe fuerte en la puerta sorprendió a ambos. Grond entró sin esperar a ser invitado.

—¿Has descansado bien, capitán? Has dormido toda la tarde.

Eskkar se sentía mejor, gran parte del cansancio se había desvanecido de su cuerpo y de su mente. Una rápida mirada a la ventana le mostró que quedaban unas dos horas de sol, tiempo más que suficiente para reunirse con Sisuthros.

—Sí, Grond. Creo que necesitaba el descanso.

—Señor, si pudiera hablar con usted un momento... —dijo Lani, con la mirada baja y el tono respetuoso.

Él lo pensó por un instante. Sin duda Grond le había dicho que Eskkar hablaría con ella. Pero ella no se lo había recordado, simplemente le había pedido permiso. Eskkar echó una mirada a su guardaespaldas, pero éste estaba mirando a Tippu.

—Grond, espera fuera. Llévate a Tippu.

Mientras Tippu cogía la jarra, los lienzos y el cuenco de lavarse, Eskkar se ajustó la espada a la cintura y se sentó en la cama.

—Adelante, Lani. ¿Qué es lo que deseas decir?

Ella estaba de pie en el mismo sitio en el que había estado desnuda hacía apenas unos instantes, pero su voz permaneció calmada.

—Mi señor, mi hermana y yo fuimos capturadas por Ninazu y sus hombres hace cuatro meses. Mi marido fue asesinado, al igual que el prometido de Tippu, junto con nuestros sirvientes. Ninazu nos tomó a ambas para sus placeres. Él favorecía a Tippu, y me hubiera entregado a sus hombres de no haber sido por los ruegos de Tippu. Yo traté de ser útil, limpiando y manteniendo el orden entre sus mujeres y sus cosas. Después de un tiempo, llegó a depender de mí, y una vez que llegamos aquí, yo

estuve a cargo de sus asuntos domésticos. —Hizo una pausa momentánea, como recordando—. De no haber sido por Tippu, que me salvó, creo que estaría muerta.

Tomó aliento, como si quisiera dejar atrás a su pasado.

—Aquí, en Bisitun, nos llaman las prostitutas de Ninazu. Las mujeres de la villa nos odian a nosotras tanto como a él. Esta mañana, una de ellas me ha dicho que al caer la noche estaría muerta. Las otras mujeres de Ninazu han vuelto con sus familias, pero nosotras no tenemos adónde ir. Nuestro pueblo está a muchas millas, hacia el noroeste, cruzando el Éufrates. Aunque volviéramos, allí nadie nos recibiría, deshonradas como estamos, y sin nada más que la ropa que tenemos puesta.

—¿Qué es entonces lo que quieres de mí, Lani? Nadie te hará daño aquí. Mis hombres te protegerán de las mujeres de la villa.

—Eso es lo que quiero, señor, su protección y..., y esta mañana... le oí decir que pronto regresaría a Akkad. Quería pedirle que nos llevara con usted. Este lugar nos resulta odioso. —Ella vio cómo Eskkar fruncía el ceño ante la sugerencia, y continuó rápidamente—: Podemos ser sus sirvientas, señor, así como sus concubinas. Tengo experiencia en los asuntos domésticos, y Tippu puede tejer y bordar. Haremos lo que nos pida, cualquier trabajo. Sólo llévenos de aquí. Por favor, señor.

Ella le miró a los ojos y él pudo ver que le temblaban los labios. Vio que se esforzaba por contener las lágrimas, la primera vez que ella mostraba alguna emoción. Podía tener razón respecto a las mujeres de la villa. Insultarían y atormentarían a las mujeres de Ninazu, eso como poco, sobre todo a la que actuó en su nombre. Las hermanas estarían más seguras en Akkad, y Trella encontraría una buena ocupación a alguien como Lani, que parecía ser inteligente. El pensar en Trella hizo que se sintiera incómodo por un momento. No había pensado mucho en ella en los últimos días.

Lani esperó paciente, pero él vio el temor en su rostro. Ella pensaba que él iba a negarse.

—Lani, puedes volver conmigo a Akkad. Te pondré bajo mi protección. Nadie os hará daño. Pero te advierto que puede que no vuelva a Akkad durante un tiempo, y tal vez deba enviarte por adelantado. Mi esposa, Trella, encontrará un lugar para ti. —Pronunciar el nombre de Trella en voz alta le ayudó a clarificar la mente, aunque no apartó del todo sus pensamientos del cuerpo de Lani—. Y no hace falta que seas ni mi concubina ni la de nadie, Lani; tampoco tu hermana.

Con un breve llanto de alivio, ella se arrodilló, le cogió una mano y se la besó.

—Gracias, señor. Gracias. —Lani se estremeció ligeramente y apenas le salían las palabras.

Eskkar se puso de pie. Las lágrimas femeninas lo incomodaban. Le acarició la cabeza y salió del cuarto, entrando a la sala principal de la casa. El área común tenía la longitud del edificio, y las cinco recámaras a lo largo del muro estaban orientadas

hacia el centro de la casa. El cuarto en el que había dormido, con mucho el más amplio de todos, ocupaba una esquina de la casa. La mesa estaba a unos pocos pasos. Sisuthros se encontraba allí sentado, junto con Grond, Hamati y Drakis.

—¿Has descansado un poco, capitán? —preguntó Sisuthros.

Eskkar abrió la boca para hacer un comentario informal, antes de darse cuenta de que Sisuthros parecía verdaderamente preocupado por él. Eskkar vio la misma expresión en el rostro de Grond, e incluso en los otros lugartenientes. Sabían que había dormido poco en los últimos tres días y estaban preocupados por él.

Entonces suavizó la voz.

—Sí, Sisuthros, he dormido muy bien. Ahora tengo hambre otra vez.

Los alimentos llenaban la mesa y con el aroma de los bistecs de caballo cocinándose al aire libre se le hacía la boca agua. Su estómago gruñó de hambre, aunque se había alimentado hacía pocas horas. Se sentó, pero antes de que tomara nada, Tippu se le acercó y le puso delante un plato de arcilla limpio y una copa. Ella la llenó hasta la mitad con agua antes de retirarse. Grond tomó otra jarra, una con vino, y echó un poco en la copa de Eskkar.

Al dejar éste la copa, Lani llegó desde el exterior, llevando dos bistecs humeantes en una bandeja de madera. Se los puso en el plato y luego se volvió hacia él.

—¿Desea algo más, señor?

Ella estaba de pie a su lado y, cuando él giró la cabeza, casi se dió contra el busto de ella. La imagen de su cuerpo desnudo le pasó por la mente y sintió el deseo de irse con ella a la recámara. De alguna manera se las ingeniaba para proyectar su sexualidad en unas pocas palabras, palabras dirigidas sólo a él.

—Nada por ahora, Lani. Gracias. —Pronunció las palabras con cuidado, con voz neutra. Cuando se apartó, recordó su promesa y se volvió a Sisuthros—. Les he ofrecido mi protección a Lani y a su hermana —dijo a los hombres de la mesa—. Aseguraos de que todos los hombres lo sepan y comunicádselo también a los aldeanos.

—Lo anunciaré hoy en el concejo y me aseguraré de que hagan correr la voz por Bisitun —dijo Sisuthros.

Eskkar tomó un sorbo de su vino con agua.

—Ahora, contadme lo que ha sucedido mientras dormía.

En un instante, los pensamientos en torno a Lani desaparecieron. Sisuthros se había reunido nuevamente con los nuevos ancianos de la villa. La mañana siguiente llegarían los granjeros más influyentes y podrían elegir al quinto y último de los miembros del concejo. Los ancianos podrían entonces comenzar a administrar los asuntos de la villa.

Comenzarían con la ejecución de Ninazu y el castigo a sus hombres. Con la cabeza de Ninazu en un pica en lo alto de la puerta y los más salvajes de sus

seguidores muertos, los hombres de Eskkar estarían libres para otras actividades, en vez de perder el tiempo vigilando a los prisioneros noche y día. En cuanto al resto de los hombres de Ninazu, serían marcados y puestos a trabajar.

Después, el concejo recientemente elegido se abocaría al tema de la propiedad robada, lo que Ninazu había sustraído y cómo sería repartido lo que quedaba entre los dueños originales. Akkad tomaría dos décimos de cada devolución, como cobro por recuperarlas. Sisuthros suponía que llevaría un día más dividir el botín, incluyendo lo que habían reunido de los prisioneros y llevado al depósito de Ninazu.

Con Ninazu y los bienes robados fuera del camino, los soldados, los pobladores y los esclavos serían puestos a trabajar en la reconstrucción de Bisitun y las granjas circundantes, desbrozando la tierra que rodeaba la empalizada, reparando los canales de riego dañados y cualquiera de las tareas necesarias para que la comunidad volviera a la prosperidad. Una vez que comenzaran dichos esfuerzos, el concejo podría ocuparse de los temas menores que llenarían sus días en las semanas venideras, resolviendo disputas y escuchando peticiones de justicia.

Eskkar oyó las órdenes que Sisuthros dio a los hombres, antes de hablar con Hamati y Drakis sobre sus nuevas funciones. Al final de la comida, anunció que estaba satisfecho con los planes y disposiciones de Sisuthros.

—Tan pronto como Ninazu y sus hombres estén muertos, llevaré a Grond y algunos hombres a recorrer las granjas. Quiero ver por mí mismo cómo están los granjeros y sus cosechas y en qué estado se encuentran los rebaños de ovejas y cabras.

Si alguien de los que estaban a la mesa consideró inusual que el líder de Akkad visitara a los granjeros, se lo guardó para sí. Pero Eskkar sabía que Trella y los nobles de Akkad necesitaban esa vital información. No podían completar sus planes hasta no saber qué esperar de la región del norte, y cuándo. Sin un constante flujo de lino, grano y animales, el comercio en Akkad sería menos activo, y eso no podía suceder, y menos con todo lo que había que reconstruir. El verdadero objetivo de los esfuerzos de Eskkar estaban en Akkad, no allí.

Eskkar se puso de pie y se desperezó. Ahora se sentía relajado, con el estómago lleno y habiendo dormido lo suficiente como para poder continuar hasta la noche.

—¿Ha dicho algo Ninazu que nos sea de utilidad?

Sisuthros negó con la cabeza.

—Ni siquiera hemos tenido tiempo de torturarlo. —Sisuthros suspiró frente a la nueva tarea—. Hablaré con él.

—No, Grond y yo hablaremos con él. Tú ocúpate de la gente.

Grond se encaminó hacia el otro extremo de la sala principal, hasta la recámara más alejada de la que había utilizado Eskkar para dormir. Ese cuarto sin ventanas contaba sólo con una pequeña apertura cerca del techo, para luz y ventilación. Poseía

la otra puerta maciza en el interior de la casa, fresca aún la madera, lo que indicaba una reforma reciente. Un soldado montaba allí guardia, sentado en un taburete, pero se puso de pie al acercarse los dos hombres.

Grond abrió la puerta empujándola. Dentro, otro guardia, éste del clan del Halcón, estaba sentado en un cofre, la corta espada desnuda sobre su regazo, de cara a Ninazu. El prisionero tenía una buena contusión donde Eskkar lo había golpeado con el pomo de su espada, y en las mejillas tenía magulladuras y heridas causadas por los puños de Grond. Habían atado a Ninazu como a un pollo, las manos amarradas a la espalda y los brazos atados a los costados. Ya no tenía los brazaletes de plata, que habían sido entregados a Grond y Sisuthros a modo de regalo. Atada al cuello se veía otra soga, con el otro extremo anudado a un segundo cofre de madera.

Ninazu tenía las piernas sueltas, pero sus captores le habían roto la tibia derecha. La hinchazón de la pierna se había convertido en un gran cardenal azul oscuro, con sangre reseca a todo lo largo. Quienquiera que le hubiera roto la pierna sabía hacer bien su trabajo. Nadie se había molestado en volver a colocar el hueso. Ninazu estaría muerto mucho antes de que pudiera caminar o moriría a causa de una infección. Por un instante, Eskkar casi sintió pena por él, un osado bandido que se había jugado una rica villa y había perdido.

Ninazu se volvió hacia la puerta, alerta la mirada, y observó la entrada de Eskkar. La fina túnica le indicó todo lo que necesitaba saber sobre su visitante.

—Saludos, Ninazu —comenzó Eskkar. Como el hombre no respondiera, Eskkar le tocó la pierna derecha con la sandalia. Eso le provocó al prisionero una oleada de dolor por todo el cuerpo, y no le quedó más remedio que respirar hondo. Eskkar se volvió hacia el guardia—. ¿Le habéis dado algo?

—Un poco de agua esta tarde, capitán. Nada más.

Eskkar asintió satisfecho. Que le dieran suficiente agua para mantenerlo consciente, de manera que sintiera dolor y se preocupara por su futuro.

—Después te daremos más agua, puede que incluso un poco de vino, si nos dices lo que queremos saber —continuó Eskkar. El hombre no dijo nada, sólo miró a Eskkar con odio en los ojos—. Tu hermano me miró de ese modo antes de morir, Ninazu. Lo torturamos durante mucho tiempo, antes de entregárselo a las mujeres de Dilgarth, que tardaron horas en matarlo. Nos dijo todo sobre ti y sobre tus hombres.

Ninazu lanzó una mirada de odio a su captor, pero no dijo nada.

Eskkar se reclinó contra la pared y miró a su alrededor. Dos cofres repletos de docenas de estatuas de oro, cuencos y otros artículos de valor, la mayor parte de las riquezas de la villa. Cuatro sacos de buen tamaño contenían oro, plata y monedas de cobre, así como joyas, piedras preciosas e incluso algunos trabajos en cuero. Ninazu permanecería rodeado de su botín, al menos hasta el día siguiente.

—Por la mañana, los ancianos de la villa y yo te sentenciaremos a muerte,



Ninazu. De ti depende cuánto sufrirás desde ahora hasta entonces. No nos hace falta que nos cuentes mucho más, pero si nos dices todo lo que queremos saber, te daremos todo el vino que puedas tomar, y sentirás menos dolor. —Eskkar hizo una breve pausa. No odiaba a aquel hombre, ni siquiera condenaba lo que Ninazu había intentado. Muchos otros hubieran hecho lo mismo, incluso Eskkar en sus días de juventud. Ahora aquellos días parecían parte de un pasado lejano, los días anteriores a que Trella le explicara los caminos del poder y los misterios de las granjas y las villas—. O, sencillamente, podemos darte agua, para asegurarnos de que disfrutes de todas las sensaciones. La elección es tuya, Ninazu. Tu hermano eligió el vino, pero muy tarde, y sufrió mucho.

—¿Quién eres? —Ninazu tenía una voz profunda, llena de furia y odio—. ¿Por qué habéis venido a Bisitun?

Sería una pérdida de tiempo explicarle los planes de Akkad a Ninazu.

—He venido a reclamar la tierra para Akkad, y es lo que he hecho. —Eskkar se volvió hacia el centinela—. Dale toda el agua que quiera. —Paseó la mirada por la habitación, atestada con el botín del bandido. Semejantes cosas poco significaban para Eskkar, ahora que había aprendido los vericuetos del poder. El oro tenía su utilidad, pero no proporcionaba al hombre fuerza en el brazo que sostenía la espada, ni cosechas a la tierra. Hizo al centinela un gesto con la cabeza y regresó a la sala de reuniones, cerrando la puerta a sus espaldas. Eskkar y Grond salieron de la casa, hacia la plaza de la villa. El sol de la tarde se había puesto en el horizonte y pronto comenzaría una nueva noche.

—Grond, tiene que haber más botín en algún sitio, y los lugartenientes de Ninazu deben haber escondido su parte. Asegúrate de que nos diga lo que queremos saber. Comienza a trabajar en ello por la mañana, después de la primera comida. Recuerda que tiene que durar hasta la tarde, así que no le des mucho vino.

—Éste hablará, capitán. Está acabado y lo sabe. Shulat al menos podía esperar la venganza de su hermano, pero Ninazu no tiene nada por lo que vivir. Para mañana la fiebre habrá debilitado su voluntad.

—Cuanto antes lo quitemos de en medio, antes podrán los pobladores volver a sus vidas.

Eskkar pasó el resto de la noche con Sisuthros. Eskkar se reunió con tres de los nuevos ancianos, pero ellos de lo único que querían hablar era de lo mucho que habían sufrido con Ninazu, y Eskkar sólo podía tolerar una limitada cantidad de horas de semejante charla. Los dejaron con Sisuthros, y Eskkar y Grond, acompañados de dos soldados, recorrieron la villa, para ver cómo estaban los centinelas, los caballos y los hombres.

Cumplida la tarea, encontraron una pequeña taberna, bien iluminada y rebosante de los sonidos de cantos y risas. Llena hasta los topes, los felices aldeanos festejaban

que se habían desembarazado de Ninazu. Eskkar y sus hombres entraron, y recibieron unos vítores alcoholizados que continuaron mientras los clientes les hacían sitio. Eskkar pasó allí una hora, incómodo detrás de una mesa, invitando a todos a beber y hablando con los hombres. Pero él sólo bebió una jarra de cerveza. Grond bebió dos y, después de la segunda, dijo que él creía que Tippu era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Para cuando regresaron al mercado, la mayor parte de Bisitun se había preparado para irse a dormir. Incluso en la casa de Ninazu, sólo ardía una lámpara de aceite. Pocos tenían los medios o el motivo para quemar aceite o velas durante la noche, y menos cuando la luna y las estrellas ofrecían su brillo. El gran pozo de la plaza del mercado estaba desierto por primera vez, y Eskkar se detuvo a tomar un poco de agua fresca y a lavarse la cara y las manos.

En la casa, dos soldados montaban guardia, y dentro se encontró con Hamati dormido, sentado a la gran mesa, con la espada al alcance de la mano. Eskkar se detuvo a examinar a Ninazu y encontró al prisionero sumido en un sueño intranquilo. Empero, sus guardias permanecían alertas, vigilándolo a través de la puerta abierta.

Sisuthros se había cogido uno de los cuartos y se había ido a dormir hacía ya una hora; hasta la sala de estar llegaban sus ronquidos.

Eskkar dio las buenas noches a Grond y entró en su cuarto. No se molestó con la lámpara, solamente dejó la puerta abierta. El leve resplandor de la sala le permitía ver la cama, cubierta con una sábana limpia. Se quitó el cinto con la espada, sacó el arma de su funda y la colocó en la mesa baja al lado de la cama; a continuación se sentó a desatarse las sandalias. Volvió hasta la puerta, haciendo una pausa para asegurarse de que sabía la ubicación de cada cosa en el cuarto. Eskkar cerró la puerta y la trabó con la barra de madera. Se quitó la túnica por la cabeza, la dejó a los pies de la cama y se dejó caer con cansancio.

Pensó que se quedaría dormido enseguida, pero en cambio yació despierto, mirando la pálida luz de la luna brillando a través de la ventanilla en lo alto de la pared. Finalmente había terminado un largo día, y todo había salido bastante bien. Bisitun disfrutaría de su primera noche de libertad. Ahora sólo necesitaba... Sentado en la cama, alargó la mano en busca de la espada.

Algo se movió en la ventana, y su mano apretó el pomo de la espada al repetirse el movimiento, una oscuridad más negra sobre el negro cielo. La sombra se movió, y escuchó el golpe de algo que caía al suelo, junto a su cama. Eskkar había alcanzado a vislumbrar lo que había saltado.

El gato tenía unos ojos de color verde dorado que brillaban en la tenue luz, y Eskkar vio cómo lo miraban. Por un momento consideró la posibilidad de darle con la espada, pensando que sería un demonio enviado por Ninazu. Pero luego desechó ese pensamiento. El animal parecía dar por sentado que ése era su sitio al sentarse en

medio del cuarto; era una sombra oscura y sin color, salvo por los ojos, concentrados en la cama. Una vez que los ojos de Eskkar se acostumbraron a la oscuridad, se fijó en que el gato estaba alerta, pero no asustado.

Eskkar murmuró algo para sí y volvió a dejar la espada en la mesa. La criatura había trepado hasta el cuarto, así que podría salir de nuevo.

—Quédate si quieres. Pero déjame dormir. —Nada mucho más grande que un gato podía entrar. De eso estaba seguro. Se dejó caer sobre la almohada, relajó la respiración, cerró los ojos y pronto empezó a quedarse dormido.

El suave golpe en la puerta lo puso en movimiento al instante, de pie y fuera de la cama, agarrando una vez más la espada sin dudar. Se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Lani, señor. Le he traído un poco de vino.

Ella hablaba en voz baja y él casi no podía oírla desde el otro lado de la puerta. No quería vino. Quería decirle que se fuera, pero en cambio abrió la puerta. Lani y su hermana se encontraban allí de pie, el rostro de Lani tras la luz de una vela que llevaba en una bandeja. Detrás de ellas, Eskkar vio a Grond observando desde la mesa.

—¿Podemos entrar, señor? —preguntó Lani.

Él dudó, inseguro de querer verla, pero abrió la puerta todavía más y se hizo a un lado. En la bandeja que Lani llevaba había una jarra con vino y una copa, mientras que Tippu llevaba un cuenco con agua y algunos paños. Lani entró en el cuarto casi como si estuviera preocupada de que él fuera a cerrar la puerta nuevamente. Tippu la siguió, aunque más despacio. Él las miró pasar. El gato había desaparecido, sin duda por donde había entrado y del mismo silencioso modo.

—Pensamos que podría querer un poco de vino antes de dormir o que podía desear lavarse la cara y las manos. —Dejó las cosas sobre la mesa, volvió a la puerta y la cerró, aunque la mano de Eskkar todavía descansaba sobre el marco.

Antes de cerrar la puerta, Eskkar alcanzó a ver otra vez a Grond, de pie, cerca, con el ceño fruncido. Eskkar se volvió a Lani y por primera vez se fijó en que se había cambiado de vestido. Una prenda mucho más fina que parecía de un material más delicado que el lino habitual, y no era de las que se quitaban por la cabeza. Daba la impresión de que se abría por delante, los dos extremos cruzados sobre sus pechos y atados a la cintura.

Eskkar había bebido más alcohol esa noche de lo que solía permitirse; no pensaba beber nada más. En los días de antaño, tomaba todo lo que podía costearse, lo cual sólo le permitía emborracharse adecuadamente dos o tres veces al mes. Trella había cambiado todo eso y él se había jurado no volver a perder el control.

—No, Lani, no necesito vino. —Le sonrió—. Y ya me he lavado en el pozo antes de volver. Tú y tu hermana podéis marcharos.

Ella lo observó a la luz de la titubeante vela, casi como queriendo asegurarse de que en verdad se había aseado. Lani continuó como si no lo hubiera oído:

—Tal vez quiera que una de nosotras se quede para acompañarlo..., para darle placer esta noche. Si prefiere a Tippu, ella es más agradable a la vista... O podemos quedarnos ambas, si es vuestro deseo.

Él miró a Lani y luego a Tippu. A la luz de la pequeña llama, los ojos de Lani se encontraron con los suyos, mientras que Tippu los tenía fijos en el suelo. La idea de tenerlas a ambas en la cama le provocó una oleada de placer por el cuerpo. Eskkar siempre se acostaba con una mujer después de una batalla. Incluso durante el asedio de Akkad, había estado con Trella después de cada encuentro. Recordó el cuerpo desnudo de Lani y se sintió tentado. La guerra hacía eso en el hombre, que deseaba a una mujer para demostrarse que había sobrevivido mientras que otros habían muerto. Otro pensamiento le cruzó por la mente.

—Tippu... —empezó a decir, y le pareció que los labios de Lani se apretaban por un momento—, Tippu, mi guardaespaldas está ahí fuera. Él es más que mi guardaespaldas, es mi amigo. Y él te ha mirado con deseo, y me lo ha dicho. Tal vez puedas pasar un poco de tiempo con él.

Tippu miró a su hermana sin mostrar emoción alguna, y esperó hasta que Lani mostrara su aprobación con una inclinación de cabeza.

—Sí, señor, iré a donde su amigo —dijo Tippu. Y dejó el cuenco y los paños que aún sostenía.

—¿Y yo, señor? ¿Qué debo hacer yo? —preguntó Lani.

Él quería que ella se quedara, pero sus días de acostarse con mujeres contra su voluntad habían quedado atrás. Si ella pensaba que tenía que complacerlo para obtener lo que ella quería, le diría que se marchara. Pero no quería hacerlo, todavía no.

—Si tú quieres, Lani, puedes quedarte conmigo esta noche. Pero sólo si quieres. Ya tienes mi protección, y no te quiero en mi cama para que me recuerdes mi promesa.

—Me quedaré, señor. —Lani llamó a su hermana—. Espera, Tippu. Ve a nuestro cuarto. Yo enviaré a Grond allí. Trátalo bien, Tippu. —Guió a su hermana hasta la puerta, la abrió y la siguió.

Eskkar miró sorprendido cómo Lani cruzaba el cuarto y hablaba con Grond, que seguía sentado a la mesa. Lani habló con él durante un rato, haciendo gestos hacia el cuarto en el que su hermana acababa de entrar. Grond le respondió a Lani y luego escuchó un momento más antes de asentir en silencio. Lani volvió al cuarto, y esta vez fue ella quien trabó la puerta. Estaba a un brazo de distancia, y comenzó a quitarse el vestido.

Él la alcanzó y le cogió las manos y luego la acercó hacia sí.

—No tienes por qué hacer esto, Lani. Yo no me acuesto con mujeres contra su voluntad ni porque tengan miedo.

—Lo sé, señor Eskkar. He hablado con muchos de vuestros soldados hoy. Me han contado muchas cosas sobre ti y sobre tu esposa.

Ella se soltó las manos de las de él y continuó quitándose el vestido. Cuando se deshizo el nudo, ella abrió el vestido y lo dejó caer de sus hombros, hasta los brazos, como si fuera un marco para su cuerpo.

—Me han contado tantas cosas de ti que creo que me siento segura a tu cuidado. Pero también he visto hoy en tus ojos que me deseabas.

Eskkar empezó a decir algo, pero ella le puso un dedo en los labios, en un movimiento que hizo que el vestido se le diera la vuelta.

—No hay nada que decir, señor Eskkar. Quiero estar en tus brazos y en tu cama. —Lani apartó la mano, y esta vez el vestido cayó al suelo. Ella permaneció de puntillas rodeándolo con los brazos, escondiendo el rostro en el hombro de Eskkar.

Éste inhaló el perfume de su cabello y percibió un leve aroma a canela, un perfume delicado que se mezclaba con el cálido y húmedo aroma de la mujer. Ella emitió un leve sonido mientras sentía la presión de su erección, y estrechó las caderas contra él.

—Sí que te deseo, Lani —le susurró al oído—. Y estás equivocada. Tú eres mucho más hermosa que tu hermana.

Ella alzó la cabeza y él la besó, un largo beso que lo excitó aún más. Cuando el beso concluyó, ella se inclinó para apagar la vela. Mientras las tinieblas los envolvían, ella empezó a desatarle la ropa interior. Ésta enseguida cayó al suelo, y se acostaron en la cama, abrazados.

En la oscuridad, su cuerpo era terso y suave, sus pechos rozaban el pecho de Eskkar cuando éste dejaba de acariciarlos con las manos. Ella lo besó con abandono, casi posesivamente, hasta que él se excitó más y más. Finalmente ella se colocó sobre él, y lo guió dentro de su cuerpo húmedo.

Lani lanzó un largo suspiro de placer cuando él se deslizó en su interior y por unos momentos ella permaneció inmóvil. Él empujó contra ella y ella comenzó a moverse, primero despacio, después más deprisa, deteniéndose sólo para permitir que él le besara los pechos o para inclinarse hasta que se encontraban sus bocas, mientras ella apretaba los músculos de la pelvis alrededor de su pene.

Ahora completamente excitado, Eskkar se aferró a su cintura, y ella se movió contra él, forzándolo a penetrarla más profundamente, empujando hasta que él respondió con fuerza y emitió un grito al derramar en ella su semilla, con las manos en sus pechos y las manos de ella en el pecho de él. Ella permaneció sobre él, apretándolo con firmeza dentro de ella, hasta que él comenzó a relajarse. Entonces ella se echó a su lado, en sus brazos, dejando que él la tocara y acariciara.

—Lani... —comenzó, pero ella lo besó nuevamente y le obligó a guardar silencio.

—Mañana hablaremos, señor Eskkar. Mañana. Ahora necesitas dormir. Déjame que me quede contigo.

Ella se acomodó en la cama, pasando un brazo por detrás de la cabeza de Eskkar, dejando que el rostro de él descansara sobre sus pechos. Al principio él la besó y le empezó a acariciar el vientre con una mano, pero pronto se detuvo, a medida que los esfuerzos del día se le venían encima. Antes de quedarse dormido, o en sueños, no estaba seguro, volvió a escuchar su voz:

—Me quedaré contigo, señor.

## CAPÍTULO 9

**E**skkar se despertó en la oscuridad. Como mucha gente, tendía a levantarse con el alba, pero esa mañana algo lo había despertado, aunque no oyera a nadie moviéndose en la casa. Se preguntó si la novedad de su entorno o la mujer desconocida que tenía a su lado habrían interrumpido su sueño. Lani se estiró, murmurando algo entre las sábanas que él no pudo comprender.

Ella estaba de lado, dándole la espalda. Él sacó el brazo de debajo de su cuello. Tenía el brazo entumecido, y lo movió hasta que desapareció el picor de los dedos. Lani no despertó, sino que continuó murmurando palabras ininteligibles en un idioma desconocido.

Eskkar miró hacia la oscuridad de la pequeña ventana. Allí había un poco de claridad, y supo que pronto saldría el sol y que con él despertaría la casa. Se puso de lado, para que su rostro descansara contra el cabello de Lani, y percibió su perfume, o tal vez su aroma corporal. Su proximidad lo tranquilizó, y no tuvo deseos de levantarse.

Completamente despierto, y reanimado después de una noche de sueño, sabía que tenía que comenzar a pensar en el día que se iniciaba, en docenas de tareas que necesitaban su supervisión. En cambio se encontró preocupándose por Trella, lo que ella diría de esta mujer, lo que le diría a ella, cómo lo miraría a él. Sabía que no se sentiría satisfecha, pero no por haber tomado a una mujer mientras estaba lejos de ella. Eso era lo que se esperaba de un soldado durante una campaña.

No, Trella se preocuparía porque vería en Lani algo más que a una mera compañera de cama. De hecho, Lani se parecía en muchos sentidos a Trella. Las similitudes entre ambas provocaban que se sintiera incómodo. Tal vez debería haber llevado a Tippu a su lecho, simplemente para saciar su lujuria. Tippu, a quien se podía olvidar a la mañana siguiente, una cara bonita temerosa de su vida y deseosa de satisfacer. Trella no se preocuparía por una mujer como Tippu más de lo que lo haría por cualquiera de las mujeres de Akkad que se le ofrecían a su marido a la menor oportunidad.

Desde la primera noche en que había estado con Trella, había ignorado esas ofertas, sin importar lo hermosa o dispuesta que fuera la mujer. Trella le había hecho saber lo satisfactoria que podía ser una mujer decidida, alguien que pudiera compartir y entender sus sentimientos. Lani poseía mucha de esa comprensión, pero era, de alguna manera, distinta. Eskkar debería haberla enviado lejos la noche anterior, incluso hacia Akkad, o simplemente entregarla a uno de sus hombres. Pero había presentido en ella una cualidad, algo que despertaba tanto su deseo como su

curiosidad. La quería, quería mantenerla cerca de sí. Ahora no podía rechazarla, y menos después de que ella lo hubiera satisfecho tan completamente.

Incluso por la mañana, el deseo seguía siendo muy fuerte. Tal vez la necesidad disminuyera en algunos días, cuando se agotara la excitación por una nueva mujer. Eskkar no había dormido con nadie que no fuera Trella desde hacía muchos meses, y hacía aún más tiempo que no deseaba a otra mujer. Trella siempre le igualaba en pasión cuando lo amaba, y él no había deseado a ninguna otra mujer, ni siquiera para entretenerse una tarde.

Hasta la noche anterior. Ahora, otra mujer perturbaba sus pensamientos y lo que debía haber sido un simple placer se había convertido en un problema. Miró hacia la ventana, al tiempo que aparecía la grisácea luz del amanecer, proporcionando suficiente iluminación para ver dentro del cuarto.

Lani se removió en su lecho y él supo que sus sueños la perturbaban. Ella volvió a hablar, pero seguía sin entender sus palabras, suaves e indiferenciadas, como un niño durmiendo en brazos de su madre. Movi6 la cabeza, después un brazo, y dijo una palabra..., un nombre.

—Namtar... Namtar.

Dio un pequeño grito y se sentó, los ojos abiertos pero vacíos. Se cubría la boca con la mano, como si quisiera evitar seguir hablando. Lani permaneció inmóvil hasta que él se estiró y le tocó el brazo.

—¡Oh! —Se retorció en la cama, apartándose de él. Parecía confundida de encontrarlo a su lado—. ¡Por favor, no me haga daño! ¡Por favor!

—¿Por qué habría de hacerte daño, Lani? —Ella todavía no estaba completamente despierta—. Aquí estás a salvo. Nada puede herirte ahora.

Ella tomó aliento e intentó hablar, pero lo único que él oyó fue un sonido ahogado.

—Estás a salvo, Lani —le repitió, y esta vez sus palabras parecieron apaciguarla—. ¿Quién es Namtar?

Ella pegó un salto, como si él hubiera convocado a un demonio al nombrarlo. El cuerpo de Lani se estremeció, y comenzó a sollozar. Eskkar había visto a muchas mujeres llorar, pero nada igualaba lo que ahora veía y sentía. Lani se dejó caer en la cama, acercando las rodillas al pecho; le temblaba todo el cuerpo.

Hasta el año anterior nunca había desperdiciado ni un solo instante por el llanto de una mujer, y se había alejado de cualquier pena que las aquejara. Estuvo tentado de dejar a Lani a solas con su tristeza. En cambio recordó las ocasiones en que Trella había llorado contra su pecho, esas noches en las que ella se sentía inútil frente a los bárbaros. Eskkar se había jurado que Trella nunca más lloraría si él podía evitarlo.

Así pues, le acarició a Lani la cabeza y la abrazó. Había amanecido, y se oía a la gente moviéndose por la casa. Nadie lo molestaría, lo sabía, pero oirían llorar a Lani



y se harían preguntas.

Su llanto se calmó y su cuerpo se relajó contra el de él, como si fueran quienes fuesen los demonios que torturaban su espíritu se hubieran desvanecido con la luz de la mañana. Ella intentó sentarse, pero él la mantuvo abrazada, tratando de consolarla.

—Lo siento, señor —empezó a decir ella, con la voz tan ronca que al principio no podía entenderla—. Por favor, perdóname, señor. No he querido estropearle la noche de sueño.

Una vez más intentó sentarse, y esta vez él la dejó, pero le sostuvo las manos. En la creciente claridad, vio su rostro enrojecido de lágrimas, los ojos hinchados y rojos.

—¿Quién es Namtar? —repitió. Ella tembló y él pensó que iba a echarse a llorar otra vez.

—Namtar era mi marido, señor. Ninazu lo mató delante de mí. —Cerró los ojos, mientras, sin duda, revivía la experiencia—. Después de que Ninazu nos capturase, dijo que torturaría a Namtar si no lo satisfacía voluntariamente..., si no le daba mucho placer. —Ella apartó su rostro de Eskkar y dirigió su mirada a la pared—. Así que satisfice a Ninazu, mientras sus hombres se reían y mi esposo miraba, atado de pies y manos a un carro. —Sus labios temblaron mientras pugnaba por contener las lágrimas—. Tuve que satisfacerlo..., tuve que... hacer muchas cosas. Ya habíamos visto cómo habían torturado a otros hombres y mujeres. Namtar no dijo una palabra. Sólo cerró los ojos. Cuando Ninazu terminó conmigo, se puso de pie desnudo sobre mi esposo, dejando que oliera en él mi aroma, y después Ninazu rió y le clavó su espada en el corazón.

Eskkar le soltó los brazos.

—No habrías podido hacer nada, Lani. Todos hemos visto hombres torturados. Tú salvaste de eso a tu marido.

Ella sacudió la cabeza, dejando que el cabello le cubriera el rostro, como ocultando su vergüenza.

—No me quité la vida, señor. Debería haberme matado, haberme lanzado sobre la misma espada que se llevó a Namtar. —Su voz se endureció—. O debería haber matado a Ninazu cuando dormía. Pero él me dijo que Tippu debía estar igualmente dispuesta. Ninazu dijo que nos torturaría a ambas si no lo satisfacíamos. Yo no quería que mi hermana muriese. Aunque ella no ha estado bien de la cabeza desde aquel día. Pero ella obedeció mis deseos y seguimos con vida. Permanecemos con vida y confiábamos en escapar algún día o en que alguien matara a Ninazu. La diosa Ishtar ha respondido a mis plegarias. Ella te envió con tus soldados para liberarnos de él.

Se le quebró la voz al decir estas palabras, y Eskkar notó la sequedad de su garganta. Se levantó de la cama y miró hacia la mesa, hacia la copa de agua vacía. Lani siguió con los ojos su mirada.

—Traeré agua, señor —dijo, mientras ponía los pies en el suelo.

—Quédate donde estás —le ordenó, y luego fue hasta la puerta, la destrabó y salió hacia el cuarto principal.

La mayoría de los hombres se habían levantado temprano, y Sisuthros ya estaba sentado a la mesa con Hamati, sin duda discutiendo los eventos del día. Nadie pareció sorprenderse ante la aparición de su capitán, desnudo.

—Que alguien traiga agua a mi habitación —dijo Eskkar, y se volvió al cuarto. Esperó junto a la puerta y, en unos instantes, apareció Tippu con una gran jarra de agua en las manos—. Tráela, Tippu. Dásela a tu hermana. —Miró a la joven, para intentar detectar alguna señal de locura. Ella parecía tranquila, incluso más que la noche anterior.

Lani cogió la copa y bebió. Él la miró mientras bebía, contemplando su cuerpo desnudo, y sintió el despertar de la pasión.

Cuando Lani bajó la copa, lo miró con culpa.

—Perdón, señor. No debería beber de tu agua.

Él volvió a la cama y se sentó, tapándose el regazo con la colcha, y luego aceptó la copa de sus manos y tomó unos sorbos. Quedaba un poco y se lo cedió a ella.

—Termínala, Lani.

Ella terminó el agua y entregó la copa vacía a su hermana. Tippu se encaminó a la puerta.

—Tippu, quédate un momento —dijo Eskkar estudiando su rostro con detenimiento por primera vez. Más baja que su hermana, Tippu poseía una cabellera de color castaño rojizo que flotaba en torno a su pequeño rostro, de facciones delicadas como las de un niño. Su vestido, el mismo que llevara el día anterior, mostraba el cuerpo de una mujer formada. Una mujer hermosa, pero sin la inteligencia de su hermana.

Él sabía que, si se les hubiera dado la oportunidad, sus soldados habrían elegido a Tippu antes que a Lani, así como sabía que la fuerza de voluntad de Lani la volvía más deseable, al menos para él. Días y noches en compañía de Trella lo habían malcriado. Las mujeres débiles, cabezas huecas, pintadas y perfumadas, o educadas sólo para cuidar de la casa y el fogón, ya no le interesaban. Eskkar dejó de lado el irritante pensamiento.

—Tippu, anoche te envié al lecho de Grond. No me di cuenta de lo que tu hermana y tú habíais pasado, aunque debí haberlo adivinado. No necesitas volver con él hoy por la noche. Hablaré con él.

Por primera vez Tippu alzó la mirada.

—Señor, no hay necesidad de decir nada. Grond no hizo más que abrazarme durante la noche. Ya no tengo miedo de estar a su lado. Él me ha ofrecido su protección.

Eskkar se volvió a Lani, quien parecía igualmente sorprendida. Eso no parecía en

absoluto propio de Grond, un soldado que disfrutaba acostándose con una mujer tanto como cualquier hombre. Y una mujer tan hermosa como Tippu... A lo mejor la muchacha lo había hechizado.

—Tippu, trae comida para los dos. Comeremos aquí. —Le tocó la mano a Lani—. Tenemos mucho de lo que hablar, Lani. Quiero saber más de Ninazu, y de ti y de tu hermana.

Eskkar se sentó en la cama y comió, mientras Lani le contaba todo sobre Ninazu. Al estar a cargo de la casa de Ninazu, ella dirigía a sus sirvientes y concubinas y servía la mesa. Lani lo sabía todo. Ella había oído o estado presente durante la mayoría de las reuniones de Ninazu con sus hombres. Ella incluso sabía el lugar secreto en donde Ninazu había enterrado su parte del oro. Ninazu, como muchos hombres, hablaba con demasiada libertad delante de las mujeres, una mala costumbre que alguna vez Eskkar había tenido, hasta que Trella le demostró lo peligroso que podía ser ese hábito.

Después de la comida, Eskkar llevó a Hamati y a algunos hombres a buscar el oro enterrado. Cruzaron la plaza y entraron en una casa bien construida, de dos habitaciones, grande como para una familia numerosa. Sin duda, uno de los lugartenientes de confianza de Ninazu, o tal vez incluso su hermano Shulat, la había ocupado. Les llevó sólo unos momentos encontrar el escondite, todavía intacto, y exactamente donde Lani dijo que estaría. Cavaron unos instantes y descubrieron un saco grande que contenía oro, plata y gemas enterrado en el suelo.

Eskkar no esperaba encontrar un botín tan grande. Al parecer, Ninazu había tenido mucho éxito en sus incursiones incluso antes de llegar a Bisitun. Añadido a lo que habían encontrado en la casa principal de Ninazu, habría monedas más que suficientes para mantener a los constructores del muro de Trella ocupados durante varios meses, incluso después de asignar una buena parte a Sisuthros y los ancianos de Bisitun para que la emplearan en la villa.

Incluso bajo tortura, Ninazu podría no haber revelado este escondite. Por eso Eskkar decidió que tenía otra deuda con Lani.

Cuando Eskkar y Grond salieron de la casa por segunda vez, había transcurrido ya la mayor parte de la mañana. Hicieron un lento recorrido por la villa, visitando a los soldados, a los prisioneros y a los habitantes. Convencido de que sus hombres tenían Bisitun bajo control, decidió volver a la casa y visitar al prisionero.

Ninazu apenas se había movido, excepto para hacer sus necesidades. Parecía más débil y le ardía el rostro de fiebre. La infección había comenzado en la pierna rota. Eskkar hizo caso omiso del odio que se reflejaba en los ojos del hombre.

—¿Estás dispuesto a hablar, Ninazu? —Eskkar comenzó sin preámbulos—. No volveré a preguntártelo, y te aviso de que ya sé mucho de lo que quería averiguar. Así que no intentes mentirme.

—No te diré nada, bárbaro. —Ninazu trató de escupir a Eskkar, pero de sus labios resecos sólo brotó aire. Apartó el rostro.

Las palabras del hombre satisficieron a Eskkar. Había hecho la oferta el día anterior y todavía se sentía obligado a respetarla. Pero la situación había cambiado. Con el oro del bandido en su poder, Ninazu ahora significaba muy poco para Eskkar.

—Entonces sufrirás por nada, Ninazu. Lani nos lo ha contado todo —dijo Eskkar—. Ya hemos encontrado el resto del botín enterrado al otro lado de la plaza.

Ignorando las maldiciones del hombre, Eskkar se volvió al guardia.

—Sólo agua, toda la que quiera.

No habría vino para aliviar el dolor de Ninazu. Cuando estuviera muerto y sus secuaces quebrantados o esclavizados, cualquier maleante de los alrededores pronto se enteraría y abandonaría el lugar. De no hacerlo, Eskkar los expulsaría en las próximas semanas, a medida que sus patrullas peinaran la zona.

—Cuando termine de beber —dijo Eskkar al soldado del clan del Halcón que custodiaba al prisionero—, llévalo afuera. Que los hombres lo vigilen de cerca. No quiero que se mate para evitar la venganza de los pobladores. Y no dejes que ningún poblador, hombre o mujer, se le acerque. Recuerda lo que pasó en Dilgarth.

Eskkar se alejó y fue hasta la habitación contigua, utilizada por Lani y Tippu como dormitorio. Encontró a Tippu acurrucada en la cama y a Lani sentada en un banco, esperando. Había vuelto a ponerse el sencillo vestido que llevaba el día anterior. Sus ojos todavía seguían rojos e hinchados.

—Es hora de que Ninazu se enfrente a la villa, Lani. Enumerarán los cargos que hay en su contra.

—Me quedaré en mi cuarto, señor. No quiero volver a verle la cara.

Eskkar pensó en ello y negó con la cabeza.

—Lani, quiero que acuses a Ninazu de lo que os hizo a ti, a tu esposo y a la familia de Tippu. Te he dado mi protección, pero todos en la villa y todos mis soldados deben saber lo que Ninazu os hizo a ti y a los tuyos. De otro modo, algunos podrían pensar que te acercaste a Ninazu por tu voluntad. Incluso mis hombres podrían no entender. —Ella bajó la mirada, y no dijo nada—. Será difícil, Lani, pero tienes que hacerlo. Ambas. De otro modo, los espíritus de tu familia no descansarán en paz. Incluso podría ayudar a Tippu con sus recuerdos.

—Yo..., lo haremos, señor —respondió Lani, bajando la vista—. ¿Cuándo se nos requerirá?

—Aún falta tiempo. Los granjeros todavía están llegando desde los alrededores y hay mucho que discutir. Dile a tu hermana lo que tiene que decir. Yo vendré a buscaros cuando se os necesite. —Había comenzado a alejarse y se dio media vuelta—. Cuando Ninazu esté muerto, podrás empezar a sanar. Una vez que llegues a Akkad, ambas estaréis a salvo.

Ella no respondió. Eskkar salió del cuarto, enderezó su espada y se apartó el cabello de los ojos. Cuando salió al luminoso exterior, sus hombres elevaron un grito, del cual se hicieron eco los pobladores:

—¡Liberador, liberador, liberador!

Sisuthros se había preparado bien para esta reunión con el concejo de la villa. Había juntado cuatro mesas y tomado asiento en el centro del recién formado concejo de ancianos, quienes miraban hacia la plaza y al resto de los pobladores. Finalmente, llegaron todos los granjeros importantes. Sisuthros dio inicio a la reunión del concejo y, en voz alta, comenzó a enunciar los cargos contra Ninazu y los suyos.

Todos los soldados que no estaban de guardia en las puertas o en el corral se acercaron, y Sisuthros los utilizó para custodiar a los prisioneros o mantener a distancia a los pobladores, lejos de las mesas. Grond, sacando el último taburete de la casa, siguió a su capitán. Eskkar se sentó unos pasos detrás de la mesa, de espaldas a la casa, decidido a tomar tan poca parte en el proceso como fuera posible.

La turba interrumpía a Sisuthros después de cada acusación, dando gritos de aprobación o maldiciendo a Ninazu. Al final de las acusaciones, Sisuthros pidió silencio y luego anunció que el resto de Bisitun podía añadir sus propias quejas a las ya proclamadas. Después de que todos dieran a conocer sus acusaciones, Sisuthros y el concejo administrarían justicia a Ninazu y a sus hombres. Después de acabar con los bandidos, el concejo supervisaría la devolución de los bienes robados a los pobladores.

Sisuthros dio la orden y dos guardias sacaron a Ninazu a la luz del sol. La multitud profirió un furioso rugido y el eco resonó en la plaza. Gritaban maldiciones contra Ninazu y fueron necesarios cuatro soldados con las espadas desenfundadas para mantener a los pobladores a distancia, mientras dos hombres transportaban al prisionero hasta el espacio abierto frente a las mesas.

Otro soldado empujó un carro bajo hasta el centro de la plaza. Ataron a Ninazu a un costado del carro y le pusieron una mordaza en la boca, para asegurarse de que no maldijera a sus acusadores durante el proceso. Otros guardias tomaron posiciones delante de él, de cara a la multitud, alertas y decididos a asegurarse de que nadie en busca de una venganza personal atacara al indefenso Ninazu con un cuchillo o una espada.

Comenzó el proceso, aunque se desarrollaba con demasiada lentitud para el gusto de Eskkar. Cada uno de los ancianos quería hablar, y Sisuthros tuvo que interrumpir a dos de ellos cuyas quejas eran interminables. Cuando los ancianos acabaron, les llegó el turno a los pobladores, que empujaban para abrirse paso, uno a uno, y comenzaban a enunciar cargos contra Ninazu.

Todos los hombres y mujeres de la plaza parecían tener algún asunto personal contra el bandido. El sol había llegado casi a lo más alto del cielo antes de que

Sisuthros se pusiera de pie y anunciara que el concejo había oído lo suficiente y que el señor Eskkar deseaba hablar. Por primera vez, los pobladores se quedaron callados, sin saber qué era lo siguiente.

Eskkar se puso de pie y se encaminó hacia los ancianos. Cuando llegó a las mesas, se subió con facilidad a una de ellas y se puso frente a la multitud. Detestaba hablar con las multitudes, pero había preparado sus palabras mientras hablaban los pobladores. Una brisa soplabla el cabello contra su mejilla, y él se lo apartó, mientras esperaba hasta que todos terminaron de hablar.

Por primera vez los habitantes de Bisitun pudieron echarle una buena mirada a su nuevo señor. Observaron boquiabiertos al alto guerrero, que tenía una mano sobre la empuñadura de la gran espada, un hombre a todas luces nacido en las estepas del norte, y que ahora estaba a cargo de sus vidas. Eskkar paseó la mirada lentamente por la plaza, escrutando, se diría, a todas las personas que tenía delante. Cuando habló, su profunda voz llegó incluso hasta los más alejados.

—Gente de Bisitun, yo también tengo quejas contra Ninazu. Hablaré por la gente de Dilgarth, que no tienen a nadie aquí para representar sus deseos. A las órdenes de Ninazu, su hermano atacó y mató a muchos en Dilgarth, y sus espíritus piden venganza al igual que un gran número hoy aquí. Era una villa tranquila, y no tenían guerreros que la defendieran. Hoy, Dilgarth está bajo la protección de Akkad, así como todos aquí están bajo la protección de Akkad. Os digo lo que les dije a los habitantes de Dilgarth. Los días de los bandidos que asolan la comarca han terminado. Desde hoy, se les perseguirá a muerte. Los pocos que aún quedan pronto aprenderán a dejar tranquilos a los que vivan bajo la protección de Akkad. Estaréis a salvo en vuestras casas y en vuestras granjas. La prosperidad de que disfrutasteis hasta la llegada de Alur Meriki volverá, y esta vez será aún mayor merced a la protección de Akkad.

Hizo una pausa para tomar aliento. Claramente admirada de su persona, la multitud permaneció silenciosa, y él se sintió satisfecho de haber dejado los detalles a Sisuthros. Facilitaba representar el papel de protector distante que hacía cumplir las órdenes desde arriba.

—Akkad, Dilgarth y Bisitun, así como las otras pequeñas poblaciones, trabajarán juntas, comerciarán juntas y se defenderán juntas. —Eskkar se volvió a Grond—. Di a Lani y a Tippu que vengan. —Volvió a alzar la voz—: Hay otras dos personas que desean acusar a Ninazu. Quiero que todos escuchéis lo que les ha hecho.

Alzando el brazo, señaló a Lani y a Tippu mientras se encaminaban al centro de la plaza. Grond sostenía a Tippu, rodeándole la cintura con el brazo, pero Lani estaba de pie, sola, llevando a Tippu de la mano. Algunos en la plaza gritaron su desaprobación frente a las mujeres, diciendo que también ellas merecían castigo.

—¡Silencio! —Eskkar aulló la palabra, y la fuerza de su voz obligó a la multitud

a guardar un silencio estupefacto. Paseó la mirada por la plaza, pero ninguno de los pobladores se atrevió a mirarle a los ojos, todos ellos repentinamente temerosos de su ira—. Acércate, Lani.

Ignorando a la multitud, ella mantuvo los ojos fijos en Eskkar hasta llegar a las mesas. Finalmente las dos hermanas estuvieron directamente frente a Ninazu.

Con voz clara, Lani enunció los crímenes que el jefe de los bandidos había cometido contra ella y su familia. Ella contó toda la historia, lo que le había hecho, dando los nombres de los asesinados y torturados. Cuando terminó, Lani cogió a su hermana del brazo y la abrazó mientras Tippu enumeraba sus propias acusaciones, el asesinato de su prometido, su violación y su esclavitud. Las lágrimas de Tippu fluían mientras hablaba, y sólo los más próximos pudieron entender sus palabras entrecortadas, dichas en voz apenas audible.

Cuando Tippu terminó, habló Eskkar, elevando la voz para asegurarse de que todos oyeran.

—Lani y Tippu están bajo mi protección. Gracias a ellas, gran parte del oro que os habían robado ha sido recuperado, por lo que todos deberíais darles las gracias. Y aunque no son de esta villa, han de ser tratadas tan honorablemente como cualquiera de vosotros.

Eskkar bajó de la mesa, y esta vez la multitud profirió un grito de aprobación. Volvió a su lugar cerca de la pared, mientras Grond escoltaba a las dos hermanas de vuelta a la casa. Entretanto, Sisuthros preguntó a cada miembro del concejo cuál era su decisión.

—¡Muerte! —Todos, por turno, pidieron que se torturara a Ninazu hasta morir. Sisuthros asintió.

—Muerte, a manos de aquellos a cuyos parientes haya asesinado —pronunció en voz alta, para que todos los presentes oyeran la justa decisión del concejo, claramente favorecida por los dioses—. Que comience la tortura. —Los gritos de aprobación de la multitud llenaron la plaza.

Los tres pobladores elegidos por los ancianos para administrar la tortura se acercaron, deseosos de comenzar su tarea, blandiendo pequeños cuchillos de los utilizados para tallar y los martillos y cinceles de punta de bronce usados por los talabarteros para decorar sus trabajos en cuero; dichos implementos servirían igualmente para infligir dolor. Los centinelas se apartaron cuando los torturadores empezaron su trabajo, para que todos pudieran ver. La multitud comenzó a echar maldiciones contra Ninazu y gritaba para que los torturadores se apresuraran con su tarea.

Le quitaron la mordaza a Ninazu y se inició el tormento. Pronto el eco de sus gritos inundó la plaza. La pierna rota hacía las cosas más sencillas. El más leve toque en esa zona anulaba instantáneamente cualquiera de los esfuerzos de Ninazu para

resistirse al dolor. Se desmayó varias veces, pero fue reanimado arrojándole cubos de agua en el rostro. También lo obligaron a beber agua varias veces para refrescarlo antes de volver a comenzar, urgidos por la multitud.

Pero Eskkar ya estaba harto. Sin que lo vieran, regresó a la casa, seguido de su guardaespaldas. Se sentó con Grond a la mesa grande.

—¿No te interesa mirar, capitán? —Grond llenó dos copas con agua.

—He visto suficiente muerte y tortura en estos últimos meses. —Eskkar se sentía satisfecho de estar lejos del suplicio de Ninazu—. Además, siempre hace que me pregunte cuánto aguantaría yo bajo el cuchillo.

—A mí me torturaron una vez —dijo Grond—. Sólo porque mi amo me descubrió mirándolo. Dijo que no había sido respetuoso.

Eskkar no se molestó en preguntarle a Grond si había gritado. Todos gritaban. Una vez más Eskkar se preguntó qué es lo que haría si él mismo fuera el torturado, cómo soportaría el dolor o cuánto tiempo tardaría en pedir misericordia o la muerte. Algunos hombres resistían hasta el final, pero la mayoría rogaba para que terminara el dolor mucho antes de que éste llegara al fin.

La idea le produjo escalofríos. En todos sus días de guerrero, sólo había sido capturado una vez, y ese día la muerte había estado cerca. La memoria de estar indefenso ante sus enemigos todavía lo perturbaba. Eskkar se juró que nunca lo cogerían vivo. Mejor dejarse caer sobre la propia espada que pasar por ese horror.

—Si el asalto a Bisitun hubiera fracasado, Grond, podría haber terminado muerto en el carro y Ninazu estaría de pie frente a mí.

—Bueno, capitán, yo hubiera vengado tu muerte. O al menos hubiera enterrado tus restos.

Miró a Grond y tuvo que sonreír.

Estaban solos en la casa, salvo por las dos hermanas acurrucadas en su cuarto, que intentaban no oír el ruido de la multitud. Fuera, todos estaban disfrutando del espectáculo. Los gritos de la plaza se escuchaban dentro de la casa casi al mismo volumen.

Eskkar terminó de comer un puñado de uvas de la fuente.

—¿Desea un poco de vino, señor, o algo de comer? —Lani había salido del dormitorio.

—¿No quieres ver cómo torturan a Ninazu, Lani?

—No, señor. Ya he visto a demasiadas personas torturadas. Ahora que le toca a él estar en la rueda, ya sé lo que va a suceder.

Eskkar miró en torno a la habitación.

—¿Dónde está tu hermana?

—En nuestro cuarto, con la cabeza escondida bajo la manta. Tippu no puede ver semejante espectáculo. La enferma siquiera oírlo.



Grond se puso de pie.

—Tal vez debería ir a acompañarla, Lani. ¿Crees que sería de utilidad?

Eskkar se preguntaba qué habría sucedido entre Grond y Tippu la noche anterior o, más bien, qué no había sucedido. Luego le preguntaría a su guardaespaldas, cuando estuvieran solos.

Pero fue Lani quien lo mencionó.

—Creo que le haría bien estar con alguien que no fuera yo durante un rato, al menos hasta que termine este espantoso día. —Miró a Grond—. ¿Puedes contenerme, como lo hiciste la pasada noche, durante un tiempo?

—Cuando se ha sido esclavo, Lani —respondió Grond—, sabes lo que hace falta. Cuidaré de ella. —Miró a Eskkar—. Si me da permiso, capitán.

Eskkar asintió, sorprendido por el tono serio de Grond. El guardaespaldas dejó la mesa y fue hasta el cuarto de las mujeres. Eskkar miró a Lani buscando una explicación.

—Eso fue lo que hizo la noche anterior, señor. La abrazó y le dijo que estaba a salvo. Ella lloró en sus brazos durante un buen rato, hasta que se quedó dormida. Tu guardaespaldas no se aprovechó de ella. ¿Fue esclavo en Akkad?

—No, no en Akkad. Me dijo que había sido esclavo en las tierras del oeste, pero nunca contó mucho al respecto, sólo que había escapado. Tiene las marcas del látigo en la espalda, e incluso en Akkad podría haber vuelto a ser esclavo, pero necesitábamos soldados para enfrentarnos a Alur Meriki.

—¿Pero nadie volvió a esclavizarlo una vez que pasó el peligro? ¿Acaso en la villa no lo declararon esclavo fugitivo?

—Yo nací bárbaro, Lani. Las costumbres de la villa no siempre son las mías. Además, él me salvó la vida, más de una vez. ¿Acaso crees que podría pagarle volviendo a esclavizarlo? —Acercó una copa de vino hacia ella, quien tomó un pequeño trago antes de devolverla.

—Y ahora eres el líder de la villa más grande de la tierra, así que ya no eres un bárbaro; de lo contrario, los pobladores no te apoyarían.

Eskkar sonrió.

—Todavía tienen problemas para aceptarme como líder. Y yo no los gobierno solo, Lani.

—Parece aún más extraño que los nobles de Akkad aceptaran que los gobierne una mujer.

Así que Lani había oído hablar de Trella. Bueno, eso hacía las cosas más sencillas.

—Ella también fue esclava, me la ofrecieron para que me llevara la casa. —Sonrió ante la idea—. Trella es lo que mi gente llama «una bendecida». Ve mucho, conoce los misterios de las granjas y las villas y entiende la conducta de los hombres.

Sin ella, yo tal vez no estaría vivo, y mucho menos a cargo de Akkad.

—He oído decir que es joven, que sólo tiene quince estaciones. Tiene que ser, en verdad, una bendecida. Tú debes de tenerla en alta estima.

Eskkar asintió.

—Más de lo que puedes imaginar, Lani. Ella es muy especial para mí. Y ella lleva ahora a nuestro hijo en el vientre, el hijo que regirá Akkad después de nosotros.

—Entonces bendigo su nombre. Y no me permitiré estar celosa de tu amor por ella.

—No lo estés, Lani. Es por ella por lo que estoy aquí y por lo que tú estás bajo la protección de Akkad. —Alargó la mano por encima de la mesa y cogió la de ella—. Y sin embargo te pareces mucho a ella, creo yo. Ambas sois inteligentes y entendéis la conducta de los hombres. ¿Cuántos años tienes, Lani?

—En la primavera tendré veinticuatro estaciones, señor. Pero mucho de lo que he aprendido es lo que más pronto querría olvidar.

Los gritos de agonía de Ninazu recorrían la plaza. Durante unos instantes, se las habían arreglado para desentenderse de los ruidos externos. De pronto, los gritos terminaron y en su lugar se oyó un gruñido de insatisfacción y desaprobación por parte de la multitud.

—Ninazu debe de estar inconsciente o muerto —dijo Eskkar—. Iré a ver.

Se acercó a la puerta y llamó a uno de los soldados. En unos momentos, Eskkar volvió a la mesa y se sentó.

—Ninazu está muerto, Lani. Los torturadores han sido un poco descuidados. Los pobladores creen que apenas ha sufrido.

Lani inclinó la cabeza.

—Me alegra que esté muerto. La vida de mi esposo ha sido vengada. Ahora puedo enterrarlo, al menos en mis pensamientos.

Todos tenían que sobrellevar el duelo y la pérdida de alguna manera, y Eskkar ya había hecho todo lo posible para ayudarla.

—Ya no te necesitarán más por hoy, Lani. Quédate dentro, hasta que todo haya concluido. —Se volvió y salió otra vez a la plaza.

La multitud recuperó la voz. Con la muerte de Ninazu, los pobladores comenzaron a discutir. Muchos querían que todos los prisioneros fueran torturados y muertos, y Eskkar observó cómo Sisuthros golpeaba con el pomo de su espada en la mesa pidiendo silencio. Cuando Sisuthros terminó de contar al resto de los hombres de Ninazu, el sol ya había pasado el mediodía.

Los acadios habían capturado treinta y nueve hombres, y cada uno debía ser juzgado individualmente. Eskkar sabía que quienes habían cometido las peores atrocidades serían malos esclavos. Demasiado ignorantes o rebeldes, tendrían que ser vigilados y custodiados por el resto de sus días, y siempre intentarían escapar,

ocasionando más problemas que otra cosa. Los pobladores denunciaron a nueve de ellos y el concejo los sentenció a muerte. Cuatro habían cometido actos particularmente atroces y fueron torturados, añadiendo dolor a sus vidas antes de morir. Un rápido mandoble al corazón con la espada se hizo cargo de los demás.

Sisuthros condenó a los que quedaban vivos, los que eran lo suficientemente dóciles para aceptar el castigo, a la esclavitud, a ser marcados con la señal de Akkad y a trabajar durante el resto de sus vidas. Ordenó que quince de ellos fueran enviados a Akkad lo antes posible. Akkad necesitaba mano de obra con más urgencia que Bisitun, para trabajar en la expansión de las murallas. Corio y sus constructores harían buen uso de los trabajadores extra.

A pesar de las necesidades de Akkad, Eskkar sacudió la cabeza ante la idea de enviar esclavos. Serían necesarios algunos de sus preciosos soldados para custodiarlos y transportarlos, tendrían que encontrar alimentos para enviarlos, junto con caballos, sogas y todo lo necesario para una marcha de por lo menos una semana hasta Akkad.

Sisuthros pasó el resto del día dividiendo las mercaderías y los animales recuperados del botín de Ninazu. A pesar de recuperar una buena parte de lo que los hombres de Ninazu habían tomado, muchos objetos de valor no pudieron localizarse. Por supuesto, varios de los pobladores reclamaban los mismos objetos, dando lugar a discusiones. Aun en las decisiones justas, los legítimos dueños se quejaban de la parte asignada para Akkad.

Todos decían que dos décimos para Akkad era una porción excesiva, hasta que Sisuthros amenazó con llevarse todo si un solo hombre volvía a protestar. Les recordó que no tendrían nada si no fuera porque los acadios los habían rescatado a ellos y a sus bienes, y que soldados acadios habían muerto para liberarlos a ellos.

El oro y las monedas de plata sustraídas a Ninazu fueron otro motivo de disputa; la dificultad consistía en establecer cuánto había sido robado a cada persona. Actuando en conjunto, el concejo tomó estas decisiones, con frecuencia después de discutir con los pobladores y de estimar lo que pensaban que cada individuo podía haber poseído.

Finalmente el sol empezó a descender bajo el horizonte occidental, y Sisuthros anunció el final de los procedimientos del día. Otra asamblea se reuniría al día siguiente, para comenzar a media mañana. El concejo de ancianos se reuniría antes, una hora después de la salida del sol, para decidir el orden del día: recuperar la productividad de las granjas, los negocios y los mercaderes.

La multitud comenzó a dispersarse, dirigiéndose a sus hogares para cenar. Incluso cuando la mayoría hubo partido, se apostaron guardias a la puerta del cuarto de Eskkar para mantener a los suplicantes más ansiosos alejados del líder de Akkad.

—Que Marduk se los lleve a todos —dijo Sisuthros con voz ronca. Puso los pies

sobre la mesa y se recostó contra la pared—. Otro día como hoy y yo mismo me haré bandido.

Eskkar se sentía igualmente cansado. El constante argüir le irritaba los nervios, agotándolo. Pero tenía que permanecer alerta, estudiar a quienes hablaban, a fin de determinar quién podía estar mintiendo y quién tenía poca habilidad para hablar. Se había mantenido al margen todo lo posible, pero había intervenido un par de veces cuando Sisuthros miró en su dirección, pidiendo ayuda. Eskkar intentó seguir el consejo de Trella: «Mantente a distancia. No te metas en los asuntos cotidianos. Deja eso a tus lugartenientes. De ese modo la gente sabrá que te ocupas de cosas mucho más importantes que la vaca de algún granjero o la cuenta de un posadero».

—Mañana será más sencillo, Sisuthros. Al menos ya has dirimido lo del oro. Se calmarán en cuanto vuelvan al trabajo. Te verás abrumado con peticiones de trabajadores, para ayudar a reconstruir las granjas, los diques, los negocios, los botes, todo lo que haya sido dañado o destruido por Ninazu.

—Capitán, no sé cómo tú y Trella lo soportáis. Mejor es una pelea contra los bárbaros. —Sacudió la cabeza—. No creo que contemos con suficientes escribientes y mercaderes; mucho menos, soldados.

Lani se acercó a la mesa llevando una bandeja con vino, queso y pan; la primera parte de la comida nocturna. Eskkar se mezcló una copa de vino y agua. Sisuthros tenía razón. Necesitarían más ayuda, y no podrían confiar en nadie de Bisitun durante meses.

—Enviaré recado a Akkad, Sisuthros. Tal vez Nicar o Corio cuenten con alguien más que puedan enviar para ayudarte. Tal vez Trella sepa de alguien.

No mencionó a la mujer de Sisuthros. Demasiado tímida y retraída, no sería capaz de tratar con autoridad a ciertos pobladores decididos.

Eskkar observó cómo Lani se movía con gracilidad en el área de la cocina, dando órdenes a las dos mujeres que preparaban la comida. Sabía que podía serle de utilidad a Sisuthros, pero la gente de Bisitun jamás la aceptaría en semejante papel. Para ellos, no importaba lo que Eskkar había dicho ese día, ella siempre sería mujer de Ninazu. Además, le había prometido su protección en Akkad.

Hamati, Drakis, los escribientes y algunos de los otros oficiales superiores estaban sentados a la mesa, todos hambrientos. Lani y Tippu volvieron, llevando bandejas cargadas con comida, ayudadas por las otras mujeres, quienes habían cocinado buena parte de los alimentos en sus hogares.

Nada muy lujoso. La comida seguiría siendo escasa en Bisitun hasta que volviera a restablecerse el mercado. Sin embargo, en los próximos días los granjeros comenzarían a traer lo que pudieran, para venderlo a soldados y pobladores. Para la cena de esa noche, los hombres comieron un guiso hecho de dos pollos, troceados y mezclados con hortalizas frescas. Cuatro hogazas de pan recién horneado ayudaron a

comer el guiso, y el vino aguado completó la comida. No era excesiva comida para un grupo de guerreros, pero la mayor parte de Bisitun no tendría mucho más para comer esa noche. Al menos ningún poblador se moriría de hambre en los próximos siete o diez días, aunque muchos se irían con hambre a la cama.

Terminada la cena, Eskkar y Sisuthros dieron otra caminata por la villa. Ambos hombres sentían la necesidad de estirar las piernas después de haber estado sentados todo el día, con cara solemne. Acompañados por Grond y otros tres guardias, pasaron horas dando vueltas hasta que la oscuridad hizo demasiado difícil ver nada.

Eskkar aprovechó todas las oportunidades para hablar con los pobladores. Ese tipo de conversación no le resultaba sencilla, pero Trella lo había acostumbrado a charlar con la gente corriente, a preguntarles sobre sus casas, sus familias, sus necesidades y sus esperanzas. Había aprendido que la gente era la que le daba el verdadero poder para gobernar, y se esforzaba en crear lazos entre aquellos a quienes gobernaba y su persona.

Los tres hombres bostezaban cuando llegaron a la plaza, por una vez vacía. Después de un día tan largo y excitante, todos estarían en la cama, ansiosos por dormir. Eskkar, Sisuthros, y Grond se asearon en el pozo, desvistiéndose y echándose agua por el cuerpo. No era tan refrescante como un buen baño en el río, pero Eskkar se prometió ese lujo para el día siguiente, sucediera lo que sucediese.

Los tres hombres entraron en la casa con la ropa en las manos. En el gran cuarto, sin sirvientes, sólo dos soldados montaban guardia junto a la puerta. Eskkar habló con ambos, asegurándose de que permanecieran alertas. Aunque Sisuthros había distribuido mucho del botín, la casa todavía almacenaba el oro destinado a Akkad.

Eskkar acababa de entrar en su cuarto cuando apareció Lani con un jarro de vino, otro de agua y una copa. Sin duda había oído a los hombres lavándose en el pozo, porque no llevó ningún cuenco para el aseo. Sirvió un poco de vino en una copa, echó agua y se la alcanzó. Ya había aprendido que tomaba el vino bien aguado.

—Gracias, Lani —le dijo, rompiendo el silencio.

Probablemente pensaba que él esperaba que lo atendiera. Ella vestía la misma prenda de la noche anterior y él ya estaba deseoso de que se la quitara. Tomó un trago de su copa.

—Lani, no tienes que quedarte aquí. La pena por tu esposo es...

Ella puso un dedo sobre sus labios.

—Mi esposo lleva muerto ya más de cuatro meses. Hoy..., al ver morir a Ninazu, puse un fin a mi dolor. Ahora tengo que cuidar de mi hermana.

—Entonces te necesitará esta noche, Lani. Quédate con ella. Tippu carece de tu fortaleza.

—Esta noche ella tiene a Grond para que la consuele. —Ella vio la expresión en el rostro de Eskkar—. No, señor, ella fue a él por voluntad propia. Ya es hora de que

deje de temer a los hombres. Y yo creo que Grond es el hombre adecuado para esa tarea. Él no da importancia a su deshonor y la trata respetuosamente. Su presencia la tranquiliza más de lo que lo harían mis palabras. Ella sabe que ahora nadie la lastimará.

«Cierto», pensó Eskkar. Sólo un tonto se atrevería a insultar a una mujer bajo la protección de Grond.

Lani se apartó y fue hacia la puerta. La cerró y puso la barra de madera contra ella. Volviéndose hacia él, alzó la cabeza.

—Creo que ha llegado el momento de que yo, también, vaya voluntariamente al lecho de un hombre. Me quedaría nuevamente esta noche, señor, si eso no os displace.

Él la miró, y su resolución se desvaneció. Ella poseía cierta esencia, algo que le hacía desearla, y supo que era más que su habilidad para darle placer. Eskkar se sentó en la cama, algo más que inseguro de sí.

—Tú sabes que te deseo, Lani. Pero no me acostaré contigo con una mentira en los labios. Mi vida está en Akkad, con Trella. Y volveré allí pronto.

—Entonces sólo te pido que mantengas tu palabra, señor, y que me lleves con mi hermana a Akkad. Hasta entonces, necesitarás de alguien que se ocupe de la casa, y de ti, y que te abrace en la oscuridad.

—No hace falta que me llames «señor», Lani. Mi nombre es Eskkar. Sólo soy un simple soldado que intenta gobernar una ciudad y un territorio rebosantes de problemas.

Ella se acercó, deteniéndose no muy lejos de su alcance, y comenzó a quitarse el vestido.

—No, Eskkar, hoy te he oído en la plaza y he visto lo que has hecho. Hoy has dado a los pobladores sincera justicia, algo que no habían visto en muchos meses. A pesar de sus quejas, ya te aceptan como líder y confían en que has de protegerlos. Eres un gran señor, para tener semejante poder sobre los hombres.

Desatado el vestido, ella dejó que se le deslizara por los hombros y que colgara de sus brazos, como había hecho la noche anterior. Cerró los ojos ante su mirada, pero tembló como si ya pudiera sentir las manos de Eskkar sobre su cuerpo.

Él sacudió la cabeza. Nadie lo había llamado «grande» antes. Si alguna vez gobernaban estas tierras, sería Trella la merecedora de ese honor. No podía explicárselo todo a Lani; desde luego, no en aquel momento. Se puso de pie y se acercó a ella, tomándola en sus brazos y acariciándole el cabello. Besó sus labios entreabiertos y oyó cómo su vestido caía al suelo. Ella sabía dulce, y él la besó con más fuerza, dejando que su otra mano encontrara y acariciara su pecho hasta que ella se quedó sin aliento.

—¿Qué puedo hacer para satisfacer a mi señor esta noche? —Ella hablaba en voz

baja, pero él detectaba pasión en ella.

Él la hizo girar y la recostó suavemente sobre la cama. Por un momento se sintió tentado de dejar la vela ardiendo, pero la imagen de su cuerpo ya estaba impresa en su memoria. Se inclinó y apagó la temblorosa luz. A pesar de su pasión, se tomó el tiempo de quitarse la espada y recostarla contra la pared, antes de acostarse en la cama.

Se abrazaron sin decir una palabra, sólo se besaron y se acariciaron durante un buen rato, hasta que aumentó la excitación. Cuando Lani se acomodó para complacerlo como había hecho la noche anterior, él la retuvo, besándole el cuello.

—Oh, no, Lani. Esta noche no. Esta noche, yo te daré placer. —Se echó de costado y comenzó a acariciarla, succionando y mordisqueando sus pezones, mientras sus dedos juguetones le recorrían el cuerpo. Al principio ella pareció incómoda por la atención, pero gradualmente se fue relajando, permitiéndole que la excitara.

Le recorrió el cuerpo entero con los labios, saboreándola, besándola, y ella empezó a gemir por el placer que él le daba. Él resistió sus peticiones, hizo caso omiso de cómo ella estrechaba el cuerpo contra el suyo, la contuvo hasta que apretó tanto la mano alrededor de la suya que pensó que iba a rompérsela.

Finalmente se puso encima de ella y se deslizó profundamente dentro de su cuerpo. Un largo suspiro de placer escapó de los labios de ella y enlazó sus piernas en torno a él.

Él comenzó a moverse contra su cuerpo, y ella igualó sus movimientos, empujándose hacia él. Poco después, lanzó un grito, a la vez que apretaba a Eskkar con los brazos y las piernas, los sonidos de la pasión cada vez más y más rápidos, hasta que Lani emitió un tenue grito en el cuello de Eskkar, con el cuerpo desbordado.

Temblando, ella no podía hacer nada, salvo aferrarse a él; Eskkar incrementó su empuje contra ella y pronto también él dejó escapar un grito al tiempo que le entregaba su semilla, con el rostro y la boca hundidos en su cabello.

Durante un largo tiempo permaneció encima de ella, su pasión agotada pero disfrutando del contacto con el otro cuerpo. Cuando se acomodó a su lado, ella gimió levemente. Él la tomó entre sus brazos y la abrazó. El cuerpo de ella se estremeció y él probó la sal de las lágrimas que sus labios hallaron al besarle las mejillas.

—¿Te he lastimado, Lani?

—No, señor. —Sus brazos se aferraron en torno al cuello de Eskkar y ella escondió la cara en la de él—. Éstas son lágrimas de felicidad.

## CAPÍTULO 10

**E**n Akkad, los días pasaron veloces para Tammuz. De un día para otro, la presencia de En-hedu en su casa había hecho que el oscuro lugar pareciera más luminoso, y su aburrida rutina pronto desapareció mientras ella se dedicaba a mejorar la taberna. Ni Kuri ni Tammuz se habían molestado nunca en mantener limpio el lugar, pero ella pronto se ocupó de revertir el descuido anterior. Ella ofreció unas copas de cerveza a un carpintero que vivía cerca. Éste trabajaba allí cuando no tenía otros encargos o si se despertaba sediento. Una hora cada vez, en el transcurso de la semana, arregló los bancos y mesas desaparejas y construyó un nuevo estante para guardar las pocas copas y platos que poseía la taberna.

A sugerencia de Tammuz, el carpintero también reconstruyó las dos puertas de la taberna, haciendo la exterior más sólida y reparando la interior, que conducía al cuarto privado de Tammuz. Cuando el artesano terminó, las dos puertas estaban en sus bisagras, abrían sin dificultad y podían cerrarse en condiciones. Por el trabajo en las puertas, el carpintero pidió cinco monedas de cobre además de su bebida habitual; tuvo que dar forma a unas puntas de bronce para las bisagras, fabricar una docena de clavos y reconstruir el marco exterior de la puerta. Por la tranquilidad de dormir más seguro por la noche, Tammuz accedió al pago. En su barrio, los habitantes pagaban cualquier precio por la oportunidad de dormir a salvo por la noche.

Unos días después, cuando el carpintero terminó su tarea y bebió su última copa de cerveza gratis, la taberna tenía mucho mejor aspecto. Para darle un toque final, En-hedu, usando un poco de tintura roja que había comprado en el mercado, dibujó una copa de vino y el símbolo del centeno en la pared exterior, para que los transeúntes supieran de un vistazo qué era lo que vendía el establecimiento.

Mientras todo esto tenía lugar, Tammuz miraba asombrado cómo En-hedu comenzaba a poner orden entre la clientela. Primero hizo que dejaran de orinar contra el muro exterior de la taberna. Los clientes habituales pronto se cansaron de sus gritos y retos y bajaban la calle hasta una esquina a aliviarse. Los clientes nuevos eran advertidos y, si alguien lo olvidaba, le decía a Kuri que no le permitiera el acceso hasta que aprendiera la lección.

En pocos días, desapareció casi por completo el apestoso olor que había en el exterior de la taberna. Al mismo tiempo, y con ayuda de Kuri, hizo un pequeño agujero en el tejado de la sala para dar al aire y al humo de la cocina la oportunidad de salir, una buena ganancia frente a la ocasional lluvia que a veces entraba. Por otra moneda de cobre, recibieron dos carretillas repletas de arena limpia. Tammuz vio cómo En-hedu distribuía eficientemente el contenido sobre el suelo sucio. Esto ayudó



a mantener bajo control a chinches e insectos.

Con estas y otras mejoras que En-hedu sugirió, el establecimiento adquirió una apariencia algo más respetable. También creció el número de clientes, lo que no sólo hizo que aumentaran las ganancias, sino que proporcionó algo más que un escondite a la media docena de ladrones que acostumbraban a ir por el lugar. Puesto que Tammuz mantenía bajo el precio de su cerveza, su clientela pronto aumentó, y la mayor parte de los clientes se conocían entre sí. Esto mantenía las peleas en un nivel mínimo y Kuri tenía pocos problemas para mantener el orden.

En-hedu quería hacer más, pero Tammuz, sonriendo, le dijo que se detuviera antes de que el lugar comenzara a parecer demasiado bueno para sus clientes. Eso la hizo reír y, sin pensarlo, él la tomó en sus brazos. Por un momento, ella pareció feliz de estar viva. Luego se puso rígida, y él supo que el recuerdo de su antiguo amo todavía la obsesionaba.

Sin embargo, no pudo evitar besarla. Su boca era tibia y suave, y ella no se resistió. Pero tampoco devolvió el beso. Él supo que ella no estaba lista, aún no. El miedo seguía en sus ojos, así que la dejó. Para su sorpresa, ella le dio un rápido abrazo antes de volver a su trabajo. Su tacto le regaló una sensación de alegría que le duró el resto de la tarde.

Siguieron pasando los días, y si sus noches carecían del placer de los dioses, él se negó a permitir que su ausencia lo molestara. «Sé paciente», se decía, aunque ahora se lo susurraba con una sonrisa en los labios.

Y lo que era mejor, el propósito que le faltaba en la vida reapareció. Desde que se lastimó el brazo, poco había esperado del futuro. Aunque había aceptado el trabajo de la taberna, lo había hecho más para complacer a Eskkar y a la señora Trella que por convicción de que alguna vez lograría algo de importancia. Ahora veía que su labor era importante, que con lo que hacía en el presente y lo que haría en el futuro podía ayudar a proteger los planes que Eskkar y Trella tenían para Akkad.

Mirando a En-hedu día tras día, comenzó a comprender los misteriosos modos de las mujeres. Y cuanto más aprendía, más entendía cómo Eskkar recibía el afecto de Trella. La punzada de envidia que siempre había sentido hacia el líder de Akkad desapareció con ese nuevo conocimiento.

Con la taberna en buenas manos y funcionando sin problemas, Tammuz pasaba varias horas al día en las inmediaciones de la posada en la que se hallaba Korthac, o en el río, donde cambiaba sus gemas. Una mañana, después de que Korthac partiera hacia los muelles para hacer negocios, Tammuz intentó entrar en la posada, con el obvio motivo de comprar comida, pero el egipcio que custodiaba la puerta lo detuvo poniéndole la mano en el pecho. Antes de que Tammuz pudiera siquiera explicarse, el dueño de la posada, de pie detrás del guardia, le pidió a Tammuz que se marchara, informándole de que, por el momento, la posada sólo atendía a Korthac y a sus

hombres.

Frustrado, Tammuz se decidió por otro método más directo. Uno de sus clientes, Sargat, un joven sólo una o dos estaciones mayor que Tammuz, se ganaba la vida robando por la noche. Ágil y fuerte, Sargat podía, usando los dedos, subirse a cualquier tejado de Akkad. Silencioso como un ratón, podía ver por la noche mejor que la mayoría. Sargat había entrado en muchas casas sin despertar a sus habitantes, había arramblado con cuanto pudo y se había marchado tan silenciosamente como había entrado.

A fin de alentar a Sargat, Tammuz inventó una historia acerca de un mercader que competía con Korthac y buscaba información sobre el reservado egipcio, y que pagaría bien por cualquier información con la que Sargat pudiera hacerse.

—Si puedes descubrir algo, ver algo, averiguar cuáles son sus planes o, por lo menos, qué es lo que hacen esos egipcios, este hombre te pagará bien por la información. —Cuando Tammuz terminó, deslizó una moneda de plata por encima de la mesa, en dirección a Sargat—. Y si sucede que te haces con algo, mi cliente estará encantado de comprártelo.

Sargat alargó la mano hacia la plata, pero Tammuz puso la suya sobre la moneda.

—No hasta que vuelvas. Y tendrás que andar con cuidado. Korthac tiene guardias en todas partes, con el aspecto de que te romperían algo más que unos huesos si te agarraran.

El ladrón asintió: había visto a los hombres de Korthac por las calles.

Poco después de medianoche, aquella misma noche, mientras Tammuz esperaba al otro extremo de la calle, Sargat subió a los tejados y se dirigió hacia la posada, desapareciendo en la oscuridad. Tammuz se acuclilló a esperar. Había pasado casi una hora sin que se escuchara nada. De pronto oyó voces, luego algo cayendo con ruido, pero todo demasiado amortiguado como para despertar a nadie. Sin embargo, él sabía que algo había salido mal.

Tammuz se puso de pie, maldiciendo cualquier inesperado problema que hubiera surgido, y observó ansioso los tejados. Una sombra tapó por un momento la luz de la luna y Tammuz pudo ver una forma oscura corriendo por un tejado.

Para entonces se veía una luz ardiendo en la posada, y Tammuz oyó la puerta que se abría. Su corazón comenzó a latir apresurado y se alejó de la calle, corriendo tan rápido como podía e intentando hacer el menor ruido posible. Cuando se sintió seguro de que no lo seguían, se escurrió por entre las calles y regresó a la taberna. Kuri lo esperaba, con la puerta sin trancar. Sargat ya estaba dentro, con la respiración agitada mientras intentaba recuperar el aliento.

Tammuz condujo al ladrón a su cuarto privado, mientras que En-hedu vigilaba la calle y Kuri custodiaba la puerta. Los dos hombres se sentaron en la oscuridad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Tammuz, con un susurro de voz—. ¿Has

averiguado algo?

—Casi me matan. Se han despertado enseguida, buscando...

Tammuz detectó el temor en la voz del joven.

—Cuéntame lo que ha pasado. Has estado ausente mucho tiempo.

Sargat tomó aliento. Tammuz le sirvió una copa de cerveza al ladrón y luego observó cómo Sargat se la tomaba sin respirar. La fuerte bebida lo calmó, y respiró varias veces antes de continuar.

—Entré. Uno de los hombres de Korthac estaba de guardia abajo, mirando el agujero del techo. Pero parecía que iba a quedarse dormido, así que esperé hasta que comenzó a cabecear y pasé por su lado.

Tammuz no esperaba que nadie estuviera vigilando el tejado. Los débiles tejados de madera y ramas crujían y se movían con cualquier movimiento, y hacían mucho ruido. Sólo alguien de figura esbelta, como Sargat, que supiera cómo moverse en silencio y con paciencia podía transitar por los delicados tejados sin despertar a los que estuvieran debajo. Tammuz se preguntó por qué Korthac pondría un guardia a vigilar la entrada del tejado, dado que sólo un extraordinario ladrón podría entrar por allí.

—Te podrían haber atrapado. No se suponía que...

—Ya lo sé —continuó Sargat—, pero respiraba como si estuviera dormido, así que me sentí seguro de poder pasar. Además, no había nada que ver desde el tejado, sólo una habitación llena de hombres dormidos, todos roncando. Pero cuando bajé la escalera, vi a otros dos hombres custodiando la puerta y otro de pie frente a una de las habitaciones privadas.

Tammuz sintió que lo recorría un escalofrío. Cuatro guardias vigilando por la noche. Nunca había oído nada semejante. Ningún mercader, ningún noble tenía a tantos hombres despiertos en la oscuridad.

—¿Qué sucedió después?

—Nada. Con tres o cuatro hombres de guardia, decidí irme. Comencé a subir por la escalera, pero la madera crujió y el guardia saltó, ya sabes, del modo en que lo haces cuando te despiertas de golpe. Me apresuré por la escalera. Después oí un ruido. El guardia blandió su espada y casi me da en la pierna. Me siguió por la escalera y yo salí corriendo. Lo oí tropezar a mis espaldas, pero yo me dirigí a las medianeras.

Tammuz conocía el resto. Sargat aventajaba a cualquiera corriendo por los tejados.

—Tienes suerte de que no te atraparan. Te dije que no te arriesgaras.

—¿Y qué hay de mi moneda? ¿Me vas a pagar la pieza de plata?

—Sí, te la has ganado. Tal vez incluso más. Espera aquí, yo...

En-hedu entró en el cuarto.

—Guardad silencio —les susurró—. Hay hombres con espadas por la calle, registrando. Quedaos aquí y no os mováis. —Ella volvió al cuarto principal.

A Tammuz el corazón le martilleaba en el pecho. ¿Cómo lo habían rastreado hasta allí? ¿Podrían haberlo seguido? Oyó la agitada respiración de Sargat y extendió el brazo, agarrando el del ladrón.

—Quédate quieto y no hagas ruido —le ordenó.

Permanecieron sentados, sin moverse, sin hacer ruido, hasta que En-hedu regresó.

—Ya se han ido. Están revisando todas las casas de la calle, escuchando, con la oreja pegada a las puertas. Gracias a los dioses que tus clientes todavía están roncando la cerveza que han bebido.

Así pues, los guardias de Korthac no lo habían seguido, pensó Tammuz. Simplemente se habían dirigido a los lugares más frecuentados por ladrones. Y no estaban pendientes de ruidos, sino de su ausencia. Si encontraban un lugar sin los leves murmullos del sueño, entonces entrarían. Se preguntó quién les dio la idea, y luego se respondió: «Korthac». Sólo él tendría la habilidad de pensar en tales cosas.

Otra cosa se le ocurrió.

—Sargat, no te habrás lastimado o algo parecido, ¿verdad? —Tammuz, aún preocupado de que alguien los oyera, mantuvo la voz en un susurro.

—No, la espada pasó a un palmo de distancia, gracias al perezoso dios que cuida a los ladrones. Aunque me rasgué la túnica y...

—Muéstramelo —ordenó En-hedu, sorprendiendo a los dos hombres.

Sargat se tocó el hombro.

—Se enganchó cuando se movió la escalera, probablemente en una astilla o un clavo. Oí cómo se rasgaba.

—No salgas de la taberna —dijo En-hedu—. Mañana te traeré una túnica nueva.

—¿Por qué?, ¿cuál es el problema? —preguntó Sargat.

Tammuz tardó un momento en comprender a su esclava.

—Mañana recorrerán las calles en busca de alguien con una manga rota. Si han visto que... Te quedarás unos días en la taberna. Si alguno de los egipcios viene por aquí, no encontrará nada.

—No hay nada más que hacer por esta noche —dijo En-hedu—. Kuri, Sargat, a dormir.

Sargat tomó otra copa de cerveza antes de salir hacia la sala para tratar de dormir un poco. Tammuz comprobó la puerta exterior antes de volver a su cuarto, ajustando la puerta interior y subiéndose a su cama.

En-hedu se acercó a él, para poder susurrarle al oído.

—Si lo hubieran atrapado, le habrían arrancado tu nombre —dijo—. No creo que tengas que arriesgarte así nuevamente. Korthac va a dejar pronto la posada. Yo espiaré su nueva casa, como planeamos. Será más seguro que tratar de entrar.

Tammuz sabía que a ella nunca le había gustado la idea de enviar a Sargat, pero En-hedu no se lo recordó.

—Tienes razón —admitió—. Si Sargat hubiera sido capturado y torturado, lo habríamos pasado mal. ¡Malditos sean los dioses! Sólo quería averiguar algo sobre Korthac para Trella, algo útil.

—Lo has hecho. Has averiguado lo alerta que están sus hombres y qué bien guarda sus secretos. La señora Trella querrá saberlo, antes de cometer ella el mismo error. Ahora hay que dormir.

El muslo de ella rozó el de él y, de pronto, se olvidaron de Korthac y de Trella. Le invadió la necesidad de hacerla suya, de montarla en aquel momento, y tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. *Sé paciente*. Se tuvo que decir esas palabras una docena de veces antes de caer finalmente en un sueño inquieto e irregular.

\*\*\*

Para En-hedu, los días junto a Tammuz parecían un sueño, un sueño feliz que esperaba que no terminara nunca. Su breve estancia en la casa de la señora Trella le había sanado el cuerpo, pero sabía que su alma necesitaba más tiempo para recuperarse. Sus años como esclava casi le destrozaron la mente, pero la señora Trella le había asegurado que, con tiempo, su espíritu sanaría.

La experiencia de vivir con Trella, Annok-sur y otras mujeres independientes en la casa del señor Eskkar le mostró a En-hedu que también ella podía ser diferente, que su vida no estaba por completo bajo el control de otros. En la casa de la señora Trella, En-hedu vio que incluso los esclavos podían ser tratados bien, respetados por sus habilidades y recompensados por sus servicios. Por primera vez en su vida, En-hedu comenzó a apreciar los únicos y especiales talentos que una mujer independiente puede poseer, y cómo usarlos.

También llegó a entender algunos de los motivos que llevaron a Trella a rescatarla. La compasión poco tuvo que ver con ello; Trella quería aliados que la ayudaran a controlar Akkad. Ella le ofreció a En-hedu la oportunidad de fraguar su propio destino, si lograba hacerse con él. En-hedu se decidió a aprovechar al máximo esta nueva oportunidad que se le presentaba.

Su infancia había consistido en tareas agotadoras en la granja de sus padres, y la existencia brutal que había sobrellevado durante las últimas tres estaciones la ayudaba ahora más de lo que se daba cuenta. Era una mujer fuerte y podía trabajar durante horas sin fatigarse. En-hedu pronto aprendió a llevar una taberna, tarea mucho menos complicada que trabajar el cuero. Después del primer día, se hizo cargo de casi todas las responsabilidades de Kuri, dejándolo libre para que ayudara a Tammuz en lo que fuera menester.

Su nuevo amo la ayudaba más de lo que él imaginaba. Incluso dándole el tiempo que necesitaba para sanar, él le ofrecía algo más, una vida que compartir con un igual. Poco a poco, En-hedu iba aceptando cada vez más tanto a él como la vida que Trella le había devuelto.

Tammuz casi no tenía posesiones, mucho menos que su antiguo amo, y En-hedu no tenía nada, salvo el vestido que llevaba puesto a diario. Pero él tenía algo más valioso que los bienes: la confianza de la señora Trella. Si la persona a cargo de Akkad consideraba a Tammuz un amigo y un valioso aliado, entonces En-hedu dedicaría sus días a ayudarlo e, indirectamente, a la señora Trella. Ese propósito en común los mantendría unidos.

Y Tammuz la escuchaba. Eso le daba a En-hedu más placer que cualquier otra cosa que hubiera conocido en la vida. Ningún hombre o mujer le había pedido nunca consejo ni se había preocupado por sus ideas. Compartir sus pensamientos con él los beneficiaba a ambos, y ella veía que Tammuz sentía del mismo modo. Una noche Tammuz le confió que, por primera vez en su vida, se sentía feliz.

Para En-hedu, el descubrimiento de que alguien se preocupaba por ella, verdaderamente, despertó sentimientos que nunca había tenido. Tammuz ocupaba sus pensamientos, y sabía que ella ocupaba los de él. Lentamente, casi a regañadientes, comenzó a pensar en entregarse a él, en darle el placer que no tenía.

Para su sorpresa, la idea le pareció menos repugnante de lo que había imaginado. Ahora que su cuerpo había sanado, comenzó a pensar con más frecuencia en someterse a él, aunque aún tenía dudas. Así y todo, En-hedu se preocupaba pensando que Tammuz podía no quedar satisfecho con ella, que después la rechazaría, como sucedió con su antiguo amo. Ella procuraba apartar esos pensamientos, pero parecía que volvían con más fuerza cuanto más atraídos se sentían el uno por el otro.

Sin embargo, compartían un propósito que los mantenía juntos. A medida que pasaban los días, amo y esclava trabajaban por igual en su esfuerzo por desentrañar el misterio que era Korthac. Ambos querían satisfacer a la señora Trella, y por la misma razón. En-hedu, en gratitud por haber salvado su vida, y Tammuz, por darle sentido a la suya.

El primer día juntos, En-hedu y Tammuz hablaron durante horas sobre Korthac. Cuando terminaron, tenían un plan, y al día siguiente comenzaron los preparativos necesarios para ponerlo en marcha.

Aprovechando la experiencia de En-hedu en la talabartería, Tammuz se acercó a una mujer mayor, Ninbanda, cuyo marido había muerto hacía pocas semanas. Él también había trabajado con cuero, cortando y dando forma a las pieles curadas hasta volverlas productos que Ninbanda vendía en el mercado. Pero con su muerte su negocio había pasado a manos de su hermano, que poco podía hacer para ayudar a la viuda. Él le daba algo de trabajo y un lugar donde vivir y le permitía vender algunas

de las mercaderías de menos calidad que llegaban a la talabartería, pero con frecuencia ella no ganaba lo suficiente para aliviar las penurias de su familia.

La mujer rápidamente aceptó la propuesta de Tammuz de compartir la venta de mercaderías adicionales que proporcionaría Tammuz. Ninbanda también accedió a su única condición: que ella y En-hedu venderían sus productos no en el mercado, sino en una calle en particular y en una ubicación particular. Tammuz, por supuesto, no dijo que allí era adonde Korthac había decidido mudarse.

Diez días después de que En-hedu llegara a la taberna, Tammuz recibió información de que Korthac había finalmente adquirido una casa nueva. Las casas más grandes en las mejores zonas de Akkad permanecían ocupadas, y no había cantidad de oro que pudiera convencer a sus habitantes de que las dejaran, para obvia irritación de Korthac. Al final, éste tuvo que llegar a un compromiso con su nueva vivienda: la nueva residencia del egipcio consistía en realidad en una casa grande flanqueada de dos más pequeñas. Por desgracia para Korthac, la casa central permanecía ocupada por sus antiguos habitantes, quienes pospusieron su partida una semana más o algo así, impidiendo de ese modo que Korthac tomara posesión de ella.

Moviéndose con celeridad, Tammuz estableció a Ninbanda y a En-hedu como vendedoras de productos en la calle frente a las viviendas de Korthac. Unos días después, cuando Korthac finalmente tomó posesión, En-hedu ya se había establecido junto con sus cosas como si llevara allí toda la vida vendiendo.

Cada mañana, En-hedu se levantaba antes del alba, juntaba los artículos del día y se dirigía a su puesto, a unos pocos pasos de las nuevas casas de Korthac. Corio, el maestro constructor de Akkad, le había ofrecido a Korthac construirle una nueva casa tan grande como quisiera, pero el egipcio había decidido esperar y se había acomodado en las tres casas adjuntas. Dividió a sus hombres entre los dos edificios más pequeños y él vivía en la casa principal con algunos sirvientes y centinelas.

En-hedu y su socia comercial, Ninbanda, empujaban de madrugada su carro hasta la calle y se sentaban detrás durante todo el día, ofreciendo sus mercancías a quienes pasaran. Sandalias, tiras de cuero para atar, cinturones, bolsos, vainas para cuchillos y espadas, muñequeras e incluso algunos anillos de cuero, collares y brazaletes. Mezclados entre las mercaderías se encontraban, en ocasiones, algunos objetos robados por los clientes de Tammuz, por lo que el negocio en realidad ayudaba a su amo a recuperar algunos de sus gastos.

Con las dos mujeres trabajando en el carro, el negocio prosperó, sobre todo porque En-hedu se llevaba sólo una pequeña parte de las ganancias. La venta significaba poco esfuerzo, le dejaba tiempo más que suficiente para conversar con Ninbanda y aquellos que vivían en la calle. En-hedu pronto se hizo familiar a los hombres de Korthac e incluso se aprendió sus nombres. Después de unos días, ella los llamaba cuando pasaban, ofreciéndoles sus mercaderías, urgiéndoles a mirar y a

comprar.

Pronto aprendió a no intentar hablar con ellos cuando caminaban junto a Korthac. El egipcio no era muy tolerante con quienes estaban a su servicio y reprendía con frialdad a cualquiera de sus hombres que confraternizara con los pobladores. Por supuesto que una mujer que vendía en la calle no era alguien en quien él se fijara, y después de ver la cara desfigurada de En-hedu, no volvió a prestarle la menor atención.

Los hombres de Korthac, en cambio, la miraban de otro modo. En-hedu reconocía una mirada de deseo en cuanto la veía, y todos los egipcios parecían arder de lujuria. No les importaba que tuviera la nariz rota. Y no sólo la miraban a ella, sino a cualquier mujer que pasara por la calle. Sus ardientes ojos devoraban a cada mujer que pasaba.

La lascivia de los hombres no era nada nuevo para En-hedu. Había tenido que satisfacer no sólo a su antiguo amo, sino también a alguno de sus amigos en más de una ocasión. Abría las piernas, cerraba los ojos y hacía lo que se le ordenaba. Su antiguo maestro le había enseñado a obedecer tan pronto como llegó a su casa. La violó de inmediato, sin siquiera molestarse en cerrar la puerta, y después la golpeó por no satisfacerlo. Los golpes continuaron a diario, hasta que ella aprendió a obedecer cada orden al instante.

Recordar aquella época la volvía aprensiva. Ella sabía que Tammuz quería gozarla, y temía el día en que él no pudiera resistirse. Una esclava estaba obligada a satisfacer a su amo, pero la idea de un hombre, aunque fuera Tammuz, poseyéndola, estando dentro de ella, le traía recuerdos dolorosos.

Después de todas estas semanas ella había aprendido a confiar en Tammuz, a permitir que la abrazara en la oscuridad, e incluso ella le agarraba de la mano a la mínima oportunidad. Sin embargo, se preguntaba qué pensaría la señora Trella si supiera que no había satisfecho a Tammuz, que había fallado en una de las tareas más básicas en relación a su amo.

Aparte de dicha preocupación, estaba deseando que terminara el día para regresar a la taberna. Pronto descubrió que el viejo Kuri necesitaba mucha ayuda para servir la cerveza, sobre todo por la noche. Él bebía demasiado de su propio bolsillo y perdía con facilidad la pista de lo que los clientes consumían y pagaban. En-hedu mantenía el ojo atento a las existencias y redujo el derroche y los vertidos. Kuri, encantado, la dejó a cargo de esa parte de sus tareas y, a cambio, hizo cuanto pudo por mantener el orden.

Naturalmente, muchos clientes querían algo más que cerveza, y la solicitaban constantemente. Tammuz echó a un hombre la primera noche por ponerle una mano encima y Kuri hizo lo mismo la noche siguiente. Para entonces En-hedu había ganado suficiente confianza en sus propias fuerzas. Después de que derribara a un cliente



borracho y de que le amenazaran con aplastarle los sesos con un taburete, los clientes habituales pronto aprendieron a dejarla tranquila.

Ella era la esclava del dueño y éste se la reservaba para sí, lo cual era bastante comprensible. Una vez que los clientes cayeron por fin en la cuenta de que ella no estaba a la venta, la aceptaron como a una igual.

En-hedu disfrutaba del tiempo que pasaba detrás del carro vendiendo mercaderías. Estar en la calle, respirar el aire fresco y disfrutar del sol con poco que hacer salvo vigilar el carro le daba aún más tiempo para recuperarse. Los largos días se volvieron semanas, y En-hedu y sus artículos de cuero formaban ya parte de la calle, frente a las residencias de Korthac, de la misma manera que los muros, las casas y la tierra, y pasaban igualmente desapercibidos.

Y así pasaron los días. En-hedu observaba a los egipcios con cuidado, siempre invitándolos a comprar algo de su carro. Algunos de ellos sólo hablaban egipcio, pero muchos habían aprendido unas cuantas palabras del idioma local. Permanecían sumisos cuando Korthac estaba cerca, pero una semana después de llegados a Akkad, Korthac comenzó a pasar la mayor parte de las horas del día en el río. Puso allí una mesa para sus negocios y cada día ofrecía un puñado de gemas para vender o cambiar. Muchos acadios se detenían ante su mesa, así como viajeros, boteros y mercaderes que viajaban por la ribera arriba y abajo del Tigris.

Esto dejaba a la mayoría de los centinelas —En-hedu pronto llegó a verlos como tales— sin nada que hacer salvo esperar el regreso de su amo. Ella descubrió que no se les permitía salir de la casa sin Korthac o su asistente principal, un hombre alto y calvo llamado Hathor. Éste ocasionalmente hacía también las veces de guardaespaldas, aunque había otros egipcios que protegían a Korthac de manera constante.

Como tenían prohibido deambular por las calles, los hombres de Korthac languidecían en las puertas, contemplando a las mujeres que pasaban. Los más valientes sólo tenían que dar unos pocos pasos para cruzar la calle y examinar las mercaderías de En-hedu e intercambiar algunas palabras entrecortadas. Ella se aseguraba de recibirlos siempre con una cálida sonrisa por sus esfuerzos.

—Parecen estar esperando algo —le dijo En-hedu a Tammuz. Cada noche, se sentaban solos en la oscuridad de su cuarto o yacían juntos en la cama, dejando que Kuri montara guardia en el otro aposento mientras los clientes roncaban en el suelo.

—No sabemos más de lo que sabíamos hace un mes —dijo Tammuz, con una voz que reflejaba la impaciencia y la frustración que sentía—. Todas las semanas mando aviso a Trela de que no hemos averiguado nada.

—Tenemos que esperar un poco más, Tammuz —dijo ella—. Los hombres de Korthac se están volviendo más amistosos. No puede mantenerlos dentro de la casa para siempre. —Ella llevaba ya más de cuatro semanas vigilando la casa de Korthac y

comprendía la frustración de Tammuz.

—Me gustaría poder entrar en la casa por la noche, sólo para escuchar.

—Sabes que no puedes hacerlo, Tammuz.

Desde el incidente del tejado, Korthac había situado allí a otro centinela por las noches, y mantenía además los guardias habituales en todas las entradas. Sin duda uno o dos estarían dentro de la casa principal, alertas y despiertos. Los guardias extra no despertaban sospecha alguna en el resto de Akkad. Todos sabían que Korthac tenía mucho oro y muchas gemas y, naturalmente, tomaba sus precauciones.

—Algo surgirá tarde o temprano —le dijo, tomándole la mano y acercándose a ella— . Tenemos que estar preparados para cuando eso suceda.

—Espero que sea pronto.

—Pronto, estoy segura. Ahora a dormir, amo.

En-hedu esperó mientras él se revolvía y acomodaba hasta quedar finalmente dormido, con el brazo sobre el pecho de ella. Ella se separó un poco y pensó en el hombre que dormía a su lado. Él tenía que recibir su placer, y pronto. Frustrado por su incapacidad de averiguar nada sobre Korthac, ella sabía que Tammuz necesitaba algo diferente en lo que pensar. Suspiró. Cualquiera día de éstos, y ella debía hacerlo, tendría que ofrecerse a él y soportar el dolor. Tal vez no fuera tan doloroso con Tammuz. Y mejor un poquito de dolor que enfrentarse a la reprobación de la señora Trella.

## CAPÍTULO 11

**T**e lo advierto, Trella, esto no está bien. Asurak merece sus mercaderías, y el concejo debe apoyar su reclamación. De otro modo...

—De otro modo Asurak tendrá que pagar el precio acordado —interrumpió Corio; la irritación en su voz era evidente—. Que es lo que debería haber hecho ayer, en lugar de hacer perder el tiempo al concejo.

La conversación, una discusión en realidad, duraba ya un buen rato, y a Trella no le hacía falta oír mucho más para tomar una decisión. La disputa comenzó al amanecer, cuando el mercader de Dilgarth trató de entregar sus artículos a Asurak. El mercader, Chuvash, había llegado el día anterior desde Dilgarth con el primer cargamento de lino en bruto. Dos mercaderes habían regateado por el producto y Asurak había prometido el precio más alto a Chuvash, con la promesa de entregar el dinero al día siguiente.

Asurak aseguraba que, examinándola más de cerca, la mercancía no era tan buena, y sólo ofrecía pagar quince monedas de plata en vez del precio acordado de veinticinco. En una hora, todos en el mercado se enteraron de la historia. Trella, de camino a la reunión del concejo, se enteró por Annok-sur, que a su vez se la había oído a una de las mujeres del mercado.

Rasui, el miembro más reciente de los nobles de Akkad y amigo íntimo de Asurak, apoyaba la reclamación del mercader ante los otros miembros del concejo.

Trella habló antes de que Rasui empezara de nuevo.

—Creo que el concejo ha oído suficiente. Tanto Asurak como Chuvash han dado su versión, y el concejo ha escuchado la misma historia dos veces. —Se volvió a Corio, Nicar y luego a Rasui antes de continuar—. Asurak inspeccionó la mercancía antes de ofrecer su precio. Y esperó a que el otro mercader se fuera de la ciudad para decidir que el producto era de inferior calidad.

—Si el vendedor quiere vender su lino —replicó Rasui—, entonces debe vendérselo a mi..., a Asurak. No hay otros compradores de lino en Akkad.

Trella sonrió ante la lógica de Rasui. Era correcta. Todos los compradores habituales de lino habían partido hacia Dilgarth en los últimos días, deseosos de reiniciar el comercio y asegurarse los precios para los primeros envíos. Sabiendo que, temporalmente, había escasez de compradores en Akkad, Asurak, sin duda, pensó que el vendedor de Dilgarth tendría que aceptar los nuevos términos.

—No, el acuerdo queda revocado —dijo Trella—. Asurak dice que no quiere las mercaderías al precio original. Bien. Que le pague a Chuvash dos monedas de plata como multa por intentar cambiar el precio acordado. Yo le pagaré al vendedor

veinticinco monedas de plata por el lino. Estoy segura de que podré revenderlo en unos días, cuando los tejedores de lino regresen de Dilgarth.

Corio rió en voz alta.

—Me parece justo. —Se volvió a Nicar—. ¿Qué dices?

—En realidad, estaba a punto de hacer la misma oferta —dijo Nicar, con una nota de humor en la voz—. No suelo comerciar con lino, pero tengo un bote que parte río abajo mañana y puedo enviar el lino hacia el sur. Hay abundancia de tejedores en las villas a lo largo del río. El primer bote que llegue seguramente conseguirá un buen precio. Si la señora Trella no tiene objeciones, yo compraré la mercadería a Chuvash por veintiséis monedas de plata.

Trella rió.

—Como quieras, Nicar. Tú puedes aprovecharlo mejor, estoy segura.

Rasui murmuró algo por lo bajo. Trella no oyó lo que dijo, pero Corio, sentado al lado de Rasui, debió de oírlo.

—Cuida tu lengua, Rasui —dijo Corio, el desprecio patente en la voz—. Este concejo no está aquí para ayudar a mercaderes tramposos a sacar ventaja de otros. Tu amigo debería saberlo.

—Bueno, entonces, al menos que Asurak no pague las dos monedas de plata que sugirió Trella —arguyó Rasui—. Si él va a recibir veintiséis de Nicar y...

—Las dos monedas extra son por hacer perder el tiempo al concejo y al vendedor —dijo Trella—. O paga o ya puede marcharse de Akkad.

—La señora Trella habla por todos nosotros —dijo Corio, volviéndose a Rasui y enfatizando el título honorífico—. Asurak puede pagar ahora o marcharse mañana. Como prefiera.

Trella había observado la frecuente omisión por parte de Rasui de su sencillo título, una señal de respeto dada a ella como esposa de Eskkar y por presidir el concejo en su ausencia. Y mientras que el concejo de nobles era técnicamente un grupo de iguales, todos recordaban que Eskkar había convocado la primera reunión una semana o poco después de terminado el asedio. Algún comerciante que acababa de regresar se había referido a Trella de manera informal. Y Eskkar miró al hombre de tal modo que éste palideció y le faltó tiempo para tartamudear una disculpa. Después de eso, nadie dejó de dirigirse a ella de forma correcta.

Y en aquel momento Rasui, entre la tensión de la disputa y que intentaba ayudar a su amigo a hacer trampa al mercader de Dilgarth, no sólo había olvidado su título, sino que había dicho algo despectivo sobre ella, disimuladamente. Si Eskkar hubiera estado presente, ese hombre estaría ya haciendo el equipaje, suponiendo que todavía tuviera la cabeza sobre los hombros.

Trella suspiró y, por un instante, deseó que Eskkar hubiera vuelto. Su marido podía odiar estos interminables encuentros, pero tenía su modo de terminar con

ciertas disputas. En una ocasión, sencillamente, expulsó a un tabernero de Akkad. Cuando el hombre protestó, Eskkar se puso de pie y colocó la mano sobre su espada, antes de preguntarle si deseaba ir a nadar al Tigris sin su cabeza. No era muy diplomático, pero, usado de vez en cuando y con cuidado, era muy efectivo.

Trella se puso de pie y se reclinó sobre la mesa. Apoyando sus manos sobre la irregular superficie, miró directamente a Rasui a los ojos.

—Dile a tu amigo que dé dos monedas de plata a Chuvash *ahora mismo*. Y el concejo no quiere oír hablar más de este asunto, así que dile a Asurak que se guarde sus quejas. Si no puede negociar honradamente, puede irse de Akkad. Estoy segura de que habrá lugar en el bote de Nicar para uno más.

Rasui apretó las mandíbulas, pero una mirada a los dos soldados del clan del Halcón que custodiaban la puerta le recordó que Trella no tenía ningún inconveniente en hacer uso de la fuerza.

Nadie habló, y todas las miradas se volvieron a Rasui.

—Entonces, está decidido —dijo Nicar, hablando antes de que el silencio se prolongara demasiado y Rasui estuviera tentado de decir algo—. Y si no hay nada más que discutir esta mañana, me gustaría volver a mis asuntos.

—Y a mí también —concordó Corio—. Con todo el trabajo de construcción que hay en marcha, detesto apartarme de mis aprendices más tiempo de lo necesario.

Rasui bajó las manos y asintió.

—Como diga, señora Trella.

Trella hizo caso omiso del tono condescendiente de Rasui. Enderezándose, suavizó la voz:

—Entonces hasta mañana, nobles.

Rasui partió primero, sin duda para darle a su amigo Asurak la mala noticia y poner fin al asunto. Corio hizo un gesto con la cabeza a Trella, pero se retiró casi con tanta rapidez como Rasui. Trella y Nicar salieron juntos, con sus dos guardias uno a cada lado en cuanto estuvieron fuera, en la calle.

—A Rasui le pierde su lengua —comentó Nicar mientras caminaban hombro con hombro—. Asurak debe de haber ofrecido unas cinco monedas a Rasui para que lo ayude a bajar el precio.

—Si no tratamos a estos vendedores correctamente, entonces las mercaderías irán a parar a otra parte —dijo Trella, repitiendo la política que junto con el concejo habían establecido semanas antes.

—Sí, pero siempre hay que esperar que haya algo de trampa —dijo Nicar—. Eso es lo que los mercaderes hacemos a veces para obtener el mejor precio.

Hasta Trella se rió de ese comentario.

—No recuerdo que nunca hayas hecho algo tan obvio, Nicar. Tú siempre has apreciado la necesidad de mantener buenas relaciones con tus proveedores.

—Tal vez sólo soy un poco más sutil en mis tratos. Al menos eso espero.

Llegaron a un cruce en el camino; Nicar se despidió de ella y se encaminó hacia su casa. Annok-sur, que los había seguido desde que dejaron la casa del concejo, se acercó hasta Trella.

Con sólo dos calles más que cruzar, Trella se entretuvo parándose dondequiera que veía a alguna de las muchas mujeres que conocía, respondiendo una y otra vez a las mismas preguntas sobre su futuro hijo. La excelente memoria de Trella le permitía asignar un nombre a cada rostro, y su habilidad para recordar prácticamente cada detalle de cada conversación convencía a sus seguidores de que ocupaban un lugar especial en sus pensamientos.

En unos momentos, las mujeres y los guardias llegaron a la calle de la vivienda de Eskkar y, unos pasos después, entraron en el patio.

—¿Necesitas descansar, Trella?

—No, sólo quiero sentarme un rato aquí fuera —respondió Trella—. Discutir con Rasui siempre me deja mal gusto de boca.

Caminaron hacia el interior de la casa y se sentaron juntas en un banco entre los dos jóvenes árboles. Sólo un guardia vigilaba ese lugar, para asegurarse de que nadie trepara la pared y para mantener el ojo en la ventana del dormitorio de Trella, en el piso superior. El soldado, ante una sonrisa de Trella, se alejó hasta el otro extremo del jardín, desde donde podía ver a las mujeres, pero no oír las si ellas hablaban en voz baja.

—Ese Asurak... —comenzó a decir Annok-sur—. Deberían expulsarlo de Akkad. Trata de timar a todos con los que trata. Tarde o temprano alguien le va a hundir un cuchillo entre las costillas.

—No es peor que otros mercaderes —dijo Trella—. Excepto que tiene un amigo en el concejo. Rasui fomenta ese tipo de negocios. A veces desearía que nunca lo hubiéramos aceptado entre los nobles.

—Rasui tenía el oro para pagar su entrada al concejo —dijo Annok-sur—, aunque cómo lo obtuvo nadie lo sabe.

Antes del asedio, Rasui había sido un traficante menor de esclavos. Como muchos otros demasiado temerosos para quedarse y pelear, eligió marcharse de la ciudad antes de la llegada de Alur Meriki. Pocos meses después, una vez que Eskkar expulsó a los bárbaros, Rasui regresó, con la bolsa llena de oro y un nutrido grupo de esclavos. El comerciante pagó la multa que le exigió el concejo por haber abandonado la ciudad y pagó nuevamente para sumarse al concejo como noble.

A Trella nunca le gustaron los tratantes de esclavos, sobre todo después de su propia experiencia con ellos, pero la renacida ciudad requería de todos los oficios y empleos que pudieran encontrarse. Ella trató de dejar a un lado el rechazo que le producían Rasui y su profesión, aunque en aquel momento deseaba lo contrario.

—En unos pocos meses, si no cambia de modo de actuar, lo obligaremos a empaquetar sus cosas —dijo Trella—. Pero ahora no. Todavía necesitamos a cada comerciante, mercader y trabajador que podamos convencer de que venga a la ciudad.

Durante el asedio, muchos mercaderes y artesanos se habían marchado de la ciudad; la mayoría se dirigió al sur, algunos incluso hasta Sumeria. Y excepto por las mercaderías de guerra, como la madera y el bronce, gran parte del intercambio comercial con Akkad había decaído al buscar los mercaderes lugares más seguros para sus negocios. Y aunque mucha gente había regresado o se había establecido en Akkad, el número de artesanos, pastores y granjeros no se había recuperado. La situación cambiaría pronto, pero los próximos seis meses serían críticos para asegurar el continuo crecimiento de la ciudad. En el futuro, Akkad sería más poderosa que antes y los mercaderes y comerciantes serían, individualmente, menos importantes.

—En una o dos semanas —dijo Annok-sur—, Asurak acudirá de nuevo al concejo a presentar alguna queja y ocultarse detrás de la túnica de Rasui.

—Probablemente —coincidió Trella—, pero por ahora creo que el verdadero problema es más profundo. Estas reuniones del concejo nos hacen perder más tiempo en pequeñas disputas que en ocuparnos del crecimiento de la ciudad. Cuando reunimos el concejo por primera vez, había asuntos importantes que resolver. Pero ahora Akkad ha crecido demasiado para ser gobernada del mismo modo que una villa pequeña. Hasta Eskkar lo sabe. Necesitamos un nuevo modo de gobernar, una manera que permita que la ciudad crezca a la vez que se protege el comercio y a su gente.

—Más cambios —dijo Annok-sur—. A los nobles no les gustará. Ya han cedido gran parte de su poder.

Una brisa sopló por el jardín, agitando los árboles y sacudiendo las flores de las ramas. Ambas mujeres hicieron una pausa observando las ramas de los árboles agitarse con elegancia.

—Hay casi cinco mil personas en Akkad —continuó Trella—. En unos años, puede que haya el doble. El número de disputas también se duplicará. Si hoy hay dos o tres disputas diarias que resolver, pronto habrá una docena. No, tenemos que cambiar la forma de gobernar Akkad ahora, antes de que el aumento de la población nos sobrepase.

—A nadie le gusta cambiar, Trella. A la gente le gusta que las cosas sean como siempre han sido.

—Lo sé. Eskkar y yo hemos hablado de eso muchas veces. Ha visitado docenas de villas por todo el territorio y ha visto toda clase de abusos, incluso aquí. Quiere gobernar Bisitun de un modo que su gente esté contenta de estar bajo el control de Akkad.

—Se ha convertido en otro hombre en estos últimos meses, gracias a ti —dijo

Annok-sur—. Ahora, hasta mi Bantor está comenzando a considerar sus opciones más cuidadosamente. También ha empezado a preocuparse por el futuro.

—Nuevos tiempos requieren nuevas habilidades —dijo Trella. Se inclinó a coger una flor llevada hasta sus pies por el viento—. Pero me agrada ver que Bantor aprende cosas nuevas. —Se quedó pensativa un momento, mientras admiraba la flor—. Creo que vienen grandes cambios para todos nosotros y, si no marcamos el camino, esos cambios nos superarán. Con la preocupación agregada de Bisitun, tenemos que buscar nuevos modos de gobernar también allí, maneras que no hagan que la gente allí y aquí, en Akkad, odie nuestra autoridad. De otro modo seremos iguales a cualquier bandido.

—¿Qué es lo que cambiarías primero, Trella?

—Como dice Eskkar, debe haber un mejor sistema para resolver disputas —respondió Trella—. Sería mejor si pudieran, en primer lugar, evitarse.

—Siempre habrá disputas, Trella. Cuanto más grande la villa, más frecuentes las peleas. La palabra de un hombre contra la de otro, los tenderos y los clientes quejándose sobre sus transacciones.

—El problema, creo, no es qué cambiar primero. Creo que necesitamos cambiar todo a la vez.

Annok-sur alargó la mano y tomó la de Trella.

—Si cualquier otra persona dijera algo así, me reiría. Pero tú... ¿De verdad crees que se pueden cambiar las costumbres tan fácilmente?

—No, no fácilmente —dijo Trella—, pero cuanto antes comencemos, más fácil será. Supongamos que queremos impedir que los mercaderes hagan trampas. Si todos los precios para todas las cosas estuvieran por escrito, todos los conocerían, y el engaño no sería tan fácil.

—La mayor parte de la gente no puede leer los símbolos. Y de todos modos tampoco hay símbolos suficientes.

—Y eso, creo, es otra cosa que debemos resolver. Tenemos que juntarnos con los escribientes y pedirles que inventen nuevos símbolos, los necesarios para administrar una ciudad. Tendrá que haber muchos más símbolos, y deberán estar escritos, para que los escribientes y los funcionarios no los olviden.

—Necesitarás también más funcionarios, entonces.

—Sí, más funcionarios, más símbolos, más maneras de registrar acuerdos, y una persona con autoridad para dirimir las disputas basadas en esos nuevos registros escritos. Así que tendríamos que empezar por ahí, con una nueva escuela de escribientes y una nueva casa para administrar las costumbres. —Sacudió la cabeza, revisando sus ideas—. No, ya no serían costumbres. Una vez que estén escritas, se convertirían en leyes, algo que no podría cambiarse por el capricho de un mercader o de un noble.



—¿Podrá la gente aprender los símbolos? —arguyó Annok-sur—. Si no pueden, entonces por la misma razón deberían confiar en un escriba o un mercader para que se los expliquen.

—La gente sólo necesitaría conocer unos cuantos símbolos básicos. Si eres granjero, entonces necesitarás conocer sobre cosechas, sacos, hectáreas y animales de granja. Un artesano en la ciudad deberá conocer diferentes símbolos, aquellos que tengan que ver con su oficio. Sólo los escribientes necesitarían conocerlos todos. Si alguien necesitara un contrato, o registrar un acuerdo o una transacción, entonces visitaría a uno de nuestros nuevos escribientes. Creo que podría funcionar, Annok-sur.

—Tendría que haber reglas establecidas para mantener el orden —dijo Annok-sur, haciéndose a la idea—. Tal vez pueda establecerse otra casa para gobernar el crecimiento de Akkad.

—Sí, junto al edificio donde enseñarían y entrenarían a los escribientes y archivarían los documentos.

—Ésa será entonces una gran casa —dijo Annok-sur, bromeando sólo a medias.

Los contratos importantes eran escritos en arcilla, la mayoría en planchas del tamaño de la mano de una mujer. Una vez secas, podían ser duplicadas, guardadas e incluso transportadas. Los escribientes que viajaban con Eskkar ya habían enviado por barca varias canastas con tablillas, todas cuidadosamente envueltas para evitar su rotura. Guardar una gran cantidad de tales documentos requeriría muchas grandes habitaciones repletas de cientos de estantes para almacenar las tablillas.

Trella se reclinó, dejando que sus hombros descansaran sobre la pared de la casa. Sintió al niño moverse y apoyó las manos sobre su vientre, intentando calmar a la criatura que llevaba dentro.

—Además, dará a los hijos más jóvenes de los mercaderes y artesanos prósperos algo que hacer, una vocación respetable para quienes no puedan heredar. Tal vez los padres puedan dejar una lista de sus herederos por adelantado y, así, evitar todas esas disputas familiares.

El mayor de los hijos, en general, pero no siempre, heredaba el negocio familiar, una práctica que llevaba a frecuentes peleas entre hermanos. Cuando la muerte se llevaba a un cabeza de familia, los hermanos terminaban con frecuencia enfrentados, y al perdedor se lo expulsaba de la familia.

—Tú cambiarás todo, Trella. Los nobles volverán a quejarse de ti.

—Tal vez. Pero creo que la gente lo aprobaría. Como lo haría la mayoría de los tenderos y pequeños artesanos. Ellos verán las ventajas de unas leyes que no sólo los protegerán a ellos, sino que proporcionarán precios estables para el futuro. Sólo pondrán objeciones los que se han hecho lo suficientemente poderosos para aprovecharse de los demás.

—La gente confía en ti, Trella. Saben que tú y Eskkar decidís con justicia, no por capricho. Confiarán en que vosotros llevéis los datos de sus negocios y granjas, e incluso sus contratos, pero no se fiarán de nadie más.

—Por eso es por lo que debemos mostrarle a la gente que pueden controlar a individuos como Asurak y Rasui.

—Aun así, será mejor que esperes hasta que llegue Eskkar. ¿Crees que estará de acuerdo?

—Si reduce el número de reuniones de concejo a las que mi esposo tiene que asistir, lo aprobará. Ya hemos hablado de muchas de estas cuestiones antes de su partida hacia Bisitun. Quería establecer nuevos modos de tratar a la gente.

—¿Cuándo se lo plantearás al concejo?

—Estoy segura de que llevará varias semanas considerar todos los aspectos. Tú y yo empezaremos mañana. Revisaremos todo lo que haga falta y también cómo creemos que deben funcionar las nuevas casas. Tenemos que estar listas para responder a cualquier objeción de gente como Rasui. Incluso Nicar y Corio pueden no estar de acuerdo con todas estas ideas. Tendremos que buscar el modo de mostrarles la ventaja. A los nobles Rebba, Decca y Rasturin, con sus grandes granjas, seguro que les parecerá bien. Sin embargo, debemos tener todas las respuestas preparadas con antelación, considerar cada problema y una solución, una buena solución, lista para ser presentada. —Trella terminó con una sonrisa—. Para que la presente Eskkar, claro está.

Annok-sur asintió.

Ambas mujeres sabían que sería mucho más sencillo para los hombres que formaban el concejo aceptar semejantes cambios si era Eskkar quien los proponía. Los nobles podían saber que Trella había concebido las ideas, pero les resultarían más digeribles viniendo de él. Y con el clan del Halcón y el resto de los soldados apoyando a Eskkar, los nobles necesitarían de buenos motivos antes de atreverse a objetar algo.

—Necesitarás también más oro.

—Eskkar lo encontrará, en Bisitun. El comercio fluvial hará que el oro vuelva a fluir hacia Akkad. Las mercaderías ya se están moviendo a buen ritmo entre Akkad y el sur. Y los nobles y principales mercaderes pagarán para asegurarles a sus hijos puestos en las nuevas casas.

—Esperemos que Eskkar vuelva pronto —dijo Annok-sur—, y cargado de bienes y oro.

—Comenzaremos a planificar después de la reunión de concejo de mañana —dijo Trella—. Cuanto antes empecemos, mejor. Y tal vez necesitemos incluir a otros que nos ayuden. Pero estoy segura de que podremos hacerlo.

—Más cambios para Akkad —dijo Annok-sur meneando la cabeza—. Me

pregunto cuándo terminará todo.

## CAPÍTULO 12

Veinte millas al este del Éufrates, y más de cien millas al sur de Akkad, Ariamus maldijo al sol abrasador que caía sobre él y sus hombres a diario. Después maldijo el desierto donde estaban acampados, la falta de agua que los acuciaba, los brutos ignorantes que se quejaban sin cesar y las nubes de moscas de la arena que atormentaban a hombres y bestias. Finalmente maldijo a Korthac, aunque Ariamus mantuvo esa maldición para sí, no fuera que alguno de los egipcios que siempre parecían estar siguiendo sus pasos la escuchara e informara al hurraño egipcio. Aunque Korthac le había salvado la vida de los vengativos pobladores al borde del desierto, Ariamus hallaba escaso placer en servir a su nuevo amo, al menos hasta el momento.

Ariamus hubiera preferido hacer algo más que maldecir a los dos lugartenientes egipcios en el campamento, pero eso también tendría que esperar. Takany, el segundo al mando de Korthac, hablaba poco, y sus ojos no manifestaban emoción alguna. Era un hombre bruto que mantenía un férreo control sobre los egipcios, de manera que éstos no obedecían ninguna orden de Ariamus sin la aprobación de Takany. Nebibi, el otro lugarteniente egipcio, resultó ser más accesible; pasaba más tiempo junto a Ariamus, hablando sobre las aventuras de Korthac en Egipto. Ambos habían realizado un juramento de sangre a favor de Korthac, le explicó Nebibi una noche después de beber más vino de la cuenta, un juramento atroz que nadie se atrevería a romper. Nebibi, por lo menos, entendía la necesidad de nuevos hombres que Ariamus reclutaba, y hacía lo posible para mantener a las dos facciones trabajando juntas. Incluso había contribuido con alguno de sus guerreros para ayudar con el adiestramiento.

Empero, Ariamus culpaba a Korthac por insistir en que estableciera su campamento tan lejos de Akkad y otros asentamientos. El nuevo amo de Ariamus exigió un lugar tan distante que ningún rumor pudiera llegar a la ciudad respecto a la creciente fuerza a orillas del desierto. Cada día la situación empeoraba, mientras el número de hombres y caballos a las órdenes de Ariamus aumentaba. Las exigencias de comida y agua también aumentaban a diario. Ariamus no veía el momento de dejar atrás ese maldito campamento, aunque ello significara atacar las murallas de Akkad con sus propias manos.

El desolado lugar elegido para el campamento estaba fuera de las rutas transitadas. Ariamus acampó allí en un par de ocasiones durante sus vagabundeos, una sola noche cada vez. Las alturas desérticas podían ser algo más frescas que el infierno de arena y viento que Korthac había cruzado, pero no mucho. Con apenas

algunos arbustos y árboles achaparrados creciendo entre las rocas, poco había que lo hiciera recomendable, excepto su desolación.

Lo peor de todo era que no había agua, lo que seguramente explicaba por qué los viajeros rara vez se molestaban en llegar a las cercanías de las colinas rocosas que circundaban a su creciente fuerza. Una de las primeras cosas que Ariamus hizo fue establecer un grupo de trabajo para viajar hasta el río más cercano, a más de diez millas, de modo que los hombres volvieran con tantas botas de agua como pudieran cargar sus caballos. En cierto sentido no le importaba asignar esa agotadora labor. Les daba a sus hombres algo que hacer, algo para distraerlos del entrenamiento y del aburrimiento mientras esperaban entrar en acción. Cada día, la mitad de sus tropas marchaba a buscar una nueva ración diaria de agua para hombres y animales. Quienes no estaban a cargo del agua practicaban con los caballos, mejoraban su esgrima, atendían a los caballos y esperaban. Por supuesto, los egipcios de Takany no se molestaban en algo tan trivial como acarrear agua, aunque se las arreglaron para beber más de lo que les correspondía cuando ésta llegaba al campamento.

Ariamus pasaba la mayor parte del tiempo a caballo. Con un puñado de jinetes, los suficientes para suministrarle protección sin asustar a los locales, cabalgaba por los alrededores en busca de reclutas y caballos para sumar a su banda de guerreros. Se detenía en cada villa y grupo de chozas de barro demasiado pequeñas incluso para ese nombre. Tenía oro que ofrecer, oro que primero vino por el río a la semana de la llegada de Korthac a Akkad. Cada semana llegaba más oro para pagar a la impaciente tropa, que no dejaba de aumentar, bajo el mando de Ariamus, a medida que el egipcio intercambiaba cada vez mayores cantidades de sus gemas por oro y plata en Akkad.

Los egipcios de Korthac controlaban el oro, asegurándose de que Ariamus lo usara sólo para pagar por hombres, caballos, armas o vituallas. No es que hiciera falta que lo vigilaran. Ariamus estaba demasiado excitado con la idea de saquear Akkad. Nada le complacería más que volver con poder, para vengarse de los vendedores y mercaderes que lo habían mangoneado durante tantos años. Se inclinarían ante el antiguo capitán de la guardia en poco tiempo.

En los planes iniciales con Korthac, Ariamus se había mostrado algo más que escéptico respecto a que sus fuerzas pudieran capturar y mantener la ciudad. Pero con los informes que llegaban de Akkad, pronto comenzó a cambiar de idea. Eskkar, el bárbaro ignorante, había dividido sus fuerzas y, si permanecía fuera de la ciudad, Ariamus creía que tendrían una buena oportunidad de capturar Akkad. Las fuerzas de Ariamus crecían semana a semana, mientras seducía a más salteadores locales, e incluso jóvenes granjeros desesperados por cualquier oportunidad de escapar al interminable tedio de la vida de granjero.

La escasez de caballos atormentaba a Ariamus, pero allí, al sur de Akkad, el paso de Alur Meriki había causado poco daño a tierras y animales. En esa parte del país,

los asaltantes y otros clanes menores de bárbaros se habían cobrado su precio, pero la mayoría de las granjas y villas habían sobrevivido intactas. Los caballos seguían siendo escasos, pero no era imposible conseguirlos, si uno estaba dispuesto a recorrer los alrededores y pagar más de lo que valían en oro.

O robarlos. Dos veces habían atacado pequeñas granjas durante la noche, matado a los hombres y robado los caballos. Prefería no hacerlo, puesto que Korthac no quería exacerbar a la campiña en su contra, no fuera a ser que las noticias llegaran a Akkad. Sin embargo, Ariamus necesitaba caballos para sus guerreros. El plan de Korthac así lo exigía. Por ello, Ariamus se hizo con cuantas monturas pudo encontrar, a la vez que enseñaba a sus hombres a cabalgar y a pelear.

Desde luego, la mayoría de aquella chusma no iba a convertirse nunca en auténticos guerreros ni jinetes, y menos en unas semanas. Pero si llegaban a blandir una espada y montar un caballo, Ariamus se daba por satisfecho. Luego, los que sobrevivieran a la futura batalla tendrían tiempo suficiente de mejorar su técnica guerrera en Akkad.

Oyó ruido de cascos, alzó la vista y vio acercarse a un jinete, levantando una nube de polvo y sin duda provocando otra oleada de moscas de la arena. Ariamus permaneció de pie fuera de su tienda hasta que el jinete llegó al galope.

—¡Ariamus! Llegan cuatro jinetes. Creo que uno de ellos es Hathor —gritó el hombre, excitado como un muchacho que se acuesta con una mujer por primera vez.

—Vuelve a tu puesto, inútil pedazo de mierda —le ordenó Ariamus—. Por supuesto que viene. Hace dos días que lo estamos esperando.

No había terminado de decirlo cuando apareció el grupo cruzando el horizonte montañoso, cuatro hombres a caballo que se acercaban al campamento. Ariamus no tenía intención de esperarlos al sol, así que se metió en la tienda. Los visitantes querían agua y cuidados para sus caballos antes de comenzar nada. Korthac había enviado a su tercer lugarteniente, Hathor, las últimas dos veces. Después de llegar, tal vez querría contar a todos los hombres, los caballos e incluso las malditas armas. Y, por supuesto, contar todo el oro gastado.

Ariamus tenía que admitir que los egipcios eran cuidadosos. Korthac quería que todos los hombres estuvieran bien alimentados, bien armados y entrenados en el uso de la espada. Y que fueran capaces de utilizarla montados a caballo. Korthac había recalcado ese punto. No muchos de sus egipcios podían pelear montados; preferían hacerlo a pie. Lo que Korthac exigía de Ariamus era una tropa de jinetes que pudiera utilizar para peinar la campiña. Esos mismos jinetes montados impedirían a los habitantes escapar de su nuevo amo al mismo tiempo que reclutarían nuevos soldados, voluntarios o no.

Dos semanas antes, cuando Hathor llegó por primera vez desde el río, le dijo a Ariamus que Eskkar había dividido a sus soldados y los había desperdigado por la

campiña. Esto hacía que el entrenamiento de los jinetes de Ariamus fuera aún más importante, puesto que podrían tener que enfrentarse a más de un enemigo, posiblemente por todo el territorio.

En su última visita, Hathor incluso se había atrevido, en nombre de Korthac, a examinar a los egipcios, verlos practicar con sus espadas y comprobar su estado físico. Hathor «pidió» a Takany que montara algunas peleas de práctica con espada y cuchillo; Hathor observó cómo tanto los egipcios como los hombres de Ariamus realizaban los ejercicios o cargaban blandiendo sus espadas y dando gritos de guerra.

A Takany se le ensombreció el rostro aún más ante aquel insulto, pero no dijo nada. Los más de cincuenta egipcios de su campamento se entrenaban casi a diario, practicando con espada, hacha y cuchillo, e impresionaban a Ariamus por su habilidad. Nunca había visto mejores guerreros, desde luego no en ese número. No tenía duda de que en una batalla a pie derrotarían a un enemigo dos o tres veces más numeroso. Pero Korthac también sabía que no podría conservar Akkad sin jinetes y en eso era en lo que Ariamus pretendía impresionar a su nuevo amo.

Con un poco de suerte, Ariamus pronto sería el segundo al mando. Ya contaba con el mayor número de guerreros a su mando. Eso, naturalmente, lo pondría por encima de los lugartenientes egipcios, incluso de Takany, porque Korthac, una vez que Akkad fuera tomada, necesitaría a Ariamus más que a su propio ejército. Además, muchos egipcios morirían en la toma de la ciudad, lo cual fortalecería la posición de Ariamus. Con un poco más de suerte, Korthac podía incluso morir. Eso dejaría a Ariamus al mando, puesto que sin Korthac incluso los tozudos extranjeros como Takany y Nebibi se darían cuenta de que necesitarían a alguien del lugar si pretendían gobernar allí.

Si todo iba como Korthac planeaba, entonces a Ariamus le sobraría tiempo para pensar en deshacerse de Korthac. El egipcio había enseñado a Ariamus cómo comportarse, pero el alumno se había propuesto superar al maestro, aunque eso le llevara uno o dos años.

Los primeros pasos consistían en ganarse a los lugartenientes egipcios. Takany era imposible, pero Hathor y Nebibi pronto entrarían en razón. Hathor era el de menor rango de los tres que servían como lugartenientes de Korthac, pero el elegido para todas las tareas más difíciles, o cuando Korthac necesitaba de alguien con más cerebro que fuerza física. El egipcio obviamente quería hombres en los que pudiera confiar, pero nadie tan listo como para tener ideas propias. Como capitán de la guardia en Akkad, Ariamus había hecho lo mismo, asegurándose de que sus lugartenientes siguieran órdenes sin hacer muchas preguntas, y mucho menos pensar por sí solos.

En cierto sentido, Eskkar había sido el lugarteniente perfecto. Solitario y sin amigos, mantenía la boca cerrada y obedecía las órdenes, pasando tanto tiempo como

le era posible alejado de la villa, cuidando a los caballos y persiguiendo esclavos fugitivos y ladronzuelos. Una vez más, Ariamus se preguntó cómo había podido tomar el control de Akkad un insignificante bárbaro solitario.

Sin embargo, Ariamus no tuvo tiempo para entregarse a las ensoñaciones. Necesitaba oír las noticias más recientes que trajera Hathor, y Takany estaría esperando que él acudiera a su tienda. Ariamus tendría que volver a tragarse el orgullo y someterse a aquellos malditos extranjeros. Pero se juró que no sería por mucho tiempo. No por mucho tiempo.

\*\*\*

Hathor había terminado de lavarse el polvo del cuerpo cuando Ariamus entró en la tienda de Takany. Hathor tomó otro trago de agua, aunque el líquido tibio sabía a cuero mohoso y sudor de caballo después del viaje bajo el ardiente sol hasta aquel lugar. Por el rabillo del ojo, observó que Takany parecía más taciturno que de costumbre. No le gustaba que Hathor hablara en nombre de Korthac. Haciendo caso omiso del ceño de Takany, Hathor se unió a los dos egipcios sentados de piernas cruzadas en la arena e hizo señas con la mano a Ariamus para que se acercara.

—Saludos, Hathor —dijo Ariamus, llenando la tienda con su voz—. ¿Qué tal la buena vida en Akkad? ¿Has traído más oro? ¿Vas a...?

—Te hemos estado esperando —dijo Takany—. No vuelvas a hacerme esperar.

—La última vez que vine me tuviste esperando fuera —respondió Ariamus mientras se sentaba—. No tenía ganas de cocerme bajo el sol mientras vosotros tres susurrabais en secreto.

—Presumes demasiado, Ariamus. Más vale que aprendas a controlar la lengua.

—Por favor, no discutamos entre nosotros —interrumpió Hathor, aunque haciendo una leve reverencia en dirección a Takany.

Hathor recordaba la reunión anterior. Takany había insistido en enterarse de todo primero, y luego Hathor tuvo que repetir el mensaje para informar a Ariamus.

Hathor entró de lleno en los asuntos de su señor.

—Korthac desea saber si estáis preparados, Ariamus, y cuántos hombres y caballos tienes. La situación en Akkad se vuelve cada vez más favorable. Eskkar continúa en el norte, y la ciudad está tranquila. Apenas hay hombres suficientes en Akkad para mantener el orden. —Hathor observó que todos sonreían ante las nuevas—. Ahora, Ariamus, ¿cuántos hombres tendrás listos para pelear en dos semanas?

—¡Dos semanas! —Ariamus pareció preocupado por la temprana fecha—. ¿Por qué tan pronto?

—Ariamus tiene casi noventa hombres —dijo Takany, hablando como si aquél no existiera—, aunque la mayoría pelea como viejas.



Korthac, en su sabiduría, había advertido a Hathor sobre el creciente conflicto entre Ariamus y Takany. Hathor se dio cuenta de que cuanto más pronto atacaran Akkad, mejor sería. Esos dos estarían peleándose a la menor oportunidad. O eso o a Ariamus podía metérsele en la cabeza coger a sus hombres y marcharse, dejando a Takany para que se las arreglara por sí solo. Y frente a la ira de Korthac.

—Todos debemos trabajar juntos —dijo Hathor, apaciguándolos, tratando de mantener la calma—. Nos espera una gran recompensa. Pero el tiempo se acaba y Korthac dice que debemos movernos con rapidez. —Se dirigió a Ariamus—: ¿Cuántos hombres?

—En tres o cuatro semanas, puedo conseguir otros treinta o cuarenta hombres. Todavía estamos un poco escasos de caballos.

—Sólo tienes dos semanas, Ariamus —respondió Hathor, sacudiendo firmemente la cabeza—. Para entonces debemos empezar a marchar hacia Akkad. Tendremos que viajar de noche, evitando los caminos. Korthac ha elegido un lugar para cruzar el río y lo ha arreglado todo para que nos esperen unos botes.

Todos los ojos se volvieron a Ariamus.

—En dos semanas..., probablemente otros veinte, veinticinco hombres. Creo que puedo encontrar caballos para otros tantos, por lo menos para la mayoría.

—También necesitarás comida —dijo Hathor—, no habrá tiempo de recorrer las tierras en busca de algo para comer, y deberás viajar en secreto. Si la ciudad recibe noticias de que se acerca un gran grupo de hombres, aumentarán el número de centinelas y los defensores estarán alertas. Pero si nos movemos rápido y nos adelantamos a la noticia de nuestra llegada...

El humor en la tienda había mejorado considerablemente ante la perspectiva de entrar en acción. Hathor sabía que la posibilidad de una buena pelea distraería a todos de sus rencillas. Se volvió hacia Takany:

—Con nuestros egipcios y semejante número de hombres de Ariamus, Korthac dice que tendremos suficientes —dijo Hathor, que mencionaba a su señor siempre que se le presentaba la ocasión. Sabía que Takany no temía a nada en el mundo excepto a Korthac—. ¿Y armas? ¿Tienes armas para todos los hombres?

—Sí, cada hombre tiene por lo menos una espada —dijo Ariamus—. Pero sólo tenemos unos cuantos arcos.

—No serán necesarios. Habrá arcos en abundancia una vez que entremos a Akkad. —Lo que Hathor no dijo fue que, si sus hombres llegaban a necesitar el arco, estarían acabados. Había visto a los acadios durante su entrenamiento con arcos.

—¿Y Korthac cree que podemos ganar? —Ariamus hizo la pregunta: era el único que se atrevería a dudar de su amo.

—Ah, sí, Ariamus —dijo Hathor con confianza—. Sé que podemos triunfar. Lo único que tenemos que hacer es entrar allí.

Paseó la mirada en círculo. Incluso Takany había dejado de fruncir el ceño, sin duda estaba deseoso de hacer cualquier cosa con tal de abandonar aquel miserable campamento.

—Entonces, todo está decidido. Mañana regresaré a Akkad —dijo Hathor, diplomático—. Korthac estará satisfecho de saber que Ariamus tiene todo lo que necesita, y que todos vosotros estaréis preparados para avanzar dentro de dos semanas. Dos semanas —repitió—. Ni un día más. Korthac dijo que no debe haber demoras, ni excusas, ni fallos, u os hará responsables a todos. En cuanto dé la orden, deberéis estar listos para partir.

Nadie dijo nada. Lo que Korthac deseara se haría.

—Nebibi, tú vas a regresar a Akkad conmigo. Luego volverás a guiar a los hombres en el último tramo de la marcha.

—Le daré gracias a Isis y Osiris —dijo Nebibi— por sacarme de este lugar.

Hathor se dirigió a Ariamus:

—Necesitaré a cuatro de tus mejores hombres para que regresen conmigo a Akkad. Hombres que no llamen la atención y que puedan cumplir órdenes y mantener la boca cerrada. Hombres que sepan matar y que sean eficientes al hacerlo. ¿Tienes a alguien así?

Ariamus enarcó una ceja.

—Sí, pero necesito la ayuda de todos mis lugartenientes...

—Si necesitas ayudas con el adiestramiento, Takany puede ayudarte. —Hathor percibió el momentáneo gesto de disgusto en el rostro de Ariamus—. Me reuniré con quienes escojas ahora, para ver si son capaces. Tus mejores hombres, Ariamus, ninguna otra cosa servirá. Si son lo suficientemente buenos, necesitarán caballos buenos y fuertes. Que estén listos para salir conmigo al alba.

Por una vez, Ariamus se quedó sin palabras, boquiabierto ante la idea de perder cuatro buenos hombres.

Hathor se echó hacia atrás y sonrió a todos. Su misión había salido notablemente bien, y durante las próximas semanas las dos fuerzas estarían demasiado ocupadas entrenándose como para causarse problemas. Korthac había demostrado su sabiduría una vez más adelantando la fecha del ataque. Y lo mejor de todo era que Hathor dejaría ese infeliz lugar por la mañana y no tendría que regresar. Se sintió relajado.

—Ahora que el asunto con Korthac está concluido, ¿qué podría contarte de Akkad?

## CAPÍTULO 13

Trella recibió a Nicar y a Corio cuando los dos nobles entraron en el cuarto superior. Sentando a Nicar en el lugar de honor a la cabecera de la mesa, ella tomó la silla frente a Corio. En los días anteriores a la invasión de Alur Meriki, Nicar había dirigido a las cinco familias nobles que regían Orak. Enfrentado con la destrucción de la ciudad, y no hallando a nadie dispuesto a arriesgar el cuello, Nicar seleccionó a Eskkar como nuevo capitán de la guardia. Además, le entregó a Eskkar una esclava recientemente adquirida, de nombre Trella, para que lo ayudara y lo mantuviera lejos de la taberna por las noches.

Esas dos decisiones, tomadas hacía menos de un año, crearon un futuro que ninguno de ellos podía haber previsto, un futuro construido por la gente corriente, durante mucho tiempo sin voz en los asuntos cotidianos. Ahora aclamaban a Eskkar como líder y esperaban que él los protegiera no sólo de las invasiones bárbaras, sino también del poder y los caprichos de las familias nobles.

Hoy, Nicar permanecía a la cabeza de las familias nobles, pero todos comprendían quién tenía el verdadero poder en Akkad. Mientras que Nicar podía lamentar la pérdida de autoridad, Eskkar y Trella habían salvado no sólo a la ciudad, sino también su vida y la de su familia cuando la multitud había pedido su muerte.

Aunque los papeles se habían invertido, Trella se sentía obligada hacia él. Era un buen hombre, ella lamentaba que hubiera envejecido tanto en los últimos seis meses. Casi en su sexagésima estación, su único hijo se había hecho cargo de los negocios de la familia en las últimas semanas, quitándole ese peso a su padre. Trella planeaba utilizar esa situación en su provecho.

—Espero que la reunión de hoy sea breve, señora Trella —dijo Corio, siempre con prisa para ocuparse de sus negocios—. Ya ha pasado el mediodía, y la fiesta de Ishtar ha comenzado. —Hizo un gesto con la mano hacia la ventana por donde entraban los sonidos de la celebración que hacían eco en el patio.

—Es lo que el sacerdote de Ishtar me ha recordado todos los días durante las últimas semanas, Corio —respondió Trella—. ¿Vendrás con tu familia a la fiesta de esta noche? —Ella había organizado un gran banquete, el primero que daba, para honrar a la diosa y recompensar a los amigos que habían permanecido junto a Eskkar durante el asedio—. Habrá abundancia de comida y vino. Annok-sur ha contratado a los mejores cocineros y espectáculos de la ciudad.

—La familia de Corio nos acompañará, Trella —dijo Nicar—. ¿Puedes decirnos ahora por qué nos has convocado aquí tan temprano? Supongo que tienes algo especial que discutir con nosotros.

—Sí —dijo Trella, retirándose el cabello de los ojos—. Antes de que Eskkar partiera, habló sobre proponer una serie de cambios en nuestras costumbres, y yo quería pedirlos consejo antes de proponerlo en la próxima reunión del concejo. —Trella prefería decir la verdad siempre que fuera posible, aunque había sido ella quien sacó con su esposo el tema de cómo gobernar Akkad. Ella empezó preguntándole a Eskkar sobre las costumbres que regulaban su antiguo clan.

Él le explicó cómo cada jefe de clan resolvía las disputas de acuerdo a su criterio, sin posibilidad de apelar. Los conflictos entre jefes de clan, si no se resolvían por la sangre, eran resueltos por el líder Alur Meriki, con frecuencia con la ayuda del concejo en pleno. Eskkar comparó las costumbres de su bárbaro clan con la de los nobles de Akkad. Había visto lo suficiente de las costumbres locales, impuestas por los nobles antes de la invasión, y sabía lo injustamente que podían ser administradas. Para su sorpresa, Eskkar aportó diversas sugerencias para cambiar las costumbres de Akkad y hacerlas valer de modo menos caprichoso.

Cuando Trella mencionó cambiarlas de un modo más permanente, él no sólo estuvo de acuerdo, sino que sugirió que se establecieran costumbres similares en el norte. Pasaron varias horas conversando sobre el modo en que Akkad, Bisitun y las otras villas norteñas debían ser administradas. Eskkar había aprendido los misterios de las granjas, así como los del oro y el bronce, de Trella, Nicar y los demás nobles, y entendía que cuanto más suavemente administrara a aquellos bajo su dominio, más bienes fluirían hacia Akkad.

Cuando ella le dijo a Eskkar lo que quería hacer, él sonrió y le deseó suerte. Ella pasó las siguientes semanas preparando este momento, esperando la ocasión apropiada para traer el tema a colación con Nicar y Corio, los miembros más influyentes del concejo de nobles. Esa ocasión había llegado. La celebración del día proporcionaría el momento más oportuno para presentar un concepto tan nuevo.

—Bueno, ¿qué cambios propones a nuestras sagradas costumbres, Trella? —La voz de Corio tenía un dejo de ironía—. Algo nuevo y excitante, espero.

—Quiero cambiar el modo en que se aplican todas nuestras costumbres. —Ella vio a Corio mirar a Nicar, sorprendido—. No exactamente cambiarlas, sino establecerlas como un código de conducta, unas leyes para todos en Akkad. Quiero ponerlas por escrito, para que todos puedan conocerlas y puedan seguirlas sin temor ni preocupación.

Las tradiciones establecían las penas para los crímenes, determinaban los precios pagados a los granjeros por sus productos e incluso fijaban las fechas para las fiestas y las celebraciones. A medida que Akkad se volvía más próspera, las costumbres cambiaban con frecuencia, y no siempre a mejor. Pero los nobles siempre se habían reservado la palabra final, y con frecuencia exceptuaban a sus familias de la justicia que imponían a los demás.

—Algunos en el concejo se opondrán a eso —comentó Nicar, enderezándose en su asiento, reflejando en la voz la seriedad de la sugerencia—. Han seguido sus costumbres durante años y no ven razón alguna para cambiar.

—Sí, ellos siguen las costumbres cuando les conviene —dijo Corio—. Recuerdo cómo era. Se podía acordar un precio, completar el trabajo, y luego el pago se reducía o incluso no se pagaba. Y no había tampoco nadie a quien apelar.

Artesano de oficio, Corio había subido al rango de los nobles cuando acordó construir la muralla que ahora rodeaba Akkad. Para él, las costumbres no siempre habían funcionado con justicia, algo con lo que Trella había contado.

—Me parece que los precios también varían —dijo Trella, cambiando de tema antes de que los dos hombres comenzaran a discutir sobre el pasado—. Un saco de grano tiene un precio cuando los nobles negocian entre sí y otro diferente para todos los demás. —Ella había trabajado con las finanzas de Nicar y aprendido los detalles del comercio—. Eso ha llevado al descontento entre la gente, así como a disputas en el mercado.

La criatura que llevaba en su vientre se agitó y Trella cambió de postura. Miró a Nicar a los ojos, en busca de alguna señal sobre sus pensamientos. Aquello le parecería a él otra manera de disminuir la autoridad de los nobles.

—Nobles —dijo—, desde que Eskkar expulsó a Alur Meriki, se ha pasado casi todo el tiempo resolviendo disputas sobre precios, pequeños delitos e incluso la propiedad de viviendas. Ambos lo sabéis. Sabéis que debería estar pensando en la defensa de Akkad, en construir la nueva muralla, no en esas pequeñeces. —Ninguno de los hombres dijo nada. Sabían que Eskkar no tenía paciencia para tales asuntos—. Haciendo que Eskkar sea el árbitro final en esos asuntos, lo único que conseguimos es que todos perdamos el tiempo. Si todas las costumbres se pusieran por escrito, se volvieran leyes aplicables a todos los que vivan en Akkad; pensad en cuántas horas de trabajo podrían ahorrarse. Y si esas nuevas leyes fueran administradas con justicia, creo que el comercio y la agricultura se incrementarían, con aún más beneficios para los mercaderes y comerciantes de la ciudad.

—Y Eskkar estaría de mejor humor —rió Corio.

Incluso Nicar creyó el comentario gracioso.

—Ciertamente, eso sería de desear. ¿Qué es lo que propones exactamente, Trella?

—Primero, quiero fijar los precios para todos los productos más corrientes que se compran, venden o cambian en el mercado. Si los granjeros saben por adelantado qué pago recibirán por sus productos, será más sencillo tratar con ellos, y podrán concentrarse en cuidar sus cosechas, y no en cuánto les pagarán.

—¿Incluyendo a los nobles? —preguntó Nicar.

—El precio que sus mercaderes cobren en el río o en el campo es cosa suya. Pero en Akkad pagarán un precio, un precio justo, sin trampas ni trucos.

—¿Y si alguien hace trampa?

—Entonces, Nicar, los nobles se enfrentarán a los mismos castigos que los demás. Como dicen las costumbres, si un hombre trata de engañar en un intercambio, tiene que pagar el doble. Ésa sería la ley de Akkad y se aplicaría incluso a los nobles.

—¿Y todo esto sería puesto por escrito? ¿Y con todo el mundo de acuerdo? —Corio, reclinado sobre la mesa, parecía dudarlo—. Necesitarás media docena de escribientes para llevar registro de todo.

Trella negó con la cabeza.

—Creo que necesitaremos por lo menos veinte. Para llevar registro de las leyes, las penas, los precios, los contratos, la propiedad de tierras y casas..., tendrán que inventar nuevos símbolos para registrar eventos y, probablemente, nuevos modos de calcular sumas.

—Estás creando una nueva categoría de aprendizaje —dijo Nicar, intentando juzgar la extensión de lo que Trella había propuesto—. Esto lo cambiará todo.

Trella sabía que así sería, y probablemente en mayor medida de lo que Nicar creía.

—Cambiará nuestro futuro para mejor. Akkad será un mejor lugar donde vivir y trabajar.

—Para formar a tantos escribientes..., archivar tantos datos, necesitaremos un nuevo edificio para albergarlos, y a sus maestros, sirvientes y familias —musitó Corio—. Los registros de arcilla requieren de grandes habitaciones con muchos cuartos para guardarlos. —Se quedó callado, sin duda pensando en cómo diseñar y construir semejante edificio.

—Sí, me imagino que será más complicado de lo que yo he estimado. —Como siempre, ella prefería que otros pensarán en lo que sería necesario, aunque ella y Annok-sur habían pasado las últimas semanas repasando los posibles impactos en la sociedad. Entre ambas, habían considerado todas las ramificaciones. Al menos ella esperaba que hubieran pensado en todas.

—¿Cómo pagaríamos semejante empresa? —preguntó Nicar—. Pasarán muchos meses antes de que Akkad vuelva a ser próspera como antaño, e incluso entonces hará falta mucho oro.

—Bueno, Eskkar cobrará más impuestos de la campiña —dijo Trella—. Y quienes deseen convertirse en escribientes deberán pagar por su aprendizaje por adelantado. Eso nos brindaría lo suficiente para alimentarlos y albergarlos. —Se volvió hacia Corio—. Necesitaríamos un lugar donde vivieran y trabajasen. Tenía la esperanza de que construyeras uno para nosotros, Corio, y ¿de que nos hicieras un precio especial?

Le llevó a Corio sólo un instante entender lo que le decía. Si no le hacía un descuento en el precio, ella buscaría a otro arquitecto. No importaba. Él seguiría

obteniendo una buena ganancia, sólo un poco menos de lo habitual.

—Por supuesto, señora Trella. Sería un honor construir ese edificio, digamos que con un descuento de una décima parte.

—Eso es más que generoso, maestro constructor. Y tal vez puedas ayudarnos a determinar los precios y las penas para los demás constructores de Akkad. Junto con los otros nobles, por supuesto.

Trella aceptó que él intentaría asegurarse de que las leyes favorecieran a los artesanos, pero ése sería un pequeño precio a pagar. Además, los pobres no pagaban a otros para que construyeran para ellos. Ellos construían sus propias chozas, con barro. Los ricos tenían más, y por eso podían pagar más.

Se volvió hacia Nicar.

—Espero que nos ayudes a escribir las leyes. Un conjunto de leyes comunes para todos.

—¿Cómo se aplicarían esas leyes? —Nicar se acarició la barba, mientras fruncía dubitativo el entrecejo.

—Esperaba que tú me lo dijeras, Nicar. Me gustaría que el concejo nombrara a alguien para coordinar la redacción de estas nuevas reglas y luego controlar su administración. Ese alguien sería responsable sólo ante Eskkar, y se aseguraría de que las leyes fueran aplicadas con justicia para todos: nobles, mercaderes, tenderos y granjeros por igual.

Corio rió al comprender.

—Has sido elegido, Nicar. Tendrás que encargarte de ello.

Nicar, claramente, no esperaba algo así.

—Lo que pides..., ¿por qué?..., llevaría meses..., incluso años. Y mis negocios..., ¿qué haría yo?

—Has dicho que tu hijo está preparado para asumir los negocios familiares —dijo Trella, notando la incomodidad del noble—. Tal vez esté más preparado de lo que crees. Además, ¿quién en Akkad es tan respetado como tú, Nicar? Y tendrás ayuda. El concejo te dará lo que necesites. Estoy segura de que hay muchos hijos jóvenes, hombres inteligentes, que apreciarían la oportunidad de ser útiles. Como dice Corio, ésta sería una nueva casa, la casa de Leyes, con un grupo de escribientes y administradores necesarios para asegurar su honesta aplicación. Tú decidirías las disputas entre todos los habitantes de Akkad.

—Uno de mis hijos es más escribiente que artesano —dijo Corio—. No sabe tirar una plomada ni aunque le vaya en ello la vida. Cualquier casa que construya ha de derrumbarse más tarde o más temprano. Pero conoce los símbolos y tal vez prefiriera semejante oficio. Sería mucho mejor para el muchacho ser un escribiente que un constructor.

—La gente confía en ti, Nicar —continuó Trella—. Y la posibilidad de establecer

una nueva casa, una de tu elección, aceptando sólo a la gente más capacitada y honesta... Todos te honrarían.

—Acepta el honor, Nicar —le animó Corio—. Los otros nobles confiarán en que tú los trates con justicia.

—¿Cómo se llamaría este nuevo cargo? —preguntó Nicar entre suspiros, dando la impresión de que podría dejarse tentar y dejar a un lado su habitual cautela.

—No estoy segura —dijo Trella—. Puesto que tú deberías determinar la veracidad de lo que los hombres dicen y hacen, me parece que el título de «juez» sería apropiado. El juez principal de Akkad sería responsable sólo ante Eskkar. Él y yo creemos que una de las mayores responsabilidades de quien gobierna es tomar decisiones justas al resolver disputas. Tú sabes cuánto necesita Akkad semejante puesto, ¿y quién mejor para ocuparlo?

—Juez supremo de la ciudad de Akkad —dijo Corio—. Suena importante, ¿no?

«Lo es realmente», pensó Trella. En unos meses, sin duda en menos de un año, el título se cambiaría por «el juez del señor» o incluso «el juez del rey». El título de «rey» señalaba a quien estaba a cargo de todo el territorio, el bendecido por los dioses y el que dispensaba sus favores. Nunca había sido usado en aquellas tierras, pero la palabra «rey» podía esperar un poco más, hasta que la gente estuviera lista para aceptarla.

—Di que sí, Nicar —le rogó, tocándole la mano—. Tu nombre será recordado para siempre en Akkad. Piensa en todo el bien que puedes hacer.

Él los miró a ambos y alzó sus manos, en señal de rendición.

—¿Cuándo queréis que empiece?

—Arregla tus asuntos. En una semana, o poco más, podremos comenzar a ver qué es lo que necesitaremos.

—Pensé que podría descansar al llegar a viejo, Trella. Ahora me tendrás trabajando de la mañana a la noche.

«Y más», pensó Trella.

—Noble Nicar, creo que esto será bueno para ti y para la ciudad. Tendremos mucho de que hablar, pero podemos comenzar en cuanto estés listo.

—Puesto que eso está decidido, ¿podemos continuar con la fiesta? —El tono de Corio hizo que Nicar y Trella rieran—. Puedo oír a mi nieta gritando de alegría incluso desde aquí.

—Sí, me gustaría saludar a tu esposa y a tus hijos —dijo Trella—. Tal vez pueda hallar algunos regalos para ellos. Gracias a ambos.

Cuando los dos hombres partieron, Trella se sintió satisfecha de que uno de los asuntos más importantes del día hubiera concluido. La honestidad de Nicar sería un reflejo favorable en el código de justicia de Eskkar. Los nobles gruñirían y se quejarían de la pérdida de alguno de sus privilegios, pero pronto verían también los



beneficios. Y podrían incluso convencerse de poder influir en las decisiones de Nicar, pero ella conocía bien a su antiguo dueño.

No, ella llevaría Akkad otro paso adelante, esta vez utilizando el interés de los nobles, para consolidar y fortalecer el control de Eskkar. Al final la gente confiaría en el arbitrio de las leyes del señor Eskkar, y hasta entonces podrían apelar a Eskkar si consideraban haber sido tratados injustamente. Cuanto más confiaran en Eskkar y en ella, cuanto más confiaran en sus líderes, más seguro estaría el hijo que iba a tener. Con el tiempo, el pueblo aceptaría a su hijo como líder sin dudarlo.

Asumiendo, claro está, que ella tuviera un varón. Si tenía una hija, entonces tendría que volver a quedarse embarazada lo antes posible. Eskkar necesitaba un heredero para continuar su linaje, así como Akkad necesitaba del mismo heredero para mantenerse estable, para saber que en los años venideros el hijo de Eskkar, el sucesor, estaría allí para protegerlos y defenderlos a ellos y a sus familias.

La seguridad del niño se había vuelto incluso más importante que la propia. Trella recordaba demasiado bien cómo había pasado de ser la hija de un noble a propiedad de un tratante de esclavos en una noche. Tal destino nunca debía ocurrirles a los hijos e hijas de Eskkar. Para proteger a su primogénito, ella debía modificar las costumbres de Akkad para asegurarse de que el pueblo se sintiera confiado y seguro bajo la autoridad de Eskkar. Nada podía interponerse en su camino: ni los nobles, ni los mercaderes acaudalados, ni siquiera los soldados. Todos ellos debían obedecer a Eskkar y aceptar los planes de ella para la construcción de una ciudad poderosa.

Palmeándose el vientre para tranquilizar al bebé, Trella siguió a Nicar y a Corio hasta la puerta. A la entrada, intercambió una mirada con Annok-sur e hizo un gesto de asentimiento.

Resuelto el tema del borrador de nuevas leyes, sólo dos asuntos quedaban pendientes antes de que pudiera disfrutar de la fiesta: sus reuniones por separado con Gatus y Korthac.

Momentos después, Gatus entró al cuarto de trabajo, cerrando la puerta a su paso.

—¿Qué sucede, Trella? —preguntó—. ¿Algo anda mal?

—Estoy segura de que no es nada, Gatus —dijo, pero su rostro permaneció serio mientras se sentaba frente al soldado—. Sé que tus mensajeros regresaron esta mañana, y quería hablar contigo antes de que comience la fiesta.

A petición suya, Gatus había enviado a algunos jinetes para ver cómo les iba a las dos patrullas regulares que custodiaban Akkad. Estas patrullas realizaban un círculo gradual en torno a la ciudad y regresaban cada cinco o seis días. Él había instruido a los mensajeros para que establecieran contacto con cada patrulla. Después, los mensajeros trazarían un gran arco hacia el este y el sur, en busca de cualquier descontento.

—Entonces, ¿todo en los alrededores está como debe ser? ¿Hasta dónde fueron

tus jinetes?

—Las patrullas están a unas cuarenta millas de distancia, una hacia el este y otra hacia el sur. Dicen que hay muy pocos incidentes, especialmente desde que Eskkar partió hacia el norte. Hasta los bandidos del oeste y el sur parecen haberse alejado. Tal vez tuvieron noticias de lo sucedido en Bisitun y aprendieron su lección.

—Tal vez. Pero todavía me preocupa Korthac. Seguimos sin saber nada de él, aparte de lo que nos contó el día en que lo conocimos. Las mujeres no han conseguido enterarse de nada, y ni siquiera Tammuz y sus clientes han encontrado la manera de entrar en sus habitaciones.

—Tal vez no haya nada que averiguar —dijo Gatus—. El que mantenga a sus hombres bajo control no lo vuelve un hombre peligroso.

—El modo en el que trata a sus hombres es lo que me inquieta. Se quedan dentro, lejos de las mujeres. No apuestan en el mercado, no beben en las tabernas, no visitan a las prostitutas en el río.

—Es, pues, un amo exigente, pero no ha habido peleas, ni robos. Él dice que no los quiere dando vueltas hasta que no hayan aprendido el idioma y las costumbres. Sólo llevan aquí un mes escaso.

—Casi dos meses, en realidad. Pero supongo que tienes razón. —Trella no estaba convencida, pero no tenía pruebas para rebatir a Gatus—. Así y todo, quiero asegurarme de que los alrededores estén tranquilos.

—Más tranquilos de lo que han estado nunca. Con Eskkar en el norte y Bantor siguiendo a Alur Meriki en el sureste, se ha limpiado la campiña de bandidos. Incluso las tierras al este del río están en calma, y apenas se ha visto a los bárbaros por allí. Nunca ha habido mucho en esa zona, salvo granjas aisladas. ¿Te han contado algo diferente de la zona del río?

Todos los días llegaban y partían botes de Akkad, que se dirigían a las villas río abajo; algunos llegaban hasta Sumeria y el gran océano.

—No, las villas sobre el Tigris parecen en calma. Los capitanes de los botes no han informado de que exista descontento, y hay menos bandidos y piratas de los que ven habitualmente.

Gatus se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué importa? Cuando Eskkar regrese dentro de unas semanas, traerá consigo unos treinta soldados así como nuevos reclutas ansiosos por sumarse a las tropas de Akkad.

Trella y Gatus habían hablado con el mensajero de Eskkar. Éste había llegado desde Bisitun aquella mañana, con noticias de que Eskkar había decidido permanecer en el norte por lo menos otras dos o tres semanas.

—Parece contento con su nueva mujer —dijo Trella.

Gatus bajó la mirada al suelo y se encogió de hombros.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, Trella. Y es importante que Bisitun esté bien segura. Estoy convencido de que volverá pronto.

Trella había sabido de las actividades de Lani incluso antes que Gatus. Uno de los primeros mensajeros de Bisitun había hablado de Lani con su mujer, quien inmediatamente pasó la información a Trella. Al principio no se había inquietado, pero a medida que pasaban las semanas, sintió que su preocupación aumentaba. Pese a todo, no dio señales a nadie de estar preocupada por la aventura de Eskkar.

—Estoy segura de que tienes razón, Gatus. Pero puesto que él está lejos, me preocupa la campiña. ¿Podrías extender el radio de acción de las patrullas? ¿Unas veinte o treinta millas en todas las direcciones?

—Bueno, harían falta más hombres y caballos. Y necesitaríamos más mensajeros yendo y viniendo. ¿En verdad crees que es necesario?

—Dame el gusto —le dijo, inclinándose hacia él y tocándole el brazo—. Y puedes decirles a tus jinetes que habrá más plata por sus esfuerzos. Unas pocas rondas más hasta que Eskkar regrese. Que aumenten la distancia por lo menos treinta millas.

—Por un poco de plata extra, cabalgarán en un círculo mayor —rió—. Los enviaré dentro de uno o dos días...

Ella volvió a tocarle el brazo.

—Envíalos mañana, Gatus, en cuanto se recuperen de la fiesta.

—¿Tanto te preocupa ese Korthac?

—No es sólo él. Además, no tienes más remedio que cargar con una mujer embarazada. Como has dicho, Eskkar regresará pronto, pero hasta entonces me preocuparé. —Se rió de su propia debilidad—. Ah, y otra petición. Quiero un jinete para un trabajo especial, para que se dirija hacia el extremo noroeste. ¿Tienes a alguien en quien pueda confiar? Ha de ser un buen jinete e inteligente, además.

—¿Tendrá que pelear?

—No, sólo hacer acopio de información. Puedes ofrecerle una moneda de oro además de su paga habitual.

—Por esa cantidad, hasta yo mismo iría. Hablaré con los hombres mañana y encontraré al que quieres.

—Entonces nuevamente te doy las gracias, viejo amigo. —Se puso de pie—. Ya es hora de dar por iniciada la fiesta. Bastante tiempo te he mantenido alejado del vino y la comida.

Ella lo acompañó hasta la puerta y juntos descendieron las escaleras. Annok-sur esperaba allí, junto a los sirvientes. El cuarto de trabajo también sería usado para entretener a las visitas, y necesitaban tiempo para prepararlo. Trella tenía pensado encontrarse allí con Korthac.

Puesto que ya se había convertido en uno de los mercaderes más importantes de

la ciudad, Korthac había recibido y aceptado la invitación. El egipcio continuaba siendo un misterio, pues se mantenía apartado y distante de las costumbres de Akkad. Sus informantes no le habían proporcionado ningún dato de utilidad.

Ella quería entender mejor a Korthac, saber, de primera mano, qué lo motivaba. Sólo entonces satisfaría su curiosidad. Trella confiaba en calarle las intenciones durante el festival. Tal vez el vino y la comida exótica sirvieran para aflojarle la lengua.

## CAPÍTULO 14

**K**orthac no llevó a ninguno de sus guardaespaldas habituales a la fiesta. En cambio, fue con Hathor, el único de sus tres lugartenientes que lo habían acompañado a Akkad, y el único con la inteligencia y el dominio de sí mismo para mantenerse en su papel. Además de los viajes río abajo que realizaba Hathor, su responsabilidad principal consistía en mantener a los hombres bajo control, apartados del vino y de la población local. Cada día su tarea era más difícil, y los hombres, más reacios a mantener la disciplina. Se habían ganado su plata, sobrevivido al desierto y ahora querían tomarse algunas libertades en aquella ciudad cuyos placeres los llamaban. Afortunadamente los hombres respetaban a Hathor, que les había urgido a contenerse por un poco más de tiempo. Korthac sabía lo importante que era para él que sus hombres se refrenaran.

Con sólo un puñado de hombres en Akkad, Korthac tenía mucho que perder como para correr el riesgo con un soldado borracho que se metiera en problemas. Había hecho azotar a uno la semana anterior. El día previo, Hathor había golpeado a otro. Tanto Korthac como Hathor recordaron a sus hombres una y otra vez que en unas semanas tendrían oro en abundancia y oportunidades sin límite para disfrutar de las mujeres de Akkad.

Los otros dos lugartenientes de Korthac, Takany y Nebibi, permanecían al otro lado del río junto con Ariamus, vigilándolo y ayudándolo a reclutar y entrenar a los desesperados hombres que tenían. Korthac estaba seguro de que podía confiar en Ariamus, al menos mientras el oro siguiera fluyendo. Más de seis semanas habían pasado desde la llegada de Korthac a Akkad, y él había recibido un informe semanal sobre los progresos de Ariamus.

El negocio de Korthac como vendedor le daba una legítima razón para pasarse horas en los muelles con algunos de sus hombres, visitando barcos cuando llegaban y realizando operaciones aquí y allá. De vez en cuando llegaba un bote con un hombre de Ariamus, que se sentaba con el egipcio para informarle. Korthac se aseguraba de que el mensajero volviera inmediatamente en un barco en dirección al sur. Con los espías de Trella por todas partes, no podía haber ni fanfarronadas ni miradas petulantes que pusieran el plan al descubierto.

De acuerdo con el último informe de Hathor, el antiguo capitán de la guardia ya había reclutado más de noventa hombres, casi todos ellos montados, y la mayoría aseguraba tener experiencia guerrera. Ariamus había gastado abundante oro y plata de Korthac, junto con promesas de futuros botines, a fin de incorporar a esos hombres. Korthac dudaba que se aproximaran a la calidad de sus egipcios, pero, de

momento, necesitaba soldados. Con suficientes hombres que pudieran blandir una espada, Korthac se haría con el poder en Akkad.

Más de la mitad de los soldados de la ciudad estaban ausentes, ya fuera con Eskkar o con Bantor. Eso significaba que en un día cualquiera había menos de cien hombres para mantener el orden, patrullar las murallas y vigilar las puertas. Korthac no dudaba que sus setenta egipcios podían tomar la ciudad desde dentro, siempre y cuando no tuvieran que vérselas con arqueros. Había observado a los soldados acadios mientras practicaban, y sabía lo que podían hacer con un arco. Pero en la lucha cuerpo a cuerpo sus hombres prevalecerían. Sostenerse en el poder sería otro asunto, y para eso necesitaba a Ariamus y a sus hombres y, por la misma razón, sus caballos.

En unas semanas más, tal como sabían todos en la ciudad, Bantor y sus hombres volverían desde el sur. Korthac quería actuar antes de su llegada. Eskkar, demostrando ser tan impredecible como todos decían, permanecía en Bisitun. Sin embargo, el bárbaro podía volver a Akkad en cualquier momento, probablemente trayendo consigo a la mitad de sus fuerzas. Si se quedaba alejado unas semanas más, la tarea de Korthac sería mucho más sencilla. Había estado en Akkad el tiempo suficiente para entender la política local. Los nobles que formaban el concejo regente eran meros mercaderes, hombres que se ocupaban de comprar y vender, no de pelear, y todos ellos estaban intimidados por los soldados de Eskkar. Muchos recelaban de las nuevas restricciones de Eskkar y Trella a su autoridad. La gente no se alzaría para apoyarlos. Unas pocas ejecuciones públicas, seguidas de la distribución de algunas monedas de oro, y mercaderes y nobles serían acallados y obedecerían sus órdenes.

Trella podía convertirse en un grito de batalla, pero él intentaría ocuparse de ella cuando llegara el momento. Y sin Eskkar para alzar a los habitantes y darles la voluntad de resistir, la ciudad caería como una manzana madura del árbol a las manos ansiosas de Korthac.

Eskkar tendría que morir, por supuesto, pero eso podía suceder tan fácilmente en el norte como en Akkad. En cuanto Ariamus reclutara veinte o treinta hombres más, Korthac atacaría. Tomaría la ciudad y luego destrozaría las fuerzas de Eskkar paso a paso. Sólo un tonto divide sus fuerzas. En sus muchas batallas, Korthac había aprendido una cosa: concentrar a sus guerreros y aplastar a su enemigo. Había funcionado en Egipto y funcionaría allí. Estaba deseoso de enseñarle a Eskkar la misma lección.

Dejando esas ideas de lado, pensó en la fiesta de ese día. Korthac sonreía cuando pensaba en eso, en la futilidad de los hombres de esa tierra, que confiaban en Ishtar, una diosa, para protegerlos. Tan tonto como que aquella gente de Akkad confiara en Trella. La mujer de Eskkar había planeado una celebración especial en su casa para festejar algún aspecto incomprensible del poder de Ishtar, aunque la ocasión serviría

para dar gracias por haber librado a la ciudad de la invasión bárbara y por el reciente éxito de Eskkar en Bisitun.

Cualesquiera que fueran las razones, Korthac pensó que no era más que una oportunidad para que Trella entretuviera e impresionara a sus seguidores con su autoridad. Toda la gente poderosa e influyente de la ciudad había recibido una invitación, un fragmento de arcilla pintado de blanco con la marca de Eskkar de un lado y una imagen de la diosa del otro. Sólo los pocos afortunados que habían recibido la invitación, y sus escoltas, serían admitidos en la casa de Eskkar. El resto de Akkad celebraría la fiesta en las calles, probablemente hasta bien entrada la noche. Korthac ya se había resignado a una noche sin sueño, con la ciudad desbordante de ruidos y fiestas.

Había recibido la invitación hacía ya tres días y, de acuerdo con su nuevo estatus en Akkad, sin duda había sido de las primeras en ser enviadas. Esa mañana había preparado a Hathor para su papel, asegurándose de que el taciturno soldado supiera comportarse y recordándole una vez más que no debía ofender a nadie. Korthac incluso había comprado una nueva túnica para su lugarteniente, algo que daría una buena imagen de su señor.

El sol de la tarde se deslizaba por el horizonte cuando, vestido con su ropa más fina y nuevas sandalias de cuero, Korthac cruzó las calles hasta la casa de Eskkar, con Hathor a su lado. Naturalmente, su lugarteniente llevaba una espada, pero Korthac no iba armado. En los jardines no se permitirían las armas, política usual para asegurarse de que los invitados que bebían demasiado no terminaran matándose unos a otros por algún supuesto desplante.

Por supuesto, la prohibición de las armas también protegía a Trella, y Korthac tuvo que admitir que sus guardias sabían lo que hacían, manteniéndose alertas y vigilando a la multitud cuando Trella se movía por la ciudad.

Al llegar a la puerta de Eskkar, Korthac y Hathor tuvieron que esperar en fila mientras los guardias confirmaban las invitaciones y se aseguraban de que ninguno de los invitados estuviera armado.

—Saludos, honorable Korthac. —El guardia hizo una leve reverencia mientras tomaba el fragmento de arcilla de manos de Korthac—. ¿Alguna otra persona en su grupo?

—No, sólo nosotros dos. —Korthac sonrió amistoso al soldado. Hathor se había quitado el cinto con la espada y lo había entregado a otro de los guardias de Trella. Incluso se las había arreglado para sonreír al hacerlo.

—Por favor, entren a la casa del señor Eskkar, honrados invitados. —El guardia hizo una reverencia, dirigiéndose ya hacia los siguientes invitados en la fila.

Dentro, en el patio, en media docena de mesas se ofrecían jarras con vino, pan con miel, bandejas con frutas y dulces. Un cuenco de arcilla en el centro de las mesas

contenía un gran arreglo floral, con flores distintas en cada una de ellas. El humo se elevaba al fondo, así como también desde las cocinas, y el aroma de carne en su punto flotaba en el aire. En el tejado opuesto a las dependencias de Eskkar, unos músicos tocaban la flauta y un malabarista lanzaba sus bolas de madera pintadas de colores brillantes hacia el cielo.

El patio, grande como era, no tenía capacidad para todos, y los invitados también deambulaban por la casa, hablando y haciendo gestos. Los sirvientes escanciaban el vino mezclado con agua y varios de los invitados parecían estar ya bajo el encanto del dios del vino.

Korthac pudo ver a varios nobles del concejo, todos distinguidos por el borde azul oscuro de sus túnicas, el color reservado para las familias regentes. Él aceptó una copa de uno de los sirvientes y luego se acomodó lo más cerca de la pared del fondo que pudo, pero sin entrar en el área de la cocina. Algunos de los invitados parecían no ser más que mercaderes corrientes, con las túnicas rotas y manchadas aún puestas. Estaban presentes por lo menos una docena de soldados, con el emblema del clan del Halcón en los hombros, mezclándose con los invitados como si fueran sus pares. De todos los asistentes, sólo los del clan del Halcón llevaban armas, ya fueran espadas cortas o cuchillos. Ellos, observó Korthac, no tenían copas de vino en la mano.

Las mujeres constituían casi la mitad del grupo; vestían sus ropas más finas y permanecían detrás de sus hombres o juntas, conversando. La mayoría no se cubría la cabeza con pañuelos, una costumbre a la que Korthac todavía no se había acostumbrado.

—Honorable Korthac, ¿puedo ofrecerle algo del mejor vino de la señora Trella?

Se volvió y vio a Annok-sur a su lado, con una pequeña jarra en una mano y una copa en la otra. Korthac le sonrió mientras cambiaba su copa medio vacía por la nueva.

—Gracias por el regalo, Annok-sur. —Tomó un sorbo. El vino dulce era de agradable aroma, y una mezcla de calidad superior a la que había cogido de la mesa—. Es muy bueno. Mis gracias a la señora Trella. —Miró a su alrededor, pero no vio a la anfitriona—. ¿Se encuentra enferma la señora Trella?

—No, está descansando en el piso de arriba —dijo Annok-sur con una sonrisa—. Ella se alegraría si usted quisiera visitarla. Disfruta con sus historias sobre la tierra de Egipto.

Y siempre las interrumpía con una docena de preguntas en busca de detalles sobre su vida pasada, recordó Korthac.

—Por supuesto. ¿Quién podría resistirse a tan generosa anfitriona? —Se dirigió a Hathor—: Espera aquí. —No le gustaba dejar a su hombre solo, pero sería extraño llevarlo con él dentro de la casa.

Annok-sur se abrió paso entre la multitud, y Korthac la siguió, irritado por tener



que seguir los pasos de una mujer. Nunca había estado dentro de la casa de Eskkar. Mirando a su alrededor, vio la gran sala tan atiborrada como el patio. La mayoría de los invitados permanecía cerca de una gran mesa repleta de vino y comida, intentando comer tanto como fuera posible.

Un guardia mantenía libres las escaleras al piso superior, pero se echó a un lado haciendo un gesto a Annok-sur cuando pasaron. Otro guardia se encontraba en el rellano superior. Mirando a su alrededor, Korthac examinó las habitaciones privadas de Trella al entrar, habitaciones que pronto serían suyas. Bancos y asientos flanqueaban las paredes, y una pequeña mesa contenía jarras con vino y agua, pero no comida. Korthac reconoció al capitán de la guardia, Gatus, sentado junto a Trella, cerca de la ventana. Corio estaba de pie, cerca, con su mujer y sus dos hijos, hablando con uno de los nobles que controlaba varios botes que comerciaban a lo largo del río. Nicar, su mujer, su hijo y su nuera permanecían juntos, hablando animadamente entre sí.

Trella se puso de pie al tiempo que Korthac cruzaba la habitación. Sorprendido por su volumen, se dio cuenta de que su embarazo había avanzado desde la última vez que la viera. Ni siquiera el holgado vestido que llevaba podía ocultar su estado. Él siempre había hallado desagradables a las mujeres embarazadas, sucias de alguna manera. Sus cuerpos hinchados deberían ocultarse, apartarse de la vista, hasta que tuvieran a sus crías, preferentemente sin molestar a sus superiores. Korthac era padre de más niños de los que podía recordar, pero nunca se había preocupado por ninguno de ellos ni por sus madres. Los hijos volvían a la mujer débil y fácil de manipular, y él esperaba ansioso el parto de Trella.

—Saludos, señora Trella. —Hizo una profunda reverencia para mostrar su respeto.

—Bienvenido a nuestra casa, honorable Korthac. —Ella hizo una educada reverencia, como cualquier esposa respetable saludando a los invitados de su esposo.

—Que la diosa Ishtar bendiga a su futura familia, y gracias por su invitación a compartir sus bendiciones —entonó, cumpliendo con las cortesías que requería la celebración.

—Ha aprendido bien nuestras costumbres, honorable Korthac. —Se volvió hacia Gatus—: ¿Podría nuestro invitado usar tu asiento por un momento, Gatus?

—Sí, puede sentarse —dijo Gatus, levantándose y estirándose—. Necesito algo sólido para comer. Con tu permiso, Trella. —Hizo una reverencia hacia Trella y luego a Korthac.

—Póngase a mi lado —le dijo Trella, volviendo a sentarse—. Me canso con facilidad, y el preparar este festín me ha mantenido ocupada desde por la mañana temprano.

—La ciudad celebra su nombre, señora Trella, y agradece los dones de comida y

vino. —Para una ciudad en la que supuestamente escaseaba el oro, Trella se las había ingeniado para comprar suficiente comida para darle a casi todo el mundo en Akkad una buena cena y suficiente cerveza.

—¿Y usted, Korthac, ha decidido permanecer en nuestra ciudad?

Había hecho correr la voz de que estaba pensando vivir en las afueras, o quizá incluso río abajo. Las noticias habían enviado a una docena de mercaderes a su puerta, rogándole que se quedara y negociara sus piedras preciosas en Akkad. Ese simple rumor le había permitido hacerse con una docena de nuevos amigos.

—Creo que me quedaré en Akkad, señora Trella. —Bien podía decir la verdad. Ella sabía que ningún mercader dejaría voluntariamente la ciudad y todas sus ventajas—. Todavía estoy buscando una casa nueva, tal vez una como ésta. Me dijeron que en el pasado perteneció a un mercader.

—Sí, pero Nicar se la prestó a Eskkar durante el asedio. Después, mi esposo se la compró a Nicar.

—¿Cuándo vuelve su esposo, señora Trella? Estoy ansioso por conocerlo, aunque sólo la mitad de las historias que he oído sean verdad.

Ella rió.

—Eso es lo que son, honorable Korthac, medio verdades. Pero él es un líder fuerte que se preocupa por su pueblo. Creo que le agradecerá.

—Estoy seguro de ello, señora Trella. —«Más me gustará cuando esté muerto, lo cual sucederá pronto», pensó Korthac, borrándosele la sonrisa del rostro. Detestaba tener que contenerse frente a cualquiera, mucho más frente a una muchacha.

—Ahora dígame, honorable Korthac, ¿cuándo va a permitir que sus hombres circulen por la ciudad? Me han dicho que se pasan todo el tiempo dentro de esa horrible posada.

—Mis sirvientes son gente sin modales. Muchos ni siquiera están habituados a vivir en una villa, mucho menos en una ciudad como Akkad. Pero fueron lo único que pude conseguir para que me acompañaran en el viaje. —Korthac mantuvo un tono tranquilo. Su momento llegaría pronto—. Preferiría mantenerlos lejos de los problemas, al menos hasta que hayan aprendido a hablar el idioma y entender las costumbres de Akkad. Una semana o dos después de que me haya establecido en mi nueva casa, estarán listos para recorrer solos la ciudad.

—Los mercaderes se alegrarán de verlos.

—Tanto como mis hombres, se lo prometo. —Él percibió un dejo de incredulidad en sus ojos y se preguntó si sus palabras sonaban demasiado condescendientes.

—¿Ha podido vender sus gemas por un precio justo?

—Es difícil decirlo, señora Trella. Algunas de mis piezas se han movido con rapidez, pero otras... —se encogió de hombros— no estoy tan seguro. Hasta que uno no ha vivido en un lugar por algún tiempo, es difícil saber qué constituye un buen

negocio. A mí me resulta difícil saber cuál es el precio justo. Por eso no les quito el ojo de encima a mis hombres, para asegurarme de que no los engañen. —«Y entretanto vendo la mayoría de mis joyas por mucho menos de lo que valen».

—Ha aprendido bien nuestro idioma, honorable Korthac. Lo habla sólo con el más leve de los acentos. Es difícil creer que lo haya aprendido tan rápidamente.

—Un mercader debe conocer muchos idiomas, como usted seguramente sabe. Además del trabajo, me paso la mayor parte de mis días aprendiendo su idioma y sus costumbres. —Buscó dentro de su túnica—. Pero casi me olvido... —Sacó una pequeña bolsa de algodón atada con una delgada cuerda de cuero oscuro—. Esto es para usted, señora Trella. Un presente de la tierra de Egipto.

Él le entregó la bolsa, y observó sus hábiles manos mientras ella desataba el nudo y volcaba el contenido en la palma de su mano. Una esmeralda del tamaño del pulgar de un hombre, cortada en forma cuadrada y engarzada con una tira de oro que pendía de una gruesa cadena dorada, brillaba bajo la luz.

—Honorable Korthac, esto es... Nunca había visto una piedra igual.

Korthac se relajó mientras su anfitriona miraba la joya, fascinada por su oscuro color verde. «No es para menos», pensó. Aquellas tierras producían muy pocas piedras como ésa, y esas pocas eran pequeñas y de mala calidad. Recordaba haberle quitado del cuello aquella joya a la mujer de un rico mercader egipcio. De rodillas, ella le suplicó que no le quitara su posesión favorita, por lo que él se la devolvió y contempló cómo sus ojos se llenaban de gratitud. Le dejó sostenerla por un momento, hasta que le hundió la espada en el vientre. Luego se la volvió a quitar y la balanceó ante el rostro de la mujer, mientras ella miraba cómo su sangre manchaba el suelo, hasta morir.

—Es una hermosa piedra, señora Trella, pero ¿quién sino usted, en Akkad, debería tenerla?

—Me honra, pero no puedo aceptarla. Es demasiado valiosa.

—Señora Trella, insisto. Tengo otras igualmente valiosas. Si se la pone, alentaré a las demás mujeres de Akkad a comprar mis piedras. Y tal vez, si necesito ayuda en algún asunto, pueda acudir a usted. —Él observó cómo Trella se quedaba mirando la piedra. Ninguna mujer podía resistirse a tal obsequio, él lo sabía. Siempre le había resultado muy fácil manipular a las mujeres.

Trella miró fijamente la gema y luego volvió a meterla en la bolsa.

—Es demasiado, pero le agradezco el obsequio. Es el collar más hermoso que he visto en mi vida. —Le brindó una sonrisa llena de tibieza que él nunca había visto antes—. Pero, honorable Korthac, no llevaré el collar hasta que nazca el niño. De otro modo, los dioses podrían ponerse celosos.

Korthac ocultó su decepción. Hubiera preferido que ella mostrara la joya en la fiesta, para que todos supieran de su regalo y del sitio privilegiado que él ocupaba en

la estimación de Trella. Pero en verdad no importaba. Él volvería a recuperar la piedra en breve y, cuando lo hiciera, su satisfacción no se vería fácilmente saciada.

—Que vuestro hijo traiga la mayor de las felicidades, señora Trella. —«Mientras viva», pensó.

\*\*\*

Al otro extremo de Akkad, ni lámparas ni fuegos ardían en la taberna de Tammuz. El sol se había ocultado hacía un momento, pero, por una vez, la taberna estaba vacía. Los clientes habituales habían partido para disfrutar de la comida y la cerveza que fluían gratis en honor de Ishtar, gracias a la señora Trella. Algunos se dedicarían a hacerse con objetos desatendidos, sobre todo cuando sus dueños bajaran la guardia gracias al exceso de vino. En-hedu oyó risas y el sonido de voces fuertes que provenían de la calle, subiendo y bajando de volumen, según la gente iba y venía.

Puesto que no había clientes, En-hedu le preguntó a Tammuz si podían cerrar la taberna durante unas horas. Él le sugirió que caminaran por las calles y disfrutaran de la multitud, pero En-hedu le pidió que esperara. Ella dejó su cuarto y fue a la sala, cerró la puerta de la calle y puso la traba en su sitio. Cuando volvió al dormitorio, Tammuz fue a ponerse de pie.

—No, no te levantes. Hay algo que quiero que hagas por mí —comenzó, apurando las palabras un tanto más de lo que hubiera deseado.

Apenas había luz suficiente para que ella pudiera ver el gesto de confusión de su amo.

—¿Por qué?, ¿qué necesitas?

Ella se puso de pie directamente frente a él.

—Quiero que me lleves a tu cama. —En-hedu había forzado las palabras, y ahora ya no podía desdecirse. Ella se quitó el vestido por encima de la cabeza y se quedó de pie, sin retroceder. Él la había visto sin ropa muchas veces, pero ella nunca se le había mostrado de aquel modo, nunca había permanecido de pie para que él la mirara. Y la disfrutara. Ella tomó aliento, y separó un poco las piernas.

Sus ojos le acariciaron el cuerpo, deteniéndose en sus pechos y en el mechón de pelo de su bajo vientre.

—En-hedu... —empezó a decir—, ¿estás segura?

—Sí, estoy segura. Necesito ser tu mujer, traerte el placer de los dioses y darte hijos. Más que eso, quiero complacerte. Tú eres un buen hombre, y yo quiero quedarme a tu lado para siempre.

Él se puso de pie y la tomó con su brazo sano.

—Tú nunca me dejarás, En-hedu. Quiero que estés conmigo siempre. Y no tienes que...

Ella se inclinó hacia él y lo besó, un largo beso que lo acalló. Cuando terminó el beso, él se encontró con la mano en el pecho de ella, haciéndole dar un respingo de placer.

—Tus ropas, amo —dijo ella con voz ronca, sintiendo una oleada de placer recorrerle el cuerpo. Sentía la cabeza liviana, y se preguntó si se caería cuando él la soltara. Ella lo condujo a la cama, luego lo ayudó con su túnica, moviendo por una vez los dedos con torpeza en lugar de su habitual eficiencia. Después se dejaron caer en la cama, dándoles vueltas la cabeza con las nuevas sensaciones. Esta vez él la besó, y algo entró en su cuerpo como si fuera una lengua de fuego. Ella se sentía cada vez más húmeda entre las piernas y notó una oleada de calor que la excitaba aún más.

Sus manos le recorrían el cuerpo, explorando, apretando, tocando. Él se movía al ritmo del cuerpo de ella, y ella sintió la calidez de la piel de Tammuz en la suya. Ella gimió cuando él le acarició el montículo, y entonces él se detuvo.

—No te detengas —gimió ella, sorprendida de sus palabras y de la velocidad con la que las había dicho—. No te detengas.

—Le cogió la mano y presionó hasta que sus dedos entraron en ella. Nunca se había sentido así. No había dolor ni brutalidad que la pusiera tensa o le provocara el llanto. En cambio, un fantástico sentimiento de calidez le atravesó el cuerpo, como oleadas. En-hedu se escuchó a sí misma reír, un pequeño sonido que la sorprendió a ella tanto como a Tammuz. Nunca había reído en la cama antes.

Antes de que él pudiera hablar, ella lo tomó por los hombros y lo empujó sobre ella, abriendo sus piernas y usando la mano para guiarlo dentro de sí.

Esta vez ella se escuchó gemir de placer, y él le susurró algo. En-hedu no entendió las palabras, pero no importaba. Ella enlazó sus piernas en torno a su cuerpo y se aferró a él.

Ella lo sintió dudar, pero luego él comenzó a moverse contra ella, empujando y girando las caderas cada vez más rápido. Ella gimió de placer, arqueando la espalda, mientras que él la penetraba cada vez más profundamente. Luego él gritó su nombre una y otra vez, moviendo su cuerpo descontroladamente, mientras se hundía en ella. Ella se oyó llorar, tanto por el placer que estaba dando como por el suyo propio; su lugar secreto temblaba sin control a la vez que se humedecía aún más.

Finalmente él se desplomó sobre ella, respirando agitadamente, murmurando su nombre una y otra vez, diciéndole que la amaba y que ella no debía dejarlo.

—Nunca, amo —le prometió—. Nunca te dejaré.

Cuando él comenzó a retirarse de ella, con una risita ella lo retuvo en sí.

—No, quédate donde estás. Quiero sentir tu cuerpo contra el mío.

—Ah, sí —dijo él, suspirando las palabras a su oído—. Sostenme con fuerza. Ha sido tan bueno..., tan bueno.

Ella lo sostuvo en sus fuertes brazos, sintiéndose orgullosa de poder darle placer

con tanta facilidad. Acariciándole el rostro con una mano, se alegró de que la oscuridad ocultara su sonrisa. Volvió a besarlo y de pronto él respondió introduciéndole la lengua en la boca y excitándola. Ella sintió que él volvía a excitarse, así que le pasó las manos por la espalda y lo atrajo contra su cuerpo. Esto le arrancó un gemido de placer, a la vez que hundía el rostro en el cuello y el cabello de ella.

Pero sólo por un momento. Comenzó a moverse nuevamente, creciendo en firmeza, y con cada empujón la inundaba de placer, y ella se oyó gemir. La recorrió otra oleada de placer. Y esa nueva oleada duró un largo, largo tiempo.

\*\*\*

Sólo una lámpara ardía en el dormitorio de Trella. La fiesta había dado su fin, al menos para Trella y su casa. Se sentó en la cama, con Annok-sur a su lado, que sostenía la esmeralda de Korthac en la mano.

—¿Y no pidió nada a cambio, Trella? ¿Ningún presente?

—Nada. Sólo mi favor. No mencionó a Eskkar, ni siquiera sugirió que le hablara sobre este gran obsequio. Como si Eskkar no importara.

—¿Qué harás con él? —Annok-sur colocó la piedra preciosa en la cama, entre ambas.

—Por ahora, nada. Cuando nazca el niño, tan pronto como pueda, la venderé. Obtendremos lo suficiente para pagarles a los constructores de Corio durante un tiempo, estoy segura.

—Eso si puedes encontrar a alguien con suficiente oro para comprarla a un precio que se acerque a su valor. —Annok-sur suspiró—. Quizá deberías quedártela.

—No. Si la gente me ve llevándola, perderán su confianza en mí. ¿Cómo podría pedirle a nadie que se sacrifique por la muralla si me muestro en público con una joya de semejante valor? —Trella sacudió la cabeza—. Pero este Korthac..., hay algo en él que me molesta más ahora que cuando llegó. ¿Has averiguado algo nuevo sobre él?

Annok-sur suspiró.

—Muy poco. Hathor vigila constantemente a sus hombres. Compró a dos mujeres en el mercado de esclavos, para cocinar y satisfacer a sus hombres, pero rara vez salen. Cuando lo hacen, van siempre escoltadas por dos guardianes. Hemos intentado dirigirnos a ellas, pero les han advertido que no hablen con nadie y están demasiado asustadas como para desobedecer. Compran las mercaderías, o lavan la ropa en el río, y regresan a la posada de Korthac. Además de eso, rara vez salen de la casa. Las he visto. Se diría que están angustiadas.

—Él está ocultando algo, Annok-sur.

—Tal vez cometió algún crimen en Egipto, algo tan atroz que tiene miedo,

incluso aquí.

—Sea cual sea su secreto, debemos descubrirlo.

—No sé qué más intentar, Trella. Observamos a sus hombres, lo observamos a él, pero lo único que hace es pasar el tiempo junto a los carros de los mercaderes en el río. Sin embargo, no puede seguir viviendo así eternamente. Incluso los sirvientes necesitan un tiempo para sí mismos.

Trella cogió la esmeralda y la devolvió a su bolsa.

—Creo que regalaría esto sólo por averiguar lo que Korthac está tramando. —Ató la cinta con fuerza. Poniéndose de pie, se dirigió a la cama y se arrodilló. Empujando con fuerza, movió hacia un lado una parte de la pata de la cama, dejando al descubierto un pequeño hueco apenas lo suficientemente grande como para ocultar la bolsa. Cuando volvió a colocar la madera en su lugar, la joya había desaparecido. Sólo un ojo muy observador que mirase muy de cerca podría detectar el compartimento. Había otros lugares secretos en la habitación. Ella había revisado el cuarto con frecuencia y descubierto otros tres, pero tal vez hubiera más. El dueño anterior tenía muchos secretos.

—Tal vez deberías enviar un mensaje a Eskkar pidiéndole que regrese —dijo Annok-sur—. Ha estado alejado ya mucho tiempo.

—¿Qué le diría? ¿Que un mercader rico me preocupa? ¿Que no puedo averiguar si oculta algo? Él no sabría más de lo que sé yo. —Negó con la cabeza—. Además, ha enviado el oro y otras mercancías de Bisitun, y el concejo está contento con que esos territorios estén siendo pacificados.

—¿Y esa nueva mujer que tiene Eskkar? Suponte que él comience a olvidarte.

—El niño lo traerá de vuelta —dijo Trella, aunque ella se había sentido acuciada por las mismas dudas—. Dejemos que tenga sus placeres por ahora. Arriesgó su vida en la toma de la villa.

—Al menos Bantor regresará pronto.

—Eso hará que nos sintamos mejor las dos, Annok-sur.

—Tal vez deberíamos deshacernos de este Korthac, aunque sólo fuera para que dejaras de preocuparte.

—No, no hasta que hayamos averiguado más. Hay mucho tiempo, y antes o después nos enteraremos de lo que está ocultando.

## CAPÍTULO 15

**D**iez días después de la fiesta de Ishtar, Korthac salió de su casa. Hacía rato que había amanecido, sus guardias habían comprobado que todo estaba en orden en la calle y Hathor también lo esperaba fuera, alerta como los dos soldados que ese día protegerían a Korthac. Nadie en Akkad cuestionaba su necesidad de guardaespaldas. Todos sabían que con frecuencia llevaba encima grandes cantidades de gemas o el oro de su venta, y eso hacía de él un blanco tentador para cualquier ladrón lo bastante desesperado como para arriesgar la vida. Hasta ahora nadie lo había intentado. Los guardaespaldas de Korthac parecían muy atentos, la mano siempre en la espada y los ojos vigilantes, pendientes de cualquier amenaza.

Para cualquier ladrón que lograra vencer el cerco de sus guardias, Korthac llevaba un largo cuchillo, y no había duda de que sabía utilizarlo. Incluso si un ladrón atrevido se las ingeniaba para hacerse con el saco de Korthac y escapar, toda la ciudad saldría a buscar al ladrón. Nadie ignoraba que Korthac tenía muchos amigos en Akkad, y sus mercaderes y comerciantes principales exigirían a los soldados que persiguieran al malhechor, aunque tratara de escapar de la ciudad.

Esa mañana, sin embargo, la calle frente a la nueva vivienda de Korthac parecía tan tranquila como cualquier otro día, con el habitual grupo de vendedores ofreciendo sus mercaderías a quienes, evitando mirarlos a los ojos, aceleraban el paso. Por la calle de Korthac no pasaban muchos transeúntes, con el mercado a tan sólo dos calles. La mayoría de los vendedores más establecidos y con productos de mejor calidad vendían allí sus mercaderías. Lejos del mercado, los artículos tendían a ser de calidad dudosa, con los correspondientes precios más bajos. La mayoría de los carros y puestos cerca de la casa de Korthac estaban atendidos por mujeres, con frecuencia rodeadas por lo que parecían pandillas de niños, todos gritando o llorando, cuyo ruido y juegos conseguían irritar a cualquiera que simplemente intentara pasar por allí.

Esa mañana la calle parecía relativamente tranquila y Korthac comenzó a caminar, un guardia por delante y otro siguiéndolo detrás. Hathor tomó su lugar habitual a la izquierda de Korthac, y el cuarteto de egipcios inició su marcha hacia los muelles.

—Otro hermoso día —dijo Korthac, mirando primero hacia el cielo azul y luego dirigiendo la mirada hacia su agotado lugarteniente. Cuando Hathor y Nebibi regresaron de Akkad la noche anterior, informaron a Korthac de las actividades de Ariamus. Sin embargo, siempre cauto, Korthac quería volver a oírlo todo, con más detalles. Su plan requería una preparación muy cuidadosa y los acontecimientos debían desarrollarse ordenadamente para evitar el fracaso.



—Sí, señor —dijo Hathor, su mirada siempre vigilante contra los peligros a medida que avanzaban.

Entraron en el mercado, ya repleto de compradores y vendedores, algunos llegando aún de las granjas cercanas. Los más aplicados se levantaban mucho antes del alba para ocupar los lugares más ventajosos de la plaza. Quienes venían de más lejos continuarían llegando durante las próximas horas. Casi todos los granjeros locales vendían sus cosechas y animales por la mañana y comenzaban a regresar a sus casas una hora poco más o menos después del mediodía. Quienes vivían más alejados se enfrentaban a un día más largo y vendían sus productos a los capitanes de los botes que visitaban la ciudad; por desgracia, muchos de los botes no llegaban hasta bien entrada la tarde.

Korthac caminaba con cuidado, mirando no sólo dónde ponía los pies, sino también a la vibrante muchedumbre. Un hombre podía ser golpeado con una canasta de frutas o atropellado por una carreta chillona cargada de mercancías. Cada día era necesario abrirse paso por un camino distinto en el mercado, resultado del constante cambio de los puestos, de animales chillones y de compradores y vendedores. Los artesanos locales, que solían vender sus cueros, herramientas, cerámicas y algunas utensilios de bronce y cuencos cada día, tenían que hacerse de cualquier espacio disponible que encontrarán, acomodándose entre carros de granjeros llenos de fruta, verdura o jaulas con gallinas. Un gran ruido llenaba la plaza, con hombres que intentaban atraer la atención de los compradores, compitiendo con los animales asustados en sus jaulas o atados a cualquier emplazamiento estable.

Ese día sólo unos cuantos vendedores de esclavos estaban congregados en su rincón habitual del mercado. Comercio impredecible y escaso, los vendedores de esclavos siempre atraían la atención de la multitud. Aquéllos mostraban su mercadería, en su mayoría mujeres o muchachas jóvenes, anunciando sus cualidades y condiciones. Algunas de las esclavas se promocionaban a sí mismas, ansiosas de encontrar un buen amo y ganarse el sustento y asegurarse un lugar para vivir en Akkad.

En muchos casos, los padres vendían a los hijos que no necesitaban; entre lágrimas, aquellos padres aceptaban unas pocas monedas y veían cómo sus hijos o hijas se convertían en propiedad ajena. Docenas de mirones, curiosos y gente de paso se detenían a escuchar, siempre interesados en la compraventa de carne humana.

En Egipto, recordó Korthac, el mercado de esclavos operaba de modo similar, excepto que el restallar del látigo se escuchaba con más frecuencia por encima del llanto de los esclavos. En Akkad, un encargado o principal de una casa vigilaba a los esclavos, y no hacía falta mucha custodia ni castigos. De hecho, Korthac se había sorprendido de ver que la mayoría de los esclavos en venta en Akkad se ofrecían a sí mismos, esperando encontrar una mejor vida que la que habían dejado atrás en la

granja o en alguna remota villa. Incluso los padres que vendían a sus hijos tenían la esperanza de que éstos encontrarán una vida mejor como esclavos de algún mercader adinerado o un artesano en la próspera ciudad. Vender a una hija era menos doloroso, puesto que había poca diferencia entre una esclava y una esposa; ambas obedecían a otra persona el resto de sus vidas.

Los ladrones y los bandidos constituían el último grupo de esclavos, y éstos eran vigilados y custodiados con mayor cuidado. Sometidos a la esclavitud por sus crímenes, sabían la vida que les aguardaba: una vida de duro trabajo hasta el final de sus días. Si un esclavo escapaba, los soldados de Akkad lo perseguirían y traerían de vuelta. Aparentemente, por lo que tenía entendido Korthac, Eskkar había realizado esa tarea menor hasta no hacía mucho. Un cazador de esclavos que ahora se creía que gobernaba una ciudad.

Pero por poco tiempo, como bien sabía Korthac. El último informe de Hathor dio cuenta del sostenido progreso de Ariamus y Takany. El número de hombres y caballos al mando de Korthac aumentaba sin pausa, y pronto empezaría a utilizarlos.

La multitud disminuía a medida que Korthac y Hathor se alejaban del mercado, y pronto pasaron por la puerta del río. La actividad en los muelles cambiaba día a día, con la llegada y partida de los capitanes de los botes, algunos de los cuales realizaban más de un viaje por día, mientras que otros pasaban por Akkad e iban río arriba o abajo en viajes más prolongados.

Korthac llegó a su lugar habitual de negocios, lo suficientemente cercano a los muelles para ver todas las llegadas, pero lo suficientemente lejos como para no ser molestado por la carga y descarga de mercaderías. Otros vendedores de gemas ofrecían sus productos en el mercado, pero Korthac necesitaba un lugar más tranquilo para su negocio, lejos de la turba de mirones que no tenían ni siquiera dos monedas de cobre para frotar la una contra la otra. Puesto que sólo vendía piedras de excelente calidad, los compradores serios pronto supieron dónde encontrarlo. Al menos esa mañana Korthac no tendría que esperar a que el hombre que había contratado le instalara el puesto. Por una moneda de cobre diaria, un carpintero que vivía al otro lado de la puerta le guardaba a Korthac la angosta mesa, el taburete de tres patas y un toldo, y se los devolvía cada mañana.

Hoy todo estaba en su sitio y el carpintero permanecía allí, sonriendo y esperando su moneda. Hathor se la entregó, mientras Korthac se sentaba en el taburete. Él podría haber hecho que sus guardias llevaran las cosas a diario desde la casa, pero decidió que eso lo volvería una figura ridícula: un hombre rico que viajaba por la ciudad con dos guardias cargando con su puesto de venta.

Una vez pagado, el hombre se apartó, ansioso de volver a su trabajo, sin una palabra de agradecimiento hacia Hathor o Korthac. No es que a Korthac le interesaran las palabras de gratitud, pero tenía intención de cortarle las orejas a ese

hombre en cuanto se hiciera con el poder.

Korthac se acomodó para otro día de negocios falsos. Como era habitual, envió a uno de los guardias a ubicarse cerca de la puerta, con órdenes de vigilar a cualquiera que pudiera estar mostrando demasiado interés por la mesa de Korthac. El otro guardia permaneció a unos pasos de distancia, la espada en la mano, mirando a todos los que pasaban.

Entretanto, Korthac tomó asiento en el banco y compartió su comida de la mañana de pan y queso duro con su lugarteniente. Los compradores y vendedores de gemas rara vez realizaban negocios tan temprano y, a esas alturas, Korthac y su mesa no atraían la atención más que cualquier otro vendedor en el muelle. Dejó que Hathor se tomara su tiempo relatando sus observaciones y conversaciones en el campamento de Ariamus, hablando entre bocados, mientras contaba todo lo visto y oído. Ambos hombres hablaban en egipcio y mantuvieron la voz baja.

—Entonces, Ariamus estará listo —dijo Korthac cuando Hathor terminó.

—Sí, señor. Puede que tenga que recorrer la zona para encontrar los últimos diez o veinte caballos, pero para entonces ya no importará.

—¿Y los hombres que has traído contigo? ¿Servirán?

—Estuve con Ariamus cuando los eligió, señor. Yo mismo probé su habilidad con la espada. Todos son guerreros con experiencia, rápidos y más que competentes. Por una buena cantidad de oro, matarán a quien sea.

Korthac quería hablar con ellos en persona, pero eso sería demasiado peligroso. Los cuatro hombres habían pasado la noche en una pequeña posada a unos pocos pasos de la casa de Korthac, bajo la vigilancia de Nebibi, para asegurarse de que no vieran a nadie y mantuvieran la boca cerrada.

—Bien. Dale el oro y sácalos de la ciudad antes del mediodía. Y diles que habrá diez monedas de oro extra si tienen éxito.

La sorpresa se manifestó en el rostro de Hathor.

—¿Tanto oro? Ya se había acordado el precio...

—Quiero asegurarme de que cumplan su trabajo. No quiero que lleguen a Bisitun y decidan que es demasiado peligroso. Además, habrá suficiente oro para pagarles cuando vuelvan. —Korthac sonrió ante la idea—. Y diles que, si fallan, ofreceré la misma cantidad de oro a otros para que los persigan y me traigan sus cabezas. Eso servirá para templarles los nervios.

—Los enviaré fuera de la ciudad de uno en uno —sugirió Hathor—. Así será más difícil que llamen la atención. Necesitarán comprar un caballo nuevo, para reemplazar el que se hirió.

—Asegúrate de que conocen el plan. Tienen que ir deprisa a Bisitun, y atacar tan pronto como puedan. Si se demoran, no me servirán.

—Se lo he dicho, señor. Comprenden la urgencia. Atacarán tan pronto como

puedan.

—Bien. Eso supondrá una cosa menos de la que preocuparse.

Korthac miró a su alrededor, siempre atento por si hubiera alguien observándolos. Los espías de Trella estaban en todas partes, y no siempre era fácil avistarlos. Dejó a un lado sus pensamientos sobre los asesinos.

—Asegúrate de que Nebibi tenga tiempo, esta mañana, de estudiar el terreno del otro lado del río. Takany puede necesitar un lugar para ocultarse si llega antes o si necesitamos retrasar todo. Que Nebibi regrese con Takany en cuanto se marchen los otros. ¿Tendrá problemas en viajar solo?

—No, las tierras de la costa oeste están tranquilas. Viven allí unos pocos granjeros, pero la mayoría son pastores. Nebibi tiene un buen caballo y llevará suficiente comida, por lo que no tendrá que detenerse. Menos de tres días de marcha, si se mantiene apartado de las villas.

—Esperemos que no lo maten los bandidos durante su viaje.

Hathor se rió educadamente ante la broma de su señor.

—¿Está todo listo aquí, señor?

—Sí, ya casi he terminado la lista —Korthac se tocó la cabeza con el dedo índice— de quiénes puedo utilizar. Rasui, por supuesto. Odia a Trella y a Eskkar, piensa que son unos arribistas que deberían ser expulsados de Akkad. Y cinco o seis de los principales comerciantes de la ciudad, la mayoría de los cuales han sido multados por Eskkar o el concejo. Estoy seguro de que todos estarán dispuestos a formar parte de un nuevo concejo de nobles. Influirán en sus amigos para que se nos unan. Más que suficiente para empezar.

—¿Ya ha hablado con ellos? Quiero decir, ¿les ha hablado de su plan?

—No, es demasiado pronto. —A Korthac no le importaba discutir aquellos asuntos con Hathor, el único de sus lugartenientes con cerebro para entender la necesidad de discreción—. Pero he escuchado con atención sus quejas mezquinas, y les he ofrecido mis simpatías, así que me consideran uno de sus valiosos compañeros. En el momento de tomar la ciudad, agradecerán a los dioses la oportunidad de convertirse en mis seguidores y llevarse mi oro. Ganarán poder y riqueza, así como una oportunidad de vengarse de sus enemigos. El resto de la ciudad los odiará, pero ése es el pequeño precio que tendrán que pagar.

—¿Hay algo que pueda salir mal, señor?

—Por supuesto —dijo Korthac riendo—. Eskkar puede regresar, o Bantor llegar antes. Si los exploradores de Gatus descubren la tropa de Ariamus, eso podría cambiarlo todo. Pero hasta ahora todo parece...

—¡Señor! —El guardaespaldas advirtió a Korthac—. La señora Trella se acerca.

Korthac se volvió hacia la entrada, sorprendido de ver a Trella acercarse hacia los muelles. A pesar de su embarazo, se movía con gracia, la cabeza alta, rodeada de

cuatro de los guardias del clan del Halcón y caminando junto a un hombre a quien reconoció como un mercader del sur. Nicar la acompañaba, y el grupo se dirigió hasta la orilla del río, donde Trella y Nicar hablaron durante cierto tiempo con el mercader.

—Bueno, nuestra gran líder visita incluso los muelles —dijo Korthac.

—Sus guardias parecen estar alertas —comentó Hathor.

—Ya la atacaron una vez. Una pena que sobreviviera. No obstante, supongo que eso es lo mejor para nosotros. —Korthac observó a los guardias y tuvo que admitir que sabían hacer su trabajo. Todos miraban alrededor, los ojos alertas, sin perder ripio de todos los que pasaban, especialmente de quienes intentaban acercarse a la señora Trella.

Finalmente, Trella concluyó con su despedida. El mercader hizo primero una reverencia a Trella, luego a Nicar y bajó con cuidado por la pasarela hasta su bote, donde dos hombres de su tripulación aguardaban, sin duda ansiosos por partir. Trella y Nicar dieron media vuelta y comenzaron a encaminarse hacia la puerta. Pero Trella vio a Korthac y cambió de dirección, dirigiéndose a él. Nicar, sin embargo, continuó hacia la ciudad. En un momento, llegó ella con su séquito.

—Buenos días, Korthac —dijo, mientras hacía una leve reverencia.

—Buenos días, señora Trella —dijo Korthac, haciendo él también una reverencia—. No la había visto antes en los muelles.

—Y usted es Hathor —dijo Trella, sonriéndole—. Le recuerdo de la fiesta.

—Me honra, señora Trella —dijo Hathor haciendo una profunda reverencia.

—Por favor, señora Trella —dijo Korthac—, tome mi asiento. Y siéntese bajo el toldo. No debería permanecer al sol.

—Le agradezco la sombra —contestó—, pero prefiero permanecer de pie. No parece tener mucho trabajo esta mañana —añadió, tocando la mesa vacía frente a ellos.

Korthac rió.

—En general no muestro mi mercadería a menos que alguien esté interesado —dijo. Buscó dentro de su bolsa y sacó alrededor de una docena de piedras, que colocó sobre la mesa. Las piedras brillaron a la luz: una esmeralda verde brillante, tres citrinas de buen tamaño, un zafiro azul y dos granates rojo oscuro se destacaban sobre el resto.

—A las mujeres de Akkad les encantaría lucir alguna de esas piedras, estoy segura —dijo Trella, jugueteando con la más oscura de las granadas.

—A un precio especial para usted, señora Trella —ofreció Korthac sonriendo.

Ella negó con la cabeza.

—No, nada hasta el parto. Entonces habrá algo que celebrar.

—Deseo que llegue ese día feliz —dijo Korthac. Se volvió hacia Hathor—: Deberías continuar con tus obligaciones. El sol ya está más alto.

—Sí, señor —dijo Hathor; luego se despidió de Trella—: Espero que me disculpe, señora Trella.

—Por supuesto —respondió, sonriéndole nuevamente—, estoy segura de que tendrá mucho que hacer en la nueva casa de su amo.

Hathor hizo una reverencia a ambos y luego se alejó, pasando entre los dos guardias al volver hacia la puerta.

—Me alegra que haya decidido quedarse en Akkad —continuó Trella—. Su comercio beneficiará a muchos en la ciudad.

—Había pensado en ir más hacia el sur —dijo Korthac—, pero lo cierto es que su ciudad parece crecer tan rápido que mi negocio no puede hacer otra cosa que crecer con ella. Y su juiciosa administración mantiene contento al pueblo. Nunca he visto una ciudad tan grande con tan pocos ladrones y mendigos.

—Mucha gente abandonó la ciudad antes de que comenzara el asedio —afirmó Trella—. Los que permanecieron estuvieron dispuestos a arriesgar sus vidas por un nuevo comienzo. Así y todo, supongo que siempre habrá gente demasiado perezosa para trabajar y dispuesta a robar. Desgraciadamente, prefieren robar a los pobres y a los débiles.

—¿Y por qué no robarán a los ricos?

—Mírese, Korthac —dijo Trella—. A diferencia de los pobres, usted tiene guardias para que lo protejan. ¿Y dónde vendería un ladrón algo que le robara a usted? Tendría que irse de Akkad y confiar en que no lo atraparan o asaltaran en el camino.

Cualquiera que intentara hacerse con sus gemas terminaría muerto, Korthac lo sabía. Había elegido sólo a los más rápidos y eficientes para custodiar su persona, y sus guardias lo sabían todo sobre ladrones y asesinos.

—Parece preocuparse más de los mercaderes y granjeros que de los negociantes prósperos, señora Trella.

Ella rió, una risa agradable que hizo que todos miraran en dirección a ellos.

—Tal vez porque los ricos y prósperos tienen poca necesidad de mí. Sólo los más necesitados requieren ayuda y guía.

Su preocupación era genuina, observó Korthac, sorprendido a pesar de sí mismo. En Egipto, los gobernadores habían clamado que su tarea era guiar a la gente como un padre sabio a su familia, pero lo cierto es que habían hecho poco más que aprovecharse de los más débiles. Y ésa, Korthac lo sabía, era la razón por la que él tendría éxito en Akkad. No se podía contar con el vulgo: no tenía la fuerza para soportar los contratiempos y las dificultades, ni el coraje de enfrentarse a sus conquistadores. Una vez más se preguntó por Eskkar, se preguntaba si él también sentía lo mismo hacia la chusma. «Probablemente no», pensó Korthac. Los bárbaros, según había oído, tenían en poco a los que no eran de su grupo, a cualquiera más

débil que ellos.

—La gente de Akkad es afortunada con sus gobernadores, entonces.

—La ciudad ha sido, es verdad, bendecida por los dioses —dijo Trella—. Y ahora, honrado Korthac, debo partir. Hay otra reunión del concejo por la mañana.

Hizo una reverencia, ella devolvió el gesto y, antes de alejarse, sus guardias ocuparon sus puestos. En un momento, pasó a través de la puerta y desapareció. Los pocos curiosos en el muelle que habían perdido el tiempo a su paso dieron media vuelta y volvieron a sus ocupaciones, ya olvidada la visita de la señora Trella a Korthac y su pequeño puesto de venta.

Korthac retiró las gemas de la mesa y las guardó en su bolsa. Apartándose de la puerta, miró hacia el río soleado, sin verlo, pensando en lo que le había dicho Trella. Estaba convencido de que era una mujer inteligente. Cualquiera otra mujer de la ciudad se habría ensimismado con las gemas, habría comentado su belleza, habría admirado el efecto contra la suave piel de sus pechos. Después de echarles un vistazo, Trella se había desentendido de las gemas y le había sostenido la mirada, buscando, estaba seguro, cualquier signo de debilidad.

Desde su partida de Egipto, no había conversado con nadie de igual a igual, pero esta joven esclava algo sabía sobre la conducta de los hombres. Si no estuviera llevando el cachorro de otro hombre, puede que la hiciera su concubina, para que lo distrajera y desafiara su inteligencia de tanto en tanto. Después de entrenarla adecuadamente, claro está. Pero, lamentablemente para ella, era demasiado popular. Por eso Trella desempeñaría otro papel en la ciudad que pronto sería de Korthac, demostrando a todos que su poder era absoluto. Era un papel en el que se la vería muerta a sus pies en poco tiempo.

## CAPÍTULO 16

Pasaron cinco días más sin novedades, y ya había transcurrido una quincena desde la fiesta de Ishtar. El sol de la tarde había descendido sobre el horizonte, y En-hedu decidió guardar su mercadería una hora antes de lo habitual. Ese día, como todos los otros días y semanas anteriores, poco había ocurrido fuera de lo común. Los negocios siempre disminuían al caer la tarde, cuando la gente, cansada después de un día de trabajo, se preocupaba más de la cena que en comprar chucherías. Ella sólo había vendido un cinturón en todo el día, y eso antes del mediodía, a un comerciante al que se le había roto el suyo.

Había llegado a la calle con las primeras luces, justo a tiempo para ver a Korthac dirigirse al río, un poco más temprano de lo habitual. Pero volvió al mediodía, a su hora de siempre, a comer en privado. Korthac se había mudado a su nueva vivienda hacía dos semanas, unos pocos días después de la fiesta de Ishtar. Su nueva residencia consistía en tres pequeñas casas linderas, todas unidas, con la casa central algo más grande.

En-hedu había comenzado a vender sus productos en la calle de Korthac dos días antes de que tomara posesión de su nueva casa. Para cuando el egipcio se mudó, ella se había convertido en sólo otra mujer vendiendo mercaderías, exhibidas a pocos pasos de la esposa del granjero que vendía verduras. Al menos media docena de carros se ubicaban a diario en la calle, a veces bloqueando el tránsito mientras los vendedores movían y cambiaban de lugar sus artículos o los dueños se dedicaban un rato a cotillear.

Después de tantos días en su puesto, En-hedu conocía el nombre de cada uno de los diecisiete egipcios y hablaba con ellos cuando pasaban por allí, pero sólo si su señor estaba ausente. Pronto aprendió a no llamar la atención, y menos si Korthac andaba cerca. Nadie se atrevería a cruzar la calle ni tampoco a contestar a su saludo.

La única excepción a la regla era Hathor. Era un hombre serio que rara vez sonreía y ejercía de asistente principal de Korthac. O actuaba como guardaespaldas ocasional, dependiendo de la necesidad. Cuando Korthac salía de la casa, Hathor se hacía cargo y se pasaba el tiempo yendo de casa en casa, controlando a sus hombres y manteniendo el orden. Eso lo llevaba a la calle y, de vez en cuando, sonreía o saludaba con un gesto a En-hedu al pasar. En dos ocasiones le había comprado algo. Un cinturón una vez y una muñequera la otra. Había realizado otras compras para la casa, a veces en la calle, pero con más frecuencia en el mercado, donde había una mejor selección de productos.

Para su sorpresa, había aprendido muy bien el idioma local e incluso se animó a



preguntarle por sus otros artículos. En-hedu trató de animarlo a conversar, pero él nunca se quedaba mucho tiempo ni hablaba mucho. A veces la saludaba con una inclinación de cabeza cuando pasaba, a menos que Korthac lo acompañara.

El jefe egipcio seguía tan elusivo como siempre. Después de la comida de mediodía, Korthac solía regresar a los muelles. Los botes que habían emprendido el viaje hacia Akkad al amanecer solían arribar por la tarde, y el comercio podía ser intenso hasta casi la noche. Ese día, sin embargo, Korthac se quedó en la casa. Después, hacia media tarde, dos hombres a quienes nunca había visto llegaron a la casa de Korthac. Los guardianes los reconocieron y entraron a la casa sin ser detenidos. Los extranjeros, hombres de aspecto duro y túnicas sucias, permanecieron menos de una hora y luego partieron, dirigiéndose hacia el río.

Mientras tanto, varios de los hombres de Korthac comenzaron a pasar de una casa a otra, y entonces la actitud de los guardias cambió. Los que estaban apostados en la puerta parecían más tensos, y las rápidas sonrisas que a veces le dedicaban desaparecieron. Eso aumentó el interés de En-hedu aún más que la visita de los extranjeros. Cambió de idea respecto a marcharse un poco antes y comenzó a trabajar en otro cinturón, utilizando una pequeña aguja de bronce para el diseño sobre el blando cuero. El sencillo dibujo le ocupaba las manos mientras le permitía observar la calle en busca de cualquier cosa fuera de lo común.

\*\*\*

—¿Dices que Ariamus ya está listo para cruzar el río?

—Sentado en un pequeño taburete, las palabras de Korthac sonaron duras en la pequeña cámara sin ventanas que utilizaba cuando deseaba absoluta privacidad.

—Sí, señor —respondió Rihat, sentado de piernas cruzadas en el suelo, frente a Korthac—. Todos los hombres están en sus puestos, ocultos en las colinas al otro lado del Tigris. Ariamus dijo que comunicara que podemos atacar hoy o esperar a mañana, si hace falta más tiempo.

—No, atacaremos hoy al atardecer, como teníamos planeado. ¿Estás seguro de que nadie ha visto a nuestras fuerzas?

—Nadie que haya quedado vivo, señor. —Rihat se relamió—. Ariamus ha sido muy cuidadoso. Viajamos la mayor parte de la noche y después nos ocultamos en las colinas. Sólo vimos a unos pastores cuidando a sus rebaños.

Korthac observó a Rihat detenidamente. Lugarteniente de Ariamus, Rihat parecía inteligente, aunque se mostraba nervioso ahora que veía a Korthac cara a cara. Tampoco es que eso significara nada. Korthac sabía que ponía incómodos a los hombres. Aquel hombre mostraba la fatiga de varios días de difícil viaje. Con el rostro cubierto de sudor, tomó otro buen trago de agua de su copa. Miró a Korthac y a

Hathor, el único presente con ellos en la habitación.

—Escúchame con atención —dijo Korthac, vocalizando claramente—. Dile que cruzarán hoy, una hora antes de la caída del sol. —Mantuvo sus ojos fijos en Rihat, en busca de cualquier indicio de falta de atención o miedo—. Después se acercarán a la ciudad desde el sur y esperarán mi señal.

—Sí, señor. Takany y Nebibi nos lo explicaron todo. Se aseguraron de que todo estuviera preparado antes de enviarme.

Tanto Takany como Nebibi conocían el castigo por no obedecer exactamente las órdenes dadas. Korthac estaba más preocupado por Ariamus y sus hombres. Ellos representaban el factor desconocido y, si fracasaban, Korthac podía quedar atrapado en la ciudad.

—Señor, ¿quiere que regrese con Rihat, para asegurarme de que los hombres estén listos?

Hathor hizo la sugerencia con suficiente humildad, y Korthac consideró la pregunta por un instante antes de responder.

—No, te necesito aquí, Hathor. Rihat puede transmitir mis órdenes palabra por palabra a Takany y Ariamus. ¿No es así, Rihat?

El tono de voz de Korthac rezumaba amenaza y Rihat bajó los ojos al suelo.

—Sí, señor —respondió por fin cuando el silencio entre ambos se prolongó—. Como usted diga.

—Bien. —Korthac se permitió incluso una leve sonrisa para animar al hombre—. Serás recompensado cuando la ciudad sea nuestra. Ahora, regresa con Takany y diles que se aseguren de cruzar el Tigris sin ser vistos. Luego continuarán hasta la puerta del río y esperarán mi señal. No deben retrasarse.

Korthac hizo un gesto a Hathor, quien se levantó y tendió la mano a Rihat, ayudándolo a ponerse de pie. Los dos hombres salieron de la habitación, donde Korthac se quedó a solas con sus pensamientos. Seguro que fue Takany quien había sugerido esperar otro día. Querría que sus hombres descansaran. Sin duda, estaban todos exhaustos después de cuatro días de marcha forzada, en su mayor parte por la noche, para llegar a las afueras de Akkad sin ser vistos.

Sin embargo, Korthac sabía que alguien habría visto algo, y el rumor del paso de sus hombres llegaría, seguramente, por la mañana. Además, cuanto más tuvieran que esperar sus hombres más probable era que algo saliera mal, o que Takany y Ariamus discutieran sobre alguna cosa y corriera la sangre. Y en ese momento Korthac sabía que necesitaba a Ariamus y a sus jinetes más que a Takany, un tosco guerrero completamente fiel a su amo.

Hathor volvió a la habitación y se quedó en la puerta.

—Rihat y su compañero están ya de regreso, señor.

—Llama a Simut. Es hora de prepararse.

Hathor se marchó y volvió al cabo de unos minutos con Simut, otro guardaespaldas de Korthac que había mostrado su valor en muchas batallas a lo largo de los años.

—Busca a tus tres hombres, Simut —ordenó Korthac—. ¿Sabes qué hay que hacer?

Korthac había repasado las instrucciones con el soldado varias veces, así que no había necesidad de volver sobre los detalles.

—Asegúrate de que tienes tiempo suficiente para encontrar a Gatus y matarlo.

Simut asintió.

—Entiendo, señor. Morirá en la calle de regreso a su casa.

Habían revisado el plan para Gatus durante una semana. El capitán de la guardia terminaría sus funciones en los barracones o en el concejo; luego visitaría su taberna favorita para tomarse una jarra de cerveza y después regresaría a su casa antes de la caída del sol.

—Si algo sale mal, Simut —dijo Korthac—, si se da la alarma, tendrás que matarlo antes de salir de la taberna. Ese hombre debe morir, sin importar cuántos hombres pierdas.

—Sí señor, no le fallaré.

De todos los hombres de la ciudad, sólo Gatus tenía la experiencia y la presencia suficientes para actuar de centro aglutinador de la resistencia. Con todos los otros oficiales superiores fuera de Akkad, el resto de los soldados y los habitantes de la ciudad lo buscarían a él como jefe. Por tanto, el viejo soldado tendría que morir primero, para descorazonar a los soldados y al pueblo.

—Entonces serás bien recompensado cuando tengamos la ciudad. —Korthac se volvió hacia Hathor—. ¿Tú mantendrás abierta la puerta de la casa de Trella?

La casa de Trella, con su muralla y los soldados apostados dentro, sería fácil de defender, si se les avisaba con tiempo. Y Trella sería otra voz de la resistencia. Korthac prefería capturarla viva, de ser posible, pero, viva o muerta, la casa debía ser tomada antes de que se convirtiera en un lugar de resistencia para los habitantes de la ciudad.

Korthac había encargado esa peligrosa misión a Hathor. Éste sabía pensar y pelear, y era consciente de la importancia de hacerse con la casa.

—En cuanto Takany entre por el río, me uniré a ti en la casa, Hathor. Mantén la puerta abierta hasta que llegue.

—Sí, señor. La puerta permanecerá abierta.

—Entonces, esta noche, seremos los señores de Akkad —dijo Korthac. Miró a sus hombres. Ninguno mostraba signos de duda o miedo. Ya habían peleado junto a Korthac y éste siempre los había llevado a la victoria. Comprendían el plan y no tenían preguntas. Estaban listos—. Preparad a vuestros hombres —ordenó Korthac—.

Es la hora.

\*\*\*

En-hedu hizo como que no se daba cuenta de los movimientos de los hombres de Korthac, y siguió ofreciendo sus mercaderías a todos los transeúntes, siguiéndolos una docena de pasos por la calle, una excusa de lo más conveniente para moverse y observar la situación. El sol había empezado a ponerse en las colinas de occidente cuando vio que Hathor salía de la casa de Korthac acompañado de cuatro hombres; dos de ellos cargaban mantas enrolladas bajo sus brazos. A En-hedu eso le pareció extraño; nunca había visto a Hathor ir a ninguna parte con más de un guardia. Ella lo llamó, pero o bien él no la oyó o no tenía tiempo para conversar.

A aquella hora los negocios en los muelles estarían llegando a su fin, y seguro que no llegarían más botes tan próxima ya la caída del sol. En-hedu seguía pensando en lo que podía significar todo aquello, cuando Simut, otro de los guardaespaldas de Korthac, salió de la casa acompañado de tres hombres más. Otra vez, dos de ellos llevaban grandes fardos.

No estaba segura de lo que significaban esos movimientos, si es que significaban algo, pero sabía que debía avisar a Tammuz. En-hedu comenzó a guardar sus artículos de cuero expuestos sobre la gastada manta del carro. La manta también servía para transportarlos, y en unos pocos momentos se pareció a los bultos que llevaban los hombres de Korthac, sólo que un poco más corto. Utilizando dos correas de cuero desperejas, ató los extremos de la manta para cerrarla.

Su mente, sin embargo, continuaba funcionando. Habían pasado semanas sin que sucediera nada fuera de lo ordinario. Había demasiados egipcios por todas partes y su cambio de actitud la preocupaba.

Para cuando terminó de empacar sus mercaderías, escuchó algunas voces que hablaban en egipcio y, alzando la vista, vio a Korthac salir de la casa, acompañado por dos de sus hombres. Una vez más, uno de los seguidores de Korthac llevaba lo que parecía ser un bulto pesado, esta vez un poco más grande que el que llevaban los otros hombres.

En-hedu en ningún momento alzó la vista, ni siquiera cuando Korthac pasó a menos de un brazo de distancia de su carro. Vio sus pies a través de su cabello enredado y esperó hasta que desapareciera por la calle. La visión del taciturno egipcio la preocupaba. Se sintió tentada de dejar el carro, pero un carro abandonado podía llamar la atención. Lo mejor era guardarlo como hacía todas las noches, llevándolo por la calle hasta la casa de Ninbanda, donde estaría seguro. Pero antes de que pudiera comenzar a mover el carro, un cuarto grupo de egipcios salió a la calle.

Mirando sus pies, contó hasta cinco hombres. El número la sorprendió. Eso

significaba que la casa ahora estaba vacía, con lo que hubiera dentro sin vigilar. En las seis semanas en las que En-hedu había observado las casas, Korthac nunca había dejado menos de la mitad de sus hombres dentro, cuidando su propiedad.

Este último grupo, sin embargo, no se dirigió al río. Fueron calle arriba, hacia el centro de Akkad. Observó sus espaldas por un momento; luego apoyó el cuerpo contra el carro, el cual, a regañadientes, comenzó a moverse con un chirrido de maderas contra maderas. En-hedu, ahora alarmada, usó toda su fuerza para mantener el carro en movimiento, sin importarle quiénes tuvieran que apartarse de su chirriante paso. Cuando llegó a la choza de Ninbanda, no se detuvo, sólo empujó el carro contra la puerta de la entrada mientras llamaba a la mujer para que lo guardara. En-hedu se dirigió deprisa por otra calle hacia la taberna.

Algo no iba bien. Se vio a sí misma corriendo, apretando el pesado bulto de mercaderías contra su pecho y esquivando a los pobladores cansados que regresaban del trabajo a sus casas. Respirando agitadamente, se volvió hacia la calleja que conducía a la taberna de Tammuz, esquivó a dos hombres que trataron de saludarla, empujó la puerta entreabierta y entró corriendo.

Kuri alzó la vista ante el ruido, pero ella no hizo caso de su habitual sonrisa.

—¿Dónde está Tammuz? ¿Está aquí? —Dejó caer el fardo, preocupada por que Tammuz estuviera vigilando la casa, o que hubiera incluso seguido al grupo de Hathor o de Simut.

Pero Tammuz salió de la recámara. Había escuchado el portazo y su voz excitada.

—En-hedu, ¿qué...? —Una mirada a la mujer lo silenció.

Ella lo empujó hasta el dormitorio y cerró la puerta. Manteniendo la voz baja, describió lo que había visto.

—Esos fardos... ¿cómo eran de grandes?

En-hedu extendió sus brazos.

—Los bultos que los hombres de Korthac llevaban eran más largos y gruesos.

—Mmm, no tan largos como para ser arcos. —Tammuz abrió los ojos—. ¿Espadas? ¿Podrían ser espadas?

—Sí, supongo..., aunque no oí ningún ruido metálico.

Maldiciendo en voz baja, Tammuz se puso el cinturón. Por la costumbre, En-hedu le ayudó a ajustárselo, y su miedo fue creciendo al verlo sacar el cuchillo de su funda.

—Voy a la casa de Eskkar a prevenir a Trella —le dijo—. Quédate aquí con Kuri.

Salió a la sala y luego de la taberna, moviéndose a la carrera.

En-hedu permaneció de pie, estupefacta. ¿Qué podía hacer Tammuz con un solo brazo sano y un cuchillo? Si hubiera problemas, él...

Ella entró en la sala. Uno de los clientes la vio y le pidió otra cerveza y algo para comer. En-hedu lo miró sin comprender, y luego vio a su compañero. Éste llevaba un cuchillo al cinto.

—Necesito que me prestes eso —dijo, moviéndose tan rápido que cogió el cuchillo de cobre con manchas de óxido verdosas del cinto del hombre antes de que éste cayera en la cuenta de lo que ella pretendía—. Kuri, quédate aquí. —Ella escondió el cuchillo en su vestido, apretándolo contra su cuerpo por el mango, sosteniéndolo por fuera con firmeza, y corrió en busca de Tammuz, haciendo caso omiso de las voces que la llamaban.

La gente llenaba las calles. Muchos ya habían cenado y estaban deseosos de algunas horas de tranquilidad antes de ir a dormir. Fruncían el ceño cuando En-hedu los empujaba y chocaba contra ellos al pasar, siguiendo el camino que ella sabía que Tammuz tomaría para ir a casa de Eskkar. El sol se hundía en el horizonte. Ya se apagaban los colores del día, reemplazados por las sombras grises que comenzaban a cubrirlo todo.

A esa hora del día le llevaría un tiempo llegar a la casa de Eskkar, y ella se apresuró todo lo que pudo, respirando agitadamente mientras se abría paso entre los caminantes. Para su sorpresa, antes de haber cruzado tres calles vio a Tammuz caminando a unos pocos pasos delante de ella. Aliviada, aminoró la marcha. Para mayor sorpresa, él se desvió de la calle que llevaba a la casa de Eskkar. Se preguntó qué podría haberle hecho cambiar de dirección. A una docena de pasos detrás de él, abrió la boca para gritar su nombre cuando...

—¡GATUS! —gritó Tammuz—. ¡CUIDADO!

El grito dejó a todos paralizados en la calle, pero sólo por un instante. Luego el sordo chocar del bronce contra el bronce destruyó la tranquilidad nocturna. Tammuz se lanzó hacia delante, sacando el cuchillo. En-hedu salió a la carrera, temerosa de lo que podía encontrar.

Una voz exclamó algo en egipcio, y ella oyó el grito de dolor de un hombre mientras llegaba a la intersección en donde Tammuz había gritado. Con apenas suficiente luz para ver, En-hedu reconoció a Gatus, su espalda contra la pared y la espada en la mano, que peleaba contra Simut y sus hombres. Un hombre, guardaespaldas de Gatus, yacía retorciéndose en el suelo, sangrando, sin que nadie prestara atención a sus gritos de auxilio.

Gatus, enfrentándose a tres hombres, estaba a punto de ser vencido cuando Tammuz se deslizó detrás de uno de los hombres de Simut y lo apuñaló con fuerza por la espalda. El hombre gritó, y En-hedu vio la sangre que le brotaba a través de la túnica. Simut vio el golpe, y tiró un mandoble hacia Tammuz, que lo esquivó. Aprovechando la oportunidad, Gatus pasó al otro lado, y golpeó al más próximo de sus atacantes. El golpe de Gatus lo hizo recular, lo que proporcionó al viejo soldado la oportunidad de agacharse y escapar. Pero antes de que pudiera hacerlo, el otro egipcio se lanzó contra Gatus e hirió al capitán de la guardia en el costado. Gatus le devolvió el golpe con el pomo de su espada con fuerza suficiente para empujar al

hombre contra su compañero. Entonces Gatus, apretándose el costado, dio media vuelta y se alejó por la calle, perdiéndose en las sombras.

Entretanto, Simut se volvió hacia Tammuz para acabar con el joven que había malogrado la emboscada. Alzó la espada y avanzó hacia Tammuz, intentando herirlo en la cabeza. Tammuz se hizo a un lado mientras extraía el cuchillo de la espalda de su víctima. La espada de Simut no lo hirió, pero el egipcio había peleado demasiadas veces como para jugarse la vida en un solo golpe. Moviéndose con habilidad, Simut, tras fallar el golpe oblicuo lanzado a la cabeza de Tammuz, dirigió la espada contra su pecho. Tammuz, cuyo cuchillo no estaba a la altura del arma de su atacante, se retorció intentando evitar el golpe, pero perdió el punto de apoyo y tropezó.

Incapaz de equilibrar su peso, Tammuz cayó con fuerza sobre su brazo débil. Simut, con un gruñido de satisfacción, alzó su espada y lanzó un golpe descendente.

Antes de que el golpe pudiera ganar fuerza, el gesto asesino de Simut se convirtió en un silbido de dolor. En-hedu, llegando a la carrera, había sacado el cuchillo de su vestido y lo había hundido con toda su fuerza en la espalda de Simut un palmo por encima del cinturón, notando cómo se introducía hasta la empuñadura.

La puñalada dejó al egipcio paralizado. Por un momento permaneció de pie; luego, con un gruñido de dolor, volvió la espada contra su atacante, herido mortalmente pero todavía capaz de golpear. Antes de que Simut pudiera golpear, Tammuz se lanzó desde el suelo con su cuchillo y se lo clavó en las costillas.

Con una maldición incomprensible, el hombre cayó al suelo, pero golpeó ligeramente a En-hedu con la espada, aunque no con el filo, antes de que se le cayera de la mano. En-hedu sacó el cuchillo del cuerpo de Simut, notando cómo le corría la sangre caliente por el brazo, y se acercó a Tammuz para ayudarlo a ponerse de pie. Gatus había escapado y sus otros dos atacantes habían salido en su persecución. Media docena de curiosos, asombrados y silenciosos, miraban boquiabiertos en la oscuridad a los tres hombres muertos o agonizantes frente a ellos.

Tammuz echó un vistazo a su alrededor, guardó el ensangrentado cuchillo en su funda y tomó a En-hedu de la mano. En un momento, también ellos desaparecieron corriendo entre las sombras, dejando a los asustados y sorprendidos habitantes preguntándose qué era lo que acababan de presenciar.

Cruzándose con paseantes distraídos, Tammuz guió a En-hedu por una calle, y luego cambió de dirección en otra. En-hedu miró hacia atrás, pero no vio nada. Después redujeron el paso a una marcha rápida. Nadie se fijó en ellos. A una manzana de distancia, el jaleo no se había oído.

—Tenemos que ir a casa de Eskkar —susurró Tammuz—. Trella necesita...

—¿Y Gatus? —En-hedu se percató de que todavía tenía el cuchillo en la mano. Lo guardó en el escote de su vestido, y se estremeció cuando la sangre aún caliente goteó entre sus pechos. Tuvo que esforzarse en apartar de su mente la imagen del

rostro de Simut mostrando una mezcla de dolor y odio—. Lo he visto correr calle arriba, los egipcios lo perseguían.

—No podemos hacer nada por él —dijo Tammuz, moviéndose más rápidamente ahora que había recuperado el aliento—. O ha escapado o a estas alturas ya lo habrán atrapado. Tenemos que advertir a Trella.

En-hedu se dio cuenta de que habían regresado por donde habían venido y se acercaban a la casa de Eskkar. La calle daba vueltas y giraba, pero quedaba sólo un cruce entre ellos y su destino. Cuando ya divisaban la casa de Eskkar, se oyeron ruidos violentos que surgían de la puerta. Vieron a media docena de hombres peleando en el patio de la entrada. Tammuz comenzó a adelantarse, pero se detuvo cuando un grupo de egipcios lo empujó por detrás, haciendo que Tammuz y En-hedu se apartaran. Tammuz cubrió a En-hedu con su cuerpo y la mantuvo contra la pared. Ambos miraron horrorizados cómo docenas de soldados extranjeros, espada en mano, atacaban la casa de Eskkar. Antes de que Tammuz o En-hedu pudieran recuperarse del estupor y la sorpresa, los egipcios que les adelantaron corriendo habían arrollado a los acadios que defendían la casa de Eskkar.

\*\*\*

Anteriormente, cuando Korthac dejó la casa poco antes del anochecer, pasó frente a la mujer que sus hombres llamaban En-hedu sin mirarla ni a ella ni a los otros vendedores. Acompañado sólo de dos de sus guardias, inspeccionaba con su mirada la calle en busca de cualquier señal de peligro, pero no vio nada fuera de lo ordinario. Como ya no se le consideraba un extraño, se abrió camino por las retorcidas callejas casi sin ser visto por la gente de Akkad. Los pocos que le miraron no percibieron el largo cuchillo que llevaba oculto bajo la túnica.

El mercado estaba casi desierto cuando Korthac lo cruzó y se dirigió hacia la puerta del río. En su camino se encontró con varios de los soldados de Akkad, la mayoría de ellos sin armas, y ninguno de ellos le prestó la más mínima atención. Korthac ya conocía su rutina. Habrían terminado sus obligaciones del día y cenado en los barracones. Ahora irían a sus tabernas favoritas a disfrutar de unas horas de esparcimiento antes de irse a la cama a dormir una noche más.

Al llegar a la puerta trasera de Akkad, Korthac la encontró entornada. Aunque ambas puertas debían haber estado cerradas a la caída del sol, la puerta del río con frecuencia permanecía abierta unas horas más. Los guardias habían cerrado una hoja, pero la otra seguía abierta. La gente continuaba entrando y saliendo, algunos yendo hasta el río a bañarse, mientras otros caminaban por la orilla, paseando o realizando negocios de índole personal.

Ardía una fogata al lado de la puerta, junto a un puñado de antorchas. Korthac vio



a uno de sus otros cuatro hombres sentado contra la pared, pasando tan desapercibido como cualquier mendigo. El hombre alzó la mano derecha a modo de saludo y Korthac asintió. Esa señal significaba que todos los hombres estaban listos y en sus puestos. Korthac se fijó en que sólo dos guardias permanecían controlando el acceso, asegurándose de que no entraran extraños al anochecer.

La creciente oscuridad lo hacía difícil, pero Korthac contó a no menos de siete soldados junto a la puerta. Habitualmente un grupo de diez aseguraba la entrada, pero el número variaba y había noches en las que apenas cinco hombres atendían la guardia. Sin prisa, subió los escalones hacia el lado derecho del parapeto. Uno de sus guardaespaldas lo siguió, el que llevaba el fardo más largo, mientras que el otro se quedó abajo.

Arriba tres soldados montaban guardia, mirando hacia los muelles y a quienes entraban y salían. El jefe de la puerta se acercó a Korthac. Las órdenes estipulaban que solamente los soldados podían estar en la muralla, pero se podían hacer excepciones, sobre todo con un rico mercader que quisiera ver el río y al que no le preocupara deshacerse de unas pocas monedas.

—Saludos, honorable Korthac —dijo el hombre—, ¿en qué puedo ayudarlo esta noche?

Korthac había subido aquella escalera al menos una vez al día en las últimas semanas, para ofrecer, según explicaba, sus oraciones al dios del río. Cada rezo, siempre breve, terminaba con una moneda de cobre para el centinela.

—Saludos a ti y a tus hombres —respondió Korthac con una sonrisa—. Esta noche tengo que hacer una ofrenda especial a Enki, el dios del río, para agradecerle el envío favorable que me ha entregado hoy. —Korthac hizo un gesto a su guardaespaldas, quien se quitó el fardo que cargaba sobre el hombro y luego se volvió hacia el guardia—. ¿Podrías ayudar a mi sirviente con la ofrenda?

Los otros dos guardias, curiosos ante el nuevo ritual, se acercaron, mientras el guardaespaldas se arrodillaba para abrir el fardo. Korthac se puso detrás de ellos, con la mano en su puñal. Cuando abrieron el fardo, Korthac atacó, moviéndose tan rápido que apuñaló a los dos guardias antes de que pudieran reaccionar, y sólo se pudo escuchar el sonido de sus gemidos. El jefe de la guardia murió al mismo tiempo, con una mirada de sorpresa en el rostro, cuando el guardaespaldas de Korthac sacó una espada del fardo y se la hundió en el estómago. El hombre murió sin siquiera desenvainar su espada y, lo que era más importante, sin dar la alarma.

Poniendo a un lado los cuerpos, Korthac se agachó y tomó un arco corto, de jinete, de manos de su guardaespaldas. Bastó un momento para preparar una flecha, pero no hubo necesidad de usarla. Los guardias del otro lado de la puerta habían muerto, atacados por sus egipcios, quienes se habían acercado a los escalones mientras su líder los subía. Algunos de los muertos había gritado, pero no había

habido ruido de armas. Sin embargo, algunos ciudadanos miraban sorprendidos preguntándose qué había sucedido, demasiado confundidos para entender lo que habían presenciado.

Korthac no se preocupó de ellos. Lo único que importaba era que no hubiera sonado la alarma, y a esas alturas uno de sus hombres tenía la trompeta a buen recaudo. Había más egipcios custodiando las dos calles que partían desde la puerta, listos para detener a cualquier mensajero que se dirigiera a las barracas de los soldados para ponerlos sobre aviso. Korthac se inclinó por encima de la pared y agitó el arco. No podía ver lejos en la oscuridad, pero sabía que sus hombres aguardaban lo bastante cerca como para advertir la señal y que se la transmitirían a los hombres de Takany y Ariamus. Mirando hacia el pozo de la puerta, vio al resto de los hombres ocupar sus puestos junto a la entrada, para asegurarse de que nadie intentara cerrar la puerta.

Desde la oscuridad, oyó el ruido de muchas sandalias acercándose y miró hacia atrás, hacia el lado del río. En el momento en que vio a sus hombres corriendo hacia la puerta, Korthac bajó los escalones. Takany y Nebibi condujeron al primer grupo de hombres sin detenerse. Cincuenta egipcios y un número igual de reclutas lo siguieron, todos a la carrera hacia el cuartel.

Ariamus, que conducía a otros cuarenta hombres, los siguió, haciendo una pequeña pausa para que Korthac y sus seis guardaespaldas egipcios lo alcanzaran. Korthac se había acomodado su espada y colocado un casco de bronce, ambos tomados del mismo fardo que ocultaba las espadas y el arco. Los invasores marcharon al trote, lo suficientemente rápidos para avanzar veloces, pero no para agotar a los hombres.

Las fuerzas de casi cincuenta hombres de Korthac se dirigieron directamente a la casa de Eskkar. Korthac tenía que hacerse con ella y sus habitantes sin demasiado esfuerzo. Había visto que la casa estaba sólidamente construida. Con el suficiente tiempo para prepararse, incluso un pequeño grupo de hombres podía resistir durante un tiempo. Su contingente tenía una mayor distancia que recorrer que Takany y los que se dirigían al cuartel, que estaba más cerca del río que la casa de Eskkar. Hathor estaría allí, con órdenes de esperar todo lo posible antes de atacar, para dejar que su líder llegara a tiempo.

La alarma sonó cuando aún les quedaba otra calle por atravesar. Korthac salió a la carrera, sus hombres apresurándose detrás. Giró por la calle de Eskkar. Una antorcha ardía junto a la puerta, y vio a un grupo de hombres peleando. Hathor y sus hombres tenían orden de mantener la puerta abierta. Se alzó un clamor desde detrás de la puerta del patio, otra trompeta dando la alarma en la oscuridad, por encima del ruido y la confusión. El ruido del bronce contra el bronce hizo saber a todos que la lucha continuaba, y dentro del cuartel de Eskkar los soldados buscaban sus armas y corrían

hacia la puerta.

Dos de los hombres de Hathor murieron en la lucha, pero mantuvieron la puerta abierta lo suficiente para que los hombres de Korthac llegaran. Korthac se detuvo y les ordenó entrar. Ariamus fue el primero, saltando a través de la abertura, dando su grito de guerra. Korthac dejó pasar a una docena de hombres y luego los siguió, custodiado por los mismos dos guardaespaldas que lo habían ayudado a matar a los soldados en la puerta del río.

Otra antorcha ardía en el patio, iluminando los cadáveres desperdigados. Dos más de los hombres de Ariamus habían muerto al abrirse paso. El resto de los egipcios de Korthac formaron un grupo en torno a él. Korthac se apresuró por el muro hasta la casa. Ariamus había ordenado forzar la entrada si fuera necesario, y dos de sus hombres llevaban martillos y arietes con tal propósito. Si fuera necesario, meterían los arietes entre las tablas de madera y despedazarían la puerta.

Korthac vio que no serían necesarias las herramientas. La gruesa puerta estaba abierta. Se oían ruidos de pelea provenientes del interior de la casa, aunque éstos habían cesado cuando él alcanzó la entrada.

Ariamus, con la espada ensangrentada, lo recibió al cruzar el umbral.

—Están en las habitaciones superiores. Tendremos que forzar la puerta. —Dos hombres sacaron martillos de sus fardos y corrieron hacia las escaleras.

—Tal vez no. Traed otra antorcha. —Pasando por encima del cadáver de un soldado, Korthac entró y subió los escalones, para detenerse justo en el rellano. Golpeó la puerta con la punta de su espada—. Señora Trella —gritó—, dígales a sus hombres que abran la puerta. De otro modo tendremos que derribarla y matar a todos los ocupantes.

Le respondieron unos gritos y, del otro lado de la puerta, oyó que unos hombres discutían.

—Soldados de Akkad, la casa ha sido tomada. —Korthac esperó un momento, mientras que las voces de los hombres, maldiciendo, se escuchaban a través de la puerta—. Señora Trella, dígales a sus hombres que se rindan. Sus soldados están todos muertos, y más hombres míos han capturado el cuartel. No recibirán ayuda alguna. Si no quiere que mueran sus partidarios, abra la puerta.

Dejó que la discusión continuara unos momentos. No tenían alternativa. Tan pronto como se dieran cuenta de que nadie los rescataría, se rendirían. Los hombres de Korthac llenaban el patio, algunos ocupados ya en saquear los cuartos de los soldados. Detrás de la puerta, los defensores continuaban discutiendo, alzando la voz. Algunos querían resistir, otros hablar.

—Abra la puerta ahora, Trella. Necesitaré mi protección para usted y su hijo.

—¿Dejará con vida a los soldados? —Su pregunta se oyó por encima de la discusión, que se acalló al sonido de su voz.

Korthac no detectó pánico en su voz, sólo aceptación de lo inevitable.

—Sí, como esclavos. Eso o la muerte.

No tenían alternativa y no le llevó mucho tiempo a Trella convencer a los guardias. Oyó el sonido de la mesa arrastrada por el suelo y, en un momento, la barra que retiraban de la puerta. Ésta se abrió y se pudo ver a Annok-sur de pie. A sus espaldas, cuatro hombres con las espadas preparadas. Korthac vio a otro hombre, herido, apoyado contra la pared.

—Dícales que bajen las espadas y salgan. Usted y la señora Trella permanecerán ahí.

—Dejad las espadas y obedecedle. —La voz de la señora Trella se oyó por detrás de los hombres.

No parecía temerosa, pero él pronto la haría cambiar.

Los soldados se miraron entre sí y luego dejaron caer al suelo las espadas, rindiéndose.

—Átalos, Ariamus. Necesitaremos buenos esclavos. —Korthac había sido sincero. Unas pocas semanas trabajando como esclavos bajo el látigo los dejarían más que dispuestos a sumarse a sus fuerzas. Con Eskkar muerto y olvidado, los guerreros entrenados se le unirían voluntariamente.

Korthac observó mientras Ariamus y sus hombres ataban las manos a los soldados, empujándolos escaleras abajo, junto con el resto de los prisioneros. En unos instantes, sólo quedaron en el cuarto Trella y Annok-sur.

—Le enviaré a sus sirvientes, Trella. Si quiere que sigan vivos, usted permanecerá en su cuarto.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Trella.

Desoyendo su pregunta, dio órdenes de registrar las habitaciones superiores y retirar todas las armas. Korthac dejó a seis de sus hombres vigilando a Trella, diciéndoles en egipcio que la mataran si alguien intentaba rescatarla.

Yendo a la planta baja, se encontró con Ariamus y Hathor, que estaban esperándolo.

—Acaba de llegar un mensajero de Takany —dijo Hathor, todavía sosteniendo una espada que goteaba sangre—. Ha tomado el cuartel y requisado todas las armas. Pero quedan hombres defendiendo la puerta principal.

Hathor había obrado bien, asegurando la entrada al cuartel de Eskkar. Con la captura por parte de Takany de los barracones de los soldados, el objetivo más difícil había sido alcanzado. La única resistencia real sólo podía provenir del cuartel. Con él tomado, la batalla había concluido. El principal objetivo de Korthac había sido asegurarse de capturar a Trella viva y sin daño, con el fin de poder utilizarla para obligar a los habitantes a obedecerle.

—Ariamus, deja a veinte de tus hombres aquí —dijo Korthac—. Llévate al resto

y protege la puerta del río. Asegúrate de que ningún caballo abandone la ciudad. Vigila también los botes en el río. —Korthac se volvió hacia Hathor—. Lleva a tus hombres a la puerta principal. Retén a los soldados que queden atrapados allí. Pon arqueros en las murallas, para asegurarnos de que nadie salga de la ciudad. Cuando Takany llegue, llevaremos a nuestros hombres a la puerta principal y terminaremos con los restos de la resistencia. Después, podremos comenzar a cazar a cualquiera que haya escapado. Cuando salga el sol, la ciudad será mía.

\*\*\*

Sin saber muy bien qué hacer, Tammuz y En-hedu permanecieron junto a otra docena de transeúntes e, incluso después de terminada la pelea, se quedaron viendo lo que sucedía. Junto a unas pocas docenas de aturridos ciudadanos de Akkad, Tammuz y En-hedu habían visto a Korthac tomar la casa de Eskkar. Cualquier aviso que Tammuz pudiera haber dado habría llegado demasiado tarde. Para cuando hubiera convencido a cualquiera del peligro, los hombres de Korthac ya habrían atacado.

Justo cuando Tammuz decidió que lo mejor sería regresar a la taberna, unos hombres armados salieron de casa de Eskkar.

Tammuz y En-hedu, como todos los asustados pobladores, se apretujaron contra las paredes o en las casas cercanas mientras marchaban los egipcios de fieros rostros, muchos todavía con sangre en sus espadas. Después de que pasaran los invasores, con En-hedu aún agarrada a su brazo izquierdo, Tammuz los siguió, manteniéndose a cierta distancia. Cuando llegaron al área abierta frente a la puerta principal, él y En-hedu pudieron ver que los arqueros que estaban en las torres se habían negado a rendirse. Mientras miraban, las flechas volaban contra los invasores, empujándolos hacia el fondo de la calle.

—Espera aquí —dijo Tammuz, empujando a En-hedu hacia un portal. Él se deslizó tan cerca de la retaguardia de los egipcios como se atrevió. Escuchó a Hathor y a Korthac hablando, junto con otro hombre al que llamaban Takany, quien parecía ser el segundo de Korthac. Los tres hombres hablaron brevemente, siempre en egipcio, por lo que Tammuz no tenía ni idea de lo que decían.

Cuando Korthac terminó, Hathor volvió de prisa hacia la calle de la casa de Eskkar. Tammuz observó mientras Korthac y Takany apostaban a sus hombres para asegurarse de que ningún refuerzo pudiera llegar a la puerta o a las torres, y para impedir que los soldados que había dentro de ellas escaparan. Después Korthac se quedó allí esperando.

Al poco tiempo, Hathor regresó junto con una docena de hombres que portaban antorchas y escoltaban a la señora Trella, atadas las manos con una correa de cuero y acompañada de dos sonrientes egipcios que la sujetaban de los brazos mientras le

metían prisa. La llevaron directamente a donde Korthac esperaba. Habló con ella, luego la abofeteó antes de agarrarla por las muñecas y retorcérselas hasta que ella lloró.

Satisfecho con la reacción de Trella, Korthac la empujó en brazos de Hathor.

—Llévala a la puerta —ordenó Korthac, hablando en acadio, para asegurarse de que Trella entendiera sus palabras—. Si los soldados no se rinden, mátales.

Sorprendido por la forma en que trataban a Trella, Tammuz vio cómo Hathor conducía a la señora Trella hacia el espacio abierto bajo la puerta.

—Soldados de Akkad —gritó Hathor, con una voz tan poderosa que resonaba en toda la zona—, si no dejáis vuestras armas y os rendís, la señora Trella morirá, y luego mataremos a todos los que ocupan las torres.

Tammuz vio a Hathor de pie al lado de Trella, un blanco fácil para la mayoría de los arqueros en la torre. Pero todos sabían lo que le sucedería a Trella si una flecha lo derribaba. Hathor esperó unos momentos y luego repitió:

—Por última vez..., rendíos ahora, y viviréis. —Empujó a Trella—. Dígaselo.

—Soldados, descended de las torres. —La voz de Trella llegó fácilmente a las murallas—. No os resistáis. Salvad vuestras vidas.

Tammuz sacudió la cabeza. Nunca había pensado que algo así pudiera suceder.

—Korthac es demasiado listo para salir a descubierto, donde una flecha podría derribarlo —dijo En-hedu viendo el espectáculo. Había desoído la orden de Tammuz de permanecer detrás y se había acercado a su lado—. Deja que sea Hathor quien corra el riesgo de morir.

—Esto está muy mal —dijo Tammuz—. Los guardias tendrán que rendirse.

—Deberíamos regresar a la taberna —susurró En-hedu—. Aquí no podemos hacer nada. Puede que empiecen a matar a todos los que estén en la calle.

—En cuanto vea qué sucede. Quiero asegurarme.

Se oyeron gritos desde las torres, pero el debate no duró mucho. Los veinte o treinta hombres, divididos entre las torres y cercados por unas tropas al menos cinco veces superiores en número, no tenían otra alternativa que rendirse. Sin armas, sin comida y sin agua, no podían resistir. A petición de Trella, depusieron las armas y bajaron de las torres.

Para entonces Tammuz había visto suficiente. Con toda la resistencia eliminada, comenzaría el terror.

—Salgamos de aquí antes de que comiencen los saqueos.

Apremió a En-hedu mientras empuñaba el cuchillo con fuerza a un lado. Pero no encontraron a ninguno de los hombres de Korthac, y pronto llegaron al establecimiento de Tammuz, oscuro como todas las casas de la calle. Nadie prendería la más mínima lámpara esa noche, temerosos de llamar la atención de sus nuevos amos.

Kuri, preocupado, les franqueó el acceso a la taberna, espada en mano, y puso la barra en la puerta después de que entraran. Sólo un leve brillo de las llamas del fogón iluminaba débilmente la estancia.

Tammuz miró hacia la sala, pero no vio a nadie.

—Los eché a todos y les dije que no volvieran hasta mañana —dijo Kuri—. Estarán bien ocupados, robando todo lo que puedan en medio de la confusión. — Usando un pedazo de loza, cogió una brasa de lo que quedaba del fuego y la llevó hasta el cuarto de Tammuz, donde prendió una lámpara de aceite.

Sopló en ella con suavidad, hasta que apareció una leve llama, lo suficiente para revelar la presencia de quien los esperaba.

—¿Qué está sucediendo allí fuera? —Gatus yacía en la cama de Tammuz, apretándose el costado con una mano, con la voz débil y traspasada de dolor. Su espada, aún ensangrentada, yacía al alcance de su mano.

En-hedu se abrió paso entre los hombres. Alzó la lámpara y la acercó a Gatus.

—Sostén la lámpara, Tammuz, mientras le miro la herida. —En-hedu le levantó la ropa, le apartó la mano y le examinó el corte que tenía justo encima de la cadera. Había atendido suficientes cortes y magulladuras en la talabartería, aunque nada tan profundo como aquello—. Sigue sangrando. Tiene el brazo y el costado heridos. El filo debió de atravesarle el brazo.

—Un brazo no es un buen escudo —dijo Gatus, dolorido—. Tú sólo véndamelo. Tengo que ir... en busca de mis hombres.

—No puedes ir a ninguna parte, Gatus —repuso Tammuz con una voz que sonó ronca en la pequeña habitación—. Trella ha sido capturada, el cuartel y las puertas, tomados. Todos los soldados han sido hechos prisioneros, excepto los que han muerto. Korthac se ha adueñado de Akkad.

—¡Korthac! Ese perro egipcio...

—Para el amanecer, la mitad de los hombres de Korthac te estarán buscando. Simut debe de haber dado órdenes de matarte. Pero fuimos nosotros quienes lo matamos a él y a uno de sus hombres. Los egipcios querrán vengarse. Te querrán a ti, o tu cadáver.

—Así que fuiste tú. Gracias por aquel golpe, Tammuz —dijo Gatus—. ¿Fue Kuri quien te enseñó a pelear?

—Agradéceselo también a En-hedu. Ella nos salvó a ambos.

Gatus miró confundido a En-hedu, por lo que Tammuz le relató la pelea y le describió la muerte de Simut mientras En-hedu limpiaba las heridas del soldado.

—Puede quedarse aquí —dijo Kuri—. Quiero decir..., está sangrando mucho.

—Buscarán en todas partes, también aquí —dijo Tammuz—. Tenemos que buscar otro lugar.

—Lo esconderemos aquí, en el tejado —dijo En-hedu. Cortó un pedazo de lienzo

por la mitad y se volvió hacia Kuri—: Ayudadme a levantarlo.

Cogieron a Gatus de los hombros, lo suficiente para que ella pudiera pasar la venda por debajo. Utilizó otro pedazo de lino para hacer más grueso el vendaje y lo ató con fuerza alrededor de la cintura. Después le vendó el brazo.

Enderezándose, miró a los dos hombres.

—También buscarán aquí, pero no se subirán al tejado. Podemos distraer a cualquiera que venga a registrar si es necesario, y asegurarnos de que no revisen con mucho cuidado. Puede quedarse ahí escondido todo el día o, por lo menos, hasta que hayan venido y se marchen de nuevo.

—¿Todo el día al sol? Se asará...

—Le daremos una manta para que se cubra —dijo—. Y un poco de agua. Con suerte, no lo encontrarán allí arriba. Después de que hayan registrado, podremos bajarlo. —En-hedu miró a Gatus—. Necesita un curandero, pero eso tendrá que esperar al menos hasta mañana por la noche.

—He estado al sol antes —afirmó, mirándolos uno a uno en la tenue luz—. Un día más no va a matarme. —Se atragantó al reírse de sus propias palabras.

El tejado sobre sus cabezas, la parte sólida, tenía un espacio plano lo suficientemente grande como para que dos personas se tumbaran. Pero lo que parecía el final del tejado era en verdad una falsa pared que ocultaba un pequeño nicho donde Tammuz, al igual que el dueño anterior, había tenido ocasión de esconder, por un tiempo, mercaderías robadas. Habría que apretujar a Gatus en el escondrijo, pero estaría fuera de la vista y bien escondido.

—Tendremos que subirlo antes del amanecer, para que nadie lo vea —dijo Tammuz—. Si lo encuentran...

—Tú y En-hedu debéis ir a un lugar seguro —propuso Kuri—. Salid de la ciudad. Yo me quedaré aquí con Gatus.

—No, no nos iremos —dijo En-hedu con voz decidida—. ¿Por qué íbamos a abandonar nuestro negocio? Sería sospechoso. Para nosotros no cambia nada quién gobierne Akkad. Nosotros deberemos decirles a todos que nos alegra que Korthac haya tomado la ciudad.

Tammuz la miró fijamente. Nunca había escuchado semejante dureza en su voz.

—No sabemos cuántos hombres tiene Korthac. Pueden saquear y violar a todos en la ciudad antes de irse.

—No van a irse a ningún lado —dijo ella, hablando con convicción—. Korthac habría atacado hace varias semanas si hubiera querido sólo saquear y huir.

—Si se quedan..., habrá violaciones..., las mujeres..., no habrá ningún lugar seguro. —Tammuz la miró, su rostro lleno de preocupación.

Ella acarició el brazo de Tammuz.

—Así que mejor nos quedamos aquí.



—No dejaré que te hagan daño esos hombres, En-hedu. Te juro...

—Tenemos nuestros cuchillos —dijo ella—, si hiciera falta.

—Y mi vieja espada —dijo Kuri, palmeando su cinturón.

Se miraron unos a otros en la tenue luz. En-hedu alzó los brazos y puso las manos sobre los hombros de los dos amigos.

—Está decidido entonces. Nos quedamos y esperamos el regreso de Eskkar. Y sobreviviremos.

\*\*\*

Mucho antes de la medianoche, las últimas escaramuzas por Akkad habían terminado. Korthac se sentía lo suficientemente seguro como para apostar la mitad de sus hombres en las puertas y dejar que el resto durmiera un poco. La lucha más intensa había tenido lugar en el cuartel. Algunos soldados se las habían ingeniado para sacar los arcos, y Takany había perdido una docena de egipcios y casi veinte de los seguidores de Ariamus habían muerto.

Tomar el cuartel les había asegurado la ciudad y capturar a Trella había hecho que la victoria fuera completa. La mayoría de los soldados de Akkad estaban en las tiendas de vinos y en las tabernas, y habían cogido a los demás por sorpresa. Tan importante como los hombres, el cuartel capturado contenía casi todas las armas de los soldados: los arcos, las espadas, los cuchillos y las hachas necesarias para defender la ciudad. Con los barracones y la casa de Eskkar ocupada, el resto de los soldados se había dirigido a la puerta principal, intentando reunir allí sus fuerzas.

Durante un tiempo, los soldados bloquearon las entradas a las torres, pero, sin nadie que los dirigiera, no tuvieron otra opción que rendirse. Unos pocos se descolgaron por la muralla y escaparon a través de los campos, pero Korthac no se preocupó por ellos: Ariamus enviaría hombres en su persecución por la mañana.

El amanecer trajo una nueva era a Akkad. Nadie salió de sus casas, acurrucados de miedo en su interior, mientras que los hombres de Korthac merodeaban por las calles, robando en los negocios y en casas al azar, emborrachándose y violando a las mujeres. Después de permitir que el saqueo tuviera lugar durante la mayor parte de la mañana, como recompensa a sus hombres, Korthac impartió órdenes a sus egipcios y pronto tuvieron a los habitantes de la ciudad y a los rufianes de Ariamus bajo control.

Las ejecuciones comenzaron antes del mediodía. Cualquiera que hubiera insultado a Korthac durante su estancia en la ciudad murió, así como cualquiera que hubiera hablado en contra del nuevo líder. Los nobles y los principales mercaderes, convocados en el mercado bajo amenaza de muerte para ellos y sus familias, juraron lealtad, de rodillas, a Korthac. Éste promulgó una serie de órdenes, la primera de las cuales establecía que todos tenían que entregar cualquier arma que tuvieran en su

posesión, de inmediato.

Cualquiera que fuera poseedor o portara una espada o un arco sería ajusticiado inmediatamente, junto con su familia. Cualquiera que hablara de Eskkar o Trella perdería la lengua. El proceso de enseñar a los ciudadanos de Eskkar su nuevo lugar en el mundo de Korthac había comenzado.

Korthac volvió a la casa de Eskkar a media tarde, cansado y hambriento. La larga noche y la agitada mañana lo habían agotado, pero todavía quedaba una tarea por concluir. Acompañado de Ariamus, subió las escaleras hasta los aposentos de Trella. Sus guardias se hicieron a un lado cuando él entró a la habitación. Annok-sur y Trella se levantaron de la cama en cuanto él entró, Annok-sur con el brazo alrededor de los hombros de Trella. La habitación parecía caldeada y el olor a miedo y a sangre persistía en las paredes.

—Confío en que se encuentre bien, señora Trella —Korthac mantuvo la voz en un tono cordial y sonrió ante su turbación.

—¿Qué es lo que quiere..., honorable Korthac? ¿Por qué ha...?

—Sea lo que sea, lo tendré, señora Trella, y usted no volverá a interrogarme sobre nada. Ahora me pertenece, igual que Akkad. Sígame.

Pasó hacia el otro cuarto. Sus hombres habían vuelto a poner la gran mesa en su sitio, y él permaneció de pie a su lado. Trella se acercó, dando un paso hacia el cuarto de trabajo, con Annok-sur ligeramente detrás de ella.

—Ven. Arrodíllate ante tu nuevo amo.

Trella dudó.

—Honorable Korthac...

Moviéndose rápidamente, cogió a Trella por los cabellos y la arrastró hasta la mesa. La empujó contra ella y luego le abofeteó el rostro.

—Eres mi esclava, Trella, por todo el tiempo que decida dejarte vivir, y te dirigirás a mí como «señor». ¿Has entendido?

Ella se llevó la mano a la mejilla y asintió.

—Sí..., señor.

Annok-sur entró en el cuarto de trabajo, pero Korthac se volvió hacia ella.

—No te he ordenado que te movieras. —Se dirigió a Ariamus—: Mátala si sale del dormitorio.

—Quédate dentro, Annok-sur —dijo Trella—, no salgas...

Korthac se volvió hacia ella:

—Ya no das órdenes a nadie. —La golpeó nuevamente, más fuerte esta vez; la sangre brotó de su boca y ella cayó de rodillas tanto por la fuerza del golpe como por la orden de que así lo hiciera—. Si vuelves a hablar sin que se te pida, si no obedeces hasta la última de mis órdenes, te arrancaré el hijo de tu vientre y lo echaré al fuego.

Sonrió mientras ella se erguía, aunque todavía de rodillas. Por un momento

estuvo tentado de que ella lo complaciera en aquel mismo momento. Sería una humillación adecuada, en una habitación llena de extraños. Pero esas cosas podían esperar, y él estaba demasiado cansado para disfrutarlo de manera apropiada. Además, cada día que pasara aumentaría su vergüenza.

—Mantenedla en estas habitaciones. La puerta ha de quedar abierta. Que no vea a nadie, que no hable con nadie. Si se queja u os causa problemas, matad a sus sirvientes delante de ella; uno por uno, empezando por Annok-sur.

Cuando bajó la mirada hacia ella, vio la pequeña cinta de cuero que le colgaba del cuello. La cogió, sacando la moneda de oro de entre sus pechos.

—Ya no necesitarás más oro, señora Trella. —Con un tirón, cortó el cuero; luego alzó la moneda hasta sus ojos. Era una moneda común, con la marca de Nicar y una muesca. Korthac lanzó la moneda a uno de sus hombres. Le satisfizo quitársela. Obviamente la moneda significaba algo especial para ella y, ahora, también la había perdido. Aprendería pronto que nada tenía, que no era nada.

Alargó la mano y pasó los dedos por los cabellos de Trella, disfrutando de su textura. Gradualmente apretó el puño hasta que le hizo levantar la cabeza, apartando el pelo de su rostro, los ojos desencajados por el dolor. Cuando ella comenzó a gemir, relajó la mano y luego apartó gentilmente los mechones de pelo de sus ojos. Sí, le daría mucho placer antes de que terminara con ella.

\*\*\*

Trella estaba sentada en la cama, intentando pensar. En menos de un día, Korthac se había apoderado de Akkad y establecido su posición como líder de la ciudad. Había matado, capturado o forzado a ocultarse a los poderosos arqueros de Akkad. Ella se había convertido en prisionera, peor, en esclava, sólo que esta vez tenía un hijo que nacería en el plazo de unas semanas. Las últimas noticias que tenía de Eskkar habían llegado tres días antes, informándola de nuevo de que pensaba permanecer en el norte un poco más.

Apretó con furia los puños, rabiosa con su marido por tomarse sus placeres en Bisitun, mientras que Akkad y ella caían en manos de Korthac. ¿Cómo se atrevía a dejarla así? Él tendría que haber regresado hacía semanas para protegerla. Ella quería..., no, ella necesitaba a Eskkar, lo necesitaba para que los salvara a ella y al hijo que iba a tener. La idea de que él pudiera abandonarla a su suerte, darles la espalda a ella y a Akkad, la asustó. Pensó en la nueva mujer, y la imagen hizo que su furia aumentara. Tal vez él eligiera una nueva vida con su nueva concubina, tal vez eligiera evitar la lucha y continuar su vida en el norte. Esa imagen la torturó durante un interminable momento, hasta que recuperó el control de sus emociones.

«No», concluyó. Eskkar no la abandonaría. Aunque no fuera por otro motivo que

su código de honor bárbaro, él regresaría a destruir a Korthac por lo que había hecho. Si es que estaba vivo. Trella sacudió la cabeza. Si él estaba muerto, no habría ninguna esperanza de escapar al destino que Korthac planeaba para ella y para el niño. Ella tenía que creer que él seguía vivo, que volvería a por ella. Tenía que aferrarse a esa idea.

—Tenemos que avisar a Eskkar. —Susurró Trella a Annok-sur, que estaba sentada a su lado—. Él tiene que saber cuán poderosa es la fuerza que Korthac ha reunido.

—No olvides que Bantor tiene que estar al llegar. Juntos los dos...

—Korthac no tiene miedo de Eskkar ni de Bantor, Annok-sur. ¿Has visto la cantidad de hombres que tiene? Conté tantos como pude cuando me llevaron a la puerta. Debe de tener por lo menos ciento cincuenta, tal vez doscientos. Más que suficientes para controlar la ciudad y detener cualquier alzamiento en su contra. Sólo Eskkar puede alentar a la gente a resistir.

—Suponiendo que todavía esté vivo —dijo Annok-sur.

—Tiene que estar vivo, o lo habremos perdido todo —replicó Trella—. Además, ¿cómo podrían matarlo en Bisitun, custodiado por Grond y rodeado de sus hombres?

—Tanto Korthac como Ariamus dijeron que Eskkar estaba muerto.

—¿Les crees? No dieron prueba alguna.

Su propia pregunta hizo que Trella se detuviera a pensar. La cabeza de Eskkar sería la prueba, o una docena de testigos de su muerte. Ella se tranquilizó, tratando de recordar las palabras exactas del egipcio y comparándolas con las que había oído vanagloriarse a Ariamus. Korthac había asegurado que sus hombres habían acabado con Eskkar en las calles de Bisitun, pero Ariamus había dicho que Eskkar y sus hombres habían muerto en una pelea. Esa leve diferencia podía no significar mucho, pero ella necesitaba algo que le diera esperanzas.

—Korthac sabe que Bantor está a punto de regresar —dijo Trella; su mente empezaba a pensar con más claridad—. Ariamus se ha apoderado de todos los caballos que ha encontrado y se ha marchado hacia el sur. Se encontrará con los hombres de Bantor en el camino, mucho antes de que lleguen.

—Bantor tiene muchos hombres, hombres adiestrados. No será tan fácil derrotarlos.

Trella sacudió la cabeza.

—No, Korthac debe de tener algún plan en mente. Si las fuerzas de Bantor son derrotadas, o incluso rechazadas, Korthac podrá dedicar toda su atención al norte. Está derrotando a las fuerzas de Eskkar poco a poco. Ése es su plan. —Tomó la mano de Annok-sur—. Temo por tu esposo.

—Ariamus verá que matar a Bantor es más difícil de lo que piensa. Bantor lo odia desde que..., desde tiempo atrás, cuando era capitán de la guardia. —Annok-sur

rodeó a Trella con el brazo—. Y Eskkar tampoco es fácil de detener.

—Quería que Eskkar estuviera aquí, pero ahora... es mejor que se quede en el norte. Podría estar a salvo allí.

Ambas mujeres permanecieron en silencio un momento. Sus esperanzas de vida dependían de que sus esposos vivieran lo suficiente para rescatarlas.

—¿Hay algo que podamos hacer, Trella? Quiero decir, ¿podríamos matar a Korthac?

—Aunque pudiéramos, sus egipcios nos cortarían en pedazos y luego masacrarían a la mitad de la ciudad. Y yo he visto su rostro. Él usará cualquier pretexto para golpearme, y está buscando una excusa para matarte, porque quiere mantenerme asustada. No debes darle ninguna razón. No importa lo que me haga, quédate quieta. No lo provoques. Necesito que sigas viva. Prométemelo.

—Sabes lo que te hará. Querrá mostrarles a todos en Akkad que ahora le perteneces y que no eres nada salvo su esclava.

Trella se tocó el rostro hinchado; todavía sentía el ardor en la mejilla en la que Korthac la había golpeado.

—Haremos lo que Korthac quiera. Tenemos que seguir vivas, al menos por ahora. Dentro de unos días, si vemos que no hay esperanzas, entonces intentaré matarlo.

—Él utilizará al niño para controlarte.

—El niño tendrá que morir. Lo sé. Él no querrá ningún recuerdo vivo de Eskkar ni de mí. —Sacudió la cabeza ante esa idea—. Seré yo quien mate al niño, si es necesario. —Trella tomó la mano de Annok-sur.

—Tú también morirás. Con seguridad sabe qué papel has cumplido en la obtención de información. Tan pronto como se sienta seguro, entonces ya no nos necesitará. —Trella se encogió de hombros—. Tengo el cuchillo del parto, Trella, si fuera menester. Aunque preferiría cortarle el cuello a él.

En medio de la confusión, Trella había visto que Annok-sur deslizaba el pequeño cuchillo dentro de la lámpara. Pero el pequeño utensilio, un obsequio de Drusala para cortar el cordón umbilical, tenía un filo no más largo que un dedo de Trella.

—No es una gran arma contra Korthac —dijo Trella—, aunque podría servirnos para terminar con nuestras vidas. Guarda bien el cuchillo, Annok-sur. Tal vez tengamos que usarlo contra nosotras. Hasta ese día, obedeceremos a nuestro nuevo amo. Debemos permanecer vivas, por el niño, si no por otra cosa, y darle a Eskkar tiempo para juntar sus fuerzas. Mientras obedecemos a Korthac al instante, mientras crea que le somos de utilidad, nos dejará seguir con vida un poco más.

—Entonces, nos arrastraremos ante el egipcio.

—Nos arrastraremos, Annok-sur. —Por costumbre, Trella buscó la moneda que había llevado al cuello desde que Eskkar se la diera. Su moneda de la libertad, la había llamado él. Ahora no estaba, otro la tenía, desaparecida como su libertad—.

Nos arrastraremos, y esperaremos.

## CAPÍTULO 17

Ariamus había ocultado a sus sesenta y tres jinetes en un pequeño repliegue del terreno, a poco más de cien pasos del sendero por donde los hombres de Bantor regresarían a Akkad. Ariamus había galopado con su caballo esa distancia, y sabía que sus jinetes podrían cubrirla en poco tiempo, mucho antes de que sus víctimas pudieran desmontar y tensar sus arcos. En el combate a caballo, sus hombres, que irían sobre monturas descansadas, tendrían ventaja.

La baja cima de la colina escondía a cincuenta de los hombres de Ariamus hombro con hombro, y el resto formaba un pequeño grupo detrás de la primera línea. Contaba entre ellos con veinte guerreros experimentados. La mayoría habían sido reclutados por él, aunque Korthac había añadido media docena de sus egipcios, probablemente con instrucciones de vigilar a su jefe.

Mordiéndose el labio, Ariamus esperaba al explorador que seguía el rastro de la columna que se acercaba. Hacía ya unas cuantas horas que habían avistado a los hombres de Bantor y pronto estarían allí. Todo jugaría en contra de los acadios: sus caballos estarían cansados después de una larga jornada, cabalgarían cuesta arriba y esperaban llegar a las seguras puertas de Akkad en unas pocas horas más. Ariamus sabía que los acadios habían seguido la retirada de Alur Meriki durante un mes. Una vez completada esa misión, Bantor y sus soldados volverían de buen ánimo a encontrarse con sus mujeres, con ganas de abundante cerveza y la oportunidad de dormir en sus propias camas. Lo último que esperarían sería sufrir una emboscada tan cerca de sus casas.

Sonrió al pensar en ello. En vez de seguridad, los soldados que regresaban encontrarían allí la muerte, y serían los hombres de Ariamus los que entrarían por las puertas abiertas de Akkad. Korthac lo había planeado todo cuidadosamente, como tuvo que reconocer Ariamus, aunque detestaba darle tanto crédito a su superior.

Ariamus y sus hombres se habían comportado bien en la batalla de la noche anterior y habían tomado la puerta del río con un mínimo de pelea. Y lo que era igual de importante, se había apoderado de los botes que había amarrados, sin pérdida de cargamento, y ninguna embarcación había escapado hacia uno u otro lado del Tigris. Con el río y las rutas locales bajo el control de Korthac, pasarían algunos días hasta que en los alrededores se enteraran de lo que había sucedido en Akkad. Lo único que podría haber salido mejor era que Takany se las hubiera ingeniado para que lo mataran. Ariamus se había asegurado de que el estúpido egipcio dirigiera la batalla en los cuarteles, donde tuvo lugar la lucha más intensa, pero aquel hombre había sobrevivido sin ni siquiera un rasguño.

—Lo has hecho bien, Ariamus —le había dicho Korthac, gruñendo su aprobación ante la eficiencia de su nuevo lugarteniente—. Ahora lleva a tus hombres y destruye a los acadios que regresan desde el sur. Después tendrás tu recompensa.

Entusiasmado con el elogio, Ariamus había hecho una educada reverencia, reunido a sus hombres y partido, tan impaciente como Korthac por terminar con los soldados que venían de regreso. Él y sus hombres acamparon esa noche a pocas millas de la ciudad y Ariamus envió exploradores en busca de los acadios que se acercaban. Una emboscada con éxito a Bantor y sus tropas aumentaría la confianza de Korthac en él, y le daría a Ariamus una parte aún mayor del botín que lo esperaba en Akkad.

El momento de ganar esa recompensa había llegado. Los hombres de Akkad marchaban sin sospecharlo hacia la muerte. En unos momentos, Ariamus destruiría a los soldados de Bantor, eliminando cualquier fuerza organizada que pudiera enfrentarse a Korthac. El puñado de hombres que Eskkar tenía consigo en Bisitun serían derrotados sin problemas. Ariamus sabía que podía juntar, reclutar y entrenar a un número igual en la semana o diez días que le llevaría a Eskkar regresar a Akkad. Y con un poco de suerte el bárbaro estaría ya muerto, eliminado por los asesinos de Korthac.

Tan pronto como Ariamus regresara a Akkad con las nuevas de la destrucción de Bantor, el control de Korthac estaría asegurado. El egipcio se proclamaría soberano de la ciudad y Ariamus se alzaría a su lado. Con suficientes hombres en las murallas, ningún poder podría expulsarlos.

Siempre y cuando Ariamus pudiera mantener a sus hombres bajo control, se recordó a sí mismo. Había preparado a sus hombres para la emboscada hacía más de una hora. Incluso después del éxito del día anterior en Akkad, muchos de los hombres parecían nerviosos, y vio el miedo en la cara de más de uno. Cuanto antes los llevara a la batalla, mejor. Hubiera deseado tener unas semanas más para entrenarlos..., pero Korthac no había querido esperar. Las noticias de la llegada de Bantor habían obligado a Korthac a apresurarse más de lo planeado. La ciudad tenía que ser tomada el día anterior a la llegada de Bantor. Hasta el momento, todo había salido de acuerdo a como lo había planeado el astuto egipcio.

Ariamus oyó que sus hombres hablaban elevando la voz cada vez más, lo que hacía peligrar todo el plan. Seguían poniendo a prueba su paciencia. Movían los pies, susurraban a sus vecinos y se jactaban de lo que harían en la inminente batalla. Ariamus tamborileaba con los dedos sobre la espada y tuvo que resistir el impulso de matar a alguno de ellos para que sirviera de lección. Puede que estuvieran entrenados a medias y que carecieran de disciplina, pero había trabajado con hombres peores y, en aquel momento, los necesitaba a todos.

—Que los demonios os lleven —dijo—. ¡Guardad silencio!



Enseñando los dientes a los idiotas que no podían estarse quietos, se puso a caminar de un lado a otro de la formación con la mano en la espada, urgiéndolos a estar preparados, a cerrar la boca y a controlar a sus monturas. No es que a Ariamus le preocupara mucho que sus hombres se removieran de temor, pero no quería que los caballos percibieran el miedo de sus jinetes y se asustaran ellos también.

Dos días atrás había tenido que matar a un tonto que había desobedecido demasiadas veces, y confiaba en que no lo hubieran olvidado. Por lo menos para que obedecieran sus órdenes. A Ariamus no le importaba que temieran al enemigo, siempre y cuando le temieran más a él.

Sin embargo, la mayoría de aquellos bandidos tenía poca experiencia en atacar a hombres curtidos en la batalla. Después de la reciente conquista de Akkad, se creían temibles guerreros. Casi todos habían participado en alguna pelea o saqueo las suficientes granjas y pequeñas caravanas como para convencerse de su bravura, pero Ariamus sabía que nunca podrían enfrentarse a Alur Meriki. E incluso si tuvieran que enfrentarse a los soldados de Akkad, la mayoría de aquella escoria moriría en unos instantes. Sin embargo, Ariamus contaba con hombres más que suficientes para el trabajo y, si podía sorprender a Bantor, aquel grupo le garantizaría la victoria.

Las voces de los hombres se alzaron y, al volverse, Ariamus vio al explorador, que se acercaba al trote. Al menos aquel hombre, uno de los lugartenientes de Korthac, se había acordado de la orden de no levantar una estela de polvo y de asegurarse de no ser visto. Ariamus se había girado hacia sus hombres, que aún murmuraban, y de nuevo puso la mano sobre su espada. Ante aquella mirada, se callaron enseguida. Cuanto antes atacaran, mejor.

—Bien, Nebibi, ¿vienen ya? —Ariamus se dirigió a él en el idioma del egipcio, y ni siquiera esperó a que el hombre desmontara.

—Sí, Ariamus. Están muy cerca. Sus caballos se ven cansados, y no sospechan nada. Todos cabalgan con sus arcos en bandolera.

—¿Estás seguro? ¿No llevan exploradores delante o a los flancos?

—Ninguno —replicó Nebibi—. Sólo una retaguardia de tres hombres. Van a una buena distancia detrás de la columna, pero eso es todo.

Ariamus lanzó un bufido de alivio. Si les hubieran visto a él y a sus hombres... Korthac le había advertido que no se enfrentara a los arcos acadios. Si Ariamus no era capaz de aplastarlos antes de que echaran mano de sus arcos, tendría que regresar a Akkad en busca de más hombres.

—Buen trabajo, Nebibi. Vuelve con tus hombres y asegúrate de que saben lo que tienen que hacer. Procura mantener quietos a esos tontos. —Nebibi estaba a cargo de un tercio de los hombres. Rihat, el otro lugarteniente de Ariamus, estaba al mando del otro tercio.

—Rihat —Ariamus llamó a su otro lugarteniente hablándole en su lengua materna

—, que los hombres se preparen. Ya casi están aquí.

Ariamus recorrió la formación una última vez, mirando a cada hombre a los ojos y asegurándose de que conocieran sus órdenes. Los veteranos, repartidos a lo largo de la fila, tranquilizarían a los tontos y los alentarían a avanzar. Alinearon sus caballos casi hombro con hombro, con los hombres de pie a su lado, esperando. Ariamus aún oía el susurro de alguno de sus hombres. Maldijo para sí, pero no dijo nada. Cualquiera cosa que hiciera en ese momento podía asustar a los caballos más que la conversación de sus hombres. Además, los animales parecían haberse habituado a la charla incesante.

Sin embargo, ahora no era el momento de correr riesgos.

—Nebibi, Rihat, quiero absoluto silencio. Matad al siguiente hombre que abra la boca. —Ambos lugartenientes desenvainaron sus espadas y Ariamus asintió satisfecho—. Y no olvidéis que os estaremos observando. Cualquiera que avance demasiado pronto o desobedezca las órdenes morirá al instante. Ahora, montad y preparad las armas.

Las sonrisas desaparecieron y, finalmente, se hizo el silencio en el grupo. Ariamus sonrió como celebrando el miedo de sus hombres. Ese miedo los impulsaría hacia delante, que era todo lo que él quería. Destruir a las fuerzas de Bantor era lo más importante, y él asumiría cualquier número de bajas con tal de lograr ese fin. Por unos momentos se oyeron tenues sonidos de hombres y caballos, pero poco después volvió a hacerse el silencio. Ariamus examinó la formación una vez más —hombres, caballos y armas—: Todos estaban listos.

Ariamus trepó la pequeña loma, arrastrándose por el suelo para asegurarse de que no lo vieran mientras espiaba entre las altas hierbas. El sendero por el que venía Bantor seguía vacío ante él, no había ni rastro de otros viajeros ni polvo a la vista en ninguna dirección. Volvió su mirada al sur y esperó. Comprobó el movimiento del sol y maldijo el avance lento de su enemigo. El anochecer se les echaría encima en menos de una hora.

Finalmente apareció la cabeza de la columna, como si se elevara despacio desde el suelo. Los acadios marchaban sobre sus caballos en columnas de dos en fondo; a los hombres se les veía relajados, conversando, los arcos en bandolera sobre las espaldas. Estarían cansados, sedientos y hambrientos. Sin duda, todos ellos ansiaban comer y beber bien esa noche en Akkad.

A sus espaldas oyó los leves susurros de sus lugartenientes mientras mantenían a sus hombres bajo control; todos cuidaban de que sus animales no relincharan al oler u oír a caballos y hombres aproximándose. No hacía viento, sólo soplaba una ligera brisa que provenía del sur. Contó los hombres a medida que aparecían y concluyó que había cuarenta y seis, y tres más en la retaguardia. Ariamus sabía que unas semanas atrás cincuenta y tres hombres habían partido hacia el sur con el tonto de Bantor. Los

soldados que faltaban seguramente habían regresado a Akkad antes o, más probablemente, habían desertado.

Ya se oía a los acadios y el paso de sus caballos. Ariamus quería volver a su montura, pero no quería moverse hasta el último momento, para asegurarse de que ninguno de sus hombres se lanzara a la carga antes de que la columna llegara al punto justo frente a ellos. Ariamus esperó esos últimos momentos, luego se deslizó colina abajo antes de ponerse en pie y caminar con calma hacia su caballo. Soltó las riendas y se subió al lomo del animal.

Toda la fila comenzó a moverse un poco, hacia delante y hacia atrás, y los animales empezaron a patear el suelo y a resoplar, pero ya no importaba. Ariamus apretó las rodillas contra los flancos de su caballo.

—¡Al ataque! —gritó, y toda la hilera de guerreros se echó hacia delante. En un instante, habían llegado a la cima de la colina y cargaban contra la sorprendida columna de hombres que se les enfrentaba.

\*\*\*

Bantor iba con Klexor a la cabeza de la columna, mientras que Alexar, otro jefe de decena, avanzaba detrás, con la retaguardia. Bantor se sentía tan cansado y sediento como su caballo. Horas antes, todos habían hablado de volver a casa, con sus mujeres, a las camas cálidas, las comidas calientes y la cerveza espesa. Pero cercano ya el final del día, los hombres cabalgaban en silencio, guardándose sus pensamientos para sí mismos. Si Akkad no estuviera a tan sólo unas horas de allí, se dispondrían a acampar en aquel mismo instante.

Al día siguiente les pagarían y todos tendrían plata en abundancia. Las tabernas estarían repletas de vino barato y mujeres sonrientes, todas contentas de dar la bienvenida a sus hombres. Llevaban ausentes cinco semanas, siguiendo a un peligroso grupo de guerreros más numeroso que ellos, y en todos esos días nunca habían bajado la guardia. Hasta ese día. En aquel momento, cerca ya de casa, cabalgaban tranquilos.

Los dos caballos que iban al frente alzaron la cabeza al mismo tiempo, moviendo las orejas mientras dirigían la mirada hacia la izquierda. Bantor siguió la mirada de su caballo en el mismo momento en que oyeron un estruendo que venía hacia ellos. Un grupo de hombres dando gritos parecía haber surgido del suelo que tenían a su izquierda, y venían sobre sus caballos hacia la columna con sus brillantes espadas en las manos. El suelo temblaba con los cascos de los caballos, que iban levantando terrones de tierra y hierba por todos lados.

Por un momento, los hombres se quedaron de piedra; la aparición repentina de los agresores les había pillado por sorpresa. Bantor sintió que el miedo le subía por el

pecho.

—¡Desmontad! ¡Preparad los arcos! —Oyó a Klexor impartir las mismas órdenes, mientras los dos hombres azuzaban a sus caballos para enfrentarse a los atacantes—. ¡Formad una línea!

Varios de los caballos se encabritaron aterrorizados, otros soldados comenzaron a gritar, y los atacantes ya habían recorrido la mitad del camino.

Bantor se dio cuenta de que no todo lo que sucedía era fruto del pánico. Incluso mientras observaban la marcha de Alur Meriki hacia el sur, aquellos acadios se habían entrenado para enfrentar un ataque similar. Los hombres, viendo el peligro inminente, habían reaccionado sin dudarlo. Se tiraron de sus caballos y se dispusieron a manejar sus arcos. Todas aquellas semanas y meses de entrenamiento les habían enseñado una misma cosa una y otra vez: no podían derrotar a los hombres de Alur Meriki a caballo. Por esa razón se habían preparado para desmontar, preparar sus armas y agruparse.

Bantor saltó de su caballo, golpeó la grupa del animal con la parte plana de su espada y lanzó al animal al trote contra los jinetes que se acercaban. Los otros caballos sin jinete comenzaron a dar vueltas, dispersándose en diferentes direcciones, algunos de ellos rumbo a los atacantes. Sus movimientos obstaculizaron un poco a los jinetes que se acercaban, al desviarse los bandidos de su curso para sortear a los frenéticos animales. Pese a todo, sólo un puñado de los hombres de Bantor pudo disparar una flecha antes de que los bandidos llegaran hasta ellos.

Bantor esperó con temor la lluvia de dardos de los arcos de Alur Meriki, pero las flechas no aparecían. En cambio, los atacantes llegaron en medio de un tronar de cascos que sacudían la tierra, un sonido aterrador para quienes se enfrentaban a pie. Blandían espadas contra los hombres de Bantor, ocupados unos en tensar sus arcos y otros en desenvainar su espada. Los gritos de los heridos se mezclaban con los gritos de guerra de los atacantes. Sin embargo, los acadios no habían tenido tiempo para prepararse y los atacantes lograron abrirse camino entre los hombres de Bantor. Algunos soldados se tiraron al suelo para tratar de esquivar las espadas de los que los atacaban.

Sin nada para detenerlos ni línea de jinetes a caballo para impedir su ataque, los bandidos galoparon entre lo que quedaba de la columna, blandiendo sus espadas frente a todo lo que estuviera, hombre o bestia, a su alcance. Algunos caballos de los atacantes saltaron sobre los acadios que estaban tirados en el suelo, siguiendo el instinto animal de evitar pisar cualquier cosa que se moviera.

No todos los soldados consiguieron tirarse al suelo, y muchos recibieron mandobles o se vieron aplastados bajo los cascos de los caballos. Por primera vez, Bantor se dio cuenta de que no estaba enfrentándose a jinetes de Alur Meriki. Cuando se tiró al suelo, vio que los agresores montaban como bandidos, no como guerreros

bárbaros de las estepas.

Un hombre que blande una espada encima de un caballo al galope no puede inclinarse lo suficiente para golpear a nadie que esté tumbado en el suelo. Los bárbaros llevaban lanzas para resolver ese problema. Un jinete entrenado podía arrojar su lanza para matar a alguien agachado o incluso tumbado, o ensartar a alguien cuerpo a tierra. Aquellos agresores no llevaban ni lanzas ni arcos, y algunos hombres de Bantor no habían recibido un solo rasguño, aunque muy pocos pudieron ponerse en pie después de que la oleada de jinetes los pasara por encima.

A Bantor el hombro izquierdo le ardía de dolor. El casco de un caballo se lo había aplastado, y se preguntaba si tendría el brazo destrozado. Sin prestar mayor atención al dolor, se levantó y buscó su espada con la mano sana.

—¡Formad una fila! ¡Daos prisa, antes de que den la vuelta! ¡Deprisa!

A los agresores les llevó un tiempo disminuir la marcha de sus caballos y hacer que dieran la vuelta para regresar y asestar el golpe mortal. Pero la misma velocidad de la carga los había llevado unos sesenta o setenta pasos más allá de la columna. Antes de que el primero de los hombres pudiera volver a dirigir su caballo contra los acadios para un segundo ataque, una flecha le impactó en el pecho, y luego otra, y otra más.

—Deteneos —gritó Bantor, mientras los supervivientes se agrupaban, alineándose para enfrentarse a los atacantes—. Tensad..., apuntad. —Esperó hasta que todos los hombres hubieran tensado una flecha a la altura de la oreja—. ¡Disparad!

En el momento que los bandidos terminaban de volver las grupas de sus caballos y comenzaban un segundo ataque, veinte flechas volaron hacia ellos.

Cayeron hombres y bestias, gritando de dolor, y en el segundo ataque avanzaban más despacio. En menos de tres segundos cayó otra oleada de flechas, y algunos bandidos ya no pensaron en otra cosa que no fuera alejarse de aquellos mortíferos arqueros. Los pocos valientes que siguieron cabalgando hacia los arqueros murieron durante la tercera oleada, disparada a menos de veinte pasos; a esa distancia las flechas golpeaban con tanta fuerza que habrían podido detener en seco incluso a un caballo.

Caballos y hombres cayeron al suelo entre ambos bandos. Los muertos y los agonizantes impedían un ataque rápido sobre la fila de arqueros. De nuevo Bantor dirigió a sus hombres, y otra descarga de flechas cayó en medio de un grupo que intentaba reunirse para otro ataque.

Los agresores se dieron media vuelta, forzando a sus caballos a alejarse de los arqueros. Aún estaban demasiado cerca, y murieron más hombres y más caballos antes de que el último de los bandidos galopara hasta ponerse a salvo.

Bantor ya había visto huir a otros hombres, y supuso que aquellos agresores no volverían, al menos por un tiempo. Los insultó mientras los veía alejarse, lanzó su

espada al suelo y, a continuación, cayó de rodillas. La batalla apenas había durado unos momentos, pero más de la mitad de los hombres de Bantor había muerto y sus caballos estaban desperdigados por los alrededores.

Cuando Klexor llegó a su lado encontró a su jefe gimiendo de dolor y musitando una palabra una y otra vez:

—¡Ariamus!

\*\*\*

A Ariamus y sus lugartenientes les llevó más de media milla detener y reagrupar a sus hombres. Algunos de ellos se habían dirigido a Akkad, otros en cualquier dirección, deseosos de alejarse de las flechas que zumbaban como abejas por encima de sus cabezas, derribando a sus compañeros. Dieron una vuelta, intentando reagruparse, y finalmente Ariamus consiguió reunirlos.

—Desmontad —gritó—. Bajad de los caballos.

Algunos se negaron, asustados aún de los arqueros acadios. La mayoría seguía lanzando miradas hacia el lugar de la emboscada.

—¡No tienen caballos para seguirnos, idiotas! —les gritó—. Pero ¿qué sois vosotros?, ¿un atajo de cobardes que huye de un grupo de hombres que son sólo la mitad que vosotros? Nebibi, Rihat, reunid a los hombres. Matad a cualquiera que desobedezca.

Ariamus contó rápidamente a sus jinetes, luego se palmeó la pierna con tanta fuerza que su caballo dio un respingo. Había atacado al grupo de Bantor con más de sesenta hombres, y sólo había perdido a uno o dos bajo las flechas antes del choque; además dudaba que hubiera perdido a ningún hombre mientras cargaba contra ellos. Otra acometida y habrían terminado el trabajo.

Ahora Ariamus contaba a menos de cuarenta hombres, y a éstos los veía tan asustados que no creía que pudiera conducirlos a otro ataque. Había perdido un número parecido de caballos, pero había recuperado más de los que había perdido, ya que la mayoría de los caballos de Bantor habían echado a correr detrás de sus animales.

Dejó de maldecir a sus hombres, desmontó y se acuclilló en el suelo para examinar la situación junto a Nebibi y Rihat. Los demás hombres comenzaron a respirar más aliviados, lo suficientemente tranquilos como para curarse las heridas o decir a sus compañeros con cuánto valor habían peleado.

—Hemos matado a la mayoría —dijo Rihat—. Y tenemos casi todos sus caballos.

—¡No estamos aquí para robar caballos, idiota! Deberías... —Ariamus tomó aire. No ayudaría en nada gritar a su subalterno. Y él tenía razón, habían matado a la mayoría de los hombres de Bantor—. ¿Cuántos creéis que quedan vivos?

Rihat cerró los ojos, para pensar mejor en lo que había visto.

—Veinte, tal vez menos. No más.

Ariamus había calculado lo mismo. Así que habían matado a más de la mitad de los hombres de Bantor. Tal vez algunos de los supervivientes estuvieran heridos. Maldito Bantor. Ariamus lo había planeado bien, pero no esperaba encontrarse con semejante situación, con una victoria a medias. ¿Qué iba a decirle a Korthac? ¿Cómo podría explicar Ariamus que había dejado a veinte acadios con vida cuando ellos les doblaban en número?

—¿Exactamente a cuántos hombres hemos perdido, Rihat?

Rihat se encogió de hombros, luego se puso de pie y comenzó a contar con cuidado. Tardó un rato en regresar y sentarse en la hierba.

—Nos quedan cuarenta y un hombres, sin contarnos a nosotros. Dos están heridos, pero no de gravedad. Todavía pueden montar.

Sólo dos heridos, pero más de veinte muertos o desaparecidos. Esos números no le ayudaron a ponerse de mejor humor. Aquellas flechas a corta distancia impactaban con la suficiente fuerza como para derribar del caballo a un hombre. Dudaba mucho que cualquiera que hubiera perdido el caballo o quedado herido estuviera aún con vida. Probablemente las flechas de los acadios habían acabado con cualquier superviviente. Ariamus había perdido tantos hombres como había matado él. No era que le importase esa pérdida. Con el oro de Korthac, siempre podría reclutar más hombres.

Lo importante era que los hombres de Bantor, soldados entrenados para pelear, no podían sustituirse con facilidad. Ni tampoco los caballos. Ariamus tendría que recorrer las tierras occidentales para recuperar los caballos que él había adquirido. A pie, los acadios no supondrían una gran amenaza. Ariamus recordó haber visto a Bantor caer bajo los cascos de los caballos, y creía que no se había levantado. Tenía la impresión de que Bantor era torpe y, de nuevo, Ariamus se preguntó qué habría visto Eskkar en aquel hombre. Sin embargo, la estupidez de Eskkar era la buena fortuna de Ariamus.

Había quebrantado a los hombres de Bantor y los había dejado sin monturas. Sus arcos serían inútiles contra los muros de Akkad, y sobre esos muros Korthac y sus hombres contarían con sus propios arcos. No, la situación era menos lamentable cuanto más pensaba en ella. Y así debería parecer cuando informara a Korthac. Ariamus le había prometido que destruiría a todos los acadios, no sólo a la mitad. Empezó a pensar en lo que le diría al nuevo líder de Akkad.

Y lo que era más importante, Ariamus no se atrevía a perder más hombres. Sin un grupo considerable de hombres a sus órdenes, Takany lo superaría y Ariamus, como jefe de los jinetes, perdería cualquier influencia que pudiera tener sobre Korthac. No, decidió Ariamus, ya había perdido más hombres de los que esperaba. Más bajas

serían un desastre, aunque él sobreviviera a un nuevo ataque.

—Tenemos que regresar y acabar con ellos, Ariamus —dictaminó Nebibi sacándole de sus pensamientos—. Korthac dijo que debíamos...

—Korthac no está aquí, Nebibi —lo interrumpió Ariamus—. ¿Quieres volver a enfrentarte a esos arqueros?

El rostro de Nebibi le dio la respuesta. El egipcio era valiente, pero ambos sabían con qué clase de hombres contaban.

—No tenemos arcos, Nebibi —comenzó Ariamus, bajando la voz y hablando en el idioma de Egipto—. Y aunque pudiéramos conducir a esta banda a un nuevo ataque..., aunque tuviéramos éxito, perderíamos a demasiados de los nuestros en el intento. Y recuerda: esos arqueros estarán apuntando a cualquiera que aliente a los hombres al ataque.

Nebibi abrió la boca, pero la cerró inmediatamente. Nebibi podía temer la ira de Korthac, pero nunca había visto semejantes flechas, capaces de poner a un caballo de rodillas.

—Hemos hecho lo que nos ordenaron, Nebibi. Hemos destruido las fuerzas de Bantor. Los pocos que han sobrevivido, los que han escapado, probablemente menos de una docena, carecen de líder y están indefensos. Korthac estará satisfecho cuando reciba nuestro informe.

Nebibi lo pensó, tratando de sopesar el peligro de desvirtuar la verdad ante Korthac comparado con el de tener que volver a enfrentarse a los hombres de Bantor. Finalmente, asintió incómodo.

—Es verdad, Ariamus, sólo han escapado unos pocos. Menos de una docena. A Korthac le agradará oírlo.

Ariamus sonrió satisfecho; luego se volvió hacia Rihat.

—Reúne a los hombres.

Momentos después, los bandidos se agruparon alrededor de su jefe.

—¡Escuchadme todos! Hemos conseguido una gran victoria. Hemos destruido a nuestros enemigos, han sobrevivido sólo unos pocos y la mayoría de ellos están heridos y sin caballos. Habéis luchado valientemente.

Eso provocó unos entrecortados vítores entre los guerreros, aunque algunos de ellos se preguntaron cómo podían ser primero unos cobardes y unos idiotas y luego unos héroes.

—Ahora regresaremos a Akkad. Nos uniremos a los hombres de Korthac y disfrutaremos de la ciudad que conquistamos ayer. El oro, las mujeres, los caballos, todo lo mejor de Akkad será nuestro.

Volvieron a vitorear, al darse cuenta de que la batalla había concluido. Vio la sonrisa en sus rostros y supo que les había devuelto la confianza, que de nuevo se consideraban feroces guerreros. Siempre y cuando no tuvieran que volver a



enfrentarse a esos arqueros.

Así se lo explicaría a Korthac. Nebibi corroboraría su versión, o de lo contrario tendría que admitir su propio fracaso. Además, unos cuantos hombres sueltos, desperdigados por la campiña, tampoco importaban. Los atraparían en unos días.

—Volvemos a Akkad —gritó Ariamus, montando su caballo—. ¡Volvemos a Akkad y a nuestro oro!

Se alzó otro grito de victoria, más alto esta vez. Nebibi miró a Ariamus y asintió, con los labios apretados. Su informe contentaría a Korthac, al menos de momento.

\*\*\*

Para cuando los tres exploradores rezagados alcanzaron la columna, la batalla había concluido. Bantor, en pie otra vez, se sacudía de rabia, jurando que torturaría y mataría a Ariamus. La mitad de los hombres jamás habían oído su nombre.

—Tómalo con calma, Bantor —dijo Klexor, tratando de tranquilizar a su capitán—. Deja que te vea el hombro.

Alexar se acercó con un odre de agua.

—Nos cogieron por sorpresa, pero los ahuyentamos y hemos matado a más hombres de los que hemos perdido nosotros. —Otros dos soldados y él iban en la retaguardia y echaron a correr en cuanto vieron la emboscada, pero ninguno de los agresores había llegado a pasar a menos de cien pasos de él. Alexar se las arregló para atar su caballo en un arbusto. Había sido uno de los primeros en disparar flechas cuando tuvo cerca a los bandidos.

La emboscada dejó a todos sedientos, y se bebieron el agua que quedaba sin pensar en reservar algo para después. De todos modos no podrían ir muy lejos con ella teniendo que caminar.

—¿Alguien sabe quiénes eran? —Alexar tiró la bota vacía—. No era Alur Meriki, o ahora estaríamos todos muertos.

—Si hubieran sido Alur Meriki y sus hombres —dijo Klexor—, nos habrían rematado con las lanzas, a la manera de los bárbaros, en vez de cargar contra nosotros como un grupo de viejas que no pueden controlar sus caballos.

—Su jefe era Ariamus, el antiguo capitán de la guardia en Orak —dijo Bantor, mirando al suelo. Probó a mover el hombro con cuidado; ya no le dolía tanto. Tal vez no tuviera roto el hueso, después de todo. Bantor tomó aliento, pugnando por dominarse—. El cobarde de Ariamus huyó cuando se enteró de que los bárbaros estaban aproximándose a Akkad, y fue entonces cuando Eskkar se hizo con el control de la villa.

Lo que Bantor no dijo fue que unos meses antes de que se marchara Ariamus le había enviado a él de patrulla y luego había obligado a Annok-sur a pasar la tarde con

él en su lecho. Annok-sur nunca había hablado de ello, pero Bantor había oído murmurar a los hombres.

Aparte de intentar apuñalar a Ariamus por la espalda, y arriesgarse de ese modo a perder la vida por haber asesinado a un superior, Bantor no pudo hacer nada, por lo que se tragó el orgullo y fingió ignorarlo. Sabía que Annok-sur no había accedido voluntariamente, y que lo hizo para proteger a su esposo y a su hija.

Al mover el brazo, Bantor se dio cuenta de que no recordaba un solo momento de los últimos meses en que no estuviera recuperándose de alguna herida.

—Bueno, quienesquiera que sean se dirigen a Akkad —replicó Alexar—, por lo que deben de estar seguros de poder entrar en la ciudad.

—No pueden entrar en Akkad; desde luego no tantos, y menos con armas —respondió Bantor, intentando comprender lo sucedido. Ningún contingente armado importante podría entrar en Akkad, a menos que...

—¿Es posible que hayan tomado la ciudad? —preguntó Klexor, pensando lo mismo que su jefe.

—Deben de haber ocupado Akkad —contestó Bantor—. Sabían que estábamos de camino y no querían que llegáramos hasta las puertas.

—Cuarenta bandidos o pocos más no son suficientes para tomar Akkad —apuntó Klexor—. Tienen que tener más hombres dentro de la ciudad.

—De ahí la emboscada antes de que llegáramos a Akkad —dijo Alexar—, antes de que nos enteráramos de lo que ha sucedido en la ciudad.

Eso tenía sentido, pensó Bantor. Tomar la ciudad y luego atacar a los soldados por partes. Se preguntó si las fuerzas de Eskkar que estaban en el norte serían las siguientes, si es que no las habían aplastado ya.

—Por todos los demonios —exclamó Bantor—, ¿no podemos llegar a las puertas y preguntar qué diablos está sucediendo! Estos bandidos tienen que haber contado con suficientes guerreros para tomar Akkad desde dentro.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —Klexor parecía preocupado—. Si Ariamus ha capturado Akkad, podría regresar con más hombres. No podemos quedarnos aquí.

«Una buena pregunta», pensó Bantor, y no quería saber la respuesta. Se preguntó qué haría Eskkar. Eskkar siempre sabía qué hacer en el campo de batalla. Bantor pensó en eso por un momento.

—¿Cuántos caballos y hombres tenemos? —preguntó de repente.

Alexar ya había echado la cuenta.

—Contándonos a nosotros, somos veinticinco hombres, seis incluyendo heridos, y siete caballos. —Miró hacia los soldados reunidos en torno a sus jefes. Los hombres estaban alertas, algunos cuidando a los heridos mientras que otros rescataban lo que podían de los compañeros y de los bandidos muertos—. Puede que, con un poco de suerte, recuperemos algunos caballos más, pero se acerca la noche...

Bantor reflexionó. Le llevaba más tiempo que a los demás tomar una decisión, pero había sobrevivido a muchas batallas. Si de algo estaba seguro era de que no tenía la suficiente información para decidir qué hacer. Si tomaba la decisión equivocada, podía ser que para el mediodía siguiente estuvieran todos muertos. Así que primero trataría de informarse. Alzó la vista y vio que sus hombres lo miraban, esperando a que hablara.

—Haremos lo siguiente: Alexar, elige los cuatro mejores caballos y a otro jinete. Ve al norte, a Bisitun, de inmediato. Tenemos que asegurarnos de que Eskkar y Sisuthros se enteren de lo que está sucediendo. Espera a alejarte lo suficiente de aquí antes de descansar esta noche, y luego sigue todo lo deprisa que puedas, cambiando de caballo con frecuencia. Revienta los animales si hace falta. Debes llegar a Bisitun en cinco o seis días, en menos si es posible, con dos caballos cada uno. Cuenta a Eskkar lo que está sucediendo y que Ariamus estaba al frente de los agresores. Recuerda bien este nombre: Ariamus. Lleva todo lo necesario para el viaje.

Bantor esperó a que Alexar asintiera y luego se volvió hacia su otro lugarteniente.

—Klexor, coloca a los heridos en los otros tres caballos y envíalos al sur, por donde hemos venido. Pasamos unas granjas unas millas atrás. Tal vez puedan esconderlos hasta que se recuperen.

—¿Y qué vamos a hacer los demás? —preguntó Klexor.

Bantor acomodó el hombro con un gesto de dolor, pero al menos podía moverlo. Tenía que confiar en que sanara por sí solo en unos días.

—Cogeremos todo lo que podamos cargar y nos encaminaremos al norte, como si también nos dirigiéramos a Bisitun. Caminaremos toda la noche y mañana por la mañana. Después cortaremos hacia el río. Si alguien nos sigue, pensará que hemos cruzado a la orilla occidental. Allí veremos si podemos encontrar algunos botes para volver hacia al sur, de regreso a Akkad.

—¡De regreso a Akkad! —se sorprendió Klexor—. ¿Qué pueden hacer menos de veinte personas contra una ciudad?

—Nada. No te preocupes, no entraremos en Akkad, sino que trataremos de llegar a las granjas del norte de la ciudad. A la granja de Rebba, allí es adonde iremos. Él tiene un muelle en el río y sitio de sobra para ocultar hasta al doble de los que somos. Él podrá decirnos qué demonios está sucediendo.

Bantor se dirigió a Alexar:

—Dile a Eskkar que estaremos en la granja de Rebba y que nos envíe información allí. Prepárate para partir.

Todos cogieron sus armas, reuniendo todas las flechas que pudieron cargar. Alexar eligió a un joven arquero para que lo acompañara, un hombre poco más alto que un muchacho, y partió con los cuatro caballos más fuertes, dirigiéndose hacia el norte al trote. Minutos más tarde, los heridos fueron hacia el sur, con los caballos al

paso para que les resultara más cómodo a los convalecientes. Los demás rodearon a Bantor, a la espera de que ordenara emprender la marcha.

Klexor rompió el silencio:

—¿Por qué Ariamus no ha vuelto para terminar con nosotros?

Los otros se acercaron, ansiosos por escuchar las palabras de su jefe.

—Porque el muy cobarde sabe que perdería a la mayoría de sus hombres en el intento. —Bantor recogió su espada del suelo, le sacudió el polvo y la guardó en la funda. No quería admitir la derrota, ni que Ariamus contaba aún con suficientes hombres para terminar el trabajo—. Pero lo que sí sé es que lo mataré, aunque sea lo último que haga. Le arrancaré el corazón. —Nadie dijo nada, y Bantor continuó, hablando tanto para sí como para sus hombres—. Tendremos que esperar, al menos hasta que Eskkar se entere de lo sucedido. Si podemos unir nuestras fuerzas con las suyas, tendremos hombres suficientes para enfrentarnos a Ariamus, y así podré desparramar sus entrañas a la luz del sol.

Los hombres se miraron entre sí. Bantor rara vez hablaba con semejante vehemencia, pero todos podían ver que el odio y el deseo de venganza se habían apoderado de él, y también podían notárselo en la voz. Ellos también querían venganza. Emboscados como si fueran novatos, habían visto morir a sus amigos y compañeros. Y lo que era peor, no tenían más remedio que dejar a los muertos sin sepultura para poder salvar la vida.

Todos apretaban con fuerza los arcos y la empuñadura de las espadas. Contando a Bantor, eran diecisiete. Se miraron entre sí. La lucha no había terminado. Para aquellos hombres, la batalla acababa de empezar.

Bantor miró al sol, medio oculto ya en el horizonte. Pronto habría oscurecido. ¡Y él que creía que a aquellas horas estarían bebiendo en una taberna!

—Muy bien. Coged todo lo necesario y pongámonos en marcha. Nos espera una larga caminata esta noche. —Haciendo caso omiso del dolor en el hombro, tomó un arco y un carcaj lleno y se encaminó hacia el norte.

## CAPÍTULO 18

Una vez que salió la luna, ya tuvieron luz suficiente para distinguir la planicie. Bantor hizo marchar a sus hombres a paso forzado durante toda la noche. Caminaban y corrían alternativamente, y la amenaza de Ariamus y sus jinetes no sólo los impulsaba a seguir, sino que también los obligaba a mirar por encima del hombro. No se encontraron con gran cosa, aparte de alguna granja. Dos veces se detuvieron en el pozo de una granja a beber agua. La primera vez pasaron desapercibidos; pero la segunda, los perros despertaron a todos con sus ladridos, y Bantor tuvo que ordenar a la familia que volviera a entrar en casa, advirtiéndoles que no dijeran nada a nadie.

Para cuando dio la orden de detenerse, sólo faltaban unas horas para el amanecer. Agotados, con los pies doloridos y hambrientos, los hombres habían avanzado veinte millas y llegado al camino que conducía, hacia el norte, a Bisitun. Todos se quedaron dormidos enseguida, tendidos en el suelo sin preocuparse por estar cómodos. Cuando el sol los despertó, ninguno se sentía descansado, pero habían dormido lo suficiente como para poder seguir.

El camino presentaba un riesgo aún mayor. Muchos viajeros y comerciantes estarían a punto de aparecer, algunos a caballo, y no pasaría mucho tiempo antes de que llegara a Akkad la noticia de su paso. Aún más preocupante era que Ariamus enviara a algunos jinetes por aquella ruta, para evitar que escaparan hacia el norte. Bantor estaba decidido a no perder un momento.

En cuanto empezó a caminar, le volvió el dolor en el hombro. Dormir en el duro suelo no había ayudado; el breve descanso lo había entumecido, y cada paso que daba provocaba que gruñera de dolor. El sufrimiento parecía mayor que el día anterior. Klexor lo examinó y le dijo que no parecía que hubiera nada roto; Bantor le agradeció ese pequeño consuelo.

Hacia media mañana, habían recorrido ya otras diez millas, y cada cansado paso que daban los alejaba más de Akkad. Comenzaron a cruzarse con viajeros; la mayoría iba en dirección opuesta, hacia Akkad, todos ellos a pie.

—¿No deberíamos advertirles del peligro que se pueden encontrar en Akkad? —preguntó Klexor la primera vez que se cruzaron con viajeros que se encaminaban hacia la ciudad.

—Si lo hacemos, se correrá la voz, y pronto media campiña sabrá que vamos hacia el norte. Tendrán que correr el riesgo. De otro modo, cualquier explorador que Ariamus tenga en el área sabrá que hemos pasado por aquí.

—Puede que, así y todo, cuando lleguen, nos mencionen.

—O puede que con la agitación se olviden de nosotros. —Bantor ya lo había

pensado previamente durante la caminata nocturna. Y lo que era más importante, había aprendido de Eskkar la necesidad de dar una imagen de seguridad ante sus hombres cuando la incertidumbre te atenazaba por dentro—. Además, les llevará horas llegar a Akkad, tal vez hasta la caída del sol. Habremos avanzado mucho para entonces. —Bantor miró fijamente a Klexor—. Ordena a los hombres que si nos encontramos con alguien no digan nada. Ni una palabra.

Klexor gruñó y comenzó a correr la voz por la fila de hombres.

Bantor pensó que seguramente ninguno de sus hombres quería hablar con nadie. Él y sus hombres, armados hasta los dientes, estaban sucios y demacrados y parecían peligrosos, y los pocos viajeros con quienes se encontraron se apartaron de su camino, mirándolos boquiabiertos y con cara de susto, mientras los soldados pasaban en silencio.

Descansaban cada hora, y todos trataban de hacer como que no les dolía el estómago del hambre. Justo antes de mediodía, Bantor dio la orden de detenerse. Los hombres se dejaron caer, demasiado cansados para quejarse del hambre.

—Klexor, estamos unos cuarenta y cinco kilómetros al norte de Akkad. —Bantor se secó el sudor del rostro, mientras los hombres se reunían alrededor de sus jefes—. Ya es hora de que nos dirijamos hacia el río. Conozco una granja que tiene algunos botes. Esperaremos hasta que no veamos viajeros y luego iremos hacia el oeste.

—Estamos casi a medio camino de Dilgarth. Si nos esforzamos, podríamos llegar allí mañana temprano.

—Me gustaría, Klexor, pero desconozco lo que puede aguardarnos en Dilgarth. Y aunque consiguiéramos llegar hasta allí, jamás podríamos regresar a Akkad. —Bantor negó con la cabeza—. No, creo que el río es lo más seguro para nosotros. También podremos encontrar algo de comer en la granja. Si las cosas se ponen feas, puede que estemos más seguros al otro lado del Tigris.

Klexor se encogió de hombros, pero no se le ocurrió nada mejor que decir.

—Entonces salgamos del camino mientras podamos.

Salieron del polvoriento camino uno a uno, dejando el menor rastro posible de su presencia. Avanzaron como mejor pudieron por aquel terreno desigual, hasta que quedaron fuera de la vista de cualquiera que viajara por aquella ruta. Cubrieron el último tramo hasta el río caminando despacio, pues eran incapaces de hacerlo de otra manera.

Cuando llegaron a la cima de una pequeña loma y vieron una granja a tiro de piedra del río, Bantor estaba prácticamente exhausto. El dolor del hombro, unido al esfuerzo poco habitual de caminar, lo había agotado más de lo que había previsto. Sus hombres no tenían mejor aspecto, pero creía que había tomado la decisión correcta; si hubieran viajado por el camino, les habrían alcanzado antes de llegar a Dilgarth. Dispersó a sus hombres para no dejar rastro y bajaron hasta la acequia más cercana y,

salpicando por su serpenteante curso, fueron hasta el río.

La granja, grande y con varios edificios independientes rodeados de campos de trigo y avena, pertenecía a un hombre llamado Hargar. Unos niños que jugaban bajo un árbol los vieron acercarse y corrieron a advertir a los adultos. La familia se atrincheró en el edificio principal. Bantor sabía que la aparición de tantos hombres armados asustaría a cualquier granjero.

Cuando llegaron al corral de las ovejas, Bantor salió de la acequia.

—Esperad aquí —dijo a sus hombres—. Klexor, ven conmigo.

Los dos hombres caminaron lado a lado hacia la casa.

—¡Oye, Hargar! No hace falta que te ocultes en tu sótano. Soy Bantor, lugarteniente de Akkad, y necesitamos tu ayuda.

No sucedió nada, por lo que Bantor y Klexor se sentaron en el suelo bajo un frutal frente a la casa principal, a unos pasos de la puerta. Bantor se reclinó agradecido contra el árbol y confió en que nadie de la casa decidiera lanzarle una flecha. Después de un largo momento, oyeron ruidos tras la puerta, y un hombre joven asomó la cabeza, con los ojos y la boca muy abiertos.

—¿Quién eres? —preguntó Bantor.

—Soy Hannis, el hijo de Hargar. Mi padre ha ido a Dilgarth a vender una cabra. ¿Eres tú en verdad Bantor? —Su voz era temerosa, pero salió y se acercó lentamente a los hombres sentados en el suelo—. Por todos los dioses, eres tú. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué has venido por los canales?

—Es una larga historia, Hannis. Pero algo va mal en Akkad. ¿Has tenido noticias de allí?

—No, nadie ha ido al mercado desde hace más de una semana —dijo Hannis, todavía nervioso al ver al resto de los hombres de Bantor.

—Bueno, necesitamos tu ayuda. Si quisiéramos cortaros el cuello, ya estaríais todos muertos. Necesito comida y bebida para mis hombres. —Bantor buscó en su bolsa y sacó las últimas monedas de plata—. Conociendo a tu padre, supongo que tendré que pagártelo. —Le lanzó las monedas a Hannis—. Dáselas a Hargar cuando regrese.

Una hora más tarde, Bantor y todos sus hombres, saciados de comida y unos tragos de cerveza, habían caído dormidos detrás de un granero que se alzaba junto al río. Klexor montaba guardia, para asegurarse de que nadie dejara la granja y nadie se acercara a ellos.

Poco antes de la puesta del sol, Bantor y sus hombres volvieron a comer, hartándose de pan, queso y varios insípidos chorizos que Hargar planeaba vender en el mercado de Akkad.

—Nos llevamos tus botes, Hannis —dijo Bantor—. No te molestes en protestar. Te pagaré cuando las cosas se tranquilicen en Akkad.

—Y si no se tranquilizan, entonces perderé dos botes —respondió Hannis—. ¿No puedes pagarme ahora?

Bantor sonrió.

—Tu padre te ha enseñado bien. Lo haría si pudiera, pero te he dado lo último que me quedaba. Además, lo más seguro es que recuperes los botes.

—¿Adónde vais?

—Vamos río arriba, a Dilgarth. Es mejor que caminar, y por aquí no hay ningún lugar donde conseguir suficientes caballos.

—¿Qué sucede en Dilgarth? ¿Ha regresado Eskkar del norte?

Bantor tomó el último trozo de pan del plato y se puso de pie.

—No te acerques a Akkad ni a Dilgarth en una semana por lo menos. Y, Hannis, asegúrate de que nadie de tu familia dice nada de nosotros ni de que nos llevamos los botes. O volveré y lo pagarás con el pellejo. Desearás que Alur Meriki hubiera regresado si me entero de que le has dicho a alguien que hemos estado aquí o hacia dónde hemos ido. ¿Entendido?

Bantor se alejó sin esperar respuesta. En el río, dos botes cabeceaban en el agua, atados a postes hundidos en la orilla. Uno era poco más que una balsa, y se utilizaba tanto para trabajar en los canales de riego como en el río. El otro bote era más grande, y lo bastante fuerte para llevar cosechas y animales a los mercados de Akkad.

Cuatro de los hombres de Bantor entendían de botes, y les ordenó que se encargaran de ellos. Vaciaron los veleros de lastre y acomodaron cuidadosamente a los hombres. Los diecisiete hombres apenas cabían a bordo, y ambos botes se hundían peligrosamente en el agua. Incluso Bantor podía ver que no haría falta mucho para que zozobrarán. El sol acababa de ocultarse cuando salieron en dirección norte. Sin una brisa, no se molestaron en alzar la pequeña vela de la embarcación mayor.

Impulsar los botes sobrecargados río arriba requirió de mucha fuerza, y los hombres entregaban a otros los remos cortos en cuanto estaban cansados. Remaron hasta estar bien alejados de la granja. Sólo cuando la oscuridad de la noche los cubrió por completo, Bantor dio la orden de dirigirse hacia la orilla, satisfecho de que nadie pudiera verlos. Si alguien llegaba a la granja y le ponía a Hannis un cuchillo en la garganta, éste podría decir sinceramente que había visto a Bantor dirigirse río arriba, hacia el norte.

Descansaron, mientras veían salir las estrellas, antes de volver los botes y dirigirse hacia Akkad, con cuatro hombres manejando los remos.

Remar era más sencillo río abajo, y tardaron menos tiempo. Bantor quería ir más rápido, pero los barqueros se negaron a apresurarse por miedo a naufragar en la oscuridad, con un bote sobrecargado movido por remeros torpes.

La mayoría de los hombres estaban inmóviles, temerosos de moverse. A nadie le



apetecía darse un baño en el río de noche, con el riesgo añadido de ahogarse.

Bantor observaba la costa, y pronto vio pasar el oscuro contorno de la granja de Hargar. No vio a nadie, y quienquiera que mirara hacia el río tendría que estar en la misma orilla para advertir el paso de los silenciosos veleros.

Salió la luna, se elevó y comenzó a bajar, mientras se dirigían Tigris abajo. Bantor supuso que disponían de otra hora más antes del amanecer cuando el barquero anunció que se estaban aproximando a Akkad. Bantor no veía nada, excepto el brillo del río bajo la luz de la luna. No se divisaban luces a lo largo del río. Sabía que todos los granjeros estarían durmiendo, ahorrando aceite y velas. En Akkad arderían las antorchas, pero Bantor sabía que tendrían que seguir río abajo para verlas.

El bote se fue acercando a la costa este, aunque no podía distinguir nada, y no tenía ni idea de qué marcas reconocían los barqueros. Aunque había vivido cerca de Akkad toda su vida, el río seguía siendo un misterio para él. Bantor se estremeció cuando el fondo del bote rozó la arena y luego golpeó un pequeño malecón de madera que se adentraba unos metros en el río. A la pálida luz de la luna alcanzó a ver otro bote atado allí también.

Los barqueros saltaron al embarcadero y aseguraron los botes con rapidez. Los hombres desembarcaron uno a uno, teniendo cuidado de no hundir los botes. Bantor bajó por fin de la barca, dando gracias a los dioses porque él, sus hombres y sus armas se encontraran de nuevo en tierra firme.

Los soldados se alejaron de la costa, y en el camino fueron preparando los arcos. La granja del noble Rebba, un conglomerado de casas y corrales, estaba situada a unos cientos de pasos del río. Se detuvieron a una buena distancia de la casa más cercana, agachados detrás de una acequia. La granja, una de las varias que poseía el noble Rebba, era rica y él tenía tanto perros como hombres para proteger sus rebaños y cosechas de los ladronzuelos y los bandidos. Sería demasiado peligroso acercarse de noche. Bantor decidió esperar allí hasta el amanecer. Les dijo a sus hombres que descansaran donde pudieran, pero que mantuvieran sus arcos listos para cualquier enfrentamiento.

Cuando los primeros rayos del sol cruzaron el horizonte, Bantor avanzó hacia la granja. Él había crecido en una granja, mucho más pequeña que ésta, por supuesto, pero recordaba los hábitos de los perros y otros animales. Por ello, primero fue hacia el camino que conducía a Akkad y luego siguió por él hasta la casa principal. Un perro ladró, luego se le sumó otro y Bantor vio que salían dos hombres de la casa principal. Lo miraron sorprendidos al ver que se acercaba y, enseguida, apareció un tercer hombre con varias espadas, que entregó a los otros.

Bantor sabía que tenía aspecto de bandido con la ropa rota y sucia, que dejaba ver el barro del río. Los perros lo rodearon, gruñendo y olisqueando, pero uno de los hombres los llamó, y Bantor se acercó hasta la puerta.

—¿Dónde está el noble Rebba, amo de la casa? Yo soy Bantor, lugarteniente de la guardia de Akkad.

Rebba apareció en el umbral. Era un hombre mayor que pasaba ya de las sesenta estaciones, con largos cabellos blancos que le llegaban hasta los hombros. Sin embargo, seguía teniendo la mente muy despierta a pesar de sus años. Rebba examinó detenidamente a Bantor y luego se acercó, como si quisiera asegurarse de que sus cansados ojos habían visto bien.

—Eres tú. Tienes buen aspecto para ser un hombre muerto. —Sonrió ante la reacción de Bantor—. Entra.

Dentro de la casa principal, dos mujeres asustadas y tres niñas pequeñas de grandes ojos estaban acurrucadas todas juntas. Miraron a Bantor durante unos instantes antes de continuar con los preparativos de la comida de la mañana. Bantor frunció el ceño al verlas, y Rebba comprendió el gesto.

—Adana, lleva a Miriani y a las niñas fuera.

Sin la presencia de las mujeres, Bantor examinó el cuarto principal, con la mano en el puño de su espada, y luego pasó a las otras habitaciones, para asegurarse de que estuvieran vacías. Satisfecho, volvió a la puerta y comprobó que toda la gente de Rebba se había alejado antes de dirigirse al viejo noble:

—Bien, Rebba, ¿puedes decirme qué está sucediendo? Ayer, camino de Akkad, mis hombres fueron atacados por un grupo de bandidos. Los dirigía Ariamus. Seguro que recuerdas a ese cobarde.

—¿Bandidos? Bueno, yo no los llamaría bandidos exactamente —dijo Rebba con una risa amarga—. ¿Ariamus? Es uno de los nuevos líderes de Akkad.

No mucho tiempo atrás, tales palabras habrían enfurecido a Bantor. Pero habían muerto demasiados hombres en el asedio y la muerte lo había rozado demasiadas veces como para preocuparlo ahora.

—¿De verdad? Entonces ¿quién más es líder en Akkad?

Algo en el tono de Bantor hizo que Rebba guardara silencio, hasta que recordó que aquel hombre había estado lejos, siguiendo a los bárbaros durante más de un mes.

—¿Quién, sino Korthac? —Rebba percibió la mirada confusa—. Ah, sí, eso es. Korthac llegó después de tu partida hacia el sur. Él asegura ser un mercader, un comerciante, pero tiene el aspecto de un soldado. Llegó hace unas seis semanas, justo después de que Eskkar se fuera hacia el norte. Korthac viene del lejano oeste, posiblemente de Egipto. Ha tomado el control de Akkad. Parece que los espías de Trella no pudieron descubrir el plan.

—¿Y cuándo sucedió todo eso? —En aquel momento a Bantor no le interesaban los espías de nadie.

—Hace dos noches. Justo después de la puesta del sol, Ariamus fue hasta la puerta del río desde el sur. Korthac tenía a sus hombres esperando dentro, cerca de la

puerta, con armas escondidas en fardos. Mataron a los guardias de la puerta y la capturaron sin que nadie diera la alarma. Ariamus y más de cien hombres entraron sin resistencia. Se sumaron a los egipcios de Korthac, atacaron los cuarteles y capturaron a muchos de los soldados mientras dormían. Al mismo tiempo, derrotaron a los guardias de Trella y tomaron su casa. Ahora, Korthac tiene por lo menos a ciento cincuenta bandidos y ladrones a su servicio, y todos los días hay más que le juran lealtad. Paga bien a los hombres dispuestos a seguir sus órdenes y a matar a cualquiera que las desobedezca.

—¡Sólo ciento cincuenta! —exclamó Bantor—. Hay más de tres mil personas en Akkad. Seguramente no se someterán a ese Korthac y unos pocos bandidos.

—La mayoría de los soldados han muerto o han sido capturados, Bantor. Puede que unos pocos estén ocultos. Cualquiera que levante la voz, o la mirada siquiera, es ajusticiado. Korthac tiene a Trella prisionera en su propia casa. Ahora es la casa de Korthac, supongo. No sé qué le ha sucedido a Gatus. Mi nieto me trajo estas noticias ayer por la noche, junto con una orden de comparecer hoy. Todos los grandes granjeros hemos sido llamados a Akkad, para conocer hoy a Korthac, nuestro nuevo amo.

—¿Vas a ir?

—Por supuesto que sí. Me estaba preparando para salir cuando has aparecido. Quiero llegar temprano, para ver primero a Nicar y averiguar qué piensa. Él tendrá más información sobre lo que está sucediendo. —Rebba miró de cerca a su visitante, que permanecía allí, sorprendido por todos los sucesos—. ¿Estás solo?

La pregunta trajo a Bantor de nuevo al presente.

—No, no estoy solo. Tengo conmigo a dieciséis hombres y todos buscan venganza. Así que ve a la ciudad, Rebba, y habla con Nicar, pero no le digas a nadie que estamos aquí. Ni siquiera a Nicar, si quieres que tu familia siga con vida. —Jugueteó con su espada—. Ariamus morirá, y cualquiera que se alíe con él. He enviado informes a Eskkar. Él estará aquí en unos días. Con sus setenta hombres, espantaremos a ese Korthac como si fuera una mosca.

—Dicen que Eskkar está muerto, y sus hombres, derrotados. Y aunque esté vivo, se encontrará fuera de las murallas, las mismas murallas que han detenido a miles de bárbaros.

Bantor se rió, echando la cabeza hacia atrás, pero en el sonido podía percibirse cierta amenaza.

—Eskkar no es fácil de matar. Además, ¿crees que la muralla lo detendrá? —Sonrió con tristeza ante la reacción del viejo noble—. Dime, ¿a quién preferirías tener de enemigo? ¿A Eskkar o a ese Korthac? ¿De veras crees que esos bandidos resistirán a los soldados de Eskkar?

—¿Acaso esos bandidos no han matado a la mayoría de tus hombres? —replicó

Rebba.

—Nos tendieron una emboscada sesenta o setenta hombres, nos cogieron por sorpresa y con los caballos cansados. Así y todo, matamos a más de los que perdimos. Conseguimos ahuyentarlos, Rebba. Huyeron de nosotros, no lo olvidés.

—No es así como describe Ariamus la batalla —suspiró Rebba—. De todos modos, hay muchos en Akkad que no aprecian a Eskkar y Trella. —El noble hizo una pausa, sopesando sus palabras—. Pero muchos les seguirán, eso es cierto, si es que Eskkar todavía está vivo. —Se sentó en un banco—. Déjame pensarlo un momento.

Bantor esperó, apretando el puño sobre su espada y mirando al granjero, mientras pasaba el tiempo.

—Me has obligado a elegir, Bantor. Yo iba a ir a Akkad para ver de qué lado soplaban el viento. Ahora debo arriesgarme y ponerme de tu lado y del de Eskkar. Aunque no tuvieras de rehén a mi familia, Korthac nunca volvería a confiar en mí, una vez que se entere de que tus hombres y tú habéis estado en mi casa. Estará buscando cualquier excusa para confiscarme la tierra y las propiedades, para ejecutar a algunos terratenientes, como advertencia. Así que no puedo decirle que estás aquí. —Sacudió la cabeza ante su situación y luego se puso de pie—. Tengo que ir. Cuanto antes me entere de lo que sucede, mejor sabré a qué atenerme.

A Bantor no le gustaba tener que confiar en el viejo noble, pero ese Korthac había mandado llamar a Rebba, así que debía ir antes de que alguien viniera a buscarlo. Ningún terrateniente importante podía ignorar semejante convocatoria, y Korthac sin duda se daría cuenta si el noble Rebba no se presentaba tal y como se le había ordenado.

—Reúne primero a tu familia, Rebba, y habla con ellos. Yo mantendré a todas las mujeres y los niños en la casa. Y los mataré personalmente si me traicionas.

—Guárdate tus amenazas, Bantor. Sé lo que debe hacerse. Con todo, las mujeres y los niños estarán más seguros dentro de casa, al menos durante los próximos días. Tengo la certeza de que los hombres de Ariamus andarán recorriendo los alrededores en busca de botín y mujeres.

—Entonces me aseguraré de que estén a salvo, Rebba —dijo Bantor.

—Y yo les explicaré todo esto a mis hijos. —Rebba se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo ante Bantor—. Les aseguraré que estáis aquí para protegerlos. Recuerda eso, antes de hacer una tontería. Creo que sería prudente que esperaras a Eskkar, si es que está al llegar. —Sin esperar una respuesta ni su aprobación, pasó por delante de Bantor, salió y llamó a sus hijos y nietos.

Bantor lo siguió e hizo un gesto con su brazo hacia el río. Sus hombres aparecieron, alertas, con los arcos tensados, y se dirigieron hacia la casa.

Mientras Bantor esperaba allí, Rebba explicó la situación a su familia. Sus hijos y nietos, las mujeres y los asustados sirvientes, todos miraron aprensivamente primero

a Bantor y luego a los hombres sucios y armados que pasaban ante ellos, con las manos en las armas. Esos hombres permanecían con la mirada alerta y suspicaz. Rebba, una vez que hubo terminado de hablar con sus hijos, llamó a las mujeres mayores y habló con ellas también. Después las mujeres llamaron a los niños y regresaron a la casa.

Rebba, acompañado de dos de sus hijos, se puso en marcha hacia Akkad. La ciudad se encontraba tras la curva del río, a menos de dos millas, pero les llevaría casi una hora llegar, al paso lento del anciano.

Mientras los veía partir, Bantor sintió la impotencia que se abate sobre uno cuando es otro quien controla su destino. Entonces una niña pequeña, con apenas edad suficiente como para andar por sí sola, haciendo caso omiso del gesto adusto de Bantor, se escapó de su madre y corrió hacia él. La madre, que llevaba a otro de sus hijos en brazos, miró nerviosa a Bantor al tiempo que éste alzaba a la pequeña, que no paraba de reír, y la llevaba a la casa.

Dentro, otra niña, unos años mayor, le preguntó si él y sus hombres habían comido esa mañana.

—No, niña. No hemos comido desde ayer por la noche. —Bantor dejó a la pequeña en el suelo y se permitió relajarse. Miró hacia el camino por la puerta abierta y echó una última mirada a Rebba, que caminaba hacia el sur. Bantor había hecho todo lo que estaba en sus manos, y ahora sólo le quedaba esperar. El último de sus hombres entró en la casa. El asedio a Akkad había comenzado.

\*\*\*

Bantor intentó descansar mientras la larga jornada transcurría lentamente. Una de las mujeres le examinó el hombro y le dijo que no tenía nada roto, aunque el dolor seguía siendo intenso. Pasó la mayor parte de la tarde caminando desde la casa hasta donde había apostado centinelas: alrededor de la granja, vigilando el camino hacia Akkad. Esperaba que Rebba regresara a media tarde, pero al empezar a caer el sol y ver que el noble no volvía Bantor se preguntó si el viejo lo habría traicionado. Se reunió con Klexor; hablaron sobre lo que harían en caso de que los atacaran y cómo lucharían hasta llegar a los botes para cruzar el río.

Sus hombres, siguiendo el ejemplo de su capitán, esperaron con las armas preparadas. La preocupación se extendió al resto de los residentes de la casa. Con cada hora que pasaba, todos estaban cada vez más asustados.

Al caer la noche, los perros empezaron a dar los primeros signos de que alguien se aproximaba. Comenzaron a ladrar antes de que el centinela hubiera avistado a nadie acercándose. Bantor reconoció los ladridos de los perros dando la bienvenida a su amo, no los gruñidos que amenazarían a los extraños que merodearan en la noche.

A pesar de ello, Bantor ordenó a Klexor que llevara a algunos de sus hombres a explorar los campos, para asegurarse de que nadie había seguido a Rebba. A Bantor le habían preparado una emboscada una vez. No volvería a ocurrir.

Rebba, con paso cansino y agotado por la larga jornada, llegó a su casa, para alegría de su familia.

Bantor permaneció de pie y observó en silencio mientras Rebba saludaba a los suyos y aceptaba una copa de vino para refrescarse. Finalmente, Rebba pidió a todos que entraran en la casa. Se alejó con Bantor unos pasos en dirección al gran sauce que crecía al lado de la casa. A oscuras, se sentaron en unos bancos, frente a frente, junto a una mesa con la superficie áspera y llena de marcas tras años de trocear en ella vegetales y pequeños animales de caza. Dos perros, los favoritos de su amo, se acomodaron a sus pies.

—Las noticias son malas, Bantor —comenzó Rebba, agachándose a acariciar a uno de los perros. Hablaba en voz baja, aunque nadie estaba lo bastante cerca como para oír sus palabras. Los perros los alertarían si alguien intentara acercarse en la oscuridad—. Korthac controla la ciudad. Sus hombres han matado o capturado a la mayoría de los soldados.

Bantor esperaba esas noticias. Si ese demonio de Korthac no controlara la ciudad, Bantor no estaría ocultándose.

—¿Cuántos hombres tiene, Rebba?

—No muchos, creo, aunque Ariamus asegura tener cientos de hombres a su mando. Tanto Korthac como Ariamus están ofreciendo plata a cualquier hombre que obedezca sus órdenes, y ya hay quienes se les han sumado, ya sea por el dinero o para participar de futuros saqueos. Eso es algo que Ariamus también les ha prometido.

Bantor rechinó los dientes al escuchar el nombre de Ariamus, pero repitió la pregunta.

—¿Cuántos hombres?

—Diría que unos ciento veinte, como mucho. Al parecer, tú mataste a muchos de sus hombres y otros murieron peleando con los soldados en los barracones. Creo que tenía menos de ciento cincuenta cuando inició el ataque. Por supuesto, otros se le han unido.

Bantor se relajó por primera vez en todo el día. Cien bandidos, incluso algunos más, no detendrían a unos curtidos soldados que ya habían derrotado a Alur Meriki.

—Una vez que Eskkar llegue aquí con sus hombres, si podemos entrar en Akkad, seremos más que suficientes para enfrentarnos a ellos. En cuanto comience la lucha, los habitantes de la ciudad se nos unirán.

Rebba sacudió la cabeza.

—No estés tan seguro. El rumor es cierto. Eskkar ha muerto. Lo mataron hace unos días en Bisitun unos hombres de Korthac. Sin Eskkar para unir a la gente, pocos

te seguirán.

¡Eskkar muerto! ¿Y Trella? ¿Qué habría sido de ella?

—¿Qué ha pasado con la señora Trella? ¿Está muerta? ¿Y Annok-sur?

—Korthac capturó a Trella y a tu mujer. Sus hombres irrumpieron en la casa y mataron a los guardias, excepto a un puñado que escapó o se rindió. Ahora él reside allí, con Trella y Annok-sur bajo custodia y confinadas en su dormitorio.

—Y Annok-sur, ella...

—No la he visto, pero estoy seguro de que está a salvo. Korthac no tiene motivos para matarla, ni a ella ni a Trella. Eso podría provocar que los habitantes se levantaran contra él. Así que mantendrá a Trella con vida, al menos de momento.

Bantor se sintió aliviado. Él y Annok-sur habían sufrido muchos años de privaciones juntos, y le enfurecía pensar que su vida dependía ahora del capricho de otro hombre. Si algo le sucediera a ella, mataría a Korthac.

—¿Qué sabes de Gatus? ¿Ha muerto?

Rebba se rió en la oscuridad.

—El viejo soldado se escabulló de sus asesinos, aunque uno de sus hombres murió a su lado. Los hombres de Korthac afirman que lo hirieron y que ya debe de haber muerto. Pero todavía no han encontrado su cuerpo.

Bantor se dejó caer en el banco. Eran malas noticias. La casa de Eskkar y Trella, capturada; los cuarteles, tomados; Gatus, herido o muerto, y Eskkar, asesinado. Sin Eskkar, los soldados no se levantarían en torno a los nobles. Recordó las palabras de su mujer. Lo que Annok-sur temía más que a ninguna otra cosa era un ataque contra Trella y Eskkar. Sin su protección, Bantor y su esposa no tendrían futuro en Akkad. No les quedaría más remedio que abandonar la ciudad. De alguna manera tendría que rescatar a su esposa y luego huir con sus hombres. Sería... Un nuevo pensamiento le pasó por la mente.

—Rebba, ¿cómo murió Eskkar?

El viejo granjero tuvo que pensar.

—No estoy seguro. Korthac no dijo mucho al respecto. Creo que Ariamus contó que lo mataron a espada. Sí, eso fue lo que dijo.

—¿Y los hombres que trajeron esa noticia? ¿Cuántos hombres dijo Ariamus que había enviado para que mataran a Eskkar?

—Sólo un puñado, creo. No lo especificó. Sólo que habían matado a Eskkar hacía unos días y que acababan de regresar de Bisitun.

Bantor volvió a sonreír. Eskkar había sido declarado muerto al menos tres veces antes.

—Bueno, Rebba, hablemos un poco de todo esto. Korthac y Ariamus enviaron a algunos hombres a Bisitun. Consiguieron burlar a Grond, a Sisuthros y a todos los guardias del clan del Halcón de Eskkar, lo mataron y luego escaparon para volver con

la noticia sin que los setenta hombres de Eskkar los mataran o los capturaran. ¿Trajeron su cabeza como prueba de su historia?

—Hmm, entiendo lo que dices —dijo Rebba en voz baja—. Sí, eso no suena muy convincente, ¿verdad? ¿Son buenos los hombres de Eskkar?

—Muchos de ellos se han enfrentado a los bárbaros. Haría falta más de media docena de bandidos para escapar de esos hombres, Rebba. Aunque Eskkar hubiera sido asesinado, no creo que nadie hubiera podido escapar de Sisuthros y sus hombres para contar el cuento.

Rebba posó las manos sobre la mesa, como si buscara apoyo en la fuerte madera.

—Si Eskkar no está muerto, entonces regresará en una semana con sus hombres. Con tus soldados, él podría hacerse con otros cien hombres que lo seguirían.

—Yo creo que más.

—No cantes victoria tan deprisa, Bantor. Tú estarás fuera de los muros, y en una semana Ariamus y Korthac pueden reclutar a muchos hombres entre los bandidos y villanos de la ciudad y alrededores. Korthac tiene mucho oro para pagarles. Y a pesar de lo que dices, no será fácil cruzar la puerta. Está custodiada incluso mejor que antes. Y recuerda: Korthac tiene a la señora Trella. Si conozco bien a Eskkar, estoy seguro de que no hará nada que ponga su vida en peligro.

—Dentro de dos días, mi mensajero habrá llegado hasta Eskkar —dijo Bantor, como si pensara en voz alta—, aunque tenga que reventar sus caballos. Marchando a paso forzado, Eskkar y sus hombres pueden estar aquí en cinco días; más rápido si vienen a caballo.

Rebba asintió.

—Sí, puede resultar. Entonces todo indica que serás mi invitado durante al menos ese tiempo. ¿Qué es lo que planeas hacer?

La pregunta tomó a Bantor por sorpresa. Hasta ese momento no había pensado en otra cosa aparte de esperar a Eskkar.

—No estoy seguro, Rebba. Me gustaría encontrar a Gatus, si es que sigue vivo. Pero no me atrevo a ir a la ciudad.

—Sí, te reconocerían —suspiró Rebba—. Y yo no puedo registrar Akkad en tu lugar. Además, los hombres de Korthac no han cejado en su empeño de dar con Gatus, y estoy seguro de que tarde o temprano lo encontrarán.

—¿Qué más has averiguado? —preguntó Bantor.

—He sabido lo que me espera según los planes de Korthac. Se me permitirá pagar un impuesto adicional en oro que probablemente me arruinará, y he de continuar trabajando en la cosecha. A cambio, mi familia podrá conservar mis propiedades, aunque estoy seguro de que Korthac se apropiará de la mayor parte de mi cosecha y mi ganado. También tuve que arrodillarme y jurar obedecer la autoridad de Korthac. Por eso me dejará tranquilo, al menos por ahora.



Al oír aquello, Bantor le hizo otra pregunta:

—¿Qué pasa con Nicar, Rebba? ¿Y Corio? ¿Han jurado también?

—Parecido, Bantor, y sin otra elección, como en mi caso. A Nicar no le gustó, y Ariamus lo abofeteó cuando protestó. Ariamus ha alojado a algunos de sus bandidos en casa de Nicar, para mantenerlo vigilado.

—Necesitamos saber más, Rebba, y tú eres el único que puede indagar sin riesgos. Tienes que averiguarlo todo sobre Korthac y sus hombres. —Bantor se inclinó sobre la mesa hacia el viejo noble—. Esperaremos aquí a que llegue Eskkar. Él sabrá qué hacer.

Rebba se acomodó en su silla, asimilando la propuesta de Bantor por unos momentos.

—Bantor, tu presencia aquí supone un gran riesgo para mí y para mi familia. Durante los próximos dos o tres días, estarás bastante seguro, pero después el riesgo crecerá a medida que con el paso de los días aumente el control de Korthac. Si Eskkar no regresa en siete u ocho días, o si se confirma que en verdad ha muerto, entonces tendrás que irte y llevarte a tus hombres.

Bantor comprendió el peso de las palabras del viejo granjero. Rebba decía la verdad. No podían quedarse allí para siempre.

—Si Eskkar no viene, o si para entonces no tenemos noticias tuyas, nos iremos. —En ese caso, decidió Bantor, encontraría alguna manera de rescatar a su esposa, con cuantos hombres lo siguieran—. Entretanto, tal vez puedas averiguar algo sobre Gatus.

—He de volver a Akkad pasado mañana. Las cosas estarán más tranquilas para entonces, y yo tendré dos carretas con frutas y vegetales para que mi nieto venda en el mercado. ¿Tienes idea de dónde puede estar escondido Gatus?

Bantor cerró los ojos y pensó en el viejo soldado. ¿Dónde habría buscado refugio? Ariamus conocía bien la ciudad, así que los lugares consabidos ya los habrían registrado. Lo más probable era que hubiera elegido un nuevo escondite, uno que Ariamus desconociera. Entonces Bantor recordó algo que Annok-sur mencionó alguna vez. Algo sobre que un amigo de Gatus había abierto una pequeña taberna con aquel joven ladronzuelo, Tammuz. Recordó la mirada de Annok-sur cuando él le preguntó al respecto. Ella apartó la vista y le dijo que no pasaba nada, con un tono de voz que sugería que no siguiera preguntando. Él no ignoraba que su esposa tenía muchos secretos.

Tal vez no significara nada, pero él estaba al tanto de la red de espías de Annok-sur. Al menos podrían empezar a buscar por ahí. Hizo un esfuerzo para quitarse a Annok-sur del pensamiento.

—Un viejo amigo de Gatus resultó herido durante el asedio —dijo Bantor, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Después de aquella batalla, ya no podía

seguir siendo soldado. Gatus lo ayudó a abrir una pequeña taberna, junto con un muchacho lisiado que había cabalgado con Eskkar alguna vez. Puede que Gatus haya ido ahí.

—Hay muchas casas que venden cerveza, Bantor. Preguntaré, pero no hasta pasado mañana. Y sólo si antes no descubren a Gatus ni dan con su cuerpo.

—Te agradezco tus esfuerzos, Rebba. Gatus es un amigo. —Dudó, y luego añadió —: Tú sabes que Eskkar te recompensará por esto, cuando regrese.

—No necesito el oro de Eskkar, Bantor. —El viejo noble se puso de pie, estirándose para aliviar el entumecimiento de los huesos—. Pero no me ha gustado nada que Ariamus golpear a Nicar, ni tener que arrastrarme de rodillas ante Korthac. Veré lo que puedo hacer.

Bantor se dio cuenta de su error.

—No ha sido mi intención ofenderte, noble. Pero no importa lo que pase, ya te has ganado mi gratitud y la de mis hombres.

—Tú ocúpate de que se mantengan en silencio y fuera de la vista durante los próximos siete días, Bantor. Me gustaría vivir lo suficiente para disfrutar de tu agradecimiento.

## CAPÍTULO 19

Eskkar casi no se había dado cuenta del paso del tiempo, de cómo los días se convertían en semanas. Al principio la villa ocupaba casi todo su tiempo, a pesar de las muchas responsabilidades que delegaba en Sisuthros. El pueblo de Bisitun, una vez recobrado del terror de Ninazu, muy pronto se declaró contrario a que Akkad rigiera su destino, por muy razonable o pacífica que fuera la intención. Le llevó a Eskkar más de una semana comprender el motivo.

Cuando Alur Meriki amenazó Akkad, los nobles de la ciudad eligieron a Eskkar para que los salvara. Durante la crisis, los habitantes llegaron a conocerlos a él y a Trella como individuos a quienes podían confiarles la vida. Más aún, entendieron que ni él ni Trella valoraban el oro, los esclavos o los otros lujos de la vida de los nobles. En suma, los pobladores los aceptaron como personas antes de aceptar su mando.

En Bisitun tal confianza no surgió fácilmente. Aunque Eskkar y sus hombres habían rescatado la villa de los bandidos, nadie en Bisitun les había pedido que lo hicieran y no eran pocos los que sentían nostalgia de los días en los que se gobernaban a sí mismos. En cambio, se encontraban bajo el mando de la distante Akkad, sus vidas cotidianas determinadas por Sisuthros y sus soldados con más eficacia aún que bajo Ninazu y sus bandidos.

Los habitantes también sabían que tendrían que pagar un diezmo de sus ganancias para mantener Akkad, y que Akkad, como la más importante de las dos villas, siempre tendría prioridad. Eso generaba mucha tensión entre los pobladores y los soldados. Pronto surgieron incidentes a ambos lados de la delgada línea por la que Eskkar debía caminar a diario.

Él tenía que gobernarlos con honestidad y justicia. No podía haber acusaciones de que Ninazu y sus bandidos habían sido reemplazados por otro tirano. Por eso los soldados tenían que estar bajo control. Eskkar y Sisuthros les advirtieron, una y otra vez, que no se aprovecharan de los habitantes, en especial de las mujeres. Eskkar les recordó que contaban con abundante plata en sus bolsas. Podían comprar lo que desearan, pero tomar sólo lo que los pobladores ofrecieran voluntariamente.

Pero los soldados, él lo sabía, actuaban como niños. Asentían ante las palabras de Eskkar y juraban comportarse, para luego hartarse de vino, buscar peleas y perseguir a las mujeres.

Eskkar mantuvo su palabra. Castigó a los soldados culpables en la plaza de la villa, con los ancianos presentes. Suavizó los castigos todo lo que pudo. No quería perder la simpatía de sus hombres, pero no podía permitirse el lujo de ofender a los habitantes de la villa. Así que hizo que en lo posible el castigo se adecuara al delito, y

Eskkar pronto descubrió que la risa era tan efectiva como el trabajo manual o el látigo.

Un soldado que manoseó a una muchacha en la plaza tuvo que cargar agua para las mujeres de la villa durante todo un día. A otro que empujó a un granjero le tocó pasar un día trabajando en las acequias. Sólo un soldado tuvo que ser flagelado, y eso por una pelea que llevó a la muerte de uno de los vecinos, aunque éste fue el que había provocado el conflicto y el que había atacado primero al soldado.

La mayor fuente de fricción para Eskkar provenía de los taberneros y otros vendedores de vino. Tenían la costumbre de cobrar de más a sus soldados, en especial a aquellos que habían bebido demasiado. Tanto los taberneros como los comerciantes solían dar productos de menor calidad a los soldados confiados. A los mercaderes que fueron hallados culpables se les multó, y Eskkar entregó el oro y la plata al concejo de ancianos, para ayudar a pagar la reconstrucción.

Los ancianos expulsaron a un mercader culpable de hacer demasiadas trampas en sus negocios. Ver al infeliz recoger sus cosas y marcharse por el camino con su familia fue un claro mensaje para los demás mercaderes que les invitaba a ser más honrados en su trato comercial con soldados y pobladores.

Hacia finales de la segunda semana, la reticencia a aceptar el papel de unos y otros se hizo más evidente entre las dos facciones. Durante ese tiempo, Eskkar y Sisuthros hablaron largamente con cada mercader de la villa, escucharon sus quejas e hicieron lo posible por resolverlas. El progreso era lento, pero firme. Cuando los pobladores comenzaron a asumir el hecho de que Sisuthros y sus hombres permanecerían en la villa, se calmaron y volvieron a sus ocupaciones de cultivar, negociar y vender.

Todos los días al anochecer, Eskkar cesaba en su papel de gobernante y rechazaba todas las peticiones de audiencia. Pasaba la noche con Lani. Durante el día ella se ocupaba de la casa, facilitando las cosas a Eskkar y Sisuthros. Ella se encargaba de que hubiera comida para los hombres, supervisaba a las mujeres contratadas para cocinar y limpiar, y trabajaba con los dos escribientes para llevar la cuenta de todos los gastos.

Después de la cena, descansaba, bañándose y preparándose para sus noches junto a Eskkar. Les gustaba sentarse en la plaza a charlar sobre todo lo sucedido durante el día. En otras ocasiones iban al tejado de la casa de Eskkar, en donde podían conversar en privado. Se sentaban abrazados, o con Lani recostada sobre él, de modo que sus manos pudieran acariciarle el cabello, los pechos u otras partes más íntimas.

Cuando se retiraban a dormir, seguros detrás de la puerta trancada, pocas cosas tenían ya que decirse; en esos momentos eran sus cuerpos los que hablaban antes de caer en un sueño profundo y reparador. Para Lani, hubieron de pasar semanas antes de que terminaran sus pesadillas. Hasta entonces, ella se despertaba con pánico, casi

sin aliento, demasiado asustada para gritar y, con frecuencia, sin saber dónde se encontraba. Con el tiempo esos terrores se desvanecieron, si no por completo, al menos de sus sueños, por periodos cada vez más extensos.

Al principio esas pesadillas perturbaban a Eskkar. Él nunca había ayudado a una mujer con sus terrores íntimos. También Trella había estado aterrorizada, pero nunca había conocido los horrores de un hombre como Ninazu, y los miedos de Trella respecto al futuro se concentraban en lo desconocido. Para Lani lo desconocido había resultado ser demasiado terrible en la realidad, una realidad que había persistido durante demasiado tiempo. Cuanto más la conocía, más la ayudaba él a calmar esos temores.

Le llevó tiempo a Eskkar comprender todo esto, pero a medida que transcurrían las semanas se dio cuenta de que entendía mejor no sólo a Lani, sino también a Trella. A menudo se descubría comparando a ambas mujeres, sus emociones, sus maneras en el amor, incluso sus esperanzas. Y cuando Lani caía dormida en sus brazos, Eskkar permanecía, con frecuencia, despierto, interrogándose sobre sí mismo.

Una y otra vez maldijo su debilidad. No amaba menos a Trella, y sabía que era por ella por lo que podía entender a Lani. Pero con el pasar de las noches vio que sus sentimientos por Lani se acrecentaban, en lugar de disminuir.

Dos semanas después de su liberación, Bisitun volvió a la rutina habitual. Eso le permitía a Eskkar cabalgar por los alrededores para inspeccionar la campiña. Él, Grond y un puñado de hombres comenzaron por las granjas aledañas, ampliando el círculo en torno a la villa. De las primeras excursiones volvieron por la noche. Pero a medida que el círculo se agrandaba, acampaban bajo las estrellas y continuaban su marcha al día siguiente. Después de esas acampadas, Eskkar se dio cuenta de cuánto echaba de menos hacer el amor con Lani y, después de eso, se aseguró de que todas las excursiones terminaran en Bisitun.

A la mañana siguiente, cambiaban de caballos y partían nuevamente. Una por una, Eskkar visitó todas las granjas y pastores que se encontraban a un día de distancia de Bisitun. Habló con los granjeros y sus esposas, les preguntó por la tierra y las cosechas y explicó el papel de Akkad a los humildes granjeros que jamás se habían alejado más de un día de caminata del lugar en donde habían nacido. Para su sorpresa, Eskkar descubrió que esto le resultaba más satisfactorio que capturar una docena de poblados.

En todas partes Eskkar comprobó que granjeros y pastores eran muy parecidos. Al principio se mostraban asustados; luego, curiosos, y después, ansiosos por conversar con el guerrero que había derrotado a los bárbaros y acabado con Ninazu. Eskkar habló con todos ellos y aprendió más acerca de los problemas de los pequeños granjeros y pastores de lo que nunca había pensado que podría comprender. De ese modo adquirió ideas de muchas fuentes, ideas que harían la vida más segura y

sencilla tanto en las granjas como en la villa. Repasaba esas ideas con Sisuthros cada noche, durante la cena.

Un granjero, admirado, preguntó a Eskkar cómo era que un soldado sabía tanto de granjas y cultivos. Eskkar sonrió, recordando los días en que lo ignoraba todo sobre los misterios de la tierra, el agua y las semillas. Trella y el noble Rebba habían pasado todo un día mostrándole y explicándole los secretos necesarios para extraer riqueza de la tierra.

En dos ocasiones Eskkar y sus hombres se encontraron con pequeños grupos de jinetes que al verlos se dieron a la fuga. Alcanzaron a uno de estos grupos, formado por tres hombres cuya única ocupación parecía ser robar y asaltar. Grond y los soldados acabaron con ellos rápidamente, y nuevamente los habitantes de la zona le dieron las gracias por liberarlos.

Seis semanas después de la ejecución de Ninazu, reinaba la paz en las tierras que rodeaban Bisitun. Para entonces Eskkar se había reunido con casi todos los granjeros; no sólo los había conocido, sino que había hablado con ellos, discutido sus necesidades, sus miedos, sus esperanzas. Nadie había tenido semejantes encuentros antes. La gente estaba sorprendida de que alguien de tan lejos no sólo quisiera protegerlos, sino que en verdad escuchara y mostrara preocupación por sus vidas y problemas.

Por supuesto muchos se quejaban del nuevo impuesto que deberían pagar cuando llevaran a vender sus bienes a Bisitun, pero también muchos se declararon dispuestos a pagarlo si Eskkar podía mantener a los bandidos y forajidos lejos de sus granjas y familias.

Trella había establecido el monto del impuesto, y lo fijó lo suficientemente bajo para no generar penurias. Ella había explicado a Eskkar antes de partir para el norte que los verdaderos impuestos serían pagados por los mercaderes y comerciantes de Bisitun y Akkad. Éstos se enriquecerían de todos modos, y tenían que contribuir a los gastos de la muralla y de los soldados que los protegían a ellos y a sus negocios.

En Akkad, Trella había comenzado a cambiar las costumbres. Todas las semanas un mensajero informaba a Eskkar de sus planes para el establecimiento de nuevas leyes, de la creación de una nueva casa para los escribientes y de nuevos símbolos que ayudarían a granjeros y artesanos. Tiempo atrás todo aquello habría abrumado a Eskkar, pero en aquel momento no sólo veía la necesidad de tales cambios, sino que entendía el impacto que tendrían en los habitantes de Akkad.

En los clanes de su juventud, la vida rara vez cambiaba. Todos conocían su papel, su lugar en la vida y las responsabilidades que tenían para con el clan y la familia. Los hombres cazaban y seguían a los jefes del clan en la batalla. Las mujeres criaban a los hijos, recolectaban y preparaban la comida y se encargaban de los rebaños y las carretas. Cada día se parecía al anterior, y el actual, al día siguiente.

Las villas, Eskkar lo comprendía ahora, no podían dirigirse como un clan estepario. Las villas cambiaban constantemente con la llegada y la marcha de nuevas gentes. Más gente requería más alimentos y más artesanos para abastecer a los granjeros y pastores de la zona. Incluso las cosechas cambiaban de año en año, y con frecuencia la abundancia se veía sustituida por periodos de escasez. Akkad, con tanta gente viviendo dentro de sus murallas, se había vuelto ingobernable con las costumbres antiguas.

No, Eskkar sabía que las viejas prácticas debían dejar paso a nuevos modos de pensar. Y qué mejor lugar para comenzar que Bisitun. Entonces, las leyes reemplazaron las viejas y vagas costumbres del pasado, y el concejo regente de Bisitun resolvió las disputas de forma ecuánime, sin favorecer al mercader principal o a los nobles.

A aquellas alturas, Sisuthros gobernaba la villa con eficiencia, y las quejas se habían reducido en número y gravedad. Los habitantes crearon un nuevo y más estable concejo de ancianos, que trabajaban con Sisuthros y sus escribientes todos los días para asegurarse de que los granjeros vendieran sus productos en paz, los obreros trabajaran seguros en sus negocios y los mercaderes renovaran su comercio no sólo entre sí, sino a lo largo del curso del gran río.

Eskkar había conseguido lo que se había propuesto alcanzar. Por primera vez en casi un año, no había bárbaros que expulsar ni bandidos o merodeadores que perseguir y derrotar, y la gente de Bisitun había comenzado a poner sus vidas en orden. Sin nada importante por hacer, se dedicó a descansar, algo que nunca antes había hecho, permitiéndose relajarse y disfrutar de los días de tranquilidad.

Eskkar era consciente de que debía regresar a Akkad para ayudar a Trella a administrar el incesante crecimiento de la ciudad. En cambio, permanecía en Bisitun, viendo pasar los días. Por supuesto, se dijo a sí mismo que Sisuthros todavía lo necesitaba, que se quedaba en Bisitun para ayudar a organizar la villa. En verdad, la idea de volver a Akkad, con todas sus intrigas y problemas, lo agobiaba, y quería posponer su retorno cuanto le fuera posible.

En cambio, los días en los que no recorría los alrededores, pasaba más y más tiempo con Lani. Comenzaban el día desayunando juntos, cuando Sisuthros partía a resolver los problemas diarios. Lani y Eskkar solían encontrar tiempo para volver al dormitorio a pasar unas horas más de placer. Después de la comida del mediodía, Eskkar paseaba por la villa, hablando con los vendedores y obreros; con frecuencia, Lani lo acompañaba, aunque lo dejaba temprano para irse a preparar la cena del día. Antes de la comida nocturna, Eskkar y Grond se aseaban en el pozo de la plaza, junto con sus guardaespaldas, y se limpiaban todo el polvo acumulado.

Después de cenar, Eskkar pasaba un tiempo con sus soldados hablando y bromeando, mientras ellos también descansaban de sus tareas. Pero al cabo de una o

dos horas Eskkar dejaba a sus hombres con sus cervezas y sus mujeres, y él y Grond volvían a la casa y a sus mujeres.

Lani y Tippu los esperaban, y los cuatro se sentaban bajo las estrellas mirando hacia la plaza, hablando, riendo o permaneciendo en silencio, tomando de vez en cuando un trago de vino bien aguada para refrescarse. Las noches se habían vuelto más frías, pero seguía siendo agradable sentarse bajo el cielo estrellado y disfrutar del aire nocturno. Eskkar mantenía a Lani muy cerca de sí, con un brazo alrededor de sus hombros o dentro de su vestido para disfrutar del roce de su piel, del mismo modo que la mano de ella descansaba entre las piernas de Eskkar, acariciándolo suavemente hasta excitarlo, y le hacía promesas al oído que se cumplirían un poco más tarde.

A veces Sisuthros o algún otro de los oficiales superiores se les unían, pero en general Eskkar y Grond tenían las noches para sí, mientras los otros buscaban a sus propios compañeros al finalizar el día. A medida que crecía la oscuridad, si nadie estaba cerca o mirando atentamente, Lani lo besaba. Una vez incluso se agachó y se introdujo su miembro en la boca durante unos momentos, como anticipación de lo que vendría más tarde.

Casi todas las noches se les unía otro visitante. El gato gris oscuro que había aparecido en el cuarto de Eskkar la primera noche se acercaba con cautela a su mesa. Dónde pasaba sus días nadie lo sabía. Lani se había hecho amiga del animal semanas antes de la llegada de Eskkar, y desde entonces el gato permanecía cerca de ella o iba al dormitorio a buscarla. Siempre alerta y mirando constantemente a su alrededor, el desaliñado gato le buscaba la mano a Lani para una breve caricia, y luego le daba golpecitos con la pata hasta que ella le ponía algo de comer.

Con el tiempo el gato se dejó acariciar por Eskkar, aunque hacía un amago de gruñido si Eskkar lo acariciaba demasiado fuerte o durante demasiado tiempo. Después de comerse las sobras que le daban, el gato con frecuencia se sentaba en la mesa a dormir, las patas dobladas bajo su cuerpo, pero listo a saltar en cualquier momento. Si la comida no había sido buena y abundante, ronroneaba para pedir más; el grave sonido duraba unos momentos antes de que el animal recordara que se suponía que era un fiero cazador.

Eskkar nunca había pasado mucho tiempo con gatos. De muchacho, en el campamento, los perros habían brindado su compañía a su familia, pero los gatos eran casi desconocidos entre los bárbaros. Los gatos no podían seguir a una carreta una docena de millas al día, y Eskkar rara vez los había visto, salvo cuando estaba en una villa.

Sin embargo, todos sabían que los gatos llegaban con bendiciones de los dioses y traían buena suerte. Los gatos abundaban en las granjas cercanas y en las villas, apreciados por su habilidad para cazar a los roedores, que comían y defecaban sobre los granos almacenados. El gato de Lani, como lo denominaba Eskkar, parecía seguro



de su lugar y, en las últimas semanas, Eskkar había aprendido a disfrutar de su compañía.

Esa noche las estrellas brillaban en todo su esplendor. Eskkar y Lani estaban sentados el uno al lado del otro, mirando la plaza, con la espalda apoyada contra el muro de la casa, frente a una pequeña mesa. Grond y Tippu tenían su propia mesa, a una distancia discreta, y ellos también se encontraban murmurando entre sí. Un solo guardia vigilaba en la entrada de la casa, a unos veinte pasos. El resto de la plaza estaba vacío a esa hora de la noche, y el incesante ruido que emitía la polea en el pozo cuando la gente sacaba agua había finalmente cesado.

El gato de Lani estaba recostado en la mesa entre ambos. Había comido restos de pollo, luego se había limpiado la cara y las patas y se había echado a dormir. Eskkar miró hacia los cielos y supo que pronto sería hora de entrar a la cálida casa y al más cálido lecho, para pasar otra hora haciendo el amor antes de caer dormido en los brazos de su amada.

—Cuéntame más sobre Akkad —le urgió Lani, con un brazo alrededor del cuello de Eskkar y una mano acariciándole la hombría.

—Ya te he dicho todo lo que puedo contarte, Lani —respondió. Ella le hacía la misma pregunta todas las noches.

—Cuéntame algo nuevo, entonces —insistió ella, apretando su mano.

Eskkar suspiró, hasta encontrar algún nuevo detalle del que hablar. Ella escuchó cuidadosamente mientras él hablaba de la ciudad, de su gente, sus granjas, sus comerciantes e incluso de la muralla que la rodeaba. Todo lo que él decía más tarde o más temprano tenía que ver con Trella, y esto daba lugar a más preguntas.

—¿Extrañas mucho a tu mujer, Eskkar? ¿No eres feliz aquí?

—Tengo que regresar a Akkad, Lani, y lo sabes. Mi hijo nacerá pronto y yo debo estar allí. Ya me he quedado más de lo que planeaba. En dos o tres días, marcharemos a Akkad.

—¿Nos llevarás contigo?

Ella ya le había hecho esa pregunta.

—Sí, Lani, tú vendrás conmigo. Aunque no estoy seguro de qué vas a hacer allí. A Trella no le hará muy feliz verte allí.

—Mientras tú no me olvides, Eskkar... Eso no podría soportarlo.

La recepción de Lani por parte de Trella lo preocupaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Él necesitaba seguir viendo a Lani, pero también quería a Trella. A medida que se acercaba el momento de regresar a Akkad, el problema se había vuelto más confuso. Ahora, incluso hablar de Trella lo incomodaba.

—Yo me ocuparé de ti y de tu hermana. —La besó en la mejilla y en la oreja—. Y te visitaré con tanta frecuencia como sea posible.

—¿Me lo prometes, Eskkar? No quiero estar separada de ti.

Él volvió a tranquilizarla y, finalmente, ella pareció satisfecha. Las preguntas cesaron y ella se relajó, acurrucándose contra él, apoyando la cabeza en su hombro. Eskkar la rodeó con el brazo derecho e introdujo la mano por dentro del vestido de ella para acariciarle un pecho. Jugueteeó con su pezón entre los dedos y notó cómo temblaba. Ella tenía unos pechos muy sensibles, y él había descubierto que a veces podía excitarla con sólo jugar con ellos. Era una experiencia erótica nueva que nunca dejaba de excitarlo.

Luego se recostó, disfrutando de su presencia y su contacto, apoyada la cabeza en la áspera superficie de ladrillo de la casa. Estiró lentamente la mano izquierda y acarició con suavidad la cabeza del gato, justo detrás de la oreja. Eskkar había aprendido a no hacer movimientos repentinos cerca del animal. Más salvaje que doméstico, aun después de todo el tiempo que llevaba allí, siempre estaba nervioso y dispuesto a mostrar las uñas.

Esa noche le permitió acariciarle el áspero pelo, aunque el gato alzó la cabeza hacia él, como para asegurarse, antes de volver a bajarla, con las garras plegadas bajo el pecho.

De repente, el gato levantó la cabeza, apartando hacia la izquierda la mano de Eskkar. Antes de que Eskkar pudiera seguir el movimiento, el gato se bajó de la mesa de un salto demasiado rápido para ser visto. Eskkar se volvió hacia lo que fuera que hubiera alarmado al gato. Aunque habituado a la oscuridad, al principio no vio nada, y luego percibió el leve reflejo de algo brillante moviéndose hacia él.

Para ser un hombre grande, Eskkar era capaz de moverse con rapidez cuando hacía falta. Empujó a Lani hacia un lado con su mano derecha, y usó la izquierda para levantar la mesa e interponerla entre él y su atacante.

—¡Grond! —gritó a viva voz, y luego se acuclilló en el mismo momento en que la espada cortaba el aire por donde su cabeza había estado hacía unos instantes. Varios pedazos de barro seco volaron desde la pared donde la espada había dado. La mesa había evitado el golpe, aunque por muy poco, pero lo suficiente para darle un precioso instante más.

Eskkar se lanzó hacia la izquierda, lejos de Lani, y se encontró con los pies de otro atacante. La espada de éste también erró, un golpe descendente que partió el espacio en donde había estado Eskkar, puesto que el atacante esperaba que Eskkar se apartara, no que se acercara a él. Antes de que el hombre pudiera dejar su arma, Eskkar lo agarró de los pies y con su hombro le golpeó el estómago, y esta vez ambos cayeron.

El agresor intentó usar su espada, pero Eskkar se apartó rodando por el suelo, luego poniéndose de pie y asegurándose de que la pared le protegiera la espalda. A su izquierda, escuchó a Grond llamando a los guardias. Pero Eskkar no tenía tiempo de preocuparse de Grond. Eskkar vio que dos sombras avanzaban hacia él, pero al

menos tuvo tiempo para desenvainar la espada. Usó el movimiento para retroceder hacia su izquierda, acercándose al más próximo de los atacantes, y con el arma atacó al hombre más cercano al muro. Chocaron los bronces, y Eskkar sintió que algo le ardía en el brazo izquierdo. Volvió a usar su cuerpo, adelantándose, bajando el hombro y lanzándose contra el hombre, antes de que pudiera recuperarse y golpear nuevamente.

Al rebotar Eskkar contra su atacante, se lanzó contra el primer agresor, esquivando de nuevo un mandoble y sujetando por un momento al hombre contra la pared.

El segundo hombre resultó ser veloz en sus reacciones. Una mano le dio a Eskkar en el rostro, golpeando con el pulgar cerca del ojo, y Eskkar fue empujado antes de poder responder con su propia espada. Cayó de rodillas mientras blandía su espada. El atacante gruñó cuando el filo de la espada dio en su pierna, pero la punta del arma golpeó la pared, aminorando el golpe. Así y todo, hizo el suficiente daño para permitirle a Eskkar escapar en dirección a Grond.

Los gritos y ruidos de espadas en la plaza habían dado la alarma e incluso en medio de la confusión Eskkar oyó a sus hombres tropezar dentro de la casa al entrar en su busca. Esperaba que sus atacantes huyeran, pero estos dos hombres estaban decididos, y otra vez se dispusieron al ataque. En la oscuridad, Lani se lanzó contra uno de ellos, haciéndolo tropezar. Éste maldijo al caer, mezclándose el grito de Lani con los juramentos del atacante.

El otro hombre siguió avanzando, y Eskkar lanzó un golpe contra la cabeza del asaltante. El hombre paró el golpe, pero Eskkar estaba ahora alerta, los pies firmes en el suelo, y anuló la espada enemiga, haciendo girar la suya en torno a la otra con un movimiento adquirido durante cientos de horas de entrenamiento, echando a un lado la hoja y hundiendo la suya en el pecho del hombre.

No se atrevió a darse un momento para retirarla, sino que se agachó de inmediato y hacia la derecha, medio esperando otro golpe del otro hombre, pero Grond había llegado. No llevaba armas, pero cogió al segundo hombre por detrás, rodeándole el cuello con un brazo. Grond lo hizo girar contra su cadera y dar la vuelta. El ruido del cuello del hombre al quebrarse se superpuso a todos los demás ruidos de la plaza.

Eskkar recuperó su espada y alzó la vista; la plaza se iluminó un poco más con la luz que llegaba desde la casa al abrirse la puerta. Otro asaltante estaba allí de pie, retrocediendo al ver llegar a los soldados con espadas en la mano. El hombre miró a sus compañeros caídos y, dando media vuelta, salió corriendo, pero Sisuthros y otros dos hombres salieron de la casa en su persecución.

El atacante echó a correr, tirando su espada. A gran velocidad, se lanzó por una de las callejas. Pero una puerta se abrió frente a él, y una mujer salió a ver qué causaba toda esa conmoción. Chocaron y ambos cayeron al suelo. El hombre se puso de pie

en un momento, pero Sisuthros había acertado la distancia y lanzó su espada contra la espalda del atacante que huía. Alcanzó al hombre con ella, y el golpe, aunque no fue mortal, hizo que el atacante gritara y tropezara. Drakis y otro hombre se adelantaron a Sisuthros e, incluso desde el otro extremo de la plaza, Eskkar escuchó el ruido de la espada al hundirse en el hombro de aquel hombre. Se oyó un grito en el aire, interrumpido por otro golpe, y todo terminó.

Eskkar estaba de pie, respirando con agitación, la espalda contra la pared, su gran espada en la mano. Escuchó a Lani llorar en el suelo y recordó que ella se las había ingeniado para hacer tropezar a uno de sus atacantes. Grond recogió a Lani y se acercó a Eskkar, dejando a la mujer detrás de ellos. Él había cogido la espada del hombre caído, y ambos se mantuvieron delante de Lani, con las espadas brillantes bajo la luz de las estrellas mientras las agitaban a un lado y a otro en el espacio vacío.

Otro soldado llegó desde la casa, con una antorcha recién encendida en la mano; la alzó y todo se iluminó con su llama. A la luz temblorosa, Eskkar pudo ver los cuerpos de tres hombres. Vio a Tippu acurrucada en la casa siguiente, con las manos en la cabeza. Entraron en la plaza más soldados de Eskkar, aquellos que no habían ido a las tabernas y cervecerías locales; habían salido a la carrera de las casas donde estaban acuartelados, espadas o cuchillos en mano.

En un momento una hilera de hombres se colocó delante de Eskkar, y eso le permitió relajarse un poco. Se volvió y encontró a Lani caída en el suelo, la espalda contra la pared. Se agachó y la levantó con una mano; luego la ayudó a caminar junto a la pared hasta llegar a la entrada de la casa. Ella tropezó y se habría caído si él no la hubiera agarrado por la cintura. En el interior, vio que le brotaba sangre de la frente y la mejilla. Alguien encendió una lámpara dentro de la casa, y ésta iluminaba lo suficiente como para permitirle ver. Apartó sus cabellos para examinar la herida. Eskkar halló un cardenal y un arañazo con sangre, pero ninguna herida, por lo que la condujo al dormitorio. Alguien llevó también a Tippu, quien se apresuró a ir junto a su hermana.

—Cuida de ella, Tippu. ¡Cierra la puerta!

Cuando Eskkar volvió a salir, Sisuthros corrió a su lado. Su lugarteniente había recuperado su espada y Eskkar vio que todavía había sangre en ella. Drakis, unos pasos detrás, arrastraba el cuerpo del asesino que casi había escapado. Eskkar recordó que Drakis había sido el primero en salir de la casa al escuchar el ruido del ataque; no se había molestado en vestirse.

Prendieron más antorchas, y Hamati llegó a la carrera desde la taberna cercana, con otra docena de hombres. Sisuthros gritó una orden, y sonó la trompeta: sus notas convocaban a todos los soldados en la casa. Las lámparas y las velas comenzaron a arder en todas las casas alrededor de la plaza, agregando su luz a la de las temblorosas antorchas.

Los soldados arrastraron los cuatro cuerpos desde donde habían caído y los alinearon junto a la mesa que Eskkar había puesto patas arriba. Otro cuerpo yacía junto a la entrada, el del guardia apostado en la puerta de la casa; había intentado ayudar a Eskkar, pero el cuarto asesino lo había matado.

Eskkar agarró a un soldado por el brazo con el que llevaba una antorcha y le ordenó que la sostuviera sobre los cuerpos. Eskkar observó cada rostro con detenimiento, así como Grond y Sisuthros, pero no reconocieron a ninguno. La luz de la antorcha mostró que todos los muertos parecían fuertes y en forma. Desde luego no habían flaqueado en su intento de asesinarlo, incluso después de que el intento inicial fracasara.

—Sisuthros, envía algunos jinetes a investigar. Tienen que tener caballos escondidos en alguna parte. Encuéntralos. Usa antorchas para buscar huellas frescas en los alrededores de la villa. Y asegura todos los caballos en Bisitun. No quiero que nadie se vaya. Si alguien abandona la villa, aprésalo en cuanto salga el sol, aunque tengas que reventar todos los caballos.

—Yo lo haré —dijo Hamati. Impartió órdenes a sus hombres y todos corrieron hacia el establo.

Eskkar asintió y se volvió hacia Sisuthros.

—Que el resto de los hombres eche un vistazo a los cadáveres, a ver si alguien los reconoce. A primera hora de la mañana, que vengan todos los posaderos..., vendedores..., no, que vengan todos los de la villa a ver los cuerpos. Alguien tiene que saber quiénes son o dónde se albergaron.

—Sí, capitán. —Se marchó a toda prisa, ordenando que despertaran a todos los integrantes del concejo de la villa. Se oyó el ruido de los cascos de un caballo, y un jinete solitario entró en la plaza pidiendo a gritos antorchas. Tomó dos en su mano, mientras intentaba mantener el control del nervioso caballo, asustado por el ruido y la luz de las antorchas. Pero el hombre se mantuvo en su montura, y enseguida el caballo se tranquilizó y salieron al galope por una de las calles.

—Grond, que uno de los guardias se aposte detrás de la casa. Y busca dentro, para asegurarnos de que nadie se está ocultando con las mujeres.

Drakis salió de la casa, ahora vestido, con su espada al cinto.

—Capitán, ¿por qué no entra y deja que las mujeres le examinen el brazo? Ya no hay nada más que pueda hacer aquí fuera. Le enviaré a un sanador.

Eskkar se miró el brazo izquierdo y vio que le chorreaba sangre. Se había echado a un lado, pero no lo suficientemente rápido, y la espada le había alcanzado en el brazo. Mirando su herida, Eskkar se dio cuenta de que le ardía dolorosamente.

—Ya entro. —Miró a los otros guardias, sus ojos atónitos y excitados—. Vosotros registrad la plaza y las casas de los alrededores. Aseguraos de que no haya otros escondidos.

Grond lo siguió a la casa y, una vez allí, Eskkar vio que la palma de la mano izquierda de Grond también sangraba. Debía de haber agarrado la hoja de una espada durante la pelea. Lani salió del cuarto, todavía temblando pero insistiendo en que se encontraba bien, y se sentó a la mesa. Tippu la siguió, intentando limpiar el corte que tenía su hermana en la cabeza. Otra mujer salió y ordenó a todos que se sentaran. En un momento trajo vino y copas para los cuatro.

Eskkar tomó dos tragos de vino y luego dejó la copa. Necesitaba pensar con claridad y ya había bebido una copa de vino durante la cena.

El sanador llegó frotándose los ojos de sueño, con una caja de madera, en la que llevaba su instrumental, colgada del hombro. Era un anciano; sin duda se habría ido temprano a la cama y no habría oído nada de la escaramuza. Atendió primero a Eskkar.

—Necesito más luz, señor Eskkar —le dijo. Otra mujer trajo una lámpara del cuarto de Sisuthros y la colocó en la mesa—. Y una copa de vino, si es posible. Y un cubo de agua fresca del pozo. Ahora, señor Eskkar, ponga el brazo en la mesa. —Mientras el sanador hablaba, tomó las dos lámparas y las acercó al lado izquierdo de Eskkar.

Eskkar se inclinó hacia delante, apoyando su brazo en la mesa. Arremangándole la túnica, el sanador examinó con cuidado la herida, moviendo la piel cortada y haciendo que Eskkar frunciera el ceño, aunque no dijo nada.

—No es nada serio, señor Eskkar. Permítame examinar a los demás. —Pasó más tiempo con Grond, y unos momentos con Lani. Cuando terminó con ellos, un soldado llegó con un cubo de agua. El sanador tomó de la mesa una copa de vino vacía, la llenó con agua y luego vertió su contenido sobre el brazo de Eskkar, echando el agua en la herida, su rostro a escasos centímetros del corte, mientras lo examinaba. La espada había penetrado a lo largo del lado externo del antebrazo, haciendo un tajo de casi media palma de largo.

—No hay nada dentro de la herida, señor. Eso es bueno. No creo que haga falta coserla siquiera. Una venda bastará. Una herida limpia, cerrada por su propia sangre, cicatriza con rapidez.

Eskkar se sintió aliviado, aunque el corte le ardía más después de que lo examinara el sanador. El viejo echó otra copa de agua del cubo y volvió a limpiar la sangre. Otra mujer llegó con varias tiras de lienzo limpias, y el sanador las examinó con cuidado antes de elegir una. A continuación tomó la copa con vino que le había servido y con su otra mano aferró la muñeca de Eskkar.

—Ahora no se mueva. Esto le quemará.

Eskkar sintió una tremenda punzada de dolor cuando el vino le mojó la herida, y tuvo que morderse los labios para mantener el brazo inmóvil. El dolor disminuyó enseguida, pero el sanador continuó echando vino hasta vaciar la copa. Limpió el

exceso de vino del brazo de Eskkar, y luego, con considerable habilidad para un anciano, vendó el antebrazo con el largo lienzo apretando con fuerza.

—Será necesario cambiarla por la mañana, señor Eskkar —le dijo—. Trate de mover el brazo lo menos posible hasta que la herida esté cicatrizada.

Eskkar gruñó al oír el consejo del hombre. Lani se acercó y se sentó junto a Eskkar, quien la agarraba de la mano mientras el sanador le examinaba la cabeza. Cuando terminó, simplemente se la lavó con agua del balde.

—Nada grave —dijo—. No es más que una aparatosa magulladura.

La mano de Grond no requirió mucho tiempo. El sanador la lavó con una copa de agua, la inspeccionó con cuidado y luego pidió a Grond que abriera y cerrara los dedos varias veces. El sanador trató la herida con agua y vino; luego la vendó, usando suficiente lienzo para asegurarse de que Grond no la moviera durante varias horas.

—Mantengan la herida vendada hasta que sane —ordenó el sanador—. Y hay que cambiar la venda a diario.

El sanador terminó y se echó la caja de instrumentos al hombro. Mientras lo hacía, Lani fue al cuarto de Eskkar. Regresó al momento, con dos monedas de plata en la mano. El sanador cogió la copa de vino y la volvió a llenar. Esta vez no la desperdició, ya que se la tomó de cuatro sonoros tragos.

—Un buen vino, señor Eskkar. Tal vez debería haber derramado menos en el suelo. —Tomó las monedas de plata que le daba Lani e hizo una agradecida reverencia—. Volveré a primera hora de la mañana, para examinar la herida y cambiar las vendas. Debería ser más cuidadoso en el futuro, señor. Sería una pena que lo mataran tan pronto después de habernos rescatado.

Eskkar le dio las gracias al hombre, pero no dijo nada más hasta que éste se retiró. Cuando se cerró la puerta, Eskkar se volvió hacia Grond:

—Bueno, ¿qué opinas?

—Esos hombres... eran buenos. Muy rápidos. Si no hubieras gritado... me habría matado y probablemente también a Tippu.

—No me lo agradezcas, Grond. No oí nada. Esos hombres sabían moverse en silencio. El maldito gato fue quien los oyó subir. —Eskkar sacudió la cabeza disgustado. Ahora enojado, se maldijo por ser tan tonto, por tomarse las cosas con tanta calma, ocupadas las manos con una mujer, mientras dos hombres con sus espadas desenvainadas se acercaban hasta quedarse a seis pasos de distancia sin que él se diera cuenta. Se volvió hacia Lani, puso su brazo sano en torno a ella y la atrajo hacia sí por un instante—. Quiero que mañana le des de comer a ese gato una gallina entera, Lani.

—Mejor que sacrifiques algo a Ishtar entonces, por enviar a esa criatura para que cuidara de ti —respondió Grond. Todos sabían que él no se interesaba mucho por los animales—. Ahora tendré que hacerle una reverencia la próxima vez que me gruña.

—No, le daré las gracias a Lani. Ella fue quien se tiró delante de uno e hizo que tropezara. —Le besó la coronilla.

—Fuimos afortunados, capitán. Hemos sido perezosos y descuidados. Deberíamos haber estado más alerta.

Los gritos desde la plaza hicieron que ambos hombres alzaran la vista y, en un momento, Sisuthros entró en la habitación dando grandes zancadas.

—Hamati encontró los caballos. Había cuatro, atados a doscientos pasos de la empalizada, cerca del río, hacia la ruta del sur. Y uno de los guardias encontró una soga atada a la empalizada, al otro lado de donde estaban los caballos.

—¿Podría haber habido más hombres? Tal vez uno con los caballos.

—Hamati no lo cree así. Los caballos estaban bien atados. Todavía está indagando. Lo sabremos con más certeza por la mañana. Está demasiado oscuro para ver huellas a estas horas. —Se fijó por primera vez en las vendas—. ¿Estás bien?

—Lo suficiente —respondió Eskkar—. Ahora tenemos que averiguar a quién hemos de matar por esto.

Eso le recordó a Sisuthros algo.

—Los hombres tenían oro, capitán. Todos ellos. Un hombre tenía diez monedas; los otros tres, cinco cada uno. Pareciera que alguien rico quiere verte muerto.

«Más que suficiente oro para comprar la muerte de cualquiera», calculó Eskkar. Y eso significaba..., ¿qué significaba? No lo sabía.

—Eso es mucho oro para cualquiera en Bisitun que quiera pagar por un asesinato.

Sisuthros tomó la copa vacía de vino, se sirvió un poco y se sentó de cara a su capitán.

—Veinticinco monedas de oro... Nadie en Bisitun tiene semejante cantidad de oro, capitán, y menos después de Alur Meriki y Ninazu. Créeme, he trabajado con cada mercader y comerciante de la villa. Si alguno te quisiera muerto... Además, los has tratado a todos con ecuanimidad; más que eso. —Se encogió de hombros—. Sería más lógico que intentaran matarme a mí.

—Y Ninazu no tenía parientes —apuntó Grond—, y aunque los tuviera, no serían de los que gastan oro para vengarse. Lo harían ellos mismos.

—Akkad. Tanto oro tiene que venir de Akkad —dijo Eskkar apretando los labios—. ¿Qué marcas tiene el oro?

Sisuthros sacudió la cabeza.

—Por lo menos de diez mercaderes distintos, y sólo reconocí alrededor de la mitad. No hay modo de saberlo.

—Algo debe de estar sucediendo allá —dijo Eskkar.

—Nada sucede en Akkad, capitán —dijo Sisuthros—. El mensajero de ayer dijo que la ciudad estaba en calma. Y Bantor estará a punto de regresar cualquier día de éstos. Tal vez ya esté allí.



Eskkar había hablado en persona con el mensajero. Era uno de los correos habituales, de los que llevaban mensajes rutinarios, incluso un mensaje personal de Trella.

—Sisuthros, haz un recuento. Fíjate si falta alguien. Comprueba también a escribientes y mercaderes.

Los hijos de los mercaderes de Akkad que los habían acompañado para llevar las cuentas podrían estar involucrados en algún plan. Malditos los dioses por no haber podido atrapar a uno de los asesinos con vida. Con uno habría sido suficiente.

Sisuthros se puso de pie.

—Los contaré. ¿Hay alguna otra cosa que podamos hacer hasta la salida del sol?

Grond miró a Eskkar y negó con la cabeza.

—No, no puedo pensar en otra cosa —dijo Eskkar—. Sabremos más por la mañana. —Se puso de pie—. Necesito pensar en esto. Despertadme una hora antes del alba.

Cuando estuvo solo con Lani en su dormitorio, la puerta trancada y Lani sentada en la cama, temblando, vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—No tengas miedo, Lani —dijo—. Estamos seguros. Hay dos hombres montando guardia al otro lado de la puerta.

—No tengo miedo, Eskkar. Pero ahora la lucha volverá a comenzar. Te irás a matar a tus enemigos.

—Eso es lo que tengo que hacer. —Se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros—. Me encargaré de lo que haya sucedido en Akkad y luego enviaré a alguien a buscarte. Me has salvado la vida esta noche, Lani. No lo olvidaré. Ahora, apaga la lámpara y acuéstate a mi lado. Necesito pensar, y eso lo hago mejor en la oscuridad.

\*\*\*

Eskkar ya había terminado de vestirse cuando el guardia llamó a la puerta. Lani había llorado hasta dormirse mientras Eskkar yacía a su lado, con la cabeza llena de preguntas. No había dormido mucho, dormitando y despertándose toda la noche. Al final, le fue imposible esperar a que lo llamaran para levantarse.

En el cuarto principal ardía una lámpara. Sisuthros estaba sentado a la mesa, conversando con Grond y Hamati. A Sisuthros lo veía cansado, y Eskkar supo que había pasado despierto toda la noche. Una de las mujeres de Lani había encendido el fuego y calentado agua, para que los hombres tomaran algo caliente con el pan viejo. Mirando a través de la puerta abierta, Eskkar vio a media docena de soldados reunidos debajo de una antorcha parpadeante, todos alertas y dispuestos.

Tomando asiento, Eskkar miró a Sisuthros sentado frente a él.

—¿Algo nuevo?

—No mucho —respondió Sisuthros con un bostezo—. No encontramos más caballos y no había huellas en dirección sur. Tengo a varios hombres patrullando la villa. Daremos otra vuelta al amanecer y reuniremos a los pobladores.

—Eso nos dará alguna información —dijo Eskkar—. Puede que quien haya querido verme muerto esté aún en Bisitun.

—Y si hay otros fuera de la villa, tal vez no sepan que el ataque fracasó.

Estas noticias ayudaron a que Eskkar respirara con algo más de calma, a la vez que se obligó a comer algo de pan. Para cuando hubo terminado, el sol había salido. Eskkar cogió un pedazo de pan y se encaminó hacia la plaza. Grond y dos soldados estaban a su lado cuando los primeros pobladores comenzaron a llegar para ver los cuerpos. Eskkar insistió en que esperaran hasta que el sol se elevara en el horizonte y se apagarán las antorchas.

A la luz del día, Eskkar volvió a examinar los cadáveres, pero ni él ni ninguno de sus soldados los reconocieron. Los ancianos de la villa fueron los siguientes, y Eskkar y Sisuthros observaron sus rostros con detenimiento, en busca de cualquier indicio de nerviosismo o reconocimiento, pero nadie dijo conocer a los hombres. La primera pista la dio uno de los hospederos, quien identificó a los hombres como a los que se habían albergado en su establecimiento las dos últimas noches. El dueño de la taberna les había dado habitación y comida, pero insistió en que no sabía nada de ellos ni de sus negocios.

—Eso es todo lo que sé —repitió el hospedero con voz aguda—, además del nombre de aquél. —Pateó uno de los cuerpos, el del hombre que había ido directo contra Eskkar—. Se llamaba Ziusudra. Los cuatro estuvieron en mi posada ayer a la tarde, y él era quien hablaba y se quejaba de tener que dormir en el suelo. Tenían plata en abundancia para vino y comida, pero no mencionaron nada de sí mismos ni de sus negocios. —Sacudió la cabeza—. Ni siquiera estaban interesados en mis muchachas.

Sisuthros interrogó al hombre mientras Eskkar observaba, en busca de cualquier señal de que el posadero estuviera mintiendo. Pero éste no tenía más información que darles. La fila de pobladores que pasó frente a los cadáveres continuó avanzando, hasta que llegó a un hombre viejo, con su nieto al lado para sostenerlo, quien se detuvo y anunció que esos hombres habían guardado sus caballos en su corral. Pero él tampoco pudo agregar nada, excepto que contaban con cuatro buenas monturas. Después de algunas preguntas más, Sisuthros lo dejó marchar.

Para cuando el último de los pobladores dejó la plaza, Eskkar sabía sólo que los hombres habían llegado hacía tres días, pasado dos noches en la posada y luego partido de Bisitun justo antes de la caída del sol. De algún modo habían vuelto a entrar en la villa, pero nadie admitió haberlos visto ni ayudado.

Las palabras del dueño del establo le dieron una idea a Eskkar, pero éste se mantuvo silencioso hasta que el último de los pobladores se marchó.

—Que traigan los caballos, Sisuthros, y veamos si alguno de los soldados los reconocen.

Un buen caballo requería muchos cuidados, y semejantes animales se recordarían. Dos de los hombres de Eskkar creyeron que uno de los caballos, con una mancha blanca en el lomo, provenía de Akkad, pero no conocían al dueño. Eskkar gruñó ante las noticias, y regresó a la casa. Sisuthros, Grond, Hamati y Drakis entraron con él y se sentaron en torno a la mesa del cuarto principal.

—Debe de haber problemas en Akkad —comenzó calmadamente Eskkar—. Me llevaré la mitad de los hombres y los caballos y emprenderé el regreso. Tendría que haber vuelto hace diez días.

—Si esos hombres vinieron de Akkad —señaló Sisuthros— y han estado aquí tres días, entonces debieron de partir hace ocho o nueve días. Si hubieras estado en la ciudad, podrían haber tenido mejor suerte.

—Esos hombres estaban decididos —añadió Grond—. No escaparon después del primer intento fracasado, ni siquiera cuando se dio la alarma.

—Bueno, tuvieron mala suerte —dijo Eskkar—. Pero no importa. Me llevaré a los hombres y emprenderé hoy el regreso a Akkad. Si me doy prisa, puedo estar allí en cuatro o cinco días. —Se volvió hacia Hamati—: ¿Podemos tener a los hombres preparados para el mediodía?

—¿La mitad de los hombres? —Sisuthros pareció sorprendido—. ¿Por qué sólo la mitad? Si hay lucha en Akkad, nos necesitarás a todos.

—Acabamos de pelear una gran batalla para conquistar este lugar y pacificar los alrededores —respondió Eskkar, con un dejo de enojo en la voz—. No me voy a alejar de aquí y dejar que otro bandido lo ocupe. —Sacudió la cabeza—. Además, la gente de aquí necesita sentirse segura y aceptar la autoridad de Akkad. Si los abandonamos a la primera señal de alarma, nunca volverán a confiar en nosotros.

Sisuthros abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Miró en torno a la mesa, pero nadie dijo nada.

—Bien, ¿por qué no dejamos aquí hombres suficientes para mantener el orden, digamos una docena, y llevamos al resto con nosotros?

—Tú no vienes, Sisuthros —dijo Eskkar con firmeza—. Te necesitan aquí. Has trabajado mucho y muy duro para ganarte la confianza de los pobladores y no vamos a deshacer eso. Además, si hay un enemigo armado en Akkad, puede que necesitemos aquí una base segura.

—Capitán —comenzó a decir Sisuthros alzando la voz—, déjeme volver con usted. Hamati puede...

Un grito desde la plaza los interrumpió. Se pusieron de pie inmediatamente y se

apresuraron a salir justo cuando uno de los soldados de la puerta principal llegó hasta ellos, haciendo girar a su caballo para detener sus movimientos.

—Capitán —llamó tan pronto como recuperó el aliento—, viene un jinete desde el sur cabalgando a toda prisa.

—Tráelo aquí en cuanto llegue —ordenó Eskkar. No tenía sentido ir hasta la puerta. Se verían rodeados por una multitud de pobladores excitados y no podrían hablar en privado. Además, el hombre probablemente necesitaría comida y agua. El guardia asintió y a continuación partió a recibir al jinete.

Nadie se movió ni se marchó de la plaza, y el tiempo pareció alargarse hasta que llegaron tres hombres. Dos soldados de la entrada, medio cargando con un hombre sucio y andrajoso entre ambos, llegaron hasta la puerta antes de que Eskkar reconociera al hombre del medio. No había visto a Alexar desde hacía casi dos meses.

Lo llevaron a la casa y Lani le puso una copa de vino aguado en la mano. Alexar la vació de un trago y luego se dejó caer en un banco, apoyando la cabeza y los hombros contra la pared. Tenía los ojos hinchados y le resultaba difícil enfocar la mirada. Lani tomó la copa y la volvió a llenar. Alexar miró a los cinco hombres que había a su alrededor de pie, pero no dijo nada hasta haber vaciado la segunda copa.

Eskkar se sentó junto a él y le puso al soldado la mano en el hombro.

—¿Puedes hablar, Alexar?

—Sí, capitán —respondió con voz ronca—. No me he detenido ni un momento desde ayer al mediodía. He reventado cinco caballos en tres días para llegar.

—¡Tres días! —exclamó Sisuthros—. ¿Desde Akkad?

—Desde el sur de Akkad. Estaba con Bantor. Nos tendieron una emboscada a unas horas de la ciudad.

—¿Alur Meriki atacó tan cerca de Akkad? —Eskkar sintió temor ante la idea del regreso de los bárbaros—. Por los dioses...

—No fue Alur Meriki, capitán —interrumpió Alexar—. Bantor dijo que era alguien llamado Ariamus. Me dijo que usted conoce a ese hombre. Nos sorprendieron unos sesenta o setenta jinetes y mataron a la mitad de los nuestros antes de que los rechazáramos.

Nadie dijo nada por un momento, pensando en los amigos que podían estar muertos. Grond rompió el silencio:

—¿Quién es Ariamus?

Eskkar hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Y Bantor?

—Bantor sobrevivió. Me envió junto a otro jinete con caballos extra para encontrarte. Dejé al otro hombre en medio del camino cuando necesité su caballo. Tenía que comunicarte que Bantor está en la granja de Rebba esperándote.

—¿Cuántos hombres hay con Bantor?

—Dieciséis. Enviamos a unos pocos heridos al sur a ocultarse, pero éstos somos todos lo que sobrevivimos a la emboscada. Perdimos la mayoría de los caballos y dimos el resto a los heridos, así que Bantor, Klexor..., todos están sin montura.

—¿Qué está pasando en Akkad? —preguntó Eskkar.

Alexar sacudió la cabeza.

—No lo sé, capitán. Pensábamos que todo estaba en orden hasta la emboscada. Bantor cree que Ariamus debe de haber tomado el control de la ciudad. Se dirigían en esa dirección después de que los rechazáramos. Debe de haber más hombres en Akkad ayudándolos.

¡Akkad! Trella esperaba allí, con un bebé a punto de nacer en cualquier momento. Eskkar apretó el puño y se golpeó lentamente la pierna con él. Había perdido allí el tiempo y dejado a Trella en peligro. No sólo a Trella, sino también a otros; sus hombres tenían parientes y amigos en la ciudad. Nadie dijo nada, pero esa idea flotaba en el aire.

Lani regresó con un plato de pan y queso y se lo entregó a Alexar. El hombre lo sostuvo en la mano, pero no comió nada.

—¿Bantor estaba seguro de que era Ariamus? —preguntó Eskkar con voz amarga. Cuando Alexar asintió, continuó—: ¿Y creyó que podía llegar hasta la propiedad de Rebba sin peligro?

—Sí. Bantor dijo que marcharía hacia el norte, luego cruzaría el río y regresaría a la granja de Rebba. Esperaba encontrar botes a lo largo del Tigris para llevarlo hasta allá.

—Bantor ha hecho bien —dijo Sisuthros—. Mantuvo a sus hombres juntos y los llevó a un lugar seguro, al menos por un tiempo.

—Sí, lo ha hecho, a menos que le hayan seguido la pista —agregó Eskkar—. Alguien ha tratado de tomar el poder en Akkad en nuestra ausencia. Eso significa que ha habido peleas también en la ciudad. Trella debe de estar... Si alguien ha lastimado a Trella, pagará por ello. —Apretó los labios—. Bien, tendremos que movernos más rápido cuando marchemos. Comencemos a elegir a los hombres. Partimos a mediodía. Todavía podemos avanzar mucho camino antes de que oscurezca.

Sisuthros miró hacia el sol.

—Capitán, usted no sabe qué es lo que nos espera allí. Puede que necesite a todos sus hombres. Déjeme ir con usted.

—Te necesito aquí, Sisuthros. Además, tendré a Bantor y a sus hombres. Eso debería ser suficiente para encargarnos de Ariamus. Si no, lo que he dicho antes es aún más importante. Puede que necesitemos un lugar seguro, y Bisitun podría servirnos de refugio.

—Nadie querrá quedarse —dijo Grond—. La mayoría de los hombres tienen

esposa y familia en Akkad.

Esto comenzó otra discusión. Nadie quería quedarse en Bisitun, pero Eskkar no cambió de idea.

—Ahora, preparemos caballos y hombres.

Se pusieron de pie, pero se detuvieron cuando Lani habló con voz firme.

—Señor Eskkar, ¿puedo decir algo?

—Sí, Lani, ¿qué pasa?

Ella había permanecido sentada en silencio, lejos de la mesa, y Eskkar se había olvidado de su presencia, pues tenía todos sus pensamientos puestos en Trella.

—¿Ha pensado en el río?

—¿El río? —respondió Eskkar, con un dejo de irritación en la voz—. ¿Qué pasa con el río?

Sisuthros comprendió la idea al instante.

—¡Por supuesto! Ella tiene razón. Podría llegar allí en menos de tres días si se lleva los botes. Tenemos muchos veleros aquí, más que suficientes para cuarenta hombres.

Jinete por encima de todo, la idea de usar el Tigris para transportar soldados nunca se le había ocurrido a Eskkar.

—La granja de Rebba tiene su propio muelle —musitó mientras pensaba en la idea—. ¿Podemos llevar hombres y armas en los botes?

—Sí, pero no podrá llevar caballos. Así y todo, si llega a Akkad, no los necesitarán. Lo que hará falta es un modo de entrar a la ciudad. Tal vez Rebba y Bantor ya hayan pensado en algo.

—No sabemos manejar los botes —dijo Eskkar, todavía inseguro frente a este nuevo método de transporte. Había viajado en bote durante un día una vez, y no le había gustado la experiencia. Sabía que los botes pequeños, contruidos habitualmente de juncos, se volcaban con facilidad. Se perdían mercaderías y con frecuencia se ahogaban hombres.

—Por oro, los capitanes de los botes te llevarán a cualquier parte —dijo Sisuthros, alzando su voz, excitado—. Si van suficientes barqueros para relevarse, los botes pueden navegar día y noche. Viajarían mucho más rápido que a caballo.

La idea de viajar por el río de noche ponía nervioso a Eskkar. Pero si él y sus hombres podían hacer el viaje en dos o tres días en vez de cinco... Se decidió.

—Tú conoces a los hombres del río, Sisuthros. Tráelos y dispón los botes. —Pensó en algo más—. Y asegúrate de que no haya partido ningún bote desde ayer por la noche. No quiero que lleguen rumores de nuestro ataque, de nuestro viaje por el río, antes que nosotros.

—Tendrá que embalar las armas, los arcos, las flechas y comida —continuó Sisuthros, extendiéndose en la idea—. Probablemente querrá hombres que sepan

nadar, por si acaso. Y será un modo de mantener las cuerdas de los arcos secas. Mitrac sabrá de ello.

Eskkar miró en torno a la mesa. Grond asintió, pero Hamati dijo:

—No sé nadar.

—Yo sí —dijo Alexar—, pero aunque no supiera, volvería para ayudar a Bantor aunque tuviera que andar todo el camino.

Eskkar puso ambas manos sobre la mesa.

—Entonces partiremos lo antes posible. Sisuthros, comienza con los botes y lleva algunos hombres a que los custodien. Hamati, reúne a los hombres y averigua quién sabe nadar. Grond, mira a ver qué es lo que tenemos que llevar. Pregúntale a Mitrac qué otras cosas necesitarán los arqueros. Asegúrate de que tengamos todo. No nos detendremos en el camino.

## CAPÍTULO 20

**E**skkar marchó de la casa hasta el mercado, con sus lugartenientes detrás de él. El resto de sus hombres aguardaba allí, olvidadas las tareas cotidianas. Una mirada a los rostros serios de sus lugartenientes les advirtió que las noticias eran malas.

—Sisuthros, ¿están aquí todos los hombres? ¿Todos?

—Excepto los que custodian las puertas.

—Llámalos. Quiero que todos oigan las noticias. —Mejor que las oyeran de su boca y no de fragmentos de uno u otro soldado.

Sólo tardaron unos momentos. Los hombres que custodiaban las puertas llegaron a la carrera, juntándose con el resto de la tropa que había marchado hasta allí desde Akkad. Hasta los escribientes y los mercaderes esperaban para escuchar las palabras de Eskkar.

Eskkar se puso de pie sobre el carro del mercader más cercano y contempló a los hombres allí reunidos.

—Ya sabéis lo que pasó aquí anoche. Esta mañana hemos tenido noticias de que Bantor ha sufrido una emboscada y la mitad de sus hombres están muertos. Es posible que un enemigo se haya hecho con el control de Akkad.

Sus palabras los silenciaron. Continuó antes de que pudieran hacer preguntas:

—Me llevaré a cuarenta hombres a Akkad, todos voluntarios. Estoy decidido a matar a quien haya comenzado esto. Los demás os quedaréis con Sisuthros y...

Se oyeron gritos. Todos hablaban a la vez. Todos querían ir.

—¡Silencio! —Eskkar puso toda la fuerza que pudo en su voz—. Escuchadme, hombres. Sé que todos queréis ir. Pero no es posible. Primero, no hay botes suficientes. Y sólo iré con hombres que sepan nadar. El resto tendréis que permanecer aquí y fortificar la villa. Puede que haya algún ataque aquí, y los habitantes del poblado necesitan vuestra protección. Sisuthros y Hamati se quedarán en Bisitun y necesitarán vuestra ayuda.

—Pero ¿y mi familia? —La voz era la de uno de los jóvenes arqueros—. Mi mujer y...

—Los hombres que lleve conmigo protegerán a todas las familias, te lo prometo. Tendrás que confiar en ellos como siempre habéis confiado los unos en los otros. Ellos no os fallarán. Y os doy mi palabra de que haremos todo lo posible. Habéis confiado en mí antes. No me falléis ahora, cuando necesito vuestra lealtad y coraje.

Se oyeron gruñidos de decepción cuando los hombres se dieron cuenta de que algunos deberían quedarse. Eskkar dejó que protestaran durante unos momentos y luego alzó la mano.



—Sea lo que sea lo que haya sucedido en Akkad, lo resolveremos, lo juro —dijo Eskkar—. Nuestra ciudad no caerá en manos enemigas.

Un grito de aprobación se hizo eco en la plaza.

—El tiempo de hablar ha terminado —prosiguió—. Ahora es tiempo de vengar a los muertos de Bantor y rescatar a los nuestros. Cuanto antes comencemos, más pronto llegaremos a la ciudad. ¿Estáis conmigo?

Un rugido de asentimiento siguió a sus palabras y, por un momento, Eskkar pensó que le habían respondido quinientos hombres por lo menos; el clamor continuó hasta que alzó ambas manos.

—Entonces empecemos. Sisuthros, asegura los botes y las tripulaciones. Hamati, reúne las provisiones. Mitrac, encárgate de las armas. Grond, averigua quién sabe nadar y quién conoce el río. Drakis, consigue lo que necesitemos de los pobladores. ¡Moveos!

Los soldados y los pobladores trabajaron como esclavos el resto de la mañana. Eskkar y sus lugartenientes seleccionaron a los hombres que los acompañarían, un proceso que llevó más tiempo del esperado porque muchos soldados aseguraron que sabían nadar. Todos querían volver para recuperar Akkad. Para su sorpresa, muchos de los soldados habían vivido a la vera o cerca del río la mayor parte de sus vidas, y había unos cuantos que sabían nadar.

La obtención de los botes resultó más difícil. Incluso ofreciendo oro, dos propietarios de botes se negaron a ayudar y Sisuthros tuvo que requisárselos. Finalmente Sisuthros seleccionó seis botes. Cada velero necesitaría una tripulación de dos hombres y podía llevar por lo menos media docena de hombres, además de la carga. Los tripulantes utilizaron todas las sogas y cuerdas que encontraron en Bisitun para asegurar espadas, cuchillos, sandalias, comida, cualquier objeto que pudiera perderse. De ese modo, aunque el bote se hundiera, algo no improbable, la comida y las armas estarían aseguradas.

Mitrac ordenó que se untaran los arcos con grasa, se envolvieran luego en lienzos y se ataran. Una breve inmersión en agua no los debilitaría mucho. El maestro arquero guardó todas las cuerdas de los arcos en dos pequeñas vasijas de arcilla, luego las selló con abundante cera y las ató con trapos y paja, del mismo modo que los mercaderes transportaban la cerveza o el vino. Las jarras también fueron aseguradas a la carga, en el lugar más seguro. Las cuerdas tenían que mantenerse secas a toda costa. Si se mojaban, llevaría por lo menos un día secarlas y, durante ese tiempo, los arcos serían inútiles. Un poco de agua, decidió Mitrac, no afectaría a las flechas. Sin embargo, las guardaron en jarros, aunque no se molestaron en sellarlos tan cuidadosamente.

Todo eso llevó tiempo. La plaza de la villa y los muelles parecían un pozo de serpientes, con todos corriendo de un lado a otro. Lani organizó a las mujeres para

cocinar la mayor cantidad posible de comida. Todos los pollos que pudieron atrapar terminaron en el asador, y el aroma de la carne asada se extendía hasta los muelles. Los hombres tomarían una gran comida antes de partir y tenían aún más vituallas que llevarse consigo. Las mujeres encendieron los hornos una vez más y hornearon pan. Lani supervisó la recolección de frutas, dátiles y cualquier otro comestible que no se estropeará con el agua, los empaquetó y los envió a los botes.

Contando a Eskkar, Grond y Alexar, treinta y nueve hombres estaban reunidos en el espigón, listos para subir a bordo. Eskkar dio una orden a los elegidos.

—Silencio ahora. Yavtar va a hablaros. Escuchad con atención lo que tenga que deciros.

Yavtar era dueño de dos de los botes y estaría a cargo de uno de ellos. Sisuthros había tenido ya tratos con el dueño de los barcos, convertido en mercader, varias veces durante el último mes, y sugirió que Yavtar dirigiera toda la expedición. Grande, con brazos fuertes de años de manejar el remo, Yavtar se abrió paso hasta el centro de los acadios. Tenía el cabello rubio sucio y estaba atado en una coleta; no vestía más que una falda y un cinto que sostenía su cuchillo. Cuando habló, su profunda voz se oyó más allá de los muelles.

—Vais a ir en mis botes —comenzó—, y seguiréis mis órdenes al pie de la letra. Quien no quiera hacerlo tendrá que ir a nado. Mis órdenes, recordadlo, no las del señor Eskkar ni las de nadie más. En el río, todos me obedecen a mí.

Hizo una pausa para mirar a Eskkar, quien asintió en silencio.

—Todos esos botes llevarán mucha carga —continuó Yavtar—, y no quiero que ningún tonto los haga naufragar. Nadie se va a mover sin permiso del capitán del bote. Todos recibiréis remos, y se espera que los uséis. Vuestro señor —dijo Yavtar señalando a Eskkar con el pulgar— me ha prometido una bonificación si os llevo a Akkar lo antes posible. Así que remaréis cuando yo os diga, dormiréis donde, cuando y si yo os lo digo, y no os moveréis a menos que yo lo autorice.

Yavtar se volvió hacia Eskkar:

—¿Es eso lo que hemos acordado, señor Eskkar?

Eskkar alzó la voz:

—Todos nosotros haremos lo que nos digan los capitanes de los botes. Obedecedles como me obedecéis a mí. Queremos llegar a Akkad lo antes posible.

Yavtar miró el sol, que se acercaba a su punto más alto; luego se volvió a sus hombres, quienes estaban de pie a la orilla del río.

—Que embarquen los hombres —les ordenó, y se alejó.

Comenzó el embarque de los hombres. Los barqueros ya habían subido a bordo y asegurado la comida y las armas.

Eskkar notó una mano en el brazo; se volvió y se encontró con Lani.

—Señor Eskkar, llévate esto. Tal vez lo quieras más adelante.

La canasta tenía más comida, preparada en el último momento. Eskkar no había hablado con ella desde por la mañana temprano. Tomándola de la mano, la condujo lejos del espigón. Los ruidos de toda aquella actividad se elevaban a su alrededor, pero nadie prestó atención a la pareja.

—Lani —comenzó—, no sé qué estará pasando en Akkad. Pero enviaré a por ti en cuanto pueda. De otro modo, Sisuthros se asegurará de que estés bien cuidada y...

Lani negó con la cabeza.

—Eskkar, no tienes que preocuparte por mí. Asegura el bienestar de tu esposa. Ella es quien te necesita ahora. Haz lo que debas hacer. Esperaré a que vengas a buscarme.

Él la acercó hacia sí un momento, notó cómo sus manos le apretaban la espalda mientras él la estrechaba. Después se separó y vio sus ojos húmedos.

—Cuidaré de ti, Lani, mientras tú lo quieras. Recuérdalo. Tienes mi palabra.

Se volvió y regresó a los botes. Yavtar estaba esperándolo, y el marinero alargó la mano para guiar a Eskkar hacia el bamboleante bote, el más largo de los seis veleros.

—¿Sabe nadar, señor Eskkar?

—Lo suficiente —dijo Eskkar, agradecido por haber aprendido a hacerlo de pequeño—. Pero prefiero nadar cerca de la orilla, no en medio de la corriente.

—Entonces me aseguraré de naufragar cerca de la orilla —dijo Yavtar con una carcajada.

Con Eskkar a bordo y sentado, Yavtar se aseguró por última vez de que la cargada embarcación flotara bien en el agua. Tomó su puesto junto al timón y dio órdenes a los que estaban en los muelles. Los barqueros de proa soltaron la última de las cuerdas y la enrollaron dentro del bote, mientras los hombres que quedaban en la orilla lo empujaban hacia la corriente del río. Eskkar respiró aliviado. Ya estaban en camino.

La mitad de los hombres que acompañaban a Eskkar tenían alguna experiencia con embarcaciones, otra cualidad que Sisuthros había tenido en cuenta para decidir quiénes irían. Esos hombres, siguiendo las órdenes de Yavtar, comenzaron a remar, con movimientos lentos y regulares. La tripulación de Yavtar subió la pequeña vela que la nave llevaba en medio, resoplando mientras extendían por completo el pesado lienzo antes de atarlo en su sitio.

Gradualmente, el bote comenzó a tomar velocidad mientras se acercaba al medio del río.

—Estaremos más seguros aquí —explicó Yavtar—, donde la corriente es más veloz. No hay muchos rápidos entre Bisitun y Akkad, y es más fácil controlar el bote.

Una vez en el centro del canal, avanzaron con rapidez, y Eskkar calculó que lo hacían a una velocidad equivalente al paso rápido de un caballo. Mirando hacia atrás, vio los otros cinco botes, todos izando las velas.

Yavtar pasó mucho tiempo inspeccionando la vela y midiendo la línea de flotación de la nave, recolocando un poco a los hombres y mostrándoles cómo y cuándo remar. Los experimentados hombres de río no necesitaban la lección, pero nadie dijo nada. Yavtar no confiaba en que ninguno de ellos fuera capaz de sostener un remo. Se aseguró de que una sogá atara cada remo al bote.

Una hora más tarde, empezaron a asentarse. Pronto todos aprendieron a no realizar movimientos bruscos, y si un hombre tenía que cambiar de posición, los otros se quedaban quietos. Para alivio de Eskkar, el bote parecía lo suficientemente estable, y al poco dejó de preocuparse sobre la posibilidad de naufragar. El leve viento soplaba desde el norte, ayudando a empujar los botes río abajo, y avanzaban a un ritmo sostenido.

Aunque el bote llevaba a nueve hombres, la carga era escasa, así que la embarcación respondía bien a Yavtar. Con todos remando, incluso a ritmo suave, el bote se movía con rapidez, tomando más velocidad cuando lo ayudaba el viento, el cual se mantuvo constante hasta la caída del sol. Después cambió de dirección y Yavtar ordenó que arriaran la vela.

Eskkar abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

Yavtar observó el gesto.

—Es demasiado peligroso por la noche, capitán —le explicó, en tono un poco más conversador, ahora que sabía que los soldados podían obedecer órdenes—. Es difícil ver las rocas o cualquier cosa que flote por el agua. Tendríamos que haberla bajado de cualquier manera. Remaremos hasta que salga la luna.

Eskkar protestó un poco ante estas noticias. Pero sabía que incluso un leve remar movía el bote a buen ritmo. Aprendió a usar el remo de modo ligero y suave, lo que suponía poco esfuerzo. Remar servía tanto para guiar el bote y mantenerlo centrado en el río como para avanzar.

Cuando salió la luna, Yavtar aumentó el ritmo.

—Nunca he navegado toda una noche antes, señor Eskkar. Será interesante ver cuánta distancia podemos recorrer hasta el amanecer.

A la luz de la luna, Eskkar apenas podía ver los botes detrás de él, los cuales mantenían la distancia. Esperaba que los demás botes los estuvieran siguiendo, a intervalos adecuados.

Remara o descansara, Eskkar tenía el pensamiento fijo en Akkad. La idea de que Trella pudiera estar muerta lo perturbaba, llenándolo de furia y angustia. Recordaba el miedo que había sentido cuando la apuñalaron en la calle. Faltó poco para que muriera ese día. Recordó cómo tuvo que apartar la vista cuando el sanador le vendó la herida, incapaz de verla sufrir.

Al menos entonces podía concentrarse en la venganza. Ahora se culpaba a sí mismo por lo que hubiera podido sucederle. Eskkar se había sobrepasado en su

estancia en Bisitun. Se había solazado con Lani, apenas había pensado en Trella, en su bienestar, ni en el del niño que estaba en camino. Fuera lo que fuese lo que le había sucedido, no habría tenido lugar si él hubiera llegado antes. En cambio, había pospuesto su regreso una y otra vez, diciéndose a sí mismo que Trella tenía todo bajo control, que él podía ser de más utilidad en Bisitun. Mirando hacia el río, se maldijo por todos los males sucedidos, tan negros sus pensamientos como las aguas que surcaban.

Grond debía de saber qué pensamientos preocupaban a su jefe.

—Capitán, no hay nada que pudiera haber hecho. Los asesinos dejaron Akkad hace diez días. Si hubiéramos estado en Akkad y cuatro hombres lo hubieran atacado de repente en la calle, ambos podríamos estar muertos. Permanecer en Bisitun puede haberle salvado la vida.

—¿Y Trella? No sé si está viva o muerta. Espero que esté a salvo.

—En lo que debe pensar ahora es en cómo se preparó este plan —replicó Grond—. ¿Cómo sucedió sin que se enteraran los espías de Trella? ¿Quién urdió semejante intriga, reclutó los hombres, tendió una emboscada a Bantor y envió asesinos en su busca? Ninguno de los mensajeros, incluyendo a los jinetes del clan del Halcón, había siquiera mencionado ningún rumor respecto a problema alguno.

Eskkar no dejaba de darle vueltas a lo mismo.

—Hace falta oro para reclutar a tantos hombres, incluso con la promesa de un botín como Akkad. No conozco a nadie en Akkad que pudiera maquinar semejante conspiración.

—Y yo no creo que nadie en Akkad pudiera hacerlo sin que algo se filtrara hasta la señora Trella —comentó Grond—. Tal vez sea ese Ariamus. ¿Quién es?

Eskkar habló a Grond sobre Ariamus y los sombríos días de Akkad antes de la llegada de Alur Meriki. Grond soltó un gruñido cuando Eskkar terminó, pero no dijo nada. Sin embargo, hablar con Grond le sirvió a Eskkar para clarificar la mente. Quizá por primera vez desde el ataque de la noche anterior, comenzó a pensar con claridad. Siguió remando; los lentos y firmes movimientos le mantenían los músculos ocupados y le calmaban la mente, mientras daba vueltas en la cabeza a los pocos datos que tenía.

A Bantor lo habían atacado en el camino, a pocas horas de distancia de Akkad. Eso habría destruido cualquier fuerza de soldados organizados fuera de la ciudad. Los asesinos que trataron de matarlo a él en Bisitun. La noticia sobre la muerte de Eskkar seguramente habría alterado a los soldados, y podría haber demorado cualquier respuesta ante un aviso de problemas en Akkad. Entonces alguien había querido mantener a los soldados fuera de la ciudad, sin duda mientras consolidaba su control. Su muerte, incluso la emboscada a los hombres de Bantor, no significaba nada sin la toma de poder en la ciudad.

Y Grond había dicho la verdad. Poco sucedía en Akkad de lo que Trella no se enterara más tarde o más temprano. Ariamus no se habría atrevido a mostrarse en la ciudad. A pesar de las habilidades guerreras del antiguo capitán de la guardia, no era capaz de embaucar a Trella. Ariamus, pensó Eskkar, necesitaba un aliado dentro de la ciudad, alguien que pudiera planear el modo de tomar el poder en Akkad, un noble desencantado o un mercader rico, incluso, tal vez, un recién llegado. Eskkar maldijo por lo bajo. Necesitaba más información.

—No hay nada que hacer ahora, capitán —dijo Grond al escuchar la maldición—, excepto llegar hasta donde se encuentran Bantor y Rebba. Ellos nos dirán lo que ha sucedido.

Así que Grond había llegado a la misma conclusión.

—Necesitaremos estar atentos, Grond, cuando lleguemos a casa de Rebba. Podría ser una trampa. Bantor y sus hombres podrían haber sido capturados días atrás y torturados.

Yavtar gritó desde la popa, diciéndoles que se tomaran un descanso. Eskkar levantó el remo y se lo puso sobre las rodillas. Quería seguir remando, no perder ni un momento, pero los demás necesitaban descansar. El bote siguió moviéndose, fluyendo con la corriente, cada instante acercándolos a Akkad.

La noche pasó con rapidez. Cuando los hombres no remaban, dormían junto a los remos. Eskkar se examinó las heridas varias veces, pero no vio señales de sangre. El dolor había desaparecido, aunque todavía notaba el brazo duro y resentido.

El amanecer los halló a muchas millas río abajo de Bisitun. Cuando Yavtar calculó la distancia recorrida, sonrió por primera vez desde el comienzo del viaje.

—Vamos bien, señor —anunció—. Y lo que es más importante, no hemos naufragado ni perdido ningún remo, y nadie se ha ahogado, al menos de momento. Sus hombres no son malos marineros. Creo que podremos acelerar la marcha en cuanto hayan comido.

Comieron sin dejar sus puestos pedazos de embutidos secos regados con agua cogida directamente del río. El pan completó la comida. Yavtar disminuyó la marcha del bote y esperó hasta que las otras embarcaciones lo alcanzaron. Después de consultar con los otros capitanes, gritó una serie de órdenes incomprensibles sobre la velocidad a la que viajarían ese día, con una voz que retumbó en el río. Ordenó que izaran la vela y que los hombres volvieran a los remos.

Eskkar apenas notó el esfuerzo extra exigido por Yavtar, pero el bote se movió mucho más rápidamente. La mañana había traído una brisa constante desde el este, así que inclinaron la vela en dirección al viento, y eso sólo ya los habría mantenido a buena velocidad. Con seis hombres en los remos, el bote parecía moverse al doble de velocidad que la tarde anterior, mientras el agua se agitaba ruidosamente en proa. Consultó a Yavtar sobre la velocidad, preguntándole si podían avanzar con más

rapidez aún.

—No es probable, señor —respondió Yavtar, sentado en la popa con el remo del timón bajo su brazo—. Remando a este ritmo todos estarán cansados cuando termine el día, se lo prometo. Mejor rezar a los dioses para que no cambie más el viento, o nos detendrá en vez de empujarnos hacia delante.

Para mantener la mente ocupada, Eskkar observó cómo soplaba el viento, y se fijaba en la manera en que el marinero de Yavtar ajustaba continuamente la vela para aprovecharlo. Hacia el mediodía, Eskkar pensó que lo había entendido y que podría incluso él mismo manejar la vela, hasta sin las órdenes de Yavtar.

El sol del mediodía disminuyó el viento. Yavtar comenzó a observar la costa en busca de señales, hasta que encontró lo que buscaba. Una pequeña isla donde crecían dos álamos apareció cerca de la costa oeste. Yavtar giró el timón y enfiló directamente hacia un banco de arena el bote, que, al detenerse, siseó bajo Eskkar. La repentina inmovilidad le pareció extraña después del movimiento constante durante todo un día. Antes de que Eskkar pudiera cuestionar la demora, Yavtar le explicó:

—Descansaremos aquí mientras reviso los otros botes y recoloco la carga. Todos podéis estirar las piernas.

Uno por uno, hicieron encallar los botes en la blanda arena al lado del velero de Yavtar. Tan pronto como los hombres desembarcaron, Yavtar llamó a los capitanes de las naves y habló con cada uno de ellos. Cuando terminó, fue con ellos hasta el agua para comprobar los cascos, por si hubiera filtraciones, moviendo las naves a un lado y al otro para inspeccionar todo lo que fuera posible. Después, Yavtar se aseguró de que el capitán de cada bote tuviera lo necesario y comprendiera sus órdenes.

En cuanto los hombres revisaron los botes y realizaron las reparaciones necesarias, Yavtar ordenó que se desembalara la comida. El esfuerzo constante al aire fresco les había abierto a todos el apetito, y devoraron casi la mitad de la comida. Cuando terminaron de comer, tuvieron que esperar hasta que los marineros recolocaron la carga y las armas, atándolo todo. Sólo entonces pudieron los soldados regresar a los botes, a ocupar sus puestos cuidadosamente. Con un resoplido, Yavtar dio la orden de continuar río abajo.

—Ya hemos tenido nuestra gran comida del día, señor —dijo Yavtar algo más tarde, masticando todavía un pedazo de pan—. La cena de esta noche será pan duro mientras remamos e intentamos mantener el ritmo.

—¿Cuánto hemos avanzado, Yavtar? —preguntó Eskkar.

—Más de lo que creía posible. Sus hombres tienen fuertes espaldas, lo reconozco. Siempre me había preguntado lo veloz que podría ser un viaje si se navegaba durante la noche, pero nunca pensé que haría un viaje semejante. Demasiado arriesgado para la carga. —Se rió, pero luego guardó silencio.

El paisaje a ambos lados pasaba con rapidez, y quienes estaban en tierra no

prestaron, o prestaron muy poca atención a su paso. Un puñado de granjeros hizo una pausa para mirarlos boquiabiertos y, en otra ocasión, algunos pastores que cuidaban pequeños rebaños de ovejas corrieron a lo largo de la orilla, saludando y gritando excitados, mientras pasaban los botes, uno tras otro. Sin embargo, salvo por algunas mujeres que buscaban agua o que lavaban ropa, poca gente trabajaba a orillas del río. Eskkar intentó ver el camino paralelo al río, pero en muchos lugares discurría a casi media milla de distancia.

Por suerte, se dijo Eskkar, ningún viajero que regresara a caballo prestaría mucha atención a su paso. Si alguien los veía, para cuando pudieran ir con el cuento los botes ya estarían Tigris abajo, moviéndose más veloces que cualquier caballo.

No volvieron a detenerse hasta el atardecer. Yavtar aprovechó lo que quedaba de luz diurna para varar su bote una vez más, en esta ocasión en la orilla este. Mientras inspeccionaba su nave, Eskkar examinó los fardos que contenían las cuerdas de los arcos, para asegurarse de que los sellos estuvieran firmes y secos. Uno de los botes más pequeños había volcado a primera hora de la tarde después de rozar unas rocas; los hombres lo habían enderezado con rapidez, apañándose para alcanzar a los demás, sin que hubiera nada que reseñar. Aparte de eso, ningún otro percance había tenido lugar.

—Asegúrate de que los hombres terminen la comida, Grond —ordenó Eskkar. Habría mucho para comer en la granja de Rebba. O eso, o se verían en problemas.

Comieron en silencio. Esta vez Eskkar y los demás se obligaron a tragar tanta comida como les fue posible. Podrían tener que luchar antes de volver a comer, y sólo quedaban unas pocas hogazas de pan cuando los hombres volvieron a embarcarse. No se habían detenido más de lo necesario y la oscuridad volvió a cubrir el río mientras avanzaban. Esta vez Yavtar disminuyó un tanto el ritmo de remo. El río se estrechaba un poco al acercarse a Akkad y la corriente se aceleraba. Así y todo, Eskkar notó dolor en los brazos por el esfuerzo constante.

Remaban a buen ritmo; lo aumentaron cuando salió la luna y Yavtar alzó la vela. El capitán del bote ordenó a su marinero que se ocupara de la vela, preparado para dejarla caer sobre cubierta a la primera señal de problemas. Remaron casi cuatro horas antes de que Yavtar ordenara otro descanso; esta vez se acercó hasta acuclillarse al lado de Eskkar.

—Señor, creo que estamos a poco más de tres horas del muelle de Rebba. Si nada sale mal, estará en la costa poco después de pasada la medianoche. Eso le dará suficiente tiempo para descansar y estirar las piernas.

—Se lo agradezco, Yavtar. Todavía no puedo creer que hayamos cubierto tanta distancia tan rápidamente. Nos hubiera llevado días por la ruta a Akkad.

Los dientes de Yavtar brillaron a la luz de la luna.

—He disfrutado del viaje más de lo que imagina. Siempre quise correr contra el



río, y me ha dado la oportunidad, además de pagarme bien. En menos de dos días, hemos recorrido casi ciento treinta millas. Ningún hombre, ningún capitán de río lo había logrado antes.

—Esto me ha hecho pensar en la posibilidad de utilizar el río para el transporte de personas en el futuro, Yavtar. No me olvidaré de lo que he visto y aprendido en este viaje.

El capitán del bote volvió a concentrar su atención en el río por unos momentos y Eskkar pensó que había concluido la conversación.

—Señor Eskkar —dijo Yavtar—, cuando desembarque, quiero ir con usted.

Eskkar parpadeó sorprendido.

—Pensé que planeaba regresar a Bisitun. Pelearemos a muerte en Akkad.

—Iba a hacerlo, pero he cambiado de idea —gruñó Yavtar, como si se sorprendiera de su propia decisión—. En toda mi vida, he visto más bandidos, piratas, ladrones y asaltantes a lo largo del Tigris de los que usted pueda imaginarse. A veces los llevaba de un lado a otro, y más de una vez me enfrenté a ellos. Pero sus soldados son diferentes. Los he observado a usted y a sus soldados durante estos dos días. No muestran miedo ni dudas. No se jactan de lo que han hecho o de lo que harán. Siguen sus órdenes sin pensar ni preocuparse por el peligro.

—Son buenos hombres —respondió Eskkar, intentando comprender lo que había detrás de las palabras de Yavtar— y están bien entrenados. Tal vez ésa sea la diferencia.

—Sí, tal vez. Pero usted los instruyó, ¿verdad? Y les dio un hogar y un clan. Por eso creo que usted triunfará en Akkad, capitán, pase lo que pase. Y por eso quiero luchar a su lado. Creo que quiero formar parte de la victoria. Y sería agradable contar con un clan propio, para cuando sea demasiado viejo para recorrer el río.

Eskkar consideró las palabras del hombre por un momento. Yavtar no parecía mucho mayor que él, por lo que el marinero podía navegar por el Tigris durante muchos años. Aun así, todo hombre quería un hogar en alguna parte, un lugar seguro para vivir con su familia y pasar sus años de vejez.

—Le doy la bienvenida a la lucha, Yavtar —dijo Eskkar, usando lo que él consideraba su voz formal—; el clan del Halcón siempre necesita buenos hombres.

—Gracias, señor Eskkar. —Se volvió a la popa—. Sigán remando, hombres. No queremos perder tiempo.

Fiel a su palabra, antes de que pasaran tres horas Yavtar comenzó a guiar el bote más cerca de la orilla este. Ordenó que disminuyeran el ritmo y los otros botes pronto los alcanzaron, manteniendo la distancia mínima para evitar chocarse.

Eskkar se preguntó cómo Yavtar podía estar seguro de su ubicación. La oscuridad más profunda en tierra le resultaba impenetrable, incluso a la luz de la luna. Momentos después, Yavtar dirigió el bote hacia la orilla. Eskkar todavía no veía nada,

y el marinero de Yavtar ya se había aferrado al muelle antes de que éste pudiera verlo. Tanto Yavtar como su marinero saltaron por la borda al agua, con sogas en las manos, y arrastraron la nave para que se ciñera contra el muelle.

En éste sólo había sitio para uno de los veleros; dos botes pequeños, sin duda pertenecientes a Rebba, ocupaban el espacio restante. Por tanto, los otros veleros se acercaron con cuidado, hasta que los hombres pudieron empujarlos hasta la orilla, luchando contra la corriente para acercar los pesados botes a tierra todo lo posible. En cuanto cada bote hubo tocado tierra, los hombres con sus fardos bajaron con cuidado y comenzaron a avanzar por la orilla, hasta que todos estuvieron en tierra. Grond fue el primero, y ya se alejaba de la orilla. Para ser un hombre tan grande, podía moverse en silencio cuando hacía falta. Todos los hombres del bote de Eskkar lo siguieron, armados sólo con sus espadas, y desaparecieron en la oscuridad, para asegurarse de que nadie les tendiera una emboscada.

Eskkar soltó una maldición por el ruido que hacían. Los hombres se tropezaban en la oscuridad. Esperaba que el río amortiguara los ruidos, y que con suerte no se oyeran por encima del rumor del agua. Finalmente, todos estuvieron en tierra firme, aunque ahora Eskkar se sentía extraño, y le temblaban las piernas.

La tripulación de los botes les entregó los arcos, todos en un fardo, y luego las jarras con las cuerdas para los arcos. Eskkar volvió a maldecir cuando los ruidos resonaron haciendo eco en el río. Estaba seguro de que podían oírles desde Akkad.

Por fin tenían todas las armas en tierra. Los soldados se separaron, cada uno preparando su arco y aprestando las flechas y las espadas. Para entonces Grond había regresado.

—Capitán, nada sospechoso. Me he acercado tanto como me he atrevido. Más cerca y habría despertado a los perros. Pero no hay nada.

—¿Ni centinelas, ni guardias, ni caballos?

—No, no hay caballos excepto los tres o cuatro que Rebba debe de tener en su corral.

—Bueno, tendremos que arriesgarnos. Iré delante y veré qué...

—No, capitán —interrumpió Grond—. Ya he pensado en eso. Enviemos a Alexar y que él se acerque como si llegara desde Akkad. Si todo va bien, podrá informarnos; si no, todavía estaremos a tiempo de usar los botes.

Eskkar se mordió el labio. Grond tenía razón. Los viejos instintos de Eskkar hicieron que quisiera apresurarse, pero Grond y los demás no le dejarían, y no tenía sentido discutir.

—Ya estoy listo, capitán —murmuró Alexar. Había visto regresar a Grond y se había acercado—. Yo sabré si algo no está bien. Traeré conmigo a Bantor.

—Sabes que hay perros, ¿verdad? —dijo Eskkar—. Los perros empezarán a ladrar en cuanto te oigan.

—Sí. Pero no se puede hacer nada —respondió Alexar—. Se despertarán de todos modos, así que será mejor que nos apresuremos. El ruido no llegará hasta la próxima granja.

—Ten cuidado —dijo Eskkar, poniéndole a Alexar la mano en el brazo. Al instante de decirlo se maldijo por desperdiciar el aliento; no era necesario recordar a nadie que tuviera cuidado. Lo vio desaparecer en la oscuridad; Grond iba abriendo paso para mostrarle a Alexar la ubicación del camino y de la granja.

Apretando el puño por tener que quedarse allí sin hacer nada, Eskkar se adelantó hasta que pudo entrever el grupo de edificaciones que constituían la granja de Rebba. Momentos después los perros comenzaron a ladrar. El ruido siguió y siguió durante lo que pareció una eternidad, antes de que una luz apareciera en la ventana de la casa principal. Pero el brillo se apagó casi de inmediato, y los perros dejaron de ladrar. Después de lo que le pareció una vida entera, vio a dos hombres acercándose en la oscuridad, dirigiéndose hacia el muelle.

Todavía preocupado ante la posibilidad de una emboscada, Eskkar intentó ver en la oscuridad alguna señal de otros movimientos, con la mano en el pomo de su espada. Se sintió aliviado cuando oyó que una voz familiar lo llamaba. Después Bantor cubrió corriendo los pasos que los separaban y abrazó con fuerza a Eskkar, palmeándole la espalda.

—Gracias a los dioses, capitán. ¡Qué alegría me da verlo! Vayamos a la casa.

Con Alexar y Bantor abriendo la marcha, Eskkar dio órdenes y dirigió a los soldados hacia la granja. Avanzaron en fila india, para dejar el menor rastro posible. Los perros ladraron un poco más, nerviosos al ver aproximarse a tantos hombres. Eskkar oyó voces: sin duda eran los granjeros de Rebba, que ordenaban a los perros que se callasen y los mantenían alejados de los soldados.

Bantor guió a su capitán y a Grond a la casa principal, mientras que Alexar condujo al resto a otro edificio. Cuando se abrió la puerta, Eskkar vio arder una pequeña lámpara. Pesados cueros cubrían las ventanas e impedían que se viera la luz.

Rebba estaba de pie, esperando. Ya había enviado al resto de su familia a la otra casa. Les hizo señas para que se acercaran a los bancos que había en torno a la mesa y encendió una segunda lámpara más grande, que daba luz más que suficiente, aunque humeara bastante. Rebba se sentó en un extremo, mientras que Eskkar lo hizo al otro. Para entonces, Mitrac, Alexar y Klexor se les habían unido y, para sorpresa de Eskkar, también Yavtar. El marinero había seguido en silencio a los soldados. Eskkar se fijó en que Yavtar se había atado unas sandalias en los pies, habitualmente descalzos, y que llevaba una espada corta a la cintura.

—¿Cómo está Trella? —Eskkar tenía que saberlo, aunque temiera la posible respuesta.

—Está viva, prisionera en tu casa —respondió Rebba.

Eskkar respiró aliviado. Todavía tenía tiempo de salvarla.

—¿Cuántos hombres has traído, señor Eskkar?

La voz de Rebba se oía frágil, pero la urgencia de su pregunta distrajo a Eskkar de sus pensamientos respecto a Trella. Una de las hijas de Rebba entró en la casa, llevando una jarra con agua fresca. Comenzó a escanciarla, mirando nerviosa en torno a la mesa, mientras los hombres se acomodaban, hombro con hombro.

—Treinta y nueve; no, cuarenta, contándome a mí, noble Rebba —respondió Eskkar. Vio las miradas de decepción en los rostros de Rebba y Bantor—. Hemos venido en bote por el río, y nos hubiera tomado tres o cuatro días más venir aquí con más hombres.

Rebba sacudió la cabeza.

—No tienes soldados suficientes. Hay muchos hombres dentro de Akkad que ahora siguen a Korthac. —Vio el gesto de desconcierto en el rostro de Eskkar—. Ah, sí. No conoces a ese hombre. Llegó menos de una semana después de tu partida.

Eskkar se mordió la lengua, resistiendo el impulso de interrumpir con preguntas. El relato de los eventos llevó casi una hora. Rebba relató lo sucedido en la ciudad y luego Bantor describió la emboscada en el camino. Rebba concluyó con lo que había pasado desde entonces.

—Ahora —dijo Rebba terminando el relato—, los alrededor de cuarenta soldados que aún siguen vivos son utilizados como esclavos y encerrados y vigilados en los viejos cuarteles. Los hombres de Korthac, que ahora son alrededor de doscientos, aterrorizan a los pobladores. Ha habido muchos robos y violaciones. Cualquiera que se resiste muere horriblemente en la plaza del mercado. Todos los mercaderes y comerciantes deben pagar un impuesto simplemente para seguir vivos y poder negociar. —Miró a Eskkar desde su extremo de la mesa—. Tienes que buscar más hombres y luego encontrar la manera de expulsarlos.

—Es lo que intento hacer, Rebba —dijo Eskkar—. ¿Has visto a Trella?

—No, pero ella está en sus aposentos, con Annok-sur, dando a luz. —Rebba vio la expresión en el rostro de Eskkar y se dio cuenta de que no lo había relatado todo—. La señora Trella está de parto desde esta tarde. No sé cómo...

—¿Dices que Trella está bien?

—Sí, eso es lo que he oído hoy —respondió Rebba—, pero sólo son rumores de los sirvientes. Trella y Annok-sur están encerradas en las habitaciones superiores de tu casa. Korthac usa el cuarto de trabajo durante el día, pero por la noche duerme abajo. Dicen que se ha buscado unos cuantos jovencitos y jovencitas como compañeros de lecho.

—No me importa con quién duerma —dijo Eskkar, apretando los puños—. Morirá en cuanto le ponga las manos alrededor del cuello.

—No será fácil, Eskkar —replicó Rebba sacudiendo la cabeza—. Las puertas

están muy vigiladas y los muros patrullados noche y día, tanto para mantener al pueblo dentro como a los intrusos fuera.

Bantor golpeó la mesa con su puño.

—Tenemos que entrar, capitán. Los hombres de Ariamus se pasan la noche en las tabernas bebiendo. Los mataremos con facilidad. Mis hombres han estado practicando a diario con el arco y la espada.

—¿Dices que Gatus está oculto con Tammuz?

—Sí, los hombres de Rebba lo encontraron hace dos días —dijo Bantor—. Gatus envió tres hombres aquí cuando se enteró de dónde estábamos.

—¿Qué más dijo? —Eskkar conocía bien a Gatus.

—Hace dos días, mandó a decir que Tammuz había estado observando a los guardias. Gatus dice que la calle de los carniceros es el lugar por donde entrar. Él nos ayudará, si le damos aviso.

Eskkar sonrió. La calle de los carniceros era donde, cuando tuvo lugar el asedio, Alur Meriki casi había tomado la muralla durante un ataque nocturno. Mientras descendía río abajo, había estado pensando en ese mismo punto para escalar la muralla. Pero no había tiempo de darle aviso. Podrían ser descubiertos en cualquier momento. Contaba con los hombres que tenía a su mando.

—Entonces tenemos tus veinte hombres, Bantor, y mis treinta y nueve. Eso nos da...

—Sesenta y dos, capitán —interrumpió Yavtar antes de que Eskkar pudiera completar mentalmente la suma—. Eso nos incluye a mí y a mis dos marineros, dispuestos a arriesgar nuestras miserables vidas por un puñado de oro. El resto se quedará en los botes para el caso de que los necesitemos. Le dije que deseaba luchar a su lado. Yo sé blandir una espada.

—Estoy seguro de ello, Yavtar —dijo Eskkar.

Luego se detuvo un momento. Había estado sopesando varias ideas sobre cómo entrar en Akkad, sobre cómo trepar el muro. No creía que pudiera hacer entrar a sesenta hombres sin alertar a los centinelas de Korthac, por muchos cuellos que cortara en la oscuridad. La presencia de Yavtar les brindaba otra posibilidad, un camino mejor.

—Yavtar, tengo una tarea para ti, si estás dispuesto. Una tarea peligrosa. —Miró en torno a la mesa—. Esto es lo que quiero que hagas.

Explicó su plan, con sus hombres cerca y escuchando atentamente cada palabra. Eskkar no había pensado en otra cosa durante la mayor parte del día, y ahora Bantor y Rebba le habían suministrado la información que necesitaba. La oferta de Yavtar de sumarse a la batalla les daba incluso otra opción.

Cuando Eskkar concluyó, sus lugartenientes empezaron a completar el plan. Todos habían luchado juntos con anterioridad, trabajado en las defensas durante el

asedio y planeado ataques contra los bárbaros y bandidos. Sabían qué hacer y qué sugerir.

Eskkar dijo poco mientras ellos hablaron, y Bantor, Alexar y Mitrac hicieron sus sugerencias y preguntas. Todo el proceso llevó poco tiempo. Los lugartenientes sabían cómo preparar a sus hombres. En menos de una hora estarían todos listos.

Rebba escuchó sin hablar durante todo el proceso. Ahora sacudía la cabeza mientras los hombres comenzaban a levantarse de la mesa.

—¿En verdad crees que ese plan funcionará? ¿Por qué no esperas hasta mañana por la noche? De ese modo podrás tener la ayuda de Gatus y de los que quedan dentro de la ciudad, dispuestos a pelear.

Bantor respondió antes de que Eskkar pudiera hacerlo:

—No. Eskkar tiene razón. Tiene que ser ahora. En un día puede pasar cualquier cosa. Podrían descubrirnos, o Korthac podría enterarse de que Eskkar está en camino. Si sospechan que estamos aquí... No, debemos atacar esta noche.

—Funcionará, Rebba —agregó Klexor—. Esos hombres son bandidos y no pertenecen siquiera al mismo clan. La mitad de ellos huirá a la primera señal de peligro.

—Aunque huya la mitad —respondió Rebba—, siguen siendo más que nosotros. Y los hombres de Korthac son guerreros experimentados, no bandidos. No huirán. Si esperamos uno o dos días más, podemos hacer que la mayoría de los ciudadanos se unan a nosotros.

—Nos descubrirían —dijo Bantor, golpeando otra vez la mesa con el puño—. Además, no los necesitamos. Sólo tenemos que saltar las murallas, y cuando lo hagamos atravesaré con mi espada a Ariamus y lo veré morir por lo que hizo a mis hombres.

Eskkar miró a su lugarteniente, sorprendido por la vehemencia de Bantor. Recordó los rumores respecto a Ariamus y Annok-sur; los había olvidado hasta ese momento. Eskkar se dio cuenta de la furia que debía de arder en el corazón de aquel hombre.

—Al menos mantén tus fuerzas unidas, Eskkar —rogó Rebba—. Dividirlas...

—No, Rebba. Lo importante es entrar en Akkad. —Eskkar habló con convicción—. Si permanecemos juntos y no podemos entrar, entonces fracasaremos. De este modo, aunque sólo la mitad de nosotros tenga éxito, podremos provocar el levantamiento de la ciudad. Además, tú dices que los hombres de Korthac están por toda Akkad. Cuantos más lugares atacemos, mayor será la confusión.

*Y eso me da más oportunidades de rescatar a Trella.* Eskkar había decidido eso también en el río. Si conseguía salvarla, poco le importaba que todo lo demás fallara. Le daba igual que la gente de Akkad viviera con ese demonio de Korthac.

El silencio se impuso alrededor de la mesa. O ninguno de los lugartenientes de

Eskkar encontraba defectos en su plan o sencillamente querían ir a luchar.

—Entonces iré contigo —dijo Rebba, con voz resignada—. Pase lo que pase, estoy comprometido. Si fracasas, me matarán y confiscarán mis propiedades. Así que recorreré las calles azuzando a la gente para que se levante, mientras te enfrentas a los soldados de Korthac. La gente me reconocerá y muchos obedecerán mis palabras, sobre todo cuando les diga que Eskkar ha regresado para salvarlos.

Eskkar comprendió la situación de Rebba. Si Eskkar fracasaba, Korthac se enteraría de la participación de Rebba. Todos arriesgarían sus vidas esa noche. Miró en torno a la mesa, pero nadie dijo nada más.

—Decidles a vuestros hombres que maten primero a los egipcios —dijo Eskkar, eligiendo sus palabras con cuidado—. El resto de la turba se dispersará. Aseguraos de que vuestros hombres griten a voz en cuello. Que su grito de batalla sea: «¡Que nadie escape!». Eso atemorizará a esos bandidos.

—Necesitamos otro grito más —sugirió Klexor—: «¡Eskkar ha regresado!». Creo que eso levantará al pueblo.

Eskkar asintió.

—Bien. Dos gritos de batalla nos harán parecer aún más fuertes.

La noche avanzaba y el tiempo de las palabras llegaba a su fin.

—Entonces comencemos. Todavía hay cosas que preparar, y no quiero que nuestros enemigos disfruten mucho del sueño antes de que los despertemos.

## CAPÍTULO 21

**K**orthac se despertó unas pocas horas después de haberse satisfecho con la muchacha, que yacía en el suelo con las piernas salpicadas de sangre. Le había ordenado que no se moviera, y disfrutaba al ver que ella había aprendido a obedecer.

Demasiado joven para el acto amoroso, había sollozado de dolor. Él había disfrutado también con eso, viendo el terror de sus ojos, pues la asustaba tanto como la hacía sufrir. En las últimas cuatro noches había llevado a su lecho a compañeros jóvenes nuevos, alternando entre sexos, disfrutando por fin la oportunidad de satisfacerse sin límites. No era que Korthac sintiera siquiera el impulso de esas necesidades básicas, como la mayoría de los hombres. Podía pasarse meses en el desierto sin compañía de ningún tipo y apenas lo consideraba un inconveniente menor. Sin embargo, ahora que tenía a toda Akkad a sus pies y deseosa de satisfacerlo, intentaba recuperar el tiempo perdido.

Cuando se aburriera de los hijos jóvenes de los nobles y de los ricos mercaderes, comenzaría con sus hijas y esposas, quedándose con una docena como concubinas, hasta que se quedaran embarazadas. Cuando eso sucediera, las enviaría de regreso a sus familias y observaría sus rostros cuando criaran a sus hijos. Korthac estaba decidido a llenar la ciudad con sus vástagos, para que, en años venideros, todos pudieran ver el poder de su conquista.

La diversión de esa noche había sido satisfactoria sin más. El cuarto que había ocupado en el piso inferior de la casa de Eskkar, hacía dos días, carecía de puerta, sólo una pesada cortina para proporcionar un mínimo de intimidad. En un día o poco más, se mudaría a los cuartos superiores y relegaría a Trella a esa humilde pieza. Ella dormiría en el suelo, compartiendo una manta con su sirviente Annok-sur. Después de unos días, Trella tendría la manta para ella sola; Korthac planeaba entregar a Annok-sur a sus hombres antes de torturarla.

Había dejado que Trella mantuviera su habitación más como un gesto hacia el pueblo que porque le preocupara su comodidad. Korthac sabía que muchos en Akkad sentían compasión por Trella. Sus hombres controlaban la ciudad, pero no veía motivos para darles a sus habitantes algo más de lo que quejarse, al menos los primeros días.

Aunque esa noche Korthac estaba tentado de ordenar a Trella que saliera de su habitación. Poco antes la había visitado, y observó que sus ojos todavía mostraban señales de falta de respeto. La abofeteó con dureza varias veces, hasta que vio verdadero dolor en su rostro y le brotó sangre de la boca. Cuando ella adoptó una postura adecuadamente servil, él pasó un dedo por sus cabellos, disfrutando del



miedo que ella ya no podía ocultar. De rodillas y llorando, a duras penas se arrastró hasta su cuarto cuando empezó el parto.

Desde entonces, durante la cena y luego a lo largo de la noche, los sirvientes había pasado delante de la habitación de Korthac, subiendo y bajando las escaleras. Incluso ahora sus quejidos apagados se escuchaban en la casa, diluyendo su placer e interrumpiendo su sueño. Estaría feliz cuando ella diera a luz o muriera durante el parto.

Tampoco quería que muriese. Planeaba mantenerla a su lado, para mostrar a los habitantes de la ciudad que él poseía el control absoluto sobre sus vidas. Tal vez no la necesitara durante mucho tiempo. Desde que había tomado el poder hacía tres días, sus hombres habían matado a más de cien personas, y los brutales escarmientos parecían estar funcionando. Las últimas dos noches habían visto una Akkad más tranquila.

Cualquiera que protestara, cualquiera que no demostrara el respeto suficiente, cualquiera que no se echara a un lado cuando sus hombres pasaban por la calle, todos sufrirían el mismo destino: tortura y muerte en la plaza del mercado. La gente de Akkad había dado el primer paso hacia el lugar que les había tocado en el mundo: de rodillas a sus pies.

En cuanto a Trella, esperaría hasta que estuviera lista para su lecho. Él quería disfrutar de su mirada cuando la poseyera. El niño sería el medio para mantenerla respetuosa, y él estaba decidido a transformarla en la más obediente y complaciente esclava de la ciudad. Sí, eso lo satisfaría por un tiempo, tal vez unos meses. Cuando se cansara de Trella, ella proporcionaría placer a cada uno de sus hombres. Sólo entonces lanzaría a su hijo a las llamas, delante de ella.

Incapaz de dormir, Korthac se levantó de su lecho mientras contemplaba el prometedor futuro. Con frecuencia pasaba días en los que le era difícil dormir por las noches, y había aprendido a no resistirse. Mejor levantarse y dar una vuelta.

Otro quejido ahogado desde el cuarto superior trajo a Trella a sus pensamientos. En cuanto diera a luz, la mudaría de sus habitaciones a este cuarto. Entonces, por fin, contaría con la privacidad y un lugar tranquilo en donde dormir por las noches. Korthac había examinado todas las grandes residencias de Akkad, y la casa de Eskkar era la más cercana a su ideal. Le serviría durante unos meses, hasta que sus nuevos esclavos le construyeran una residencia mucho más grande.

Frunció el ceño al escuchar voces que se filtraban desde arriba. La lámpara ardía con poca luz, y ordenó al centinela que estaba junto a su puerta que la volviera a llenar. Completamente despierto, Korthac se puso su túnica y el cinturón con la espada a la cintura. El guardia regresó con más aceite y la habitación volvió a iluminarse.

Korthac, completamente despierto, reparó en la niña, que todavía lo observaba

desde el suelo, con el rostro surcado de lágrimas, mostrando miedo y dolor.

—Vete a tu casa —le ordenó—. Dile a tu familia que no me has complacido. — Eso aterrorizaría a sus padres, quienes se preguntarían qué nuevo horror caería sobre ellos.

Salió afuera, respirando profundamente el aire fresco de la noche. Su habitación tenía sólo una pequeña abertura en lo alto, para la ventilación, y la atmósfera se cargaba con facilidad. Una mirada a los cielos le hizo ver que la medianoche ya había pasado. Korthac caminó alrededor del cuartel, inspeccionando a los centinelas que había en la puerta del patio y deteniéndose en los barracones de los soldados para asegurarse de que estuvieran vigilantes.

No era que esperase problemas. Después del baño de sangre del primer día, había aplastado cada mirada o palabra de oposición. Sus hombres ejecutaron a dos familias completas, arrastrándolas hasta la plaza del mercado, para que todos fueran testigos de su poder. Un hombre se atrevió a protestar por el nuevo impuesto y otro había golpeado a uno de sus egipcios. Korthac estaba decidido a matar a quienquiera que no fuera respetuoso.

Entretanto, sus seguidores crecían en número todos los días, pagados con el impuesto que se les exigía a los nobles. La mayoría de sus nuevos seguidores no eran más que chusma. Una vez más volvió a desear contar con cien de sus guerreros egipcios. Tampoco importaba. Tenía hombres suficientes y Ariamus seguía reclutando nuevos. En tres o cuatro semanas, todos en Akkad habrían olvidado su vida anterior.

Sintiéndose refrescado por el aire nocturno, Korthac se sentó a la mesa grande del jardín y miró el cielo estrellado. Un sirviente nervioso le llevó agua y vino, y Korthac escuchó, a medias interesado, el informe del lugarteniente de la guardia nocturna. La ciudad estaba en calma, sus habitantes en sus casas, donde debían estar, con miedo de poner un pie en la calle por la noche. Desde el primer día, una vez capturada la ciudad, había dado a sus hombres rienda suelta después de la caída de la noche. Eso significaba que podían detener a cualquier hombre o mujer que encontraran lejos de sus casas. Después de la primera noche, calles y callejones estaban desiertos, y las familias, acurrucadas en sus chozas.

Eso no los protegió mucho tiempo. Sus hombres pronto comenzaron a entrar en casas, al azar, y sacaban a esposas e hijas de los brazos de sus familias. Korthac era consciente de que en unos días tendría que contener a sus hombres de alguna manera, pero, por el momento, ellos mantenían a los habitantes paralizados de miedo mientras disfrutaban del botín de guerra.

Otro grito llegó desde la casa. Irritado, Korthac terminó su vino y entró. Subió las escaleras y entró en el cuarto de trabajo. Uno de sus egipcios se encontraba allí, para custodiar a Trella e impedir que saliera de su habitación. Korthac se detuvo frente a la

puerta del dormitorio. En su interior ardían dos lámparas, añadiendo el olor acre del aceite al aire tibio que olía a sudor y sangre de parturienta.

Annok-sur estaba sentada en un banco junto a la cama, agarrando la mano de Trella. Ella yacía allí, con las piernas abiertas, gimiendo de dolor. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de sudor y sus cabellos colgaban límpidos sobre el rostro. Incluso en su sufrimiento, Trella supo que no debía cubrir su cuerpo a los ojos de su amo. Otras dos mujeres la atendían; en una de ellas reconoció a la partera. Korthac recordó cómo Annok-sur, de rodillas ante él, había rogado que permitiera a la partera entrar en Akkad y regresar a su casa después del nacimiento. Le había complacido acceder.

El cuerpo de Trella se contrajo. La espalda arqueada luchaba para obligar al niño a salir de su vientre. Con los ojos desorbitados lo miró, incapaz de controlar su cuerpo y el dolor.

—No estás dejando dormir a la gente, señora Trella. —Korthac disfrutaba usando su antiguo título. Se recostó contra el umbral, gozando de su indefensión—. ¿Cuánto tiempo más tendré que oírte chillar?

—El niño ya viene, amo —dijo Drusala, con voz humilde—. No falta mucho. Perdónenos.

Al menos la partera sabía comportarse, pensó Korthac. No tenía intención de mantener su palabra respecto a permitirle volver a su casa en el campo. Sus hombres querían mujeres y muy pronto se necesitaría de sus habilidades en Akkad.

El cuerpo de Trella volvió a contraerse. La contracción forzó otro quejido de dolor de sus labios apretados, a pesar de su esfuerzo por permanecer en silencio. Korthac observó su vientre. Sí, podía verse ahora la sangrienta cabeza del infante. El nacimiento había comenzado.

Sin una palabra, se apartó de la opresiva atmósfera.

—Llamadme cuando nazca el niño —le dijo al centinela—. Quiero verlo, para asegurarme de si merece vivir.

Bajó y salió al aire fresco. El sirviente le llevó más vino, pero él sólo bebió un sorbo. Si el niño sobrevivía, dejaría que Trella lo amamantara unos días, lo suficiente para que se encariñara con él antes de quitárselo. Su leche se secaría después de eso, en una semana o poco más, y estaría lista para servirlo adecuadamente. Aunque no pensaba esperar tanto para comenzar con su adiestramiento. Ya se le habían ocurrido muchas cosas que podría hacer para complacerlo.

## CAPÍTULO 22

Mientras Eskkar y sus hombres se deslizaban por la oscuridad y se acercaban a la muralla norte de Akkad, se negó a considerar las innumerables cosas que podrían salir mal. Tenía que entrar en Akkad. Si podía lograr eso, la parte más difícil del plan quedaría atrás.

Para escalar la muralla, Eskkar había llevado consigo a Grond, Mitrac, Alexar y dos de los mejores arqueros de Mitrac, los mismos que lo habían seguido en el ascenso de la empalizada de Bisitun. Mitrac, con su excelente vista, guiaba al grupo por el foso. Se arrastraron en silencio por el espacio vacío, agachados lo más posible para reducir sus siluetas.

Unos cien pasos detrás, Drakis aguardaba, fuera de la vista y con suerte fuera del alcance del oído, con veintiocho soldados. Ellos se acercarían a la muralla sólo cuando Eskkar y su grupo hubieran llegado arriba. Bantor se había dirigido con el resto de los hombres hacia la puerta del río, listo para apoyar al puñado de hombres que ya había marchado con Yavtar.

Eskkar apartó todo de su pensamiento excepto la necesidad de moverse sin hacer ruido y sin tropezar con ningún obstáculo invisible en la oscuridad. No veían centinelas por encima del muro, pero seguramente allí estaban.

Con su grupo de hombres, Eskkar llegó a la base de la pared, en el lugar exacto en donde Alur Meriki había lanzado su ataque nocturno hacía unos meses. Eskkar los condujo fuera del foso y, uno por uno, se dispersaron a lo largo del muro, apretados contra su rugosa superficie todo lo que les era posible.

Excepto los tres arqueros con sus arcos, ni Eskkar, ni Alexar ni Grond llevaban ninguna arma que pudiera hacer ruido contra la muralla y delatarlos. Sus espadas y cuchillos habían sido envueltos en una manta que cargaba Alexar. Eskkar llevaba una escala y Grond dos rollos de sogas alrededor del cuello. La escala y las sogas eran de la granja de Rebba.

Habían llegado hasta allí sin ver a nadie, siguiendo la orilla del río desde la casa de Rebba antes de acortar camino por los sembrados. Ahora Eskkar y sus hombres estaban arrodillados en tierra, helados por la inmovilidad, cuando escucharon los pasos del centinela por encima de sus cabezas. El tiempo transcurría mientras esperaban oyendo el paso del centinela que caminaba en lo alto del parapeto. Pasó yendo y viniendo varias veces, y luego el sonido se desvaneció. Eskkar no sabía decir si el guardia había seguido caminando o simplemente se había parado a estirar las piernas, sin duda sentándose de espaldas a la muralla.

Sólo Mitrac, que esperaba en el centro del foso cubierto con un manto oscuro,

podía ver al centinela. Eskkar y los demás esperaban, apretados contra la pared. Mientras no hicieran ruido, no serían descubiertos. El guardia tendría que asomarse por encima del muro para ver lo que ocurría abajo.

Eskkar oyó de nuevo los pasos del centinela que regresaba, caminando despacio, hasta que otra vez más sus pasos se perdieron. Ellos siguieron esperando, y Eskkar miraba hacia el foso, a la espera de la señal de Mitrac. En el cielo, una luna creciente había comenzado a descender, pero todavía iluminaría un poco hasta casi la llegada del alba.

La mano de Grond apretó con fuerza, de repente, el brazo de Eskkar.

—La señal, capitán.

Eskkar se maldijo. No había visto a Mitrac dar la señal, pero ya no importaba.

—Deprisa entonces. Ya va cayendo la luna.

Grond cogió la escala oculta a sus pies y la reclinó contra la pared, intentando no hacer ningún ruido. Eskkar la tomó de un lado, Alexar del otro, y entre ambos la sostuvieron con fuerza contra la muralla de varios metros de altura. Eskkar había medido la escala antes de partir y tenía unos tres metros. Los hombres de Rebba la usaban para cosechar frutas de los árboles. Los soldados habían elegido la escala más firme y, luego, habían ajustado y reforzado los peldaños; un peldaño partido podía arruinar el intento de escalar la muralla.

Bajo el peso de Grond, la escala se hundió un poco en el suelo arenoso y Eskkar se apoyó contra ella con toda su fuerza para evitar que se torciera. Grond subió los peldaños hasta que llegó a lo más alto y luego alzó los brazos.

Volviendo hacia arriba la cabeza, Eskkar vio que los dedos de Grond estaban todavía a un brazo de distancia de la parte superior de la muralla. Grond sencillamente flexionó las rodillas, cuidando de no perder el equilibrio, y luego se enderezó de golpe. Por un momento, Eskkar pensó que el hombre había errado y que caería sobre ellos. Pero Grond se aferró con una mano en la cima, y luego con la otra. Permaneció colgado por un momento antes de subirse. Una vez que apoyó un codo sobre la muralla, pudo subir el cuerpo y pasar una pierna por encima de la pared.

Grond desapareció de la vista. Nadie había dado la alarma, y Eskkar suspiró aliviado. Dejó la escalera y dio un paso atrás, mirando la muralla en ambas direcciones. No oyó ruidos ni gritos. Grond no llevaba armas, nada salvo sus manos, pero Eskkar no dudaba cuál sería el resultado si se encontraba con un centinela.

El leve raspar de un arco tenso hizo que se diera la vuelta. Mitrac se había acercado y unido al resto en la base del muro, con su arco listo. Los tres arqueros pusieron rodilla en tierra, las flechas apuntando hacia lo alto de la muralla.

Grond los llamó en un susurro, y Alexar se enderezó y lanzó la primera soga por encima de la muralla. Mientras Eskkar observaba, la cuerda y Grond desaparecieron. Un momento después un extremo de la soga descendió por los ladrillos de barro. La

gruesa soga de fibra, con nudos atados a un brazo de distancia el uno del otro, haría más fácil la escalada. La cabeza de Grond reapareció y agitó su mano.

Al instante, Mitrac guardó su flecha en el carcaj, salió del foso y subió por la escala. Entregó su arco y su carcaj a Eskkar, quien los tomó con una mano mientras apoyaba su peso contra la escalera. El joven arquero se movió con facilidad escala arriba, luego tomó la soga y trepó los últimos centímetros.

La soga hacía un ruido al rozar contra la pared, lo suficientemente alto para Eskkar, pero leve para no ser percibido desde arriba. En cuanto Mitrac llegó a la cima, el siguiente arquero comenzó a escalar, tomando el arco y el carcaj en una mano. Al llegar a la parte más alta de la escala, hizo una pausa y entregó su arma, luego se agachó y tomó la de Mitrac de manos de Eskkar y la entregó por encima de la muralla. Cuando el arquero comenzó a trepar por la cuerda, resbaló. Por un momento permaneció colgado, los pies arañando la muralla en busca de apoyo, hasta que Grond se inclinó y cogió la mano del hombre y lo ayudó a subir. El tercer arquero ya había comenzado a trepar la escala; faltó poco para que al entregárselo cuando se disponía a coger la cuerda, le metiera a Eskkar en el ojo la punta de su arco.

Finalmente llegó el turno de Eskkar, mientras Alexar sostenía la escala. Eskkar trepó por la cuerda y agradeció la ayuda de Grond cuando su amigo estiró la mano y lo agarró por debajo del brazo. Una vez encima del muro, Eskkar no vio a nadie, salvo a Grond.

Los arqueros habían desaparecido a lo largo del parapeto, siguiendo las órdenes de Mitrac de eliminar a todos los centinelas mientras Grond y Eskkar recogían la cuerda. Llamaron en voz baja y Alexar lanzó el extremo de la segunda cuerda. Atada al otro extremo, estaba la manta con las armas; éstas fueron rápidamente subidas. Las espadas y los cuchillos de los hombres habían sido cuidadosamente envueltos, así como el arco y el carcaj de Alexar.

Sólo Alexar faltaba por subir. Bajó la escalera, demasiado inestable para ser usada sin sostén, y la apoyó contra la base de la pared; luego enrolló la primera cuerda en torno a su cintura. Un momento después, Eskkar y Grond lo subieron por la pared, hasta que estuvo a su lado del parapeto.

La primera parte del plan había tenido éxito. Seis hombres habían escalado la muralla y nadie los había descubierto.

Los ojos de Eskkar observaron el parapeto mientras Grond desataba y distribuía las armas, los tres hombres agachados contra la pared. Alexar tomó su arco y desapareció escala abajo, hacia la oscuridad, para vigilar la calleja, dejando sólo a Grond y a Eskkar en el parapeto. Eskkar respiró dando gracias a los dioses y luego movió su espada por encima de la pared, agitándola de un lado a otro. La luz de la luna sería suficiente para que Drakis viera la señal.

Entretanto, Grond asecuró la segunda cuerda a una viga de madera a una docena

de pasos de la primera y lanzó el otro extremo sobre la pared. Eskkar observó a ambos lados del parapeto, pero no vio a nadie. Volviéndose hacia el foso, vio cómo Drakis apremiaba a sus hombres y comenzaba a enviarlos por el foso, de diez en diez. Se alinearon cinco en cada cuerda y comenzaron a escalar el muro. Eskkar se mordía los labios ante cada ruido, seguro de que serían descubiertos en cualquier momento.

La cabeza del primer soldado apareció por encima de la muralla y Eskkar tiró de él con todas sus fuerzas, hasta casi caer ambos del parapeto con el impulso. Pero haciendo fuerza entre los dos, el siguiente hombre pasó con más facilidad y menos ruido.

Eskkar se tomó un momento para asegurarse de que estaba bien orientado y que nadie deambulaba por el callejón. Para su tranquilidad, seguía desierto. Susurró algo al soldado, para asegurarse de que el hombre sabía adónde enviar a los demás cuando escalaran la pared. Antes de que Eskkar dejara el parapeto, miró hacia el foso, pero apenas pudo ver a los hombres de Drakis deslizándose por el espacio abierto frente a la muralla. Volviéndose hacia la ciudad, sólo oyó silencio. El centinela ya debería estar muerto por una de las flechas de Mitrac, o habría vuelto a hacer su ronda.

Apartándose del borde de la pared, Eskkar descendió los escalones del parapeto y entró en la ciudad de Akkad. Cruzó el espacio a los pies de la muralla. Durante el asedio, esta área medía unos treinta pasos de ancho, pero desde la expulsión de Alur Meriki, los pobladores habían reconstruido o extendido sus casas, acercándose cada vez más a la muralla. Menos de una docena de pasos quedaban libres a los pies del parapeto. Allí terminaba la calle de los carniceros. Su olor familiar le recordó cómo habían emboscado a Alur Meriki exactamente en ese lugar, masacrando a sus orgullosos guerreros como ovejas atrapadas en un corral.

Eskkar fue hasta el final de la calle y esperó a que sus hombres lo alcanzaran. Forzó la vista en la oscuridad y aguzó el oído. Después Grond llegó a su lado, con otros tres hombres. Mirando hacia la muralla, Eskkar apenas podía distinguir las sombras en movimiento mientras trepaban por ella. A sus oídos, parecían una tropilla de caballos, pero hasta ese momento nadie había dado la alarma.

Mitrac regresó, junto con sus dos arqueros, al tiempo que Drakis, respirando con agitación, bajaba la escalera para unirse a ellos.

Eskkar puso a Drakis una mano en el hombro.

—¿Sabes lo que hay que hacer, Drakis? Espera aquí hasta que todos los hombres estén contigo. Entonces, ve hasta la puerta tan rápido como te sea posible.

—Sí, capitán —replicó en un susurro—. Allí estaré.

—Buena cacería, entonces. —Eskkar le dio un apretón en el brazo y dio media vuelta, seguido de Grond, Mitrac y cinco del clan del Halcón, todos arqueros experimentados. Eskkar resistió la tentación de apresurarse, obligándose a marchar a paso regular. Eran ocho hombres, no tantos como hubiera querido, pero Bantor y

Drakis necesitarían a todos sus hombres. Además, si Eskkar tenía que pelear para entrar en la casa, seguramente Trella estaría muerta antes de que pudiera llegar hasta ella.

Tenían que cruzar varias calles de camino a su meta. Miró la luna, que se ocultaba. Pronto llegaría el alba. La luz de la luna casi había desaparecido.

Finalmente Eskkar llegó a la calle donde él vivía. Varias estructuras espaciosas bordeaban ambos lados de la calle, casi todas ocultas detrás de paredes irregulares, de la altura de un hombre, que formaban el pasaje. Su casa, con mucho la más grande, se erguía sobre las otras, casi en medio de la calle. Un leve brillo emanaba del cuarto superior, y se preguntó quién custodiaría su cuarto de trabajo.

Mitrac lo tocó en el hombro y Eskkar dejó que el maestro arquero pasara. Los ojos de Mitrac veían sin dificultad por la noche, y tenía la habilidad del cazador de moverse sin ruidos. Pasaron unos momentos hasta que regresó junto a Eskkar.

—Hay dos de ellos, capitán. Uno, reclinado contra la pared. Creo que la puerta está abierta, pero no estoy seguro.

La puerta debería haber estado cerrada, pero, por supuesto, los bandidos se habían vuelto descuidados.

—Rápido entonces, Mitrac. Que tus hombres tomen posiciones.

Miró mientras el arquero avanzaba por la calle, por el lado opuesto a la casa de Eskkar, y luego caminaba lentamente por ese lado de la calle. Casi no podía verlo avanzar en la oscuridad. El arquero desapareció de la vista, oculto en un portal. Otros dos arqueros siguieron sus pasos, uno tras otro. Tan pronto como el último hombre ocupó su puesto, Eskkar se volvió hacia los demás.

—Grond y yo empezaremos aquí. Vosotros tres esperad hasta que estemos en la puerta. Aseguraos de que nadie venga detrás de nosotros.

Eskkar se volvió hacia la esquina y comenzó a moverse hacia la casa, con Grond a su lado.

Caminaban despacio, hablando en voz alta entre sí, tambaleándose cada pocos pasos como si hubieran bebido demasiada cerveza. Eskkar quería llamar la atención lo más posible sobre sí, para mantener a los centinelas mirándolos a ellos y no a las figuras en sombras del otro lado de la calle.

Al oírlos, los guardias se enderezaron pero no desenvainaron las espadas. No tenían motivo. En los últimos días, los habitantes de Akkad habían aprendido cuál era su lugar. Además, detrás de esos centinelas, en las dos casas que formaban la residencia de Eskkar, más de veinte de los guerreros del desierto de Korthac se hallaban descansando. Rebba había dicho que había visto por lo menos ese número de ellos.

Al aproximarse, Eskkar vio que la puerta estaba, de hecho, entreabierta. Una puerta cerrada y trabada hubiera sido otro problema. Supuso que habría más hombres



en el patio, probablemente descansando junto a la mesa, ayudados por un ocasional trago de vino. El resto de los hombres de Korthac estaría descansando dentro, pero la guardia nocturna terminaría pronto y estos guardias estarían deseosos de poder dormir un poco.

Eskkar se detuvo a unos diez pasos de los guardias. Justo en ese momento un grito ahogado llegó a sus oídos. Por la dirección, supuso que los hombres de Bantor habían llegado a la puerta del río. Con suerte, los guardias no sabrían qué significaba. Antes de que los hombres pudieran reaccionar, Eskkar se volvió hacia Grond, elevando la voz:

—¿Has oído eso? Parecen gritos de mujeres. Tal vez deberías ir a ver si hay sitio para dos más.

—¡No! Deberíamos regresar antes de que nos encuentre Ariamus. Ya tenemos bastantes problemas.

Los gritos distantes se desvanecieron, y los dos guardias parecían confundidos. Uno dio un paso hacia ellos, pero el otro se volvió en dirección al ruido.

—Creo que voy a vomitar —dijo Eskkar en voz alta, y puso una rodilla en tierra, a pocos pasos ya de los centinelas.

—Déjame que te ayude —dijo Grond, arrastrando las palabras y agachándose a su lado. Nada más agacharse, tres flechas volaron desde la oscuridad y acabaron con los hombres de Korthac. Uno de ellos lanzó un grito ahogado, pero Eskkar sofocó el ruido con una carcajada. Avanzó con Grond hasta los hombres, atrapándolos antes de que cayeran. Ninguno de los guardias tenía un arma en la mano, lo que hizo más sencillo tumbarlos sin ruido en el suelo.

Se oyó en el patio el ruido de un banco que se arrastraba y Eskkar comenzó otra vez a hablar, alzando la voz para tapar los sonidos de Mitrac y sus dos arqueros, que pasaban junto a él.

—Tal vez deberíamos despertar a Korthac y avisarle. Eso estaría bien, vamos a preguntarle. —Las palabras no significaban nada, pero el nombre de Korthac tal vez detuviera un momento a los guardias de dentro.

Con un brazo sobre el hombro de Grond, Eskkar empujó la puerta hacia dentro, manteniendo el otro brazo extendido para asegurarse de que permaneciera completamente abierta mientras entraba tambaleante en el patio haciéndose el borracho.

—¿Quién eres? —se escuchó una voz desde la oscuridad, hablando con un fuerte acento.

—Venimos de parte de Ariamus —dijo Eskkar arrastrando las palabras como si hubiera bebido demasiado vino.

—Vete de aquí, borracha basura acadia. Vuelve al amanecer.

Las palabras, dichas con fuerte acento, provenían de una gran mesa colocada

entre los dos edificios. Al menos no la habían movido.

—Nos ha enviado Ariamus —dijo Eskkar humildemente, inclinando la cabeza—. Tenemos un mensaje para Korthac. —Levantando la vista, vio unos leves destellos de luz provenientes del piso superior, de ambas habitaciones.

—Pero no nos acordamos de lo que era —rió Grond, y palmeó a Eskkar en la espalda.

Adelantándose al hablar, Eskkar vio a los guardias, dos sombras oscuras sentadas a la mesa, uno con los pies sobre la misma, el otro reclinándose con ambas manos detrás de su cabeza. El blanco de sus ojos brillaba leve bajo la tenue luz. Mirando en torno al jardín, no vio a nadie más.

Eskkar se apartó de la puerta y se acercó hacia la casa principal.

—¿Ya se ha despertado Korthac? Tenemos un mensaje...

Los sonidos de muchas voces gritando a voz en cuello lo interrumpieron. Esta vez Eskkar se dio cuenta de que el ruido venía del oeste, no de la puerta del río. Eso quería decir que Bantor había entrado en la ciudad y llegado a los cuarteles. Los dos hombres de la mesa habían comenzado a moverse, uno dejando caer la copa con agua, pero ya se estaban muriendo: tres flechas les brotaban del cuerpo mientras Mitrac y sus hombres entraban por la puerta.

Sin embargo, uno de los egipcios logró gritar cuando fue herido, lo suficiente como para dar la alarma. Eskkar se desentendió de los centinelas moribundos, seguro de que las flechas de Mitrac acabarían con ellos o con cualquiera que saliera de los cuartos de los soldados. En cambio, echó a correr y de tres grandes zancadas se puso en la entrada principal y lanzó el peso de su cuerpo contra la puerta.

Pero ésta, construida justamente para resistir un ataque de esa naturaleza, lo detuvo y Eskkar rebotó, lastimándose el hombro izquierdo con el impacto. Había esperado que la puerta no estuviera trancada o asegurada. A su izquierda oyó otro ruido fuerte, al lanzarse Grond contra la entrada de la cocina. Pero esa puerta también estaba cerrada y, en vez de una entrada rápida, lo único que habían conseguido era despertar a los que dormían en su interior.

## CAPÍTULO 23

—Salud ¡Akkad! —La voz de Yavtar se elevaba fácilmente sobre las negras aguas, alertando a los guardias en la puerta del río, antes de que vieran u oyeran llegar el bote. La corriente empujaba la nave, y tenía que inclinarse con fuerza contra el timón mientras sus dos marineros remaban furiosamente para mantener el velero junto al muelle, fuera de la corriente. Ignorando las preguntas de los guardias de la puerta, Yavtar saltó al muelle y aseguró la popa.

Cuando se enderezó y miró hacia la puerta, media docena de cabezas aparecieron a cada lado de la pared, y sobre una de ellas, en la muralla, una antorcha arrojaba suficiente luz para alcanzar al bote mientras éste se arrimaba al muelle.

—¿Quién vive?

Ignorando el desafío, Yavtar esperó hasta que la tripulación aseguró la línea de proa y dejó la nave amarrada y segura contra el espigón. Hecho esto, se volvió hacia la puerta, desde donde ahora lo observaban el doble de hombres. Incluso antes de que Yavtar terminara de contarlos, los hombres ya tenían arcos en sus manos, las flechas listas, y una segunda antorcha apareció para dar más luz a la escena.

—¿Quién vive? ¡Responde o disparo!

—Soy Yavtar, capitán de este barco, y tengo un mensaje para Korthac. Dejadme entrar o enviad a alguien a buscarle. —Caminó por el espigón mientras respondía.

Una tercera antorcha se sumó a las anteriores, esta última extendida desde la muralla iluminando la base de la puerta. Más hombres aparecieron por encima de las murallas a cada lado de la abertura, restregándose los ojos de sueño. Yavtar había contado alrededor de quince defensores.

—Sabes que la puerta permanece cerrada hasta el amanecer. Vuelve a tu bote y quédate allí hasta entonces. Si sales del muelle, haré que mis hombres te ensarten con sus flechas.

Yavtar llegó al final del muelle, se detuvo y puso sus manos en la cintura.

—Ya es casi el amanecer. ¿Qué importa cuándo abras la puerta? —Detrás de él, el bote se mecía ruidoso contra los soportes de madera enterrados en el lecho del río. Yavtar había usado, deliberadamente, más sogas de la necesaria para amarrarlo a popa, dejando suficiente cuerda suelta; el ruido del bote contra el muelle ayudaría a disimular cualquier otro ruido.

—No se admite a nadie hasta el amanecer, y sólo si...

—Bien. Me quedaré aquí hasta que llegue Korthac. Enviad a alguien a buscarle. Tengo un mensaje para él de Ziusudra.

—Puede esperar hasta el amanecer. Quédate en tu bote hasta entonces.

—NO PUEDE esperar hasta el amanecer. —Yavtar habló lo suficientemente alto para despertar a media ciudad—. Avisad a Korthac AHORA o me encargaré de que os flagelen. —Desde que había tomado el poder, Korthac había aplicado su castigo favorito sobre muchos, incluyendo algunos de sus hombres. De regreso en la granja, Rebba había descrito la ira de Korthac ante cualquiera que lo molestara y su castigo predilecto.

El centinela pensó por un momento.

—¿Dónde está Ziusudra?

Yavtar sonrió ante ese golpe de buena suerte: el hombre conocía a Ziusudra, pero no su misión.

—Ziusudra ha muerto. Será mejor que te des prisa, o Korthac se pondrá furioso; te lo prometo. Él querrá oír mis palabras y saber lo que tengo que contarle.

—Dame el mensaje... ¿Cuál es tu nombre?

—Yavtar. Capitán Yavtar, como deberías saber. He traído mercaderías aquí muchas veces. Y mi mensaje es para tu amo, no para ti. —Sin esperar respuesta, Yavtar se volvió al bote y habló con sus marineros. Después de un momento, regresó al muelle.

—Quédate en el espigón —gritó una voz, pero no era la del centinela.

Nuevamente Yavtar se detuvo al borde del muelle, y dejó escapar un suspiro tan fuerte que se escuchó hasta la puerta.

—Lamento que mis dos hombres y yo os asustemos tanto. Pero llevamos varios días en el río, venimos de Bisitun. Tengo tres prisioneros para Korthac y tal vez quieras hacerte cargo de ellos. —Se volvió hacia el bote—. Traed los esclavos a la puerta.

Durante este intercambio, regresó el centinela. Comprobó que sus hombres estaban en sus puestos, con las armas preparadas.

—He enviado el mensaje a Korthac —dijo.

—Bien. Aquí estaré. Tú puedes custodiar a estos esclavos por mí desde ahí arriba.

Yavtar se volvió hacia los suyos, quienes empujaron a tres hombres con las manos atadas al frente. Ropas desgarradas colgaban de sus cuerpos. Cubiertos de tierra, tenían las cabezas gachas.

—Adelantaos y paraos a los pies de la puerta —ordenó Yavtar, esperando que nadie les disparara. Por un momento los prisioneros no hicieron nada, por lo que Yavtar agarró al más cercano del hombro y lo empujó rudamente. Los otros dos lo siguieron. Cuando llegaron a la base de la puerta, cayeron pesadamente al suelo, las cabezas todavía gachas.

Sobre la muralla, el centinela vio que Yavtar se tomaba las cosas con calma. El centinela se preguntaba qué hacer. Una mirada hacia los tres esclavos mostraba que éstos no eran peligrosos, hombres desarmados y golpeados. Cuando el mensajero de

Korthac llegara, Yavtar sería seguramente conducido a casa de Korthac y allí terminaría todo. Tal vez fuera mejor hacerlos entrar y luego escoltar a ese Yavtar directamente a Korthac. De ese modo podía ganarse una moneda de plata o, por lo menos, la gratitud de Korthac.

El centinela cogió una antorcha de uno de sus hombres y se inclinó por la parte superior de la puerta; luego miró hacia ambos lados de la muralla. No vio nada fuera de lo normal, el espigón mostraba sólo a Yavtar y a sus dos marineros. Se acercaba el amanecer y, de todos modos, muy pronto abriría la puerta. Bien podía abrirla más temprano para ese tal Yavtar. Apartó la vista del río.

—Abrid la puerta. Que entre Yavtar.

\*\*\*

Alexar nunca había corrido tan rápido en su vida. Pero ahora esperaba en la oscuridad, con sus hombres a su lado. Los primeros cinco hombres que treparon la muralla, después de Eskkar y sus arqueros, se habían sumado a Alexar en su carrera hacia la puerta del río. Sabía que tenían que apresurarse. Incluso si Yavtar conseguía que le abrieran la puerta, necesitaría ayuda de todos modos. Corrieron por las calles haciendo el menor ruido posible, hasta que, respirando agitados, llegaron a su destino.

Allí las chozas se acercaban más a la puerta de la muralla que en la entrada principal de Akkad. Ocultos en las sombras por la pared de una casa, Alexar y sus hombres permanecieron lo suficientemente cerca de la parte trasera de la puerta como para escuchar todo. Llegaron a su puesto momentos después de que Yavtar amarrara su bote, y ahora Alexar, todavía respirando agitado, estaba de pie, escuchando, mirando a los guardias alrededor de la puerta, esperando a que llegara el jefe de la guardia para reaccionar.

El encargado de la puerta se tomó su tiempo, y habló con sus hombres y ordenó que se encendieran más antorchas.

Rebba le había dicho a Eskkar que la puerta del río no estaba tan bien custodiada como la entrada principal de Akkad. Usando los dedos, Alexar contó dieciséis hombres que ocupaban sus puestos a cada lado de la puerta. Dieciséis contra seis. Incluso con el factor sorpresa, iba a resultar muy difícil si Yavtar no podía convencer al encargado de abrir la puerta. Alexar sabía que necesitaría al menos dos hombres para alzar las pesadas trancas que aseguraban la puerta cerrada, y si tenían que pelear contra alguien...

—Si no abren la puerta —dijo Alexar—, tendremos que matarlos a todos. Seguid disparando pase lo que pase; después aseguraos de que las puertas se abren.

Cogiendo el arco, escuchó mientras Yavtar y el centinela conversaban. Después

éste tomó a uno de sus hombres por el brazo y habló con él antes de volver a la puerta. El hombre asintió y comenzó a trotar hacia el interior de la ciudad.

—Estad preparados —ordenó Alexar, poniéndose a la derecha, a la sombra de las casas, y convergiendo hacia la misma calle que tomaría el mensajero. Eskkar había advertido a Alexar sobre la posibilidad de que el centinela enviara a un mensajero. Apretado contra la pared, Alexar vio cómo el mensajero daba la vuelta a la esquina; una vez fuera de la vista de la puerta y su jefe, el hombre disminuyó la velocidad y se dirigió caminando hacia la casa de Eskkar.

Cuando Alexar dobló la misma esquina, sólo unos pasos lo separaban del mensajero en sombras. Alexar tensó su arco y lanzó una flecha que dio en la espalda del hombre. Su blanco, derribado de rodillas por la fuerza del impacto, tomó aire sorprendido mientras caía hacia delante. Para entonces, Alexar ya había llegado a su lado y desenvainado la espada, que hundió en el cuello del hombre, evitando cualquier posibilidad de que pidiera ayuda. Partiendo la flecha, hizo rodar el cadáver hasta la pared más cercana.

Hizo una pausa para mirar a su alrededor. Todo parecía en calma; y tal vez nadie hubiera visto ni oído nada. Alexar volvió junto a sus hombres justo a tiempo para escuchar que el vigía daba la orden de abrir la puerta. Alexar lanzó un suspiro de alivio. Yavtar debía de haber convencido al guardia. Media docena de guardias dejaron sus arcos y descendieron las escaleras hasta la base de la puerta. En unos momentos, lucharon contra los pesados maderos que aseguraban el portón. Con un fuerte crujido, la hoja derecha de la puerta comenzó a girar hacia dentro. Entonces Yavtar entró, rascándose la cabeza.

—Ésa es la señal —susurró Alexar—. Los hombres de Bantor están listos. Acabad primero con los guardias de los muros, cualquiera que tenga un arco en las manos.

Alexar llevó una flecha a su arco. A esas alturas, la segunda hoja de la puerta también comenzó a abrirse. La luz de la antorcha mostraba a Yavtar adelantándose. Hizo una pausa, deteniéndose a un lado de la abertura, hablando con el centinela, quien permanecía allí junto a cuatro de sus hombres.

—¡Disparad! —Seis flechas salieron de la oscuridad y derribaron a los hombres que miraban por encima de la muralla o hacia la puerta cada vez más abierta. Antes de que nadie pudiera reaccionar, la segunda tanda de flechas volaba hacia la puerta, cogiendo por sorpresa a casi la mitad de los enemigos. El centinela murió, dando un grito a la vez que dos flechas lo derribaban. Un guardia en la parte superior de la puerta dio un grito de alarma, pero más flechas volaron y cayó hacia delante, estrellándose con ruido sobre un pequeño carro junto a la muralla.

Para entonces Yavtar y los tres «esclavos», cuchillo en mano, habían forzado la entrada, derribando a otros dos hombres y asegurándose de que las pesadas puertas

permanecieran abiertas. Todavía ocultos en las sombras, Alexar y sus hombres seleccionaban sus blancos, eligiendo a cualquiera que intentara cerrar la puerta o dar la alarma. Unos pocos gritaron pidiendo auxilio, pero las pesadas flechas que surcaban el aire pronto silenciaron las voces.

Una flecha dio contra la pared detrás de Alexar, el primer intento de los guardias de responder al ataque. Pero los defensores de la puerta no podían ver bien a los atacantes, mientras que las antorchas y el fuego de la guardia les daban a Alexar y a sus hombres luz en abundancia para apuntar.

Después fue demasiado tarde. El pesado portalón, una vez abierto, no podía cerrarse fácilmente. Los dos marineros de Yavtar corrieron hacia él llevando más espadas, pero no fueron necesarias. Ambas hojas de las puertas se abrieron de golpe, empujadas por un muro de hombres. Bantor y sus treinta hombres, escondidos a menos de cien pasos de la puerta, habían salido a la carrera en cuanto Yavtar dio la señal. Los pocos guardias que habían sobrevivido dieron media vuelta y corrieron en todas direcciones. Alexar y sus hombres, disparando tan rápido como podían, derribaron a algunos más, pero la oscuridad pronto ocultó a sus blancos, y al menos dos o tres escaparon en la noche.

Alexar se adelantó, alzando el arco por encima de la cabeza.

—¡Eskkar ha vuelto! —gritó, lo suficiente para que se oyera. Bantor lo reconoció y sumaron sus fuerzas.

—Yavtar —dijo Bantor sin detenerse—, tú y Alexar debéis defender la puerta. — Bantor no tuvo más tiempo para hablar. A la carrera, partió con sus hombres hacia los cuarteles, que se encontraban a menos de cuatro manzanas de allí; el único ruido que indicó su marcha fue el golpeteo de los pies sobre la tierra.

Yavtar se encaminó hacia Alexar, seguido de sus dos marineros. Juntos miraron cómo los últimos hombres de Bantor desaparecían calle arriba.

—No quiero quedarme aquí, Alexar. Ya no habrá más pelea en este lugar.

Alexar tampoco quería perderse la contienda.

—Se supone que hemos de asegurarnos de que no escape nadie. Eso es lo que dijo Eskkar.

—Nadie va a tratar de escapar por aquí. Saltarán el muro —replicó Yavtar—. Además, Eskkar va a necesitar a todos los hombres.

Cuanto más pensaba Alexar al respecto, más se convencía de que Yavtar estaba en lo cierto.

—Podríamos clavar la puerta y dejarla cerrada. Eso la mantendría sellada.

Yavtar frunció el ceño.

—¿De dónde sacaremos las herramientas?

Alexar se volvió a la multitud que se estaba congregando. Ciudadanos adormilados de las casas adyacentes habían oído o visto la pelea y observaban desde

los portales; los más bravos salían con cautela de sus casas. Sus voces contribuyeron a la cacofonía que aumentaba a cada instante.

—No necesitaremos herramientas —dijo Alexar. Alzó la voz lo suficiente para que se le escuchara cerca. El tiempo del silencio había terminado—. ¡Acadios! Eskkar ha regresado para vengarse de Korthac. ¡Guardad silencio y trabad la puerta! Cerradla. Conseguid armas y mantened la puerta cerrada. ¡Aseguraos de que nadie salga de la ciudad! Moveos. Eskkar ha vuelto.

El nombre de Eskkar hizo que se vaciaran las casas vecinas, y unos cuantos vivos desde los tejados flotaron en la noche, dando gracias por el regreso de Eskkar.

—¡En silencio, idiotas! —La voz de Alexar detuvo los vítores.

—¿Vamos hacia los cuarteles? —Yavtar alzó la vista hacia el cielo estrellado—. Pronto será de día.

—No, Bantor tiene suficientes hombres para eso. Vayamos a la puerta principal. Tal vez podamos ayudar a Drakis.

—Abre el camino —dijo Yavtar jugueteando con su espada. Esa batalla era tan buena como la otra.

\*\*\*

Drakis condujo a sus hombres a paso ligero. Enkidu iba a la retaguardia, espaciando a los hombres cinco pasos para mantener la marcha lo más silenciosa posible. Con suerte, nadie los oiría pasar por las calles oscuras. Si iban a sorprender a los defensores de la puerta principal, Drakis necesitaría llegar allí sin llamar la atención.

La fortuna los había favorecido hasta el momento. Primero habían pasado por encima de la muralla sin apenas demora alguna y sin alertar a los hombres de Korthac, una hazaña que miles de guerreros de Alur Meriki no habían podido lograr en más de un mes de contienda. Un poco antes, a Drakis le había preocupado que hubiera enfrentamientos en esa misma calle. En cambio, avanzaba decidido, el arco contra su cuerpo. Si los dioses les sonreían un poco más, tendría la oportunidad de dar el primer golpe.

Buena suerte en la batalla: Drakis, como todos los demás, sabía que Eskkar había tenido más de la habitual. Los dioses guerreros siempre le habían sonreído y, además, tenía a la señora Trella a su lado para susurrarle al oído. Drakis hubiera preferido ir con Eskkar a rescatarla, pero su misión quizá fuera igual de importante y probablemente más peligrosa.

Eskkar le había dado veinte hombres. Nunca antes Drakis había tenido tantos hombres a su mando, y esta vez estaría solo. Se juró que tendría éxito, aunque él y todos sus hombres murieran en el intento. Apartando esos negros pensamientos, aceleró el paso, recordando su conversación con Eskkar justo después de dejar la casa



de Rebba.

Con Bantor a su lado, Eskkar había pedido a Drakis que eligiera a uno entre veinte de sus hombres para ser el segundo al mando. Drakis, inmediatamente, había nombrado a Enkidu. Eskkar aprobó la elección, y luego llamó a Enkidu para que se les uniera.

—Drakis, tú y Enkidu debéis planearlo todo del mejor modo posible en el poco tiempo que tenéis. Quiero que penséis en lo que puede salir mal y en cómo responderíais. Cada uno debéis elegir a alguien que os sustituya en caso de que os maten. A cada paso, aseguraos de que vuestros hombres saben lo que tienen que hacer y cómo tienen que hacerlo. Pensad ahora en lo que haréis cuando lleguéis a las torres, cómo las asaltaréis y cómo las defenderéis, dónde situaréis a vuestros hombres. Y cuando atacuéis, acordaos de gritar a viva voz, como hacen los bárbaros. Tenéis que conseguir que vuestros veinte hombres suenen como cien. Nada asusta más a los hombres durante la noche que los gritos que anuncian muerte y destrucción.

Eskkar sólo había hablado unos momentos, pero Drakis y Enkidu seguían tratando de responder a todas las preguntas y decisiones que su jefe les había presentado. Drakis recordaba las palabras finales de su capitán:

—Defiende la puerta, Drakis. Eso acabará con la resistencia de nuestros enemigos si piensan que lo que queremos es dejarlos atrapados en Akkad. Seguid gritando esas palabras: que nadie debe escapar con vida. Eso hará que la mitad de ellos intenten saltar la muralla para huir.

Drakis asintió y puso a su jefe una mano en el hombro.

—Defenderé la puerta, capitán.

—No será fácil. Pero si puedes hacerlo, nadie a caballo podrá escapar, y quienes salten la muralla serán presa fácil para los jinetes por la mañana. Pero correrás un gran peligro. Si a Bantor y a mí nos salen bien las cosas, todos los bandidos de Akkad huirán en tu dirección, tratando de escapar desesperados por abrirse paso entre tus hombres y tú, para buscar la protección del campo abierto. Detenlos, Drakis. Mátalos a todos.

Pensando retrospectivamente, Drakis se dio cuenta de que Eskkar le había hecho un cumplido al darle una orden y asumir que Drakis podría organizar todos los detalles por sí solo. Había observado cómo Eskkar se fue luego a hablar con Bantor, Klexor y Yavtar. Su papel era reforzar y capturar la puerta del río. Después atacarían los cuarteles, para asegurarse de liberar a los soldados allí cautivos. Si Bantor tenía éxito, eso llevaría al resto de los hombres de Korthac hacia la puerta principal, hacia Drakis, quien debería mantenerlos a raya hasta que llegara ayuda, si es que vivía el tiempo suficiente.

Drakis aceleró el paso. Él y sus hombres tenían que recorrer la mayor distancia, prácticamente la anchura de Akkad, y quería hacerlo antes de que dieran la alarma.

Había vivido muchos años en la ciudad y conocía sus retorcidas calles y callejuelas incluso en la oscuridad.

Cuando sólo le quedaba una calle por cruzar, Drakis murmuró una maldición al oír una ráfaga de sonidos proveniente de la puerta del río. Duró sólo unos instantes, se detuvo casi nada más empezar, y enseguida el silencio volvió a caer sobre la ciudad a oscuras. Y lo que era más importante, no hubo trompeta ni otro sonido de alarma general. Tal vez los habitantes se hubieran habituado a los gritos y ruidos de altercados, incluso durante la noche. Las calles estaban, a esa hora, desiertas, pero cualquiera podía estar despierto y verlos desde un umbral o un tejado. Rebba le había asegurado a Eskkar que la gente del pueblo no lo delataría, pero sólo bastaría un enemigo o algún estúpido que diera un grito.

Apretando los dientes, Drakis rogó a los dioses que le dieran un poco más de tiempo y estrechó el arco que llevaba a un lado. Alargó el paso y sintió que el corazón le latía con fuerza. Al fin vio que la calle se ensanchaba ante sí, girando levemente hacia el espacio abierto, ahora desierto, detrás de las puertas. Había alcanzado su objetivo.

Los dos altos portones de madera se le enfrentaban, cerrados y trancados, flanqueados por las torres cuadradas que se elevaban sobre la parte más alta de las puertas casi otros cinco metros. Cada torre tenía una abertura en la base que daba acceso al interior, pero no estaban comunicadas con el muro que se extendía a cada lado. Las torres, en sí mismas, eran casi todo espacio vacío; sólo había unos cuantos camastros para que durmieran los centinelas y servían de lugar de almacenamiento para las armas bajo los escalones que se abrazaban a la pared a medida que trepaban el torreón, hasta el espacio abierto en la cima de la torre.

Drakis se detuvo y alzó una mano. En unos momentos, sus hombres tomaron posiciones a cada lado, alineados de cara a la puerta, preparando los arcos y esperando la orden de atacar. No les quedaba mucho tiempo. La luna se había convertido en un tenue brillo en el cielo, pero los guardias de la torre habían encendido un fuego en la base de la torre izquierda, a unos setenta pasos de distancia. Sabía que ésa era luz más que suficiente para disparar en la noche a esa distancia. Las flechas de sus hombres los atacarían desde la oscuridad.

Tres de los hombres de Korthac estaban de pie junto a la llameante fogata. Drakis no sabía cuántos guardias más habría dentro de las torres, pero Rebba había estimado que veinte o treinta hombres guardaban la entrada principal de Akkad día y noche, más para detener a cualquiera que quisiera huir que para proteger a los habitantes de la ciudad de agresores externos.

La alarma podía sonar en cualquier momento, y cuanto antes capturara Drakis las dos torres, mejor. Desde su posición, los arqueros se asegurarían de que las puertas permanecieran cerradas. Hasta ahora, no habían sido descubiertos, y él quería

mantener esa ventaja cuanto fuera posible, al menos hasta que comenzara a correr sangre y...

Un rugido se elevó en la noche a sus espaldas, un escándalo tal que llegó incluso hasta donde se encontraba, seguido después por la penetrante nota de una trompeta que quedó suspendida levemente del aire nocturno. Drakis apretó furioso los dientes. Habían estado muy cerca de sorprenderlos, y ahora tendrían que pelear para entrar.

—Primero tomaremos la torre izquierda. Desplegaos y permaneced cerca de mí. Vamos.

Nadie los había visto todavía. Otro guardia salió de la torre derecha, mirando y llamando a los que atendían el fuego. Afortunadamente, un tonto comenzó a echar más combustible al fuego, y las llamas se elevaron, proporcionando más luz a los arqueros de Drakis.

Éste preparó una flecha mientras avanzaba hacia el terreno despejado. Junto a él, sus hombres hicieron lo propio, desplegándose al avanzar. En breves momentos, estaban a lo largo del espacio abierto, todos moviéndose sin pausa hacia la puerta. Drakis dio una docena de pasos antes de detenerse y dar la orden de disparar.

La fila se detuvo, las flechas colocadas a la altura de los ojos de cada arquero, y el vuelo de los dardos dio comienzo. Al momento de dar la orden, alguien gritó en la torre para prevenir a los defensores de los arqueros que se aproximaban, y varios miraron hacia la calle justo cuando las flechas se hundieron en los confundidos hombres. Demasiado tarde para ellos. Los que atendían el fuego murieron, cubiertos de flechas. Más guardias salieron de ambas torres, mirando estúpidamente alrededor, intentando comprender lo que sucedía.

Antes de que la flecha de Drakis diera en su blanco, comenzó a avanzar al trote, con sus hombres detrás de él.

—¡Alto! —Apuntó la flecha que tenía lista—. ¡Disparad!

Otra oleada de flechas partió hacia los defensores de las puertas. Cayeron más hombres, perforados por las pesadas flechas, lo suficientemente fuertes para derribar a un hombre a aquella distancia. Los gritos de los heridos aumentaban la confusión. A esas alturas, Drakis ya había cruzado más de la mitad de la distancia hasta la puerta. Otra vez se detuvo, justo en los límites de la luz del fuego.

—¡Alto! —El sonido de la flecha contra el arco sonó con fuerza en sus oídos al apuntar—. ¡Disparad!

Esta vez apuntó arriba, hacia el hombre que había en lo alto de la torre. La flecha silbó en la noche, pero él no se molestó en averiguar si había dado en el blanco.

Todos los centinelas sorprendidos fuera de las torres murieron bajo la tercera granizada de flechas, lanzadas a menos de cuarenta pasos.

En el momento en que volaron las flechas, Drakis salió a la carrera, directamente hacia la torre izquierda, cogiendo el arco con la mano izquierda y desenvainando la

espada corta con la otra.

—¡Eskkar! ¡Eskkar ha regresado! —gritó Drakis, haciendo que el nombre que nadie se había atrevido a pronunciar rebotara en ecos a lo largo de los muros—. ¡Que no escape ninguno de los traidores!

Furia y gritos de confusión de los hombres se oían en las torres, y una flecha pasó silbando junto a Drakis. Ahora, tanto a él como a sus hombres se los veía claramente a la luz de las llamas, dividiéndose en dos grupos que cargaban contra las torres. Necesitaban entrar, antes de que ellos mismos se convirtieran en blancos.

El pánico y la confusión se apoderaron de los defensores tras el grito de guerra de Drakis. Durante casi una semana habían sido dueños de la ciudad, riéndose y burlándose de quienes se atrevieran a nombrar a Eskkar. Ahora, acompañado de flechas sibilantes, ese nombre llevaba el miedo a sus corazones. Muchos olvidaron las órdenes, otros abandonaron sus puestos. Unos pocos salieron corriendo, desapareciendo en la oscuridad a lo largo de las murallas; la huida, lo único que ocupaba sus mentes.

Drakis siguió gritando a voz en cuello:

—¡Eskkar ha regresado! ¡Muerte a los traidores!

Sus hombres se hicieron eco del grito, aullando las palabras en la oscuridad mientras corrían hacia la torre de la izquierda, Drakis alzando la espada al correr. Saltó por encima de los cuerpos muertos justo cuando cuatro hombres salían por la entrada de la torre, espada en mano.

Pero dos de ellos vieron lo que parecía un centenar de sombras demoniacas corriendo hacia ellos y se lanzaron dentro de la torre. Los otros alzaron sus espadas, y uno la blandió hacia la cabeza de Drakis. Drakis lanzó su grito de guerra al tiempo que paraba el golpe. Después dejó que el impulso lo arrojara contra el pecho del hombre, y usó el hombro para tirarlo al suelo y luego clavarle la espada.

Retorciendo la espada al sacarla, Drakis se lanzó a la oscura boca de la torre. Una sombra se movió ante él y la atacó, gritando:

—¡Eskkar! ¡Eskkar! —Las palabras resonaron en la oscuridad. Allí, en lo profundo de la torre, casi no penetraba la luz. Habitualmente, una antorcha ardía en el interior, para iluminar los escalones que conducían hacia arriba. Los descuidados guardias habían dejado que se extinguiera, demasiado perezosos para reemplazarla tan cerca del alba.

Drakis empujó hacia delante; necesitaba destruir a los defensores tan pronto como fuera posible, antes de que pudieran reagruparse, antes de que se dieran cuenta de que eran más que los que les estaban atacando.

Los guardias que estaban dentro de la torre reaccionaron con lentitud. Les habían sorprendido descansando, la mayoría de ellos durmiendo. Despertados repentinamente, inseguros de lo que sucedía, los guardias buscaron sus espadas,

intentando defenderse de lo que parecía ser una horda de feroces agresores. Algunos salieron corriendo hacia arriba, chocando contra los que intentaban descender.

Drakis llegó a la base de los escalones y vio a un hombre que se le acercaba, tambaleándose en la oscuridad. Drakis tenía ventaja, cualquiera frente a él debía de ser un enemigo. Se lanzó hacia arriba, el brazo extendido, y notó cómo su espada se hundía en la carne.

Su víctima gritó cuando el filo de la espada le entró en el muslo y Drakis sintió cómo la sangre caliente le salpicaba el brazo y el pecho. El hombre intentó retroceder, pero la pierna herida no le respondió y cayó por la escalera, dando alaridos.

Los otros defensores detuvieron su descenso, amontonados en el primer rellano. Drakis en ningún momento dudó, empujado por sus hombres, que lanzaban gritos de guerra a sus espaldas. Subió corriendo hacia los guardias, gritando el nombre de Eskkar. El recinto de la torre amplificaba su voz, convirtiéndola en algo inhumano, lleno de amenazas.

Otro guardia dio media vuelta para salir corriendo hacia arriba, pero perdió el equilibrio y cayó. Drakis arremetió con su espada brutalmente contra la espalda del hombre, desoyendo el alarido cuando hundió el filo en el hombro de su enemigo, derribándolo de los escalones. El resto de los guardias volvió por donde había venido, con tal de huir de los demonios que los atacaban. Drakis subió pisando la espalda del herido y siguió ascendiendo a la carrera, subiendo los peldaños de dos en dos.

Detrás de él, sus hombres llenaban la torre con un muro de gritos. Una flecha lanzada por uno de los hombres de Drakis pasó silbando, seguida por el grito de otro guardia que caía pesadamente al suelo. Drakis no oía nada, sólo gritaba su aullido de guerra mientras se lanzaba a la carrera hacia el último tramo de las escaleras hasta llegar a la abertura superior. Otro guardia se enfrentó a Drakis, pero éste lo atacó con tanta rapidez que el hombre ni siquiera tuvo tiempo de parar el golpe. Haciendo a un lado al herido, Drakis, respirando agitadamente, se abrió paso en la oscuridad hasta la cima de la torre. Vio sombras que se movían y el brillo de las espadas desnudas, mientras los defensores de las torres agrupaban sus fuerzas.

—¡Eskkar ha regresado! —gritó, y cargó contra sus oponentes.

## CAPÍTULO 24

Ariamus se despertó antes del alba, una costumbre que le había sido de utilidad, ya fuera para luchar o para escapar. Se había acostado tarde la noche anterior, una vez más en la nueva residencia de Korthac. Habría preferido dormir en su propia casa, la que se había cogido para sí. Nicar, el antiguo amo de Akkad, había vivido allí durante más de diez años. Ariamus había disfrutado expulsándolo. Ahora, el noble más rico de la ciudad y toda su familia vivían en una miserable choza de una sola habitación, y se consideraban afortunados de poseer al menos eso.

Desgraciadamente, Korthac quería tener cerca a Ariamus, y éste se había guardado las objeciones y aceptado la «invitación» de su jefe de ocupar una habitación en la casa principal. En muchos aspectos había resultado ser una buena idea. Ariamus tenía media docena de lugartenientes que lo acosaban constantemente con preguntas y pequeñas disputas. El tener que pasar ante los egipcios de Korthac, hombres taciturnos que hablaban poco y jugueteaban mucho con sus espadas, ayudaba a Ariamus a evitar a sus hombres por las noches.

Agradeció a todos los dioses por él conocidos que Korthac no tuviera más egipcios que las pocas docenas con las que contaba. Así, Korthac necesitaba a Ariamus y a los hombres que reclutara. No era que Korthac confiara en él o en sus hombres. Ariamus tampoco tenía mucha fe en ellos. Contaba con pocos guerreros experimentados, hombres que pudieran hacer algo más que seguir órdenes y blandir una espada. En unos cuantos días más ya no importaría. Había estado recorriendo los alrededores, reclutando a otros hombres desplazados y desesperados, dispuestos a hacer lo que él les dijera por tener la oportunidad de comer y ganar algo de plata. Con suficientes seguidores, incluso sin experiencia, podían ocupar la ciudad indefinidamente.

El alba todavía no había dado comienzo cuando Ariamus terminó de vestirse y salió de su cuarto, el más cercano a la cocina. Para su sorpresa, oyó la voz de Korthac en las habitaciones superiores. Subiendo la escalera, encontró al egipcio sentado a la mesa grande; una lámpara iluminaba ligeramente la estancia. El sempiterno guardia estaba unos pasos detrás de su amo, mirando hacia el dormitorio pero también manteniendo la mirada atenta en Ariamus.

—¿Ha tenido la esclava a su hijo?

—Sí, hace como una hora. —Korthac le frunció el ceño—. ¿No has oído sus gritos? Despertó a toda la casa cuando finalmente dio a luz.

—¿Una mujer gritando por la noche? —rió Ariamus; una risa estruendosa que llenó el cuarto—. Eso nunca me despierta.

Korthac interrumpió bruscamente su risa con una mirada.

—¿Estás listo para salir a cabalgar?

—Sí, señor. —Ariamus se las ingenió para parecer lo suficientemente sumiso—. Iré hacia el este. Debería conseguir otros diez o veinte granjeros jóvenes que se nos unan, de una u otra manera. —Ariamus había planeado llevar consigo a una docena de hombres y comenzar a visitar las granjas que rodeaban Akkad. Los granjeros locales tenían plata en abundancia, mujeres y otras posesiones, y Korthac quería asegurarse de que no se sintieran más seguros en sus granjas que los habitantes de la ciudad. Ariamus quería conseguir más botín, junto con los reclutas, después de gozar a las mujeres.

—Asegúrate de regresar para la caída del sol —dijo Korthac—. Y quiero que vayas hacia el norte, hacia Dilgarth, no hacia el este. No he tenido noticias de Ziusudra, aunque espero que a estas alturas Eskkar esté muerto. Pero en caso de que no lo esté, quiero más patrullas en los caminos, por si trata de atacarnos.

Ariamus se encogió de hombros.

—Aunque estuviera vivo, ¿qué podría hacer con menos de setenta hombres? No me sorprendería que se quedara donde está o que partiera hacia el oeste.

Korthac suspiró, un largo suspiro que hizo que Ariamus se arrepintiera de lo dicho.

—No, el bárbaro vendrá aquí. He aprendido mucho sobre él en estas últimas semanas. No entregará todo este poder sin luchar. Y hay algo en esa puta —Korthac inclinó su cabeza hacia el dormitorio— que hará que vuelva.

—Ziusudra es un hombre capaz, lo bastante bueno como para hacerse cargo de Eskkar —dijo Ariamus, moviéndose inquieto y deseando que lo invitara a sentarse—. Le has prometido oro en abundancia por su trabajo. Aunque falle, le llevará a Eskkar varios días entender lo sucedido, por lo que tendremos tiempo más que suficiente para prepararnos.

Annok-sur apareció en la puerta del dormitorio e hizo una profunda reverencia, manteniendo la vista baja.

—Amo, ¿puedo ir a buscar agua fresca para Trella?

Ariamus la miró y sonrió.

—Tal vez tú puedas llevar algo para...

Un fuerte ruido resonó por toda la casa, proveniente del piso inferior. Por un momento, Ariamus y Korthac se miraron. Luego, un grito en egipcio se oyó desde el patio, y ni siquiera Ariamus tuvo problemas para comprender el mensaje. Se dirigió al rellano y miró hacia el cuarto inferior, que estaba a oscuras. La puerta principal estaba cerrada. Luego, se oyeron fuertes pisadas hacia la zona de la cocina, y a hombres que gritaban el nombre de Eskkar. Se oyeron más pisadas en el piso inferior y Ariamus apretó los dientes, maldiciendo.

Volviendo hacia el rellano de la escalera, cerró la puerta y luego dejó caer la pesada barra para trabarla.

—¿Qué sucede? —Korthac se puso de pie, aunque permaneció detrás de la mesa. El guardia se puso a su lado, con la mano en la espada.

—¡Nos atacan! Eskkar ha regresado. —Ariamus oyó pesados pasos en las escaleras, y luego que la puerta temblaba. Una voz que reconocía repetía una y otra vez el nombre de Trella.

Ariamus se apartó de la puerta.

—¡Es Eskkar! ¡Está aquí! —Algo pesado golpeó contra la puerta, haciendo que se sacudiera en su marco. Ariamus sacó la espada de su vaina. Maldito bárbaro. ¿Cómo se las había ingeniado para entrar en la ciudad, para entrar a la casa? Ya no importaba. Se volvió hacia el egipcio—: ¿Dónde están tus hombres, Korthac? —Casi como respuesta, se oyó el sonido de hombres peleando en el patio.

—¡Detenla!

La voz de Korthac hizo que Ariamus se diera la vuelta. Vio a Annok-sur, que se había arrimado a la pared cuando comenzó el ruido y echaba a correr hacia la puerta. Ariamus se lanzó hacia ella, pero Annok-sur se escurrió de su brazo, alcanzó la puerta y sacó la barra de la traba, mientras gritaba el nombre de Eskkar. Ariamus la cogió del cabello y la arrastró hacia atrás, pero la puerta se abrió de golpe, golpeando contra la pared y mostrando una silueta amenazadora que portaba una larga espada.

\*\*\*

En el patio se oyeron gritos de alarma. Eskkar sabía que los hombres de Korthac entrarían por las puertas que tenía detrás, espada en mano.

—Que no salgan —gritó Eskkar, con la esperanza de que los arqueros de Mitrac pudieran contener la amenaza. Después, por encima de aquel clamor, Eskkar oyó la voz de Grond, llamándolo a gritos.

—Capitán, por aquí.

Al oír el tono urgente, Eskkar abandonó su asalto a la puerta principal y corrió hasta donde se encontraba su guardaespaldas. La puerta de la cocina estaba abierta. Un sirviente medio dormido la había abierto, ya fuera para dejar entrar a los agresores o para averiguar qué sucedía. Fuera cual fuese el motivo, Grond ya se había abierto camino hacia el interior, y Eskkar lo siguió. Los dos hombres cruzaron la cocina, apartaron un taburete de una patada y se dirigieron hacia el oscuro corredor que conducía al cuarto principal. Apenas habían pasado el área de la cocina cuando dos sombras salieron al pasillo de una de las recámaras.

Una de ellas dio un grito cuando Grond derribó al primer hombre y se enfrentó al segundo. Eskkar no les prestó atención y los echó a un lado. Conocía la casa incluso



en la oscuridad y corrió más allá de las otras dos puertas, dobló una esquina y subió de dos en dos los escalones que había junto a la pared. En el rellano de la escalera empujó la puerta del cuarto de trabajo, pero la encontró trabada. Sin embargo, volvió a lanzarse contra ella, pero esta barrera, tan fuerte como la del piso inferior, apenas tembló. Llamando a gritos a Trella, golpeó la puerta con el pomo de su espada.

Para su sorpresa, escuchó la voz de una mujer que lo llamaba. Oyó cómo se deslizaba la tranca, por lo que empujó los pesados tablones y la puerta se abrió. La luz del cuarto superior iluminaba el rellano, y vio allí a Annok-sur forcejeando con alguien que se lanzaba para intentar cerrar la entrada de un portazo. Eskkar empujó la puerta con el hombro y forzó la entrada.

El hombre dio un paso atrás, derribando a Annok-sur con el puño, a la vez que alzaba la espada con la otra mano. Sólo una lámpara de aceite ardía en la primera cámara, pero la titilante llama daba luz más que suficiente para que Eskkar reconociera a su oponente.

—¡Ariamus! —Toda la furia y el odio estaban contenidos en ese nombre. Había despreciado a aquel hombre cada día que estuvo a su servicio, y ahora Ariamus estaba frente a él, en el cuarto personal de Eskkar. Lanzó una estocada, en línea recta, que debería haber atravesado el corazón de su enemigo.

Pero Ariamus saltó hacia atrás y luego respondió con un fuerte mandoble. Otro hombre de barba negra y piel oscura, sin duda uno de los guardias de Korthac, apareció junto a Ariamus y también lanzó una estocada. Eskkar lo echó a un lado, pero retrocedió un paso, pues su larga espada, al no haber suficiente espacio para blandirla, resultaba incómoda para aquel tipo de lucha. Ambos atacantes avanzaron contra Eskkar, quien, blandiendo su espada entre ambos, tuvo que retroceder otro paso mientras los rechazaba. Un paso más y estaría en el rellano, con la puerta nuevamente cerrada ante sí.

De repente Ariamus gritó de dolor, tropezó y cayó de rodillas con una maldición. Annok-sur se aferraba a la pierna de Ariamus y le mordía la pantorrilla. Esa distracción le brindó a Eskkar el momento que necesitaba. Retrocedió medio paso, se agachó y luego se lanzó hacia delante. El extranjero se hizo a un lado para parar el golpe, pero Eskkar alargó el brazo y se abalanzó con todas sus fuerzas. El guardia pudo desviar el mandoble que apuntaba hacia su estómago, pero el filo se le hundió en el costado, y el hombre gimió de dolor. Eskkar intentó retirar su arma, pero el guardia se tambaleó contra la pared, su cuerpo ensartado en la espada.

Eskkar retorció el filo y el hombre aulló de agonía, dejando caer su espada mientras sus manos se aferraban al filo que ardía en su interior. Eskkar se lanzó hacia delante, bajando el hombro contra el hombre herido y haciéndolo caer de espaldas. Simultáneamente, Ariamus golpeó la cabeza de Annok-sur con el pomo de su espada, liberándose de sus brazos. Sacó la espada, pero antes de poder golpear, Eskkar saltó

hacia él. Se estrelló contra Ariamus, liberando al mismo tiempo su gran espada del egipcio moribundo.

Lucharon cuerpo a cuerpo. Demasiado cerca para usar su espada, Eskkar dejó caer el arma y agarró a Ariamus con ambos brazos, inmovilizándolo; éste no dejaba de retorcerse, pero no podía usar su arma. Algo bloqueó la luz por un instante, y Eskkar vio a alguien moviéndose a sus espaldas. Todavía abrazando a Ariamus, Eskkar giró, manteniendo a Ariamus entre él y cualquiera que fuese el peligro.

Eskkar vio a la luz de la lámpara el relampaguear de una espada, y Ariamus gritó cuando ésta le atravesó la parte superior del brazo. Levantando a Ariamus en un arranque de ira, Eskkar lo lanzó contra el nuevo agresor, deteniendo el avance del tercer hombre por un instante, hasta que empujó con fuerza a Ariamus contra la pared. El antiguo capitán de la guardia cayó al suelo, mareado y agarrándose el brazo.

Para entonces, Eskkar se había agachado y recuperado su espada. Ése debía de ser Korthac. Nadie más estaría en esas habitaciones. Sólo Korthac se encontraba entre él y Trella, pero la puerta estaba abierta y los hombres de Korthac podían llegar en cualquier momento. Eskkar alzó su espada ensangrentada y avanzó.

\*\*\*

En la cima de la torre, las estrellas y la luna daban luz apenas suficiente para que Drakis viera a sus enemigos, sombras movedizas contra el cielo nocturno. Vociferando como un demonio, golpeó a diestra y siniestra, atacando a cualquiera que no gritara el nombre de Eskkar. Sus hombres se abrieron paso a sus espaldas, lanzando gritos de guerra. Habían rechazado a los confundidos defensores escaleras arriba, fuera de la torre y hacia el parapeto, pero aún había que acabar con los seguidores de Korthac. Drakis no tenía otro pensamiento que no fuera blandir su espada, gritando el nombre de Eskkar a viva voz, mientras golpeaba y volvía golpear a los enemigos que tenía delante, sin importarle dónde diera su espada.

Los defensores, aterrorizados y creyéndose sobrepasados en número, perdieron la voluntad de luchar. Tomados por sorpresa en la noche, sólo pensaron en huir. Un hombre murió, luego otro, antes de que el resto soltara las espadas y escapara. Se tropezaban al tratar de huir, suplicando piedad y saltando hacia el parapeto que terminaba contra el costado de la torre, una caída de cinco metros. Los que pudieron hacerlo salieron a la carrera, dando gracias a los dioses por poder escapar. Un hombre cayó de la pared hacia el foso, casi ocho metros. Un grito de dolor siguió a su caída.

Respirando agitadamente, Drakis sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos. Habían tomado la torre. Mirando a su alrededor, vio cuerpos caídos. Una flecha le pasó cerca de la cabeza y se dio cuenta de que provenía de la torre vecina. Su excitación desapareció a la vez que se agachaba. La otra torre seguía en

manos enemigas, custodiada por hombres con arcos.

Se escuchaban, abajo, más gritos de batalla. Ahora la mayoría de sus hombres habían alcanzado la parte alta de la torre.

—¡Bajad! Cuidado con los arqueros enemigos de la otra torre —les dijo Drakis mientras agarraba a uno de sus hombres y lo arrastraba para que se protegiera bajo el parapeto. La frustración se materializó un instante después cuando se dio cuenta de que Enkidu no había conseguido tomar la otra torre.

—¡Usad los arcos para despejar la otra torre, y cubrid después la puerta! Aseguraos de que permanezca cerrada. Voy a bajar. —Abriéndose paso a empujones en dirección a la oscuridad del interior de la torre, Drakis avanzó con cuidado por los ahora sangrientos escalones, procurando pisar bien. Llegó abajo rápidamente, y tropezó en los últimos peldaños.

La base de la torre no tenía puerta, y poco en su interior, aparte de los escalones que llevaban a las almenas. Vio a Enkidu y a sus hombres de pie en la entrada, usando los arcos y disparando a cualquier cosa que se moviera.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no...?

—Han bloqueado la entrada con una mesa antes de que pudiéramos alcanzarla, Drakis. Hablan un idioma extraño..., deben de ser hombres de Korthac. He perdido dos de mis hombres tratando de abrirme paso. —Enkidu hizo una pausa para recuperar el aliento—. Entonces he ordenado a mis hombres que entraran aquí.

—Malditos sean los dioses.

Gruñendo de ira, Drakis miró por la abertura. El plan para tomar ambas torres había fracasado, pero todavía podía controlar la entrada desde una sola torre, si podía mantenerla. Al menos tendría a todos sus hombres juntos.

La fogata, fuera, seguía ardiendo, pero las llamas habían comenzado a menguar. Enkidu le había dado una idea. Si pudiera levantar una barricada en la puerta, podría defender la torre y la puerta. Esta torre no tenía mesa; no había nada, de hecho, salvo unas pocas mantas tiradas en el suelo. Drakis echó un vistazo hacia fuera. En la calle, en dirección norte desde la muralla, podía ver los habituales carros y mesas, arrimados durante la noche contra las casas de sus dueños. Un objeto se perfilaba aún más grande, incluso en la tenue luz: una carreta de campo, con unas ruedas casi tan grandes como un hombre. Si la pudiera acercar, se convertiría en una barrera formidable.

—¿Ves aquel carro calle arriba? Lo arrastraremos hasta aquí y lo usaremos para bloquear la entrada.

Enkidu miró hacia la entrada.

—Nos estarán disparando. Los guerreros de Korthac ya se están congregando alrededor de la otra torre. Sus arqueros ya están apuntando hacia esta entrada. — Como para dar énfasis a las palabras de Enkidu, una flecha se clavó ruidosa en el

marco de la entrada.

—Yo iré a por él. Me llevaré a tres hombres. Envía a algunos de tus hombres arriba. Cubridnos desde allí. Apresúrate.

Haciendo caso omiso de las protestas de Enkidu, Drakis llamó a tres hombres y les dijo lo que planeaba. Dejando su arco, se acercó a la entrada y examinó la calle. Se escuchaban gritos confusos por todas partes y los hombres corrían por el espacio abierto, pero nadie todavía se había atrevido a acercarse a la torre y la calle hacia el norte parecía vacía. Así y todo, no pasaría mucho tiempo hasta que alguien asumiera el mando y comenzara el contraataque.

—¡Vamos! —dijo, y salió a la carrera, tan rápido como podía. Mirando hacia atrás, Drakis vio que sus hombres lo seguían, e incluso pudo ver a Enkidu y a otro hombre de pie junto a la entrada, con los arcos preparados.

El carro se encontraba por lo menos a cien pasos de la torre, y una vez allí tendrían que empujar el tosco vehículo. Respirando agitadamente, llegó hasta el carro y descubrió que estaba orientado en la dirección contraria. Tendrían que darle la vuelta, o sería todavía más difícil moverlo. Drakis lo sobrepasó, luego se arrodilló y alzó la pesada lanza de madera, jadeando bajo su peso.

Uno de sus hombres se le unió y juntos levantaron la lanza y la empujaron cada vez más alto, hasta que cayó hacia atrás con un fuerte estrépito. Sus otros hombres ya se habían acercado pegados a los muros de las casas y comenzaban a empujar. Drakis agarró el borde de la rueda delantera y añadió su peso. Lentamente, con muchos chirridos y protestas, el pesado artefacto comenzó a moverse.

Tan pronto como lo separaron de la pared, Drakis ordenó a sus hombres que se pusieran en la parte trasera del carro. Los cuatro lo alzaron en vilo, mientras se quejaban de su peso, y simplemente le dieron la vuelta de modo que el frente del carro apuntara hacia la torre.

—Apoyad los hombros contra él —dijo Drakis, respirando agitadamente por el esfuerzo, y lanzó su cuerpo contra el tosco carro.

Entre crujidos, el carro comenzó a moverse. Drakis se maldijo por no haber llevado más hombres; dos bueyes adultos movían habitualmente un carro de ese tamaño. Después de unos pasos, giró más fácilmente, pero no podían moverlo con más rapidez y, por mucho esfuerzo que hicieran, la velocidad era constante. Así y todo, recorrieron la mitad de la distancia hasta la torre antes de tener la primera señal de que alguien percibía sus movimientos. Una flecha impactó contra el carro con un redoble; por el ángulo con el que se había clavado, Drakis supuso que provenía de la otra torre.

—Mantened el carro entre nosotros y la torre —ordenó a sus hombres, que giraron un poco más hacia la izquierda. Otra flecha más silbó sobre sus cabezas.

Luego se oyó una voz por encima de ellos:

—¡Cuidado, por la espalda!

El aviso provenía del tejado que había detrás de ellos, adonde los medio dormidos ciudadanos de Akkad se habían retirado, algunos por seguridad, otros para observar el espectáculo. Drakis miró por encima del hombro y vio a cuatro hombres que corrían hacia ellos blandiendo sus espadas.

—¡A nuestras espaldas!

Sacó su espada de la vaina y la levantó en alto mientras se preparaba. Unos pocos pasos antes de que llegaran los agresores, uno de ellos tropezó y cayó, profiriendo un grito de dolor que resonó en la noche. Drakis vio que tenía una flecha clavada en la pierna. Eso significaba un hombre menos contra el que pelear, y provocó en sus atacantes un momento de duda antes de iniciar la lucha; para entonces Drakis y sus hombres ya estaban listos.

Chocaron las espadas. Drakis, la furia bélica todavía en él, gritó el nombre de Eskkar con todas sus fuerzas, blandiendo la espada mientras atacaba a su oponente, combinando una estocada con un mandoble con tal salvajismo que aterrorizó a su agresor. Éste dio media vuelta y huyó. Otro yacía muerto o agonizante, y el último atacante también dio media vuelta y desapareció en la oscuridad.

Drakis ni siquiera hizo una pausa para respirar. Espada en mano, apoyó la espalda contra el carro y empujó. Sus talones dejaron profundas huellas en la tierra, resbalando una y otra vez, pero al menos podía vigilar su retaguardia.

Les llevó un buen rato volver a poner el carromato en movimiento, y ahora tenían que dirigirlo un poco hacia la izquierda, de modo que apuntara a la entrada de la torre. Éste se desplazó aún más lentamente al girar. De pronto, comenzó a moverse más rápido, y Drakis se dio cuenta de que dos arqueros más habían llegado desde la torre y empezaban a empujar desde la rueda delantera izquierda, ayudando al renuente carro y guiándolo derecho hacia la entrada de la torre.

Eso los volvía blancos fáciles. El frente del carro estaba expuesto no sólo a los arqueros de Korthac de la otra torre, sino a los hombres que Drakis vio congregándose al otro lado de la plaza. Oyó que una flecha golpeaba en la base de la torre y se estrellaban dos más contra el carro mismo.

Luego el carro pasó frente a la abertura.

—¡Todos adentro! —Drakis los siguió; le temblaban tanto las piernas por el esfuerzo que tropezó y por poco se cae. La pelea y el pesado carro habían agotado sus fuerzas, y necesitaba un momento para recuperar el aliento. Oyó a Enkidu dar órdenes y, por un instante, se limitó a observar.

Su segundo al mando tenía a seis hombres lidiando con el carro, esta vez esforzándose por trabar una de las grandes ruedas de madera en la entrada. Un hombre se deslizó por debajo del carro hacia la calle y luego se subió a la plataforma del mismo. Drakis había supuesto que el carro estaría vacío, pero ahora pudo ver que

había dos grandes planchas de madera, sin duda utilizadas para destrabar el carro si se quedaba atrapado en el barro o en la arena. El soldado, con las flechas silbando a su alrededor, se las alcanzó a Enkidu, antes de lanzarse de cabeza de regreso a la torre. Las dos planchas de madera, tan altas como un hombre, servirían para sujetar el carro contra el muro.

Drakis se inclinó contra el marco. El carro bloqueaba la entrada y proporcionaba un escudo de protección a sus arqueros. Sus hombres podrían defender la torre, al menos por ahora. Respiró hondo para llevar más aire a sus pulmones.

—Prepara a tus arqueros, Enkidu —dijo Drakis. A diferencia de la turba a la que había tomado por sorpresa y espantado de la torre, Drakis sabía que ahora se enfrentarían a egipcios disciplinados y que la verdadera lucha estaba a punto de comenzar—. Pronto vendrán a por nosotros.

\*\*\*

A diferencia del resto de los dueños de tabernas, En-hedu se despertó mucho antes del amanecer, hábito que había adquirido desde que comenzara a vigilar las casas de Korthac. Desde que el egipcio había dejado la casa el día en que tomó el poder, En-hedu había dejado de vender sus mercancías. La necesidad de vigilar a Korthac había pasado; ahora tenía el poder, al menos hasta que regresara Eskkar. Hasta que llegara ese momento, Tammuz y ella esperaban, contentos, por primera vez, de que casi nadie conociera sus verdaderas actividades.

Sin embargo, el hábito de despertar temprano continuó, aunque ahora ella empleaba ese tiempo con otros propósitos. En-hedu se puso de costado, de cara a Tammuz, que aún dormía. Ella no podía salir del lecho sin pasar por encima de él, por lo que decidió despertarlo. Ésa se había vuelto una nueva experiencia para ella. No despertar a un hombre es algo que había hecho muchas veces con su antiguo amo. En las últimas semanas, despertar a Tammuz se había convertido en un placer en vez del comienzo de un nuevo día de humillaciones.

Ella se acercó a él, apoyándose sobre un codo y dejando que uno de sus pechos rozara el pecho suyo. Él se movió, pero no se despertó, por lo que ella buscó entre sus piernas y comenzó a acariciarlo. Todavía dormido, en instantes estuvo erecto, y cuando ella apretó su creciente hombría, él gimió de placer.

—Despierta, amo —le dijo, susurrando las palabras en su oído—. Está amaneciendo.

Sorprendido, levantó la cabeza, pero la mano de ella, sosteniéndolo todavía, hizo que no se levantara.

—¿Qué...? En-hedu... —suspiró satisfecho y dejó caer la cabeza en la cama nuevamente. Ella apretó con más fuerza, y empezó a mover la mano de arriba abajo.

Desde que ella salvara su vida el día en que Korthac tomó el poder, sus sentimientos por él habían cambiado, profundizándose y haciéndose más fuertes. Ahora ella quería complacerlo, cuidar de él, mantenerlo cerca todo lo posible. Todavía se maravillaba de su gentileza, y ella se había vuelto más y más atrevida cada vez que hacían el amor. A diferencia de su antiguo amo, Tammuz era diferente, tenía otro sabor. Lo que antes había sido degradante, ahora se había vuelto algo tan excitante como placentero.

Después de unos días de hacer el amor, ella se descubrió tan húmeda que sus jugos le corrían por los muslos. Ahora volvió a apretarlo, y luego se inclinó sobre él, apartando la manta. Le besó la erección, rozándola con los labios antes de introducírsela en la boca. Los sonidos que él hacía entonces siempre la excitaban, y ella disfrutaba de su poder sobre él, de su necesidad de caricias y de su cuerpo. Esa mañana sería especial, decidió, y se sintió excitada por anticipado.

De pronto se detuvo y se sentó en la cama.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué? Nada..., nada..., no te detengas...

—No, ha sido algo —insistió, dejando a Tammuz—. Hombres gritando... —El ruido se repitió, esta vez más fuerte.

Tammuz se sentó en la cama y tiró la manta al suelo; ahora ambos oían un clamor de hombres, seguido por el toque de una trompeta distante dando la alarma.

Arriba, oyeron que Gatus se movía y supieron que él también había oído los mismos ruidos.

Tammuz puso los pies en el suelo y se apartó de la cama.

—Gatus —llamó en voz baja hacia el escondite—, ¿qué ha sido eso?

Ella oyó el crujido de la escalera, luego las estrellas desaparecieron cuando el cuerpo del soldado bloqueó por un momento la entrada, antes de que Gatus bajara hasta el cuarto.

—Pelear —dijo Gatus bajando el último escalón—. Hombres peleando cerca de los barracones. He oído a alguien gritar el nombre de Eskkar.

Ese nombre no había sido pronunciado en voz alta desde hacía tiempo, desde el sanguinario edicto de Korthac.

Para cuando Gatus descendió la escalera, En-hedu ya había salido de la cama. Tanteando en la oscuridad, encontró el cuchillo que Tammuz le había dado. El delgado filo de cobre, envainado en suave cuero, se ajustaba en un cinturón en torno a su cuerpo, debajo de sus pechos. Se puso el vestido por encima de la cabeza. Si caminaba con los brazos cruzados, el cuchillo quedaba bien oculto.

—¿Puede haber vuelto tan pronto? —preguntó Tammuz, poniéndose la túnica y cogiendo su propio cuchillo.

Gatus rió mientras se agachaba y ajustaba las sandalias.

—Eskkar sabe cómo moverse rápido cuando tiene que hacerlo. Ningún otro podría despertar a estos cobardes. Debía de estar en camino cuando se enteró.

—Los hombres de Korthac han estado vigilando las rutas —dijo En-hedu—. Habrían dado aviso.

—Eskkar puede haberse colado entre ellos —gruñó Gatus—. Conoce los alrededores mejor que nadie..., pero mientras esté aquí, no importa cómo lo haya conseguido. Es hora de luchar. Me voy hacia los cuarteles. Vosotros quedaos aquí. — Abrió la puerta que daba al cuarto principal y se dirigió con rapidez hacia la entrada de la taberna.

—Ni hablar —dijo Tammuz, y se fue detrás del viejo soldado después de atarse las sandalias. En-hedu ayudó a Tammuz a ajustarse el cinturón. Para cuando Tammuz y En-hedu salieron de su cuarto, la mitad de los que estaban durmiendo habían partido, despertados por los crecientes ruidos de pelea que casi tapaban las voces que gritaban el nombre de Eskkar. Sólo quedaron los borrachos, todavía embotados de tanta cerveza. Fuera, varios de los clientes de Tammuz estaban de pie junto a la puerta de la taberna preguntándose qué sería toda esa conmoción y hablando con excitación a cualquiera dispuesto a escuchar.

—¿Adónde vamos? —preguntó En-hedu, al lado de Tammuz, junto a la entrada.

—A casa de Trella. Tal vez allí seamos de alguna ayuda. Tú deberías quedarte...

—Voy contigo —dijo En-hedu. Ella sabía que Tammuz no quería que fuese, pero eso era algo que ya habían discutido. Adondequiera que él fuese, ella estaba decidida a permanecer a su lado. Sin más palabras, pasó por delante de él y comenzó a caminar por la calle, en dirección a la casa de Trella.

—Si alguno de vosotros quiere, que venga con nosotros —dijo Tammuz por encima del hombro, mientras seguía a su mujer.

Mirando las estrellas, que empezaban a apagarse, En-hedu se dio cuenta de que la aurora estaría pronto sobre ellos. A su alrededor oía a la gente hablando con excitación, preguntándose qué estaba sucediendo, qué hacer. Y por encima de todo el ruido, oían a la gente gritando el nombre de Eskkar y de vez en cuando el entrec chocar de las armas.

Tammuz alcanzó a En-hedu y se puso delante, abriéndose camino entre la multitud cada vez mayor. Tres de los hombres de Korthac salieron de una taberna y tropezaron en la calle, en la misma dirección. La calle pronto dio a una intersección, y el primer hombre dobló hacia la izquierda, hacia los barracones. Hacia la derecha era la dirección de la casa de Eskkar.

Ella vio horrorizada cómo Tammuz salía a la carrera, se acercaba al último de los tres y le hundía el cuchillo en la espalda. Sin detenerse, Tammuz giró hacia la izquierda, dejando al hombre herido tambaleándose unos pasos antes de caer a tierra, gritando de dolor. Sus dos compañeros desaparecieron en la oscuridad sin darse



cuenta siquiera.

En-hedu corrió todo lo deprisa que pudo y se las arregló para seguir a Tammuz. Juntos doblaron la calle y vieron, frente a ellos, la casa de Eskkar. Tammuz se detuvo repentinamente. La calle estaba repleta de hombres de Korthac, la mayoría egipcios, salidos de las casas de los alrededores, donde habían estado alojados. Vio cómo se lanzaban hacia el patio de la casa de Eskkar, y los sonidos de la lucha y de los hombres gritando se propagó a lo largo de los muros.

Ella cogió a Tammuz del brazo y lo apretó contra sí con toda su fuerza.

—No puedes. Son demasiados. —Ella había temido que él saliera a la carrera a enfrentárseles, con su inútil cuchillo frente a tantas espadas.

—Ya lo veo —dijo con una maldición—. Volvamos.

Dieron media vuelta y volvieron sobre sus pasos por la calle, alejándose de la casa. En lo alto, las estrellas empezaban a extinguirse, mientras los primeros rayos de la alborada comenzaban a brillar. Había hombres corriendo por todas partes, y ella vio a otros dos invasores, espada en mano, abriéndose camino a través de la multitud, en dirección a la casa de Eskkar.

—Quédate detrás de mí —le ordenó Tammuz.

En-hedu buscó dentro de su vestido, sacó el cuchillo de su funda y lo sostuvo contra su muslo. Sintió que el corazón le latía como un caballo desbocado contra las costillas.

Tammuz se apretó contra la muralla mientras pasaba a la carrera el primero de los hombres de Korthac, pero se abrió camino hacia la calle, cruzándose frente al segundo. Antes de que el egipcio, maldiciendo, pudiera empujar a Tammuz a un lado o alzar la espada, el cuchillo de éste relampagueó cuando lo alzó para clavárselo al hombre en el estómago, hasta las costillas. El hombre gruñó tanto de sorpresa como de dolor frente al inesperado golpe. Antes de que el egipcio cayera al suelo, Tammuz ya se había apartado, corriendo por la calle, con En-hedu a su lado, y mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie los seguía.

Llegaron a una puerta abierta y entraron. Fuera la multitud iba de un lado a otro, todos gritando y preguntándose qué hacer. Los ruidos de pelea eran cada vez más intensos y En-hedu se dio cuenta de que el sonido provenía de diferentes direcciones.

Después oyó voces furiosas gritando en egipcio, y al asomarse pudo ver a un grupo de hombres moviéndose por la calle, en dirección a la puerta. Reconoció la voz de Hathor alzándose por encima del tumulto. Su voz parecía calmada y controlada a pesar del caos, mientras daba órdenes y hacía avanzar a sus hombres.

—Alguien los está enviando hacia la puerta —dijo ella.

—También allí deben de estar peleando. —Se agacharon mientras el grupo de invasores pasaba por delante de la puerta, respirando agitados, maldiciendo y gritándose unos a otros. Antes de poder hacer nada, otra media docena de hombres

pasó a la carrera, siguiendo al primer grupo en dirección a la puerta.

Tammuz le soltó la mano y En-hedu supo lo que él planeaba. Cuando el último de los hombres de Korthac pasó, Tammuz se escabulló detrás del rezagado, lo alcanzó de tres zancadas y lo apuñaló.

Con suficiente luz para poder verlo, para horror suyo, se dio cuenta de que se acercaban más extranjeros. Tammuz vio al primero, que gritó algo en egipcio mientras levantaba la espada y lanzaba un golpe.

Tammuz se agachó esquivando el golpe, retrocedió otro paso, y cuando el hombre se fue hacia él, elevando la espada con un grito, Tammuz se lanzó hacia delante como un remolino, extendiendo su brazo y clavándole el cuchillo en el pecho. El hombre gritó de dolor a la vez que dejaba caer la espada: el puñal de Tammuz le había arrancado la vida entrándole por debajo del esternón.

Pero el hombre mortalmente herido se precipitó hacia delante, tirando a Tammuz, que cayó de espaldas. En-hedu oyó el golpe que Tammuz se dio en la cabeza contra la base de la pared, lo que le dejó aturdido, con el hombre muerto o agonizante encima de él.

Aparecieron dos egipcios más, uno gritando al otro algo incomprensible. Uno esquivó a sus camaradas caídos y siguió corriendo. Ella vio a Tammuz, confundido, intentando apartar al hombre caído con su brazo sano. El segundo egipcio alzó la espada contra Tammuz, que aún sostenía el puñal y pugnaba por salir de debajo del otro cuerpo. El choque contra el muro de adobe lo había atontado, y el cuchillo cayó de sus temblorosos dedos.

En-hedu gritó y se lanzó hacia delante, levantando su puñal. El hombre la vio y se echó a un lado. Dio media vuelta, la espada en dirección a la cabeza de ella. Ella se tiró al suelo, y comenzó a rodar por la tierra hasta terminar junto a Tammuz, perdiendo, por el camino, su propio cuchillo. Se puso de rodillas y se lanzó sobre Tammuz, interponiéndose entre él y el egipcio. Tendría que matarla a ella primero. Cogió el cuchillo que se le había caído, pero se le resbaló la empuñadura; mirando con ojos horrorizados al hombre que se abalanzaba sobre ella, vio cómo se le venía la espada a la cabeza.

## CAPÍTULO 25

Mientras Grond subía las escaleras, oyó un ruido de espadas y de pelea en la habitación superior. Había matado a dos hombres en el piso inferior, perdiendo un tiempo precioso mientras su capitán desaparecía escaleras arriba. Por suerte, no encontró a más guardias. Al llegar a la parte superior de la escalera, Grond se fijó en que la puerta estaba entreabierta.

Justo cuando fue a empujarla, ésta se abrió violentamente desde dentro. Antes de que Grond pudiera reaccionar, un cuerpo se estrelló contra el suyo, derribándolo, de espaldas, en el rellano. Para evitar caerse, Grond se aferró al hombre, quien forcejeó con sorprendente fuerza, deslizándose de los brazos de Grond e intentando tirarlo del rellano y liberarse al mismo tiempo.

Jadeando, Grond tiró la espada, incapaz de usarla con efectividad, y rodeó con ambos brazos al hombre. Rodaron, peligrosamente cerca del borde, intentando librarse el uno del otro, ambos incapaces de usar un arma. Detrás de él, Grond escuchó pasos en las escaleras y hombres gritando en egipcio. Los soldados enemigos debían de haber sobrepasado a Mitrac y entrado en la casa. Grond redobló sus esfuerzos por liberarse. Pero tropezó con algo y cayó de rodillas. Su atacante se soltó y se lanzó hacia las escaleras. Grond se abalanzó contra el hombre, lo agarró del brazo y lo atrajo hacia sí, rodeándolo con un brazo. El hombre perdió el equilibrio y tropezó, pero consiguió dar a Grond un golpe en la cara. Con un grito de furia, Grond intentó agarrar a su atacante, que se retorció violentamente. El esfuerzo llevó a Grond más allá del borde del rellano y perdió el equilibrio. Cayó asiendo a su contrincante y arrastrándolo en su caída.

Agarrados el uno al otro, cayeron casi dos metros. Ambos se estrellaron contra la gran mesa, cuya sólida madera no contribuyó a amortiguar el golpe. El impulso los arrastró fuera de la mesa y rodaron por un banco y a continuación cayeron al suelo. La mayor parte del impacto se la llevó Grond. Sintió cómo se quedaba sin respiración. Para cuando Grond consiguió moverse, su atacante había pasado por encima de su pecho y llegado a la puerta de entrada. La abrió, gritó pidiendo ayuda y salió al patio.

Maldiciendo la mala suerte que lo hizo caer del rellano, se desembarazó del banco. Se esforzó en levantarse y sacar el cuchillo de su cinto, cuando vio a tres egipcios que entraban a la carrera por la puerta ahora abierta. Pero una flecha derribó al primero. Vio a Mitrac preparando otra flecha, al pie de las escaleras.

Ignorando esta nueva oleada de enemigos, Grond se lanzó hacia la escalera.

—¡Cúbreme! —A duras penas distinguió a dos hombres de Korthac en el rellano

superior; uno de ellos golpeaba la puerta con el pomo de la espada y gritaba en egipcio. Debían de haber subido a la carrera mientras él y el desconocido caían. Por primera vez, Grond se dio cuenta de que alguien había vuelto a cerrar la puerta. El otro hombre oyó los pasos de Grond y se volvió hacia él, lanzando un golpe circular con su espada, sin duda esperando herir a Grond antes de que pudiera acercarse lo suficiente para usar el cuchillo.

Pero Mitrac le disparó una de sus emplumadas flechas, que fue a clavársele en el hombro, haciéndole perder el equilibrio y soltar la espada. Grond tomó el bronce con la izquierda y pasó por encima del moribundo. Grond golpeó bajo con la espada, con el rostro a la altura del escalón superior, mientras el otro egipcio esquivaba el golpe. Todavía avanzando, Grond clavó el cuchillo en la pierna del hombre, quien gruñó de dolor. El mandoble de respuesta del egipcio sólo se encontró con el aire, pues Grond se echó a un lado. El egipcio retrocedió un paso, pero se le dobló una pierna y cayó justo frente al cuchillo de Grond. Una rápida puñalada acabó con él.

—¡Grond, haznos sitio! —Mitrac había trepado hasta el rellano y ahora estaba de pie junto a Grond, pero estaba mirando hacia abajo, hacia la entrada. Grond vio que Mitrac tenía que inclinar su arco hacia un costado mientras intentaba poner otra flecha. Un segundo arquero se encontraba unos escalones más abajo, y otros dos hombres de Eskkar comenzaron a retroceder lentamente escaleras arriba, mientras figuras oscuras se deslizaban por la puerta exterior hacia ellos, preparándose para el ataque.

Grond se apartó para hacerle sitio a Mitrac y luego se agachó y, con dos rápidos empujones, tiró los cadáveres del rellano, antes de volver a mirar hacia la puerta.

—¡Abrid la puerta! —Oyó un ruido de bronces en el interior—. ¡Soy Grond!

Golpeó en la puerta con el pomo de su espada y luego se lanzó contra ella, pero ésta se mantuvo firme. Había visto los gruesos paneles y sabía que no podía forzarse, y menos sin herramientas o más hombres. Una flecha se incrustó en la madera a un lado de la cabeza de Grond, arrancándole un mechón de pelo, y oyó vibrar el arco de Mitrac en respuesta.

Grond sabía que no tenía tiempo para forzar la puerta, y menos con todos esos egipcios corriendo hacia él. Eskkar había podido entrar y tal vez estuviera allí atrapado, pero Grond no podía hacer nada al respecto. Miró hacia la oscura cámara inferior. Unas siluetas grises se movían en la entrada de la casa, gritando en el idioma de Egipto. Sabía que pronto se sumarían a los de dentro. Grond y Mitrac tendrían que resistir en la escalera hasta que llegara ayuda.

—Ve a la parte superior, Mitrac —ordenó, bajando unos escalones, más allá de sus hombres, la espada en una mano y el puñal en la otra—. Deja que vengan a encontrarse con la muerte. —Repitió las palabras, esta vez en egipcio, mientras apretaba su espada.

Un nuevo grupo de hombres entró en la casa desde el patio en el momento en que Grond llegaba al pie de las escaleras. Algunos llevaban lanzas, armas mortales en espacios reducidos, especialmente contra hombres con espada. Una de las flechas de Mitrac derribó al primer lancero. El arma cayó de manos de su moribundo dueño y rodó hasta los pies de Grond. Dejando caer su espada, tomó la lanza justo a tiempo de enfrentarse a ellos.

—Eskkar ha regresado —gritó, lanzándose hacia delante con su arma, y los arqueros de Mitrac repitieron el grito, lanzando flechas tan rápido como les era posible, mientras daba comienzo la batalla por la casa de Eskkar.

\*\*\*

Dentro de la habitación de trabajo, Eskkar lanzó un golpe con su espada, pero Korthac apartó el arma y, en el mismo movimiento, intentó herir a Eskkar en el rostro. Sorprendido por la velocidad y fuerza del brazo de Korthac, Eskkar apenas pudo apartar la cabeza y la punta del arma pasó rozándole la oreja. Retrocedió un paso, poniéndose en guardia y manteniendo la espada frente a él. El ruido de espadas a sus espaldas le recordó a Eskkar que contaba con poco tiempo.

—Mis hombres están detrás de ti, bárbaro. Pronto estarás muerto, como tu...

Sin hacer caso de las palabras de Korthac, Eskkar se lanzó contra él, esta vez intentando herir por debajo de la guardia de Korthac. Pero Korthac respondió con facilidad al golpe y, por segunda vez, Eskkar se libró por poco de ser ensartado por el contragolpe, y de nuevo retrocedió medio paso. Se dio cuenta de que se enfrentaba a un maestro de la espada.

—Peleas como un buey torpe, bárbaro. —Su silueta se recortaba contra la titilante lámpara; el rostro de Korthac era una sombra oscura y su voz se oía como la de un demonio de las profundidades.

Eskkar sabía que no tenía que escuchar a su oponente, no debía distraerse con las palabras de aquel hombre; lanzó un nuevo y repentino ataque. Hombre o demonio, la espada acabaría con él. Moviéndose hacia un lado, Eskkar sacudió su gran espada, esforzándose con cada músculo por mantener el brazo rígido y el filo derecho.

Korthac paró el golpe, pero se tuvo que echar a un lado para hacerlo. Eskkar no se detuvo. Golpeó una y otra vez, golpes cortos, hacia la cabeza, el estómago, incluso las piernas, cualquier parte del cuerpo de su enemigo, usando la espada como una lanza, golpeando tan rápida y duramente como podía ante cualquier oportunidad, sin detenerse ni un momento, sin darle a su adversario la oportunidad de contraatacar.

Ésa era la manera de derrotar a un espadachín superior, y aquí, dentro de la casa y sin espacio para blandir su gran espada de jinete, sabía que Korthac tenía ventaja. Por ello, en vez de intentar matarlo de un mandoble, Eskkar usó la punta de su espada,

lanzándose contra Korthac con tanta velocidad que éste no tuvo tiempo para responder. Hiere y debilita a tu enemigo: una docena de cortes derriba a cualquier hombre igual que uno fatal. Su clan peleaba de ese modo, al estilo bárbaro.

—Tu puta rogó a mis pies que le diera la oportunidad de complacerme.

Esta vez las palabras sonaron apuradas, el acento extranjero más pronunciado. Eskkar se sacudió el sudor de los ojos, buscando en su oponente cualquier debilidad. Korthac retrocedió un paso, moviéndose levemente hacia los lados, intentando abrirse paso frente a la espada que continuaba intentando cortarle el rostro y el cuello, esperando que Eskkar se cansara y quedara vulnerable para un sólido contraataque.

Eskkar continuó avanzando, dando pequeños pasos y manteniendo el equilibrio, arrastrando los pies por el piso para evitar tropezar, golpeando con la punta y el filo, esquivando las respuestas de Korthac, y forzando gradualmente a su enemigo a moverse hacia el centro de la habitación. De pronto, Korthac golpeó bajo, blandiendo su espada hacia las piernas de Eskkar. La maniobra inesperada detuvo por un momento el avance de Eskkar, y en ese instante Korthac se echó hacia atrás, abandonó el ataque y corrió hacia la puerta que llevaba al dormitorio.

El egipcio se deslizó por la abertura y trató de cerrar la puerta, pero Eskkar, reaccionando casi tan rápidamente como su enemigo, interpuso su espada, manteniéndola abierta antes de que Korthac pudiera usar el peso de su cuerpo para cerrarla. Después Eskkar golpeó la puerta con el hombro y toda la fuerza de su cuerpo en el mismo instante en que Korthac volvía a intentar cerrarla. El peso de Eskkar y el empuje hicieron que la puerta le diera a Korthac en el rostro. El egipcio se tambaleó hacia atrás con una maldición, tirando una pequeña mesa y haciendo que cayera una jarra con agua, mientras Eskkar entraba en el dormitorio.

Desequilibrado, Korthac alzó la espada, y, sin tiempo para blandirla, trató de darle a Eskkar en la cara con el pomo. Eskkar le agarró por la muñeca con la mano izquierda, lo suficiente para atenuar el golpe, pero el áspero pomo le dio en la cabeza y un chorro de sangre salpicó el marco de la puerta.

Eskkar dejó caer su ahora inútil espada e intentó coger a Korthac por la garganta con la mano derecha. Antes de que Eskkar pudiera aferrar el cuello de Korthac, el egipcio le sujetó la mano con el bronce. Luchando y retorciéndose volvieron al cuarto de trabajo, resoplando y respirando agitadamente mientras peleaban. Se dieron contra el muro, resbalando por su pulida superficie; el egipcio moviéndose tan rápido que Eskkar no podía sacar ventaja alguna.

Korthac todavía tenía la espada en la mano derecha y seguía intentando soltarse de Eskkar. Korthac era unos treinta centímetros más bajo de estatura, pero para sorpresa de Eskkar los músculos del egipcio no sólo resistían a los suyos, sino que casi lograban volver a poner la espada en juego. Golpearon contra la mesa, haciéndola resbalar por el suelo con un fuerte chirrido. La pierna de Eskkar recibió

casi todo el impacto, pero gritó furioso y obligó al hombre más bajo a retroceder. De pronto, Korthac golpeó con la frente a Eskkar en la mejilla con tanta fuerza que éste casi suelta el brazo armado de su oponente.

Eskkar sabía que estaría muerto en el momento en que su enemigo pudiera usar su espada. Volviendo su rostro a un lado para evitar otro cabezazo, siguieron peleando, retorciéndose y resoplando. Eskkar giró sobre sus talones, usando toda su fuerza para hacer que Korthac perdiera el equilibrio. Sin embargo, Korthac se mantuvo en pie, y los dos se estrellaron contra el muro, rebotaron y volvieron a golpear contra la puerta entreabierta hacia el dormitorio. Esta vez los dos cayeron al suelo dentro del dormitorio.

Allí ardía otra lámpara que ofrecía una débil luz que apenas iluminaba el cuarto más pequeño. Eskkar pudo ver a Trella arrastrándose por el suelo.

—¡Eskkar, el bebé! —gritó, el dolor palpable en su voz.

Trella dijo algo más, pero Eskkar no pudo entender sus palabras. El llanto del bebé se sumaba a la confusión.

Eskkar estrelló la mano de Korthac contra el marco de la puerta y gruñó satisfecho cuando escuchó que la espada caía al suelo. Eskkar debió de aflojar el agarre, porque al instante el egipcio se había soltado y escapado. Eskkar intentó levantarse, pero resbaló en el suelo mojado. Korthac se puso de pie primero, con un cuchillo en la mano mientras avanzaba, moviéndose de un lado a otro, como una serpiente lista para atacar.

Eskkar buscó su cuchillo pero encontró sólo la funda vacía, el puñal se había perdido durante la contienda. Sin arma, Eskkar retrocedió, con los brazos extendidos, y se vio obligado a dirigirse hacia un rincón.

—Ahora morirás, bárbaro —dijo Korthac, su voz agotada por el esfuerzo.

Pero cuando Korthac avanzó por delante del cuerpo de Trella, ella alzó una mano y Eskkar vio cómo le clavaba a Korthac un pequeño puñal en el gemelo.

Éste hizo un gesto de dolor, bajó la vista y luego lanzó una cuchillada a Trella. Pero Eskkar no necesitaba mejor oportunidad. En el instante en que Trella atacó, se lanzó contra el hombre, cubriendo la escasa distancia que lo separaba con tal rapidez que Korthac no pudo reaccionar a tiempo. Una vez más, Eskkar agarró a Korthac por la muñeca mientras sus cuerpos se golpeaban y caían pesadamente al suelo, y esta vez fue Korthac quien cayó de espaldas.

Eskkar se halló presionando con su rostro el estómago de Korthac mientras éste se retorció por el suelo, intentando escaparse y, al mismo tiempo, clavar el cuchillo en el costado de Eskkar. Lucharon rodando por el suelo. Eskkar se lanzó hacia delante y con su mano derecha agarró y apretó a Korthac por el cuello, tratando de ahogarlo lo suficiente para que soltara el cuchillo. Volvieron a dar contra la pared, cerca del vestidor de Trella. Por encima de sus cabezas se oía al bebé, que seguía llorando, sus

pequeños gritos compitiendo con los gruñidos de ira de los hombres.

Korthac buscó con la mano libre el rostro de Eskkar, intentando encontrar sus ojos, pero Eskkar hundió aún más su cara en el estómago de su oponente mientras reptaba por el serpenteante cuerpo y se acercaba al rostro de Korthac. El egipcio usaba los pies y las rodillas, subiéndolas y bajándolas con toda la fuerza que podía, en busca de la entrepierna de Eskkar, mientras simultáneamente intentaba desprender su mano con el puñal de la garra de Eskkar.

Con un salvaje esfuerzo, Korthac logró librar su mano lo suficiente para poder hacer uso de su daga. El egipcio cortó a Eskkar en el brazo. Pero el dolor sólo consiguió enfurecer a éste, quien redobló sus esfuerzos contra el hombre que se había apoderado de su esposa y amenazado a su hijo. Eskkar apretó con más fuerza la muñeca derecha de Korthac, haciendo lo posible por quebrarle los huesos, más y más fuerte, mientras sentía que la sangre le palpitaba en los oídos. Korthac se retorció y sacudió el brazo, pero no pudo liberarse de la presa de Eskkar y, con un quejido grave, sus dedos finalmente dejaron caer el cuchillo.

En apenas un instante, Eskkar soltó el cuello del hombre y se puso sobre el pecho de Korthac, usando su peso para mantener al hombre contra el suelo. Los dedos de éste buscaron el cuchillo, y alcanzaron a cogerlo, pero Eskkar, con un movimiento brutal, aplastó con la rodilla el antebrazo de Korthac, aprisionando el brazo derecho de su enemigo contra el suelo. Eskkar desplazó su peso, agarró la otra muñeca de Korthac y golpeó al egipcio en el rostro con su mano izquierda, una, dos, tres veces.

El tercer golpe atontó a su oponente y dio a Eskkar la oportunidad que necesitaba. Con su otra pierna trabó el brazo libre de Korthac. El hombre más menudo tenía ahora sobre su cuerpo todo el peso de Eskkar y a éste le llevó apenas un instante alzar el puño y golpear a Korthac con su mano derecha.

Ese golpe, con toda la fuerza que la furia acumulada de Eskkar tenía, aturdió aún más a su oponente. Antes de que pudiera recuperarse, agarró a Korthac de los cabellos, inmovilizando su cabeza contra el piso, mientras que con la otra mano lo golpeaba una y otra vez, dirigiendo sus golpes a su ojo izquierdo, poniendo toda su fuerza y odio en cada golpe. Al quinto porrazo, el hombre quedó inmóvil. Sin correr el riesgo de que su oponente fingiera estar inconsciente, Eskkar alzó su puño como un martillo y con la palma de su mano golpeó la frente de Korthac.

La sangre lo salpicó, pero el hombre yació inmóvil. Eskkar tomó aire, la sangre latiéndole en la cabeza, cada músculo temblando de agotamiento. Nunca había luchado así con un enemigo. Buscó el cuchillo de Korthac, tanteando por el suelo con dedos torpes hasta encontrarlo, y luego lo cogió por el filo ensangrentado. El arma temblaba en sus manos. Eskkar la tomó entonces por el puño y puso el filo contra la garganta de Korthac. Sólo entonces se sentó y respiró profundo para llenar de aire sus pulmones. Sentado a horcajadas sobre el pecho de Korthac, echó una rápida mirada



por encima del hombro.

El dormitorio, todavía iluminado por la lámpara de aceite, que milagrosamente había permanecido intacta durante la lucha, mostró a Trella en el suelo, a unos pocos pasos, temblando. Ella se acercó a Eskkar, con una pequeña y ensangrentada daga en la mano, pero apenas podía moverse y sus sollozos se sumaban a los del bebé.

Al verla, Eskkar quiso cortarle el cuello a Korthac, pero la idea de que tal vez pudiera necesitar al egipcio con vida hizo que se contuviera. Éste parecía inconsciente, pero Eskkar quería asegurarse; empujó la punta del cuchillo contra la garganta de Korthac, lo suficiente para hacerlo sangrar. El hombre no reaccionó. Eskkar entonces alzó el arma y golpeó con el pomo la frente del caído. El cuerpo del egipcio permaneció inmóvil.

Satisfecho de que su enemigo no se pudiera mover al menos durante unos momentos, Eskkar se puso de pie. Le temblaban las piernas y aún le caía sangre de la cabeza sobre el pecho, sumándose a la sangre que brotaba del corte que tenía en el brazo y todos los rasguños en el rostro causados por los esfuerzos de Korthac de vaciarle los ojos.

Eskkar alzó el hombro izquierdo para limpiarse con la túnica la sangre del rostro, y sintió que los músculos de sus brazos le temblaban por el esfuerzo de la pelea. Tardó un momento hasta poder ver con claridad. Respirando profundamente, se agachó y levantó a Trella con un brazo.

Manteniendo los ojos en Korthac, la guió de regreso al lecho, ayudándola a recostarse. Ella se esforzaba en hablar, pero su cuerpo se sacudía tanto por el llanto como por la herida. La sangre brotaba de un feo corte en su cadera, y él tomó su mano e hizo que se apretara la herida.

—Mantén la mano firme, Trella —dijo—. Voy a buscar ayuda.

Mirando a su alrededor en el cuarto, vio el taburete en el que Trella se sentaba frente al vestidor. Caído de lado, yacía contra la pared. Lo alzó y, manteniéndolo de costado, levantó el pie izquierdo de Korthac y deslizó el taburete por debajo. Después Eskkar levantó su pie y lo dejó caer sobre la espinilla del caído.

Eskkar gruñó con satisfacción al escuchar el ruido de los huesos al quebrarse.

—Eso es por Trella y por mi hijo, egipcio —dijo. Por primera vez, Eskkar estuvo seguro que Korthac no volvería a pelear esa noche, aunque recuperara pronto la consciencia.

—Eskkar..., Eskkar..., ¿el niño está bien?

Tenía que esforzarse para oír lo que le decía, pero entendió el gesto de su brazo alzado hacia el niño, que aún lloraba. Se dio cuenta de que todavía sostenía el pequeño cuchillo, cubierto con la sangre de Korthac, en la mano. Su respiración se calmó, y comenzó a moverse con más confianza. Eskkar se acercó a la cuna. Cogió a su hijo, que lloraba, con las manos aún torpes por la fatiga. Manteniendo el cuchillo

de Korthac en la mano, Eskkar llevó con cuidado a su hijo junto a Trella.

—Quédate aquí. No trates de moverte. —Mirándole el estómago y las piernas, vio más sangre, y le invadió el miedo—. ¿Estás herida? ¿Dónde...?

—No, no estoy herida... El niño..., tu hijo..., nació hace apenas unas horas..., y estaba...

Ella no se había dado cuenta de que Korthac le había causado una herida en un costado. La sangre le brotaba de la herida, entre sus dedos; pero ella mantenía su mano apretada donde él se la había puesto. Se la oía débil, y había que vendar la herida.

—No te levantes —repitió—. Volveré.

Con el cuchillo de Korthac todavía en la mano, pasó al cuarto de trabajo. La llama de la lámpara ardía tenue y no suministraba mucha luz, pero Eskkar la levantó. Sus ojos sólo vieron dos cuerpos. El guardaespaldas egipcio muerto yacía donde había caído, pero Annok-sur se había movido. Yacía inmóvil frente a la puerta, ahora cerrada y trancada. Ariamus había desaparecido. Annok-sur debía de haber cerrado y trabado la puerta con lo que le quedó de fuerzas antes de desmayarse. Eskkar dejó la lámpara, cogió su espada del suelo y la puso sobre la mesa.

Se escuchaban ruidos de pelea al otro lado de la puerta y esto le recordó que había dejado a Grond y a los demás detrás y que tal vez no tuviera mucho tiempo. Levantó a Annok-sur y ella se quejó cuando lo hizo. Mientras la llevaba de regreso al dormitorio, ella comenzó a forcejear.

—Descansa, Annok-sur. Soy Eskkar. ¿Puedes mantenerte en pie?

—Sí, creo..., sí.

Sintió que ella se relajaba y dejaba caer la cabeza.

—No te desmayes todavía —le ordenó, prácticamente gritándole las palabras en el rostro mientras apoyaba sus pies en tierra; la necesitaba consciente. Annok-sur asintió y Eskkar la dejó en el dormitorio, apoyada contra la pared—. Traba la puerta y no la abras. Venda la herida de Trella, antes de que se desangre.

Eskkar le puso el cuchillo de Korthac en la mano, y vio cómo ella entrecerraba los ojos al ver al egipcio caído.

—No, no hasta que hayamos terminado de matar a estas alimañas. ¿Puedes hacerlo? Tú sólo vigila a Korthac. Después de que hayas atendido a Trella, mantén el cuchillo en su garganta. Si se mueve o alguien trata de forzar la puerta, entonces mávalo.

Cerró la puerta a su paso y tomó la espada antes de cruzar el cuarto de trabajo. A sus espaldas, oyó cómo Annok-sur trababa la puerta. Las mujeres estarían ahora a salvo. La espada de Ariamus estaba cerca de la entrada. El cuerpo de Annok-sur la había ocultado. La tomó con su mano izquierda y fue hasta la puerta. Tomando aliento, alzó la pesada barra y abrió la puerta de golpe.

Gritos y el vibrar de la cuerda de un arco se escucharon en el umbral, y las espaldas de Mitrac y de otro arquero cubrían la entrada. Ambas cabezas se dieron la vuelta apenas lo suficiente para ver quién estaba detrás de ellos. Tuvo que pasar por detrás de Mitrac para salir al rellano. El alba había llegado y la luz se filtraba a través de la puerta abierta y las ventanas, iluminando la escena en el piso inferior.

En el rellano apenas había espacio suficiente para los tres. Mitrac estaba junto a Eskkar, el arco tenso, la sangre brotando de su brazo izquierdo. Eskkar vio que sólo le quedaban dos flechas en el carcaj. Sobre los escalones superiores estaban otros dos arqueros agachados, con espadas, a ambos lados de Grond, a modo de protección. Los carcajes vacíos a su lado explicaban las espadas. Su guardaespaldas blandía una lanza y una espada y mantenía a raya a tres o cuatro enemigos en los escalones inferiores. Cinco o seis enemigos más esperaban debajo, pesados a la entrada, preparándose para otro ataque. Yacían cuerpos en el suelo y en las escaleras, la mayoría de ellos llenos de flechas.

Eskkar echó otra rápida mirada hacia los que estaban abajo. Uno de ellos dijo algo en egipcio, pero lo único que Eskkar entendió fue el nombre de Korthac.

—Korthac está muerto —gruñó Eskkar, poniendo toda la furia en sus palabras. Todos se quedaron inmóviles al oír esas palabras. Eskkar alzó la voz aún más alto y aulló esas palabras, para que incluso los que estaban fuera de la casa pudieran oírlas —: ¡Korthac está muerto! —Eskkar mostró su larga espada con la mano derecha, señalando a los que estaban debajo el filo ensangrentado como si fuera una prueba. La furia lo poseía, la misma emoción que lo había llenado cuando peleaba contra el egipcio—. Korthac está muerto y vosotros también vais a morir.

Sin dudarlo, pasó por debajo del brazo de Mitrac y saltó del rellano, sus pies buscando un espacio libre directamente bajo las escaleras. Eskkar puso una rodilla en tierra al caer, pero se puso de pie blandiendo su gran espada contra el primero de los hombres de Korthac que corrió a enfrentarse a él. Grond profirió un grito de guerra y se lanzó escaleras abajo, seguido de los demás. Con un arma en cada mano y el ardor de la batalla sobre ellos, Eskkar atacó a los ahora descorazonados seguidores de Korthac.

La gran espada hirió a un hombre en el rostro y Eskkar detuvo un contragolpe de otro atacante con la espada corta que tenía en la mano izquierda y luego respondió con la derecha, blandiendo el pesado bronce con renovadas energías. El inesperado contraataque sorprendió a los egipcios, pese a ser más en número; dos de ellos salieron a la carrera por la puerta, el resto dudó. El grito de guerra de Grond retumbó en el cuarto y Eskkar oyó el zumbido de la última flecha de Mitrac al dar en el blanco.

En el lapso de un docena de latidos, cuatro egipcios habían muerto y el resto de los hombres de Korthac habían escapado hacia el patio, rechazados por la mitad de

hombres. Allí se congregaban más egipcios, preparándose para volver al asalto. Sin embargo, muchos habían escuchado las palabras de Eskkar y más de uno de los hombres de Korthac comenzaron a repetir que Korthac estaba muerto.

Uno de los acadios aprovechó la confusión del enemigo para cerrar la puerta y trabarla con la barra.

—La entrada de los sirvientes..., asegurad la puerta. —Grond dio la orden, aunque su voz sonaba débil.

Eskkar miró a Grond y vio que su guardaespaldas tenía sangre en el cuello y en el pecho y que se tambaleaba.

—Mitrac —dijo Eskkar—, la otra puerta... Asegúrate de que esté cerrada y trabada.

Mitrac corrió por el corredor para trabar la segunda puerta, mientras los otros dos arqueros iban de cuerpo en cuerpo arrancando flechas de los muertos para volver a llenar sus carcajes. Eskkar rodeó a Grond por la cintura y lo guió hasta las escaleras.

—Descansa aquí un momento —le ordenó.

Tomando aire, Eskkar se obligó a controlar sus brazos temblorosos. Sólo tenía a tres hombres que pudieran pelear. Si los egipcios forzaban la otra puerta, Eskkar podía refugiarse en las habitaciones superiores.

Analizó la situación. Había llegado hasta Trella, y tanto ella como el bebé estaban a salvo. Y había capturado a Korthac. Por el momento podían defender la casa. Ahora todo dependía de Bantor y sus hombres. Si ellos fracasaban, si no podían llegar a tiempo a rescatar a Eskkar, éste planeaba usar a Korthac para escapar. Si eso no funcionaba, si los egipcios forzaban la entrada, Eskkar mataría a Trella y al niño con sus propias manos, antes de dejarse caer sobre su espada. No importaba lo que sucediera, él no podía dejar que ninguno de los suyos cayera vivo en manos de esos extranjeros.

Trató de sacudirse tan sombrío pensamiento. Todavía no estaba muerto. Sólo tenían que resistir hasta que llegara ayuda.

—Empujad la mesa contra la puerta —ordenó Eskkar, agachándose a coger una lanza. Era hora de prepararse para la próxima batalla.

## CAPÍTULO 26

Hathor se despertó sobresaltado, con aquel sonido inesperado pero siempre familiar resonándole aún en los oídos. Instintivamente, cogió la espada que tenía junto a él en la cama. El ruido que lo había despertado se concretó en una mezcla de hombres gritando y de vez en cuando el choque de bronce contra bronce. El griterío subía y bajaba de volumen, pero se hacía cada vez más fuerte y urgente. Ya de pie, se acercó a la ventana, y se asomó hacia fuera para ver qué sucedía.

Lo que le quedaba de sueño desapareció al mirar en la oscuridad hacia los edificios linderos. El ruido provenía del patio de la casa de Korthac, separada de la que Hathor y Takany ocupaban por sólo una alta pared que se extendía a cada lado de la estructura principal. Un hombre lanzó un grito de agonía que se elevó por encima de los otros gritos y maldiciones. Había hombres muriendo al otro lado de la pared, lo que significaba que alguien había atacado a Korthac y a sus guardias. No había sonado la alarma, pero había comenzado la lucha... Finalmente entendió lo que se gritaba:

—¡Eskkar ha regresado!

Hathor sintió que le recorría un escalofrío. ¡Eskkar! Se suponía que había muerto.

—Que Osiris nos lleve —exclamó, deteniéndose sólo para ponerse una túnica antes de salir corriendo de su dormitorio.

—¡Eskkar ha regresado! ¡No dejéis que escape nadie! —Los gritos desde el patio de la casa de Korthac ahora podían oírse incluso dentro del edificio.

—¡Takany! —gritó Hathor, entrando al cuarto común. El segundo al mando de Korthac dormía en el dormitorio contiguo—. ¡Takany, levántate! —Hathor gritó en la oscuridad, entrando a la recámara de su compañero.

Takany estaba en su lecho, todavía roncando y embriagado por las bebidas y la juerga de la noche anterior. Se había pasado la primera parte de la noche en casa de Zenobia, aterrorizándola a ella y a sus mujeres y obligándolas a todas a complacerlo. Hathor había tenido que permanecer despierto hasta el regreso de su superior, y Takany se había llevado consigo a una de las mujeres de Zenobia, conduciendo a la temblorosa muchacha desnuda por las calles. Ahora ella estaba sentada, sin duda asustada y confundida por la irrupción de Hathor y el ruido en las calles.

—¿Qué..., qué está sucediendo...? —Se percibía el miedo en su voz.

Ignorando a la muchacha de ojos desorbitados, Hathor tomó a Takany por el brazo, sacudiéndolo hasta despertarlo.

—¡Arriba! Están luchando aquí al lado.

Sin esperar, Hathor se dirigió hacia la puerta. La media docena de soldados que

dormían en la casa ya se habían levantado, buscando sus armas en la oscuridad y preguntándose unos a otros qué hacer.

—Dad la alarma —ordenó Hathor, abriéndose paso entre la creciente multitud—. Coged las espadas y venid conmigo a casa de Korthac.

La entrada principal de la residencia daba directamente a la calle, desde donde se accedía a la propiedad de Korthac. Hathor corrió por el pasaje, tropezando una vez en la oscuridad y deseando haber tenido tiempo de calzarse las sandalias. Detrás de él, por fin, sonó la alarma de una trompeta, el agudo bramido repetía las notas que convocaban a los soldados.

Los guardias que se suponía que estaban apostados ante la puerta de Korthac yacían muertos en el suelo, con el cuerpo lleno de flechas. Aferrando su espada, Hathor se abrió camino hasta la puerta.

Alguien había encendido una antorcha, y en su parpadeante luz Hathor vio media docena de cadáveres repartidos por el patio, con flechas brotándoles en extraños ángulos.

—Hathor —llamó uno de los soldados—, Amun está muerto..., unos hombres forzaron la entrada..., entraron en la casa y nos han expulsado. Tienen arqueros...

Amun estaba a cargo de los soldados apostados en el patio.

—¡Basta! —dijo Hathor—. Reúne a tus hombres y asegúrate de que todos tengan sus armas. Custodia las puertas. Que no salga nadie.

—¿Qué está sucediendo? —La voz de Takany resonó por encima de la confusión. No se había molestado en ponerse una túnica, y ahora se encontraba allí desnudo y descalzo, con una espada en la mano.

El soldado tuvo que repetir la historia mientras Hathor ardía de impaciencia.

—¿Dices que ese Eskkar está dentro, solo, con Korthac?

*Sí, eso es lo que acaba de decir*, quiso gritar Hathor. Pero sabía que no le convenía desafiar la autoridad de Takany, aunque su velocidad de pensamiento fuera tan lenta como la de un buey. Pasaron preciosos momentos hasta que Takany ordenó las ideas.

—¡Idiotas! —dijo Takany, furioso, deshaciéndose de cualquier resto de vino de la noche anterior—. ¡Habéis dejado que un puñado de hombres os echaran de la casa! —Cogió a un hombre que se apartaba del edificio y le pegó con la parte plana de la hoja de la espada—. Vuelve allí a pelear —le ordenó—. Hathor, llama a los hombres. Derribaremos la puerta de los pisos superiores y liberaremos a Korthac.

Antes de que nadie pudiera empezar a moverse, un hombre irrumpió por la puerta, y todos se volvieron a mirarle.

—Takany..., Hathor —gritó, tropezando cuando llegó hasta su lado e intentando recuperar el aliento—. Hay hombres atacando la puerta principal. Han capturado una de las torres y se han atrincherado en ella. Están gritando que Eskkar ha regresado

para matarnos a todos.

—Ordena a los hombres de la puerta que se retiren y que se reúnan con nosotros en los barracones —dijo Hathor, mirando a Takany—. Deberíamos ir nosotros también. Necesitamos congregar nuestras fuerzas en un solo lugar. Entonces podremos...

—¿Dejar a Korthac? ¿Abandonar la puerta? —gritó Takany, sin dar crédito a sus oídos—. Si ellos consiguen abrir la puerta, tendremos una horda de hombres entrando en la ciudad.

—Los soldados de Eskkar *ya están* dentro de la ciudad —replicó Hathor—, y nuestros hombres están desperdigados por todas partes. Necesitamos reunirlos y...

—No, necesitamos rescatar a Korthac *ahora* —respondió furioso Takany. Tomó a Hathor por el brazo—. Llévate una docena de hombres a la puerta. Ve con Ariamus —Takany señaló con su espada hacia el otro lado del patio— y la mitad de su escoria. Si él y sus hombres no quieren pelear, mátalos. Yo recuperaré la casa y liberaré a Korthac. Asegúrate de que la puerta permanezca cerrada.

Hathor miró hacia donde Ariamus estaba, en el patio, rodeado de una docena de sus hombres, mientras le vendaban el brazo.

—¡Ariamus! ¿Es en verdad Eskkar? —Hathor tuvo que alzar su voz para ser oído por encima del griterío, aunque Ariamus estaba apenas a una docena de pasos.

—Sí, es él —dijo Ariamus—. Estaba peleando con Korthac y su guardia la última vez que lo vi.

Hathor se dio cuenta de que Takany tenía razón respecto a Ariamus y sus hombres. El traidor había reclutado en su mayoría a jactanciosos bandidos y ladrones, y esos cobardes no pelearían sin que Ariamus se lo ordenara. Hathor quería saber más sobre Eskkar y Ariamus, pero ahora no podía perder tiempo.

Hathor dudó, pero una mirada a su alrededor le dijo que sería inútil llevarle la contraria. La decisión de Takany podía ser errada, pero había perdido demasiado tiempo discutiendo los pasos a seguir. Takany no temía a nada que caminara por la tierra, excepto a Korthac. Takany sabía que la ira de su amo caería sobre él por el fracaso. Esa noche durante la cena, Hathor había oído cómo aquél aseguraba a Korthac la completa sumisión de la ciudad. Ahora éste podría estar incluso muerto, según Ariamus. La puerta del piso superior estaba trancada y unos arqueros desconocidos defendían la escalera. A esas horas, toda la ciudad estaba ya despierta, y la mitad de ellos se habían subido a los tejados para aclamar el nombre de Eskkar.

«Mejor un mal plan que ninguno», decidió Hathor, sabiendo que no había otra cosa que pudiera hacer.

—Muy bien, Takany. Libera a Korthac. —Hathor se volvió hacia el mensajero, que aún esperaba instrucciones—. Regresa a la puerta. Diles que llevo refuerzos y que se preparen para recuperar la torre. Asegúrate de que las puertas permanezcan

cerradas, a cualquier precio.

El hombre asintió y salió corriendo del patio.

—Llevaré a mis hombres a los barracones. —Ariamus se le había unido, con el brazo recién vendado.

—¿Cómo ha podido suceder esto? —le gritó Takany a Ariamus, con el rostro pegado al suyo—. ¿Cómo es que tú...?

—No trates de culparme. Eran tus egipcios los que debían custodiar a Korthac —respondió gritando Ariamus—, pero Eskkar ha entrado caminando a su cuarto de trabajo. Fueron tus hombres los que fallaron.

—Basta —dijo Hathor, interponiéndose entre ambos—. No tenemos tiempo para esto. O Korthac está atrapado dentro o está muerto. De uno u otro modo, tenemos que acabar con este levantamiento.

Empujó a Ariamus separándolo de Takany, sin duda salvándole la vida. Una palabra más y Takany lo habría destripado. Hathor ya había sido testigo de la furia de Takany.

—Deberíamos regresar a los cuarteles —dijo Ariamus—. Allí están guardadas las armas.

Hathor detectó un dejo de miedo en la voz de Ariamus. Algo le había desencajado, y daba la impresión de que deseaba alejarse de la casa.

—Lleva a la mitad de tus hombres hacia la puerta —ordenó Hathor—. Diles al resto que obedezcan a Takany. No discutas, ve.

Ariamus abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego se encogió de hombros.

—Los pondré en marcha. —Se alejó, gritando órdenes a sus hombres y dividiéndolos. En unos instantes comenzaron a congregarse en la entrada, en el patio.

Takany también había detectado algo en la voz de Ariamus.

—Mátalo cuando terminemos con esto —le ordenó Takany, fría la voz de furia—. No quiero volver a verlo vivo. ¿Entendido? Ese cobarde nos entregará a la primera oportunidad que se le presente. —Takany dio media vuelta y preparó a sus guerreros para el asalto a la casa.

Hathor hizo lo propio, llevando consigo los primeros doce hombres que vio, ordenándoles que le siguieran. Realizó una rápida inspección para comprobar que llevaban arcos además de flechas. Para entonces, los hombres de Ariamus habían partido, desapareciendo por la calle. Hathor ordenó a sus hombres que los siguieran.

Antes de salir a la calle, echó una última mirada al patio. Takany había organizado su fuerza, de unos veinte hombres. En unos momentos, comenzaría el asalto a la casa. Hathor salió y comenzó a correr. Esperaba no necesitar a esos veinte hombres en las puertas de la ciudad.



\*\*\*

Bantor corrió hacia los cuarteles. Los días de permanecer acurrucado, escondido de sus enemigos e inseguro respecto a qué hacer lo habían llenado de rabia. El recuerdo de Ariamus le atormentaba día y noche desde el ataque. Ariamus, que había utilizado a su esposa para divertirse una tarde. Ariamus, que le había tendido una emboscada y lo había avergonzado delante de sus hombres. Ariamus, que en el pasado se había reído de él en una docena de ocasiones. Bantor volvió a jurar que vería muerto a su enemigo, a ser posible cocido a fuego lento sobre unos carbones. Ese hombre debía morir, y con él lo que representaba. Bantor planeaba vengarse y vengar a los hombres muertos en la emboscada. Cuanto antes liberara los cuarteles, antes podría comenzar a dar caza a Ariamus.

Bantor había sido el primero en llegar a la puerta del río, pero para entonces Yavtar y Alexar se habían encargado de la mayoría de los que la custodiaban. Los hombres de Bantor acabaron con el resto, dejándolo sin nadie a quien matar. Esperó sólo un momento, hasta asegurarse de que todos sus hombres hubieran entrado, antes de adentrarse por las retorcidas callejas, dirigiéndose hacia los cuarteles. Llevaba la espada firmemente agarrada en la mano, deseoso de encontrarse con su enemigo.

Deteniéndose antes del último tramo, esperó a que sus hombres lo alcanzaran. Bantor sólo tenía veinticuatro soldados, contándose él, desde que había dejado a Alexar y Yavtar para defender la puerta del río. Según Rebba, había por lo menos cuarenta o cincuenta egipcios en los cuarteles, junto con otros veinte o treinta bandoleros reclutados por Ariamus. Para tener alguna oportunidad contra semejante número, Bantor necesitaba no sólo liberar a los prisioneros, sino también capturar el arsenal, para impedirles el acceso a los hombres de Korthac. Para que todo eso funcionara, Bantor tenía que tomar a su enemigo por sorpresa.

Manteniéndose en las sombras, miró hacia la esquina. Los barracones de los soldados, un grupo de chozas bajas ordenadas en semicírculo en torno al campo de entrenamiento, se veían en calma. Los restos de una fogata brillaban a unos pasos de la estructura de la izquierda, alrededor de la cual había un puñado de guardias de pie. Más lejos y mirando hacia donde se encontraba él, podía ver a por lo menos cuatro guardias custodiando el barracón más pequeño, edificio en el que, según Rebba, estaban los prisioneros.

La mayoría de los hombres de Korthac dormían en el barracón principal, la única estructura lo suficientemente grande en Akkad para albergar a tantos hombres. Bantor vio a tres guardias más a unos pasos de la entrada del cuartel, cuidando el fuego que ahora apenas ardía. En cuanto amaneciera, esos guardias despertarían a los extranjeros que dormían, así que Bantor tenía que actuar ya. Un guardia miró hacia la

calle que conducía hacia el río, sin duda curioso por los gritos esporádicos que llegaban de esa dirección. Pero todavía no lo suficientemente inquieto para dar la alarma.

—Estamos listos —dijo Klexor momentos después, su voz un susurro al oído de Bantor.

—Lleva a tus hombres directamente hasta la cabaña más pequeña —dijo Bantor—. Libera a los prisioneros. Ignora todo lo demás. Yo me encargaré de los egipcios. —Bantor le había dado a Klexor diez de los hombres, y se había quedado sólo con catorce para enfrentarse a los egipcios—. Buena caza, entonces —susurró Bantor, mientras calzaba una flecha en su arco.

Bantor tomó aliento y salió a la carrera, derecho hacia la fogata. En el instante en que el primer guardia alzó la vista, Bantor emitió su grito de batalla:

—¡Eskkar ha regresado! ¡Muerte a los invasores!

Detrás de él, sus hombres repitieron el grito de guerra, resonando sus pisadas sobre la tierra de la calle. El guardia que cuidaba del fuego reaccionó con lentitud, mirando con ojos desorbitados hacia la oscuridad un momento antes de buscar su arma. El hombre aún no había desenvainado la espada cuando Bantor lo derribó, sintiendo cómo el filo que había estado puliendo día tras día se hundía profundo en el hombro del centinela. Retirando la espada, se adelantó hasta el siguiente hombre, bloqueando su ataque y cortándole el rostro. Los primeros gritos de la noche hendieron el aire, mezclándose con las confusas llamadas de los hombres desorientados. Los soldados de Bantor siguieron avanzando, y el último guardia salió corriendo a esconderse detrás de los barracones.

En los cuarteles principales, capaces de albergar a cuarenta hombres, era donde se encontraban los hombres de Korthac. Bantor corrió hacia la entrada, justo cuando un grupo de hombres salían tambaleándose por la puerta, con las armas en la mano. Una flecha mató al que estaba en la entrada. Bantor llegó hasta los egipcios, blandiendo su espada con furia y atacando a quien se le cruzaba en su camino.

Los extranjeros, todavía medio dormidos, se abrieron paso a la fuerza debido a su número a través de la puerta de los barracones, e intentaron formar una línea. Pero las flechas les llegaban desde las sombras, derribándolos antes de que pudieran organizarse. A semejante distancia, los arqueros tenían poca necesidad de apuntar, y las mortales flechas volaban de sus arcos con tanta rapidez que los egipcios creyeron estar enfrentándose a cien arqueros.

Furioso e ignorando las flechas que le pasaban por encima de la cabeza, Bantor se abrió paso, decidido a llegar hasta los barracones. Por cada hombre que caía muerto, gritaba el nombre de Eskkar. Los egipcios retrocedieron frente al enloquecido Bantor y sus hombres, abandonando el intento de formar una línea de batalla. Cinco enemigos más murieron antes de conseguir retirarse a los barracones y bloquear la

puerta.

Maldiciendo, Bantor se lanzó contra la puerta, pero ésta ni se movió, y sabía que había por lo menos media docena de hombres manteniéndola cerrada al otro lado. Escuchó ruidos de trastos que apilaban contra la puerta. Desde dentro, se oyó sonar una trompeta, su sonido apagado elevando al aire su mensaje de alarma, despertando a la ciudad y anunciando a todos que Akkad estaba siendo atacada.

Bantor miró a su alrededor, mientras sus hombres, con los arcos dispuestos, vigilaban las dos angostas ventanas en lo alto del muro. El ataque sorpresa había atrapado a los guerreros egipcios, y ahora Bantor estaba decidido a mantener a sus enemigos dentro. Alejándose de la entrada de los barracones, miró hacia un lado de la calle y luego hacia los hombres de Klexor. En la calle no vio a nadie, al menos nadie armado ni refuerzos que corrieran a ayudar a los hombres de Korthac. A menos de cincuenta pasos, Klexor y sus arqueros lanzaban flechas hacia cualquier cosa que se moviera, atacando las chozas más pequeñas. Bantor vio a algunos hombres correr hacia lo oscuro, lo que de momento era una buena señal.

Bantor tenía que creer que Klexor tendría éxito. Se sintió seguro de que al menos la mitad de los bandidos y granjeros reclutados en la campaña por Ariamus y albergados en las dos estructuras menores escaparían ante la primera señal de peligro, algunos hacia la casa de Eskkar, otros hacia la puerta principal. Por ahora, eso no importaba. Bantor tenía que destruir a esos egipcios antes de que pudieran organizar una defensa o escapar.

—¡Rodead los barracones! Puede que intenten escapar rompiendo la pared. Subid al tejado —gritó Bantor—. Préndedle fuego. ¡Quemadlos! Que nadie escape. ¡Aprisa!

Un soldado corrió hasta la fogata y comenzó a echar más leña al fuego. Las llamas bajas empaldecieron por unos momentos, pero la madera comenzó a arder y las llamas a crecer. Los arqueros se apostaron, todos de cara a la estructura, con sus arcos listos. Los barracones contaban sólo con una entrada, y la única ventana del lado opuesto era demasiado pequeña para que un hombre escapara por ella.

Se oyeron gritos de ira que provenían del interior de los barracones. Bantor no podía creer en su suerte. Había atrapado a unos cuarenta egipcios en un solo edificio. Si pudiera mantenerlos atrapados unos momentos más...

—Cubrid la puerta —gritó— y apostad a algunos arqueros en aquel tejado. — Señaló con su espada hacia el depósito de armas de los soldados, una estructura pequeña, abierta por dos de sus lados. Hachas de guerra, escudos, lanzas y otras armas estaban allí guardados, a unos pocos pasos de los edificios principales. Entretanto, el fuego seguía ardiendo con el nuevo combustible, y el espeso humo comenzaba a elevarse al cielo, el cual ya mostraba un tinte rosado hacia el este. No pasaría mucho tiempo antes de que las llamas prendieran.

Las puertas de los barracones se abrieron de golpe. Tres flechas partieron hacia

los acadios. Una le pasó a Bantor cerca de la oreja, y un arquero que estaba dos pasos detrás emitió un quejido y cayó a tierra. Sus hombres respondieron de inmediato, pero la puerta ya se había cerrado, y casi una docena de flechas se clavaron en la puerta de madera.

Bantor estuvo a punto de reprender a sus hombres, pero éstos ya se habían acomodado, algunos maldiciéndose a sí mismos, otros cambiando de posición para prepararse para el próximo ataque. No serían sorprendidos otra vez tan fácilmente.

—¿Bantor? ¿Eres tú?

Se volvió para ver a tres hombres trastabillando en su dirección. Le llevó un momento reconocer a Jarack y a otros dos miembros del clan del Halcón de la guardia de la casa de Eskkar. Parecían estar débiles, iban medio desnudos y tenían el cuerpo lleno de marcas de latigazos.

—Danos armas, Bantor —exigió Jarack, su mano sobre el brazo de Bantor—. Podemos luchar.

—Ocupaos de las que hemos recuperado —dijo Bantor—. Armaos con las del depósito. Traed escudos y lanzas para mis hombres. Las necesitaremos en un momento.

—No, nosotros queremos...

Bantor agarró a Jarack por el brazo y lo empujó hacia el depósito.

—¡Ve!

Las puertas de los barracones volvieron a abrirse, pero esta vez los arqueros de Bantor estaban preparados. Sus flechas partieron hacia el oscuro interior. Sólo una, disparada hacia lo alto, salió de allí. Pero salió una oleada de hombres, los de delante, portando escudos, y se lanzaron contra los acadios, lanzando gritos de guerra.

Desde el tejado del depósito, cuatro arqueros que acababan de ocupar sus puestos dispararon sus flechas sobre las espaldas de los guerreros de Korthac, derribando a los dos primeros hombres con escudo que salían de los barracones. Eso les brindó a los arqueros de Bantor más blancos. Derribaron a otros dos hombres antes de que el jefe de los egipcios llegara con su espada hasta donde estaba Bantor.

Éste detuvo el salvaje mandoble con su propia arma, y luego utilizó una de las tácticas favoritas de Eskkar: avanzó y golpeó con su hombro en el escudo del hombre, deteniendo su avance. Antes de que éste pudiera recuperar el equilibrio o el impulso, la corta espada de Bantor atravesó el escudo y se hundió en el pecho del egipcio, a la altura del cuello.

Con un grito, éste dejó caer su espada y se llevó una mano a la herida. Recogiendo su espada, Bantor se enfrentó a otro atacante, pero este hombre ya estaba agonizando, con otra flecha lanzada desde el tejado del depósito clavada en la espalda. Habiendo desbaratado el ataque antes de que la mayoría saliera, y con su jefe muerto, los egipcios volvieron a entrar en los cuarteles. Volvieron a cerrar la puerta,

dejando a un hombre, maldiciendo, atrapado fuera, golpeando la puerta para que lo dejaran entrar, antes de que dos flechas en su espalda lo derribaran. El cuerpo se desmoronó ante la puerta y Bantor gruñó satisfecho. Los egipcios tendrían que pasar por encima de sus muertos para llegar a donde estaban ellos.

—Bantor, el fuego está listo —gritó alguien.

—Incendiad entonces el tejado.

Jarack volvió con un gran escudo de madera y tres lanzas, junto a otros tres o cuatro prisioneros liberados que llevaban similares bultos, detrás de él. Aparecieron más hombres, todos llevaban alguna arma, y Bantor se dio cuenta de que algunos de los pobladores habían entrado en el lugar y cogido armas también.

El primer leño encendido cruzó el cielo, para caer sobre el tejado de los barracones. Otro siguió su rumbo y luego otros volaron humeando hacia el tejado, lanzados por los pobladores que se acercaban. Éstos cayeron sobre la estructura, y la mezcla de madera y paja se incendió casi instantáneamente. Nuevas llamas se alzaron al cielo.

Bantor miró al suelo, contando los egipcios muertos. Ocho hombres yacían en la tierra, la mayoría con flechas en el cuerpo. Tres llevaban escudo, algo que no era habitual guardar en los barracones. Entonces, los egipcios contaban con sus espadas y cuchillos, algunos arcos y no mucho más.

Otro poblador llegó, portando una lanza. Se arrodilló en tierra junto a un arquero, inclinando su lanza hacia arriba, protegiendo al arquero: había sido sin duda entrenado para ponerse de pie y hundir la lanza en el enemigo que atacara. Otro poblador llegó e hizo lo mismo, y Bantor pudo observar a Jarack de pie en el depósito, dirigiendo a más pobladores mientras les repartía armas.

Con un fuerte crujido, una ola de fuego cubrió el tejado de los barracones y las brillantes llamas sumaron su luz a la incipiente aurora.

Llegó entonces Klexor, trayendo consigo a la mayoría de sus arqueros.

—Los prisioneros están libres, Bantor —gritó, teniendo que alzar su voz por encima del crepitar de las llamas.

—Hemos perdido algunos hombres, pero la chusma huyó.

—Aposta a tus hombres —ordenó Bantor—. Que algunos vayan al tejado del depósito. Los egipcios saldrán pronto.

Bantor vio a unos veinte soldados liberados tambaleándose detrás de Klexor. La mayoría parecían exhaustos y apenas capaces de mantenerse en pie, debilitados por largas horas de trabajo como esclavos y comida escasa.

—Dales tú arcos —ordenó Bantor. Incluso en su débil estado, estos hombres serían capaces de lanzar una flecha. A esa distancia, un arquero no necesitaba tensar mucho su arco para que la flecha hiciera blanco.

Se apartó de la primera línea y se dio un momento para mirar a su alrededor. Más

pobladores se sumaban a la lucha, cargando armas improvisadas o espadas que de uno u otro modo habían adquirido. Los prisioneros liberados también ayudarían. Si el fuego no asaba vivos a los egipcios, sus hombres, disparando desde la casa, comenzarían a matarlos. Los preciados guerreros de Korthac iban a ser masacrados.

—Klexor, acaba con los que están aquí. Yo iré con mis hombres a la casa de Eskkar. Seguidme en cuanto podáis.

Llamando a sus hombres, Bantor dio media vuelta y se alejó al trote. Los soldados lo siguieron a regañadientes, pues querían ver arder a los egipcios. La primera sección del tejado de los barracones cayó, mezclando su estrépito con los gritos de los hombres atrapados debajo de la construcción en llamas. Desde los tejados, los arqueros comenzaron a disparar contra cualquier cosa que se moviera en el interior. Bantor lo ignoró todo, gritando a sus hombres que lo siguieran. Ariamus no estaba allí dentro. Bantor habría reconocido los gritos de aquel hombre en cualquier lado.

Esta vez Bantor corrió tan rápido como le fue posible, con doce de sus catorce hombres pisándole los talones. La alarma había sido dada, y ahora la velocidad importaba más que cualquier otra cosa. Los hombres estarían batallando en casa de Eskkar, y los de Korthac estarían reuniéndose allí. Bantor esperaba contar con suficientes hombres.

Un hombre, espada en mano, salió de una casa y se cruzó en su camino. Bantor lo derribó, sin apenas disminuir la velocidad y sin importarle si era enemigo o no.

Cada momento contaba. Debía llegar a casa de Eskkar. Si Ariamus no estaba en los cuarteles, estaría allí, o cerca. Bantor conocía el carácter de ese hombre. Ariamus esperaría que su jefe, Korthac, lo dirigiera. Pelearía, pero sólo mientras estuviera seguro de ganar. En el momento que la batalla se volviera demasiado peligrosa, Ariamus haría lo que siempre hacía cuando veía cerca el peligro: desaparecería en la oscuridad. Esta vez Bantor se aseguraría de que el tramposo antiguo capitán de la guardia no escapara.

Bantor aceleró el paso, corriendo por las callejuelas, con su espada brillando bajo la luz de la luna, mientras que detrás de él sus hombres llenaban las calles con gritos de guerra.

—¡Eskkar ha regresado! ¡Que nadie escape!

Eskkar contaba con que él consiguiera entrar en su residencia. Eskkar y su puñado de hombres, si todavía estaban vivos, no podrían defenderse durante mucho tiempo, y menos contra todos los soldados de Korthac apostados allí.

—Más rápido, soldados —gritó, alzando su espada y dirigiendo la marcha.

## CAPÍTULO 27

Drakis vio cómo Enkidu y sus hombres usaban las dos planchas de madera que sacaron del carro para trabar la rueda de éste, medio atravesado en la entrada, creando una barrera efectiva contra cualquiera que intentara entrar.

Satisfecho de que el carro no pudiera ser apartado a un lado fácilmente, Enkidu se volvió hacia él.

—¿Estás herido, Drakis?

—No, sólo sin aliento. ¿Puedes defender la base de la torre?

—Sí, por ahora. No podrán forzar la entrada con facilidad, si nuestros arqueros pueden cubrirnos desde arriba, desde la torre. Déjame cinco hombres y lleva al resto arriba.

—¿Serán suficientes para defender la posición?

—Más hombres sería incómodo —dijo Enkidu—. Y hemos encontrado algunas lanzas en un rincón.

Las lanzas podían ser incluso más efectivas que las flechas en un combate en un espacio reducido. Tras perder unos instantes preciosos para palmear afectuosamente a Enkidu en el hombro, Drakis se volvió hacia los escalones, mientras los hombres de Enkidu continuaban bloqueando y empujando, intentando encajar el carro aún más en la entrada de la torre. La rueda delantera estaba ahora casi completamente dentro de la entrada. Enkidu tenía razón. Incluso con muchos hombres, el carro no sería fácil de mover, especialmente si se defendía. Dos hombres estaban ya dispuestos con sus arcos, de pie a cada lado de la barricada, en busca de blancos. Otro había regresado con una brazada de lanzas que estaban reclinadas contra uno de los muros, listas para ser utilizadas.

—No los dejéis entrar, Enkidu. Avisa si necesitas ayuda.

Dejando cinco hombres con Enkidu, Drakis condujo a los demás escaleras arriba, advirtiéndoles que mantuvieran la cabeza baja cuando salieran a descubierto. Para su sorpresa, la oscuridad de la noche había dado paso a las primeras luces del alba y al mirar hacia el este pudo ver los rayos solares abriéndose camino por el firmamento, con el sol apenas por debajo del horizonte.

Las calles, a sus pies, permanecían oscuras, protegidas del naciente sol por la muralla y la torre. Una flecha le pasó siseando por encima de la cabeza. En la cima de la torre, Tarok, el segundo al mando de Drakis y veterano experimentado, había organizado a los hombres, y todos estaban agachados detrás del parapeto que daba hacia la torre opuesta.

—Hemos perdido dos hombres, Drakis. Uno ha muerto, el otro tiene una flecha

en el brazo. Inutilizado. Pero hemos matado a cinco o seis de los suyos. Deben de ser los egipcios de Korthac. —Tarok lanzó una rápida ojeada sobre el parapeto, y luego volvió a dirigirse a su jefe—: ¿Qué está sucediendo abajo?

—Hemos bloqueado la entrada con un carro. Enkidu defenderá el acceso a la torre si podemos apoyarlo desde aquí arriba.

—Ya casi estamos listos para comenzar —dijo Tarok—. He esperado a que amaneciera, para poder verlos mejor. Serán blancos fáciles. Tú continúa vigilando a los de allí abajo.

Drakis miró hacia el este. Un brillo rosáceo iluminaba el horizonte, y el borde del sol se desplegaría en cualquier momento. Hizo una pausa para contar a sus hombres. Contándose él, tenía quince arqueros capaces.

En voz baja, Tarok explicó a los recién llegados lo que planeaba hacer. Entonces organizó a los hombres en dos grupos de siete, con las flechas listas, esperando la orden de atacar. Tarok preparó una flecha y se colocó con el primer grupo.

—Ahora —dijo Tarok. El primer grupo se puso de pie como un solo hombre, eligió sus blancos y disparó, agachándose tan pronto como lanzaron las flechas. En el mismo momento, el segundo grupo se puso de pie, las flechas ya prestas sobre los tensos arcos y los blancos ya elegidos antes de disparar.

La primera lluvia de flechas había causado confusión entre los hombres de la otra torre. Ahora la segunda, cuidadosamente dirigida contra cualquier blanco que se asomara, blancos que estaban a menos de treinta pasos de distancia, surcó el espacio sobre la puerta.

Drakis tenía bajo su mando a la mayoría de los mejores arqueros de Akkad, casi tan buenos como Mitrac y sus elegidos. Los arqueros de Drakis no tenían problemas en acertar con sus flechas en las cabezas de los enemigos a tan corta distancia, incluso con luz escasa. Escrutó por encima del parapeto. La primera lluvia podía no haber acertado en ningún blanco, pero la segunda mató a dos o tres enemigos. Nuevamente, el primer grupo se puso de pie, preparadas las flechas, pero no hallaron a nadie contra quien disparar.

Los soldados de Korthac podían ser bravos guerreros, podían incluso utilizar los mismos arcos que portaban los hombres de Drakis, pero los egipcios no habían practicado durante horas, a diario, durante meses. Hoy se enfrentaban a arqueros entrenados para lanzar flechas de forma coordinada, con fuertes músculos capaces de mantener el arco tenso y contar hasta cincuenta, si era necesario. Y lo que era más importante, los meses de entrenamiento habían logrado que los acadios estuvieran orgullosos de su habilidad, y no se acobardarían ante unos cuantos extranjeros con arcos.

Drakis vio que algo se movía en la otra torre y escuchó el chasquido de los arcos en el momento en que dejaban que siete flechas cruzaran el espacio entre ambas



torres.

Los arqueros volvieron a agacharse y prepararon otra flecha. El segundo grupo tomó su posición sin decir una palabra, en busca de blancos. Pero no había blanco alguno, y Drakis lanzó un suspiro de alivio. Tal vez esto no fuera tan difícil.

—Tarok, ¿puedes mantener la torre vigilada con la mitad de los hombres? Necesito al resto para controlar la entrada y la puerta.

—Sí, por ahora. Si necesito ayuda...

—La tendrás —terminó Drakis. En un momento, puso a sus hombres en movimiento, dirigiéndolos hacia el fondo del parapeto, desde donde podía observar la plaza. Puesto que allí estarían expuestos al ataque desde la otra torre, dependerían de la protección que los hombres de Tarok pudieran ofrecerles. A Drakis no le agradaba luchar en estas condiciones, con un lado desprotegido, pero al menos los cubrían a los de la torre.

Mientras Drakis buscaba enemigos a sus pies, una flecha dio en la pared a unos centímetros de distancia de su cabeza. Debajo de él, un grupo de arqueros y hombres con espadas se reunían, aprestándose a atacar su posición, juntándose casi en el mismo lugar que Drakis había utilizado para lanzar su asalto.

—Tenemos que detenerlos, hay que impedir que fueren el acceso en la entrada inferior —dijo Drakis, mientras alineaba a sus hombres a cada lado—. Apuntad primero a los arqueros. —Tomando su arco y preparando una flecha, lanzó una mirada hacia la otra torre.

—¡Ahora!

Se pusieron al mismo tiempo de pie y soltaron ocho flechas hacia los bandidos reunidos abajo. Algunos respondieron. Unas pocas flechas golpearon contra la pared, pero la mayoría huyó. Les llevaría uno o dos disparos calcular la distancia, y Drakis, como todo arquero, sabía lo difícil que era disparar hacia arriba. Sus hombres ignoraron el contraataque y continuaron disparando contra los guerreros enemigos, lanzando flechas con tanta velocidad como les era posible e intentando matar a cualquiera que tuviera un arco. Bajo un fuego tan rápido, los expuestos hombres de abajo se desperdigaron: algunos corrieron calle abajo, otros se ocultaron en casas o detrás de lo primero que encontraron.

Los acadios dispararon unas flechas más contra cualquier cosa que se moviera. Finalmente, Drakis no vio nada contra lo que disparar y bajó el arco mientras examinaba la plaza. No veía a nadie, pero sabía que su enemigo estaba reuniéndose fuera de su vista. Si hubiera capturado ambas torres, sus arqueros podrían haber barrido la calle con sus flechas. Nuevamente maldijo a los hados que no le habían permitido llegar antes. Con todo, agradeció a los dioses que fueran sólo bandidos los que habían defendido esa torre y no los guerreros del desierto de Korthac.

Se preguntó por Eskkar. A lo lejos, podía escuchar los aullidos y gritos de batalla

que se elevaban y volvían a descender, la mayoría provenientes de la zona de los cuarteles. Con suerte, Bantor y sus hombres ya estarían en la ciudad. Si las cosas no le iban bien a Bantor, Drakis y sus hombres se encontrarían atrapados allí, sin posibilidad de escape. Apretó la mano sobre su arco. Pronto se enteraría. Ahora no había nada que Drakis pudiera hacer, excepto esperar el próximo ataque.

\*\*\*

Takany vio que Ariamus y Hathor salían del patio y se alegró de deshacerse de ambos hombres. Si Ariamus sobrevivía a esa noche, si Hathor no lo mataba, Takany se juró ser él mismo quien los matara a los dos. Incluso si Hathor mataba a Ariamus, Takany decidió que también quería a Hathor muerto. Ese hombre ya había cuestionado sus decisiones con anterioridad, y ahora quería abandonar a Korthac. Takany sabía una cosa: había que defender la puerta. Sin el control de la puerta, no podrían impedir que entraran más tropas a Akkad. Ese Eskkar podía tener cientos de hombres fuera, esperando a que se abrieran las puertas.

Sacudiendo la cabeza, apartó a ambos hombres de sus pensamientos. En cambio, maldijo a los malvados demonios que habían atacado la casa por la noche, sorprendiendo a todos dormidos o distraídos en sus puestos. Esos acadios eran demasiado cobardes para desafiarlos a la luz del día, cuando sus hombres podían acabar con ellos con facilidad.

Mirando a su alrededor, Takany vio que los hombres que quedaban aún andaban buscando las armas y ajustándose las sandalias. Para satisfacción suya, con la cantidad de hombres en el patio reducida a la mitad, la situación mejoró. Los veinte guerreros que quedaban sabían lo que tenían que hacer. Pronto recuperarían la casa. Takany sabía que debía actuar con celeridad, antes de que algo le sucediera a Korthac, aunque en su fuero interno había empezado a pensar en su vida sin él.

Si esos mequetrefes habían matado a Korthac, Takany se haría cargo de Akkad, pensó maldiciendo a sus habitantes por el ataque. Mataría a tantos habitantes que ninguno de ellos se atrevería a volver a ponerse en pie.

Tras dejar a un puñado de soldados custodiando la puerta de la cocina para impedir que se escaparan por allí, Takany dispuso a sus hombres, haciendo avanzar al frente a quienes tenían escudos. Los lanceros los seguían detrás, y seis o siete arqueros formarían la retaguardia. Hathor se había llevado a la mayor parte de los arqueros. Éstos no serían de gran utilidad dentro de la casa.

—Una vez que comencemos —gritó Takany, yendo y viniendo frente a sus hombres—, no debe haber dudas. Dirigíos directamente al rellano y matad a quienes se crucen en vuestro camino. —Tomó aliento y, alzando su escudo, gritó—: ¡Ahora!

Seis hombres cogieron la mesa del patio. Se habían ubicado a unos pasos de la

puerta. La levantaron y cargaron contra ésta, usándola como ariete y golpeando con todas sus fuerzas. La pesada mesa, construida con sólidos tablones, partió parte del marco con el primer golpe. Takany oyó gritos en el interior. Sabían lo que se avecinaba.

—¡Bien! —gritó Takany—. Volved a golpear.

Los hombres se lanzaron otra vez contra la puerta y el crujido de la madera se sumó a los demás ruidos. Al tercer golpe la puerta se abrió, partiendo la barra que la trababa y desplazando a un lado una mesa que los defensores habían puesto contra ella.

Las flechas volaron a través de la puerta partida. Uno de los hombres más cercanos a la puerta cayó de rodillas, con una flecha en el pecho. El resto de los hombres de Takany retrocedió.

—¡Escudos, poned los escudos delante! —gritó Takany.

Otros hombres avanzaron llevando escudos y espadas, listos a enfrentarse al peligro que sabían que esperaba al otro lado. Unos pocos llevaban los pesados arcos acadios. Una vez dentro, si podían hacer uso de sus armas, causarían estragos entre los defensores, atrapados en el rellano de la escalera.

—¡Al ataque!

Los hombres se lanzaron hacia delante, un ariete humano que arrancó del marco lo que quedaba de la puerta al entrar corriendo. Las flechas dieron en la cabeza de los dos primeros hombres que cruzaron la puerta, lo cual hizo que los egipcios titubearan apenas un momento. Sabían que el método más veloz para acabar con la batalla era entrar a la carrera y matar a todos, así que los egipcios ignoraron sus bajas.

De pie, fuera, Takany se aseguró de que el último de sus guerreros hubiera entrado antes de cruzar él la puerta. Alzando su escudo, Takany siguió a los guerreros, gritando para que avanzaran.

—¡Matadlos a todos! —rugió—. ¡Acercaos y acabad con ellos!

Sus hombres se hicieron eco de su grito, y las amenazantes palabras rebotaron contra los muros:

—¡Matadlos a todos!

\*\*\*

Farfullando una maldición contra la estupidez de Takany, Hathor avanzó hacia la puerta del patio, empujando al último de los rezagados de aquellos a quienes había ordenado que fueran hacia la entrada principal. El muy tonto se había arrodillado para ajustarse la sandalia.

—Deja eso, pedazo de idiota —le ordenó Hathor, obligándolo a que saliera corriendo. Había enviado más de veinticinco hombres, más que suficientes para

retomar la torre. A diferencia de Takany, Hathor estaba convencido de que Eskkar y sus hombres eran muchos menos de los supuestos «cientos» que Takany temía que estuvieran acechando al otro lado de la puerta. De ser así, Eskkar no se habría dejado atrapar dentro de la casa de Korthac. Con seguridad, Eskkar había entrado en la ciudad con unos pocos hombres esperando conseguir ayuda de sus habitantes.

Para cuando Hathor echó a correr, la mayoría de sus hombres ya habían desaparecido por la calle. Quiso alcanzarlos antes de que algo saliera mal. Doblando una esquina, Hathor y el soldado casi tropezaron con el cadáver de uno de sus hombres, que yacía en mitad de la calle.

Hathor aminoró el paso un momento y observó al muerto, pero un grito hizo que alzara la vista y viera a otros soldados suyos derribar a un acadio, cayendo ambos contra el muro de una casa.

—Mira, ha matado a uno de nuestros...

—Olvídalo —ordenó Hathor—. Vamos a la puerta. —Empujó con una mano al soldado para que siguiera y desenvainó su espada con la otra mientras se acercaba a los cuerpos. El egipcio caído parecía muerto o inconsciente, pero el peso de su cuerpo todavía aprisionaba a su sorprendido atacante. Hathor alzó su espada, pero alguien detrás de él dio un grito. Dándose la vuelta, vio a una mujer joven, cuchillo en mano, correr a su encuentro. Desequilibrado, intentó golpearla con su espada en la cabeza, pero ella esquivó el golpe y, pasando por delante de él, se arrojó sobre los cuerpos caídos, intentando proteger a su hombre. Se le había caído el cuchillo de la mano al abalanzarse sobre los cuerpos y ahora tanteaba el suelo, tratando de recuperarlo.

Aunque sorprendido por su coraje, a Hathor no le importó. Ambos morirían. Dio un paso y alzó la espada. Al hacerlo, la mujer lo miró, con los ojos desorbitados de miedo.

—En-hedu —dijo él, reconociendo a la talabartera de la calle de Korthac. Incluso recordaba su nombre.

—Hathor, ¡no! —Ella alzó el brazo para protegerse, a la vez que lo miraba a los ojos.

Decir su nombre no la salvaría. La espada cayó, pero en el último momento desvió la hoja, clavándola en el suelo a un dedo de distancia de la oreja de la muchacha, lanzando polvo de la calle sobre su rostro y sus cabellos. Se miraron durante un largo instante.

Hathor rompió el hechizo:

—¡Vuélvete a tu casa, tonta! —Esas palabras lo sorprendieron tanto como a En-hedu, que lo miró desconcertada y boquiabierta.

Luego una piedra, lanzada por alguien de la multitud, pasó por encima de su cabeza y se estrelló contra la pared. Unos pobladores se aproximaron gritando maldiciones y amenazas. Otra piedra dio contra la pared. No tenía más tiempo que

perder. Maldiciéndose por ser un débil sentimental, salió a la carrera, en dirección a la torre.

Detrás de él oyó gritar a la multitud, que veía cómo el egipcio salía corriendo.

Aturdida, En-hedu lo observó partir, con el corazón aún latiendo agitado por el miedo. Sabía lo cerca de la muerte que había estado. Un hombre y una mujer se le acercaron y la ayudaron a levantarse. Le temblaban las piernas y apenas podía mantenerse en pie. Juntos apartaron al egipcio muerto, el que Tammuz había matado. En-hedu abrazó a Tammuz. Más gente se sumó al grupo y dos hombres ayudaron a Tammuz. La sangre corría por la sien de su amo. Una mujer los llamó desde la puerta de la casa más cercana y, en un instante, En-hedu y Tammuz se encontraron dentro del fresco recinto. Para Tammuz y En-hedu, la batalla había terminado.

\*\*\*

Dentro de la casa de Eskkar, Mitrac disparaba flechas con la rapidez con que sus dedos podían sacarlas del carcaj y preparar el arco. El enemigo había irrumpido y los había empujado hacia el rellano de la escalera. Grond se encontraba en apuros en la base de la escalera. Una flecha se clavó en la puerta, después de pasarle a Mitrac cerca de la cara, y otra dio a uno de sus arqueros, más abajo. Mitrac oyó gritar a su hombre cuando caía escaleras abajo. Pero, forzado a subir, su espalda contra la puerta de los aposentos de Eskkar, Mitrac no tenía dónde ocultarse.

Sabía que su única oportunidad era matar a todos los arqueros egipcios antes de que lo mataran a él. Así pues Mitrac eligió cuidadosamente sus blancos, seleccionando primero a los arqueros enemigos, asegurándose de que no lanzaran flechas contra él, pero disparando tan rápido que él y sus dos hombres restantes parecían ser una docena. A pesar del apremio, las palabras de Eskkar siempre resonaban en sus pensamientos:

—Dispara contra los jefes, Mitrac, y sus seguidores perderán el entusiasmo.

Otra sombra bloqueó la entrada de la casa por un momento. Mitrac alzó la mirada justo cuando la entrada se despejaba. Un guerrero solitario, alto como Eskkar, estaba de pie detrás de los atacantes gritando con voz sonora y alentándolos, ordenándoles que avanzaran en su ataque.

Sin dudarle, Mitrac cambió de blanco y, de apuntar al lancero que estaba a punto de matar, apuntó al jefe enemigo. El guerrero llevaba un escudo en alto, justo debajo de sus ojos. Sin pensarlo dos veces, la flecha salió del arco vibrante, y pasó un palmo por encima de la cabeza del afortunado lancero y por debajo del escudo alzado antes de clavarse en el vientre del hombre, junto a su cadera.

Antes de que la flecha hubiera dado en el blanco, Mitrac ya había dispuesto la siguiente, y mataba a un hombre con una lanza que intentaba ensartar a Grond a los

pies de la escalera. Mitrac no vio al lugarteniente egipcio trastabillar contra el marco de la puerta y dejar caer su espada para arrancarse la flecha clavada en su vientre.

\*\*\*

Con un grito de dolor y rabia, Takany se dobló en dos, intentando tirar de la pesada flecha que le mordía y le quemaba las entrañas, como si alguien le hubiera clavado una brasa ardiente en lo profundo del cuerpo. Se tambaleó desde la puerta hacia el patio, luego tropezó y cayó, rozando la flecha en el suelo, lo que le provocó otra punzada de dolor por todo el cuerpo. La agonía se apoderó de él, y gritó pidiendo ayuda, pero sus palabras desaparecieron en la confusión, mientras dentro de la casa sus hombres seguían peleando para poder subir las escaleras, la mayoría sin darse cuenta de que su jefe había resultado herido.

La boca le supo a tierra al tratar de llenar de aire sus pulmones. El dolor aumentó y le invadió un fuerte mareo. Tenía las manos cubiertas con su propia sangre, caliente como si brotara del fuego. Los dioses del abismo habían convocado a su espíritu, exigiendo su presencia. Takany sabía que estaba muriendo en un lugar extranjero, después de todas las guerras y todos los años de lucha, muriendo con el sabor extraño de una extraña tierra en la boca.

Abrió la boca para decir algo, pero ya no podía controlar la voz. A pesar de la creciente claridad de la mañana, sus ojos se resistían a ver. Dejó de moverse, aturdido de repente, y se sintió como cayendo desde una gran altura. Lo único que pudo hacer fue alzar la vista hacia el cielo, incapaz siquiera de parpadear, mirando cómo el amanecer se extendía sobre la ciudad. Sintió que la sangre le empapaba las manos y el estómago, que se le acumulaba entre las piernas, que la sangre de su vida se le derramaba en la tierra. Ése fue su último pensamiento.

\*\*\*

Takany murió sin que sus hombres se dieran cuenta, peleando como estaban contra los pocos acadios que todavía se mantenían entre ellos y la puerta. Percibían que su resistencia se debilitaba y que sólo quedaban en las escaleras dos arqueros. La lluvia de flechas casi había terminado, puesto que los acadios habían prácticamente agotado sus carcajes. Paso a paso, los egipcios pugnaban por subir las escaleras, sintiendo que la victoria se encontraba al alcance de sus manos.

De repente, la puerta de detrás de los arqueros se abrió y un rectángulo de tenue luz iluminó el recinto. Los ojos de todos se alzaron para ver quién entraba. Una mirada bastó para responder el interrogante. Un guerrero alto y salpicado de sangre que sostenía dos espadas que brillaban en la creciente luz hizo su aparición, pasando

por detrás de los arqueros y apuntando a los egipcios con una larga espada de jinete.

—¡Korthac ha muerto! —rugió el guerrero, inundando la habitación con aquellas palabras. La lucha se detuvo por un momento, lo suficiente para que el guerrero repitiera sus palabras—: ¡Korthac ha muerto!

Todos los egipcios se encogieron ante la voz, sabiendo que un mal presagio inundaba el recinto.

—Korthac ha muerto, y ahora moriréis vosotros.

No todos los egipcios comprendieron las palabras, pero todos reconocieron el nombre de Korthac y todos entendieron la verdad del mensaje. Korthac tenía que estar muerto, o él, y no ese demonio bárbaro, habría estado de pie frente a ellos.

El guerrero aulló algo ininteligible y a continuación saltó del rellano de la escalera prácticamente en medio de los egipcios, atacándolos con una furia que hizo que dos hombres fueran derribados en apenas un momento. Los acadios, ya sin flechas y a punto de ser derrotados, se sintieron renacer y comenzaron su propio contraataque. Descorazonados, los egipcios retrocedieron. Los dioses de la batalla se habían vuelto en su contra. Nadie quería enfrentarse a la muerte cierta que esperaba a quien se atreviera a desafiar a aquel oponente sediento de guerra.

En unos momentos, la habitación común quedó desierta, a medida que los egipcios se amontonaban y se empujaban pugnando por salir hacia el patio. El último hombre apenas había tenido tiempo de salir cuando alguien cogió la mesa que había caído a un lado tras forzar la puerta y la puso contra ella, bloqueando la entrada.

En el patio, menos de una docena de hombres de Korthac permanecían con vida, además de un número similar de hombres de Ariamus. Habían visto a Eskkar salir solo de la casa de Korthac, proclamando la muerte de su jefe. Un puñado de arqueros enloquecidos los habían expulsado de la casa, disparando flechas a un ritmo tal que parecían el doble de los que en realidad eran.

Los egipcios se gritaban unos a otros, en medio de la confusión. Entretanto, el nombre de Eskkar se dejaba oír por la ciudad, vitoreado por cientos de voces, un cántico incesante que llenaba las calles y se repetía como un eco por los tejados, rompiéndoles los nervios. Takany, en un charco de sangre, yacía muerto a sus pies, con una flecha clavada en el estómago. Hathor y Ariamus habían salido rumbo a la puerta de la ciudad. Nebibi estaba en los cuarteles. La mayoría de los oficiales estaban muertos.

Sin nadie que diera órdenes, los egipcios comenzaron a pelear entre sí. Algunos querían volver a atacar la casa, otros querían sumarse a Hathor en la puerta de la ciudad. Los más de ellos querían escapar. La muerte de Korthac los paralizaba. Korthac había sobrevivido a cien batallas. Si él podía caer muerto, ¿quién sería el próximo? Sin un jefe, comenzaron a dirigirse hacia la muralla y en un momento todos habían comenzado a correr. Corrieron por el patio hasta la calle, en dirección a las

puertas de la ciudad. Antes de haber dado una docena de pasos, se toparon con Bantor y sus hombres, que avanzaban en dirección contraria.

\*\*\*

La calle en la que se encontraba la casa de Eskkar resonó con los gritos de batalla de los acadios. Bantor condujo a sus hombres por la calle, con la espada ensangrentada brillando bajo el sol matinal; sus hombres, excitados, detrás de él. Los acadios que cargaban en primera línea no tuvieron tiempo de preparar los arcos; en cambio, sacaron las espadas de sus fundas y atacaron a los sorprendidos egipcios antes de que éstos pudieran formar una línea. Por un momento, el ataque de Bantor se hizo más lento, al tiempo que el bronce chocaba contra el bronce y los hombres maldecían mientras peleaban. Los hombres de Korthac aún eran más numerosos que sus atacantes.

Bantor, que peleaba encarnizadamente con un grueso egipcio, alzó la voz:

—¡Arqueros! ¡Apuntad a los rostros! —El arquero que estaba detrás de Bantor pudo finalmente hacer uso de su arco. La flecha casi le arranca la oreja a Bantor, pero el egipcio gritó cuando el dardo le entró por la boca y, herido, trastabilló hacia atrás.

Con un grito de satisfacción, Bantor avanzó.

—¡Apuntad a los rostros! ¡Matadlos a todos!

Otra flecha hizo blanco, luego otra. Las flechas lanzadas con rapidez y a corta distancia derribaban a los egipcios, mientras que Bantor y un puñado de hombres protegían a los arqueros del asalto. Las flechas, muchas de ellas dirigidas a los rostros de sus enemigos, hicieron que éstos perdieran el deseo de pelear.

Incapaces de acercarse a los arqueros, algunos de los hombres de Korthac abandonaron la lucha y comenzaron a retirarse por la calle. Prácticamente la mitad estaban heridos o muertos. El resto se desorganizó, dio media vuelta y salió a la carrera hacia el patio de la casa de Eskkar. Algunos pasaron de largo delante de la puerta de Eskkar, desapareciendo de la vista en una serpenteante callejuela, pero otros se lanzaron dentro, buscando protegerse. Antes de poder cerrar la puerta, una flecha derribó al último de los egipcios, ya herido, y el cuerpo muerto quedó bloqueando la entrada.

Bantor, con su rostro salpicado de sangre, empujó con su hombro la puerta a la vez que los egipcios supervivientes intentaban cerrarla. En un instante, el resto de los hombres de Bantor añadieron su peso y forzaron la puerta. Bantor entró tambaleándose, agachándose frente a un mandoble que le lanzaron y cayendo de rodillas. Antes de que su atacante pudiera recuperarse, Bantor había hundido su espada en el estómago de su contrincante.

Los arcos quedaron a un lado cuando los acadios consiguieron entrar, y las



espadas entrechocaron unas contra otras. Superados en número por primera vez, los egipcios se resistieron, concedores de su destino si eran derrotados; por un momento, detuvieron el avance de Bantor, y el chocar del metal se alzó por todo el patio.

—¡Eskkar! ¡Annok-sur! —aulló Bantor; sus palabras resonaban contra los muros de la construcción. Quería que los que estaban en la casa supieran que habían llegado refuerzos—. ¡Eskkar! —volvió a gritar, mientras redoblaba sus esfuerzos contra quienes se le oponían.

Las flechas comenzaron a derribar por la espalda a los seguidores de Korthac. La mayoría de los egipcios luchó hasta el fin, pero los que habían sido reclutados por Ariamus no tenían agallas para semejante lucha cuerpo a cuerpo. Huyeron, tirando sus armas e intentando desesperadamente saltar los muros del patio. Ansiosos por escapar, echaron a correr a través de callejas e incluso casas, en busca de cualquier atajo, siempre que los apartara de la lucha.

Bantor mató al último egipcio que se le enfrentaba. Mirando a su alrededor en el patio, sus ojos buscaban a Ariamus entre los muertos.

—¡Ariamus! —gritó—. ¿Dónde estás?

\*\*\*

—Debe de ser Bantor —dijo Eskkar. El ruido de los hombres batallando en la calle se escuchaba con claridad incluso dentro de la casa—. Echad la mesa a un lado.

Con la ayuda de Mitrac, Eskkar dismanteló la improvisada barricada erigida hacía apenas unos momentos, mientras los dos arqueros supervivientes aguardaban listos detrás de ellos. Grond intentó ponerse al lado de Eskkar, pero se dejó caer en el suelo, debilitado por sus heridas. Mitrac preparó su arco a la vez que Eskkar levantaba su espada y, luego agachándose, apartó la mesa.

Una mirada bastó para que Eskkar supiera todo lo que necesitaba saber. El patio estaba repleto de hombres peleando. Algunos lanzaban gritos de guerra y otros de dolor por sus heridas, pero ahora más de la mitad de los combatientes lanzaban gritos de guerra acadios. Comenzó a avanzar, pero Mitrac lo agarró de la túnica.

—No, quédate aquí —dijo Mitrac, apartando a Eskkar de la puerta. Aquél permaneció del otro lado de la entrada y lanzó una flecha a la espalda de un egipcio que estaba de pie a unos pasos de distancia. Los otros dos arqueros se colocaron detrás de él, a los lados, y añadieron sus flechas, disparando por encima de la cabeza de Mitrac. De pie y con la espada preparada, Eskkar observaba mientras Mitrac y sus arqueros comenzaban la carnicería final, eligiendo los tres sus blancos cuidadosamente. Con cada tiro moría un enemigo, las flechas derribaban a quien todavía siguiera en pie.

Una voz se alzó por sobre el clamor.

—¡Eskkar! ¡Annok-sur!

Eskkar vio a Bantor dirigiendo el ataque, derribando con su espada a quien se le cruzaba en el camino. Unos pocos flechazos más desde la entrada y los egipcios salieron en desbandada, incapaces de soportar a los guerreros delante y a los arqueros detrás. El último de los enemigos salió corriendo, desesperado por escalar el muro del fondo antes de que una flecha lo derribara. Unos pocos intentaron resistir desde las habitaciones que había frente a la casa de Eskkar. Pero, sin puertas sólidas, las habitaciones de los soldados suministraban un refugio precario. Más hombres de Bantor aprestaron sus arcos y comenzaron a disparar a través de puertas y ventanas.

Abrumados por el número de enemigos, los pocos egipcios murieron o dejaron caer sus espadas, pidiendo clemencia, sus gritos de piedad apenas audibles bajo el rugido de los hombres victoriosos. Unos pocos regresaron corriendo a sus habitaciones, desesperados por reagruparse, pero la mayoría cayó de rodillas pidiendo clemencia, rogando que no los mataran, cualquier cosa con tal de evitar la muerte a manos de sus oponentes.

Eskkar salió al patio, Mitrac al lado, con una flecha lista en su arco, sus ojos en busca de enemigos. El patio aparecía cubierto de cuerpos, la mayoría de ellos con una flecha clavada en el cuerpo. Casi todos parecían ser egipcios. Bantor, con el pecho respirando agitadamente y los ojos salvajes por la locura de la batalla, finalmente reconoció a su jefe.

Bantor se quedó allí, con el brazo derecho ensangrentado y el rostro y el pecho también salpicados de sangre. Pero su sonrisa contradecía a la sangre, y alzó su espada en alto mientras sus hombres pasaban a su lado para acercarse a Eskkar. Su júbilo se transformó en un rugido ensordecedor cuando vieron a su capitán.

Terminada la lucha, por lo menos en la casa de Eskkar, los hombres, sucios, cubiertos de sangre y agotados, se miraron unos a otros bajo la brillante luz de la mañana. Sus voces se transformaron en un canto que aumentó de volumen, mientras los hombres vitoreaban: «¡Eskkar! ¡Eskkar! ¡Eskkar!», a voz en cuello. El cántico continuó hasta tal punto que Eskkar pensó que nunca terminaría. La mitad de la ciudad tenía que oírlos, y sabrían ahora que Korthac había sido derrotado.

Había que atender a los heridos y la lucha aún no había concluido. Eskkar vio a Klexor, que acababa de llegar a la casa y lo apartó de los soldados jubilosos.

—Ocúpate de esto —le ordenó Eskkar—. Organiza a los hombres y asegura el patio.

Sin perder en ningún momento la sonrisa, Klexor asintió y comenzó a aullar sus órdenes.

Eskkar cogió a Bantor por el brazo y lo condujo dentro de la casa. Mitrac ya estaba allí, curando las heridas de Grond. Cubierto de sangre, la mayor parte propia,

el guardaespaldas de Eskkar parecía a punto de desmoronarse. La lucha había tenido lugar por toda la habitación. Los restos de la gran mesa estaban esparcidos por el piso y uno de los bancos había sido destruido. Pero Eskkar encontró uno intacto y lo enderezó mientras Mitrac y Bantor alzaban a Grond y lo recostaban sobre el mismo. La escasa luz era suficiente para distinguir al menos tres heridas.

—Busca a las mujeres y a los sanadores —dijo Eskkar—. Tienen que estar cerca. Que vengan de inmediato. —Se dirigió a uno de los hombres de Bantor—: Quédate aquí y cuida de la escalera. Trella y Annok-sur están arriba.

Bantor, con la espada ensangrentada en la mano, se aproximó.

—Annok-sur, ¿dónde está? ¿Está...?

—Está arriba, con Trella, custodiando a Korthac. Está bien, sólo un golpe en la cabeza —dijo Eskkar—. ¿Has encontrado a Ariamus?

—¿No está muerto? —La voz de Bantor se endureció y su cuerpo se puso rígido, desprendiendo la fatiga de sus hombros. Dejó de avanzar hacia la escalera—. Dile a Annok-sur que regresaré. Me llevaré a algunos hombres y empezaré a perseguir a Ariamus.

Los ojos de Eskkar se entrecerraron al escuchar el tono de voz de Bantor.

—No, Ariamus puede esperar. ¿Qué ha pasado con Drakis? ¿Sigue defendiendo las torres?

Bantor dudó, luego sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—Ve con tus hombres a la puerta principal —le ordenó Eskkar con voz firme—. Drakis puede necesitarte. Si alguno de esos egipcios escapa... —Vio que Bantor dudaba, y sacudió la cabeza—. Ariamus está herido. En una hora toda la ciudad lo estará buscando. Drakis te necesita ahora.

—¿No puedes ir tú?

—No, yo me quedo aquí. —Con Korthac en el piso superior y la casa tomada, Eskkar sabía que los soldados se dirigirían a donde él estaba, esperando recibir órdenes. Además, no quería dejar a Trella y a su hijo. Había dejado a Trella sola durante semanas; no tenía intención de volver a dejarla, y menos para dar caza a un grupo de extranjeros cazafortunas cuya causa estaba perdida.

—¡Malditos sean los dioses! —dijo Bantor con furia en la voz—. Iré a la puerta principal. Pero juro que Ariamus no se me escapará esta vez. —Bantor llamó a Klexor a gritos. Juntaron a sus hombres, casi una veintena, y salieron trotando por la calle en dirección a la puerta principal de la ciudad.

Mientras Eskkar se dirigía hacia las escaleras, Vantor, el sanador, entraba en la casa, con los ojos desorbitados al ver tanta carnicería y muerte. Su asustado aprendiz miraba nervioso a todas partes, siguiéndolo con cautela, llevando la caja de instrumentos de su maestro. Eskkar tomó a Vantor por el brazo y lo condujo escaleras

arriba.

—Que tu aprendiz se ocupe de Grond. Tú atiende a Trella. Está arriba, herida.

Eskkar cogió la caja de instrumentos del aprendiz y con su otra mano llevó al sanador escaleras arriba, hacia la habitación de trabajo.

—¡Annok-sur! —gritó Eskkar, rompiendo con el sonido de su voz el silencio de la habitación—. Soy Eskkar. Abre la puerta.

Oyó la barra y luego el ruido al caer al piso. La puerta se abrió. La lámpara seguía ardiendo, pero el sol daba luz más que suficiente. El bebé había dejado de llorar, acunado y alimentándose en los brazos ensangrentados de su madre. Korthac yacía en donde Eskkar lo había dejado, todavía inconsciente. Annok-sur parecía débil, pero todavía mantenía el cuchillo de Eskkar sobre el cuerpo desmayado. Hizo un gesto de asentimiento a Eskkar y se acercó a los pies de la cama, para mantener un ojo sobre el egipcio.

Trella alzó su mirada hasta cruzarse con la de él. Parecía tener problemas para centrar la mirada, pero reconoció a Eskkar y sonrió.

—Ahora estás a salvo, Trella —le dijo, arrodillándose junto a la cama y tomándola de la mano—. Korthac ha sido hecho prisionero y sus hombres están siendo exterminados.

Ella asintió y su cuerpo pareció relajarse. Se formaron lágrimas en las comisuras de sus ojos.

—Quédate conmigo, Eskkar.

—No volveré a dejarte, Trella. Lo juro. Ahora dejemos que Ventor te atienda.

—¿Bantor está vivo? —preguntó Annok-sur, inclinándose hacia delante con ambas manos en la cabeza, sosteniendo todavía el ensangrentado cuchillo.

—Muy vivo —dijo Eskkar—. Ha salido en persecución de Ariamus.

—Mira a tu hijo, Eskkar —dijo Trella, llamándolo a su lado.

Ventor se acercó al otro lado de la cama.

—Deme al niño un momento, señora Trella. —Cogió con cuidado al niño en brazos y se lo entregó a Annok-sur. Ella le dio el cuchillo a Eskkar y luego estrechó al infante contra su pecho.

—Que Ventor te cure la herida, Trella —dijo Eskkar, acariciándole los cabellos.

Ella asintió y reclinó la cabeza en la cama.

—Mira a tu hijo.

Eskkar dio un paso hacia Annok-sur y observó al niño por un instante. El niño, las mejillas rojas y los ojos cerrados, se veía muy pequeño.

—Tiene muy buen aspecto, Trella —dijo Eskkar, sin saber qué decir.

Un quejido desde el suelo hizo que volviera su atención a Korthac, que seguía allí, inmóvil. Eskkar se agachó y agarró al hombre inconsciente de los hombros y lo arrastró desde el dormitorio y por el cuarto de trabajo hasta llegar a las escaleras. El

soldado al que Eskkar había ordenado montar guardia todavía estaba al pie de las escaleras. En ese momento, dos de los sirvientes de la casa entraron por lo que quedaba de la puerta, moviéndose con prisa entre los cadáveres, los ojos muy abiertos ante tanta sangre y muerte.

—Sacad esta basura de mi casa —dijo Eskkar, dejando que Korthac cayera sobre el rellano.

Eskkar resistió la tentación de empujar a Korthac escaleras abajo. La caída podría matarlo y ésa sería una muerte demasiado sencilla.

—Que lo custodien tres hombres. Que permanezcan a un brazo de distancia del egipcio. Si les da algún problema o alguien trata de rescatarlo, matadlo.

El soldado asintió.

Eskkar llamó a los sirvientes y les dijo que trajeran mantas limpias, agua y todo lo que creyeran que Trella y Annok-sur pudieran necesitar. Se volvió hacia dentro, cerrando la puerta para amortiguar los ruidos del patio.

Annok-sur ni siquiera alzó la vista cuando regresó, simplemente se balanceaba, intentando calmar al bebé. Venter había apartado la sábana de las caderas de Trella y se inclinaba para examinar la herida, manteniendo el rostro a centímetros del tajo todavía sangrante.

—Me temo que necesitaré cambiar las sábanas cuando termine, señor Eskkar —dijo el anciano—. Debe de haber perdido mucha sangre durante el alumbramiento.

Otra mujer, una de las sirvientas, entró al cuarto, pero salió casi de inmediato cuando Venter le pidió vendas y agua fresca.

Eskkar permaneció de pie, sin saber qué hacer. Quería preguntarle a Venter si Trella viviría, pero sabía que no debía interrumpir al sanador con preguntas; el hombre se lo diría en cuanto lo supiera. El bebé comenzó a llorar y Annok-sur le susurró para calmarlo. Venter comenzó a limpiar la sangre del costado de Trella, y Eskkar vio la herida causada por el cuchillo de Korthac. Tenía un corte por encima de la cadera.

La sirvienta regresó con agua y vendas. Venter lavó la herida, luego limpió la sangre del cuerpo de Trella antes de apretar un lienzo contra el corte.

—Todavía está sangrando por el parto, pero no mucho. La herida no es un corte demasiado profundo; no podrá caminar durante unos días, pero creo que se recuperará.

Eskkar lanzó un largo suspiro de alivio. Su esposa viviría. Eso era lo único que importaba.

La atención de Venter calmó a Trella casi tanto como sus palabras. Cerró los ojos y pareció caer en un sueño liviano. El sanador trabajaba velozmente. Cortó una parte limpia de la sábana y la usó para vendar la herida de Trella. Luego lavó el resto de la sangre de su cuerpo.

Eskkar le entregó la segunda sábana y Ventor la cubrió delicadamente con ella, dejando sólo la cabeza y los hombros al descubierto.

—Necesita descansar unas horas —dijo Ventor—. Sabremos más entonces. Ahora iré a atender a los demás heridos. —Se puso de pie, se dirigió a Annok-sur y observó al pequeño—. El bebé parece saludable, aunque algo pequeño.

—El niño está bien, Eskkar —dijo Annok-sur, ignorando las palabras de Ventor—. Y también Trella. La herida no es profunda, aunque ha perdido mucha sangre.

Eskkar suspiró aliviado. Trella viviría y tenía un hijo. Había capturado a Korthac, derrotado a sus hombres y recuperado Akkad. Eskkar empezó a temblar, tanto como reacción por su preocupación por Trella como por la batalla. De pronto, sintió que le flaqueaban las piernas.

Annok-sur reconoció las señales. Haciendo un gesto de dolor por el esfuerzo, alzó al bebé hasta la altura de sus hombros.

—Salgamos, Eskkar. Aquí no puedes hacer nada. Déjala que descanse unos momentos, para que recupere fuerzas.

Echando una última mirada a Trella, Eskkar siguió a Annok-sur fuera del dormitorio, mirando por encima del hombro el pequeño rostro de su hijo. Por primera vez Eskkar sintió una oleada de orgullo. Había tenido un hijo, Sargón, quien llevaría no sólo el nombre de Eskkar, sino el de sus descendientes, aquellos que habrían de venir, a lo largo de los siglos. Esa idea le sorprendió. Para Eskkar el futuro siempre había sido como mucho los dos días que tenía por delante, pero ahora se extendía ante él, con el niño mostrándole el camino. De alguna manera, todo eso parecía más importante que la derrota de Korthac.

## CAPÍTULO 28

**K**athor y sus egipcios habían recuperado finalmente el control sobre la turba que se había congregado en torno a la puerta principal. Un puñado de los malditos arqueros acadios había entrado subrepticamente en la ciudad y capturado la torre izquierda, pero sus hombres todavía controlaban la de la derecha. No dieron señal de actividad alguna en las afueras de la ciudad, ninguna horda de guerreros esperaba que las puertas se abrieran. Una vez más Takany se había equivocado. Por un momento Hathor se sintió tentado de coger a sus hombres y regresar con ellos a casa de Korthac, pero eso habría resultado una provocación intolerable para Takany. Mejor terminar la tarea que tenía por delante y después regresar, con la puerta asegurada y bajo el control de Hathor.

Tenía una idea aproximada del número de enemigos refugiados en la torre, sabía que se enfrentaba a menos de veinte hombres. Ahora Hathor necesitaba presentar batalla y matar a esos invasores antes de que la ciudad se volviera en su contra.

No tenía mucho tiempo. El nombre de Eskkar resonaba en todas partes a su alrededor, volviéndose más sonoro con cada minuto que pasaba a medida que más y más gente se hacía eco. Había llegado el alba sobre las murallas de la ciudad, exponiendo con toda crudeza la matanza sucedida en la entrada. Los cadáveres salpicaban el área descubierta, la mayoría erizados de flechas. Los heridos gritaban pidiendo ayuda o intentaban arrastrarse hasta las casas cercanas en busca de protección.

Hathor no sabía cómo Korthac había perdido el control de la ciudad tan rápidamente. No había tenido noticias de Nebibi, quien dormía en los barracones, ni de Takany, desde que éste le ordenara dirigirse hacia las puertas. Había enviado dos mensajeros, uno a los barracones y otro a la casa de Korthac, pero ninguno de los dos había regresado y Hathor no tenía ni idea de si los hombres de Korthac seguían controlando ambos sitios. Tampoco importaba. En aquel momento, y para su protección, Hathor tenía que volver a recuperar la puerta de esos acadios. Tenía hombres más que suficientes, pero cuanto más resistieran los soldados de Eskkar mayor sería el peligro para todos ellos.

Una sonora voz continuaba vociferando el nombre de Eskkar como grito de batalla desde la cima de la torre; aquellos poderosos pulmones dispersaban el nombre por media ciudad. La resonante voz alteraba a sus hombres, otra mala señal que debilitaba su templanza. Hathor sabía que no pasaría mucho antes de que todos los malditos acadios se levantaran contra ellos. Si fracasaba en derrotar a estos hombres de forma inmediata, él, Korthac, todos ellos serían derrotados por los furiosos

ciudadanos. Lo último que Hathor quería era quedar atrapado dentro de Akkad.

Seguían llegando refuerzos, aumentando el número de guerreros a sus órdenes. Eso debería haberlo tranquilizado, pero pronto descubrió que la mayoría venía huyendo de pelear en otra parte. Aparentemente habían comenzado los enfrentamientos en los cuarteles y en casa de Korthac. Hathor maldijo por un momento al demonio de Eskkar y se preguntó cómo se había escurrido dentro de la ciudad con tantos hombres.

Sin embargo, los veteranos de Hathor congregaron a todas las fuerzas restantes de Korthac, los obligaron a prepararse y les ordenaron que obedecieran. Hathor, paseándose por delante de ellos, les amenazó con matar a cualquier hombre que intentara escapar o se negara a pelear. Ya tenía más de cincuenta hombres, la mayoría de ellos con arcos, y su número continuaba creciendo.

—Tenemos que recuperar la torre —dijo en el idioma de Akkad—. Desde ahí podremos controlar la ciudad. —En egipcio, dio otras órdenes—: Empujad a los cobardes hacia la puerta, que sean ellos los que reciban las flechas. Después forzaremos la entrada. —Todavía contaba con más hombres en la otra torre, y ellos podían sumar sus esfuerzos a los que estaban junto a él.

Hathor echó una última mirada. Tenía hombres suficientes y sus arqueros por lo menos mantendrían a los de la torre inmovilizados. Los rayos del sol bañaban las torres de una luz dorada. Dio la orden y, con un grito, salieron corriendo dando la vuelta a la esquina, tan rápido como pudieron por el campo de batalla. Cayeron hombres, derribados por flechas, pero sólo unos pocos, y los guerreros de Hathor avanzaron por el espacio descubierto proclamando el nombre de Korthac. La batalla por las puertas principales de Akkad había comenzado.

\*\*\*

Drakis soltó una maldición cuando los vio venir: una horda de hombres armados que superaba ampliamente a los suyos. Al menos la espera había terminado. Las flechas de sus arqueros volaron por encima del carro. Detrás de él, Enkidu esperaba en el primer rellano con cuatro arqueros en fila india en los escalones inferiores. Si los egipcios forzaban el acceso, Drakis planeaba retirarse escaleras arriba luchando escalón por escalón, usando a los arqueros para cubrir su retirada. Harían un último esfuerzo en la cima de la torre, desde donde podían todavía controlar la puerta.

El enemigo apareció por el espacio descubierto y consiguió llegar a la base de la torre, haciendo caso omiso de las bajas. El carro tembló contra la entrada al estrellarse en él el primero de los atacantes. Volaron flechas, brillaron las puntas de las lanzas bajo la luz que continuaba aumentando, y la madera crujió mientras una docena de hombres de Korthac se esforzaban para echar el carro a un lado. Pero la



gruesa rueda bloqueaba la entrada y las tablas que la trababan resistían. Una lanza entró por un boquete y uno de los hombres de Drakis soltó un grito cuando le atravesó el pecho. Otro acadio quitó la lanza al moribundo y la lanzó de nuevo por el mismo boquete. Los arqueros disparaban contra todo blanco: rostros, manos que intentaban empujar el carro, las piernas de sus enemigos. Pero otros ocupaban el lugar de los que caían muertos o heridos y Drakis se dio cuenta de que la barricada no resistiría mucho más.

El carro se movió, se detuvo y volvió a moverse. Drakis escuchó el ruido de la madera al quebrarse y supo que por fuera los hombres estaban despedazando el carro con sus manos, usando la fuerza de su número para lograrlo. El olor a sangre creció en el claustrofóbico espacio, mezclado con la respiración agitada de los hombres y las maldiciones contra sus enemigos. Los acadios disparaban contra cualquiera cosa que se moviera, cualquier blanco visible, flechazos mortales a tan corta distancia. Pero a pesar de las bajas que infligían sus arqueros, siempre había otros hombres que ocupaban el lugar de los caídos.

El tosco carro se movió de una sacudida. Momentos después, cayó el último soporte y el carro avanzó empujado por la parte trasera, rozando en la entrada con un fuerte chirrido de madera contra madera. Por un momento, esto ofreció a sus arqueros un mejor blanco y, a medida que se despejaba la entrada, llovieron flechas hacia los hombres en el exterior, clavándose en sus filas.

Drakis no tenía idea de cuántos habían matado, pero los atacantes comenzaron a menguar. Gritando para alentar a sus hombres, los instó a mantener la defensa, mientras él mismo tensaba su arco y disparaba a los blancos que se le ofrecían. Pero ahora los arqueros de Hathor habían alcanzado la base de la torre. Entendían mejor que nadie que su protección estribaba en forzar la entrada. Comenzaron a lanzar sus flechas a través de ésta.

El hombre que estaba al lado de Drakis cayó sin hacer ningún ruido, con una flecha incrustada en el ojo. Drakis avanzó y disparó tres flechas tan rápido como le fue posible. Un grito de dolor fue su recompensa y continuó disparando a todo lo que veía: un brazo, una pierna, incluso una espada. Tenía que contener a aquellos hombres, rechazarlos hasta que llegaran refuerzos. Así y todo, la mitad de sus hombres habían caído o estaban heridos, y quienes no eran capaces de empuñar un arco subían en busca de resguardo.

Con un fuerte crujido, el carro fue apartado de la torre y la luz del día entró por la abertura. Las flechas desde las escaleras los detuvieron por un momento, pero eran ahora los atacantes, empujados por detrás por Hathor, quienes estaban cegados por la sed de sangre. Seguían intentando entrar por la puerta, trepando por encima de los cuerpos de sus caídos. Drakis lanzó su última flecha, dejó caer su arco y desenvainó la espada.

—Atrás —gritó, y con un mandoble apartó una lanza—. Retroceded.

Blandiendo su espada como enloquecido, parando golpes de lanzas y espadas, Drakis fue retrocediendo lentamente, buscando a tientas con el talón el primer peldaño, y comenzó a subir de espaldas. Por un momento, los arqueros de Enkidu, más arriba en la escalera, contuvieron al enemigo, pero entonces una flecha entró en la torre y un arquero acadio cayó de la escalera, gimiendo de dolor.

Para desolación suya, Drakis se dio cuenta de que la situación había empeorado. Los rayos del sol ahora alcanzaban las ojivas de la torre e iluminaban el interior. Desde la cubierta de la entrada, los arqueros enemigos podían disparar contra sus hombres, expuestos en la escalera. Acabarían con ellos uno a uno si continuaban peleando de ese modo.

—Arriba, todos arriba.

Dos flechas lo hirieron mientras continuaba subiendo la escalera, una le rozó las costillas y la otra se le clavó en el brazo, más arriba del codo. Tropezó, y hubiera caído, pero Enkidu alcanzó a sostenerlo. Siguieron subiendo hasta el segundo rellano, invisibles desde la puerta sólo por un momento. Maldiciendo su herida e intentando mantenerse fuerte, Drakis continuó retrocediendo. Escuchó a Enkidu dirigir a sus hombres, diciéndoles que formaran otra línea, mientras que, a la vez, lo empujaba escaleras arriba.

—Ve arriba del todo —gritó Enkidu—. Averigua qué está sucediendo. Yo los detendré aquí.

Frunciendo el rostro de dolor, Drakis subió la escalera y prácticamente cayó al llegar arriba. El sol ya se había alzado sobre el horizonte y el cielo azul brillaba en el aire matinal.

El fresco perfume del río lo cubrió, eliminando el hedor de la sangre por un momento. Se dejó caer de rodillas y se reclinó contra la muralla.

—Siéntate y estate quieto —dijo Tarok, arrodillándose a su lado mientras echaba una rápida mirada a la flecha que sobresalía del brazo de Drakis—. Está en el hueso. Quédate aquí y la vendaré...

—Arráncala —ordenó Drakis, con los ojos cerrados debido al dolor que lo invadía. Los abrió y observó el rostro sudoroso de Tarok, a un palmo de distancia del suyo—. Arráncala ya.

Tarok no discutió. Con un resoplido, puso la rodilla contra el hombro de Drakis y luego agarró el brazo herido con una mano y lo empujó contra la pared. Tarok tomó la flecha con la otra mano. Drakis frunció el rostro cuando Tarok agarró la flecha, pero antes de que el dolor aumentara Tarok hizo girar la flecha y tiró de ella con toda su fuerza. Un dolor agónico apagó la luz del sol durante unos momentos y Drakis no pudo evitar el gemido de angustia que brotó de sus labios. Pero la flecha salió, con pedacitos de músculo pegados a la punta.

—Todavía sirve —dijo Tarok, pasando la flecha a los arqueros que estaban detrás de él—. No te muevas. Tengo que vendarte o te desangrarás. —Usando su cuchillo, Tarok cortó una larga tira de la túnica de Drakis y la usó para vendarle el brazo herido, estirando la tela para detener la hemorragia.

Drakis perdió el conocimiento unos momentos. Cuando abrió los ojos, Tarok se había ido y Enkidu, con la pierna sangrando, había retrocedido con sus hombres hasta la cima de la torre. Drakis se esforzó por ponerse de rodillas, encontró su espada y se arrastró hasta donde estaba Enkidu. Encontró un escudo y lo usaron para cubrirse mientras lanzaban rápidos vistazos a la escalera.

—Los estamos matando —dijo Enkidu—. La escalera está cubierta de cadáveres, pero siguen viniendo. Estos egipcios saben cómo pelear. ¿Cómo van las cosas aquí arriba?

Drakis miró a su alrededor por primera vez.

—No lo sé. ¿Podrías...?

—Los detendré. Ve a ver si llegan refuerzos.

Tarok, con su rojiza cabellera brillando al sol, volvió con sus hombres. Drakis vio que le quedaba menos de la mitad de su grupo original y que la mayoría estaban heridos. Usando su mano sana para ponerse de pie, se asomó por entre los arqueros que todavía estaban frente a la otra torre. Un fuerte crujido le hizo saber que algo había golpeado contra la puerta, haciendo temblar los enormes troncos. Arriesgándose a mirar por encima la puerta, Drakis vio que media docena de hombres intentaban destrabar la puerta.

—¡Tarok! Detened a esos hombres. Las puertas no deben ser abiertas. —Drakis había perdido su arco, pero cogió uno que estaba tirado en el suelo. Cuando intentó tensarlo, su brazo herido se negó a soportar la tensión, y lo dejó caer. Maldiciendo su debilidad, volvió a tomar su espada.

Tarok reconoció el peligro.

—No dejéis que abran la puerta —exclamó—. Aplastad a esos arqueros —gritó, indicando con su cabeza hacia los arqueros enemigos de la torre opuesta.

Después se puso de pie, se asomó por la muralla y comenzó a disparar. Vacío su carcaj, disparando las últimas seis flechas con tanta rapidez que Drakis apenas pudo seguir sus movimientos. Volviendo a agacharse, Tarok se acercó a Drakis.

—He conseguido alejarlos, pero volverán.

—Haz lo que puedas. Mantén la puerta cerrada. —Su brazo izquierdo estaba inutilizado, pero Drakis todavía podía sostener una espada. Manteniéndose agachado, reptó hacia la entrada de la torre. Enkidu y cuatro hombres defendían el acceso; todos sangraban por alguna herida.

—Se están preparando para atacarnos —dijo Enkidu—. ¿Alguna noticia de los refuerzos?

Drakis se había olvidado de mirar hacia los barracones. Se movió hacia la otra pared, se puso de pie e intentó distinguir las callejas que conducían hasta la entrada. Una flecha le pasó rozando, pero la ignoró. Una columna de espeso humo negro, ondulante bajo el sol de la mañana, se elevaba hacia el cielo desde lo que parecían ser los barracones. Eso quería decir que Bantor había cruzado la puerta del río y atacado. Desde donde se encontraba, Drakis podía ver dos de las calles que daban hacia el espacio abierto detrás de la puerta. Los hombres corrían hacia la puerta, pero si eran amigos o enemigos era algo que no podía distinguir.

Volvió hacia donde estaba Enkidu, arrodillándose junto a la entrada.

—Llegan hombres, pero...

Un alarido se elevó dentro de la torre, mientras cuatro o cinco flechas atravesaron la entrada, sin herir, de milagro, a ninguno de los defensores. Entonces los egipcios, lanzando gritos de batalla, subieron los últimos escalones que los separaban de sus enemigos.

Manteniéndose de rodillas, Drakis esgrimió su espada contra cualquiera que apareciera en el rellano. Los hombres de Tarok, agachados para evitar las flechas de la otra torre, se tomaron su tiempo, haciendo uso de sus últimas flechas contra los atacantes que intentaban forzar la entrada a la cima de la torre. Las espadas chocaban, las lanzas azuzaban y herían y los hombres gritaban frente a otros hombres que aullaban. Los atacantes intentaban cruzar la entrada, pero todos los intentos fracasaban. Sólo unos pocos hombres podían acercarse a la vez. Después del tercer intento los egipcios detuvieron sus esfuerzos y volvieron a la protección del rellano para reagruparse.

Drakis miró a su alrededor. Enkidu había recibido otra herida y se inclinaba contra el parapeto, intentando recuperar el aliento. Tarok, espada en mano, había tomado su lugar. Le bastó un momento para contar cuántos podían seguir luchando. Quedaban cinco hombres, y sólo uno con un arco en la mano. Y ese hombre buscaba a su alrededor cualquier flecha que hubiera por allí.

Un ataque más, calculó Drakis. Un ataque más y estarían acabados, desbordados. Escuchó a los atacantes prepararse dentro de la torre, tomándose su tiempo ahora que a los acadios se les habían agotado las flechas. De pronto, el grito de guerra de Korthac resonó cruel dentro de la torre, mientras los egipcios corrían escaleras arriba y se lanzaban por la abertura.

\*\*\*

Alexar hizo una pausa cuando llegó a la puerta principal, estudiando la situación mientras luchaba por recuperar el aliento. Se oían ruidos de batalla en la torre izquierda y supuso que allí se habían refugiado Drakis y sus hombres, sin duda

tratando de salvar la vida. La zona estaba ahora repleta de hombres aterrados, la mayoría corriendo hacia la puerta. De un momento a otro conseguirían abrirla.

La torre de la derecha, a sólo unos pasos de distancia, parecía desierta excepto por algunos hombres de Korthac en la parte superior. Se decidió. Eskkar había ordenado mantener la puerta cerrada, y claramente Drakis no contaba con hombres suficientes.

—Tomaremos la otra torre. Vamos.

Alexar, Yavtar y sus hombres irrumpieron por la calleja, corriendo a toda velocidad hacia la entrada de la torre, mezclándose con la multitud de pobladores aterrados y bandidos que corrían hacia la puerta. Alexar no dudó ni se detuvo en ningún momento. Se lanzó hacia la puerta de la torre, la espada en su mano derecha, el arco en la izquierda. Nadie lo desafió, así que se lanzó escaleras arriba, esperando, en cada rellano, resistencia, pero sin encontrar a nadie que se le opusiera.

En la cima, salió a la luz del día sin detenerse. Casi una docena de hombres, con los arcos en la mano, le daban la espalda, en busca de blancos en la otra torre. Alexar los atacó antes de que ellos supieran que estaba allí, dejando caer su arco y golpeando a un egipcio de piel oscura.

A tan escasa distancia, las espadas eran más útiles que los arcos, y había matado a dos hombres antes de que pudieran reaccionar. Para entonces Yavtar y los demás estaban a su lado, todos golpeando y aclamando el nombre de Eskkar, haciendo que el grito de batalla resonara por la ciudad. Los arqueros egipcios, sorprendidos y con los arcos en las manos, no pudieron reaccionar con celeridad. Intentaron coger sus espadas, pero para entonces todos los hombres de Alexar se habían sumado a la lucha.

Arrinconando a sus oponentes contra la pared de la torre, los acadios blandieron sus espadas como poseídos por mil demonios. Dos hombres cayeron dando gritos de la torre, con un ruido sordo al impactar en el suelo frente a la puerta. En unos feroces momentos, los hombres de Alexar despejaron la cima de la torre.

A Alexar le ardían los pulmones al respirar. La carrera escaleras arriba y la furiosa escaramuza le habían dejado sin fuerzas. Tomando su arco de donde lo había dejado caer, Alexar miró hacia la otra torre. Vio que allí los hombres peleaban y distinguió a Tarok, por su cabellera roja, blandiendo su espada. Drakis debía de haberse retirado hasta la cima de la torre y los egipcios debían de estar a punto de acabar con los acadios.

—Preparad los arcos. Detened a esos hombres antes de que acaben con Drakis.

Alexar lanzó la primera flecha, que pasó a un palmo de distancia de la cabeza de Tarok. Dos flechas más cruzaron el breve espacio entre ambas torres, justo cuando Tarok y quienes defendían la torre estaban a punto de ser superados. La siguiente lluvia de flechas detuvo el ataque: cinco hombres disparando al unísono conseguían derribar a dos hombres en la entrada. Los egipcios desaparecieron dentro de la torre.

El rostro de Enkidu apareció por encima de la pared, con la espada ensangrentada en una mano. Gritó algo y Alexar tardó un instante en entender sus palabras.

—Yavtar, lleva a la mitad de tus hombres a la otra torre. Ayúdales.

Yavtar asintió. Sus hombres no tenían arcos y allí no podían hacer nada más.

Alexar se acercó a una esquina de la torre y miró hacia la puerta, justo para ver cómo la última de las barras que la trancaban caía al suelo. Una multitud de hombres se arracimó aterrada contra las puertas y, por un instante, fue el peso de sus cuerpos lo que mantuvo las puertas cerradas.

Alexar saltó sobre el parapeto directamente encima de la puerta. Apoyándose con cuidado, cogió una flecha y apuntó detenidamente. Un egipcio que intentaba hacer retroceder a la multitud fue el primero en caer. Un segundo extranjero lo siguió, y luego otro blandiendo su espada. A tan corta distancia, lanzando hacia abajo a menos de veinte pasos, Alexar casi no podía errar. Estaba de pie, solo, expuesto sobre la puerta, pero ningún arquero se le oponía y continuó disparando, con tanta rapidez que del carcaj al arco el movimiento de las flechas parecía continuo. Y con cada vibración del arco, un hombre moría o caía herido.

Abajo cundió el pánico. Algunos todavía intentaban abrir la puerta, pero otros dieron media vuelta y salieron a la carrera, desesperados por escapar de las mortíferas flechas que les caían. Uno de los hombres de Alexar se le sumó, añadiendo sus flechas a la carnicería. Los cuerpos yacían unos sobre otros, formando una nueva barrera contra cualquiera que intentara abrir las puertas.

Justo cuando preparaba su última flecha, Alexar se dio cuenta de que ya no había contra quién disparar. La turba se había dispersado y escapado.

—Mantén la vigilancia. Mata a quienquiera que intente escapar —ordenó Alexar; luego saltó y se dirigió hacia donde estaban tres arqueros, con los arcos listos, esperando que aparecieran blancos por la puerta frente a ellos. Pero la puerta se mostraba desierta. Un hombre se recostaba contra la pared, sacudiendo una espada enrojecida en su dirección. Alexar tuvo que mirarlo fijamente antes de reconocer la figura ensangrentada de Drakis.

Antes de que Alexar pudiera agitar su arco como respuesta, escuchó un ruido abajo. Moviéndose hacia el borde de la torre, se asomó y vio cómo Bantor y más de veinte soldados trotaban hacia el área descubierta, con los arcos preparados en busca de blancos. Siguiéndolos, un mar de hombres, cientos, dando vivas a Eskkar y agitando cualquier cosa que pudiera usarse como arma, llenaban las calles. Los habitantes de Akkad finalmente se habían unido para apoyar a sus liberadores. El último de los soldados de Korthac dejó caer su arma y se puso de rodillas pidiendo piedad.

Alexar apoyó su arco sobre el parapeto y miró el panorama que se extendía a sus pies. La batalla por las puertas había terminado. Los soldados y el pueblo de Akkad

de nuevo controlaban la ciudad.

## CAPÍTULO 29

**B**antor y diez hombres pasaron al galope por la puerta principal, dirigiéndose hacia el sur. Todos estaban agotados después de una noche sin dormir, pero nadie se quejó. Todos tenían cuentas que ajustar con Ariamus, y Bantor no tuvo problemas en encontrar voluntarios. Cada hombre contaba con un caballo de repuesto y llevaba su arco en bandolera.

Después de que Bantor acabara con la resistencia de la puerta, la ciudad había enloquecido, todos los habitantes salieron a las calles, aclamando y felicitando a sus liberadores y, en general, metiéndose en medio. Perdió casi una hora buscando entre los muertos y heridos que rodeaban las torres, persiguiendo a Ariamus. Bantor incluso habló con los prisioneros, los heridos y los que se habían rendido, y les preguntó por Ariamus, pero nadie sabía el paradero del antiguo capitán de la guardia; éste había desaparecido como un demonio de la noche cuando llega el alba.

Cuando se enteró de que nadie había visto a Ariamus, ni vivo ni muerto, Bantor comprendió que había huido, saltando la muralla. Poco más de una hora después de terminada la última escaramuza, Bantor estaba en el patio de la casa de Eskkar rodeado del pandemónium de los soldados y pobladores emocionados que festejaban la liberación.

—Se dirigirá hacia el sur —afirmó Eskkar, alzando la voz por encima del tumulto—. No querrá arriesgarse a cruzarse con nadie que baje por la ruta del norte, y menos si va con alguno de los egipcios. Querrá cruzar el río lo antes posible. Llévate cuantos hombres necesites y sal en su busca.

—Lo encontraré —dijo Bantor.

Ya había estado reflexionando sobre lo que Ariamus debía estar pensando, y había llegado a la misma conclusión. Moviéndose entre la multitud, Bantor encontró a Klexor sentado en el suelo, con las piernas estiradas, la espalda recostada sobre la pared de la casa y bebiendo vino directamente de la jarra.

—Salimos en busca de Ariamus. Encuentra a nueve hombres que puedan cabalgar y ven a recogerme al establo.

Los ojos de Klexor se abrieron por la sorpresa, pero dejó la jarra. La oportunidad de saldar deudas con Ariamus le hizo olvidar toda idea de descanso y jolgorio.

Bantor maldijo el tiempo perdido en buscar caballos, sacar a los hombres de sus celebraciones y abrirse paso entre las multitudes jubilosas que llenaban las calles.

A pie, Ariamus iría hacia el sur, siguiendo el río. Allí había muchas granjas, y en alguna de ellas habría uno o dos caballos de tiro escondidos. Una vez a caballo, Ariamus desaparecería, cruzando posiblemente el río en dirección oeste. Esperaría



que lo persiguieran, pero tal vez no con tanta premura, y no provistos de monturas de refresco.

Una vez fuera del perímetro de la ciudad, los quedos sonidos del campo los envolvieron. Al principio, Bantor no se preocupó de buscar huellas. Ariamus habría seguido los interminables e interconectados canales, desplazándose más lentamente por las acequias, pero sin dejar un rastro evidente. En cambio, Bantor siguió la ruta principal hacia el sur durante un kilómetro y medio, hasta que las granjas comenzaron a espaciarse, antes de dirigirse con sus hombres hacia el río.

Bantor espació a sus hombres por la vera del río, en busca de huellas, mientras se dirigían hacia el sur, tomando el río como límite y examinando el terreno tratando de hallar cualquier señal que revelara a un grupo de hombres entrando en el río. Detuvo a cuanto confuso y asustado granjero se cruzó en su camino. ¿Alguien había visto a algún fugitivo escapando de Akkad? ¿Alguien había perdido sus caballos? Nadie había visto a un grupo de hombres a pie, pero todos los granjeros querían saber qué había sucedido en Akkad. Salvo por el breve anuncio del regreso de Eskkar, Bantor se negó a responder cualquier pregunta sobre lo que había sucedido con Korthac y sus hombres. Todo llevaba su tiempo, y Bantor se volvía más y más impaciente, mientras buscaba con sus hombres rastros por las rutas más probables.

—¡Bantor! Por aquí —gritó Klexor. Su grito resonó por el medio kilómetro de campos de trigo y centeno que los separaba. Bantor dio media vuelta con su caballo, lo azuzó y emprendió el galope entre los sembrados hasta que se unió a su lugarteniente en la cima de una colina.

Para entonces ya habían recorrido unos cinco kilómetros desde Akkad. Un poco más adelante, una granja de buen tamaño se erguía entre un grupo de palmeras, cerca de un ancho canal que llevaba agua desde el río. Pequeñas columnas de humo se elevaban desde tres de las estructuras. Bantor vio que a una de ellas le faltaba el tejado y adivinó lo que había sucedido.

Hizo una seña con su arco para indicarles el camino a sus hombres. Con precaución, convergieron en la granja, con las armas dispuestas; Bantor no quería que volvieran a tenderle una emboscada. Al acercarse, Bantor vio las huellas de un grupo de hombres por primera vez; el barro húmedo mostraba que habían salido del canal. Se acercaron a la granja, pero no vieron a nadie, ni granjero, ni esposa, ni niños, ni siquiera perros.

Con los arcos tensos y las flechas preparadas, cubrieron los últimos cien pasos, y se detuvieron al encontrar el primer cadáver. Era un muchacho joven, una flecha le brotaba de la espalda, caído cuando intentaba huir por los sembrados. Entonces Bantor supo que la granja estaría desierta, a excepción de los muertos. Envío a sus hombres a recorrer los alrededores de la granja en busca de huellas.

—Por aquí..., de hombres y caballos que se dirigen hacia el sur, capitán. —

Klexor desmontó, puso una rodilla en tierra y estudió el suelo con atención—. Parece que son ocho o diez hombres, pero sólo veo las huellas de dos caballos.

—¿Hace cuánto tiempo?

—No mucho. Tal vez una hora. Menos de dos. Se están moviendo deprisa, siguiendo a los caballos.

Bantor pensó en lo sucedido. El rastro de los caballos iba hacia el suroeste, alejándose un poco del río. Eso quería decir que Ariamus conducía a sus hombres. Sólo él sería lo suficientemente listo para alejarlos del río, sabedor de que era posible que hubieran enviado botes hacia el sur y el norte, para prevenir de lo sucedido en Akkad y para alertar a todos los villorrios para que persiguieran a cualquier fugitivo. Así pues, Ariamus estaría montando uno de los caballos, al mando del grupo de fugitivos; si había algún egipcio entre ellos, necesitarían a alguien que conociera los alrededores.

—Sigue el rastro, Klexor —dijo Bantor.

Dieron de beber a sus monturas en el canal y luego continuaron la persecución siguiendo las huellas recientes. Esos renegados, desesperados por caballos, comida y armas, matarían a cualquiera que se cruzara en su camino. Si conseguían más caballos, el grupo se dispersaría y Ariamus podría escapar.

Bantor se lanzó a un trote veloz, sus hombres desplegados, con un claro rastro que seguir. El sol recorría el firmamento mientras la mañana se preparaba para dar paso al mediodía. Forzaron la marcha de sus caballos, cambiando con frecuencia sus monturas, pero siempre estudiando el terreno para asegurarse de no caer en una emboscada. Las huellas eran cada vez más recientes. Bantor alzó la vista al sol. Los alcanzarían promediada la tarde, pensó.

—Aquí hay huellas frescas —dijo Klexor, deteniendo a los hombres y desmontando para examinarlas. Sus dedos marcaron el contorno de una pezuña en la tierra y sintió cómo la tierra se endurecía con esa forma—. No están mucho más adelante.

Siguieron avanzando; había menos granjas a medida que se alejaban del río. La tierra era más oscura, los pastos más escasos, con más piedras y canales que los retrasaban. Pero las huellas de pezuñas y pisadas se volvían más frescas a cada paso, y Klexor ya no necesitaba desmontar para interpretarlas. Cabalgaron hasta que los caballos necesitaron recambio y descansaron mientras Bantor hablaba con sus hombres.

—Cuando los alcancemos, yo iré con Naram-tanni en persecución de Ariamus y quienquiera que tenga el otro caballo. —Naram-tanni era un excelente arquero. Bantor creyó que ésa sería toda la ayuda que necesitaría—. Klexor, tú te encargas del resto de los hombres. Mata a todos los egipcios.

No mucho después, Bantor y sus soldados llegaron a la cima de una colina y

divisaron a sus enemigos a más de un kilómetro y medio de distancia; caminaban con las cabezas gachas por la fatiga, unos cien pasos detrás de los dos jinetes. Bantor resopló satisfecho. Mantuvo el paso constante, sin forzar a los caballos, esperando hasta que se dieran cuenta de su presencia y utilizando ese tiempo para examinar la situación. Hasta donde podía ver, sólo dos de los fugitivos llevaban arcos, y ambos iban a pie.

Los acadios acortaron la distancia a poco más de un kilómetro antes de que nadie se diera la vuelta y los viera. Los fugitivos se echaron a correr, mientras que los dos jinetes, después de observar por un momento, salieron al galope.

Bantor mantuvo a sus hombres al trote y, por un momento, la distancia entre los dos grupos se incrementó. Pero los hombres a pie no podían mantener ese ritmo y el grupo comenzó a disminuir su velocidad, con los hombres más débiles rezagados respecto a los más resistentes. Bantor estaba satisfecho. Había aprendido de Eskkar esa táctica de los guerreros de Alur Meriki. Si hubiera atacado enseguida a los hombres, se habrían agrupado para resistir. En cambio, si pensaban que podían escapar, seguirían corriendo, agotándose al mismo tiempo que se asustaban cada vez más.

Los hombres de Bantor se desplegaron en una amplia línea de unos cien pasos de ancho. El más rezagado de los fugitivos tropezó y cayó. Se puso de pie y continuó tambaleándose, pero sin poder mantener el ritmo. Se volvió hacia sus atacantes, espada en mano.

Los jinetes de Bantor se aproximaron. Sus grandes arcos no podían ser usados con eficacia desde las monturas, pero aun así podían dispararlos, aunque sin tensarlos por completo y sin poder apuntar con exactitud. Sin embargo, a tan poca distancia eso no importaba. Una lluvia de flechas partió hacia el hombre de Korthac, que cayó con el cuerpo erizado de flechas.

Otro rezagado murió de la misma manera. En ese momento los egipcios se dieron cuenta de que no podían escapar. Los últimos seis se detuvieron y se volvieron para enfrentarse a sus enemigos.

—¡Acaba con ellos, Klexor! —gritó Bantor. Después, con Naram-tanni, cada uno con un caballo de repuesto, trazaron una curva alrededor de los fugitivos y siguieron al galope.

Puesto que dos de los egipcios llevaban arcos, Klexor decidió no correr riesgos. Dio nuevas órdenes, la línea de acadios se compactó, y desmontaron a unos cien pasos de los egipcios. Tres de los hombres de Klexor se ocuparon de los caballos y los controlaron, mientras que el resto comenzó a disparar.

Los egipcios, agotados de correr durante todo el día y no acostumbrados a los arcos pesados, no acertaban con la distancia. Un arquero enemigo cayó con la primera lluvia de flechas. Otro tomó el arma del caído, pero los cinco arqueros de

Klexor lanzaban una andanada tras otra contra ellos. Ambos arqueros enemigos cayeron derribados a la tercera ráfaga. La siguiente derribó a otros dos. Un egipcio se suicidó, dejándose caer sobre su espada antes que ser capturado. Los últimos tres, uno de ellos herido, se lanzaron contra sus atacantes y murieron: las flechas los alcanzaron mucho antes de que pudieran acortar la distancia.

Bantor y Naram-tanni se desentendieron de la pelea que se desarrollaba a sus espaldas. Siguieron avanzando, a galope tendido, tras los dos jinetes, ahora casi fuera del alcance de la vista. La distancia comenzó a acortarse. Los caballos de Bantor podían no estar tan descansados como los de Ariamus, pero las mejores monturas siempre terminaban en Akkad, y esos animales demostraron ser de mejor calidad que los robados. Cuando el caballo de Bantor comenzó a cansarse, lo hizo avanzar al paso y se pasó al segundo animal sin desmontar; entonces abandonó al caballo cansado para que lo recuperaran los hombres de Klexor y se lanzó al galope.

La distancia se había acortado a menos de trescientos pasos cuando uno de los caballos de los fugitivos tropezó y cayó a tierra. El jinete, distraído mirando a sus perseguidores, también cayó, golpeándose. Bantor vio la oscura piel del hombre y salió al galope.

—Mata al egipcio, Naram-tanni —dijo Bantor mientras pasaba al jinete caído y galopaba en persecución de Ariamus.

Naram-tanni detuvo su caballo a unos cien pasos de distancia, preparó una flecha y esperó, observando la situación. El egipcio parecía capaz y estar preparado, y Naram-tanni no quería desperdiciar flechas en un blanco esquivo. Decidió esperar: Klexor y el resto de los hombres llegarían pronto.

El egipcio desenvainó su espada y esperó, aguardando a que Naram-tanni avanzara. Pasados unos instantes, se dio cuenta de que el jinete no lo atacaba. De repente salió a la carrera, dirigiéndose directamente hacia el arquero que iba acaballo.

Antes de que el egipcio pudiera franquear la mitad de la distancia que los separaba, Naram-tanni dio media vuelta con su caballo y se alejó al trote, mirando para asegurarse de que se mantenía a distancia de él.

Agotado por la carrera, el egipcio se detuvo y esperó. Naram-tanni acercó su caballo hasta que la distancia fue nuevamente de cien pasos. Se detuvo y lo observó. Naram-tanni tenía tiempo de sobra, y el egipcio no iba a marcharse. Un sonido de los cascos se escuchó en la pradera y Klexor y otros dos hombres se acercaron, cada uno con un caballo de relevo.

—Los otros bandidos están todos muertos —dijo Klexor cuando llegó junto a Naram-tanni—. Cojamos a éste con vida.

—No creo que vaya a entregar su espada —dijo Naram-tanni.

—Hiérello —ordenó Klexor, al tiempo que preparaba su arco—. Eso le hará cambiar de opinión.

Algo dubitativo, Naram-tanni desmontó. Le dio las riendas a Klexor y comenzó a avanzar.

El egipcio, decidido a vender cara su vida, volvió a atacar alzando su espada y gritando algo incomprensible.

Naram-tanni esperó hasta que el hombre estuvo a una docena de pasos antes de disparar. Su flecha buscó las piernas del hombre, pero el egipcio dio un salto al costado y el dardo pasó silbando. Sin embargo, sin dejarle que pudiera recuperar el paso, partió una flecha de Klexor, lanzada antes de que el egipcio pudiera acortar la distancia que lo separaba de Naram-tanni.

Herido en la pierna, el egipcio cayó. Se esforzó por ponerse en pie, pero la pierna no le respondió. Antes de que pudiera recuperarse, Naram-tanni, espada en mano, se le acercó. Con un golpe salvaje, Naram-tanni arrancó el arma de manos del egipcio.

Con la espada de Naram-tanni directamente sobre su pecho, el hombre, agotado y herido, se rindió. Naram-tanni mantuvo inmóvil al prisionero hasta que llegó Klexor.

—¿Cómo te llamas, egipcio? —Klexor puso su espada en la garganta del hombre, mientras Naram-tanni envainaba su arma, tomaba las riendas y se acercaba al prisionero. Empujó al egipcio y comenzó a atarle las manos por delante.

—Te he preguntado que cómo te llamas —repitió Klexor, presionando la espada contra el pecho del hombre lo suficiente para que sangrara y se le aflojara la lengua.

—Hathor, jefe de una treintena al servicio de Korthac.

—Hablas bien nuestra lengua, perro egipcio —dijo Klexor felicitándolo—. Y pronto habrás de ver a Korthac.

—¿Korthac está vivo? Pensábamos...

—Ah, está vivo. El señor Eskkar le partió la nariz, lo dejó medio ciego y le quebró una pierna. —Klexor rió cuando vio que el prisionero no le creía—. Él solo. Pelearon de hombre a hombre en las estancias superiores. A tu Korthac no le fue bien en la contienda.

Por primera vez, Klexor vio la derrota en el rostro del egipcio. Para entonces, el resto de los hombres los habían alcanzado.

—Sácale la flecha de la pierna y véndalo. Después móntalo a caballo. Puede que Eskkar quiera hablar con él. Así que asegúrate de que permanezca con vida.

Tomando su arco, Naram-tanni montó a caballo.

—Iré tras Bantor. Puede que necesite ayuda.

Klexor sonrió.

—Espérame.

\*\*\*

Bantor avanzó sin pausa, observando cuidadosamente el terreno que tenía delante. Un

mal paso, una pierna quebrada, y Ariamus podía escapar. La distancia ahora se acortó rápidamente, y el cansado caballo de Ariamus tropezaba con más y más frecuencia. Bantor vio que Ariamus miraba hacia atrás cada pocos pasos.

Cuando la distancia se acortó a menos de cien pasos, Ariamus se dio por vencido. Detuvo su agotado caballo y desenvainó su espada.

—Bien, ¿dónde está Eskkar? —gritó—. ¿Tenía miedo de enfrentarse conmigo? ¿O lo ha matado el egipcio?

A veinte pasos, Bantor detuvo su caballo y también desenvainó su espada; observó el vendaje ensangrentado en el brazo izquierdo de Ariamus.

—Eskkar está bien y te envía saludos. Me ha pedido que te llevara con vida, pero creo que preferiré matarte yo mismo.

—Aquí estoy, Bantor, esperándote. ¿O también tienes miedo? Ni siquiera tu esposa tenía miedo. Ella se puso de rodillas rápidamente, suplicante.

—Tu caballo está acabado, Ariamus. Lucharé contigo a pie. Si ganas, puedes quedarte con mi caballo antes de que lleguen mis hombres. En caso contrario, esperaré y te derribaremos como a un chacal, a flechazos.

Ariamus miró a su alrededor. No le gustaba la oferta, pero no tenía elección. Los hombres de Bantor no podían estar muy lejos. Se bajó del caballo. En un arranque de furia, Ariamus golpeó al sudado animal con la parte plana de su espada, y el sorprendido animal se alejó unos pasos antes de volver a detenerse, con las patas separadas y resoplando por la nariz.

Bantor dejó caer el arco y desmontó. Soltó las riendas y se acercó hasta el antiguo capitán de la guardia.

—Eres aún más estúpido que Eskkar —dijo Ariamus, mostrando los dientes en una sonrisa feroz—. No hubo día en el que pudieras derrotarme con una espada. — Con un grito de furia, Ariamus acortó la distancia blandiéndola en alto para engañarlo, para luego bajar el filo hacia las piernas de Bantor.

Bantor dio un paso hacia un lado, dejando que la espada de Ariamus pasara a un palmo de distancia, y respondió con un golpe.

El impacto del bronce contra el bronce se oyó por la pradera, asustando a una bandada de pájaros, que salió volando. Ariamus peleaba con la desesperación de un animal herido que intenta escapar de una trampa, decidido a deshacerse de su oponente; sabía que el resto de los hombres de Bantor estaban cerca. Si no hubiera estado herido, podría haberle ido mejor, pero Bantor detuvo cada golpe: conocía todos los trucos. Como todos los lugartenientes acadios en el asedio había practicado con Eskkar y otros guerreros durante meses.

En el momento en que se dio cuenta de que Ariamus se cansaba, Bantor lanzó una estocada abierta, lo que dejaba una apertura para su oponente. Pero cuando la otra espada brilló en dirección a su estómago, Bantor se hizo a un lado y golpeó,

apuntando no al cuerpo de su enemigo, sino a su brazo armado.

Con un borbollón de sangre, el filo se hundió en el hueso del antebrazo. Ariamus gritó, y el arma cayó de sus dedos imposibilitados. Bantor no se detuvo. Otro golpe hirió a Ariamus en la rodilla, haciéndolo caer. Un mazazo sobre la clavícula se la destrozó. Luego una estocada baja al lado derecho le perforó el pulmón. Ariamus, sangrando por la boca, cayó de espaldas, los ojos desorbitados, incapaz, siquiera, de gritar de dolor.

De pie sobre su oponente, Bantor le escupió en el rostro. Apartó su espada y cogió la de Ariamus.

—Esto es por Annok-sur. Y por mí. —Cogiendo la empuñadura con ambas manos, Bantor alzó el arma y luego la dejó caer con todas sus fuerzas, hundiendo la punta en el bajo vientre del hombre, atravesándolo y clavándola en tierra. Esto hizo que Ariamus lanzara un prolongado grito que se repitió como un eco por la desierta campiña.

Bantor dejó la espada y observó mientras el antiguo capitán de la guardia de la villa de Orak moría desangrándose, retorciéndose de agonía, aferrándose a su propia espada con las manos cubiertas de sangre.

## CAPÍTULO 30

**E**skkar pasó la primera parte de la mañana asegurándose de que su cuartel general estuviera preparado contra cualquier posible ataque. Cuando se sintió confiado de que tanto la casa como Trella estarían a salvo, se dirigió a los barracones, donde visitó a los heridos y comprobó que los soldados hubieran recuperado el control de las armas. Después emprendió un rápido recorrido por la ciudad, antes de regresar al patio de su casa. Para entonces era evidente que toda resistencia se había desmoronado. Eskkar estableció un centro de mando para dirigir a los soldados y a los pobladores que solicitaban su atención.

Todos alegaban una urgente necesidad de verlo y, en aquellas circunstancias, Eskkar no contaba con nadie para discernir entre lo trivial y lo más urgente. Bantor había partido para capturar a Ariamus a media mañana, y sólo los dioses sabían cuándo estaría de regreso. Gatus llegó con intención de ayudar, pero todavía no se había recuperado por completo de su herida. Eso dejaba a Alexar como el único oficial aún en pie. Eskkar lo ascendió a lugarteniente y le ordenó hacerse cargo de las puertas.

Los tres pasaron la mañana organizando a los soldados, entregando armas a los guardias de los nobles, estableciendo patrullas y dirigiendo la búsqueda de lo que quedara de las fuerzas de Korthac. Por fortuna, los establos y los caballos habían guardado intactos, y pronto Alexar formó patrullas a caballo para recorrer los alrededores en busca de quienes habían escapado saltando la muralla. Finalmente las cosas se tranquilizaron lo suficiente para que Eskkar pudiera retirarse. Una hora antes del mediodía, dejó a Gatus al mando y subió las escaleras hasta su habitación.

De pie junto al marco de la puerta del dormitorio, vio a Trella y a Annok-sur tumbadas una al lado de la otra en la cama, ambas dormidas. Trella estaba pálida por la pérdida de sangre. La herida de Korthac y el esfuerzo del parto habían agotado su cuerpo. La mayoría de los sirvientes de Trella habían regresado, incluyendo los que habían sido expulsados por Korthac. Ya habían reemplazado los muebles rotos y cambiado las sábanas ensangrentadas por otras limpias. El cuarto lucía casi igual que el día en que Eskkar partió hacia el norte. Excepto por la cuna.

Había visitado el dormitorio varias veces, brevemente, para asegurarse de que Trella estuviera bien y para cerciorarse de que ella y Annok-sur tuvieran todo lo que necesitaban. En una de sus últimas visitas Trella le había cogido la mano. Había intentado hablar, pero él sabía que necesitaba descansar, así que simplemente le apretó la mano y le dijo que durmiera.

Eskkar observó otra vez el dormitorio y vio a una mujer desconocida con un gran



hematoma en la mejilla, sentada junto a la cuna, meciéndola gentilmente, con los ojos fijos en el niño. Se puso de pie y se acercó a él, haciéndole señas de que lo siguiera fuera del cuarto.

—Su mujer necesita descanso, señor Eskkar —le susurró—. El bebé tenía que comer, y sus llantos la han despertado. Ahora ambos necesitan descansar.

Por primera vez Eskkar se dio cuenta de lo silenciosa que estaba la casa. Incluso los soldados en el patio mantenían la voz baja para no molestar a su esposa.

—¿Quién eres?

—Me llamo Drusala. Fui la partera de la señora Trella. —Volvió a entrar en el dormitorio, cogió la cuna y regresó, sosteniéndola en ambos brazos y girándola para que él pudiera ver el rostro del niño—. Éste es vuestro hijo. Nació anoche, pocas horas después de medianoche.

Eskkar miró fascinado a la pequeña criatura, que tenía los ojos cerrados y el rostro todavía enrojecido de llorar. Eskkar casi no había tenido tiempo de mirarlo desde que entregara el bebé a Trella después de la pelea. Esta vez vio no a un infante, sino a su hijo, el heredero que Trella le había prometido meses antes.

—¿Ha elegido un nombre, señor?

Eskkar contestó sin dudarle:

—Sargón. Su nombre es Sargón de Akkad.

Eskkar y Trella habían elegido el nombre meses antes; de hecho, el mismo día en que Alur Meriki se retiró. Ahora miró maravillado al heredero que uniría a la ciudad de un modo que ni siquiera Eskkar y Trella, ambos extranjeros en Akkad, podían hacerlo. Su hijo sería parte del futuro, llevaría el linaje de Eskkar a lo largo de los siglos.

—El niño... parece tan pequeño. —Eskkar tocó los dedos de la criatura, sorprendido de su delicadeza.

—El bebé... Sargón nació antes de lo que esperábamos. Por eso es tan pequeño. Pero es saludable y creo que se hará tan alto y fuerte como su padre.

—¿El parto... fue difícil, Drusala? Quiero decir, ¿sufrió mucho Trella?

—La presencia de Korthac hizo que... Él se quejaba de los ruidos. La amenazó..., dijo que...

—Ya no amenazará a nadie, Drusala —dijo Eskkar—. ¿Hay algo que necesites, cualquier cosa?

—No, señor. Me quedaré a cuidar de su hijo. La señora Trella tendrá que alimentar pronto a Sargón. Habrá que encontrar a una nodriza. El nacimiento prematuro nos tomó por sorpresa y no tuvimos tiempo de buscar una. Por ahora, lo mejor es dejar que la señora Trella duerma todo lo que pueda.

La mención del nombre de Korthac le recordó a Eskkar que lo tenía prisionero.

—Mantén sano a mi hijo, Drusala.

Con suavidad, volvió a acariciar la mejilla del bebé. Un extraño sentimiento lo sobrecogió, como si los dioses hubieran elegido ese momento para crear un lazo entre el niño y su padre. Eskkar se vio sonriendo.

—Avísame cuando Trella despierte.

Salió del cuarto, bajó las escaleras y cruzó el patio hacia la otra edificación, más pequeña. Tres soldados custodiaban el cuarto que albergaba a Korthac. Se hicieron a un lado cuando Eskkar entró. Miró a la figura tirada en el suelo. El sol no alumbraba demasiado ese cuarto de techo bajo, pero vio que la sangre todavía cubría el rostro del egipcio. Le habían atado las manos a la espalda.

Eskkar pensó en hacer arrastrar al hombre afuera, pero no quería otro espectáculo.

—Traed una antorcha —ordenó. Encontró un taburete y lo colocó junto a Korthac, mientras examinaba al hombre que casi lo mata. Un soldado regresó con una antorcha y se la entregó a Eskkar.

—Déjanos, y corre la cortina.

Cuando estuvieron solos, Eskkar bajó la antorcha y usó su luz para examinar el rostro del prisionero. Korthac le devolvió la mirada, usando su ojo sano. La sangre le tapaba el otro, el que Eskkar había golpeado en la pelea. Korthac se esforzaba por respirar, debido a la nariz rota. Su labio inferior estaba hinchado y partido, y entrecerró el ojo ante la luz de la antorcha.

—¿Tú eres Eskkar?

—Sí, Korthac. Soy el hombre cuya mujer intentaste robar.

—Eskkar ha regresado. —Korthac trató de reír, pero el sonido se volvió una tos dolorosa, y le llevó varios segundos detenerla—. Peleas bien... para ser un bárbaro ignorante. Y deberías haber muerto bajo mi puñal. Nunca había sido derrotado en un combate. Tu esclava te ha salvado.

Las palabras surgieron lentas, cada una pronunciada con cuidado. Incluso en medio del dolor, su voz era melodiosa, con apenas el dejo de un leve acento.

—Tal vez —dijo Eskkar—, pero recuerdo que te perseguí hacia el dormitorio e intentaste cerrar la puerta entre ambos.

Korthac sonrió ante el recuerdo.

—Has empleado bien tu espada larga. ¿Alguna vez has perdido una pelea, bárbaro?

—Sólo una vez, que recuerde —respondió Eskkar—. Pero la fortuna me favoreció y sobreviví.

—Deberías haber muerto en Bisitun. —Esta vez la voz de Korthac tenía un dejo de amargura que no pudo ocultar.

—Sí, tus asesinos perdieron allí una buena oportunidad.

—Eso veo. Debes contarme qué sucedió. Se suponía que tenían que avisarme, aunque fracasaran. Ariamus juró que te matarían, pero... Me lo habías puesto todo

muy sencillo. Dividiste tus fuerzas mientras disfrutabas de tus placeres en el norte. Un niño podría haber ocupado tu ciudad.

Eskkar sintió una punzada de furia ante lo certero del comentario. Todos sabían de su concubina en Bisitun.

—Rebba me ha contado muchas cosas de ti, egipcio. Trella está ahora dormida, pero cuando se despierte me enteraré del resto.

La antorcha chispeó y Eskkar la apartó del rostro de Korthac.

—La mayoría de tus hombres han muerto o están prisioneros. Sólo Ariamus ha escapado, con un puñado de hombres, pero Bantor lo perseguirá y atrapará pronto. En unos días, la ciudad quedará limpia de tu recuerdo.

—Akkad será algún día una gran ciudad. Valía la pena arriesgarse.

—Si eso fuera lo único entre nosotros, te mataría con rapidez. Pero aterrorizaste a Trella e incluso amenazaste a mi hijo. Por eso te torturaré. Mañana será tu último día. Estarás débil por tus heridas y sufrirás mucho.

—No recibirás satisfacción alguna por torturarme. —Korthac se esforzó por mantener la voz firme y sus palabras tranquilas—. Tu esposa-esclava y su cachorro fueron míos. Ella se arrodilló ante mí... pidiéndome clemencia. Sólo lamento no haberla matado cuando tuve la oportunidad.

Eskkar estiró el pie y dio una patada a la pierna rota de Korthac. El herido no pudo evitar que se le escapara un gemido de dolor.

—Creo, Korthac, que deberías haberte quedado en Egipto.

—No serás señor durante mucho tiempo, bárbaro. No eres lo suficientemente listo, ni siquiera con tu esclava susurrándote al oído.

Las palabras flotaron en el aire como una profecía y Eskkar sintió que lo recorría un escalofrío. Se tomó su tiempo para pensar en ellas. Sabía que Korthac seguía luchando, que seguía buscando cualquier manera de herir a su captor. Eso lo volvía un oponente digno que peleaba hasta su último aliento, buscando preocupar a su enemigo.

—Tal vez lo que dices haya de suceder. Pero Trella dice que aprendo de mis errores, y la gente de Akkad también ha aprendido algo. Seremos más cuidadosos en el futuro. —Eskkar se puso de pie y apartó el taburete. Se detuvo en la entrada y, volviéndose a su prisionero, dijo—: Sé una cosa, Korthac. Mi hijo será señor cuando yo muera. Lo han prometido los dioses. Piensa en eso cuando te torturen.

Fuera, Alexar y un puñado de hombres aguardaban, curiosos, sin duda preguntándose lo que habría sucedido en el interior. Eskkar hundió la antorcha en la tierra para apagarla y luego entregó el madero humeante al hombre más cercano.

—Vigíladlo con atención. Nadie ha de visitarlo ni herirlo. Que dos hombres permanezcan a su lado todo el tiempo. No debe suicidarse. Lo queremos vivo, para que podamos torturarlo mañana. Dadle toda el agua que quiera y algunos sorbos de

vino. También comida, si la quiere. No quiero que pierda el conocimiento rápidamente.

—Lo vigilarémos, no te preocupes —dijo Alexar.

Eskkar fue hasta el pozo, al fondo de la casa; sacó un cubo con agua y se lavó las manos y el rostro. Para cuando hubo terminado, un sirviente se le acercó llevando una túnica limpia. Un soldado le sacó más agua y Eskkar se lavó el resto del cuerpo, tomándose su tiempo y limpiándose los últimos restos de sangre y tierra.

Sintiéndose refrescado, y vistiendo por primera vez en días una túnica limpia, Eskkar regresó al cuarto de trabajo y se sentó: la primera oportunidad que había tenido de descansar desde que dejara la granja de Rebba. Casi no había dormido desde su partida de Bisitun. Los sirvientes habían dejado jarras con vino y agua sobre la mesa, además de pan del día anterior. Nadie en Akkad había pensado ni tenido tiempo para hornear nada esa mañana. Eskkar mojó el pan en su copa de vino antes de comerlo, pero sólo bebió agua para acompañarlo. Con demasiado vino no le sería útil a nadie.

Durante las primeras horas después de terminada la batalla, todos querían hablar, pedir o aconsejar a Eskkar. Pero tan pronto como supo que Akkad estaba recuperada, se negó a hablar con nadie. Ordenó a Gatus y Alexar que mantuvieran a todos —excepto a los lugartenientes, los sanadores y los sirvientes— alejados de las habitaciones superiores. Una docena de guardias del clan del Halcón, liberados de los cuarteles y todavía débiles por lo sufrido, montaban guardia en la casa, dirigidos por Mitrac, cuyas flechas habían acabado con los últimos enemigos en Akkad una hora después de la salida del sol.

Con el estómago algo lleno, Eskkar se sintió más relajado. Era bueno sentarse y descansar. Oyó pasos en las escaleras y Gatus apareció renqueando y cerró la puerta tras de sí. Tomó asiento en la silla frente a Eskkar. Una venda limpia le cubría el cuerpo por encima del cinturón.

—¿Cómo están? —Mantuvo la voz baja, señalando la cabeza en dirección al dormitorio.

—Bien. Ambas duermen, al igual que el niño.

—Gracias a los dioses, Eskkar. —Gatus mantuvo la voz baja, aunque la puerta estaba cerrada—. Quise ayudarla, pero... ni siquiera pude mandarle aviso.

—No había nada que pudieras hacer.

El viejo soldado tomó una jarra con las manos algo temblorosas, la llenó de vino y bebió un sorbo.

—Si no fuera por Tammuz y su mujer, habría muerto dos veces. Ahora ambos tenemos una deuda con él.

—¿Su mujer? —Recordaba haber visto a Tammuz y a una muchacha poco antes fuera de la casa.

Gatus rió.

—¿Recuerdas a la joven esclava que Trella rescató, la que estaba medio muerta por los golpes? Ella le entregó esa muchacha a Tammuz. Deberías haber visto el rostro de él. Estaba más asustado de ella que de tres bárbaros. Que yo sepa, la chica ha matado al menos a un bandido; tal vez dos. Tammuz ha matado a varios en medio del alboroto.

—Tendré que agradecersele, entonces. Hay tantos a quienes darles las gracias... A ti, especialmente. Después a Drakis, Annok-sur, incluso Rebba, todos habéis arriesgado vuestras vidas.

Gatus desoyó el elogio.

—Yo no. Todo lo que he hecho ha sido esconderme, y después matar a algunos forajidos en la confusión. Para cuando he llegado a los barracones, Klexor ya había acabado con la mayoría de los egipcios. El resto se rindió. —Suspiró—. En cualquier caso, he organizado un puesto de mando en los barracones. Allí está Corio, trabajando con Rebba y con los nobles que han sobrevivido. Están buscando a los que colaboraron con Korthac y encerrándolos en la misma prisión en la que el egipcio tuvo a nuestros hombres. ¿Qué harás con ellos?

Eskkar se encogió de hombros. Más tarde se ocuparía de los traidores, cuando se hubiera restablecido el orden y reunido el concejo.

—Cuando Trella se recupere, ella decidirá quién debe ser castigado. ¿Cómo está Nicar?

—Recibió un fuerte golpe de Ariamus, pero ya está en su casa, llevado allí por sus amigos y familiares. Estará bien en unos días.

—¿Qué más? —A Eskkar le dolían las piernas de cansancio. Sentía los ojos pesados, y la necesidad de dormir se le vino encima como una ola.

—Ha habido por lo menos una docena de asesinatos desde que ha terminado la pelea; la gente está vengándose de los que apoyaban a Korthac.

—Era de esperar, supongo —dijo Eskkar—. ¿Alguien por quien deba preocuparme?

—No, realmente..., pero he reconocido a uno de los muertos. Un curtidor de cueros que fue el antiguo dueño de la nueva esclava de Tammuz. El viejo Kuri encontró el cuerpo, por lo que parece.

Eskkar se encogió de hombros. Nadie se preocuparía por un curtidor borracho y poco querido.

—Drakis ha perdido casi todos sus hombres —continuó Gatus—. Ha sido herido varias veces, pero tomó y defendió la torre a pesar de ser sobrepasado en número. Ha soportado lo peor de la batalla, pero gracias a él Bantor ha matado a la mayoría de los hombres de Korthac y he capturado al resto. En ningún momento pudieron abrir la puerta y el lugar estaba sembrado de cadáveres.

—¿Drakis vivirá?

—Eso dice Ventor. Y Grond está descansando abajo. Tardará unas semanas en recuperarse. Ese hombre está hecho de bronce.

—No sólo me salvó la vida, también se las ingenió para que entráramos en la casa, Gatus.

—Tendrás que subirle el salario otra vez, supongo.

Eskkar sonrió por un momento mientras bebía agua y volvía a llenarse la copa.

—Le he dicho a Alexar que se ocupara de las cosas aquí. Está organizando patrullas de reconocimiento, en busca de los seguidores de Korthac.

Gatus sacudió la cabeza, admirado.

—¡Ni un rasguño ha sufrido! Peleó en ambas batallas, mató a por lo menos una docena de hombres y ni siquiera se ha ensuciado la túnica.

—¿Has conocido a Yavtar? Le di algunos hombres y le dije que vigilara los embarcaderos y que se asegurara de que ningún bote saliera de Akkad.

—Sí, él también peleó en la puerta principal. Les he dado la misma orden a quienes custodian la puerta. Nadie puede irse hasta que hayamos capturado a todos los hombres de Korthac y a los traidores. Tengo hombres patrullando las murallas en busca de cualquiera que intente escapar.

Cientos de furiosos acadios deseosos de venganza se habían sumado a la búsqueda del resto de los hombres de Korthac. Los egipcios, reconocibles por su piel más oscura, fueron fáciles de hallar. Algunos de los hombres que Ariamus había traído consigo a la ciudad todavía seguían ocultos. Juntos, soldados y ciudadanos buscaron casa por casa y, uno a uno, fueron reuniendo a los bandidos que habían aterrorizado Akkad.

—Bien. Cuando Bantor regrese, podremos patrullar los alrededores de la ciudad.

—Los soldados buscaron a Ariamus en Akkad, pero nadie vio al sucio traidor. Su cuerpo no estaba entre los muertos. Finalmente un muchacho dijo que había visto a Ariamus escapar junto a algunos egipcios por el muro sur.

Eskkar bostezó.

—El furor de la batalla se ha adueñado de Bantor. No regresará hasta que encuentre a Ariamus. Le he dicho que si podía lo trajera vivo.

Gatus se terminó el vino y cogió un trozo de pan.

—Bantor peleó bien. ¿Crees que atrapará a Ariamus? Para esconderse, ese hombre es como una serpiente en un pantano.

—No harías esa pregunta si hubieras visto a Bantor.

—Me sentiría feliz si pudiera orinar sobre su cuerpo —dijo Gatus—. Ariamus se paseó por Akkad satisfecho de sí mismo como un mercader rico con tres esposas gordas. —Gatus se inclinó hacia la mesa—. Se te están cerrando los ojos. ¿Por qué no duermes un poco? Sustituiré a Alexar y mantendré la guardia en el piso inferior.

Antes de que Eskkar pudiera protestar, Gatus se puso en camino, cerrando la puerta de la habitación superior al salir. Eskkar intentó terminarse el pan, pero no tenía apetito. Sus pensamientos se dispersaron, así que apoyó la cabeza sobre los brazos y cerró los ojos para descansar un rato.

En unos momentos cayó en un profundo sueño. Tan profundo que no escuchó a los sirvientes entrando y saliendo del cuarto, ni a su hijo despertarse y llorar para que le dieran de comer.

Al despertar, tenía el cuello y los brazos entumecidos, y la espalda le dolía cuando se enderezó. Sentía la garganta seca y vació su copa de agua, para luego estirar los brazos hasta que desapareció el entumecimiento. Ya descansado, una ojeada a la ventana le anunció que había dormido más de una hora. La puerta del dormitorio estaba abierta; escuchó la voz de Trella. La silla hizo ruido cuando se levantó, y en ese momento apareció Drusala.

—La señora Trella le llama, señor Eskkar. ¿Puede ir a verla?

Trella, con la cabeza recostada sobre un almohadón, sonrió al verlo acercarse. Annok-sur se había ido. Sargón descansaba en brazos de Trella, que lo amamantaba, y ella tenía vendado el costado. Drusala salió de la habitación, para dejarlos solos.

—¿Has visto a tu hijo, Eskkar? —Su voz se escuchaba más fuerte; ella extendió una mano.

Él se sentó al borde de la cama, intentando no molestar a la criatura.

—Sí. La partera me contó el parto, y lo que has sufrido. ¿Te encuentras bien? —Él le cogió la mano.

—Ventor y Drusala dicen que me recuperaré. Ahora que tú y Sargón estáis aquí, se me está yendo el dolor.

—Trella, lo siento. Tendría que haber vuelto antes. —Las palabras le salieron de repente.

—Más tarde hablaremos de ello, esposo mío. Lo que importa es que has regresado a salvar a Akkad.

—No vine por Akkad, vine por ti. En cuanto lo supe..., vine tan pronto como pude.

Ella le apretó la mano y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Has salvado la vida de tu hijo. Eso es lo único que importa. Korthac nos hubiera matado a ambos en poco tiempo, después de tomarse sus placeres.

El pensar en la humillación que ella había sufrido lo torturaba. Le estrechó la mano con fuerza.

—Tal como Korthac me acaba de recordar, anoche me salvaste la vida. Sin tu pequeño cuchillo... ¿Dónde lo conseguiste?

—Era el cuchillo del parto. Un regalo de Drusala. Tendré que pagarle esa deuda. —El bebé se revolvió un poco y enseguida se tranquilizó de nuevo; ella le acarició la

cabeza—. Sabíamos que Korthac ocultaba algo, pero nunca pensé... Nadie sospechó que ocurriría algo así. —Ella sacudió la cabeza como negando su fracaso—. Se rió de mí, me dijo que era una niña ignorante que intentaba jugar a mandar hombres. Me obligó a..., hizo que yo...

Eskkar se acercó hasta tocarle los labios con un dedo, deteniendo sus palabras.

—He peleado contra muchos hombres, Trella, pero ninguno con la habilidad de Korthac. Nunca. Si no hubiera sido por la suerte de los dioses y tu ayuda, él podía haber triunfado. No es una desgracia enfrentarse a un oponente poderoso.

Ella parpadeó para detener las lágrimas.

—Tu suerte todavía te acompaña, entonces. Los dioses continúan favoreciéndote.

—Los dioses me favorecen por tu causa. —Miró admirado al niño, y su voz se enterneció—: Ahora tendré que proteger también a Sargón. Parece... tan pequeño e indefenso... —Eskkar acarició la mejilla del niño con un dedo, fascinado por su delicada piel.

—Sargón necesitará tu protección y tu fuerza durante muchos años, esposo mío. Algún día él gobernará esta ciudad. ¿Quién sabe qué cosas logrará?

—Él y Akkad necesitarán de tu sabiduría, del mismo modo que necesitan de las nuevas murallas de Corio para defenderse.

—Mucho después de nosotros, nuestras voces serán ecos en estos muros durante todo el tiempo que permanezcan en pie. Esperemos que nuestro hijo honre nuestro recuerdo.

El niño había dejado de mamar y se había dormido. Eskkar acarició su delicado cabello negro y sintió que un orgullo desconocido crecía en su interior. Su hijo. El hijo que continuaría su linaje, que haría que Eskkar siguiera vivo a través de los tiempos, estaba ante él, acunado en los brazos de su madre.

—Pareces complacido con tu hijo. Espero que le enseñes muchas cosas. Cómo gobernar, cómo pelear, cómo ser un líder.

—Aprenderá muchas más de ti que las que yo pueda enseñarle. Tú hablas de luchas, pero la guerra es sencilla. Destruir es sencillo. Construir una nueva vida con lo que hay es difícil. Eso es lo que aprenderá de su madre.

—Entonces juntos le enseñaremos, esposo.

—Sí, juntos. —Se inclinó y la besó, cuidando de no despertar al niño. Sus labios estaban tibios y guardaban aún la promesa que él había hallado en ellos, el don del amor y de la ternura que lo había conquistado hacía unos meses. Eskkar los abrazó a ambos. Las lágrimas de Trella volvieron a surcarle el rostro, pero esta vez él supo que eran lágrimas de felicidad y se las besó.



## CAPÍTULO 31

**H**athor se despertó al dolor, dolor que le invadía todo el cuerpo. Había comenzado el día anterior con la flecha de la pierna, cuya enorme punta le desgarró el músculo por encima de la rodilla antes de clavársele en el hueso, pero afortunadamente no llegó a dar en la gran arteria. Se había desvanecido por un momento cuando lo agarraron y le arrancaron la flecha. Cuando Hathor volvió en sí, se encontró con que lo habían vendado con un pedazo de túnica de uno de los muertos. Unas manos toscas lo montaron a caballo. Mareado por la herida, se aferró a las crines del caballo con ambas manos, esforzándose por mantenerse sobre el animal. Si pensaban que no podía montar, lo atarían a horcajadas del animal y el dolor sería aún peor.

Un hombre sostenía las riendas mientras otro cabalgaba a su lado por si Hathor se caía. Avanzaban a paso lento, riendo y conversando entre ellos, todos excepto el líder, llamado Bantor, quien iba más adelante, en silencio. Otro caballo llevaba el cadáver de Ariamus, el único cuerpo que los acadios se habían molestado en llevarse.

Ese Bantor tenía, aparentemente, algún asunto pendiente contra el traidor Ariamus. Si duda el cuerpo de Ariamus sería exhibido junto al de Korthac. Los cuerpos de los hombres de Hathor permanecían en donde habían caído, alimento para animales y aves carroñeras.

Pensar en Korthac hizo que Hathor se enfureciera. Había visto al grupo de soldados acadios trotando por la calle para atacar la puerta principal, seguidos de cientos de los habitantes de la ciudad. Una ojeada a la multitud lo había detenido. Hathor ya casi había vuelto a tomar la puerta, pero los cientos de furiosos ciudadanos que llevaban todo tipo de armas y corrían en apoyo de sus liberadores le hizo saber que sus esfuerzos habían fracasado. Los ruidos de la batalla desde la otra torre hicieron que Hathor mirara hacia allí y viera que más acadios la habían tomado.

Ariamus había visto lo mismo y había llegado a la misma conclusión con mayor rapidez: todo estaba perdido. El escurridizo bandido había desertado primero y había escapado hacia la muralla del sur; sólo pensaba en huir. En aquel momento un escalofrío de miedo se había apoderado de Hathor, la primera vez que, en muchos años de luchas, tuvo miedo, mientras pensaba en su destino.

Ariamus tal vez pudiera escapar: podía confundirse entre sus paisanos. Pero los egipcios, que llevaban en sus facciones y en su voz la señal de occidente, no tenían dónde ocultarse. Hathor sabía que su única esperanza era salir corriendo.

Dándose cuenta de eso, Hathor dio media vuelta y corrió detrás de Ariamus, maldiciéndose por ser un cobarde y por abandonar a sus hombres y negarse a pelear hasta el fin. Sin una palabra de protesta, el puñado de hombres que rodeaban a Hathor

lo siguió. Korthac, aunque estuviera vivo, había perdido la ciudad, y ya todos lo sabían. Ahora tenían que salvarse ellos.

Ariamus había escapado por las callejuelas del fondo, alejándose del enfrentamiento. Sus espadas les flanqueaban el paso, hasta que llegaron a una parte sin vigilancia de la pared sur. Treparon al parapeto y se descolgaron del otro lado de la muralla. Después corrieron tanto y tan rápido como les fue posible.

En una hora habían logrado recorrer más de cinco kilómetros y llegado a la campiña sin que les afectara el caos que dejaban atrás. Continuaron avanzando y, a cada paso, Hathor se sentía más confiado. Cuando Ariamus los condujo a la granja, éste gritó que todos debían morir, para que nadie diera la alarma. Los hombres de Hathor, sin siquiera echar una mirada a su líder, obedecieron al acadio, masacrando en instantes a la familia. Sin embargo, después de que se aseguraran dos caballos de trabajo, Ariamus le dio las riendas de uno de los animales a Hathor.

Una vez montados, Hathor creyó que estarían a salvo. Ariamus sabía escapar y esconderse. Pasarían días antes de que los problemas en Akkad se resolvieran, antes de que alguien se molestara en salir en su busca.

Hathor recordó la sorpresa que lo invadió cuando se dio la vuelta y vio a los jinetes persiguiéndolos. De alguna manera, a pesar de la confusión y la batalla en Akkad, los malditos soldados se las habían ingeniado para encontrar hombres y caballos, organizar la persecución y seguirles el rastro.

Menos de una hora después de haber avistado a sus perseguidores, los acadios los habían alcanzado. Con desprecio, habían rechazado su intento de morir peleando. La flecha le había dejado sin fuerzas, y antes de que Hathor pudiera matarse siquiera, lo habían capturado.

Por lo que había oído hablar a los jinetes que lo rodeaban, el tal Eskkar había atrapado a Korthac con la misma facilidad. Los bárbaros habían entrado en la casa de Korthac, habían rodeado a sus egipcios y lo habían hecho prisionero. A Hathor le seguía resultando difícil de creer que su astuto líder hubiera sido derrotado, no sólo derrotado, sino capturado vivo. Sin embargo, mientras se aferraba a su montura, lentamente se dio cuenta de que lo que sus captores decían debía de ser cierto. Esos hombres avanzaban muy tranquilos, sin preocuparse de peligro alguno; debían de haber tomado Akkad y matado a todos los que se les habían opuesto.

La facilidad con la que habían matado a sus hombres todavía irritaba a Hathor. Los acadios no habían perdido un solo hombre, no habían recibido heridas, habían acabado con sus egipcios y lo habían hecho prisionero. Bantor había matado personalmente a Ariamus casi sin esforzarse y luego había permanecido de pie junto a su víctima para verlo agonizar. Hathor sabía que Ariamus manejaba la espada mejor que muchos y, sin embargo, el líder de esos hombres, solo, había desafiado, sin dudar, a Ariamus. Y este Bantor, según Ariamus, se suponía que era el menos capaz

de los lugartenientes de Eskkar. Hathor casi había llorado de vergüenza; pero la sola idea de humillarse aún más frente a esos guerreros hizo que contuviera el llanto.

Se detuvieron dos veces durante el regreso. Un fornido soldado llamado Klexor revisó el vendaje de Hathor en ambas ocasiones y le dio agua, un gesto que preocupó a Hathor incluso mientras la bebía, incapaz de resistir su necesidad de ahogar la sed.

Para cuando llegaron a Akkad, el sol había comenzado a ocultarse tras el horizonte, marcando el fin de un largo día de enfrentamientos y carreras. Hathor, más débil con cada paso que daba su caballo, recordó haber cruzado las calles y callejuelas iluminadas con antorchas y llenas de celebrantes. La gente gritaba y vitoreaba la presencia de Bantor y sus jinetes. Los gritos se convirtieron en un rugido de aprobación cuando uno de los soldados alzó la cabeza de Ariamus para que todos lo vieran, boquiabierto bajo la luz de las antorchas.

Algunos acadios incluso reconocieron a Hathor y le echaron maldiciones. Los hombres de Bantor los mantuvieron a distancia y los soldados lo condujeron a la casa de Korthac. Cuando los soldados lo bajaron del caballo, Hathor no podía mantenerse en pie, y cayó a tierra, indefenso. Riendo, los soldados lo alzaron y lo llevaron a uno de los barracones frente a la casa principal. Hathor, avergonzado y debilitado por la pérdida de sangre, se había derrumbado, agradecido por el fin de la dolorosa cabalgata. Seguía teniendo las manos atadas, por lo que los soldados lo dejaron caer al suelo y se fueron a continuar con las celebraciones. Los festejos se prolongaron a lo largo de la noche, mientras Hathor yacía en tierra, luchando contra el dolor de la pierna y pensando en la tortura que lo esperaba.

Cuando despertó, inseguro de si se había quedado dormido o se había desmayado de dolor, un bostezante centinela lo custodiaba, su silueta recortada contra una fogata que se extinguía en el patio. Moviendo la cabeza, Hathor alcanzó a ver una porción del cielo nocturno y se dio cuenta de que el amanecer se aproximaba. Al principio no podía creer que hubiera dormido casi toda la noche, pero la herida debía de haberlo agotado más de lo que creía. El alba que se acercaba explicaba el silencio que rodeaba la casa y la ciudad; los habitantes debían de haber celebrado su liberación hasta muy entrada la noche, antes de regresar a sus lechos; aparte del esporádico crepitar de los leños, Hathor no oía nada.

El cielo comenzó a aclarar, y los pensamientos sobre lo que traería el día le quitaron el sueño completamente. Ése sería el último día de su vida. En unas horas daría comienzo la tortura. Ese día moriría. La risa, las burlas de los curiosos le llenarían los oídos mientras ellos disfrutaban del espectáculo de su tormento. Hathor se esforzaría por ser valiente, pero sabía que un hombre herido rara vez mantiene su coraje y su fuerza. El dolor que le impondrían se sumaría al que ya le quemaba la pierna, y pronto se encontraría implorando clemencia. La tortura aumentaría, hasta que él les rogara que lo mataran. No lo harían, por supuesto, y eso haría que el dolor

y la humillación fueran intolerables.

La fogata del patio se apagó, pero momentos más tarde los primeros rayos del sol terminaron con lo que quedaba de la noche. Hathor tragó saliva, su garganta seca otra vez, mientras se preparaba para lo que se le avecinaba. La casa comenzó a despertar, la gente iba de un lado a otro. Oyó a alguien quejarse, un sonido bajo que apenas pudo detectar. Pugnó por sentarse, hasta que pudo apoyar finalmente la espalda contra la pared y mirar hacia el soldado que lo vigilaba. El murmullo continuó, y Hathor comprendió que había estado oyéndolo desde hacía un buen rato.

—¿Quién es ése? —le preguntó al guardia con la voz raspándole la garganta.

El guardia, que estaba sentado mirándolo sin expresión, sonrió.

—Ése es Korthac, tu jefe. Está en el otro cuarto. Sois los últimos dos egipcios vivos en Akkad.

Esas palabras le hicieron temblar. Si Korthac ya era incapaz de controlar su dolor, Hathor, también, muy pronto, estaría rogando que lo mataran. Se preguntó quién de los dos gritaría más fuerte.

\*\*\*

Cuando Eskkar despertó, el sol de la mañana ya había ascendido por el horizonte. Había dormido a ratos durante la noche, a pesar del cansancio de su cuerpo. La tensión de los últimos días no podía ser borrada en una sola noche. Los ciudadanos y los soldados que estaban de celebración habían llenado las calles, gritando, bebiendo y cantando durante gran parte de la noche. Los sonidos inusuales lo habían perturbado. La mitad de la noche había transcurrido hacía tiempo antes de que Eskkar cayera finalmente en un sueño profundo. Después durmió hasta que salió el sol y se despertó con el llanto de un niño.

No había querido molestar a Trella y al niño; había dormido en el otro cuarto, sobre una manta. Trella y el bebé durmieron juntos, ambos bajo la mirada vigilante de Drusala, quien al parecer estuvo despierta toda la noche. Como le había explicado a Eskkar, Sargón había llegado antes de tiempo y había que vigilarlo constantemente.

Entró en la habitación bostezando y encontró a Trella amamantando al bebé. Le pasó el brazo por los hombros, y se estremeció cuando ella se recostó contra él y le acarició la mejilla.

—Tienes un aspecto terrible, esposo mío —le dijo, con voz todavía débil—. La cara...

Korthac le había golpeado con los puños, dejándole la cara hinchada y cubierta de magulladuras. Imaginaba el aspecto que debía de tener.

—Tú estás preciosa, esposa mía —le respondió. Ella le sonrió, como siempre hacía cuando él le decía que era bella—. ¿Cómo van tus dolores?

—Mejor. Pero me siento muy débil, como si pudiera dormir todo el día. —Acercó el niño a su pecho—. Pero Sargón tiene otras ideas.

—Ya veo.

Annok-sur llegó, vendada la cabeza, con el desayuno para ambos.

—Gatus te está buscando, Eskkar —le informó, mientras dejaba la bandeja sobre la cama—. Quiere saber si piensas dormir todo el día. Deberías comer algo ahora, antes de que acapare todo tu tiempo.

—Será mejor que vaya a ver qué quiere —contestó Eskkar—. Regresaré en cuanto pueda. —Tomó un trozo de pan y una copa con cerveza aguada y bajó. Cuando llegó al patio, la copa ya estaba vacía.

Eskkar halló a Gatus sentado a la cabecera de la mesa, trabajando. Al parecer, el capitán de la guardia había llegado a su puesto mucho antes del amanecer.

—Ya era hora de que despertaras y te pusieras a trabajar —dijo Gatus—. Tienes un aspecto espantoso. ¿Cómo te sientes?

Eskkar se sentó y se sirvió de la jarra con agua sobre la mesa.

—No muy mal. Podría dormir un poco más, pero ya habrá tiempo para ello. ¿Qué ha sucedido durante la noche?

—Puse a Klexor al mando de las murallas, puertas y embarcaderos —dijo Gatus—. Se asegurará de que nadie salga de la ciudad sin nuestro permiso. Alexar partió con veinte hombres y otros tantos caballos y está patrullando las murallas, en busca de cualquiera que haya escapado. Mitrac está yendo casa por casa, registrando la ciudad y asegurándose de que nadie siga escondido bajo la cama de alguna vieja.

—Tendremos que ascenderlos a capitanes, entonces —dijo Eskkar.

—Ya lo he hecho. Les dije que se lo confirmarías cuando te despertaras.

«Por lo menos, una tarea menos que realizar», pensó Eskkar para sí con una sonrisa.

—Acabo de enviar a Bantor a los barracones —continuó Gatus—. Está a cargo de los prisioneros, los que los custodian y los caballos. Está trabajando con Rebba y los otros nobles para asegurarse de que los muertos sean enterrados. Una pena que haya tenido que quemar a los egipcios en los barracones. Podríamos haber utilizado ese edificio.

—¿Cómo está? —Bantor había regresado la noche anterior, con el cadáver de Ariamus. No había dicho mucho, salvo un breve informe con el número de egipcios muertos, antes de irse con Annok-sur. Habían cerrado la puerta de su cuarto y no habían salido en toda la noche.

—Mejor que cuando regresó —dijo Gatus—. Por el aspecto de su rostro, se diría que con él se podían partir piedras. Cualquiera habría pensado que matar a Ariamus lo alegraría.

Eskkar sabía la historia de Annok-sur y sólo los dioses sabían qué otras

canalladas había llevado a cabo Ariamus bajo la protección de Korthac.

—¿Y los heridos? —Eskkar miró a su alrededor. Los cuartos de los soldados albergaban a la mayoría de los heridos, a excepción de algunos que estaban en casas cercanas. Incluso ahora, más de media docena de hombres vendados descansaban en el patio, la mayoría de ellos observando a Eskkar.

—Ventor está con ellos —dijo Gatus—. Ha llegado hace poco. Hará lo que pueda. Algunos van a morir. Esos egipcios eran aguerridos.

—Korthac entrenó bien a sus asesinos —dijo Eskkar, pensando que si los egipcios habían sido la mitad de hábiles que su amo habrían sido, en verdad, guerreros formidables.

—Sólo una cosa queda por hacer —dijo Gatus terminando su informe—. Y aquí llegan —añadió, con un tono de desagrado en la voz.

Eskkar alzó la vista y vio a Corio y a Rebba entrar en el patio. El brazo derecho de Corio pendía de un cabestrillo y un gran moratón le cubría el lado izquierdo del rostro. Rebba parecía viejo y cansado, pero sonreía cálidamente a todos.

—Buenos días, señor Eskkar —dijo Corio, hablando primero y en voz alta—. Una vez más, permíteme agradecer a los dioses que hayas vuelto. Te hemos echado mucho de menos.

—Los dioses nos han favorecido, noble Corio —respondió, sonriendo ante las obviamente falsas palabras del arquitecto. Corio creía en los dioses tanto como Eskkar.

—Hemos venido en busca Korthac, el usurpador —dijo Rebba—. Nos hemos reunido en la casa de Nicar con los otros nobles. Nicar todavía no puede levantarse, pero envía su agradecimiento y sus saludos, así como los demás.

—¿Y Korthac...? —Eskkar miró a Rebba.

—A menos que quieras tener el placer de matarlo —dijo Corio—, va a morir torturado en el mercado, para que pague por sus crímenes contra todos nosotros.

Eskkar sabía que los nobles y los mercaderes ricos habían sufrido mucho en los últimos días y habían perdido la mayor parte del oro que habían acumulado. Afortunadamente, Korthac había guardado gran parte del botín en la casa. Así y todo, tardarían semanas en repartirlo, y esta vez Eskkar tendría que ser el árbitro de la distribución.

—Llevaos a Korthac cuando queráis —dijo, haciendo un gesto a los guardias que custodiaban al egipcio.

—También necesitaremos a tus soldados para arrestar a los otros —interrumpió Corio—, los hombres que se unieron a Korthac y que voluntariamente siguieron sus planes.

—¿Y qué va a suceder con ellos?

—Van a morir con su líder, ¡malditos sean todos! —respondió Corio—. Merecen

que se los torture, pero me daré por satisfecho con verlos muertos.

Eskkar nunca había visto al maestro constructor con semejante sed de sangre.

—¿Y Nicar, Rebba y tú estáis todos de acuerdo?

Rebba asintió.

—Pasamos la mayor parte del día de ayer argumentando sobre su destino. Cinco van a morir y sus propiedades serán confiscadas. A otros siete se les confiscarán sus propiedades y luego serán exiliados de Akkad.

«Más sangre que derramar», pensó Eskkar. Para esa decisión, sin embargo, no había prisa.

—Gatus, que tus hombres apresen a estos... doce hombres. Envíalos a los barracones y dile a Bantor que los vigile bien.

Se volvió hacia Corio y dijo.

—En unos días, cuando Trella esté recuperada, revisaremos los cargos contra estos prisioneros.

Ambos hombres comenzaron a protestar, pero Eskkar los interrumpió:

—No hay necesidad de castigarlos inmediatamente. Mejor dejarlos que se preocupen por su destino, mientras nos aseguramos de que cada uno reciba lo que merece. Recordad, Trella estaba aquí y escuchó todo lo que dijo Korthac. Ella sabrá qué castigo merece cada cual.

Eskkar se puso de pie frente a Gatus, que permaneció inexpresivo durante la discusión.

—Detén a esos doce. Después ocúpate de Korthac y asegúrate de que llegue al mercado. Cuanto antes comience su viaje hacia el infierno, mejor.

—¿Y qué hay del otro, ese Hathor?

—También él —dijo Eskkar—. Todos los egipcios merecen la tortura.

Gatus se puso de pie.

—Vamos, Corio. Cuanto antes atrapemos a los hombres de tu lista, más felices estaremos ambos.

Eskkar dejó la mesa y se acercó a ver a Korthac. El hombre tenía peor aspecto que el día anterior. Korthac lo miró fijamente, pero no dijo nada. Eskkar miró a Hathor, pero no tenía nada que decirle al lugarteniente egipcio. Ni lo conocía ni se había enfrentado a él durante la lucha. En cualquier caso, había huido con Ariamus y eso sólo ya era suficiente para condenarlo.

Cuando se separó de Hathor, Mitrac y unos pocos del clan del Halcón entraron en el patio. Rodearon a Eskkar, ansiosos de noticias e igualmente ansiosos de relatar sus logros. Eskkar habló con ellos durante un tiempo, respondiendo preguntas, riendo y escuchando los últimos rumores de la calle.

Lo dejaron allí, riendo todavía, hombres orgullosos que sabían que habían obtenido una gran victoria. Ignorando las otras actividades a su alrededor, Eskkar se

aseó en el pozo y luego fue hasta la cocina en busca de algo de comer. Le había vuelto el apetito, algo que sabía que era una buena señal. Se reclinó contra la pared, dejando paso libre al cocinero, mientras masticaba algo de pan y una salchicha, disfrutando el momento de tranquilidad.

—Señor, la señora Trella pregunta por usted.

Se volvió y vio a Drusala, que hacía una reverencia.

—¿Está todo bien?

—Sí, señor, pero ha preguntado si podía ir a verla.

Tras limpiarse los dedos en la túnica, subió las escaleras con Drusala detrás de él. Pero ella se detuvo en el rellano de la escalera y cerró la puerta en cuanto él entró. Sorprendido, Eskkar cruzó el cuarto de trabajo, desierto, y entró en el dormitorio.

Annok-sur lo esperaba allí, junto con otra mujer, una muchacha joven cuyo sencillo rostro estaba marcado por una nariz quebrada. Eskkar tuvo que mirarla un instante antes de reconocerla: era la muchacha que Trella había rescatado y llevado a la casa unos días antes de que él partiera para Bisitun.

Trella estaba sentada en la cama, con el bebé dormido a su lado.

—Eskkar, tenemos que pedirte un favor, un gran favor. —Ella mantuvo la voz baja para no despertar al niño.

Que Trella dijera «tenemos» lo previno de que algo inusual se acercaba. Miró más atentamente a la muchacha, esforzándose en recordar su nombre.

—Ésta es En-hedu —continuó Trella—, y pronto será la esposa de Tammuz. En concreto, tan pronto como la liberemos de su servidumbre.

En-hedu hizo una profunda reverencia, pero no dijo nada. Cuando alzó el rostro, Eskkar vio la preocupación en su rostro.

—Tammuz... Gatus me contó que había tomado mujer.

—Entregué a En-hedu a Tammuz hace más de un mes. Ella lo ha estado ayudando todo este tiempo. Ambos arriesgaron sus vidas intentando averiguar algo sobre Korthac. Ayudaron a ocultar a Gatus y ella y Tammuz han peleado en las batallas contra Korthac.

—Entonces tienes mi agradecimiento, En-hedu —afirmó Eskkar, inclinando su cabeza en dirección a la muchacha.

—Ya te lo contaré todo, esposo —dijo Trella—, pero ahora En-hedu desea pedirte un favor.

En-hedu volvió a hacer una reverencia mientras retorció nerviosa las manos.

—Señor, por favor, ¿podría perdonarle la vida al egipcio Hathor? Me salvó la vida, y también la de Tammuz. Habríamos muerto si no nos hubiera perdonado.

—Hathor morirá con Korthac —sentenció Eskkar, con voz sorprendida—. Era uno de los lugartenientes de Korthac... y escapó con Ariamus.

—Hathor vino del desierto con Korthac, es cierto —reconoció Annok-sur—, pero



no lo vi matar ni herir a nadie aquí en Akkad.

—Por favor, señor —intervino En-hedu rápidamente—. Sus hombres pudieron habernos matado a Tammuz y a mí. Hathor se lo impidió. ¿No puedes perdonarle la vida por eso?

—¿Qué dice Tammuz? —preguntó Eskkar—. ¿Quiere que este hombre viva?

—Sí, señor Eskkar —dijo En-hedu—, pero no pediré por la vida de Hathor. Les es demasiado leal a usted y a la señora Trella.

—¿Quién sabe cuántas maldades habrá cometido Hathor al servicio de Korthac! Puede que...

Trella bajó la mirada y la voz de Eskkar se apagó. Sin decir nada, ella le recordó a otro que había hecho cosas en el pasado, cosas que era mejor olvidar.

—Nadie ha acusado a Hathor de maldades —dijo Annok-sur, llenando el silencio.

—Nadie todavía —replicó Eskkar—. Hoy, en el mercado, estoy seguro de que muchos acudirán a enfrentársele. —Sacudió la cabeza—. Así y todo, no tengo problemas con él. Puede pasar el resto de su vida como esclavo, trabajando en la muralla.

—Cuando Korthac se divirtió a costa mía —confesó Trella—, Hathor fue el único que apartó la vista. No se complació en mi sufrimiento.

Sus palabras le indicaron que ella quería que Hathor viviera, y no como esclavo.

—Tal vez haya otra manera —continuó Trella—. Tal vez puedas utilizarlo.

—¿Utilizarlo?

—Siempre dices que necesitas hombres que puedan mandar. Hathor es de ese tipo. Incluso Korthac pensaba así. Sin Korthac y con el resto de los egipcios muertos, Hathor no tiene a quién recurrir. En Akkad, todos los hombres estarán en su contra. Un hombre así podría serte útil, Eskkar, si te aseguras su lealtad.

Eskkar miró a las mujeres. Annok-sur asintió levemente para mostrar su aprobación; los labios de En-hedu temblaron mientras lo miraba, temerosa de una explosión de ira.

Trella acarició al pequeño Sargón, pasando un dedo por su mejilla para luego alzar la vista hacia Eskkar.

—Piénsalo, esposo. No hay prisa en matarlo.

Como siempre, ella le daba tiempo para decidir, para pensar las cosas por sí mismo.

—Lo pensaré —respondió—. ¿Algo más?

—No, nada. Tú harás lo que sea mejor. —Las palabras sonaban humildes, pero él vio un brillo en sus ojos—. Aunque tal vez sería bueno que tú hablaras con él —continuo Trella—. ¿No podrías hacer que lo trajeran?

—¿Aquí? ¿Ahora? —Lamentó sus palabras en el momento de decirlas. Conocía bien a Trella. Una vez que se decidía, siempre actuaba con rapidez.

—Puedo ir a buscarlo, señor Eskkar —dijo Annok-sur.

Ahora la mujer de Bantor lo llamaba «señor».

—No, yo lo traeré. —Eskkar necesitaba tiempo para pensar y, con seguridad, no iba a ganar allí ninguna discusión, y menos con las tres unidas en su contra. Sacudiendo la cabeza, dio media vuelta y salió del cuarto mientras se preguntaba de qué hablarían en su ausencia.

En el patio, la mesa de mando estaba desierta. Sabía que Gatus había ido con los miembros del concejo a buscar a los traidores.

Eskkar se encaminó hacia los guardias. Hizo un gesto a quien custodiaba a Hathor y agachó la cabeza para entrar al recinto.

Hathor lo miró al entrar, pero no dijo nada.

—¿Sabes quién soy?

—Eres el señor Eskkar. Te vi ayer cuando me trajeron.

El hombre hablaba con un fuerte acento, pero Eskkar no tenía problemas para entenderlo.

—¿Estás listo para morir, Hathor?

—Tan listo como cualquiera, señor. —Se enderezó un poco contra la pared—. Me hubiera matado antes que ser capturado, pero tus hombres me atraparon antes de poder dejarme caer sobre mi espada.

Eskkar lanzó un gruñido: así que todo eso podría haberse evitado si los hombres de Bantor no hubieran sido tan eficientes. Miró fijamente a Hathor. A pesar de las firmes palabras del egipcio, Eskkar vio que sus manos temblaban, traicionando su temor. Ningún hombre quiere morir solo, rodeado de enemigos y extraños. Un guerrero espera morir en la batalla, y con frecuencia así lo desea; mejor terminar así que en una agonía prolongada por la enfermedad o la vejez, solo, tal vez mendigando en las calles.

Otro antiguo recuerdo le vino a la memoria: una vez, muchos años antes, cuando Eskkar estuvo atado y ensangrentado en una cueva, con la muerte pellizcándole el cuello, asustado y, así y todo, demasiado orgulloso como para pedir clemencia, mientras un grupo de mujeres decidía su destino. Las mujeres lo habían perdonado, y ahora las mujeres querían que perdonara a aquel hombre. Tal vez Eskkar tuviera una deuda con las diosas, una deuda pendiente. Ishtar, la diosa de la tierra, era, después de todo, una mujer.

—Guardia, agua para el prisionero. —Eskkar usó ese tiempo para pensar.

El guardia regresó con una bota llena de agua. Eskkar la tomó de sus manos, maldiciendo sus recuerdos; debía sentir odio, no piedad, por el egipcio. Le entregó la bota al sorprendido Hathor y dejó que bebiera, la mayor parte del agua cayendo por su pecho mientras el hombre sostenía torpemente el recipiente con las manos atadas.

Eskkar se volvió al guardia, todavía de pie en la entrada.

—Llévalo al cuarto de trabajo. Y lávale primero la sangre de las manos y la cara.

Ignorando la mirada de sorpresa del soldado, Eskkar volvió al piso superior. Se sentó a la mesa y esperó. Annok-sur llamó a Drusala para que cuidara del bebé; la partera cerró la puerta del cuarto después de que Trella y En-hedu se reunieran con Eskkar en el cuarto de trabajo. Las dos mujeres ayudaron a Trella a sentarse junto a su esposo y permanecieron de pie detrás de él.

Hicieron falta dos hombres para subir a Hathor, y para cuando estuvo frente a Eskkar, una capa de sudor le cubría el rostro. Al menos le habían limpiado casi toda la sangre.

—Sentadlo en un banco —ordenó Eskkar—. Luego marchaos.

—Señor, uno de nosotros debería quedarse, en caso...

—Yo lo vigilaré —dijo Eskkar interrumpiendo al guardia. Se puso de pie y pasó al otro lado de la mesa para sentarse en la cabecera, entre Hathor y las mujeres, y jugueteó con el cuchillo que llevaba en la cintura.

Trella esperó hasta que los guardias se hubieron marchado y cerrado la puerta.

—¿Te acuerdas de mí? —Una vez más, su voz tenía un tono de mando, por muy débil que se sintiera.

Hathor asintió, mirando al esposo y a la esposa alternativamente.

—Háblame de Korthac —pidió Trella—, cuéntame qué hizo en Egipto.

La pregunta tomó a Hathor por sorpresa.

—¿Por qué quieres... saber de Korthac?

—No puede importarte ahora responder a mis preguntas. —Trella mantuvo la voz calmada, como si no se tratara más que de una educada petición a un invitado.

Eskkar no dijo nada, sólo miró al hombre. Si Hathor se regaba a hablar, entonces iría al mercado a sufrir junto a su jefe.

Hathor bajó la mirada.

—Supongo que ya no importa..., señora Trella.

«Entonces —pensó Eskkar— el egipcio no es un idiota completo».

La historia de Hathor irrumpió entrecortada. Los años de saquear la comarca, juntar fuerzas, dos ejércitos poderosos enfrentados por el control de la tierra de Egipto. Las conquistas, las batallas, las poblaciones ocupadas y destruidas, la tierra arrasada, el conflicto final con la derrota de Korthac que lo empujó al desierto con los últimos hombres que le quedaban, todos afortunados de haber escapado con vida.

Para su sorpresa, Eskkar se encontró escuchando con interés. Cuando el hombre terminó su relato, Eskkar tenía un asunto que aclarar.

—Háblame de la batalla aquí en Akkad.

Hathor hizo un ruido que podía haber sido una carcajada.

—Fuisteis demasiado listos para Korthac. Sabía que no tenías hombres suficientes, pero nunca pensó que dividirías tus pocas fuerzas para entrar y provocar

un levantamiento en la ciudad. Ni que Akkad se rebelaría para ayudarle.

—Mis hombres tampoco estaban muy convencidos de mi plan —dijo Eskkar, recordando las discusiones en la granja de Rebba.

—Tus hombres te siguieron, señor Eskkar. Veo que no te temen, como nosotros temíamos a Korthac. Hablas con ellos de igual a igual. Debes de ser un gran guerrero para que sean tan leales.

Eskkar miró con fijeza al hombre, inseguro de cómo responder a su cumplido.

—Continúa, Hathor, háblame de la batalla.

El egipcio comenzó relatando cómo se habían sorprendido al ser atacados en la casa, cómo no habían esperado que Eskkar llegara tan pronto, y la confusión de todos ellos; incluso habló del odio que Takany le tenía a Ariamus. Hathor siguió durante un rato, pero luego perdió la voz. Intentó continuar, pero Eskkar lo detuvo con un gesto de la mano.

—Suficiente por ahora. —Después se acercó aún más al hombre indefenso—. ¿Te gustaría vivir, Hathor?

—¿Como esclavo? No, mejor morir y que todo termine.

—Podrías cambiar de idea cuando comience la tortura, pero yo te propongo otra cosa. Mi esposa me ha pedido que te perdone la vida. —Una expresión de sorpresa alteró el rostro del egipcio—. Y esta muchacha, En-hedu, me lo ha pedido también con Trella. ¿Conoces a En-hedu?

—Sí, la conozco: la vendedora de enfrente de la casa de Korthac. —Sus ojos se abrieron desmesurados al entender—. ¿Era ella una de las..., de las espías de Trella?

—¿Por qué no los mataste a ella y al muchacho?

—Ella estaba dispuesta a morir para proteger a su hombre. Yo pensé..., ella siempre me había tratado bien. —Se encogió de hombros, alzando las manos atadas—. Pensé que ya habían muerto demasiados hombres y mujeres indefensos. Ganáramos o perdiéramos, sus muertes no habrían alterado nada.

—Sí, ha habido suficientes muertes —corroboró Eskkar—. Ahora ha llegado el tiempo de construir. La tierra debe ser liberada de bandidos, y la gente, protegida de los clanes de la gente de las estepas. Necesito hombres que me ayuden a construir, Hathor, así como a pelear contra mis enemigos. Hombres leales.

Hathor no miró a Eskkar, sino a En-hedu, incapaz de hablar.

—Si no, cuando te recuperes de tu herida —dijo Trella—, podemos darte un caballo y dejarte partir. Si quieres puedes volver a Egipto. La elección es tuya.

—¿Me perdonáis la vida?

Eskkar asintió.

—Una vida por otra. La tuya por la de En-hedu y Tammuz. No abusaste de Trella, y nadie te ha acusado de asesinato ni de violación. Si lo hubieras hecho..., sería diferente.

—No tengo nada por lo que volver a Egipto. —Alzó su mirada primero hacia Trella y luego hacia Eskkar—. El juramento que hice a Korthac termina con su muerte. Si aceptas mi juramento, te serviré con fidelidad, señor. Lo juro.

Eskkar pensó que el egipcio era sincero en sus palabras. Miró a Trella, que asintió. Eskkar sacó su daga del cinto y cortó la cuerda que ataba las manos de Hathor.

—Lo llevaré abajo, señor Eskkar —dijo Annok-sur, pasándole el brazo por los hombros—, y llamaré al sanador para que le vea la herida.

Se escuchó un golpe en la puerta y Gatus entró a la habitación.

—Tengo a tres de los hombres que Corio ha denunciado —anunció Gatus—. Los otros... —Su mirada delató la sorpresa al ver al prisionero.

—Ah, Gatus, qué bien que hayas regresado —lo interrumpió Eskkar, disfrutando de la expresión de confusión en la cara del viejo soldado, que miraba a Hathor, con las manos libres, reclinado sobre Annok-sur para mantenerse de pie—. Tengo algo que contarte.

## EPÍLOGO

Nueve días después, Yavtar, una vez más, guiaba su bote hacia el puerto de Akkad, aunque en esta ocasión llegaba pasado el mediodía en vez de en mitad de la noche. Capitaneaba una embarcación diferente, un fino velero recién adquirido, uno de los más grandes que surcaban el río. Contaba con una brillante vela blanca de dos veces la altura de un hombre, con un largo remo para timonear que se extendía desde la proa y una tripulación de dos hombres y un muchacho. La carga de Yavtar también era otra: en vez de cejijuntos guerreros con sus armas, llevaba pasajeros y mercaderías.

Sólo un lugar quedaba libre en el puerto de Akkad, y otro bote, proveniente de río arriba, también quería amarrar. Las maldiciones de Yavtar se oyeron en la distancia cada vez menor que separaba ambas embarcaciones, ambos capitanes deseosos de amarrar. Los dos veleros estuvieron a punto de chocar antes de que el capitán del otro velero se diera por vencido, tanto por los gritos de Yavtar como por el estandarte del clan del Halcón que ondeaba en el mástil.

Los remos brillaron mojados en la burbujeante corriente al reflejar la luz del sol, enfrentándose a la fuerza del río a medida que la embarcación se acercaba a la orilla. Con un último y frenético esfuerzo de los remos, el bote de Yavtar llegó a puerto, cumplida su jornada.

Yavtar resopló satisfecho cuando su nueva nave golpeó contra el muelle, segura por fin frente a los movimientos del río. Uno de los tripulantes saltó hábilmente a la plataforma y ajustó las amarras de proa y popa a los pilotes. Los otros tripulantes arriaron la vela y la ataron al mástil, despejando el área para desembarcar pasajeros y mercancías.

Habiendo cumplido con éxito su último viaje, Yavtar tenía intención de emborracharse como era debido durante unos días, mientras disfrutaba de su botín de guerra. La gran batalla para liberar Akkad había resultado lucrativa para el viejo marino. Sólo él entre las fuerzas de Eskkar que entraron en Akkad lo había hecho con un saco lleno de oro: era el pago, por adelantado, por el uso de sus barcos y el transporte de los soldados. El día siguiente a la batalla, mientras la mayoría de los soldados llenaban las tabernas y se regocijaban por la victoria, Yavtar había visitado los alrededores y utilizado su riqueza para comprarse una granja de buen tamaño a unas pocas millas de la ciudad. Después había cambiado uno de sus dos barcos —más una pila de monedas de oro y plata que había conseguido robar sin que lo notaran a un egipcio muerto en la torre— por la soberbia embarcación que ahora capitaneaba. Al menos, la guerra había hecho de Yavtar un hombre rico.

—Seguro y a salvo, un viaje tranquilo, tal como prometí —dijo Yavtar, su voz vibrante de orgullo.

—Es verdad, maestro barquero —dijo Alexar, de pie en la proa de la nave e intentando no molestar a la tripulación—, pero en lo que a mí respecta, prefiero viajar a caballo, o incluso caminar.

—Entonces eres un tonto —dijo Yavtar, con una sonrisa que atenuaba sus palabras—. Te veré esta noche en el local de Zenobia. También podrás pagar el vino. —Saltó con agilidad al muelle y buscó al encargado para declarar la carga y completar su negocio. El muelle, repleto de gente comerciando a aquellas horas de la tarde, estaba más concurrido que nunca desde la toma de la ciudad por parte de Korthac. Yavtar había comprado dos docenas de sacos de grano mientras estaba en Bisitun y esperaba venderlos a buen precio, un magnífico complemento a la generosa paga que el señor Eskkar le había ofrecido por el alquiler del bote.

Alexar, sacudiendo la cabeza, vio cómo Yavtar desaparecía en un torbellino de actividad. Por un momento ignoró a la multitud de curiosos que disfrutaban del espectáculo del río y a los hombres que trabajaban, y se encaminó hacia la muralla y la entrada de la ciudad. Desde allí no se veía rastro alguno del conflicto. La batalla parecía algo ya olvidado.

Alexar había vivido en Akkad durante los últimos dos años; realizaba cualquier tarea que pudiera encontrar, y con más frecuencia de la deseable había tenido muchas veces que irse a dormir hambriento. Cuando Alur Meriki atacó la ciudad, se sumó a los soldados de Eskkar, tanto para asegurarse la comida como para pelear contra los bárbaros. Para su sorpresa, Alexar descubrió que ser soldado le agradaba; entrenó diligentemente y escuchó lo que le decían sus instructores. En poco más de seis meses había pasado de recluta a soldado y después a capitán de decena y ahora estaba en la cómoda posición de lugarteniente, uno más de los que recibían órdenes directamente del señor Eskkar, y era miembro del clan del Halcón.

Como muchos de sus hermanos del clan del Halcón, Alexar había recorrido muchas tierras antes de recalar en Akkad. Ahora consideraba la ciudad su hogar y nunca dejaría sus calles tumultuosas y ruidosas, siempre rebosantes de actividad. A diferencia de las otras villas que había visto, lugares agobiantes en donde la mayoría de la gente luchaba aunque no fuera más que para sobrevivir, aquí en Akkad un hombre podía mejorar su vida, hacer planes para el futuro y tal vez dejar algo para la posteridad. Fuera lo que fuese lo que los años trajeran, seguiría el camino de Eskkar, le llevara adonde le llevase.

En aquel momento, sin embargo, Alexar siguió el ejemplo de Yavtar. Él también saltó a tierra, agradecido de contar con algo sólido bajo sus pies, y luego miró hacia el bote en busca de quienes estaban a su cuidado.

—Arriba, entonces —dijo un tripulante mientras guiaba a Lani por la angosta

tabla que había colocado el muchacho del navío y que conectaba el bote con la orilla.

Alexar extendió la mano y tomó la de Lani mientras ésta avanzaba con cuidado sobre la plancha.

—Gracias —dijo Lani al poner pie en el muelle.

Alexar repitió el proceso con Tippu, quien miró nerviosa a los ruidosos pobladores. Después de que ambas mujeres desembarcaran, se relajó por primera vez desde que partieran de Bisitun, agradecido de que el viaje hubiera terminado.

El primer recado de Alexar después de su ascenso a lugarteniente lo había llevado a Bisitun. Eskkar le había pedido que escoltara a Lani y a su hermana hasta Akkad en cuanto encontrara una embarcación adecuada. El sencillo encargo le había dado a Alexar la posibilidad de descansar unos días. Sabía que sus nuevas responsabilidades en Akkad pronto le ocuparían todo el tiempo. Eskkar tenía un ejército que reconstruir y una ciudad que defender, y Alexar sabía que esperaban mucho de él.

Los dos soldados que lo acompañaron río arriba siguieron a las dos mujeres, cada uno cargando con un gran saco de lienzo que contenía las pertenencias de las mujeres además de con sus armas. Los tripulantes, siempre solícitos, alcanzaron desde el lateral del bote el último equipaje de Alexar: una caja de buen tamaño con un gato de aspecto miserable que siseaba indignado por su ignominiosa situación. Tras una plegaria de gracias a los dioses del río por su llegada sin contratiempos, Alexar condujo a la pequeña comitiva lejos del muelle.

El viaje río abajo desde Bisitun había transcurrido sin incidentes, pero así y todo había llevado tres días, y Alexar estaba ansioso por entregar su encargo en casa de Eskkar y comenzar su nueva tarea.

Después de haber concluido su trabajo, Alexar también pensaba en pasar el resto del día y la noche bebiendo en la casa de placer de Zenobia. Por primera vez en su vida, tenía suficiente oro en la bolsa para pagar por los exóticos servicios que suministraban las muchachas de Zenobia. Ésta apenas había abierto su establecimiento cuando Korthac se apoderó de la ciudad, y sus egipcios se hicieron con el establecimiento para su gratificación. Takany, uno de los lugartenientes de Korthac, había obligado a Zenobia a servirlo, antes de acostarse con la mayoría de las otras muchachas. Alexar había encontrado al segundo al mando muerto en el patio de Eskkar con una flecha de Mitrac clavada en el vientre.

A pesar de todo el caos, Zenobia había, de algún modo, reabierto su casa de placer al día siguiente de la llegada de Eskkar, después de reunir a sus muchachas y pasar un día limpiando el establecimiento del «hedor egipcio». Ése fue el mismo día que el concejo ordenó la tortura para Korthac y los traidores, y Alexar había estado al mando de los soldados que custodiaban al egipcio. Zenobia, acompañada de tres de sus muchachas, se había sumado al coro de los que denunciaron a Korthac, aunque ella y sus jóvenes hubieran preferido torturar a Takany. Una de las muchachas, una



belleza de cabellos castaños llamada Malika, guiñó un ojo al recién ascendido Alexar, por lo que esa noche visitó a Zenobia por primera vez. Malika lo tuvo despierto casi toda la noche, y por la mañana llegó al muelle justo antes de que Yavtar partiera, con su bolsa considerablemente más liviana tras disfrutar de la buena comida, el buen vino y la energética y placentera compañía de Malika.

Pensar en Malika le llevaba a acelerar el paso. Cuanto antes entregara a sus pasajeras, más pronto podría valerse de sus servicios.

En la ribera del río, una vieja mujer estaba sentada a la sombra de la muralla y observó cómo desembarcaban los pasajeros. Durante dos días, Uvela había esperado allí, observando a los botes ir y venir, una tarea lo suficientemente agradable que le encargara la señora Trella. La hija de Uvela, Shubure, pasaba por allí de vez en cuando, para hacerle compañía. Uvela estaba orgullosa de Shubure, la primera persona en Akkad en reconocer a Trella como cabeza de la casa de Eskkar. Shubure, ahora embarazada y casada con un próspero comerciante, seguía trabajando en secreto para señora Trella, reuniendo información.

Uvela nunca había visto a las dos mujeres que caminaban juntas, cogidas de la mano y mirando a su alrededor, fascinadas por toda la actividad. Sin embargo, reconoció el emblema del clan del Halcón en el hombro de Alexar y supo que ésas debían de ser las pasajeras que la señora Trella aguardaba. Antes de que Alexar y los suyos llegaran a la puerta, Uvela se cruzó en su camino.

—Buenos días, capitán Alexar —dijo con una reverencia, con la voz un poco temblorosa. Un pañuelo intentaba cubrir los largos cabellos grises flotando en torno a su rostro, pero sus ojos vivaces compensaban con creces su débil voz—. Mi nombre es Uvela. ¿Son estas las mujeres de Bisitun que ha llamado el señor Eskkar?

—Sí, anciana —respondió cortésmente Alexar, sorprendido de que alguien en el muelle estuviera al tanto de sus asuntos—. ¿Por qué me lo preguntas?

—La señora Trella ha preparado un sitio para ellas. He de llevarlas allí.

Alexar examinó con más atención a la mujer. Nunca antes la había visto, pero supuso que debía de ser una de las muchas mujeres al servicio de la señora Trella.

—Entonces te seguiremos, anciana —dijo Alexar, haciendo un gesto con la cabeza. Siguió a Uvela a través de la puerta del río hacia la ciudad de Akkad, con las mujeres y los soldados detrás de él.

Caminaron por las serpenteantes y angostas callejuelas, pasando por la zona de los barracones antes de llegar a la parte más elegante de la ciudad, al lado de la casa de Eskkar. A medida que se acercaban, Alexar pensó que Uvela iba a llevarlos directamente a casa de Eskkar. Pero a unas pocas puertas de distancia la anciana dobló hacia la izquierda en vez de a la derecha y entró en un patio cerrado. Un joven y aburrido soldado montaba guardia junto a la angosta puerta. Sonrió a Uvela, luego se puso firme y saludó respetuosamente a Alexar cuando lo reconoció. Entraron

entonces en un jardín privado, perfumado con jazmines y apenas lo suficientemente grande para albergar a los seis presentes. A pesar del diminuto jardín, Alexar sabía que ésta debía de ser una de las mejores casas en Akkad. No vio que contara con un aljibe privado, pero ese inconveniente menor no disminuía la calidad de la casa. En esa zona de Akkad, donde las viviendas escaseaban y eran caras, las mujeres a su cargo disfrutarían de la comodidad del barrio.

Alexar dejó la jaula y despidió a sus hombres; escoltó a Lani y a Tippu hasta la casa, cargando sus posesiones y depositando los fardos en los cuartos que Uvela indicó. La residencia, de regular tamaño y una sola planta, poseía cuatro pequeños dormitorios que daban a un cuarto común de buen tamaño.

—Adiós, Lani y Tippu —les dijo—; ahora debo ir a informar al señor Eskkar.

—Mi hermana y yo te agradecemos la ayuda, Alexar —dijo Lani—. Has sido más que amable. Que los dioses te protejan.

—El señor Eskkar no está en la ciudad —aclaró Uvela—, pero a estas horas el capitán Gatus debe de estar todavía en la casa del concejo.

—Entonces allí he de hallarlo. —Alexar hizo una reverencia a todos y desapareció en dirección al jardín.

—Éstas serán vuestras habitaciones —comenzó a decir Uvela tan pronto como Alexar partió mientras señalaba dos cuartos adyacentes, los más alejados del área de la cocina—. Sugiero que escojas el más grande, Lani.

Entonces Uvela sabía a quién había elegido Eskkar. Lani se preguntó qué más sabría la gente sobre ella y Tippu.

—Esta casa pertenece a la señora Trella —continuó Uvela—, y está reservada para las visitas importantes y los invitados. Uno de los cuartos está vacío y el otro lo ocupa un comerciante del sur. Éste partirá en unos pocos días, por lo que tendréis la casa para vosotras solas. La señora Trella me pidió que recibiera vuestro navío, os trajera aquí y os ayudara con lo que necesitéis.

—Eres muy amable, Uvela —agradeció Lani cortésmente—, pero lo que ambas necesitamos más que nada es un baño, si es que tal cosa es posible. Hemos viajado en compañía de hombres durante más de tres días.

Uvela asintió comprensiva. Viajar, para las mujeres, seguía siendo un asunto difícil y peligroso, incluso si viajaban en barco.

—Lo mejor es bañarse en el Tigris. —Cogió dos mantas de una pequeña mesa junto a la cama—. Dejad vuestras cosas aquí, estarán seguras. Siempre hay un guardia y ningún ladrón se atrevería a tocar una propiedad del señor Eskkar. Seguidme.

—El gato —dijo Lani—: El señor Eskkar pidió que lo trajéramos. ¿Sería posible dar algo de comida y agua a la pobre criatura? Ha estado enjaulado durante todo el viaje.

Uvela asintió.

—Se lo diré al guardia. Pero sería mejor mantenerlo en la jaula unos días más, hasta que se habitúe a su nuevo entorno y conozca su nueva casa. —Le comunicó al guardia lo que necesitaban y luego salieron del jardín.

Mientras las tres mujeres caminaban hacia el río, Lani observó las calles abarrotadas, repletas de gentes y animales, todos atareados en sus asuntos. Nunca había visto una ciudad tan grande.

—¿Cuánta gente vive aquí, anciana?

—Dicen que ahora son casi cinco mil —respondió Uvela, moviéndose con seguridad entre la multitud.

Lani quería saber más sobre Akkad, pero eso podía esperar hasta más tarde.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo a la señora Trella?

—Desde que ella vino a vivir aquí, Lani. Entonces la ciudad se llamaba Orak. Mi esposo falleció, mi única nieta enfermó y no teníamos con qué pagar al sanador. Ni siquiera podíamos comprar alimentos. La señora Trella envió a un sanador y pagó la cuenta. Gracias a ella, mi nieta se recuperó.

—La señora Trella debe de ser una gran señora. ¿Ayuda a muchos en la ciudad?

Uvela aminoró el paso y se volvió para mirar a Lani a los ojos.

—Ella cuida de quienes son sus amigos. Quienes no lo son prefieren marcharse.

«Está muy claro», pensó Lani; pero aún tenía otra pregunta.

—¿Y dónde se encuentra hoy el señor Eskkar?

—El señor Eskkar ha salido a cabalgar con algunos soldados esta mañana. — Uvela se percató de la decepción en el rostro de Lani y suavizó sus siguientes palabras—: No sé dónde está, pero creo que esperan que vuelva esta noche o mañana.

Lani sintió que su hermana le agaraba la mano. Sólo necesitó una ojeada a Tippu para darse cuenta de lo que quería.

—Uvela, ¿sabes algo de Grond, el guardaespaldas del señor Eskkar? Mi hermana... Nos enteramos de que lo hirieron en la contienda.

Alexar sabía que Grond había sido herido, pero sólo pudo comunicarle a Tippu que Grond seguía vivo cuando él salió hacia Bisitun.

Uvela pudo ver la preocupación en el rostro de Tippu.

—Grond perdió mucha sangre, pero se está recuperando de sus heridas. El sanador ha dicho que Grond se curará más pronto lejos de la ciudad, por lo que el señor Eskkar lo ha llevado a la granja del noble Rebba para que se recupere. Está a poca distancia de la ciudad —añadió Uvela—, y estoy segura de que podríais ir de visita mañana, si así lo queréis.

—Gracias —dijo Tippu, claramente aliviada, pero todavía aferrando la mano de Lani.

Para entonces ya habían alcanzado la puerta del río. Una vez atravesada, Uvela se

dirigió hacia la izquierda, lejos de los muelles tumultuosos, y guió a las mujeres a unos doscientos pasos río abajo. Allí el Tigris trazaba una curva, fuera de la vista de los muelles, y una suerte de piscina, rodeada de arbustos que marcaban los límites del área reservada a las mujeres, suministraba un lugar relativamente privado para bañarse. Media docena de mujeres estaban de pie en el agua aseándose con sus niños, y algunas lavaban ropa. Nadie prestó particular atención a Uvela ni a sus acompañantes.

Dejando a Uvela en la orilla, Lani y Tippu se quitaron las ropas y entraron en el agua. Ambas muchachas sabían nadar, pero, obedeciendo la advertencia de Uvela, permanecieron cerca de la orilla y dentro de la piscina. Cuando terminaron su aseo, Uvela las ayudó a secarse con las mantas.

Después de que las hermanas se vistieran, Uvela las condujo de regreso a la casa. Lani se dio cuenta de que nunca podría haber encontrado el sitio por sí misma. Su mente no alcanzaba a darse cuenta del tamaño de Akkad en tan corto tiempo.

—Ambas debéis permanecer dentro hasta que os convoquen —dijo Uvela—. Yo regresaré pronto. —La anciana partió, pero aún se detuvo en la entrada para hablar con el guardia.

Entonces serían convocadas. Lani lo esperaba. Dondequiera que estuviera Eskkar, Lani se dio cuenta de que ella y su hermana estaban bajo el poder de la señora Trella. Durante semanas había preguntado por Akkad, Eskkar y, por supuesto, Trella a aquellos con los que se encontraba. Todos los informes sobre Trella la describían como mujer justa y decente, y más que unos pocos la definían como la verdadera autoridad de la ciudad.

Pronto Lani, la nueva concubina de Eskkar, sería presentada a la segunda persona más poderosa de la ciudad. Lani no creía que la esposa de su amante fuera a recibirla con los brazos abiertos.

Sin embargo, ella y Tippu necesitaban aprovechar el tiempo. Utilizando vigorosamente otras mantas que Lani encontró en la casa, se secaron los cabellos, y Tippu hizo uso del gran peine de madera para acicalar las castañas trenzas de su hermana. Lani se vistió con sus mejores ropas, las que había lucido la primera noche para Eskkar.

De su bolsa, Lani extrajo un tarro de ocre, y Tippu y ella se aplicaron esa sustancia en los párpados. Otro frasco les suministró perfume a ambas y un pequeño saco las proveyó de unas hojas de menta que ambas masticaron para endulzar el aliento. Lani se puso un sencillo anillo en cada mano y un broche de oro en el cabello.

Tippu examinó a su hermana y decidió que estaba preparada. En cuanto a Tippu, muy poca ayuda necesitaba para aumentar su belleza.

Terminaban sus preparativos justo cuando oyeron la voz de Uvela, que hablaba

con el guardia. Lani vio el temor en los ojos de Tippu.

—No te preocupes, Tippu —dijo Lani—. Suceda lo que suceda, Eskkar se asegurará de que estés a salvo con Grond.

—¿Y tú? ¿Qué pasará contigo?

—Sucederá lo que tenga que suceder —respondió Lani, tratando de parecer más convincente de lo que se sentía—. Recuerda que Eskkar nos ha llamado.

En ese momento Uvela entró en el cuarto.

—La señora Trella desea veros —anunció Uvela—. Os llevaré hasta ella.

Lani no supo qué decir, por lo que se obligó a sonreír.

Mientras caminaban por la calle, los hombres, posaban los ojos en ellas, admirando su belleza y preguntándose quiénes serían esas mujeres desconocidas. Bastaron unos pocos pasos para llegar a los patios de la casa de Trella. Lani no pudo dejar de admirarse del tamaño de la casa, casi oculta detrás de un muro más alto que ella misma. Dos soldados custodiaban la gran puerta de madera. Recientemente pintada y decorada, se abrió para ellas, y entraron a un gran jardín que parecía poder albergar a unas cincuenta de personas.

Uvela hizo un gesto señalando la casa principal. Entraron en una gran sala comunal que estaba vacía, salvo por dos sirvientes que las miraron con curiosidad. Lani contempló maravillada las escaleras que conducían al piso superior. Nunca había entrado en una casa con dos plantas.

En fila india, Lani y Tippu siguieron a Uvela por las escaleras hasta una habitación espaciosa y ventilada donde había dos hermosas mesas talladas y media docena de sillas. Tres de las paredes habían sido recientemente revocadas con un suave color blanco que descansaba la vista, mientras que la cuarta pared, con una puerta que conducía a otra habitación, estaba pintada de un pálido color azul. Dos mujeres estaban sentadas a la mesa mayor, de espaldas a la segunda puerta, esperando.

Por un momento, Lani no pudo creer lo que veía. La joven de cabellos oscuros parecía tan joven que a Lani le resultó difícil creer que fuera la señora Trella. Ni siquiera parecía tener la edad de Tippu.

La señora Trella llevaba sólo una cinta de plata en sus cabellos, pero su vestido era de un tejido tan suave como el que vestía Lani, de un color púrpura oscuro que resaltaba los cabellos y la piel. No llevaba maquillaje alguno, ni anillos, ni brazaletes, pero sus trenzas habían sido peinadas y cepilladas hasta brillar como ondas que le caían en cascada por los hombros y los rotundos pechos. Trella se puso de pie cuando las tres mujeres se acercaron a la mesa.

—Gracias, Uvela, bien hecho. Espera abajo, por favor.

Trella volvió a sentarse, pero no ofreció asiento a sus invitadas. Lani comprendió que el gesto de respeto había sido dirigido a Uvela, y no como saludo a sus visitantes.

La voz de Trella sorprendió a Lani. No era la voz de una niña, sino la de una mujer adulta, con la fuerza y el hábito de dar órdenes.

Uvela salió del cuarto y cerró la puerta.

Lani sintió la mirada de Trella fija sobre ella. La líder de Akkad se tomó su tiempo, examinándola detenidamente antes de hacer lo propio con Tippu, inspección esta que llevó apenas unos momentos. Trella volvió sus ojos hacia Lani.

—¿Tú eres Lani, de Bisitun?

Lani hizo una reverencia respetuosa.

—Sí, señora Trella, y ésta es mi hermana, Tippu. Quisiéramos darle las gracias por las habitaciones que nos ha preparado.

Por primera vez Lani miró directamente a Trella a los ojos y se dio cuenta de que no era una niña la que estaba frente a ella. El rostro de Trella no reflejaba emoción alguna. En cambio, Lani vio allí fuerza y poder, pero ningún rastro de lo que podía estar pensando. Y tuviera la edad que tuviese, los ojos de Trella anunciaban que ella lo veía todo y todo lo sabía.

Trella hizo caso omiso de la cortesía.

—Ésta es mi amiga y consejera Annok-sur. Es la esposa de Bantor, capitán de la puerta. —Annok-sur no se puso de pie, sino que hizo una mínima inclinación de cabeza—. Todavía se está recuperando de una herida que recibió durante la contienda.

Haciendo una reverencia a Annok-sur, Lani no vio allí bondad alguna, sólo determinación y dureza. Recordaba la historia que había oído contar a Alexar sobre la lucha que había tenido lugar en la casa, en esa habitación. También Annok-sur se había enfrentado a los usurpadores. Lani miró a su alrededor en busca de señales de la lucha, pero no quedaba rastro alguno. Korthac había sido herido y capturado en ese mismo lugar.

—He sabido que hubo una gran lucha en la casa de Eskkar. Alexar dijo que la señora Trella también había sido herida.

Trella sonrió brevemente.

—Sí. Ya me han apuñalado dos veces desde que llegué a Akkad. Pronto tendré tantas cicatrices en el cuerpo como Eskkar.

Lani no vio rastros de herida alguna, pero el holgado vestido de Trella poco revelaba, aunque parecía algo pálida. Alexar había comentado que la señora Trella había perdido mucha sangre durante el parto, además de por la herida. Así y todo, la batalla había concluido hacía diez días y ambas mujeres habían tenido tiempo de sanar. Lani comenzó a hablar, pero el tenue llanto de un bebé, en otra habitación, la interrumpió.

Annok-sur se puso de pie, haciendo un gesto de dolor al levantarse.

—Yo me ocuparé del niño, señora Trella. —Pasó por detrás de la silla de Trella y

fue a la otra habitación.

—Permítame felicitarla por el nacimiento de su hijo, señora Trella.

Trella aceptó el cumplido con otra breve sonrisa.

—Sargón crece cada día más fuerte. Traerá honor a su padre, estoy segura.

Por un momento, se volvió hacia el otro cuarto, pero el llanto se detuvo, así que volvió a mirar a las hermanas.

—Eskkar me ha relatado tus infortunios, Lani, y los tuyos, Tippu —dijo reconociendo por primera vez la presencia de la hermana menor—. Ambas habéis sufrido mucho a manos de villanos, y me alegra que Eskkar haya podido libraros de vuestro cautiverio.

Lani bajó la mirada ante la mención de su pasado, pero pronto volvió a alzarlos.

—El señor Eskkar nos liberó de... nuestros captores y nos protegió de la ira de los vecinos. Le debemos la vida.

—Parece que has pagado bien su favor, Lani. Me he enterado de tus... actividades hace algunas semanas.

Lani alzó la cabeza algo más.

—No lamento lo que he hecho, señora Trella. El señor Eskkar se enfrentó a una dura batalla. Necesitaba de alguien que se ocupara de él y de la casa. No es tan extraño que quisiera una mujer para confortarlo.

Trella suspiró y apretó los labios por un momento.

—Una mujer que lo reconfortara es algo que puedo entender, Lani, pero de algún modo te las has ingeniado para hacer algo más que eso. Sin mencionar que le has salvado la vida.

Así pues Trella sabía de la pelea en Bisitun. Lani sacudió la cabeza.

—Fue muy poco lo que hice, señora Trella. Caí al suelo cuando uno de sus atacantes tropezó conmigo.

—Eskkar lo cuenta de modo diferente. También me ha dicho que le importas.

A Lani le recorrió un escalofrío al oír esas palabras.

—Como me importa él a mí, señora Trella. Salvó más que nuestras vidas. —Lani se mordió el labio, y luego decidió que más le valía decir lo que pensaba—. Él la ama a usted, señora Trella. En cuanto se enteró de podía estar en peligro, no tuvo pensamientos para nada ni nadie más. —Hizo una pausa—. A mí nunca me ha dicho que me ama.

—¿Y qué es lo que tú sientes por mi esposo, Lani? ¿Buscas tan sólo su protección? ¿Tal vez quieras a alguien que te dé consuelo durante la noche? ¿O lo amas?

—Cuando estaba con Ninazu me juré que, si llegaba a escapar, nunca dejaría que un hombre volviera a tocarme. Cuando los soldados llegaron y pedí clemencia, el señor Eskkar me miró, como un hombre mira a una mujer. Pero en vez de violarnos, a

mí o a Tippu, o entregarnos a sus hombres, nos protegió. Eso me sorprendió, señora Trella: que un gran guerrero pudiera desear a alguien, pero sin aprovecharse de su debilidad. Así que fui a él, para servirlo y... él estaba cansado y sucio..., y de algún modo supe que él era distinto... a los demás.

Su voz se perdió y Lani se dio cuenta de que estaba evitando responder la pregunta de Trella. Alzó el mentón y respondió firme:

—Sí, señora Trella, amo a su esposo.

Vio que Trella sacudía la cabeza, como incrédula, pero después sonrió, y por primera vez su rostro mostró la calidez de una mujer joven.

—Un hombre debería ser algo más que un animal, ¿no es así, Lani?

Lani se sintió confundida, tanto por la sonrisa de Trella como por sus extrañas palabras.

—No comprendo, señora Trella, yo...

—No, claro que no. Pero yo comprendo, Lani. Yo también tuve esos mismos sentimientos por Eskkar. Creo que es el bárbaro que hay en él lo que lo hace atractivo a las mujeres. El salvaje guerrero a caballo respeta, tal parece, a las mujeres más que los habitantes de la ciudad, quienes nos parecen más crueles y duros que cualquier bárbaro.

Annok-sur regresó, y dejó la puerta parcialmente cerrada para que la conversación no despertara al niño.

—Sargón está dormido, Trella, pero creo que pronto necesitará que le des de comer. —Miró fijamente a Lani, pero no dijo nada.

Los ojos de Trella brillaron ante la idea de alimentar al niño.

—Pronto terminaremos, Annok-sur. —Después se volvió hacia Lani—: ¿Tienes hijos, Lani?

La pregunta cogió a Lani por sorpresa.

—No, señora Trella. Ishtar nunca me ha bendecido con un hijo, aunque le hice frecuentes sacrificios cuando..., cuando estuve casada.

—Tal vez el problema fuera de tu esposo —sugirió Trella.

Los ojos de Lani se abrieron desmesurados. Esas palabras escandalosas nunca podían ser dichas delante de un hombre. Todo esposo sabía que si su mujer no concebía era culpa de ella.

—No, yo fui su segunda esposa. La primera murió al dar a luz, y también el niño. —Entonces Lani comprendió. Trella quería saber si podía estar embarazada de Eskkar—. No estoy embarazada, señora Trella. La luna ya ha pasado para mí desde que el señor Eskkar dejó Bisitun.

Trella no dijo nada y permaneció inmóvil un largo instante, mirando la mesa. Cuando habló, su voz adoptó un tono más amable.

—Lamento haberte hecho permanecer de pie, Lani, y también a ti, Tippu. Ambas



debéis de estar cansadas después de vuestro largo viaje. Por favor, sentaos. —Se dirigió a Annok-sur—: Ofréceles a nuestras visitas un poco de vino, Annok-sur, y una pequeña copa para mí.

En la otra mesa se hallaban dos jarras y media docena de copas de vidrio oscuro.

Lani y Tippu se miraron; luego se sentaron a la mesa, frente a Trella. Lani pensó que algo debía de haber contentado a Trella. Los sirvientes y subordinados permanecen de pie ante sus superiores. Annok-sur les sirvió vino en un par de copas, lo diluyó con agua y se las alcanzó a Lani y a su hermana antes de servir una tercera copa a Trella.

—Bienvenidas a Akkad, Lani..., Tippu —dijo Trella en voz baja.

Lani miró el oscuro vino que brillaba en la verde copa y se preguntó si estaría envenenado. Vio que la mano de Tippu temblaba por la misma idea. Trella no había alzado su copa. Así y todo, Lani no tenía elección. Si la señora Trella las quería muertas a las dos, morirían de uno u otro modo.

Lani alzó la copa hacia su anfitriona.

—Por Akkad. —Y bebió, vaciando más de la mitad de la copa antes de dejarla en la mesa. Tippu la observó por un momento y luego bebió un sorbo de su copa—. Bebe, Tippu —dijo Lani—. El vino está muy bueno.

—¿Acaso no temes al veneno? —preguntó secamente Trella.

—No, señora Trella. Si desea matarme, estoy en su poder y a su merced. Pero le recordaría que mi hermana no ha hecho nada para ofenderla.

—Ambas estáis a salvo, Lani, aunque tengo que admitir que hubo noches en las que estuve celosa de saber que mi esposo estaba en tus brazos. ¿Te gustaría saber qué hice entonces?

—¿Qué hizo? No comprendo.

—No, claro que no. Tan pronto como supe que eras más que una circunstancial compañera de lecho y que Eskkar se estaba encariñando contigo, envié un jinete a tu pueblo natal. Quise saber todo sobre ti. El jinete regreso hace sólo tres días. ¿Sabes qué me dijo?

—Yo..., mi pueblo está muy lejos. ¿Cómo pudo enviar...? No sé qué decir, señora Trella.

—Me dijo que tu esposo era un hombre honorable de una familia respetada y que se te conocía por mujer buena y decente esposa, que rezabas cada noche a los pies de Ishtar pidiéndole un hijo. Toda tu villa se lamentó cuando supieron de la muerte de Namtar y de tu captura. Pensaban que también estabas muerta.

La mención del nombre de su esposo hizo que Lani se estremeciera. Después comprendió todo el peso de las palabras de Trella. La muchacha había enviado a un jinete en un largo y peligroso viaje de casi quinientos kilómetros tan sólo para recabar información. Todo esto por la mera sospecha de una rival en el afecto de su esposo.

Por primera vez Lani se dio cuenta de que todo lo que había oído sobre Trella debía de ser cierto, que la líder de Akkad era inteligente y que sería peligroso ofenderla. Y lo que era más importante, tenía el poder para hacer lo que quisiera, incluso enviar a un hombre en tan peligrosa misión. Lani recordó con qué facilidad Alexar las había entregado a ella y a su hermana a la mujer de Trella. Lo había hecho sin dudarle, seguro de la autoridad de Trella.

—Y he hablado con muchos de Bisitun sobre ti, Lani —continuó Trella al no obtener respuesta de Lani—. Eres importante para mi esposo, por eso necesito saber de ti tanto como pueda. —Trella hizo una pausa, dándole tiempo a Lani para entender—. Ahora tengo algunas preguntas que hacerte. Y déjame decirte que Eskkar y yo hemos hablado mucho sobre ti y que me pidió que hiciera los arreglos que considerara convenientes para tu persona.

Lani asintió. Tan pronto como Alexar la entregó a la mujer de Trella supo que su destino estaba en manos de Trella, no en las de Eskkar. Él había arriesgado su vida para rescatar a su mujer y a su hijo. No iba a ofenderla ahora, no por una cautiva de la que Ninazu había abusado.

—Entonces, ¿qué es lo que deseas hacer ahora que estás en Akkad? ¿Quieres que te busque un marido? Hay muchos hombres buenos en Akkad que sabrían apreciarte y podrías elegir entre varios. ¿O quieres vivir sola por un tiempo? Eso también puede arreglarse. Eskkar ha destinado suficiente oro para que puedas hacer lo que te plazca.

El oro significaba libertad y protección, incluso para dos mujeres solas. Lani podía adquirir una casa, sirvientes..., podía elegir su vida. Parecía demasiado bueno para ser cierto, y así y todo...

Trella esperó un momento, pero Lani no dijo nada.

—¿O deseas seguir siendo la concubina de Eskkar?

Lani no dudó:

—Señora Trella, si se me permitiera seguir siendo la concubina del señor Eskkar, pagaría lo que fuera, haría cualquier cosa...

—No hay nada que pagar, Lani, y el oro ya es tuyo. Sin embargo, hay reglas que deberás obedecer si has de ser su concubina. Debes pensarlo bien. —Trella se inclinó hacia delante y su voz asumió un tono más afilado—: Nada debe salir de tu vientre, Lani. Si te quedaras encinta, tendrías que tomar las hierbas para obligar a tu vientre a expulsar al niño. Si no resultara y el niño fuera un varón, deberás entregarlo. Sargón ha de ser el único heredero de su padre. —Esperó a que Lani respondiera.

—Eso es muy duro, señora Trella. —Lani sintió que se le acumulaban las lágrimas y se mordió el labio para detenerlas. No podía llorar delante de esa niña—. Pero no creo que vaya a concebir...

—No, Lani, eso no es lo que debes decir —la interrumpió Trella con voz firme—. No serás esposa y no habrá hijos. Debes estar de acuerdo. Si esperas tener un hijo

tuyo, entonces deberás dejar a Eskkar y buscarte otro hombre para que sea el padre.

Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, y esta vez Lani no pudo contenerlas. No tener un hijo era una maldición terrible para una mujer. Lo único peor que eso era entregar al hijo.

Miró a Trella y le sorprendió ver tristeza y comprensión en sus ojos. Trella acababa de tener su hijo y sabía lo que estaba pidiendo. Pero Lani dudó sólo un momento.

—Tomaré las hierbas, señora Trella, y si el hijo es varón, lo entregaré.

—Lamento hacerte esto, Lani, pero no tengo más remedio. Sargón necesita protección, así como Eskkar y yo misma. Y también tú, si has de convertirte en su compañera. Todavía tenemos muchos enemigos. Debes jurar que harás todo lo posible para protegernos y servirnos a nosotros tres.

—¿Qué puedo hacer para protegerlos a usted y a Eskkar? —La confusión de Lani era palpable en su voz. ¿Qué podía hacer ella para proteger a nadie?

—Más de lo que imaginas, Lani. Hay mucho en juego, demasiado para decírtelo ahora. Pero tú sabes que a duras penas hemos sobrevivido a un asedio de los bárbaros y luego al intento de Korthac de matarnos a todos y controlar Akkad. Habrá muchas más luchas en el futuro y yo..., necesitaremos toda la ayuda posible.

—Haré lo que me pida, lo que pueda para proteger a todos. ¿Qué más debo hacer?

—Como concubina de Eskkar, no verás a ningún otro hombre. Sólo a él. Y sólo lo verás una o dos veces a la semana, o cuando la luna no me permita estar con él. Tu papel será compartir placeres con él, sanar y confortar su cuerpo y tranquilizar su mente. Lo amo demasiado para entregar más de su espíritu.

Así que Lani sería una consorte, una mujer para el placer, poco mejor que una prostituta o una esclava, cuyo único papel sería el de satisfacer y complacer a su amante. Sería un papel agridulce. Trella sería su esposa, su amante, su compañera, la madre de sus hijos. Lani sería casi nada, no tendría nada.

Trella vio la duda en los ojos de Lani y se inclinó hacia delante.

—No tienes por qué aceptar esto, Lani. Sé que es muy difícil. Todo lo que puedo decirte es que, si lo aceptas, estarás ayudándonos a Eskkar y a mí. Si este papel se te hace muy difícil, podrás dejar de ser su concubina, y te encontraremos otro papel, otra tarea, o un esposo.

Lani escuchó lo que le decía. Más importante aún, se dio cuenta de que, por alguna oculta razón, Trella quería que Lani estuviera de acuerdo, quería que continuara siendo la concubina de Eskkar. Eso debía de significar mucho para Trella, aunque Lani no entendiera por qué. Ella podía rechazar esa función, pero tal idea era demasiado intolerable. Lani recordaba el dolor que sintió en el pecho cuando Eskkar se alejó navegando de Bisitun hacia lo que podía ser su muerte. Ella había estado dispuesta a matarse, antes que soportar una vida sin él. Al menos este destino sería

mejor que aquél. Y si ayudaba a Eskkar...

\*\*\*

—Haré lo que me pida. Seré su concubina, si así lo quiere él.

—Las palabras surgieron casi sin ella quererlo. El amor de Lani por Eskkar no le dejaba elección. Observó a Trella reclinarsse en su asiento, con cierta fatiga en el rostro. Lani recordó que en los últimos días la muchacha había dado a luz prácticamente en medio de una batalla, había sido herida y había tenido que pelear para salvar su vida y la de su hijo.

—Entonces me alegra que estés aquí, Lani. Bienvenida a la casa de Eskkar. Harás y aprenderás muchas cosas. Hablaremos de ello en los próximos días. Ahora vete y descansa. Esta noche, cuando Eskkar regrese de la campiña, lo enviaré a buscarte. Ahora, sécate los ojos.

Lani siguió llorando sin poder detenerse. Sintió el brazo de Tippu en los hombros, pero a pesar de todo a Lani le resultó difícil ponerse de pie.

Trella se dirigió a Annok-sur:

—¿Puedes ayudarla mientras atiendo a Sargón?

Annok-sur sacó un trozo cuadrado de tela de dentro de su vestido.

—Tienes unos ojos muy hermosos, Lani —le dijo con una voz sorprendentemente amable y sin dureza en la expresión de su rostro—. Tus lágrimas estropearán el color de tus párpados. —Secó con delicadeza las mejillas de Lani—. Te acompañaré a donde Uvela.

De alguna manera Lani consiguió ponerse de pie y permitió que la escoltaran hasta la puerta. Borrosos por las lágrimas, sus ojos no podían ver con claridad. Tenía que agarrar a Annok-sur del brazo para asegurarse de no caer por las escaleras, con Tippu siguiéndolas ansiosa. Lani se esforzó por no llorar hasta salir de la casa; en su mente albergaba una sola idea: Eskkar iría a su cama esa noche y una vez más estaría a salvo en sus brazos.

\*\*\*

Trella suspiró cuando se cerró la puerta. Detestaba herir a alguien de ese modo, una buena mujer que no había hecho nada malo, pero era necesario. Según sus fuentes, por lo que había contado Eskkar y por lo que acababa de ver, sabía que Lani contaba con una mente inteligente, capaz de ver lo que traería el futuro.

A Trella no le gustaba compartir el afecto de Eskkar, pero cualquiera podía ver que Lani amaba a Eskkar, y Trella sabía con la misma claridad que Eskkar quería a Lani, aun cuando, como ésta había asegurado, él nunca lo hubiera dicho.

En los días venideros, mientras Lani aprendía los peligros siempre presentes que los rodeaban a todos, Trella sabía que Lani haría todo lo que pudiera para proteger a Eskkar, y eso pronto incluiría a Trella y a su hijo. En unos pocos meses Lani se convertiría en un fuerte apoyo para la casa de Eskkar, y sería útil de muchos modos. Eskkar le había hablado de la capacidad de Lani para administrar una casa y de su sugerencia de utilizar el río para regresar a Akkad. Y por ese solo motivo, Trella podía deberle su vida a Lani, y la vida de su hijo. Si hubieran tardado unos pocos días más en llegar a Akkad, Korthac tal vez no hubiera sido derrocado.

Después de un tiempo, Lani podía llegar a cansarse de ser la concubina de Eskkar. Aún era joven, tal vez quisiera tener hijos propios. Cuando ese día llegara, Trella se aseguraría de que el hombre adecuado estuviera a su lado, alguien que pudiera darle a Lani la felicidad que ella merecía. Pero hasta ese día Lani se sumaría a Annok-sur, Gatus, Bantor e incluso Corio, Nicar y los otros, todos los que dependían de que Eskkar continuara reinando en Akkad.

Lani encajaría bien en los planes de Trella. Había pocos en quienes Trella pudiera confiar y debía aprovecharlos al máximo. Siempre estaba buscando mujeres inteligentes como Lani que pudieran pensar por sí mismas. En-hedu prometía ser otra, y Trella ya había pensado en un nuevo papel para ella y para Tammuz.

Y sería bueno que Eskkar contara con otra mujer de vez en cuando. Un hombre fuerte y poderoso, solía decir su padre, necesita más de una mujer. Pero en el futuro Trella se aseguraría de que Eskkar fuera con mujeres que ella aprobara, maleables y dóciles para someterse a su voluntad. Hablaría con Zenobia para que le suministrara ese tipo de mujer cada varios meses. Recipientes huecos, las llamaba su padre: mujeres bellas pero poco inteligentes, dóciles y fáciles de olvidar. Los hombres poderosos o de fortuna eran siempre requeridos por toda mujer ansiosa de expandir su propio prestigio o influencia. Con Lani esto nunca sucedería, porque su único objetivo era la felicidad de Eskkar, y éste sólo podía ser verdaderamente feliz con su mujer y su hijo.

Por eso Lani ayudaría a Trella a realizar sus planes para el futuro, el futuro que Trella y Eskkar construirían para su hijo, Sargón. Cinco años, decidió. En cinco años su posición estaría asegurada. Akkad sería grande y poderosa y todos en esas tierras atribuirían su riqueza y seguridad a Eskkar. La expansión y consolidación de todas las granjas y villas entre Akkad y Bisitun reforzaría ese proceso, y todos se beneficiarían con la nueva prosperidad y seguridad. Con un código de leyes establecido y honestamente supervisado, la gente pronto olvidaría los días de antaño, cuando los mercaderes poderosos gobernaban sin control. Más de la mitad de los habitantes de la ciudad habían llegado durante el último año, y poco vínculo tenían con el pasado.

Cinco años a partir de esa fecha, y todos habrían olvidado el origen bárbaro de Eskkar y sus días como esclava. La gente de la ciudad miraría a Sargón como al

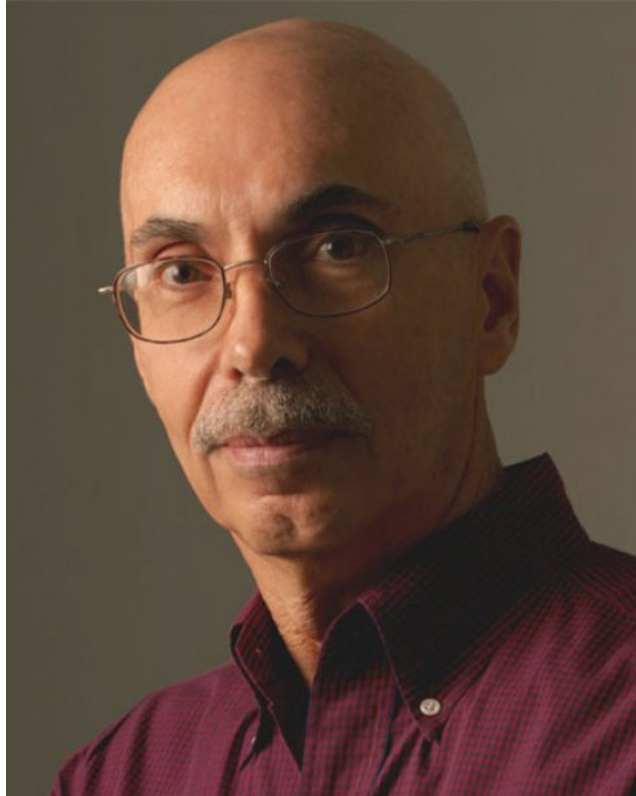
futuro líder, uno de los suyos, nacido en Akkad. Cuando llegara ese día, ella y Sargón estarían a salvo, rodeados de las nuevas y aún por edificar murallas y cientos, no, miles de soldados para protegerlos.

Desde el otro cuarto, oyó el llanto del niño. Se puso de pie, enderezando la espalda, y fue hacia la recámara. Cogió a la llorosa criatura de la cuna, ignorando el dolor de su costado al agacharse para alzarlo, y se sentó en la cama. Trella sacó un brazo de su vestido, limpió las lágrimas de los ojos de Sargón y dejó que se alimentara, disfrutando de sentirlo contra su pecho mientras comenzaba a brotar la leche. Lo acunó delicadamente mientras pensaba en su futuro.

Esa noche estaría a solas con Sargón y pasaría la noche descansando y hablando con su hijo. Esa noche Eskkar estaría con otra mujer, pero volvería a ella por la mañana. Con una certidumbre que no podía comprender, sabía que siempre volvería a ella. Habían pasado mucho juntos, habían peleado y sangrado juntos. Los dioses habían entrelazado sus vidas, creado una alianza entre ambos más fuerte que cualquier lazo de familia, amistad o incluso de tálamo nupcial. El camino frente a ellos podía ser peligroso e incierto, pero sus espíritus y su sangre habían reforzado las paredes de Akkad, y nada podría separarlos, ya fuera de ellos mismos o de su destino. Ella y Eskkar reinarían juntos, o no les sería posible.

Sonrió al bebé que mamaba y se inclinó para besarle la cabeza. El indefenso infante que tenía en los brazos habría de reinar un día, tal vez sobre un territorio aún mayor que el que Trella podía imaginar. Y lo que era más importante, Sargón llevaría su sangre a los tiempos venideros. Había visto la expresión en el rostro de su esposo cuando sostuvo al niño. El nacimiento de su hijo había cambiado a Eskkar una vez más, haciéndolo más fuerte a la vez que lo acercaba a ella. Y así es como debía ser. Eskkar había arriesgado su vida por ella y por su hijo, y ella sabía que el amor mutuo seguía siendo fuerte. Ofrecería una o dos noches de cada semana para asegurarse el amor de su esposo y evitar que sus afectos se extendieran más allá.

Así fue razonando para sí, aunque sospechaba que, en la oscuridad, se despertaría sola y desearía tener a Eskkar en sus brazos. Pero llegaría la mañana, Eskkar regresaría y el nuevo día y los días siguientes habrían de hallarlos juntos.



SAM BARONE. Es un novelista estadounidense, nacido en Nueva York y especializado en novela histórica, sobre todo en las épocas más antiguas.

Asistió al Manhattan College y se licenció en 1965 en Ciencias, en la especialidad de psicología e historia.

Tras un corto periodo en los Marines, comenzó a asistir a clases de informática y, más tarde, se dedicó a desarrollar software. Tras 30 años en la industria informática, se retiró en 1999 para dedicarse plenamente a la escritura.